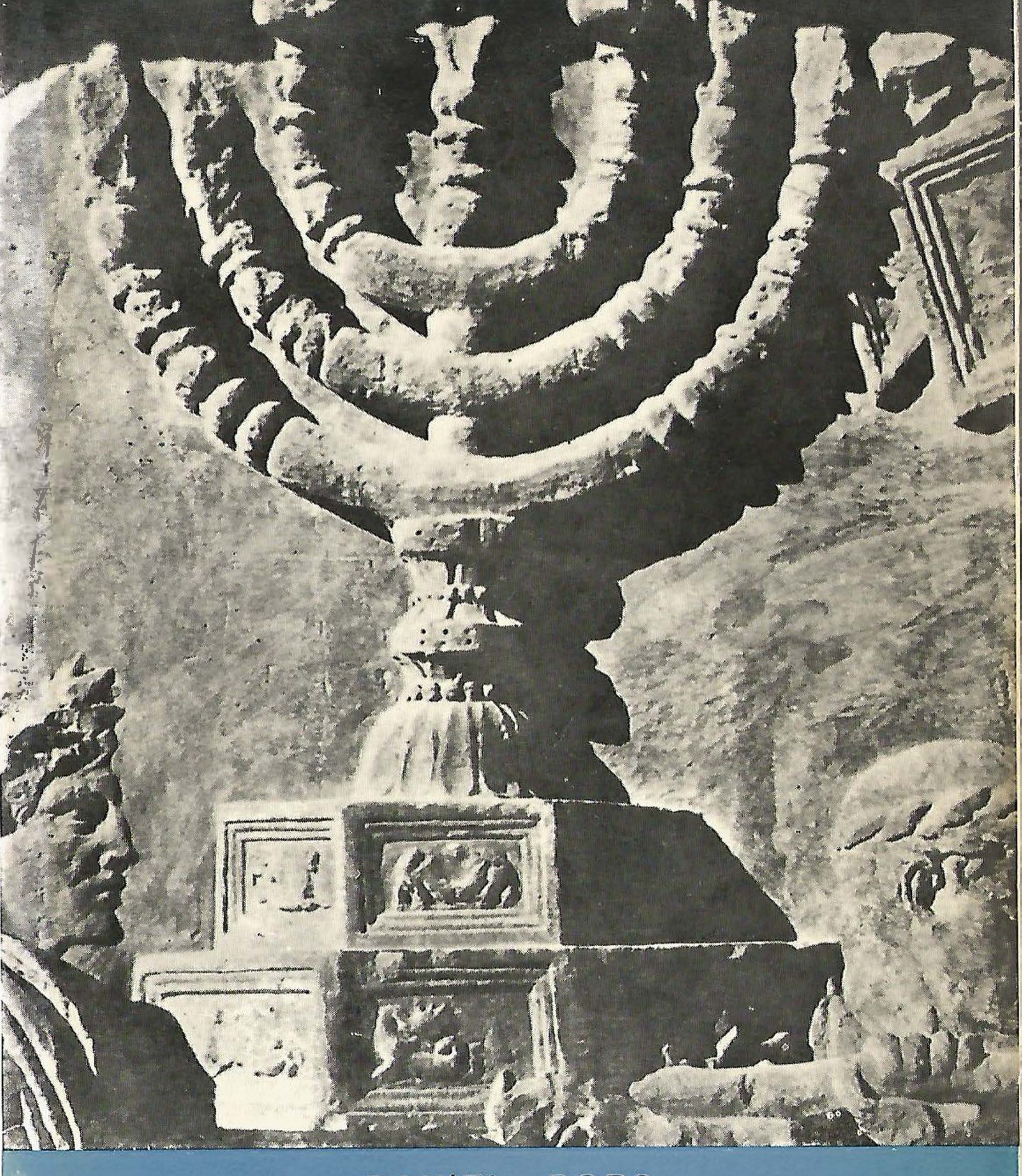


DANIEL - ROPS

LA VIDA COTIDIANA EN PALESTINA EN TIEMPO DE JESUS



NUEVA COLECCIÓN CLÍO

DANIEL-ROPS

LA VIDA COTIDIANA
EN PALESTINA
EN TIEMPO DE JESÚS

LIBRERÍA HACHETTE S. A.
BUENOS AIRES

Título del original en francés:
LA VIE QUOTIDIENNE EN PALESTINE AU TEMPS DE JÉSUS

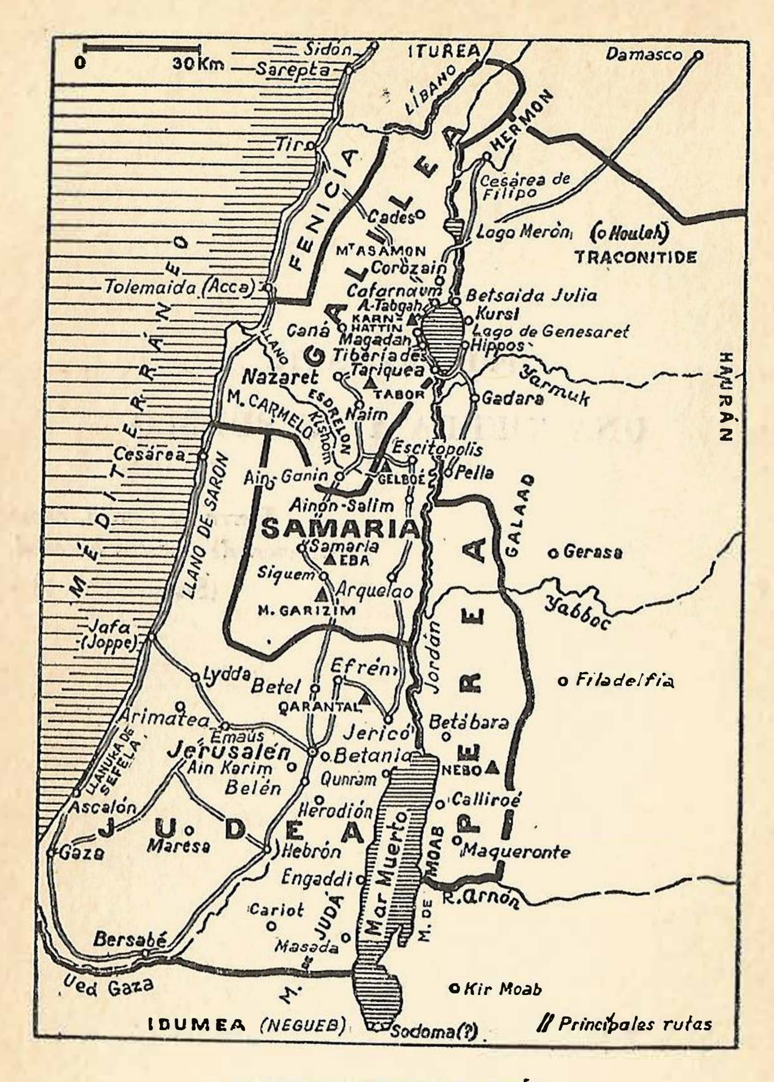
Traducción de:
RICARDO ANAYA

Hecho del depósito que indica la Ley Nº 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE

PRIMERA PARTE

UNA TIERRA Y SU PUEBLO

Tierra de Canán, como
porción de vuestra heredad.
(Salmos CV, 11.)



PALESTINA EN TIEMPO DE JESÚS

CAPÍTULO PRIMERO

EL CUADRO GEOGRÁFICO

I. PALESTINA

PALESTINA... Este nombre, para el hombre de nuestros días, tiene un sentido muy preciso. Designa un país que cada cual puede localizar fácilmente en el mapa, en la franja occidental de Asia, en la zona que Europa llama Cercano Oriente. Los paralelos 31 y 33 Norte, los meridianos 32 y 34 Este dibujan, *grosso modo*, el modesto cuadro en que está situada esta tierra. Va de los montes sirios a las estepas del Negueb, del gran desierto árabe a las riberas del Mediterráneo [1]. Palestina... Cargado de tanta historia, imágenes, prestigios, este nombre está tan fuertemente arraigado en las memorias, que ha sobrevivido a todas las vicisitudes de los siglos; aun hoy es usual, a pesar de las decisiones políticas que han despedazado ese suelo sagrado.

Por extraño que parezca, ese vocablo no era usual hace dos mil años. En todo caso, al pueblo que ocupaba esos lugares, a los hombres que en él habían echado raíces, jamás se les hubiera ocurrido llamar Palestina a su patria. La Biblia ignora esa palabra: unas quince veces [2] el Antiguo Testamento, en su versión latina de la Vulgata, habla de los *Palaestini* y del país en que viven. Pero es evidente que no se trata del conjunto de la Palestina actual, ni del pueblo de Israel. Los *Palaestini* son los *Filisteos* —por lo demás, así traducen todas las ediciones recientes—, los filisteos, es decir, esos aventureros, esos piratas llegados a la vanguardia de la invasión aria, en el siglo XII, los mismos a quienes el faraón Ram-

[1] Véase el mapa del frontispicio.
[2] Gén., XXI, 33, 34; XXVI, 1, 8, 14; Ex., XXIII, 31; Par., X, 1; Ez., XVI, 27, 57; XXV, 15, 16; Jl., IV, 4; Am., VI, 2; IX, 7.

sés III venció con el nombre de "Pueblos del Mar", que entonces se fijaron en la llanura costera del Sarón, a quienes los hebreos, al llegar de Egipto, debieron combatir reciamente en tiempo del "juez" Sansón, y de los reyes Saúl y David [3]. La *Pelescheth* era, pues, para los israelitas, una región de su patria, que conservaba el nombre del enemigo vencido. Pero los marinos griegos, que comerciaban con los puertos de la costa "filistea", tomaron la costumbre de designar el conjunto del país por la parte que ellos conocían y llamaban *Palestiné* a toda la región. La costumbre se extendió al mundo greco-romano, que nos la transmitió.

Si los hombres que, en tiempo de Jesús, poblaban "Palestina" no la llamaban así, ¿cómo la designaban? En el lenguaje noble, la lengua religiosa e histórica, decían: *País de Canán.* El vocablo se encuentra cerca de cien veces [4] en la Biblia para designar ya sea un pueblo, ya una tierra. Y esto es también algo asombroso, pues los *cananeos,* la gente de Canán, para los israelitas, fueron también enemigos [5]. La tradición bíblica los hacía descender de Cam, segundo hijo de Noé, en tanto que los israelitas tenían por antepasados a Sem, el mayor [6]. En realidad, el término englobaba el conjunto complejo de pueblos, mediterráneos, semíticos o armenoides, que ocupaban la región "de Sidón a Gaza, y hasta Gerasa y Sodoma", antes de la llegada de las bandas de Josué. Los cananeos ocupaban sobre todo las ciudades, que habían fortificado, cuyo asedio costó mucho trabajo a los Jueces de Israel. Su nombre procedía del fenicio *Kinahhu,* que designaba a la púrpura roja, gran elemento del comercio en aquellos tiempos. Al decir *Canán,* para nombrar a su patria, los israelitas recordaban, pues, que ellos, los errabundos del desierto, habían conquistado por la fuerza esa tierra, porque Dios se la había dado.

Utilizaban igualmente otros vocablos que también evocaban la grandeza de su pasado y su providencial significado. *Tierra de Promisión* era de éstos, en memoria de la Alianza establecida entre Abraham y Yavé, confirmada por toda la historia del pueblo elegido: el término se halla también en la epístola a los Hebreos [7],

[3] Sobre los filisteos, cf. D. R.: *Histoire sainte, le Peuple de la Bible* (véase palabra en el Indice).
[4] Noventa y ocho exactamente, desde Gén. IX, 18, hasta Act., XIII, 19.
[5] Cf. en el Índice de *Histoire Sainte,* las palabras *Canán* y *cananeos.*
[6] Gén., IX, 18.
[7] Heb., XI, 9.

Tierra Santa era otro, que el profeta Zacarías había consagrado [8]. Al contrario de lo que podría creerse, la expresión *País de Israel* no era muy corriente, aun cuando el evangelista San Mateo la empleaba al relatar el retorno de Egipto del Niño Jesús [9]. En cambio, *Tierra de Judá* debía de ser usual, pues la Biblia la utiliza más de cien veces, no para designar la "Judea", sino el conjunto de la Palestina. Sin embargo, la más bella fórmula, la más profunda, era la que se encuentra en el Talmud, principalmente en los tratados que escribieron los rabíes de Babilonia: *la Tierra,* la tierra por excelencia, la tierra de Dios [10].

¿En qué territorio pensaban exactamente los israelitas de hace dos mil años, cuando hablaban de su patria? ¿Qué era la "tierra de Israel"? No era todo el país bíblico. Aun sin tener en cuenta los capítulos del Libro Santo que se sitúan en tierras extranjeras, Mesopotamia, Egipto, hasta Persia, muchos episodios del Antiguo Testamento tienen por cuadro regiones que los judíos del tiempo de Jesús jamás hubieran pensado en considerar como suyas. Por ejemplo, el Padán Aram, el "país de los Padres", al pie del Ante-Tauro, donde Abraham hizo un alto durante su migración inspirada, donde Jacob fue en busca de mujer [11]; sabían muy bien que en aquellos tiempos remotos no eran sino errantes en esta tierra, que no les pertenecía. En cambio, jamás admitieron que su patria, el país de la Promesa, fuese sólo el irrisorio cantón —apenas 2.000 km²— en que se halló confinado, alrededor de Jerusalén, el "resto de Israel", después de la terrible prueba del Exilio, y el regreso milagroso, en tiempo de Zorobabel [12]. No; la tierra sagrada era, en substancia, todo cuanto estuvo sometido al más poderoso soberano de la historia bíblica, Salomón, cuando, hacia el año mil, su calmoso poderío se extendía "de Dan a Berseba" según la fórmula tradicional, es decir, de las proximidades del Hermón al ued Gaza, y hacia el este, hasta las estepas del Moab. Dos siglos antes de Jesús, después de la heroica guerra de los macabeos, dos ilustres conquistadores, Juan Hircano y Alejandro Jáneo [13] reconstituyeron, o casi, en rápida sucesión de victorias,

[8] Zac., II, 16.
[9] Mt., 20, II.
[10] Talmud de Babilonia, *Gittin,* folio 8.
[11] Cf. *Paddan Aram* en el Índice de *Histoire Sainte.*
[12] Cf. *Histoire Sainte,* pág. 324 y el cuadro cronológico al final de la presente obra, pág. 492.
[13] Véanse estos dos nombres en el Índice de *Histoire Sainte.*

el reino del sabio rey, apoderándose de Samaria, Galilea, la llanura costera y gran parte de Idumea y de Transjordania. Era, pues, en substancia, nuestra Palestina actual. En 63 la ocuparon Pompeyo y sus legiones. Tomando la parte por el todo, la administración romana la llamaba *Judaea.*

En sus límites más gloriosos, Palestina, la tierra de Canán, seguía siendo un país muy pequeño. Y no hay que tomar en serio a los rabíes del Talmud que, en un ímpetu de apologético énfasis, le conceden generosamente 2.250.000 millas romanas cuadradas de superficie [14]. En realidad, esa superficie, aun englobando un buen pedazo de estepas de allende el Jordán, no pasaba de 25.000 km^2, es decir, en total la de Bretaña, de Bélgica o de Sicilia. De norte a sur, San Jerónimo, que conocía admirablemente el país por haber vivido mucho tiempo cerca de Belén, no contaba más de 160 millas romanas [15], lo que da, poco más o menos, 235 km, o sea la distancia de París al Havre, o de Florencia a Roma. En cuanto al ancho, el mismo Padre de la Iglesia se negaba a indicarlo, por lo desproporcionada que le parecía a su importancia espiritual la pequeñez material de la Tierra Santa. Del Mediterráneo al "Gor" jordano varía de 40 km, en el norte, a un máximo de 140 km cerca del mar Muerto. Hecho capital para representarse la vida en Palestina: las distancias son insignificantes. Un caminante mediano necesita una semana para ir "de Dan a Berseba"; dos días bastan para ir de Nazaret a Jerusalén, apenas uno solo para bajar de la Ciudad Santa a Jericó. Eso explica las perpetuas mudanzas de que habla la Escritura, las relaciones de cantón a cantón.

Por eso los israelitas conocían bien esa pequeña patria, y la amaban. Todos sus aspectos les eran familiares, como la menor parcela de sus campos es familiar a un campesino. Había en ese pueblo, pegado a la gleba desde hacía por lo menos doce siglos, un amor a la tierra que se expresa en muchos pasajes de la Escritura Santa de manera delicada y emotiva. Libros enteros, cual el Cantar de los Cantares, respiran esa poesía de la tierra natal que sólo da un profundo, un penetrante amor. Alejados del país, los hijos de Israel no tenían palabras bastante desgarradoras para decir su pena. "Abatida está mi alma, Dios mío, siempre estoy acordándome de ti, desde la tierra del Jordán, de las cumbres del

[14] Babilonia, *Sotah,* 49.
[15] *Carta a Dardanus* (*Epíst.* CXXIX, 4).

Hermón y del monte Meser [16]." Y más aún los exiliados de la orilla de los ríos, cuando la gran prueba [17]. Pues ese amor de una tierra superaba los amores de la Tierra: era el signo de una eterna fidelidad.

II. Belleza y variedad de la Tierra de Dios

¿Cómo no habían de amar a su patria los israelitas? La Palestina es un país admirable, cuya belleza asombra a los viajeros de nuestros días. ¡Cuánto más evidente había de ser antes que siglos de dominación turca dejaran desaparecer tantos bosques y cultivos, antes que los conjuntos industriales levantaran sus torres, sus "derricks", sus chimeneas, en sitios marcados con el sello divino!

El perfil de los relieves es por doquier exquisito, tan puro, tan delicado, que se creería trazado por la mano de un artista: sólo el Ática rivaliza con esa perfección. En todas partes el juego de los planos, la sucesión de las perspectivas imponen al espíritu esa secreta armonía que hace pensar en la eternidad. Bajo el cielo de un azul profundo, la gama de los colores compone una paleta de rara riqueza: púrpura de las tierras de viñedos, verde claro de los huertos, rubio pálido de las cebadas maduras, ocre rojizo de los desiertos, todos esos tonos contrastados se funden, al sol, en un cálido rojizo, a la sombra, en violetas de bronce. Y, acá y allá, como para que vibre mejor el conjunto sinfónico, grupos de cipreses ponen un acento negro, o bien se ve la trémula capa azul de los olivares.

Pocos países muestran, en tan pequeño espacio, aspectos tan variados. En unas horas se pasa de las orillas de un lago paradisíaco a las inquietantes acumulaciones de crestas montañosas, de barrancas secas, de tierras deslizadas con abrojos, donde el buen samaritano recogió a un herido en la orilla del camino. A cinco leguas de distancia, la misma depresión ofrece el espectáculo exuberante de un bosque, digno de las llanuras de África, y el de un sitio terrible, del que toda vida está ausente, donde la capa de estaño reluce, bajo un cielo de fuego, entre paredes de rocas peladas. De la más rica llanura a los páramos para ovejas, hay una

[16] Sal., XLII, 7.
[17] Sal., CXXXVII, 1, 5 y 6.

hora de marcha. Y los caravaneros, a quienes quema el viento de arena, recobran aliento al mirar brillar la nieve en la cima del Hermón.

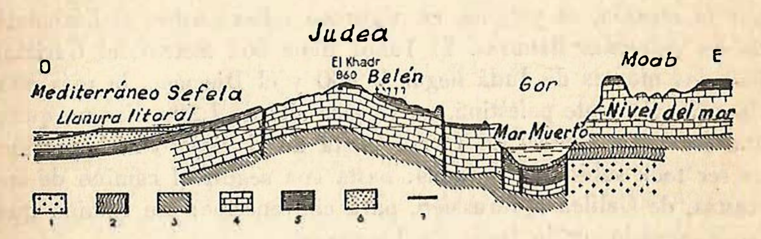
Los rasgos físicos de Palestina eran, evidentemente, en tiempo de Jesús, tal cual los conocemos aún: en cincuenta generaciones humanas la faz de la tierra no cambia mucho. La geología y la geografía estaban todavía por nacer; el romano Plinio se ensayaba en ellas con mérito; los judíos se desinteresaban. Sin embargo, habían de comprobar los asombrosos contrastes que se observan entre las diversas regiones de su patria, y por más que se sintiesen arrastrados por el énfasis lírico tratándose de la Tierra de Promisión, tenían que admitir que la célebre expresión bíblica de "país donde corren la leche y la miel" no se aplicaba a las diferentes partes sino con muy desigual exactitud.

La verdad es que, según la geología [18], todo el Canán debía de ser una zona árida, apenas buena para alimentar carneros. Salvo en algunos puntos de Samaria y de Transjordania, donde volcanes hoy extinguidos han dejado planchas de lava, todo el suelo está formado por una caliza blanca resquebrajada, en la cual se intercalan algunas fajas estrechas de marga. De ahí la aridez general del país, acentuada aún más por el clima. De ahí la forma característica de los valles, profundos desfiladeros, cañones, aislando como fortalezas lenguas de tierras altas. Y también la abundancia de grutas naturales, por doquier utilizadas por rebaños y hombres, tales como aquellas en que buscaron refugio el rey David huyendo ante su hijo rebelde, y el Niño Jesús para venir al mundo.

Un accidente telúrico impidió que Palestina fuera semejante a la Champaña cretosa o a las Pullas, el contragolpe de uno de esos plegamientos cuya teoría, hace dos mil años, estaba por hacer. Empujada de oeste hacia el este, la meseta caliza se inclinó primeramente en un largo plano sobre el cual los aluviones pudieron acumularse, y luego se levantó —lo que le permite enganchar a las nubes— y al mismo tiempo se abolló, se agrietó, dislocándose

[18] Sobre la geología y la geografía de Palestina, véase M. du Buit: *Géographie de la Terre Sainte* (2 vol., 1959). F. M. Abel: *Géographie de la Palestine* (París, 1938), G. S. Blake: *Geology and water resources in P.* (Jerusalén, 1928); la *Bibliographie géologique et géographique* de A. Keller (París, 1933) y más generalmente *Le Pays Biblique* de Legendre (París, 1928) dan una visión de conjunto de la geografía palestiniana. El excelente capítulo de Raoul Blanchard en el tomo VIII, *Asie occidentale,* de la *Géographie universelle,* Vidal de la Blache y L. Gallois (París, 1929) al que debe mucho este parágrafo.

en complicados relieves, pero sobre todo, como para separarse de las masas de Asia, en su flanco oriental, de norte a sur, se desgarró en dos gigantescos cortes que la dividen hasta sus bases, dos fallas, entre las cuales todo un sector del suelo se hundió. Este episodio de la historia geológica es el que ha dado al Canán sus rasgos característicos, las cuatro fajas paralelas de sus regiones naturales, y el aspecto de bajo relieve que tanto impresiona cuando, de la altura de Jerusalén, se mira el abismo abierto por la ruptura, donde el Jordán corre hacia el mar Muerto.



CORTE OESTE-ESTE A TRAVÉS DE JUDEA

1, *Cristalino;* 2, *Primario;* 3, *Arenisca cenomania;* 4, *Caliza cenomania;* 5, *Margo-caliza senoniena;* 6, *Plioceno y cuaternario;* 7, *Fallas.*

El Oeste era, en tiempo de Jesús como lo es todavía, la región más favorecida. Detrás de la costa recta, arenosa, bordeada de médanos rojizos, donde sólo la bahía de Haifa, detrás del promontorio del Carmelo, ofrecía un abrigo natural, se extendía el Sarón, la magnífica llanura cuya riqueza [19] fue ya alabada por el profeta Isaías, la misma donde, en nuestros días, el nuevo Israel ha multiplicado sus vergeles de citros. Luego, franqueada una elevación irregular que un francés compararía con la "cuesta" de Champaña, a doscientos metros de altitud, se extendía una segunda faja de aluviones donde los trigos crecían a las mil maravillas, la Sefela, que ningún israelita cruzaba sin que se le alegrara el alma al recordar la jugarreta que en ella hizo a los filisteos el gran Sansón, cuando se le ocurrió atar antorchas al rabo de trescientos zorros, y luego largarlos en sus cosechas [20].

Tres gradas bastante empinadas, cortadas por gargantas muy estrechas, llevan a la zona de las tierras altas, que, en un ancho de unos cincuenta kilómetros, de norte a sur, constituyen la espina

[19] Is., XXXV, 2.
[20] Jue., XV, 4, 5.

dorsal del país de Israel. Para un judío fiel, ése era el verdadero Canán, el suelo sagrado entre todos, donde el menor cerro, el menor arroyo, la menor aldea, le traían un recuerdo del pasado ferviente. ¿Tierras altas? Es mucho decir. El lenguaje corriente, inspirado por el texto bíblico, hablaba realmente de montes de Judá, de montaña de Efraín, de monte Tabor y de monte Garizim: esas palabras no deben tomarse al pie de la letra; también en Flandes bautizan "monte" el cerro del Kemmel, que tiene cien metros. Esas "montañas" palestinas no son más que grandes colinas, que ora redondean blandamente el lomo, ora desgarradas por la erosión, se yerguen en vigoroso relieve sobre el horizonte de las pequeñas llanuras. El Tabor tiene 562 metros, el Garizim 868, los montes de Judá llegan a 860 y el Djermac, la más alta cima propiamente palestina, no va más allá de 1.200. Eso no quita que esa parte central de Tierra Santa dé al viajero la impresión de ser toda subidas y bajadas: basta con seguir el camino de las crestas, de Galilea a Jerusalén, para convencerse: ese camino que tan a menudo siguió Jesús con los suyos.

Parecería que todas esas tierras altas debieran ser iguales: nada de eso. El detalle del relieve y la acción del clima diferencian netamente tres regiones, que los contemporáneos de Cristo distinguían bien, hasta observando que la diversidad, aun las oposiciones que se comprobaban, correspondían a muy distintos destinos, a otros significados espirituales. La Judea, en el sur, era el baluarte, el lugar de las fidelidades decisivas, donde Abraham se asentó, donde los Reyes plantaron la capital, donde se adoraba al verdadero Dios. Tierra árida donde los cultivos habían de engancharse a los flancos de las alturas por medio de bancales o juntarse en hoyos de barro colorado, tierra monótona como un cántico de sinagoga, pero tan hermosa con sus horizontes sin límites y ese color rojizo esparcido por todas partes, que hace pensar en la piel del león. Judea patética, que será el teatro de la Pasión de Cristo. Más al norte, allende Betel y Silo, era la Samaria, mucho más matizada, donde los yacimientos de limo basáltico eran "promesas de trigo", donde, del valle del Jordán al mar, por la llanura de Esdrelón, la comunicación era fácil, zona de pasaje donde Barac, al llamado de la profetisa Débora, venció el ejército de Sisara [21], zona de numerosos contactos, y también de inmoralidad, de herejía, de blasfemia, decían los judíos piadosos que la detestaban. En cuanto a Galilea, hecha de cien colinas y otras tantas llanuras pequeñas, mejor regada, era, hasta el pie del Líbano, la provincia deliciosa entre todas, salpicada de bosquecillos y de aldeas, y también región de que los austeros rabíes de Jerusalén desconfiaban, pues les parecía demasiado floja y fácil, demasiado poco estricta sobre la Ley santa. Galilea, donde Jesús pasará su dichosa infancia y donde se levantará para anunciar al mundo la buena nueva del Amor.

[21] Jue., IV, 14 y sigts.

La tercera región natural no se parecía en nada a las otras dos. Era la zona de hundimiento, el "graben", la hoya, como dicen los geólogos. La llamaban "el Gor". Es asombrosamente profunda: hay que bajar más de mil metros desde la arista central para llegar al fondo. Estrecha —nunca supera 20 kilómetros de oeste a este—, esa depresión se hunde rápidamente de norte a sur, desde el pie del Hermón —el cual no pertenece verdaderamente a la geografía de Palestina, lo que ya señalaba el libro de Josué [22]— hasta el extremo límite donde la tierra de Israel llega a ser la Idumea, patria de sus enemigos, los beduinos. Esa misteriosa herida en la carne del planeta, que la geología nos muestra, bordeada de volcanes, prolongada hacia el norte en Celesiria y hacia el sur, mucho más lejos, por el golfo elamítico y el mar Rojo, hasta el corazón de África, a los lagos Nyasa y Tanganyika, el Pueblo de Dios sabía desde siempre que estaba asociada a misteriosos y terribles acontecimientos, cuyo relato se leía en la Biblia: ahí habían estado Sodoma y Gomorra, las ciudades malditas, y en el lugar en que estuvieron, todavía se respiraba el olor de azufre de la cólera divina. No parece que los judíos hubiesen sondeado el mar Muerto, comprobando hasta dónde llegaba esa ruptura: 793 metros por debajo del nivel del Mediterráneo, ¡uno de los puntos más bajos medido en un continente! Pero esa configuración les parecía tan extraña, que circulaban profecías según las cuales no sería eterna, que el día de Dios la montaña se partiría en dos y el Mediterráneo, invadiendo el Gor, lo llenaría todo.

¿Era esto, en realidad, una lejana reminiscencia? Puesto que, en una época que el hombre ha podido conocer, toda esa zona hundida, como ocurrió con Alsacia y la Limagne, estuvo llena por un lago que la evaporación ha ido secando. En la época de Cristo quedaban tres restos —uno de ellos desaparecerá próximamente—, tres capas de agua de importancia desigual, de las cuales dos, como lo

[22] Jos., XI, 17.

notaba Tácito en una frase elíptica "las atraviesan las aguas de un río que el tercero retiene" [23]. Ese río era el Jordán, el único verdadero río de Palestina. El río bíblico por excelencia —el texto santo lo cita más de doscientas veces— cuya existencia estaba asociada a tantos acontecimientos de la historia de Israel y también lo estará a la de Jesús...

¡Qué hermosas eran, en su diversidad, esas "orillas del Jordán" que cantaba el salmista! En el extremo norte era una región deliciosamente silvestre, llena de agua saltarina entre las adelfas, el país de la tribu de Dan, donde el *Jor* y el *Dan* se juntaban para formar el río, pequeña Suiza palestina donde los romanos levantaron un templo al dios Pan, pero donde Jesús, haciendo un alto con sus discípulos al pie de una roca monumental, dirá a su fiel Simón: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." Una meseta de unos seis kilómetros retenía entonces el agua del río en un gran charco bastante pantanoso; era, según la Biblia, el lago Huleh, llamado también "aguas de Merón", célebre desde que, en sus orillas, Josué derrotó a la coalición de los jebusianos, de los amorreos y de los hititas [24]: en el tiempo evangélico era, rodeado de habales, un vasto estanque donde, paradas en una débil pata, las cigüeñas acechaban a los ciprinos entre las cañas; mañana, transformada en "polder" será una Holanda judía de dos mil alquerías, donde únicamente, recordando el lago bíblico, una pequeña reserva zoológica verá retozar algunos grupos de búfalos y revolotear algunas bandadas rosas y gritonas de flamencos.

Diez kilómetros más, que el río baja con agua rápida. Ya está a 208 metros bajo el nivel del mar cuando llega a un gran lago, del que saldrá veinte kilómetros más allá. Ese lago, en tiempo de la misión de Cristo, no se llamaba aún "de Tiberíades", pues Herodes Antipas empezaba justamente a construir su ciudad impía, cuyo nombre recordará el de su protector romano Tiberio. A menudo se le decía "mar de Galilea", con cierto énfasis, pues no se necesita más de media hora en barca para cruzar ese mar. Más poéticamente, se le designaba también con una palabra que recordaba su forma de arpa, el *Kennereth*, del que vino el nombre "lago de Genesaret". Aún es, en nuestros días, uno de los más hermosos lugares de la tierra. Como, Annecy, Léman, los lagos más célebres

[23] "*Nec Jordanes pelago accipitur, sed unum atque alterum lacum integer perfluit, tertio retinetur.*" (*Hist.*, V, 6.)
[24] Jos., XI, 6 y sigts.

de Europa, han podido ser comparados con éste. Su agua pura, a veces jaspeada de manchas enigmáticas, varía del azul de zafiro al verde de jade, con grandes reflejos de ocre y de herrumbre al pie de los acantilados orientales. Las colinas que le rodean se ordenan con gracia, cubiertas de cultivos repartidos cuidadosamente. Ya era así, el Kenneret, cuando Jesús reclutaba sus primeros discípulos, y, de pie en una de sus barcas, hablaba a la muchedumbre reunida en sus orillas. Hasta puede que fuera aún más hermoso de cuanto lo vemos: en nuestros días los árboles son demasiados raros. En todo caso estaba más animado: la pesca y el negocio daban vida a gran número de pequeñas aldeas blancas, muchas de las cuales ya no son más que ruinas. Vivían dichosos de su trabajo, entre las mimosas, los jazmines y las adelfas. Es el país donde se prometió el cielo a los pacíficos, a los pobres de espíritu y a los humildes de corazón.

Luego, en seguida, cambiaba el paisaje. Más allá de la lava fundida que encierra el lago, el valle se hacía más salvaje. Ya no era el paraíso, sino el *Kikkar*, un extraño país donde la landa inútil y los matorrales se yuxtaponían, estepa casi vacía en los bordes, árboles en hilera siguiendo los meandros del río. El aspecto, en nuestros días, ha cambiado mucho: trabajos de regadío han permitido implantar "kibuzins" en la franja seca, y la selva jordana ha disminuido. En tiempo de Cristo se rehuía esa región; preferían seguir el camino de las colinas que se intercalan entre el pie de los montes judaicos y el valle; precisamente una línea de manantiales había hecho nacer unos oasis, rebosantes de palmeras, oliendo a bálsamo; Jericó era el más célebre, donde Herodes el Grande construyó un prestigioso palacio.

Más abajo aún, entre los cañaverales y los alisos, el Jordán se extiende y poco a poco se esfuma. Un instante la vista sigue su agua barrosa que va a perderse en las del mar Muerto, pesadas y grises. Aquí estamos a más de 370 metros bajo el nivel del Mediterráneo. El aire es extraordinariamente inmóvil y pesado. Sobre 76 kilómetros, el largo del Léman, y un ancho de 16 como máximo, la capa se extiende, ora placa de estaño, ora turquesa opaca, engastada exactamente por las rocas peladas. Es un líquido extraño, aceitoso a los dedos, en el que flota el cuerpo humano, y cuyas sales múltiples despiden un olor desagradable de mineral podrido. Toda vida está ausente, o casi, de sus orillas: no hay pájaros, sino exasperantes enjambres de insectos; en las orillas de los arroyos

intermitentes que en él desembocan se esparcen algunos bosquecillos de tamariscos. En nuestros días, esos tristes parajes han adquirido alguna vida: se explota la soda y la potasa; un "kibuz" produce magníficos tomates; hasta se ve un surtidor de nafta y una oficina de correos. Pero hace dos mil años era la soledad casi total: sólo se encontraban anacoretas vestidos de blanco, que huían del mundo y buscaban a Dios.

En cuanto a la cuarta región natural que completa el país palestino, en tiempo de Cristo apenas formaba parte de él: por lo demás, apenas llegará a hollarlo. *Abasim*, "montes de enfrente", decían los judíos que, de las alturas de Judea, veían el reborde de la planicie del este cerrarles el horizonte. Hacia el sur era la Idumea, cara a los poetas, la "tierra de Edom" donde Esaú el Rojo se marchó a mascar su rabia después que Jacob lo suplantó en sus derechos [25]. Por eso los beduinos que vivían en esas estepas andaban en malas relaciones con Israel. El país, precisamente, de donde venía esa familia de Herodes, de quien soportaban el yugo con cólera los verdaderos judíos. Luego era el Moab, la serranía violeta tras la cual Jerusalén mira levantarse el sol; grandes recuerdos bíblicos están vinculados con él, como el del monte Nebo, de lo alto del cual Moisés moribundo contempló la Tierra prometida en la que no entraría [26]; en un cerro salvaje se alzaba Maqueronte, una de esas temibles fortalezas con que el tirano Herodes había sembrado la Tierra Santa, el siniestro lugar donde, para complacer el furor de una mujer, su hijo, el tetrarca, mandará decapitar a Juan el Anunciador. Más al norte, la altiplanicie se fragmenta en mesetas abruptas; arroyos de crecidas violentas la han cortado, el Yarmuk, el Yaboc —ese Yaboc en cuyo vado Jacob luchó toda una noche con el ángel [27]—; los comerciantes judíos pasaban por ahí para llegar al camino de la altiplanicie, el de Damasco, el que sigue el moderno ferrocarril. El país, que pudo ser muy fértil —el suelo de basalto descompuesto es a menudo excelente—, no se explotaba, lo utilizaban apenas como estepa de nómadas, y lo cruzaban las pistas de las caravanas. Luego, poco a poco, esos escasos pastos dejaban su lugar al desierto.

[25] *Histoire sainte*, pág. 43.
[26] *Histoire sainte*, pág. 121.
[27] *Histoire sainte*, pág. 44.

III. Calor y frío, vientos y lluvias

Si los aspectos del suelo no han cambiado mucho en veinte siglos, el clima parece haber permanecido aún más idéntico. Es un clima mediterráneo típico, acentuado por influencias subtropicales, reforzándose de oeste a este, un clima de señalados contrastes, donde, como ya lo mostraba el libro de Daniel, en el famoso "cántico de los tres niños" [28], se padecen sucesivamente calores y fríos, fuegos y heladas, rocío y escarcha, lluvias y vientos, hasta nieve y hielo, los cuales, en efecto, no se ignoran en Palestina, y no sólo en la cumbre del Hermón [29].

Tal cual lo conocemos, tal como lo soportaron los contemporáneos de Jesús, ese clima contribuye mucho a dar su encanto a Tierra Santa. En todas partes las madrugadas son exquisitas, matizadas con todos los tonos que van del color de malva al amarillo, "auroras de rosados dedos" que en otro lugar cantó Homero, antes que "albas de ojos grises" de los poemas virgilianos. En todas partes los crepúsculos son breves, casi instantáneos, pues la sombra invade la tierra apenas se pone el sol tras el horizonte. Y en todas partes las noches son de una majestad sublime, con su cielo azul negro, tan tachonado de estrellas que se cree ver, en las alturas, flotar como una bruma de luz, con su gran silencio hecho de mil ruidos minúsculos, con ese olor embriagador de tierra caliente y de plantas silvestres que debieron respirar Rut y Boz, en las campiñas de Belén [30].

Dos únicas estaciones se reparten el año: un largo verano, un invierno de duración normal, muy breves períodos intermedios. En marzo estalla la vegetación. Hasta en las zonas más áridas, el suelo se cubre, por unas semanas, de una alfombra verdeante de la que brotan tulipanes y gladiolos silvestres, azafrán amarillo, anémonas de sangre. En las regiones fértiles, la primavera es verdaderamente adorable, muy digna de ser cantada en el más sublime de los poemas de amor, el Cantar de los Cantares: "Ya han brotado en la tierra las flores; ya es llegado el tiempo de las [canciones] y se deja oír en nuestra tierra el arrullo de la tórtola. Ya ha echado la higuera sus brotes, ya las viñas en flor esparcen su aroma."

[28] Dan., III, 52 y sigts.
[29] Nieva en Jerusalén cada cuatro o cinco años.
[30] *Histoire sainte*, pág. 185.

Eso no quiere decir que todo, en ese clima, dé plena satisfacción, ni que todo el país sea un paraíso. Las cifras de temperatura media —22°5 para el año, con una mínima mensual de 15° y una máxima de 25°— no dan cuenta de la exacta realidad. Si, en conjunto. Palestina es un país donde el abrigo y la calefacción no plantean graves problemas, las diferencias diurnas y anuales son a menudo considerables. Entre medianoche y mediodía hay a veces una variación de 40°, y las noches son con frecuencia tan frías, que la Ley imponía al acreedor la devolución a su deudor, al caer la tarde, de la capa empeñada. "En *adar* —marzo— (aseguraba un dicho) el buey tirita de frío al alba, pero a mediodía busca la sombra de las higueras para aflojar la piel." De una estación a otra, los contrastes son considerables. Y cae de su peso que el relieve los acentúa. Así, en invierno, en los atrios del Templo, en Jerusalén, los piadosos orantes tenían el rostro flagelado de gotas heladas enviadas por el viento, mientras que en Jericó los ricos vivían a sus anchas en mantos de lino, y el Evangelio nos muestra, en una noche de abril, a Pedro que había ido al patio del sumo sacerdote para tener noticias de su maestro, tratando de calentarse en un brasero [31]. En cambio, en el fondo del Gor, el verano es tan tórrido —más de 50° a la sombra— que el mismo mar Rojo es menos intolerable.

Los vientos también están muy lejos de ser esas brisas ligeras que pasaban por ser el aliento del Señor. Los del oeste y del sudoeste, que en otoño llegan cargados de bienhechoras nubes, o que a veces, en verano, moderan el calor, son muy apreciados; pero tienen enemigos que a menudo los detienen. En invierno, es el *cadim,* el viento del este, frío y seco, que deja al aire límpido como un cristal, pero de golpe baja la temperatura de 10°, el mismo que al caer en el lago de Galilea determina "esa especie de torbellino" de que habla el tratado del Talmud *Kilayim* [32] y tanto aterra a los pescadores, que Simón y sus compañeros creerán que les llegó la última hora [33]. Pero aún hay peor; el viento del desierto, el *jamsin,* hermano del simún de África, que corta piernas y brazos a los hombres, llena el cielo de grisalla espesa y, en un día, deja los campos áridos para meses.

En cuanto al régimen de las lluvias, también está lejos de ser

[31] Mac., XIV, 67.
[32] *Kilayim,* IX.
[33] Mt., VIII, 23-27.

muy satisfactorio, sin que por eso sea malo: las cifras lo muestran mejor que el de muchas otras regiones mediterráneas: 420 milímetros de lluvia al año, y más de 600 en las alturas de Galilea... Pero esta agua cae en pocos días, casi toda en octubre y en marzo, en forma de esos chaparrones brutales de que habla el Evangelio [34], que en unos minutos cunden los arroyos, que pueden arrastrar las casas si sus cimientos son poco sólidos, y, en total, no hacen el bien que se esperaba. Sin embargo, si esas lluvias faltan, sobre todo las tardías, las de primavera, es la ruina. Por eso los judíos del tiempo de Jesús, el último día de la fiesta de los Tabernáculos, subían a las colinas y azoteas para ver en qué dirección se iban los humos del Templo, pues se creía que, infaliblemente, eso indicaría si el año sería lluvioso o no. Naturalmente, en el Gor, adonde no llegan los vientos de oeste, las lluvias son casi nulas, y las únicas aguas utilizables son las del Jordán o de los manantiales. En la depresión del mar Muerto, no sólo no llueve, sino que la evaporación se lleva cada año 15 metros de espesor de agua, la misma cantidad que el Jordán aporta —lo que explica el alto tenor en sal del extraño líquido.

El problema del agua, en ese país de suelo seco y resquebrajado, de clima poco húmedo, se plantea, pues, seriamente. Se planteaba mucho más hace dos mil años que en nuestros días, en que Israel ha llevado a cabo grandes trabajos para resolverlo. No es por casualidad que la poesía del agua ocupaba un lugar considerable en la Biblia: "Eres fuente que mana a borbotones, fuente de aguas vivas que desciende del Líbano", dice de su amada el esposo del Cantar de los Cantares, y un himno muy viejo, recogido por el libro de los Números, cantaba "el pozo que los mismos reyes cavaron con su cetro" [35]. Tampoco es por casualidad que el profeta Ezequiel, para significar el esplendor de los tiempos mesiánicos, predijo que un río surgiría del corazón del Templo, para correr hacia el mar Muerto, que así sería saneado [36], ni que Jesús, cuando anuncia a la Samaritana que él es el Mesías esperado, compara con el "agua viva" su mensaje de salvación [37]. Para asegurar el precioso líquido a los hombres, a los animales y a los campos fue menester cavar numerosos pozos, llevar cuidadosamente a los

[34] Mt., VII, 27.
[35] Véase *Histoire Sainte,* 302, y Núm., XXI, 18.
[36] Ez., XLVII, 8.
[37] *Jesús en son temps,* pág. 503.

pueblos el agua de las fuentes y de los arroyos. En la época de Cristo hacía tiempo —desde los Reyes— que todo eso existía, y los judíos se enorgullecían de no verse, como los egipcios, obligados "a regar con el pie" [38] según la palabra del Deuteronomio. Pero hubo que establecer estrictos reglamentos para que el agua fuese utilizada con mesura. En cada pueblo se designaba un "fontanero". A la hora señalada abría las compuertas. Y las mujeres se precipitaban en seguida, con el cántaro en la cabeza.

IV. ÁRBOLES, FLORES Y FRUTAS

Aquí se plantea un problema: la vegetación [39] que hoy vemos en Tierra Santa, ¿es la que Jesús conoció? [40] No, ciertamente. Si, para el suelo, el relieve, el clima, el presente informa sobre los aspectos fundamentales de hace dos mil años, no ocurre lo mismo en cuanto a los árboles y a los cultivos. Y hay que cuidarse de caer en el anacronismo, como hicieron tantos pintores "orientalistas" de antaño, a lo Tissot, afanosos por ilustrar el Evangelio hallando "el color local".

La diferencia principal se debe al trágico desmonte que afectó a toda la región. Es seguro que la Palestina de hace veinte siglos tenía bosques, donde ahora no se ven más que eriales, suelo arruinado, roca pelada. Los árabes y luego los turcos son los principales responsables de esa devastación, ayudados, además, por los cruzados francos y por el diente de las cabras. La existencia de bosques residuales demuestra la antigua presencia de los árboles, y lo mismo muchos nombres de lugares, muchas alusiones de la Biblia, que utiliza unas cincuenta veces el vocablo *sylva*. Así vemos a Esaú instalarse en un "país velludo", que aun hoy llaman "Djebel

[38] Deut., XI, 10.

[39] Sobre la vegetación en Palestina véase el libro definitivo de Immanuel Loev: *Die Flora der Juden* (Viena, 1934); la serie de artículos sobre *Les Plantes de la Bible,* firmada P. F. que comenzó a aparecer en *L'Ami du Clergé* en 1955 y continúa aún, irregularmente; la *Flora of Syria, Palestina* de Post (Beyruth, 1942) y *From Cedar to Hyssopo* de Crowfool & Baldensperger (Londres, 1932).

[40] Hay que notar que la identificación de ciertas plantas citadas por la Biblia o el Talmud es difícil y se presta con frecuencia a discusión. Por ejemplo, ciertos autores piensan que el albaricoquero, el castaño, el limonero, el azafrán, el ligustro no figuran en la flora de la Biblia sino como consecuencia de errores de traducción. (Cf. estos cinco ejemplos en el *Dictionnaire* de W. Corswant.)

Cheir", montaña cabelluda, mientras que se trata de cimas totalmente peladas. Por lo demás, los trabajos de repoblación forestal emprendidos en nuestros días por el joven estado de Israel —y en menor proporción por Jordania— prueban bastante que la denudación del país proviene de los hombres y no de la naturaleza. Tiene éxito; el suelo se revela siempre apto a mantener las especies apropiadas.

Otras diferencias, que podríamos caer en la tentación de creer menores, que en realidad debían traducirse en profundas desemejanzas en el aspecto del país, se deben a la reciente introducción en Palestina de numerosos vegetales. En tiempo de Cristo no se veía, evidentemente, ninguna de esas chumberas que ahora abundan, pues todas las cácteas fueron traídas de Méjico después de los grandes descubrimientos del siglo XV. Y tampoco se veían esas pitas cuyo penacho se yergue con tanta elegancia en tantos jardines palestinos. A lo largo de los caminos no se encontraba el eucalipto, que, en nuestros días, esparce su saludable olor en las regiones pantanosas, puesto que ese hermoso árbol es originario de Australia. En cuanto a las plantas cultivadas, los aportes nuevos son todavía más notables; Jesús no vio, en las colinas de Galilea, esos campos de girasoles, majestuosos, que son su ornato; ni comió el grano que llamamos maíz, y tampoco tomates [41], pues aquel cereal y esta solanácea, tan empleados uno y otra actualmente, son americanos; y si cogió alguna fruta cítrica, sólo pudo ser la del naranjo agrio o del cidro, pero seguramente no la naranja dulce y aún menos la toronja.

Hechas esas dos reservas, no es menos cierto que la flora de Palestina era antaño como todavía la vemos: sumamente varia, colorida, odorífera. En conjunto pertenece al tipo mediterráneo subtropical, pero hacia el sur es netamente desértica, y en el Gor se asemeja a la de los trópicos.

La flora mediterránea prefiere la llanura marítima, la región de los cerros, las pendientes occidentales de las alturas del centro, y la región del lago Genesaret. Los bosques que antes llevaba no se componían de coníferas; el cedro "del Líbano", tan a menudo citado en la Biblia que en él ve el símbolo del Justo y del Fuerte [42], no existía en la propia Palestina; el "pino de Alepo" era poco

[41] En árabe, tomate se dice *damadura,* palabra que procede del italiano *pomodoro:* prueba que es de introducción reciente.

[42] Sal., XCII, 13-15.

frecuente; los cipreses eran más abundantes, esos cipreses de madera apretada, perfumada, que sirvieron a Salomón para cubrir el piso del Templo y para hacer las puertas del Santo [43], pero no cipreses delgados y derechos, "fastigata", que resultan de selecciones hortícolas; los enebros de diversas especies eran los más corrientes y alcanzaban veinte metros. Pero los árboles típicos del bosque palestino eran las encinas y los terebintos, que también se hallaban, muy a menudo, aislados o en bosquecillos; en masa, se extendían del Carmelo a los montes de Samaria y de Galilea, y hasta Bacá. Pertenecían a varias especies: encinas "velani", de por lo menos quince a veinte metros de altura, encinas "kermes", siempre verdes, y encinas "de agallas", de menor altura, pero que viven siglos y siglos —de ahí su nombre de encina de Abraham o encina de David—. Aún más comunes eran los terebintos, ramificados, frondosos, de hojas parecidas a las del nogal y que exhalan un olor penetrante. Unos y otros estaban asociados a la historia de Israel; en el "encinar de Mambré" plantó su tienda Abraham luego de su separación con Lot [44], de las ramas de un terebinto quedó colgado Absalón [45]. También los algarrobos eran muy abundantes, hermoso árbol de racimos de flores rojas, de largas vainas cuya pulpa, de sabor dulzón, servía de alimento a los animales, y también, en tiempo de escasez, a los hombres: "*Johannisbrotbaum*", dicen los alemanes, "Árbol del pan de San Juan"; son las algarrobas de que el hijo pródigo de la parábola tiene ganas de "llenarse la barriga", cuando guarda los rebaños de un extraño [46]. Plátanos orientales, encinas verdes, carrascas, alfóncigos y acebuches, completaban la población silvestre de Palestina, de la que tan poco queda...

Más abajo, o bien donde el bosque no existía, el monte bajo extendía sus capas olorosas, a las cuales, en nuestros días, se reduce la vegetación en casi todas partes. Arrayanes, retamas, lentiscos, acantos diversos, artemisas de gusto amargo, gamones de olor nauseabundo. El alcaparro silvestre, de que habla el Eclesiastés [47], ofrecía su pimpollo, que ya se empleaba como condimento. El jenabe, cuyo grano, minúsculo, triturado, constituía la mostaza, era sumamente abundante; en las orillas del lago de Tiberíades este

[43] I Rey., VI, 15 y 34.
[44] Gén., XIII, 18.
[45] Por el cuello y no por la cabellera. II Sam., XVIII, 9-14.
[46] Lc., XV, 16
[47] Ecl., XII, 5.

arbusto se hace árbol "en el cual los pájaros del cielo —según la parábola— vienen a anidar" [48], y su desarrollo es tan impresionante que Jesús lo hará el símbolo de la fe [49]. Una mata, un casi arbusto bastante raro, el hisopo, servía, hecho un haz, para las aspersiones rituales. Donde el hombre había morado, como en todas partes, se encontraba la ortiga, y también eran numerosos los cardos. Gran cantidad de esas plantas de maleza servían de comida, o para sazonarla: el aneth, que es un hinojo de granos perfumados; la hierbabuena; la manzanilla; el comino, del que se separaban los granos golpeándolo con una varilla [50]; el anís, con que se hacían infusiones; la ruda, que, macerada, era digestiva. En cuanto a los herbajes, era esa mezcla de pequeñas gramíneas de forraje, festucas, grama, amargón, que aun hoy se encuentra. En las partes más secas crecía un suave tapiz de plantas aromáticas, bastante parecidas a mejoranas que, trituradas, daban perfumes, como el origán y otro que imitaba al nardo, muy caro, traído de la India.

Bajando hacia el Gor, la vegetación se hace desértica; las especies espinosas toman importancia, entre ellas la mirra, cuya gomorresina constituye un perfume tan precioso que la Amada lo compara a su Amado en el Cantar de los Cantares [51] y los Magos lo ofrecen al Niño Dios [52]. Los árboles se volvían raros, salvo alrededor del lago de Tiberíades, donde el clima era mediterráneo. Se veían tamariscos, encantadores con sus espigas de flores rosas, tan vigorosos como en la llanura occidental. Innumerables cerca del lago, las adelfas formaban vallados a lo largo del menor arroyo, cubiertos, durante semanas, de flores de resplandeciente color granate, amarillo, rosa vivo, que apenas deslumbraban las suntuosidades litúrgicas de los jazmines amarillos en las paredes. Pequeño en estado natural, el balsamero era, desde hacía tiempo, objeto de cuidadoso cultivo: el oasis de Jericó tenía muchos, por lo cual Cleopatra hizo que Antonio se lo diera, y llevó brotes para plantarlos en Heliópolis. Pero cuanto más se acercaban al río, tanto más compacta era la vegetación, hasta adquirir un aspecto tropical. Pululaban las acacias, los azufaifos, *zizyphus spina christi* con el cual hicieron quizá la "corona de espinas", y *zizyphus lotus*, y también el manzano de Sodoma, el sauce de Jericó, quizás el bananero

[48] Mt., XIII, 32; Mc., IV, 32; Lc., XIII, 19.
[49] Mt., XVII, 20; Lc., XVII, 6.
[50] Is., XXVIII, 27.
[51] Cant., I, 13; III, 16, etc.
[52] Mt., II, 11.

silvestre, los muy numerosos carrizos "de escoba", la "caña de Provenza", el "junco oloroso" que servía para perfumar el óleo santo, y, creciendo en el agua, el papiro, en masas. Zona de exuberancia vegetal que contrastaba singularmente con la desnudez casi total de las riberas del mar Muerto, tierras de salicor y verdolaga.

Toda esa flora es hermosa, y los israelitas sabían apreciarla. Todo el que ha leído la Biblia, tanto el Nuevo como el Antiguo Testamento, no ha podido dejar de asombrarse por el número de alusiones que se hacen a las flores. Muchas de ellas, entre las más encantadoras, crecían en estado salvaje. Desde fines del invierno bajo los bosques de las partes altas crecían tupidos los crocos, sobre todo el croco "azafrán" o *karkom*, amarillo vivo, cuyos estigmas daban a la vez una materia sumamente colorante, un perfume, un condimento y un medicamento antiespasmódico. Los tulipanes, los jacintos, los narcisos de cien variedades, los gladiolos, cubrían las colinas, las llanuras y hasta las estepas, como para realizar la profecía de Isaías [53]. ¿Había lirios en Palestina? Creeríase que eran abundantes al leer el Cantar de los Cantares [54], o al oír a Jesús alabar su suntuosidad [55]; pero el lirio de que habla la Escritura, ¿era nuestro lirio blanco, la admirable y suave flor que se ve en la mano del Ángel ofrecida a la Virgen María en señal de pureza? Éste se cultivaba seguramente para extraer el aceite perfumado de que habla Plinio [56], pero se vacila en creer que la *susán* —de donde deriva el nombre Susana— y el "lirio de los campos" puedan ser la misma planta. Es más probable que el término designe, más bien que el gladiolo púrpura, la soberbia anémona roja que en primavera cubre toda Palestina, puesto que el Cantar de los Cantares la compara con los labios de la Amada [57]. En cuanto a la rosa, que sólo se cita cuatro veces en ciertas traducciones del Antiguo Testamento [58], era solamente una planta cultivada, cuyo centro estaba en Jericó [59], pero estaba tan de moda hacia la época de Cristo, que numerosas jóvenes llevaban su nom-

53 Is., XXXV, 1.
54 Una decena de veces el Cantar habla del lirio como de la flor amada entre todas (II, 1; II, 2; II, 16; VI, 2, etc.). Se lo halla también en Isaías, Oseas y otros.
55 Mt., VI, 28; Lc., XII, 27.
56 Plinio, XIII, 11.
57 La hipótesis fue lanzada por Bovel en su *Voyage en Terre Sainte* aparecido en 1861, pág. 426 y sigts.
58 Cant., II, 1; Is., XXX, 1.
59 Eclo., XXIV, 18; XXXIX, 17; Sab., II, 8.

bre, tal aquella joven sirvienta "Rhode" que abrió la puerta a San Pedro después de su milagrosa evasión [60].

Las plantas cultivadas eran numerosas, menos que en nuestros días, ciertamente, pero más y mejor cuidadas que hace cien o doscientos años. De cuantos árboles cuidaba la mano del hombre, el olivo era el más precioso. Característico del paisaje palestino, su follaje gris ceniciento le daba —y le da— un encanto misterioso. Existía desde siempre; los hebreos lo encontraron seguramente cuando llegaron a Canán. Sus frutos se consumían cocidos o crudos; el aceite que se extraía servía para la cocina, para el alumbrado, para el tocador, en la farmacopea, y, uso sagrado, para las unciones litúrgicas. Era su madera tan apreciada, que Salomón hizo con ella los Querubines del Templo [61]. Crecía por doquier, hasta en los suelos pedregosos, en pleno sol, por lo cual Judea le era especialmente propicia; crecía lentamente, pacientemente, pero llegaba a doce metros de alto y vivía quinientos años. Se comprende que la Biblia viera en él el árbol de la salud, nacional o individual, de la alegría y de la paz [62].

La higuera no le iba en zaga en importancia. En la fábula de Joatán, que se lee en el libro de los Jueces [63], ¿no disputaba al olivo y a la viña la primacía del reino vegetal? Mencionada más de cincuenta veces en la Biblia, era también inmemorial en Palestina. La podaban gustosos en forma de quitasol, para hacer pérgolas alrededor de las casas o en los campos. Su tupido follaje se prestaba a la meditación: esa meditación de la cual la voz del Señor sacó a Natanael [64]. Estar "a la sombra de su higuera", según el profeta Miqueas, era sinónimo de dicha y bienestar. Este hermoso árbol daba dos cosechas, el higo [65] de otoño, más abundante, que crece en los brotes del año, y la breva, precoz, mucho más grande, de sabor delicioso, de la cual el Talmud asegura que la comían al día siguiente de Pascua [66], con lo que se comprende mejor el episodio evangélico de la higuera maldita [67]. Cien locu-

60 Act., XII, 13. Rhode significa rosa.
61 Rey., VI, 23.
62 Véase especialmente Is., XLI, 19; Sal., CXXVIII; Prov., XXI, 20, y Deut., XXXIII, 24, o Sal., XLV, o CXXXIII y muchos otros pasajes de la Biblia.
63 Jue., IX, 7 y sigts.
64 Jn., I, 48.
65 Que no es verdaderamente un fruto, sino un receptáculo de flores masculinas y femeninas.
66 *Sabbat*, V. El tratado *Orla*, señala marzo.
67 Mt., XXI, 20; Mc., XI, 21.

ciones corrientes demostraban bastante cuán popular era la higuera. "¿Por ventura se cogen higos de los abrojos?" [68], dirá Jesús.

En cuanto a la viña, tercera concurrente en la competencia entre las plantas útiles, puede decirse que casi se identificaba con el esplendor de Palestina, con su fecundidad; los batidores de Moisés llevaron racimos tan enormes, que el pueblo errante se vio muy alentado a echarse sobre Canán [69]. Aun cuando la bebida que se extrae de su fruto haya sido, desde hace mucho —desde Noé— reconocida como bastante peligrosa para el equilibrio de los hombres, la viña era querida por el pueblo de Dios. El propio Libro Santo, por la voz del profeta Isaías, ¿no pasaba revista, líricamente, a los cuidados que ésta requería? [70]. Crecía libremente, a menudo dispuesta tendida de un árbol a otro. ¿De qué género eran las plantas cultivadas? Sin duda poco diferentes de las enormes moscateles —llamadas "datileras de Beyrut"— de largos granos, de piel gruesa, o de esas uvas de piel de color de malva, de granos redondos, que se encuentran, unas y otras, en Creta y en Asia Menor. Sin ser una gran exportadora de vino, como la Galia [71], Palestina proveía ampliamente a su necesidad. Viña, planta de vida... No es por casualidad que el Antiguo Testamento comparaba con ella al Pueblo elegido [72], que el propio Jesús se le comparará [73], y hará del vino el signo sensible de su sangre.

Al lado de esos tres cultivos reales, eran numerosos los otros, que ocupaban un lugar considerable en la vida de Israel. Entre los árboles, el ciruelo, el manzano y el peral eran mediocres. Pero había otros que compensaban: el sicomoro, magnífico, cuyas bayas, sajadas para apresurar la madurez, prestaban gran servicio a los pobres; el almendro, de poca altura, cuyas flores precoces anunciaban la primavera [74], cuyos frutos se vendían hasta en Egipto; el granado, tan suntuoso que sus frutos asombraron a los espías de Moisés, que el Cantar de los Cantares comparaba con ellos las

[68] Mt., VII, 16; Lc., VI, 44; Sant., III, 12.
[69] Habían debido ponerse dos para llevar un racimo en un palo. Núm., XIII, 23.
[70] Is., V, 2-7.
[71] Lo cual inquietaba a los romanos al punto que Diocleciano dio un edicto ordenando el arranque de una parte de las viñas galas, medida que no se decidió jamás en Palestina... (Cr Roger Dion: *Histoire de la Vigne et du vin en France*, París, 1959, págs. 129 y sigts.)
[72] Ejemplo, Sal., LXXIX, 8. 15.
[73] Jn., XV, 1, 18.
[74] Lo llamaban "el Acechador" *saqed*, de *saqad*, acechar.

mejillas de la Amada [75], y la liturgia había hecho un símbolo [76]. Las palmeras datileras, aun cuando sólo crecían en el Gor, aseguraron la riqueza y la gloria de Jericó, donde sus penachos se elevaban hasta veinte metros del suelo; se conocían varias especies, cariotas, patetas, adélfidas, y sobre todo la "dáctilo" —la "degla" actual de Túnez— que era célebre por el tamaño y sabor de sus frutos. A falta de melocotoneros —y sin duda de damascos—, cidros, moreras, nogales, alfóncigos, completaban el vergel palestino, con sus almeces de que habla el Salmo LXXXIV.

Entre los cereales, el trigo era el más precioso, el más querido por el corazón de los hombres. Isaac, bendiciendo a Jacob —por error...— le deseó que lo tuviera siempre en abundancia [77]; y al producto sublime del trigo, el pan, es al que Jesús pedirá que signifique su carne ofrecida para la salvación del mundo. El término genérico incluía a un tiempo el trigo candeal y las espeltas. El trigo blanco era raro, aun en la Galilea del norte, pero había diversas variedades de trigo duro, que se trituraba para hacer sémolas. Su cultivo exigía cuidados y regulaba muchos usos; Israel, por numerosos rasgos, era un pueblo de labradores [78]. Aún más antigua que el trigo de Palestina, la cebada estaba también muy difundida; en campos de cebada fue a espigar Rut... La avena existía, pero no se cultivaba. Daban cebada a los caballos, a los mulos, a los asnos, pero ese "alimento de los animales", como decían los rabíes, era también, a menudo, el de los pobres, pues el grano de cebada costaba dos veces menos que el de trigo candeal. Más vulgar aún había una especie de mijo, y quizá también formas rústicas de un maíz diferente del que los españoles trajeron de América, del género del que en la Edad Media llamaban en Francia "el turquet", que es sin duda un sorgo.

Mucho menos variados que los nuestros, los cultivos hortenses, no dejaban de ofrecer una diversidad agradable. El pueblo de Israel amaba la horticultura; todos los aldeanos y numerosa gente de las ciudades, tenían sus huertecitos. La lenteja era de uso común en la cocina israelita: Esaú vendió su derecho de primogénito a cambio de un plato de esa leguminosa [79]. También servía para

[75] Cant., IV, 3 y VI, 7.
[76] Las columnas de entrada del Templo estaban adornadas con granadas y el manto sagrado del gran sacerdote las tenía bordadas.
[77] Gén., XXVII, 28.
[78] Véase más adelante la vida rural, pág. 260.
[79] Gén., XXV, 29-34.

hacer una harina que se mezclaba con la de trigo. Las habas, de las que se comían las vainas y los granos, ocupaban más lugar en las huertas que nuestras habichuelas y guisantes. La cebolla se cultivaba muchísimo, pues esta planta, traída de Egipto, desempeñaba papel muy principal en la cocina judía; la variedad de Ascalón, la "escalonia", era apreciada, y lo mismo el puerro, o "ajo de caballo", también egipcio. No había tomates, pero cultivaban la berenjena y el pimiento, colorado o verde, e igualmente el pepino, la calabaza y el melón traído de Egipto. Las lechugas, achicorias, escarola, berro, verdolaga, perejil, se producían para la ensalada, y también para constituir la base de las "hierbas amargas" que habían de consumir con el cordero pascual. Además, también cultivaban para la alimentación plantas que ya no se emplean con ese fin, como las calas y los lirios, cuyos rizomas comían.

Abundancia, variedad, esplendor, riqueza... ¿Cómo esa vegetación, esos cultivos, no habían de exaltar la gratitud que Israel profesaba a Aquel que se los había dado? ¿Cómo no había de ver, él, el pueblo creyente, como se lo repetía el Eclesiástico, la manifestación de la Sabiduría de Dios? [80]

V. "Imples omne animal, benedictione"

Las diferencias entre el tiempo de Jesús y el nuestro son menos señaladas para la fauna que para la flora. Una sola es realmente sensible: los animales salvajes eran mucho más numerosos que en nuestros días. Aún se encuentran en Palestina jabalíes, puercoespines, martas, zorros, o, cerca del desierto, antílopes, gacelas, "cabras monteses del Sinaí"; de noche se oye el aullido del chacal, la risa áspera de la hiena. Un curioso animalito de que habla la Biblia [81], prospera todavía; es del tamaño de un conejo grande, algo parecido a la marmota, pero que los naturalistas colocan entre los parientes del... elefante o del rinoceronte; los judíos lo llamaban el *daman,* es decir, "el que se esconde", porque, como vive en manadas sabe hacerse proteger por centinelas y desaparecer a la menor alarma; no lo comían —al contrario de lo que hacían los árabes— porque la Ley prohibía que se consumiera la carne de los mamíferos que no tienen la uña hendida [82]. Otros animales

[80] Eclo., XXIV, 12 y sigts.
[81] Sal., CIV, 18; Prov., XXX, 26.
[82] Lev., XI, 5; Deut., XIV, 7.

que seguramente eran numerosos hace dos mil años están en vías de desaparecer: el lobo, el leopardo, el lince, el oso, de que habla la Biblia, sólo se ven en el Parque Zoológico de Jerusalén. El león, que en su primera epístola, San Pedro evoca "rugiendo y buscando su presa" [83], ha desaparecido totalmente. Asimismo, ya no se descubre más en los ríos y lagos de Palestina el hipopótamo ni el cocodrilo, que quizá sean el Behemoth y el Leviatán de la Biblia [84]. En tiempo de Cristo, era corriente que las fieras se llevasen borregos, y el bosque del Gor, con sus espesuras de felinos, era poco agradable recorrerlo de noche.

En conjunto, la fauna palestina es la que se encuentra en todos los países mediterráneos: sin embargo, el Gor tiene especies etíopes, indias y otras que le son privativas.

Los pájaros son numerosos. Es raro, en Tierra Santa, hacer un recorrido por el campo sin oír su canto, o el blanco aleteo de una bandada de palomas. Colgada como una araña de un hilo invisible, por todas partes se ve algún ave de rapiña flotar, inmóvil, en el azul fuerte del cielo. Por eso el Evangelio habla muy a menudo de los pájaros, de sus nidos, de sus costumbres. Jesús los cita muchas veces en sus parábolas. El santo hombre Job ya había alabado la sabiduría del ibis y la inteligencia del gallo [85]. Les gustaba amaestrarlos, principalmente ciertos palomos que, según el tratado del *Sabbat,* Herodes el Grande había introducido, y también, lo que es menos bonito, cuervos [86].

Los peces eran —y son todavía— muy diferentes de los que viven en nuestras aguas: de cuarenta y tres especies, solamente ocho pertenecen a la fauna ordinaria de los ríos mediterráneos. En la cuenca del Jordán se hallan confinadas numerosas variedades parecidas a las de África central. Cromidios y ciprinos son los más difundidos, así como un siluro sin escamas. En el lago de Tiberíades, muy rico en peces —el Evangelio nos muestra bastante cuán floreciente era la pesca—, el más curioso es el "pez de San Pedro", *hemichromis sacra* o *pater familias,* análogo al "tilapia" de Tailandia, que aloja su prole en la cavidad bucal: cuando la cría le estorba demasiado la expulsa metiéndose una piedra en la boca, a

[83] I. Pe., V, 8.
[84] Cf. P. Dhorme: *Le Livre de Job,* pág. 562, y *L'Ami du Clergé,* 27 octubre 1955.
[85] Job., XXXVIII, 36.
[86] *Sabbat,* XXIV y XVIII.

menos que sea una moneda, como se ve en el evangelio según San Mateo, en el que San Pedro coge uno que se había tragado una estatera [87].

Numerosas variedades de reptiles viven en Palestina, donde seguramente eran más abundantes hace dos mil años, pero las variedades venenosas eran relativamente raras. La Biblia, que atribuye a la serpiente el papel maléfico que todos sabemos, no distingue muy bien los que, legítimamente, podían pasar por diabólicos y los que son útiles aliados del campesino. Sin embargo el áspid —es decir, la cobra—, el cerasta y la víbora están citados, y el texto sagrado hace muchas alusiones a su mordedura, a su lengua, al veneno, a sus ardides. En realidad, aparte las víboras, de las que había cuatro variedades, siendo la más temible la cornuda, esos enemigos del hombre se hallaban sobre todo en la selva del Gor. En cambio, abundaba la culebra: la protegían, estaba casi domesticada. Lagartos verdes, lagartos de "Judá", chacón blanco o gris, que han disminuido mucho, representaban a la clase de los saurios, con el *warran*, enorme lagarto del Gor.

Hasta que se inventó el D.D.T., moscas y mosquitos pululaban en Palestina; no nos atreveríamos a garantizar que han desaparecido. No es casualidad que uno de los nombres del demonio fuera Belcebú, "Baal-Zebub", el "Señor de las Moscas". La cuarta plaga de Egipto ¿no fue una invasión de esos insectos? [88] Cierto es que los rabíes aseguraban que una mosca jamás se posaba sobre las carnes de los holocaustos... Mariposas, escarabajos, avispas, se cuentan por centenares de variedades, sin hablar de los alacranes y de los ciempiés, que se hallan entre las ruinas, ni de los piojos y pulgas, que prosperan entre los nómadas. La langosta era a la vez muy útil y muy temible; la comían, como ya veremos [89], pero cuando se abatía en nubes enormes sobre los campos —cosa que aún sucede— era verdaderamente una plaga, digna de aquella con que Moisés castigó a Egipto; el profeta Joel dio de esas invasiones una sorprendente descripción, cuya veracidad cada cual podía verificar [90].

En cuanto a los animales domésticos, eran exactamente los que aún se encuentran: la introducción de razas nuevas y los métodos

[87] Mt., XVII, 24-27.
[88] Ex., VIII, 20 y sigts.
[89] Cf. más adelante, pág. 228.
[90] Jl., I y II.

de selección sólo se cuentan desde la instalación sionista en Israel. En conjunto todos eran de raza pequeña. Las estepas y las colinas peladas eran el dominio de los carneros del género de los "barbarines" de Libia [de cinco cuartos] —la cola [que es el quinto cuarto], puede pesar diez kilos—, y de las cabras de orejas colgantes; ése era uno de los principales recursos de Palestina; se comprende la importancia del papel que las ovejas desempeñan en las metáforas de los profetas y de Jesús, y también en el ritual de los sacrificios. El asno y el buey, que la tradición apócrifa colocará a los costados del recién nacido Niño Jesús, eran también de los considerados como indispensables. "¿Quién de vosotros —dice Jesús— si su [*oveja, su asno*] o su buey cayere en un pozo no le saca al instante en día de Sabat?" [91] Los bovinos eran inmemoriales en el país de Canán; el clan de Abraham debió encontrarlos allí, unos dos mil años antes de nuestra era; puede también que los llevara de Ur a Caldea. Hasta había un bóvido salvaje, el *reem*, de que habla Job [92], una especie de uro sin duda; el búfalo había sido introducido de la India en la época persa. Vacas y terneros eran los huéspedes habituales de las alquerías palestinas, a menudo alimentados en el establo con una mezcla de paja cortada, cebada y áfaca, que colocaban en un pesebre. La vaca roja, sin mancha, era símbolo de pureza, y sus cenizas tenían virtudes inefables, que el Libro Santo decía [93]. Pero, en cambio, el puerco era reputado impuro: ¡bastante lo repetía la Biblia! [94] Ésta exaltaba el heroísmo de los fieles que, en tiempos de los macabeos, prefirieron morir antes que comer esa carne innoble [95]. De modo que los rebaños de puercos que menciona el Evangelio [96] sólo podían pertenecer a paganos o a judíos desprovistos de escrúpulos, o a impíos.

El asno era inseparable de la vida palestina. En todas partes se le veía. No había familia, ni siquiera pobre, que no poseyera uno de esos buenos servidores de orejas largas. Si no se podía comprar uno, lo alquilaban por el precio de tres denarios por mes, unos 18 francos oro. No era el asno de nuestras regiones, y aún menos el borriquillo, lastimoso y conmovedor, del Magreb, sino el

[91] Lc., XIV, 5.
[92] Job., XXXIX.
[93] Núm., XIX, 9, 22; XXXI, 23.
[94] Lev., XI, 7; Deut., XIV, 8; Ex., LXV, 4 y LXVI, 17, etc.
[95] II Mac., VI, 18 y VII, 1.
[96] Mt., VIII, 30; Mc., V, 11; Lc., VIII, 32.

asno *mascate*, grande, fuerte, que anda gallardamente sus cuarenta kilómetros por día, y cuyo pelo es a veces de un gris tan pálido que se diría blanco; hermoso animal sobre el cual Cristo podrá hacer noblemente su entrada en Jerusalén. Para el tiro, para la carga, el asno no tenía rival, salvo su medio hijo el mulo; nunca se le ofrecía en sacrificio. El caballo era mucho menos útil. En la caravana que trajo del exilio al pueblo santo, sólo se contaron 736 caballos contra 6.720 asnos [97], y ésta había de ser aún la proporción en el tiempo de Jesús. Por lo demás, los profetas mostraron desconfianza hacia este animal, símbolo de lujo, de fuerza, de violencia: el Nuevo Testamento casi lo ignora [98]. Lo enganchaban, pero casi no lo montaban. Los únicos caballeros encontrados por Jesús debieron ser soldados del ejército romano. El camello, tan frecuente en nuestros días, era poco común; al regreso del exilio sólo se contaron 435 en la caravana. Era el camello de dos gibas que se ve en los bajorrelieves persas. Costoso, pero sobrio y capaz de llevar 500 kilos durante 50 kilómetros, se le veía llegar del desierto, con las mercaderías de la lejana Asia. Jesús lo cita en dos fórmulas célebres: aquella en que nos habla del "ojo de la aguja" por la que un camello no podía pasar [99] y aquella en que reprocha a los "guías ciegos" de colar el mosquito y tragarse el camello [100].

En las alquerías, como en nuestros días, había aves de corral, gallinas y gallos, palomas, gansos y patos —pero ni gallinas de Guinea ni pavos— y hasta las había en plena ciudad, en Jerusalén, como San Pedro pudo comprobarlo tristemente la noche trágica en que el gallo cantó tres veces... El gato doméstico, tan corriente en Egipto, tan venerado, era raro en Palestina; el hebreo bíblico ni siquiera tiene vocablo para designarlo. Quizá por eso pululaban las ratas, los ratones y los jerbos. En cuanto al perro, del que la Biblia habla más de cuarenta veces, no era el animal familiar que el Occidente admite en su intimidad, sino más o menos mezcla de chacal y de lobo, un animal semisalvaje, arisco y famélico, que andaba errante por las calles, donde se encargaba del servicio de limpieza devorando carroñas y materias inmundas. No se le echaba pan, dice el Evangelio; apenas se le dejaban las migas [101], y "darle

97 Esd., II, 67; Neh., VII, 68.
98 Una alusión al freno (Sant., III, 3) y las descripciones simbólicas del Apocalipsis (VI, 2; IX, 16, etc.).
99 Mt., XIX, 24; Mc., X, 25; Lc., XVIII, 25.
100 Mt., XXIII, 24.
101 Mt., XV, 26; Mc., VII, 27.

cosas santas", como dice Jesús [102], hubiera sido la última de las profanaciones.

Lo que no quería decir que esos pobres perros no tuviesen su lugar en el plan divino. Job lo había dicho, en el capítulo décimosegundo de su libro: todos los animales, salvajes y domésticos, fueron creados por Dios y eran testimonio de su poderío. Contrariamente al voto que formulaba el Salmo CXLV, todos no habían sido igualmente colmados de bendiciones por el Señor [103]. Pero todos le debían la vida y tenían que alabar su gloria, como a ello les invitaban los "tres niños en la hoguera" —todos, hasta las ballenas, que se citan en el Cantar, pero que no se ven en las costas del país de Canán [104]—.

102 Mt., VII, 6.
103 Según el título del presente parágrafo, CXLV, 16.
104 Sobre la fauna palestina cf. Rodinheimer: *Die Tierwelt Palestinas* (Leipzig, 1920).

CAPÍTULO II

EL CUADRO HUMANO

I. Pueblo de la Promesa

El plan divino... Más que todo era su admirable testimonio la existencia, en esta tierra sin igual, de un pueblo que no pensaba parecerse a ningún otro. Los hombres que ocupaban Palestina hace dos mil años, los que constituían, si no toda la población, por lo menos la mayor parte, tenían la convicción —mejor: la certeza— de que no estaban ahí por casualidad, de que su presencia en esos lugares tenía una significación providencial, que el mismo Dios los había fijado ahí.

Ése es el hecho primordial, la idea sin la cual no se comprende nada de la historia, de la espiritualidad, ni siquiera de la vida cotidiana de Israel. Un orgullo nacional, al lado del cual nuestros más exaltados "chauvinistas" no son nada, henchía el alma del más mísero de los judíos cuando recordaba que pertenecía a la raza elegida, al Pueblo de la Promesa. ¿Qué le importaba, pues, que su destino individual fuese mediocre, que la vida fuese dura, que el ocupante romano hollara con sus borceguíes el suelo sagrado? Bien sabía él, el despreciado, que, como toda su nación, poseía un privilegio de que ningún poder del mundo le frustraría jamás, ese "sacerdocio perpetuo", de que habla la epístola a los Hebreos [1].

Esta convicción procedía de una revelación ya antigua —tenía ya unos veinte siglos—, pero que siempre estaba presente en los corazones fervientes de Israel. En Ur, en Sinear, capital local del bajo Eufrates, un hombre llamado Abram recibió la visita de

[1] Sal., CX, 4; Heb., VII, 24.

Dios y oyó su orden: "Salte de tu tierra, [con] tu parentela. De la casa de tu padre. Para la tierra que yo te indicaré. Yo te haré un gran pueblo. Te bendeciré y engrandeceré tu nombre. Que será una bendición, y bendeciré a los que te bendigan [2]."

Abram obedeció. Y partió a lo largo de los senderos, con su anciano padre Tera, sus sobrinos, sus animales, todo su clan, aceptando correr los riesgos de un largo errar, porque el Señor se lo había ordenado. Esa docilidad tuvo su recompensa. Llegado a los lugares que le fueron designados, Abram recibió de nuevo, varias veces, místicamente, las moniciones de Dios, y sus promesas. Aquella tierra por la que al presente erraba, sería su herencia, su posteridad la poseería. Como prenda de ese porvenir se le cambió el nombre, Abram, en Abraham, "padre de las multitudes". Y su anciana mujer, milagrosamente, dio a luz un hijo.

Tal era, pues, el punto de partida de la *Alianza*, que desde esos tiempos remotos existía entre el Todopoderoso y los que se proclamaban servidores suyos. A cambio de su fidelidad, la descendencia del patriarca Abraham constituiría un pueblo elegido entre todos; la mano del Señor iría sobre él para guiarlo por el buen camino, protegerlo, asegurarle un destino sin igual. De esa alianza quedó establecida una señal sensible, en la carne misma del hombre, la *circuncisión* [3].

Pero, ¿por qué Dios habló a Abram, por qué eligió para que le sirviera al pequeño clan nómada de los terahitas? La Biblia respondía a esas preguntas. ¿No se leía en el libro de Judit: "Habitaron primero en la Mesopotamia; y por no seguir a los dioses de sus padres que vivían en la Caldea, la abandonaron y dejaron su culto para adorar al Dios del cielo que se les había dado a conocer? [4]" Así, unos dos mil años antes de Cristo, en condiciones, por lo demás, que la historia está lejos de haber aclarado, los terahitas nómadas ¿ya se habían apartado del politeísmo astral y totémico de los mesopotámicos sedentarios, para elevarse a la concepción de un Dios único, invisible, todopoderoso? "Desde época remota —dice Renan— el pastor semita lleva en la frente el sello del Dios absoluto." Originalidad prodigiosa, que hacía verdaderamente de los descendientes de Abraham un pueblo único en el mundo, el depositario de una revelación incom-

[2] Gén., XII, 1 y 2. Para todo este parágrafo, véase *Histoire Sainte*, capítulo I.
[3] Gén., XVII, 9 y sigts.
[4] Jds., V, 7, 8.

parable, y, por consiguiente, el Pueblo elegido, el Pueblo de la Promesa. El orgullo del menor de los judíos no tenía otra causa: se sabía el *aliado de Dios.*

Si hubiera podido dudar, la historia de su raza, tal cual la refería el Libro Santo, se lo hubiera probado. Todo, en ese destino extraño y enrevesado, llevaba visiblemente el signo de la intención divina. Es asombroso comprobar que los primeros cristianos, que se proclamaban judíos fieles, para probar a sus compatriotas que la revelación de Jesús perfeccionaba la de la antigua tradición, insistieron en que la nueva *berith* sólo era el cumplimiento de la antigua. Es lo que hace el diácono Esteban en el discurso que pronuncia frente a los que van a lapidarlo [5]; así piensan también San Pedro [6] o San Pablo [7].

Sin embargo, aunque la Alianza fue establecida de una vez para siempre, las condiciones de su aplicación cambiaron en el curso de los siglos: se profundizaron y agravaron. Y no es una de las menores razones que tenemos para admirar al Pueblo de la Promesa verlo, poco a poco, subir los peldaños de la experiencia espiritual, para llegar a fijar los rasgos de la religión más pura, más noble, de toda la antigüedad.

Al principio, durante la era de los Patriarcas, las condiciones de la Alianza eran sumamente simples. Para ser fiel bastaba con creer en el Dios único, aquel que se designaba con el vocablo *El*, o, mejor aún, con un extraño plural que se utilizaba como singular, *Elohim.* Ese Dios único no pedía casi ningún culto, ningún sacerdocio, ningún templo, apenas unos sacrificios de cuando en cuando. No imponía a sus fieles ninguna moral, y la metafísica que fundaba esa religión era rudimentaria.

Una segunda etapa se franqueó cinco y seis siglos después de Abraham, cuando se produjo el acontecimiento prodigioso en que el Pueblo elegido veía, legítimamente, una de las demostraciones más brillantes de la Alianza: el Éxodo. Un hombre providencial fue entonces elegido por Dios para sacar a los suyos de la servidumbre egipcia y llevarlos a la Tierra de Promisión. Conducida por Moisés, la caravana de los fugitivos cruzó milagrosamente el mar Rojo y se libró de la muerte por hambre, en el desierto: dos pruebas de la protección divina. En esa oportunidad, la Alianza

[5] Act., VII.
[6] Act., II, 15.
[7] Especialmente Act., XIII y epístola a los hebreos.

no había sido solamente renovada, sino precisada: Dios había dado una nueva prueba a los suyos revelándoles su nombre inefable, señal de su omnipotencia, *Yavé,* "El que es". En cambio, en una especie de contrato bilateral [8], impuso a su pueblo preceptos, las famosas "leyes", el Decálogo, de donde el genio que era Moisés pudo, posteriormente, hacer manar todo un código de moral y de religión, de organización política y social.

Esa Alianza así confirmada y precisada permitió a las tribus apoderarse del país de Canán, en los tiempos de Josué y de los Jueces. También fue ella la que estableció en gloria al rey David y a su dinastía, en cuyo beneficio hasta fue solemnemente renovada [9]. Sin embargo, a pesar de tantas pruebas como Dios le daba de su infinita bondad, el Pueblo elegido transgredió muchas veces la Alianza, cedió a las tentaciones de la idolatría, practicó las costumbres de los paganos, y las vehementes voces de los grandes inspirados —como Amós, Oseas y tantos otros—, en nombre de Yavé, se lo reprocharon [10]. Un terrible castigo cayó sobre la nación infiel: la deportación a Babilonia, el Exilio. Pero como su misericordia es superior a su justicia, Yavé permitió que ese castigo tuviese un fin, y que el rebaño de exiliados retornara a la tierra bendita entre todas.

Pero esa prueba había sido fecunda. Gracias a ella el pueblo elegido superó una tercera etapa en la ascensión espiritual. A la luz de los sufrimientos, los profetas —y sobre todo los más grandes, los Isaías, los Ezequiel, los Jeremías— mostraron a sus hermanos que todo lo que viene de Dios es adorable y trabaja en el perfeccionamiento del hombre. Ya lo había dicho el viejo Amós en su quinto capítulo: lo que Dios ama no son los sacrificios, sino la buena conducta, la caridad, la justicia y la bondad. La Alianza tomaba un sentido más profundo todavía, llegaba a ser la base de una religión más interior, más espiritual. La misión con que el pueblo se sabía investido ya no era sólo afirmar la unicidad de Dios y proclamar sus Mandamientos, sino enseñar al hombre a llegar a lo divino por el esfuerzo interior, la purificación moral, el impulso del alma. La circuncisión, "signo de la Alianza en la carne", seguía siendo obligatoria, pero cada cual

[8] Véase *Histoire Sainte,* IIª parte, capítulos I y II.
[9] II Rey., VII, 16; XXIII, 1-3. Sal., LXXXIX, 4.
[10] Os., VI, 7; VIII, 1.

sabía, como lo dirá San Pablo, que la verdadera circuncisión se producía, en espíritu, en los corazones [11].

Todo, pues, formaba un haz en la certeza que el Pueblo elegido tenía de ser único, diferente de todos, y superior a todos: la fe monoteísta, el amor a la tierra, la sumisión a reglas morales, el deseo de organizar según ciertos principios la vida política y social y el sentido de la más alta experiencia mística. Más que la etnografía, era la teología la que fijaba los caracteres de la raza. Esta concepción tan particular del destino individual y colectivo, jamás debe perderse de vista cuando intentamos representarnos el mundo en el cual vivió Jesús.

II. "Nomen numen"

El estrecho vínculo entre el dato histórico y espiritual y la realidad, se descubre, pues, por doquier, en todos los rasgos característicos del Pueblo elegido. Y en primer lugar en los propios nombres con que se designaba. Los tres más usuales aludían precisamente a algunos de los grandes momentos en que la historia sagrada se había cumplido: *hebreos, israelitas, judíos.* Si hay un caso en que se aplica el elíptico adagio latino *nomen numen,* es éste: aquí cada nombre define un aspecto del destino.

Hay que notar, sin embargo, que uno de los términos que hoy usamos para designar —en una acepción limitativa, con cierto matiz de desprecio, a veces—, a la nación de Abraham, de Moisés y de los profetas, cuando, por ejemplo, hablamos de "antisemitismo", no se empleaba absolutamente. Los contemporáneos de Jesús sabían, evidentemente, que eran "semitas", puesto que descendían de Sem, hijo mayor de Noé. No habían olvidado el capítulo décimo del Génesis que enumeraba las generaciones desde la salida del Arca, y aún menos el noveno, donde se decía que debido a su buena conducta con su padre ebrio, se reconoció a Sem y a su descendencia una incontestable primacía. Pero la expresión "semita" era desconocida, no se la encuentra en la Biblia. Nace en 1781 con la acepción que le dio Schlörer, en lingüística. Un palestino de hace dos mil años no ignoraba que los beduinos del desierto eran primos suyos, puesto que descendían de Ismael, hijo de Abraham y de la concubina Agar, pero le hubiera sorprendido

[11] Rom., II, 29.

mucho que se le colocara en la "raza semita" al lado de los caldeos y de los asirios.

Las palabras que más se empleaban en el lenguaje noble eran *Hebreo* e *Israelita.* Recuérdese el pasaje célebre de la segunda epístola a los corintios en la que San Pablo, para defenderse de las acusaciones de sus enemigos, dice: "¿Son hebreos? También yo. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son descendencia de Abraham? También yo [12]." Un hijo de Abraham, un miembro auténtico y legítimo del Pueblo de la Promesa, se proclamaba, pues, a la vez, hebreo e israelita. Los dos términos no eran sinónimos; correspondían a datos históricos y espirituales diferentes.

El vocablo *hebreo,* en la Biblia, estaba en relación con un personaje llamado *Heber,* que habría sido el biznieto de Sem [13]. Se vincula con la raíz *ibri,* que significa "pasar", que se halla en Mesopotamia bajo la forma *habiru* y en Egipto en el término que designaba a los salteadores llegados de las estepas, los *apiru.* El hebreo era, pues, exactamente, "el que pasa", el hombre de las grandes andanzas: la palabra recuerda los viajes, prodigiosos, de Ur a Canán en los días de Abraham, del país del Nilo al del Jordán con Moisés, durante los cuales el Pueblo elegido tuvo conciencia de sí mismo y de su destino. De esa época, almas verdaderamente fieles conservaban la nostalgia; el desierto seguía siendo el lugar bendito donde, "viajero sobre la tierra", como dirá Jesús, al abrigo de las impuras facilidades de las ciudades, cada cual podía acercarse a Dios. La tienda nómada seguía siendo, para los creyentes, un símbolo tan hermoso de espiritualidad, que la reconstituían para la fiesta de los Tabernáculos [14]. Todo eso era lo que un contemporáneo de San Pablo quería decir proclamándose hebreo.

Al decirse israelita, quizá significara aún más. Es sabido que el nombre Israel fue dado por "el Ángel del Señor" —lo que sin duda quiere decir por el poder divino— a Jacob, al final de la noche dramática donde, cerca del vado del Yaboc, empeñó el más singular de los combates [15]. Magullado, con la cadera desencajada, pero orgulloso de haber luchado hasta el alba sin sucumbir, el Patriarca recibió ese sobrenombre como una recom-

[12] II Cor., XI, 22.
[13] Gén., X, 25.
[14] Véase más adelante, pág. 390.
[15] Gén., XXXII, 29.

pensa y como una prenda. El combate espiritual "tan brutal como la batalla de los hombres", dice el poeta [16], ese cuerpo a cuerpo con las potencias del destino que cada hombre debe librar en la carne y en el alma, *"Israel"* lo empeñó para él y para su descendencia. Ser israelita era ser miembro del pueblo que miraba a Dios cara a cara.

En cuanto al término *judío*, que sólo se halla en el Nuevo Testamento, y en el libro segundo de los macabeos [17], el que la administración romana adoptó y generalizó, aquel cuyo uso es el más difundido en nuestros días —con una acentuación que la literatura antisemita ha hecho injusta y desagradable—, tenía también un significado histórico y espiritual admirable. Era de la época del regreso del Exilio. La principal tribu cuyos miembros fueron deportados por Nabucodonosor a Babilonia fue (con la de Benjamín) la tribu de Judá. De modo que fueron ellos, los "hijos de Judá", quienes conservaron intacto el tesoro de la fe y de las tradiciones de sus antepasados, en tanto que en Palestina los restos de las otras diez tribus cedían más o menos a las tentaciones del paganismo. Vueltos al país, se instalaron en Judea, que llevaba su nombre, alrededor de la ciudad santa de Jerusalén, y restablecieron la religión sobre su más seguras bases. Como lo había profetizado Jacob moribundo en la tierra de Egipto, "el cetro no se apartó de Judá" y una bendición especial se posó en él, de siglo en siglo [18]. La etimología tenía valor de signo: los hombres de Judá, de la Judea, los *judíos* eran los hombres de la fidelidad.

III. ¿Una raza o una fe?

Otro nombre cita la Biblia, puesto en relación directa con los orígenes del Pueblo de la Promesa: los *arameos*. Así, la ley de Moisés ordenaba que todo fiel que iba a hacer una ofrenda al altar de Yavé dijera: "Un arameo errante fue mi padre" [19]... ¿Qué eran, pues, esos arameos? Un pueblo seguramente semítico, muy propenso a la vida nómada, que, en el umbral del segundo milenio, se movía con sus rebaños en la alta Mesopotamia, al pie

[16] Rimbaud.
[17] II Mac., VI-6; se sabe que los Macabeos son los últimos libros históricos de la Biblia.
[18] Gén., XLIX, 8 y sigts.
[19] Deut., XXVI, 5.

del Ante-Tauro. Esa región, que constituye la parte septentrional del "creciente fértil", la Biblia la llama el *Padán Aram*, el país de los Padres. Su ciudad principal era Harrán, gran centro de caravanas en el Balij, afluente del Eufrates. Ahí fue donde Abraham hizo alto en el curso de su migración inspirada, donde se estableció su hermano Nahor, donde Jacob fue a buscar a su mujer Rebeca, y también de ahí de donde el gran adivino Balaam partió para entregar sus inquietantes mensajes [20]. Haciendo descender a los suyos de un personaje llamado Aram, el hijo más joven de Sem [21], el redactor del Libro Santo traducía, bajo una forma quizá mítica, una realidad cierta.

Desde el punto de vista étnico, el origen del pueblo que ocupaba Palestina se hallaba, pues, en un grupo de tribus arameas que, unos veinte siglos antes de nuestra era, se apartaron poco más o menos de la masa. Se habían vinculado a los elementos *ibri* o *habiru* —es decir, hebreo, como hemos visto— que peregrinaban del Eufrates al Nilo a través del Canán, guardando ganado o haciendo correrías. Parece que los antepasados de Israel impusieron su autoridad a las cuadrillas *habiru*, les dieron un primer rudimento de organización, y finalmente se fusionaron con ellas. Pero, durante mucho tiempo, tuvieron que luchar con otras partidas arameas que se adelantaban en dirección de sus tierras de pastoreo. Mucho más tarde, en los siglos VIII y IX, Israel, convertido en pueblo sedentario, arraigado en Tierra Santa, tuvo que luchar de nuevo contra sus antiguos hermanos. Los arameos conocieron entonces un asombroso retoñar de vitalidad, haciendo de Damasco una capital, fundando principados hasta en el golfo Pérsico e invadiendo varias veces la Palestina [22]. En ese período se coloca un hecho lingüístico considerable: el idioma arameo se había impuesto en todo el Cercano Oriente, o casi, principalmente en el país de Canán, tanto más fácilmente cuanto que los israelitas, poco después, fueron expulsados de su tierra por la deportación de Nabucodonosor. De modo que vueltos de Babilonia, los exiliados encontraron elementos arameos en el lugar y la lengua aramea en uso: la habían adoptado. Curioso "regreso a las fuentes" [23].

[20] Véanse todos estos diversos episodios en la primera parte de nuestra *Histoire Sainte*.
[21] Gén., X, 22.
[22] Véase sobre estos episodios *Histoire Sainte*, III° parte, capítulo III, parágrafo "Les reines idolâtres".
[23] Véase más adelante, pág. 299, sobre la lengua aramea.

¿Quiere decir que los judíos del tiempo de Jesús eran simplemente, únicamente, arameos? No. La Biblia indica que ciertos pueblos estaban estrechamente vinculados con los arameos del clan de Abraham, aun cuando estaban en malas relaciones con ellos: los descendientes de Ismael, como ya hemos visto, y también las gentes del Moab y del país de Amón, que descendían de Lot, es decir, del incesto que cometió con sus dos hijas [24]. Por otra parte, el Libro Santo habla de "siete naciones" que los remotos antepasados de Israel habrían destruido y más o menos absorbido [25]. Entre esos elementos integrados, son de señalar dos. Por una parte, esos *cananeos*, cuyo nombre ya hemos encontrado, que las partidas de Josué hallaron instalados en "Canán" cuando llegaron allá, elementos mediterráneos y caucásicos fuertemente semitizados por el aflujo, en el siglo XVIII, del grupo étnico que se conoce, en las costas de Siria, con el nombre de fenicios. Y por otra parte, los que la Biblia llama "heteos", y que nosotros llamamos *hititas*. Era un pueblo no semita, preario, que, durante mucho tiempo, sólo la Biblia conocía. Su resurrección por Hrozny, hace medio siglo, después del descubrimiento por Winkler, en Bohaz-Keui, Turquía, de extraordinarias tablillas, fue uno de los grandes episodios de la aventura de la arqueología. Durante mil años los hititas dominaron toda la Anatolia e invadieron todos los alrededores, incluso el Canán. Todos los esfuerzos que hizo el más grande faraón de Egipto, Ramsés II, para expulsarlos, fracasaron en el "match" nulo de la batalla de Qadesh, en 1290. Eran numerosos sus descendientes que permanecieron en Palestina, después del derrumbe de su imperio bajo los golpes de la gran invasión aria [26]. Además de los cananeos y de los hititas, había otros elementos mezclados en el mantillo étnico palestino. ¡Ese corredor ha visto pasar tantos pueblos! Había también, por ejemplo, los "hurrim", esos *horreos* que las tablillas de Ras-Shamra han hecho conocer algo [27] y *amorreos*, que la Biblia llama amalecitas, pericitas, gabaonitas, y otros nombres más, parientes cercanos de aquellos hiksos que ocuparon Egipto en el momento en que nacía Moisés [28].

[24] Gén., XIX, 30.
[25] Deut., VII, 1.
[26] Sobre los hititas véase el libro de L. Delaporte (París, 1936).
[27] Las tablillas de Ras-Shamra (Ugarit-Siria), llamadas protofenicias, que datan del siglo XIV, fueron descubiertas a partir de 1928; son de primordial interés para los comienzos de la Escritura.
[28] Véase *Histoire Sainte*, II[a], parte, capítulo I, parágrafo: "Un problème de dates."

Un gran hecho histórico había contribuido a la mezcla étnica en la tierra de Israel, o más bien dos: las dos razzias de hombres que hicieron los asirios de Sargón II en Galilea y en Samaria (722), y luego los caldeos de Nabucodonosor en Judea (586). Esas regiones devastadas se poblaron por segunda vez con toda clase de gente: arameos, cananeos, fenicios, anatolios y hasta mesopotámicos, a los que se mezclaron los restos de las tribus de Israel. Cuando los exiliados volvieron de Babilonia, en 538, tuvieron, de grado o por fuerza, que cohabitar con esos intrusos. Mucho más tarde, entre 165 y 104, los grandes conquistadores macabeos emplearon la mano fuerte para judaizar todo el país, y lo consiguieron perfectamente. Hasta consiguieron judaizar a los beduinos del sur, los idumeos, tradicionalmente enemigos de los descendientes de Jacob, desde el asunto del plato de lentejas. Cierto es que, poco antes del nacimiento de Cristo, en el año 40, éstos se tomaron el desquite, puesto que el idumeo Herodes obtuvo del Senado de Roma el título de rey de Judea —sin renunciar a la religión de Yavé.

Esta judaización de toda Palestina no prevalecía, sin embargo, contra la diversidad de los orígenes. La cual aún se traducía, en el tiempo de Jesús, en acentuadas diferencias entre las poblaciones de las provincias. En la áspera región del sur se había amontonado, alrededor de Jerusalén, el pequeño núcleo cerrado de los exiliados que habían vuelto —esencialmente las tribus de Judá y Benjamín—; la raza podía considerarse como pura. En cambio, en las buenas tierras de los cantones del norte, antaño ocupadas por las tribus de Aser, Neftalí, Isacar y Zabulón, la implantación de extranjeros fue tan abundante, que los israelitas que se reinstalaron no fueron muy numerosos. Una familia de antigua cepa, como la de Jesús, que descendía del rey David, había de ser bastante rara. El hecho era tan patente, que dieron al país el sobrenombre de *guelil-al-goyim*, "el círculo de los paganos"; desde la judaización macabea se decía solamente *guelil*, Galilea. Pero los habitantes de Judea desdeñaban a los galileos, esos destripaterrones, que hablaban con tal acento [29] que no se podían distinguir, pronunciadas por ellos, las palabras *immar* (cordero), *hamar* (vino) y *hamor* (asno), y de quienes se sospechaba que cumplían con la Ley a sus anchas.

[29] Por su acento, como se sabe, San Pedro fue identificado como un discípulo del galileo Jesús, en el patio del sumo sacerdote (cf. Mt., XXVI, 73).

De modo que no puede hablarse de una *raza judía*[30]. ¿Habíase fijado un tipo étnico? ¿El que en nuestros días pasa como el más frecuente: nariz fuerte y curvada, labios gruesos y muy rojos, cabellos crespos, ojos garzos o castaño claro? No sabemos nada, pues el Nuevo Testamento y los tratados talmúdicos están mudos sobre el particular. Tampoco puede decirse con certeza que los judíos del tiempo de Jesús eran de estatura más bien baja, como instintivamente lo suponemos. Aun cuando el Antiguo Testamento nos muestra muy bien al israelita David menudito frente al gran ario Goliat, no pueden sacarse conclusiones generales del hecho que el publicano Zaqueo de que habla el Evangelio era tan debilucho que no veía nada entre la multitud[31], ni de que San Pablo se llame a si mismo "un aborto"[32].

El concepto mismo de raza era extraño para los hombres de la Biblia, para los compatriotas de Jesús. Y, naturalmente, aún más esa perversión de la inteligencia y de la conciencia que llaman racismo. Si los israelitas tenían, en cuanto pueblo, un orgullo colectivo inmenso, no eran de ningún modo exclusivos. Para ellos, el hecho religioso se imponía al hecho étnico. Pertenecían a la raza elegida, no tanto porque descendían de tal o cual personaje sagrado —muchos otros hombres, en definitiva, ¿acaso no descendían de Abraham?—, sino porque eran fieles a la Alianza establecida entre Dios y sus antepasados. ¿No refería el Libro Santo, con cierto humor, que Jonás, por haberse negado a convertir a los abominables ninivitas pasó una temporada en un monstruo marino? Por doquier había judíos establecidos fuera de Palestina, hacían —como después veremos— proselitismo[33]. Un pagano era despreciado y detestado por un fiel de Yavé, no porque pertenecía a una raza extranjera, sino porque practicaba una religión infame. Que proclamara su creencia en el Dios único, que adoptara la Ley mosaica, y aceptara todas las observancias, principalmente, en su carne, el signo de la Alianza, la circuncisión, y era un hermano[34]. En cambio, un hermano de raza, un habitante de Tierra Santa, que se negaba a obedecer los preceptos de la religión era, *ipso facto*, excluido de la Alianza, no pertenecía a la raza de Israel.

[30] Se sabe que aun en nuestros días se conocen "Judíos" de religión que no son "Judíos". Es así como existen, desde el siglo XVI de nuestra era al menos, judíos chinos. En el Estado de Israel se conoce una aldea de italianos, originarios de San Nicando, cerca de Bari, ex-católicos convertidos al judaísmo por un tal Donato Manduzio, fanático de la Biblia, y llevados por él a Tierra Santa. Son considerados como judíos de pleno derecho. Actualmente son dirigidos por una mujer, Deborah Bonfito (cf. Henri Amouroux: *J'ai vu vivre Israël*, pág. 71, París, 1958).

[31] Lc., XIX.

[32] Es muy posible que ese calificativo no sea más que un término de humildad, aunque se admita generalmente que San Pablo era pequeño, enclenque, enfermizo.

[33] Véase más adelante pág. 462.

IV. El caso extraño de los samaritanos

Tal era precisamente el caso de los *samaritanos*. En medio de Palestina existía un grupo étnico al que los judíos consideraban como algo peor que un extranjero. Adoraba al mismo Dios que ellos, veneraba las mismas Escrituras (o por lo menos una parte de ellas); veía en Moisés al legislador supremo; y sin embargo, no formaba parte del pueblo de Dios.

A decir verdad, el antagonismo entre las gentes de Judá y las gentes de Samaria venía de lejos, casi desde el momento en que, en 935, a la muerte del gran rey, el imperio salomónico se cortó en dos, Samaria y Judá. En lo sucesivo, Siquem y Jerusalén se opusieron muy a menudo. Impureza contra pureza. Así, los altares de Jeroboán fueron hollados por los becerros de oro erigidos frente a la colina de Sión, y contra Jezabel, la vieja reina idólatra del Norte, se alzó el profeta Elías, llegado del Sur. Samaria, la capital de esta provincia, construida muy inteligentemente por el rey Omri hacia 880, fue siempre consideraba como rival de la Ciudad Santa, y no lloraron mucho cuando los asirios la destruyeron. Los celos dejaron su lugar, después del Exilio, a un odio concentrado. Los pueblos heterogéneos que en esos lugares se instalaron, todos paganos de origen, adoptaron más o menos las creencias de los israelitas que permanecieron en el país, simplificándolas, principalmente no aceptando como libro santo sino el Pentateuco. Como no podían ir a rogar a Jerusalén, tomaron la costumbre de celebrar su culto en los lugares altos de la región. Al regresar los exiliados se negaron a reconocer la supremacía

[34] Se sabe que en los orígenes de la iglesia cristiana esto produjo dificultad. Mientras San Pablo quería aceptar a los paganos en la comunidad de los hijos de Dios sin imponerles las observancias judías, San Pedro y los "judaizantes" vacilaban. El diferendo no se solucionó sino en el "concilio" de Jerusalén en 49-50. (Véanse los dos primeros capítulos de *L'Eglise des Apôtres et des Martyrs.*)

religiosa de los de Judea y hasta eludieron el ofrecimiento de colaborar en la reconstrucción del Templo [35]. En Jerusalén empezó a decirse que los samaritanos eran excomulgados, tradición que ha sido recogida por el Talmud [36]. Las relaciones se pusieron tirantes entre los dos grupos, y llegaron a una ruptura. Cuando reinaba Alejandro Magno, sin duda en 333, Manasé, hermano del sumo sacerdote y yerno del gobernador de Samaria, obtuvo del amo del mundo permiso para construir, en el monte Garizim, un templo rival del de Jerusalén. Se constituyó en sumo sacerdote, atrajo a un sacrificador y a levitas, y les dejó que se casaran con mujeres paganas. Flavio Josefo, el historiador judío, al referir los hechos, se estremece de horror [37].

Ése era, pues, el origen de la feroz excomunión con que los judíos castigaban a los samaritanos. Su capital, humildemente reconstruida por ellos después del desastre de 722, había sido totalmente arruinada por Juan Hircano, en 128, y uno de los cargos mayores que los piadosos fieles hacían a Herodes, su "rey", era que había reconstruido la ciudad impía de manera suntuosa (hacia 30 antes de nuestra era) llamándola "Sebasta", es decir, en griego, "Augusta", en honor de su protector [38]. El cisma seguía. Los samaritanos habían reedificado un santuario en el Garizim, donde mantenían a un clero rebelde, hacían sacrificios, rogaban a Yavé. Hasta tenían la pretensión de poseer la verdadera religión de Israel; la samaritana se lo dice a Jesús en propios términos: "Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que es Jerusalén el sitio donde hay que adorar [39]." ¿Era su religión, como a veces se ha sostenido [40], más interesante que la de Judá, "al abrigo de la tiranía teocrática"? La historia antigua de la Iglesia designará gustosa como samaritanos a los primeros herejes, Simón el Mago, Dositeo, Menandro. Lo que no quiere decir que esta teología cismática fuese muy original [41].

Lo cierto es que en la época de Cristo el odio entre los dos grupos era de suma violencia. Hasta llevó a incidentes. A veces

35 Esd., IV, 4.
36 *Tanahim*, XVII, 4.
37 *Antigüedades judías*, XI, 8.
38 Hoy Sebushieh.
39 Jn., IV, 20.
40 Guignebert: *Le Monde Juif vers la temps de Jésus*, pág. 253.
41 Todavía hoy existe en Naplusa un grupo de samaritanos (un centenar) que viven al modo de sus antepasados, oran sobre el Garizim y muestran de buena gana ante la cámara una copia muy antigua del Pentateuco.

cómicos, como el que los samaritanos provocaron —quizás el año mismo del nacimiento de Jesús—: huesos humanos fueron arrojados en el Santo del Templo, justo antes de la Pascua, para que el lugar venerado estuviese maculado e inutilizable. Trágico, como el que se produjo veinte años después de la muerte de Jesús, en 52, cuando unos samaritanos atacaron a peregrinos judíos, lo que determinó un contraataque tan mortífero, que el legado de Siria tuvo que intervenir, y mandó crucificar a una porción de judíos. Las cosas no iban siempre tan lejos. Por lo general no iban más allá de las ironías hirientes a las injurias. Los trataban de rebaño, de hato, y se les negaba derecho de que los llamaran pueblo [42]. Transformaban el nombre de Siquem en "sicar", que quería decir "borrachera". Un dicho muy difundido y que ha recogido el Talmud, aseguraba que "un trozo de pan dado por un samaritano es más impuro que la carne de puerco" [43]; ¡con eso basta! Cuando quiere que los judíos se avergüencen de la dureza de su corazón, de su ingratitud, Jesús les pondrá como ejemplo a los samaritanos. ¡Ellos al menos socorrían a los heridos a la vera de los caminos! ¡Cuando se los curaba, sabían agradecer! ¿Quién piensa, al evocar al "buen samaritano", que ese hombre caritativo era, para los oyentes de Cristo, un hereje, un cismático, un excomulgado, el desecho de la raza de Israel?

V. Las ciudades griegas

Había otro cuerpo extraño en el organismo de Israel: las ciudades griegas. Cierto número de aglomeraciones, algunas importantes, eran helénicas y no judías. Unas se constituyeron en la época en que los descendientes de los generales de Alejandro, lagidas de Egipto y seleucidas de Siria, tuvieron en sus manos la Palestina. Se instalaron municipalidades griegas, y se produjo una inmigración helénica. Formaban la *Decápoli*, la federación de las diez ciudades. Una se hallaba al oeste del Jordán, la antigua Beth-Shean, que habían rebautizado Escitópolis, "la ciudad de los escitas", porque recordaban que los terribles nómadas, en su gran correría del siglo VII habían establecido una guarnición. Las otras

42 La Biblia habla de las "ciudades" de Samaria, de las gentes que habitan la Samaria, pero jamás del pueblo samaritano.
43 *Schebiith*, VIII, 10.

se encontraban en Transjordania, y las principales eran Hipos, Gerasa, Pella, Gadara, Filadelfia. Aun cuando estaba muy lejos, al norte, Damasco, en Siria, formaba parte del grupo. A todas ellas Pompeyo les había reconocido la autonomía municipal, bajo la soberanía directa de Roma. El trabajo de judaización emprendido por los macabeos había amortiguado el progreso de la helenización, pero el propio Alejandro Jáneo no pudo someter a los griegos de la Decápoli. Pella prefirió que la destruyeran antes que abrazar el judaísmo. Herodes consiguió entenderse con las ciudades helénicas, y en tiempo de Jesús éstas desempeñaban un papel político importante, coordinado pero no subordinado al rey de Judea.

Otras ciudades helénicas, o helenizantes, se habían creado en la costa, desde Tolemaida, la antigua Acca (Acre) hasta Gaza. Cesárea, de la que Herodes el Grande había hecho el primer puerto de Palestina, era en sus tres cuartas partes una ciudad griega. Siquem, reconstruida por él con el nombre de Sebasta, también tenía una fuerte proporción de elementos helénicos. Y cuando Tiberíades nació a orillas del lago, se la pobló en su mayoría con griegos, tanto más cuanto que al elegir el lugar, Herodes Antipas cometió el error de incluir un antiguo cementerio, lo que, para los judíos, constituía una impureza dirimente. Séforis, la capital de Galilea, era también, prácticamente, una ciudad griega. En todas esas ciudades, instaladas sin embargo en suelo palestino, los judíos eran apenas tolerados. En Gerasa por ejemplo, sólo se ha encontrado una minúscula y única sinagoga. Por el menor motivo estallaban conflictos, entre griegos e israelitas, y hasta riñas y motines, que no dejaban de tener violencia. Cesárea fue teatro de varios, tanto más cuanto que los romanos, cuando sucedieron a Herodes el Grande en la fiscalización de la ciudad, establecieron astutamente tropas reclutadas en Samaria...

VI. Tan pequeño y tan grande

Sumados todos esos elementos, ¿qué cifra puede concederse a la población palestina hacia el tiempo de Jesús? La cuestión es sumamente difícil. Los mejores historiadores de Israel lo reconocen [44]. Para intentar una estimación, las fuentes están dispersas,

[44] Tal S. W. Baron, profesor en la Columbia University (libro citado en las notas bibliográficas), pág. 228 de la edición francesa.

y no son enteramente seguras, a menudo contradictorias. Los rabíes del Talmud, en particular, han aumentado los números por razones de apologética. Y hay que desconfiar de un efecto de perspectiva literaria que tiende a hacer representar como importante numéricamente un pueblo cuyo papel histórico ha sido tan considerable, del que han salido tantos hombres excepcionales. En realidad, la población de Israel nunca fue muy numerosa. En tiempos de su apogeo político, bajo el gran Salomón, ¿con cuántas almas contaba? Seguramente no llegaba al millón, y quizá menos aún. Luego, el reino de Judá, que había sido el único guardián de las estrictas fidelidades, no tenía 300.000 habitantes. Y los exiliados que Zorobabel trajo de Babilonia puede que no llegaran a 25.000. Modestia de los números que deja estupefacto, y que en cierto modo nos hace tocar con el dedo el misterio de Israel, el de su supervivencia a través de las pruebas —de su supervivencia hasta nuestros días...

Un milenio después de Salomón, cuando nacía su lejano descendiente Jesús, la repoblación, la expansión judía en dirección de las estepas del este y del sur, el crecimiento demográfico en la paz romana, habían llevado a un aumento sensible. Sin embargo, si fijamos en 2.000.000 la población, parece que somos amplios; y aún deben incluirse unos 500.000 samaritanos, idumeos y moabitas, griegos de la Decápoli, y mestizos diversos de los puertos. En 1922, en la misma superficie, se contaban justo 761.796 habitantes...

¿Qué importan los números? Hay que repetirlo: la grandeza que pretendía Israel no se medía en millares de habitantes ni en leguas cuadradas. La certeza que tenía el menor de los judíos de pertenecer a un pueblo muy grande, o, por decirlo mejor, al más grande de todos los pueblos, no tenía más raíces que las espirituales. Pueblo testigo, que Dios, desde siempre, "había llamado por su nombre", según el profeta Isaías [45], pueblo que se sabía, dirá San Pablo, "guía de ciegos, luz de los que viven en tinieblas, preceptor de rudos" [46], ¿cómo no había de sentirse grande, él, tan pequeño frente a los Imperios de la tierra? También aquí, la concepción religiosa se imponía a todo.

[45] Is., XLIX, 1.
[46] Rom., II, 20.

VII. La gran dispersión judía

No obstante, un hecho contribuía a dar a Israel la convicción de su grandeza. Fuera de Tierra Santa vivían millones de judíos, hermanos de Palestina. Eso lo sabía cualquier contemporáneo de Jesús. ¿Acaso no veía a esos parientes lejanos, para las grandes fiestas, volver a Jerusalén para rogar, como ese Simón, natural de Cirene, en el Norte de África, que ayudó a Jesús a llevar la cruz? ¿Acaso no comprobaba que, en las escuelas de la Ciudad Santa, eran numerosos los estudiantes oriundos de esas comunidades dispersas, como ese joven Saulo, hijo de un tejedor de tiendas de Tarso, en Cilicia, que vino a seguir los cursos del rabí Gamaliel y, finalmente, será el apóstol Pablo? Existía, pues, una emigración judía bastante análoga a las que todavía conocemos. Le llamaban "la dispersión", en griego, la *Diáspora*[47].

Sus orígenes eran múltiples y lejanos. Sin remontar hasta los días de José y de Moisés, en que podemos imaginar que ciertos elementos israelitas pudieron quedar en la tierra del Nilo, los incesantes disturbios que agitaron al Pueblo elegido, de la muerte de Salomón a la era cristiana, contribuyeron mucho a que sus hijos se esparcieran. Las deportaciones asiria y babilónica llevaron a muchos a Mesopotamia, y cuando Ciro autorizó el retorno a Tierra Santa, algunos prefirieron quedarse donde se habían creado costumbres. También intervinieron causas ocasionales. Por ejemplo, en el siglo VI, por una razón desconocida, un grupo de judíos se puso al servicio del faraón; se fueron de guarnición, colonos-militares, con mujeres y niños, a la isla Elefantina, cerca de Asuán. Otros, tres siglos después, se alistaron en el ejército de Alejandro, que les había dado tierras en Mesopotamia y hasta en Bactriana. A veces también, lo que llevó a la expatriación fue la derrota, como les ocurrió a los mercenarios judíos de Antíoco el Grande, que cayeron prisioneros de los romanos y éstos los fijaron en Italia. Las revoluciones y golpes de Estado tuvieron también la misma consecuencia. Así, en el siglo III, Onías IV, cuyo padre, el sumo sacerdote, había sido asesinado, partió con

[47] El término dispersión (diáspora) era frecuente en el judaísmo de los tiempos helenísticos: cf. Jds., V, 23; II Mac., I, 27; Jn., VII, 35; Sant., I, 1; I. Pe., I, 1. Sobre la Diáspora, aparte de las obras generales indicadas en las notas bibliográficas (especialmente Bonsirven y Guignebert), véase J. Juster: *Les Juifs dans l'Empire romain.*

todo un clan para instalarse en el Bajo Egipto, en Leontópolis, donde hasta construyó un templo. En fin, y cada vez más, a medida que el orden helenístico y sobre todo el orden romano hicieron las comunicaciones más numerosas y seguras, razones simplemente mercantiles incitaron a los judíos a emigrar. Muchos de ellos se instalaron en los grandes centros para comerciar: en esa época nace el tipo de judío hábil para los negocios que no se conocía en los días del Israel campesino y pastor.

¿En qué regiones estaban esos dispersos del Pueblo elegido? Las palabras halagadoras que la Sibila dirigía al pueblo judío hacia el año 140 antes de Jesucristo son evidentemente exageradas: "Toda la tierra está llena de ti, y todo el mar[48]." Sin embargo, Estrabón de Capadocia, el geógrafo griego contemporáneo de Jesús, en una frase que el historiador judío Flavio Josefo cita gustoso, aseguraba que "la nación judía estaba difundida en toda ciudad y que no hubiera sido fácil encontrar un solo lugar en la tierra habitada que no hubiese dado asilo a esa raza[49]". Más preciso, otro contemporáneo de Cristo, el célebre filósofo judío de Alejandría, Filón, enumeraba, entre los lugares de implantación israelita, Egipto, Fenicia, Siria, Asia Menor (sobre todo Cilicia y Panfilia, y también Bitinia y el Ponto), en Europa, Tesalia, Macedonia, Etolia, Ática, Argos y Corinto, el Peloponeso, sin olvidar las islas: "Y no hablo —agregaba— de los países de allende el Eufrates, ni de Babilonia, donde, salvo unas raras excepciones, todas las satrapías tienen colonos judíos[50]." Lista a la cual hubiese convenido agregar Italia y muy especialmente Roma.

Los dos principales centros de la diáspora eran, en efecto, Roma y Alejandría. En la gran metrópoli egipcia los judíos estaban instalados desde hacía muchísimo tiempo, y firmemente; desde los comienzos de su ciudad, Alejandro los había atraído, reconociéndoles los mismos derechos que a los griegos, y prosperaron hasta el punto de representar seguramente la quinta parte de la población; algunos decían las dos quintas partes. En Roma, llegados después, no tardaron en desarrollarse; una buena parte del comercio de importación estaba en sus manos. Cicerón habló con elogio de su cohesión, de su sentido comunitario, de su espíritu de empresa; y César fue tan benévolo con ellos, que cuando murió

[48] *Oracles sibyllins,* III, 27.
[49] Flavio Josefo: *Antigüedades judías,* XIV, 7.
[50] *Philon Legat. ad Gaium,* XXXVI.

sus clamores de duelo fueron muy advertidos. Tenían sus cementerios subterráneos, antepasados de las catacumbas cristianas, en cuyas paredes se ven aún sus símbolos religiosos, candelabros de siete ramas, armario de la Tora. Alejandría y Roma eran ciertamente las dos ciudades judías más importantes del mundo...

En total, ¿cuántos eran los dispersos de Israel? También aquí las estimaciones son difíciles. Filón habla de un millón sólo en Egipto. Flavio Josefo muestra, en Italia, una delegación de 8.000 judíos saliendo al encuentro de una delegación que llega de Palestina [51], y, confirmado por Tácito y Suetonio, evalúa en 4.000 familias los judíos que Tiberio mandó deportar a Cerdeña [52], y Dion Casio asegura que Trajano mandó 220.000 a Cirenaica y 240.00 a Chipre [53]. Confrontando todas las informaciones esparcidas, se llega a esta conclusión: [54] de unos 7 a 8 millones de judíos vivían en el Imperio —sin hablar de un millón afuera. De modo que un romano de diez era judío, lo que ya es enorme; pero, como la "Diáspora" era importante sobre todo en el cercano Oriente y en Grecia, puede pensarse que al este de Italia había unos veinte judíos de cada cien habitantes. Se tendrá una idea de la importancia de ese hecho recordando que en 1939, en la zona de su establecimiento en masa en Europa central, de Austria a Polonia y a Ucrania, los judíos sólo representaban el 6 % de la población.

Doquier existían, esas colonias judías presentaban el mismo carácter: constituían, como lo había notado Cicerón, comunidades cuya cohesión era notable. Los judíos habitaban generalmente agrupados: no porque las autoridades griegas o romanas les impusiesen que vivieran en "ghetto"; en Roma se los encontraba en varios barrios [55]. En todas partes esas comunidades se habían dado una organización especial, independiente de las administraciones paganas. Era de tipo democrático y, naturalmente, lo espiritual y lo temporal estaban estrechamente mezclados. La reunión del pueblo constituía a un tiempo la asamblea de plegaria y la comunidad civil; la misma palabra designaba la sala que servía para votar en la elección del consejo de los ancianos y al jefe que defendería los

[51] *Antigüedades judías*, XVII, 11; *Guerra de los judíos*, II, 6.
[52] *Ant. jud.*, XVIII, 3; Tácito: *Anales*, II, 85; Suetonio: *Tiberio*, XXXVI.
[53] Dion Casio, LXVIII, 32.
[54] La de S. W. Baron.
[55] S. Collon: *Remarques sur les Quartiers juifs de la Rome antique (Mélanges de l'Ecole française de Rome*, LVII, 72, 94).

intereses del grupo, etnarca, exarca o proseuca, y para cantar a coro los salmos. "Reunión", *kinneseth* en hebreo, se decía en griego *sinagoga*: éste es el origen de la palabra.

La situación oficial de esas comunidades judías era muy clara: estaban reconocidas y admitidas por las autoridades romanas. Hasta se habían hecho conceder un privilegio enorme: el de no participar en el culto religioso del Estado y de la ciudad, limitándose a rogar a su Dios por las autoridades paganas. Ciertos israelitas poseían, obtenido por favor o comprado, el título de "ciudadano romano", como el padre de Saulo de Tarso. No parece que en la época de Jesús hubiese judíos funcionarios del Imperio, pero algunos, principalmente en Egipto, ocupaban cargos semipolíticos, en el dominio del banco de Estado, del arriendo de los impuestos, de recoger los trigos y transportarlos por mar. Y es seguro que —sin hablar siquiera de la familia de los Herodes, que constituía un caso aparte [56]— muchos tenían altas relaciones, hasta entre los que rodeaban al Emperador, y aun entre la familia.

Insertos de ese modo en la sociedad pagana, esos judíos de la Diáspora no se dejaban absorber por ella. Evidentemente, los ricos vivían más o menos a la griega o a la romana, y no sería posible jurar que todos guardaban escrupulosamente las prescripciones de la Tora. Pero las apostasías formales eran raras: cuando un sobrino de Filón de Alejandría abandonó la fe de sus antepasados para convertirse en funcionario romano, fue escandaloso. No obstante, al contacto del mundo pagano, el carácter de los judíos de la Diáspora se diferenciaba del de sus hermanos que habían quedado en Palestina. Se había creado un tipo de israelita más de acuerdo con los tiempos, y que comprendía al mundo de manera distinta a la de los fieles de la comunidad teocrática de Judea; ese tipo de hombre había de desempeñar un gran papel en la historia de las ideas religiosas. Pueden citarse dos ejemplos brillantes, dos personalidades profundamente fieles a la tradición de su raza, pero al mismo tiempo penetrados por otras influencias: San Pablo, el joven judío tarsiota, el alumno de los rabíes de Jerusalén, quien, a pesar de la experiencia adquirida en su juventud, tendrá un conocimiento instintivo de la grandeza del mundo romano y del papel que en éste podía desempeñar la nueva fe, lo que le llevó a comprender mejor que nadie la lección universalista de Jesús; y Filón, el más ilustre filósofo judío de aquel tiempo, a la par doctor

[56] Véase más adelante, págs. 72-78.

de la Ley y platónico ferviente, que, con habilidad que roza al genio, operará la fusión de los grandes temas del pensamiento griego con los de la tradición de Israel, y hará que se reconozca en el *logos* platónico el pensamiento de Dios, el lazo inmanente del mundo, el arquetipo de la Creación —el predecesor inmediato, para decirlo todo, del "Verbo hecho carne" de San Juan [57].

Si no se dejaban absorber por los paganos, en cambio los judíos no se negaban a absorberlos cuanto podían. Las colonias de la Diáspora eran focos muy activos de proselitismo. ¿No dijo el anciano Tobías: "Él nos dispersó entre [las naciones]. Pregonad aquí su majestad, ensalzadle entre todos los vivientes [58]"? No vacilaban, pues, en compartir con los paganos de buena voluntad el tesoro espiritual cuyo depósito les había sido confiado por Dios. Fue con esa intención que, según una tradición que la historia no toma al pie de la letra, en el siglo III antes de nuestra era, *setenta y dos* rabíes de Alejandría consiguieron —en setenta y dos días— traducir al griego la Biblia, realizando así la famosa Versión de los Setenta [59]. Las conversiones parecen haber sido bastante numerosas, y mucho más las semiconversiones, es decir, adhesiones a los principios espirituales y morales de Israel, hasta una parte de las observancias, pero no a todas. Esos adherentes, a quienes llamaban los "temerosos de Dios", se descubren en número bastante grande en el Nuevo Testamento: el centurión de Cafarnaún, el centurión Cornelio de *Hechos*, el ministro de la reina de Etiopía, el alto funcionario romano Sergio Pablo, cuyo nombre tomará el apóstol Saulo, parecen haber formado parte de esta categoría. "No hay una ciudad griega —dice Flavio Josefo—, un pueblo bárbaro, en que no se haya difundido nuestra costumbre del descanso semanal, la de nuestros ayunos, la de encender lámparas, y muchas de nuestras prescripciones alimenticias [60]." Las mujeres sobre todo eran particularmente numerosas entre esas convertidas o simpatizantes. Popea, la esposa amada que Nerón mató de un puntapié en la rabadilla, estaba seguramente afiliada al judaísmo. Flavio Josefo da esta indicación asombrosa: en Damasco, para preparar un "pogrom" que debía librar a la ciudad

[57] Sobre Filón, véase *L'Eglise des Apôtres et des Martyrs*, pág. 328, y el hermoso libro de Jean Daniélou (París, 1958).
[58] Tob., XIII, 4.
[59] Frecuentemente citada desde hace 2.000 años. Esta versión está muy lejos de carecer de defectos.
[60] *Contra Apión*, II, 29.

de una buena parte de sus judíos, los conjurados se entendieron para no decir nada a sus esposas; "salvo raras excepciones todas habían sido conquistadas por las creencias judías" [61].

Pues hubo matanzas de judíos. La situación de las comunidades de la Diáspora no dejaba de tener sus nubarrones. Un verdadero "antisemitismo" corría en todo el imperio romano. Abundan los textos que dan testimonio. La literatura antisemita tenía sus especialistas, como aquel Apión, verdadero Drumont de la época, que se daba como apodo "el címbalo del mundo" y que Flavio Josefo combatió. Pero hasta escritores moderados se mostraron hostiles con el Pueblo elegido: el estoico Séneca, tan reservado, hablaba con desprecio "de las costumbres de esa raza muy desalmada" [62]; Cicerón criticaba sus "bárbaras supersticiones, incompatibles con la gloria de Roma, la dignidad de su nombre, las tradiciones de los antepasados" [63]. ¿Qué se reprochaba, pues, a los judíos? En definitiva, parece que era, sobre todo, como más tarde a los cristianos, su estricto monoteísmo, el desprecio que no ocultaban por los ídolos. ¿Un Dios único, sin imagen? ¡Vamos!... —decía burlón el populacho—. En secreto adoran a un dios con cabeza de burro u hocico de cerdo, como lo probaba su negativa a comer ese animal. El secreto relativo de las asambleas judías se prestaba a las fábulas, y las mismas calumnias que se echarán a rodar contra la Iglesia primitiva corrían ya contra las sinagogas: ¿no se hacían sacrificios humanos en esas asambleas? Y es fácil imaginarse las bromas que la circuncisión permitía a costa de los "despellejados". Razones de orden económico contribuían a crear la hostilidad, pues ciertos judíos se entendían demasiado bien en el comercio. Marcial, en un epigrama, aseguraba que, "desde el nacimiento, los hijos de Israel aprendían a robar" [64]. Por eso la violencia estallaba de cuando en cuando, y la persecución caía sobre las comunidades de la Diáspora: entre 40 antes de Jesucristo y 70 después, no se conocen menos de unos veinte "pogroms", siendo los más dolorosos los de Alejandría; la "guerra judía" será la señal de terribles violencias antisemitas en todo el Imperio. Mientras tanto, en varias oportunidades, como el campo enemigo de los judíos tomó influencia cerca de los gobernantes, se pro-

[61] *Guerra de los judíos*, II, 20. La cuestión del proselitismo judío será retomada más a fondo en la tercera parte de nuestro libro, pág. 461.
[62] Citado por San Agustín en *La ciudad de Dios*, VI, 11.
[63] *Pro Flacco*, XXVIII, 69.
[64] *Epigramas*, XII, 57.

dujeron deportaciones más o menos importantes, como las de Trajano.

A pesar de esos golpes, el judaísmo mundial era una potencia, que reforzaba prodigiosamente la autoridad del pequeño pueblo confinado en los 25.000 km² de Palestina. Era muy evidente que el gobierno imperial no trataba a sus administrados de Judea como a cualquier otro pueblo sometido a su autoridad: ¡tenían, en la misma Roma, demasiados abogados bien colocados! Sin embargo, los siete u ocho millones dispersos en el Imperio no supieron constituir una organización cuyos elementos, obrando todos de concierto, hubiesen pesado singularmente sobre sus gobernantes. Entre las comunidades, las relaciones existían, abundantes: las correspondencias que cambiaban entre ellos son el origen de las famosas "epístolas" de los primeros cristianos. Pero no había representación regular de todos los dispersos para constituir una suerte de gobierno central. Ése era el límite del poderío de la Diáspora. Si en Palestina se tomaba una decisión que acarreaba alguna consecuencia desagradable, los dispersos sufrían las consecuencias. Pero no tenían parte alguna [65].

El verdadero vínculo de ese mundo judío era religioso. Lejos de Tierra Santa, aunque hubiera hecho fortuna en tierra pagana, el emigrado se sentía un proscrito: la *Diáspora* seguía siendo el *Galut*, el exilio, una maldición infligida por Yavé a su pueblo a causa de sus pecados. No dejaban de pensar con ternura en el país de los padres. "Contaré a Rahab y a Babilonia entre los que me conocen"; otro observa: "la Filistea y Tiro con los etíopes, éstos allí nacieron". Y de Sión dirán: "Este y el otro allí han nacido, y es el Altísimo mismo el que la fundó." Así cantaba el Salmo LXXXVI. Para indicar que se retornaba a Palestina se decía *Aliya*, la subida, pues se trataba de un lugar muy alto... La Ciudad Santa era hacia donde, de muy lejos, se miraba para rogar. Todo judío, desde la edad de veinte años, pagaba al Templo un censo, y una misión especial, que la ley romana protegía, llevaba "el dinero sagrado". De modo que sin ser la capital política del

[65] Emile Mireaux ha observado juiciosamente que esa falta de organización central tuvo por resultado entregar el destino de todos los judíos del mundo a las decisiones de los "ultras" de Palestina que, provocando tres grandes insurrecciones antirromanas entre 66 y 135, acarrearon por contragolpe matanzas en todo el Imperio. El impulso del judaísmo, que se desplegó con vigor en tiempo de Jesús, se quebró por completo, dejando lugar al cristianismo (*La Reine Bérénice*, pág. 62). Véase también S. W. Baron: *op. cit.*, pág. 287 y sigts.

judaísmo mundial, Jerusalén era la metrópoli espiritual, el lugar donde latía su corazón.

Así era el otro Israel, el Israel de la dispersión. Su existencia extendía a las dimensiones del Imperio de Roma, y aún más allá, la idea que el pueblo judío tenía de su magnitud. El cuadro humano en que se cumplía su destino no se limitaba a su pequeña patria. Éste es un hecho considerable: es imposible representarse la vida en Palestina sin tenerlo presente en el espíritu.

CAPÍTULO III

EL CUADRO POLÍTICO

I. Dios y César

TODOS RECORDAMOS la famosa escena en que Jesús, preguntado por adversarios sobre la legitimidad del tributo que las autoridades romanas exigían, respondió, con aquella ironía campesina que estaba en sus modales: "Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios [1]." Que ese precepto deba sobrenaturalmente regular la conducta de los hombres, nadie lo pone en duda, pero que en la vida corriente sea fácil ponerlo en aplicación, ya es otro cantar. Y mucho menos aún en la Palestina de hace veinte siglos que en nuestros Estados modernos. Pues, en verdad, para un judío del tiempo de Cristo, en muchos casos era muy incómodo saber dónde empezaba el dominio de César y dónde el de Dios...

El hecho capital, que nunca debe perderse de vista cuando se intenta representarse la vida en Palestina hace dos mil años, es que se trataba de un país ocupado. Los europeos de Occidente saben, por experiencia, lo que significa la palabra "ocupación", las violencias que ese régimen acarrea, hasta servidumbres. En el peor sentido del término, los romanos "tenían sujeto" al país, sea directamente, sea por interpósitas personas. Pero al mismo tiempo, según un método que les era usual, dejaban funcionar el régimen administrativo a que estaban acostumbrados los pueblos sometidos por ellos, es decir, en Palestina, las instituciones de la comunidad judía tales como se habían constituido desde el retorno del Exilio. Había, pues, superposición de autoridades, lo que ya podía crear complicaciones.

[1] Mc., XII, 13-17.

De hecho, las complicaciones eran mucho mayores en la "Judaea" que en cualquier otra parte, por ejemplo, en Galia o en Grecia, debido a la concepción muy particular que los judíos tenían de la autoridad política y de sus derechos. Tanto para un romano como para un griego de los imperios helenísticos, "el Estado era el que constituía el principio vital soberano. La Ciudad-Imperio o el Imperio se arrogaban el derecho de imponer a la vida de sus súbditos una reglamentación conforme con sus intereses supremos. La religión y la nacionalidad sólo se reconocían en tanto eran los instrumentos del Estado. La religión y el culto religioso, en la forma prescrita por el Estado, eran un deber cívico" [2]. En suma, César controlaba a Dios. Entre los judíos era exactamente lo contrario, Dios absorbía a César. El Estado no existía en sí. Lo que en otras partes constituía los atributos, en Israel estaba subordinado a la religión, puesto que la religión, sola, permitió al Pueblo elegido que sobreviviera cuando ya no tenía ni territorios ni Estado. "La existencia sin Estado, y más allá del Estado, un desarrollo espiritual'", como decía Fichte de la nación alemana [3] en el siglo pasado, son rasgos manifiestos del destino de Israel. Para un judío, como lo será para un musulmán, no había separación entre las leyes civiles y las prescripciones religiosas, pues éstas determinan totalmente aquéllas, y tampoco entre el poder político y la autoridad espiritual. Se superponían, pues, dos sistemas, o, mejor dicho, se imbricaban, cuyas "filosofías" eran diametralmente opuestas.

De ahí la extraordinaria complejidad del cuadro político y administrativo: bien nos damos cuenta siguiendo las etapas del proceso de Jesús donde vemos intervenir sucesivamente la autoridad romana y la de un pequeño vasallo de Roma, el tetrarca de Galilea, y oponerse concepciones jurídicas diferentes. Complejidad no sólo del cuadro político, sino también de las actitudes políticas y de los partidos, pues toda determinación religiosa tiene consecuencias en el orden político, y a la inversa. De ahí, multiplicidad de corrientes, de tendencias, de partidos y de sectas, que iban del cosmopolitismo herodiano al mesianismo revolucionario de los zelotas. La Francia de la III o de la IV República no ha mostrado un cuadro más enrevesado.

[2] Véanse las juiciosas observaciones de S. W. Baron, *op, cit.* págs., 23 y 319.
[3] Fichte: *Sämtliche Werke,* VII, 572.

II. Teocracia

"Ciertos pueblos —escribe Flavio Josefo en un pasaje famoso— entregaron el poder político supremo a monarquías, otros a oligarquías, otros al pueblo. Pero nuestro legislador no fue seducido por ninguna de esas formas de gobierno. Dio a su constitución la forma de lo que podría designarse con el término *teocracia*, si se puede arriesgar un neologismo. Colocó toda soberanía y toda la autoridad en las manos de Dios [4]." La observación es pertinente. Desde que la catástrofe de la deportación derribó a la monarquía, la autoridad pasó a los que representaban a Yavé en la tierra, y que, por consiguiente, encarnaban la voluntad de vivir de Israel. La Comunidad reconstituida después del retorno a la Tierra prometida se estrechó en derredor de los hombres de Dios y a ellos confió el cuidado de dirigirla y tratar por ella con sus señores sucesivos. El régimen teocrático era la consecuencia normal de esa situación histórica en que la religión, alma del pueblo de Dios, lo había recubierto y absorbido todo. Para un judío fiel, sólo Yavé mandaba, por intermedio de sus representantes en la tierra: esencialmente el *Sanedrín* y el *Sumo Sacerdote*.

El término Sanedrín —en griego "sinedrión"— que el vocablo "consistorio" traduce exactamente, designaba una Asamblea, un Senado, una "bule" como hubieran dicho en Atenas, o, si se quiere, una Comisión permanente con asiento en Jerusalén. Cae de su peso que la tradición judía hacía llegar la institución a Moisés. "Entonces dijo Yavé a Moisés —leíase en el libro de los Números—: Elígeme a setenta varones de los hijos de Israel, de los que tú sabes que son ancianos del pueblo y de sus principales, y tráelos a la puerta del tabernáculo; que esperen allí contigo [5]." En realidad, ni en el tiempo de los Reyes, ni siquiera en el de Esdras, existía asamblea alguna que pudiese compararse con el Sanedrín de los últimos siglos. La primera huella se encuentra en la época de Antíoco III el Grande (223-187): Flavio Josefo habla de un Senado que se habría constituido entonces [6]. Pero en la época de Juan Hircano (134-104), el gran jefe macabeo, vemos funcionar esa asamblea como una especie de representación de las grandes

[4] *Contra Apión*, II, 16 (164).
[5] Núm., XI, 16.
[6] *Antigüedades judías*, XII, 3.

familias [7]. Después de él, en el reinado de su nuera Alejandra Salomé, se le agregaron miembros de la clase sacerdotal. Los romanos, al apoderarse de Palestina, no suprimieron ese organismo y hasta le reconocieron, de hecho, existencia oficial. En un apócrifo judío de esa época, los *Salmos de Salomón* [8] es donde el vocablo "sinedrión", sanedrín, figura por primera vez, por lo demás designando más bien un tribunal que un consejo de gobierno.

Sus miembros, que se reclutaban por cooptación, eran tradicionalmente 70, más el presidente, como hubo 70 ancianos alrededor de Moisés [9]. En partes casi iguales se veían: los "príncipes de los sacerdotes", es decir, los sumos sacerdotes que habían dejado el cargo, y los representantes de las veinticuatro clases sacerdotales. Los escribas y doctores de la Ley, en fin, los ancianos del Pueblo, notabilidades laicas elegidas entre los jefes de las principales familias, de aquellas "cuyas hijas tenían el derecho de casarse con sacerdotes" [10]. Los dos grandes partidos estaban representados en el Sanedrín, saduceos y fariseos, pero éstos ejercían la influencia más considerable. La presidencia estaba asegurada por un duumvirato: el *Nasi* era el presidente titular, pero a su lado el *Abet Bethdin* era más que un vicepresidente, puesto que presidía la asamblea cuando sesionaba como tribunal. ¿Quién era "nasi", es decir, quién presidía efectivamente? ¿Era un rabí elegido, o bien ese cargo se confundía con el de sumo sacerdote? Mucho se ha discutido: Flavio Josefo [11] y el Nuevo Testamento [12] parecen admitir que el sumo sacerdote era automáticamente "nasi", y parece que así era en tiempo de Jesús; la literatura talmúdica [13], en cambio, parece inclinarse hacia la otra hipótesis.

En el Evangelio, principalmente cuando el proceso de Jesús, el sanedrín aparece únicamente como tribunal, el tribunal supremo, y eso era, como ya veremos [14]. Pero no era sólo eso. También des-

[7] I Mac., XII, 6; II Mac., I, 10; IV, 44; XI, 27 (cf. Jds., IV, 8; XV, 8).
[8] *Salmos de Salomón*, XVII, 48 (cf. *La Bible Apocryphe* de J. Bonsirven, pág. 169).
[9] Y se sabe que hasta Juan XXIII la Iglesia católica ha conservado esa cifra para sus cardenales.
[10] *Sanhedrin*, IV, 2.
[11] *Antigüedades judías*, XX, 9.
[12] Especialmente Act., V, 17; VII, 1; IX, 1; etc.
[13] Tratados *Khagiga*, II, 2; *Horayoth*, II, 5 y III, 1; *Eddowyoth*, V, 6; *Pesakhim*, VI, 33; *Sabbat*, fol. 15 *a*, etc.
[14] Véase más adelante, parágrafo sobre la justicia, pág. 186.

empeñaba el papel de Academia pontifical especialmente encargada de estudiar las cuestiones religiosas, y por último el de consejo político: hasta ha llegado a preguntarse si no estaba dividido en secciones, con determinada función cada una, teniendo previstas reuniones plenarias para las decisiones más graves [15]. Es indudable que tenía un papel político: votaba las leyes, tenía su propia policía, especie de lictores "que apaleaban a los que se portaban mal", intervenía en las relaciones con los ocupantes romanos. Como fiscalizaba todo lo religioso, y como, de hecho, todo era religioso en la comunidad judía, puede decirse que controlaba todo. Lo que, por lo demás, no era del agrado general. Herodes el Grande, en su juventud, fue citado ante el sanedrín por exceso de poder, pero cuando llegó a ser totalmente el amo, se vengó cruelmente y diezmó al augusto consejo...

Ya fuese o no, de derecho, presidente del Sanedrín, el Sumo Sacerdote representaba una autoridad diferente de la de la Asamblea. En primer lugar la tenía, evidentemente, por su carácter sagrado: jefe de la casta sacerdotal, consagrado por una unción de óleo santo, como antaño los reyes, sometido a reglas muy estrictas que aseguraban ritualmente su pureza y "santidad", vestido y tocado de modo que se le reconocía a la primera mirada, era verdaderamente un ser aparte, testigo de Yavé, guía espiritual del pueblo elegido. Pero las circunstancias políticas habían reforzado aún más dicha primacía. Ciento cincuenta años antes de la era cristiana, Jonatán y Simón Macabeo, los héroes de la guerra libertadora, se sucedieron en el pontificado supremo, y, después de ellos, el título quedó hereditario en su familia. Juan Hircano y sobre todo Alejandro Jáneo —el primero que volvió a tomar el título de "rey"— habían acumulado la autoridad religiosa y el poder político. A través de las sangrientas querellas que siguieron a la muerte de Jáneo en 76 la función quedó en esta familia de los asmoneos [16], pero cada vez más limitada a su papel religioso y apartada del poder. En 37, el último sumo sacerdote descendiente de los macabeos había muerto, decapitado por Herodes, y el título se perdió para la ilustre dinastía. Pero de esa larga unión entre

[15] Discusión de esta idea en Büchler: *Das Synhedrium in Jerusalem und das Grosse Bet Din.*

[16] Así llamados por el nombre de un obscuro antepasado de los macabeos: cf. Merovingios, descendientes del obscuro Meroveo.

las dos autoridades, algo quedaba en las memorias: aunque sólo se dedicase, oficialmente, a las tareas sacerdotales, el Sumo Sacerdote conservaba una autoridad que no era sólo espiritual. En un sentido, podía hablarse de soberano pontificado.

Su situación era, pues, singular. De hecho, su nombramiento quedaba sometido a las decisiones de los dueños políticos del país. La intriga, la amenaza, el dinero a veces, intervenían en esa elección. El más diestro triunfaba. Si dejaba de agradar, lo deponían, a pesar de su carácter sagrado e indeleble. En la época de Jesús, el pontificado estaba ocupado por los miembros de una familia sacerdotal cuyo principal mérito era una suprema habilidad en la reptación política: ¡consiguió conservar el título cincuenta años! Anás, investido de la función por el legado de Siria, Quirino, en 7 de nuestra era, la guardó hasta el advenimiento del emperador Tiberio, el año 14. Un año después de su destitución, conservaba tanta influencia, que hizo nombrar a uno de sus hijos, Eleazar, y luego a su yerno, el insignificante Caifás, que batió el "record" de duración, manteniéndose dieciocho años, hasta en 36, fecha en que el legado de Siria, Vitelio, lo depuso. Para que lo reemplazaran sucesivamente dos de sus cuñados, hijos de Anás, Jonatán y luego Anás, quien llevó el sobrenombre griego de Teófilo.

Por debilitado, por desacreditado en cierto modo, que estuviese el sumo pontífice, no por eso dejaba de tener un prestigio considerable. El populacho veía en el Sumo Sacerdote la encarnación viviente de la Ley. Le rodeaba de litúrgico respeto. Se maravillaba de verlo habitar uno de los más hermosos palacios de Jerusalén y rodearse de una "casa" casi real. Un llamado de ese jefe espiritual podía perfectamente desencadenar disturbios, o apaciguarlos. Por eso, los amos políticos del país trataban de estar en buenas relaciones con ese alto personaje: así, en el Evangelio vemos al procurador Poncio Pilatos tratarlo visiblemente con miramientos. El juego era sutil entre los ocupantes y ese hombre que, sin tener oficialmente derechos políticos, no dejaba de ser una potencia. Cuando ese juego lo llevaba un espíritu superiormente hábil, como Anás, podía tener considerable importancia en la vida política de Israel.

III. Palestina en la hora de Roma

No por eso la autoridad suprema dejaba de pertenecer a quienes, desde hacía más de medio siglo, impusieron su tutela a Palestina. Las condiciones en las cuales la establecieron, y ejercieron, explican la actitud que hacia ellos tenía el pueblo judío. Por lo demás es una historia poco conocida —la Biblia no dice nada— y muy complicada, un verdadero tejido de intrigas, rebeliones, guerras civiles, asesinatos, cuya trama vienen a complicar aún más las repercusiones de la política romana que, como es sabido, en aquella época, no era nada sencilla.

Para comprenderla hay que remontar a principios del siglo I antes de Jesucristo, al reinado de Alejandro Jáneo (106-76), hijo del gran asmoneo Juan Hircano. Enérgico y autoritario como el padre, cuya política de expansión había continuado, restableció en su favor —usurpó, decían los descontentos, pues no pertenecía a la raza de David— el título de rey. Contra él se levantó el clan de los fieles celosos, de los que pretendían descender de los *hasidim,* héroes de la resistencia a los griegos, a quienes se llamaba *fariseos.* Éstos reprochaban al singular sumo sacerdote de estar sin cesar en guerra, de aliarse con los incircuncisos, de vivir sin moral y, lo que era mucho más grave, haberse casado con una viuda, lo cual prohibía la Ley a los miembros del clero [17]. La oposición farisea desembocó en una revuelta, y Jáneo la reprimió a su modo, que era poco blando. Cincuenta mil cadáveres cimentaron la paz. Y pudo verse al jefe espiritual de Israel banquetear con sus concubinas mientras crucificaban a ochocientos prisioneros y, ante los moribundos, mataban a sus mujeres y a sus hijos [18].

Esta tragedia tuvo consecuencias muy graves. Primeramente, cortó a la nación en dos, pues una parte era favorable a los fariseos, en tanto que la otra era partidaria de los métodos de fuerza: éste es el origen de la confusión entre posición religiosa y posición política que se ve tan neta en tiempo de Jesús [19]. Pero sobre todo llevó a muchos israelitas a desear que alguien interviniese para impedir la repetición de esos horrores. Tanto más cuanto que, desde la muerte de Jáneo, los disturbios continuaron. El reinado

[17] Véase la interdicción en Lev., XXI, 13.
[18] Flavio Josefo: *Antigüedades judías,* XII, 14, y *Guerra de los judíos,* I, 4.
[19] Véase más adelante pág. 430 y sigts.

de su viuda, Alejandra Salomé (76-67), fue marcado por una reacción de los fariseos: por entonces habían llenado el Sanedrín de amigos suyos, doctores de la Ley, quienes, agradecidos, presentaron el reinado de tan fácil belleza, medio paganizada, como un tiempo de paraíso en que "los granos de cebada eran grandes como huesos de aceituna y las lentejas como monedas de oro" [20]. A esa edad de oro sucedió una lucha a muerte entre los hijos de Alejandra, Hircano II y Aristóbulo II, personaje fogoso e inteligente, el segundo, que no perdonaba al mayor, un incapaz adormilado, ser sumo sacerdote y rey. Complicada, además por la intervención de los beduinos de Idumea y de los árabes nabateos de la roja Pétrea, la situación llegó a ser horrorosa. Guerra civil, "rezzus" devastadores; el país sudó sangre.

Entonces fue cuando numerosos judíos pensaron en acudir a un árbitro. Se constituyó un "tercer partido" que envió una delegación ante un poderoso extranjero que se hallaba (primavera de 63) en Damasco. Poco después, cada uno de los dos hermanos enemigos había hecho una gestión ante el mismo para que, mediante dinero sonante, aceptara sostenerlo. El extranjero a quienes esas ranas ofrecían tan ingenuamente un cetro era nada menos que Pompeyo.

Roma, en su irresistible expansión en Oriente, acababa de cubrir una etapa decisiva. Mitrídates, el último príncipe helenístico en quien aún quedaba la valentía de Alejandro, perseguido hasta Crimea, había sido arrastrado al suicidio. En 65, Siria se había convertido en provincia romana. Las invitaciones de los judíos para que interviniera en su casa no dejaron a Pompeyo indiferente... Después de meses de confusión, decidió poner fin a los disturbios, y, sosteniendo al insignificante Hircano, marchó sobre Jerusalén para liquidar a Aristóbulo. Refugiado en el Templo con sus partidarios, éste se mantuvo tres meses. En fin, por una brecha, un oficial —el hijo del dictador Sila— consiguió arrojarse con un puñado de legionarios. Y entonces fue cuando se desarrolló la famosa escena: Pompeyo, ansioso por conocer el secreto de la religión judía, entró en el Santo de los Santos, espada en mano, creyendo descubrir algún prodigioso ídolo, y, muy sorprendido, no encontró nada —nada más que *vacuum sedem et inania arcana,* dice Tácito [21].

[20] *Taanith,* XXIII, A.
[21] *Hist.* V, 9.

De modo que los romanos llegaron a Palestina como pacificadores, casi como salvadores, y eso explica que, tres cuartos de siglo después, hubiera judíos favorables a su dominación, o en todo caso resignados a ella, como a un mal menor. Todo antes que la guerra civil. Pero no supieron conservar intacta esa situación privilegiada de árbitro. Su política palestina se reveló confusa, hasta contradictoria. Se tiene la impresión de que su sano realismo, tan alabado, fracasó ante las ilimitadas reservas de astucia del pueblo judío y la desconcertante facilidad de sus jefes para cambiar de campo.

El régimen instaurado por Pompeyo fue un protectorado. Amputado de la región costera y de las ciudades griegas del interior, el Estado judío subsistió, como vasallo de Roma, pagando tributo. Hircano II se vio confirmar en sus funciones de sumo sacerdote y hasta se le gratificó con el título de etnarca, a falta del de rey. Su hermano enemigo, Aristóbulo II, fue llevado cautivo a Roma con sus dos hijos, Alejandro y Antígono. Pero la nulidad de Hircano no le permitió imponerse. Los hijos de Aristóbulo, que huyeron de las cárceles romanas uno tras otro, y luego el propio Aristóbulo, reaparecieron en Palestina, haciendo levas. Recomenzó la guerra civil. Los romanos debieron intervenir sin cesar, tanteando para encontrar un régimen adecuado para ese pueblo singular. En medio de esta sangrienta confusión apareció en escena una tercera potencia.

Un cheij de las estepas del Sur, a quien en griego llamaban Antipáter, había sido nombrado por Juan Hircano gobernador de su propio país, la Idumea. Su hijo, que llevaba el mismo nombre, había adquirido tan gran poder por su fortuna y su alianza con el reino nabateo de Petra, que Pompeyo lo puso el lado del pobre Hircano II como una especie de "intendente de palacio", y de vigilante. Esto fue el punto de partida de una extraordinaria carrera dinástica. Esos idumeos convertidos al judaísmo habían soñado con llegar a ser los dueños en Israel, y para conseguirlo jugaron, muy hábilmente, a la carta romana. Lo que, por lo demás, no era simple, puesto que no se sabía, en aquella época perturbada, quién representaba en Roma la legitimidad. Antipáter II condujo superiormente ese juego difícil. Amigo de Pompeyo, encontró el medio de ser aún más amigo de César, cuando, después de cruzar el Rubicón el 12 de enero de 49, éste liquidó a su rival, tan amigo que obtuvo el título de procurador para él, y

dos mandos militares para sus dos hijos, los jóvenes Fasael y Herodes. Este último, estratego de Galilea, supo mostrar su espíritu de decisión, aun cuando apenas tenía dieciocho años, al dominar un motín nacionalista, conducido por un tal Ezequías; en esa oportunidad fue cuando el Sanedrín se conmovió y trató, en vano, de castigarlo. Caído César, en los idus de marzo de 44, bajo las veintitrés puñaladas de Casio y de los conjurados republicanos, Antipáter y sus hijos consiguieron por segunda vez darse vuelta, y el nuevo procónsul de Siria, que era el propio Casio, nunca tuvo mejores amigos. A causa de lo pesado del tributo estalló una revuelta antirromana, que Herodes reprimió sin debilidad, lo que hizo de él, en el momento en que su padre moría envenenado por un traidor, el verdadero sucesor de su fortuna, de sus ambiciones, y también de su habilidad.

Pues al cambiar una vez más la política romana, Antonio, dictador en potencia, halló a Herodes y al hermano tan adictos a su causa como lo fueron a Casio el republicano. Los judíos no dejaban de gritar, recriminarse, enviar embajadas al nuevo amo. Los dos idumeos recibieron el título de "tetrarcas", que lo mismo podría traducirse por "reyezuelos", y el pobre Hircano II quedaba confinado cada vez más en sus tareas sacerdotales. En suma, a los hijos de Antipáter no les quedaba más que adivinar quién, del nuevo triunvirato Antonio-Octavio-Lépido, triunfaría, para adherirse a él, cuando estalló un drama.

Al amparo de la invasión de los partos, que Antonio, demasiado ocupado por la belleza de Cleopatra, no supo detener a tiempo, entró en escena Antígono, el último hijo de Aristóbulo II. Sostenido por numerosos judíos patriotas, y también por los que se exasperaban por los tributos que los romanos percibían, el último macabeo marchó sobre Jerusalén, después de entenderse con los invasores, a quienes prometió 1.000 talentos y 500 mujeres —¡singular tributo para un pretendiente al pontificado supremo!— Los romanos, ocupados en otra parte, no pudieron intervenir eficazmente. Meses de una guerra civil atroz ensangrentaron al país. Finalmente, Antígono tomó la Ciudad Santa y anunció que restablecía en su persona el doble título de rey y de sumo sacerdote. Mandó que le entregaran al anciano Hircano, y con los dientes le arrancó las orejas, a fin de que fuese inapto para el sacerdocio, pues para ejercerlo eran menester personas sin defecto corporal.

En cuanto a Faseal, antes de dejarse prender, se suicidó rompiéndose la cabeza contra una roca.

Pero quedaba Herodes, y era un hombre de acero. Había conseguido refugiarse en la inexpugnable fortaleza de Masada, en el mar Muerto. Al enterarse de la victoria de Antígono y de la muerte del hermano, jugó una vez más, sin vacilación, a la buena carta. Embarcándose para Roma, en pleno invierno, llegó allá en el momento preciso en que Octavio y Antonio acababan de concertar una tregua. Los dos romanos tenían entonces otras preocupaciones que ocuparse de Palestina. Ese joven Herodes —tenía veintitrés años— inteligente, hábil, cuyo padre había sido amigo de César, les pareció el hombre calificado para poner fin a los desórdenes judíos. Tanto más cuanto que acababa de contraer esponsales con Mariamme, princesa asmonea, lo que le confería una especie de legitimidad. De modo que, por senadoconsulto, lo nombraron "rey de Judea". Esto ocurría en otoño del año 40. Tres años después, en 37 —tres años más de guerra severa, en que partidarios de Herodes y fieles de los asmoneos se degollaron—, once legiones y 6.000 caballeros tomaron Jerusalén, seguido de grandes matanzas, según la costumbre. Ante el pedido de Herodes, Antonio mandó decapitar a Antígono. En cuanto al Sanedrín, que se había negado a admitir la realeza del joven vencedor, fue diezmado.

He ahí por qué, en el momento en que nacía Jesús, Palestina estaba, desde hacía unos treinta años, gobernada, bajo el protectorado de Roma, por "el esclavo idumeo"[22].

IV. Herodes "el Grande"

De 37 a 4 antes de la era cristiana, el trono de Judea fue, pues, ocupado por Herodes. Este nombre retumba trágicamente en la historia; en el Evangelio, despierta recuerdos de horror. No obstante, sería injusto juzgar al personaje únicamente por la reputación, merecida, que dejó de implacable verdugo. Por numerosos

[22] Es pues el Herodes de quien se trata en los evangelios sinópticos a propósito de la visita de los magos y de la matanza de los Inocentes. "Desde hace unos treinta años." ¿Hace falta recordar que Jesús no nació en el año 1 de nuestra era, sino verosímilmente en 6? El error se debe a un monje del siglo VI, Dionisio el Pequeño, que se equivocó al calcular la fecha del nacimiento del Niño Dios (cf. *Jésus en son temps*, parágrafo *"A quelle date naquit Jésus?"*, pág. 124).

rasgos parece digno de admiración; ese hombre que jamás se dejó desalentar cuando la fortuna parecía escapársele, ese diplomático sumamente hábil en dar vuelta a una situación, ese administrador de vastos planes, de vistas lejanas, ese constructor incansable, en fin, está por encima de la medida común. Sus contemporáneos lo calificaron de "Grande"; es justicia, siempre que no se miren demasiado los medios por los cuales adquirió esa grandeza. En todo caso, fue el último gran soberano de Israel[23].

La máxima casi única de su política fue estar siempre de acuerdo con Roma, es decir, con el hombre que mandaba en Roma. ¿Quién era, quién sería ese hombre? A Herodes, como a su padre, la cuestión vital se le planteó cuando, en Accio, el 2 de septiembre de 31, los navíos de Octavio echaron a pique a la flota de Antonio. Amigo del vencido, ¿estaba Herodes perdido? Su habilidad le salvó. No sin nobleza, declaró al vencedor: "He sido amigo fiel de Antonio. He intentado detenerlo en el camino de perdición a donde lo llevaba Cleopatra. Si tienes confianza en mí, seré para ti el más fiel de los amigos." Supo ser bastante persuasivo para que el desconfiado vencedor lo creyera. Desde entonces, hasta su muerte, a pesar de algunas breves crisis, reinó el entendimiento entre el emperador y el pequeño "rex socius", su protegido.

Puede, pues, representarse al señor de Palestina en la época en que Jesús vino al mundo como uno de esos príncipes vasallos que las potencias muy grandes toleran y utilizan, un maharajá de los tiempos de la reina Victoria, o un Agá Khan. Atento en servir los intereses del vencedor, siempre dispuesto a intervenir militarmente para defenderlos, bastante adulón, Herodes no era en suma sino el lacayo de Augusto que decían sus adversarios. Su fortaleza se llamaba la Antonia, del nombre de Antonio, pero en su palacio también se veía una sala "César" y otra "Agripa". Como contrapartida había obtenido, en un territorio poco inferior al reino de Salomón, y que agrandó aún más allende el Jordán, todas las apariencias de la soberanía. Al día siguiente de la toma de Jerusalén, negoció, contra dinero sonante, el retiro de las legiones, que habían quedado estacionadas en Siria, listas para intervenir, pero discretas. Tenía su ejército, formado por mercenarios germanos, galos y tracios; su guardia, reclutada entre la

[23] Para el reinado de Herodes la fuente es, naturalmente, Flavio Josefo, especialmente *Antigüedades judías*, XV, XVII. El historiador pretende haberse servido de *Memorias* de Herodes mismo.

juventud gálata, era espléndida. Si cobraba el tributo para Roma, también tenía el derecho de percibir para él, de lo cual no se privaba. Al fin y al cabo parecía tan independiente como podían serlo antaño el sultán de Marruecos o el bey de Túnez bajo el protectorado francés.

Sin embargo, no se atrevió a tomar para él las funciones de sumo sacerdote, sabiendo que sus administrados judíos hubieran visto en ello una intolerable usurpación. Se limitó a nombrar a los titulares, arreglándoselas para tomarlos en familias sacerdotales de bastante poco prestigio para no tener que temer su influencia: hizo desfilar siete u ocho, y ninguno ha dejado nombre en la historia. El único que hubiera podido desempeñar un papel, su cuñado el asmoneo Aristóbulo, murió muy oportunamente después de seis meses de pontificado. En cuanto a Hircano II, Herodes se dio el gusto de reinstalarlo en Jerusalén, con todas las señales de un gran respeto; pero con las orejas cortadas, ¿qué podía hacer el pobre anciano?

No obstante, no hay que dejarse engañar demasiado pronto por las apariencias sólidas y fastuosas del poder de Herodes. En realidad, las bases sobre las cuales descansaba su autoridad estaban minadas, y lo sabía. Una gran parte de la opinión judía le era hostil, porque era idumeo, un mal circunciso, un hijo de Esaú, porque había sido impuesto por el vencedor romano, porque su conducta era demasiado a menudo contraria a los preceptos de la Ley y de la moral mosaica. Esa aversión explica la dureza del régimen que Herodes impuso a los judíos, y, en cierta medida, sus crímenes. Su policía estaba en todas partes, controlaba todo. Decíase que no desdeñaba obrar personalmente. Un día, de incógnito, se paseaba por las calles y preguntó a un transeúnte qué pensaban, en su barrio, del rey Herodes; aquél, malicioso, le contestó con una cita del Eclesiastés (X, 20): "No digas mal del rey ni aun con el pensamiento; ni digas mal del rico ni aun en tu alcoba; porque los pájaros llevan la noticia y un alado hará saber tus palabras."

Por lo demás las precauciones no impidieron que se tramaran conspiraciones ni estallaran crisis. En la propia familia del tirano hallaban complicidades los conjurados, o pensaban hallarlas, lo cual, para Herodes, era igualmente grave. Por eso golpeó a diestra y siniestra. Todos los últimos descendientes de los asmoneos fueron liquidados; el joven Aristóbulo, encantador adolescente de dieciséis años, a quien por una falsa maniobra, aceptó nombrarlo sumo sacerdote, fue muy hábilmente ahogado por los guardas gálatas en la piscina del palacio de Jericó; la muy querida Mariamne, la única de las diez esposas sucesivas que Herodes parece haber amado, fue llevada al suplicio porque sospechaba que había atentado contra su vida. Sus hijos la siguieron a la tumba, así como otros cinco nacidos de diversas uniones del déspota. "Más vale ser el cerdo de Herodes que hijo suyo", decía riendo Augusto, pues, fiel al menos a ese precepto de la Biblia, el amo de los judíos no comía puerco.

De modo que hay que representarse la vida política en Israel durante los treinta y tres años que duró el reinado de Herodes, en un clima de sospechas policíacas, de revoluciones palaciegas siempre posibles, de "purgas" espectaculares. Ora llegaba a saberse que unos centenares de fariseos habían sido colgados, por haber criticado al amo demasiado alto; ora que trescientos oficiales, sospechosos de haber intrigado en Samaria, habían sido linchados por un populacho sublevado por la policía; ora que unos jóvenes que intentaron arrancar de la puerta del Templo la impía águila de oro que el tirano mandó colocar, habían sido quemados vivos o lapidados. En semejante tejido de violencias, el famoso episodio evangélico de la muerte de los Inocentes ocupa naturalmente su lugar; es del mismo estilo. Y sin embargo, pues el hombre no era simple, varias veces ocurrió que ese tirano feroz se mostrara humano, por ejemplo cuando, en 25, para hacer frente a una terrible hambruna comprando trigo de Egipto, vendió su vajilla de oro.

En definitiva, el pueblo judío lo soportó cerca de cuarenta años. Es indudable que fue en razón de la paz que le dio, y de la prosperidad real que aseguró. Paz y prosperidad, no obstante, que no dejaban de tener cargas muy pesadas, y Flavio Josefo hasta reprochará a Herodes haber llevado a su pueblo a la miseria [24], lo que parece muy exagerado. Lo cierto es que Palestina, durante ese reinado, se cubrió de monumentos, que los trabajos públicos fueron muchísimos, que las fiestas fueron innumerables y de un fasto inaudito. Como se sabe, es el medio usual de los dictadores para que el pueblo olvide la pérdida de sus libertades. Se edificaron o reconstruyeron fortalezas inteligentemente situadas: Maqueronte, por ejemplo, en el mar Muerto, o el Herodium que

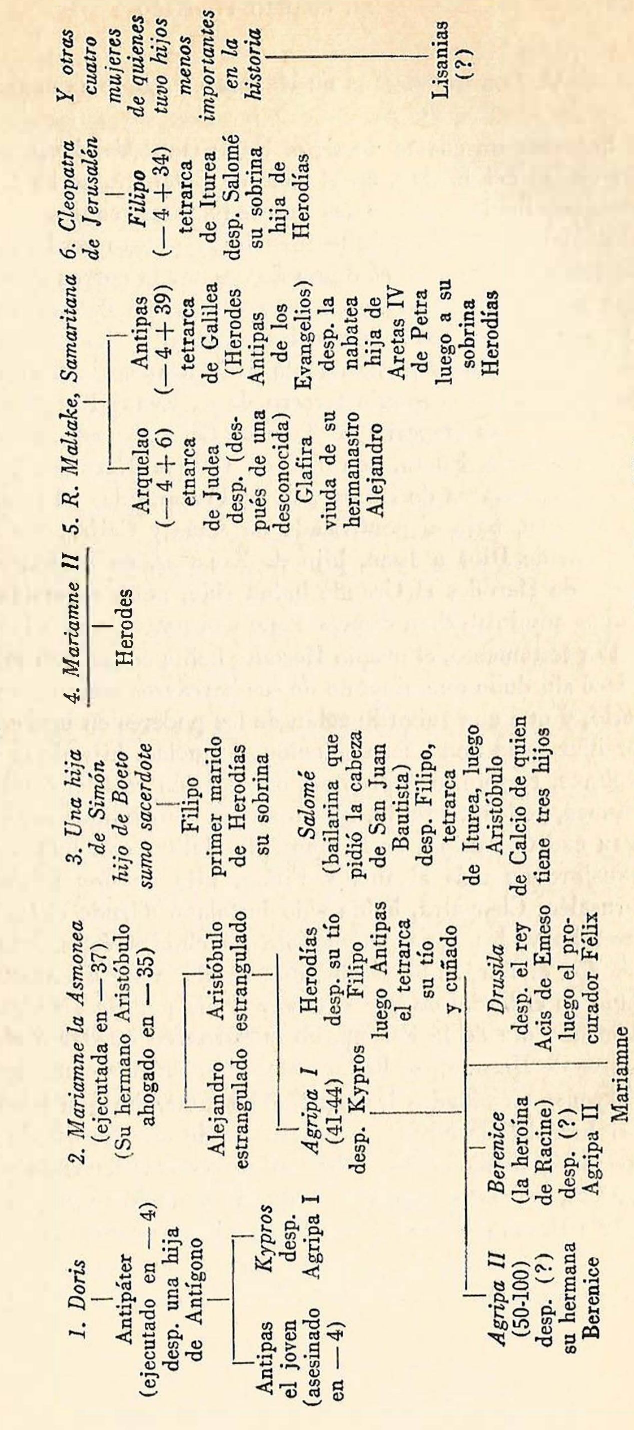
[24] *Guerra de los judíos,* V, 6.

había de ser la tumba del amo. Se reconstruyeron ciudades destruidas como Samaria; el puerto de Cesárea se transformó en el más hermoso del país, el rival de El Pireo. En Jerusalén mismo, un teatro, un anfiteatro, un hipódromo, a pesar de la hostilidad de los judíos piadosos a los espectáculos paganos, atrajeron muchedumbres. Se levantaron palacios tales como jamás se habían visto. La Antonia, la pesada fortaleza, fue construida junto al Templo, para vigilarlo. Y principalmente, sobre hileras prodigiosas de bloques enormes —algunos tienen hasta doce metros de largo por dos de alto—, comenzó a levantarse un Templo totalmente nuevo, tan vasto que se necesitará un siglo para terminarlo, tan rico que eclipsaba aun al de Salomón [25].

Todo eso explica que a pesar de tanta oposición Herodes pudiera durar, y, en definitiva, muriera de muerte natural. Antes que cumpliera cuarenta años, comenzó a echársele a perder la salud. Una fiebre tifoidea lo puso al borde de la tumba, y le quedaron secuelas tanto de orden psíquico como fisiológico. Fue entonces cuando, maniático de la persecución, veía a un asesino en cada uno de los que le rodeaban, y se multiplicaron sus ucases de muerte. Fue también entonces cuando, loco de dolor al pensar que él mismo había matado a Mariamne, se le oyó gritar el nombre de la muerta a todos los vientos del palacio, como si fuera a volver. Sus últimos años fueron horrorosos. Sin cesar inventaba torturas inéditas para sus víctimas [26]; le rodeaba un silencio de cementerio, que sólo rompía la salmodia de los obreros del Templo y los gritos de los condenados. Una enfermedad terrible se había apoderado de él, sin duda un cáncer del intestino. El pus manaba de su cuerpo con gusanos. Mandó que lo llevaran a las aguas de Calliroe, cerca del mar Muerto, con la esperanza de que los baños calientes y sulfurosos lo aliviaran, pero en el primero se desvaneció. Perdido el sentido, acosado por los fantasmas de sus víctimas, agonizó, en un frenesí atroz, ordenando que después de su muerte todos los personajes más considerables del reino fuesen ejecutados, para que al menos hubiera llantos sobre su tumba. Por fin, murió, en el año 4 antes de nuestra era: Jesús tenía entonces dos años.

[25] Sobre el Templo, véase más adelante, pág. 401.

[26] Por ejemplo hizo tocar al rabí Baba con una piel de erizo hudida hasta el mentón, a fin de que las púas enceguecieran al desdichado y lo desgarraran la cara.



V. Los herederos de Herodes y los procuradores

Saltemos un cuarto de siglo. En el curso del invierno 27-28, en las orillas del Jordán, en el valle de Betábara, se ha levantado un hombre; habla, atrae a las muchedumbres, confiere a quienes le escuchan el bautismo de penitencia; y pronto verá llegar a aquel de quien dirá que no es digno de desatar la correa de su sandalia: este hombre se llama Juan. La situación de Palestina en ese momento no se parece a la que hemos visto en los días de Herodes. Nos la refiere muy precisamente San Lucas en la frase célebre con que comienza el capítulo tercero de su Evangelio: "El año [décimoquinto] del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, tetrarca de Galilea Herodes, y Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de la Traconítide, y Lisania, tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto ... " El reino de Herodes el Grande había sido, pues, repartido, y los romanos administraban directamente una parte, la más importante.

Por testamento, el propio Herodes había cortado su reino en tres. Pensó sin duda que ninguno de sus herederos sería capaz de mantenerlo, y que una subordinación de los poderes en una colaboración familiar sería una buena solución. Arquelao, hijo de la samaritana Maltake, recibió, con promesa de sucesión real, el centro del país, Idumea, Judea, Samaria. Más o menos constituidos sus subalternos, a su cadete Antipas se le confió la Galilea con una prolongación transjordana más al sur, y Filipo, hijo de una grecoegipcia de Jerusalén, Cleopatra, había sido instalado allende el lago de Genesaret hasta las zonas montañosas, incluidas éstas, que la Biblia llamaba el Bacá. Los judíos, que habían visto un afortunado presagio en el hecho de que el tirano había por fin entregado el alma el mismo día de la Pascua, no tardaron en quedar decepcionados. Libres de Herodes, se hallaron tan desdichados como antes.

Apenas terminados los espléndidos funerales que izaron hasta la fortaleza del Herodium, en una litera de oro incrustada de piedras preciosas, seguida de un ejército de esclavos llevando plantas aromáticas, los restos mortales, Arquelao anunció su intención de marchar a Roma para ver a Augusto y obtener confirmación del título real. Pero en seguida cometió un error de maniobra: preguntó al pueblo inmenso que esos días llenaba Jerusalén qué le agradaría.

Unos reclamaron la remisión de impuestos, otros el castigo de los consejeros de Herodes; como Arquelao se negó a todo, estalló una revuelta: fue necesario tomar por asalto los atrios del Templo, dejando en ellos 3.000 cadáveres. ¡Hermoso comienzo del reinado! Una vez que se embarcó el nuevo soberano, recomenzaron los disturbios, exasperados por la voracidad de un perceptor de impuestos romano. Dos intervenciones de las legiones no bastaron para restablecer el orden. Toda Palestina se llenó de partidas de revoltosos; ardió el palacio real de Jericó; en Judea, 2.000 desertores del ejército de Herodes atacaron a las tropas reales; en Judea, el hercúleo pastor Atronges se proclamó gobernador, mientras que en Galilea, Judas, hijo de aquel Ezequías que Herodes mandó ejecutar, se atribuyó la dignidad real. El gobernador de Siria, Varo, debió movilizarse personalmente: ¡2.000 judíos fueron crucificados! Todos esos acontecimientos decidieron a los más razonables a enviar una embajada a Roma para suplicar al Emperador que pusiera fin a la dinastía herodiana, incluyendo su patria en la provincia de Siria[27]. Hubiera sido juicioso: Augusto no aceptó esa solución. Confirmó, en conjunto, las disposiciones del testamento, pero sólo concedió a Arquelao el título, modesto, de etnarca: sería rey más tarde, si era juicioso.

Arquelao no lo fue. Apenas instalado entró en conflicto con casi todos sus súbditos. Uno tras otro depuso a dos sumos sacerdotes. Irritó a los fariseos contrayendo con su cuñada Glafira, viuda del asmoneo Alejandro, un casamiento que la Ley condenaba. Y sus exigencias fiscales, que se hicieron necesarias por la reconstrucción suntuosa del palacio de Jericó y la creación de una ciudad a la que dio su propio nombre, acabaron de exasperar a los judíos. Recomenzaron los disturbios, y los métodos policiales, y las represiones. En el estado de espíritu volcánico en que se hallaba el Pueblo elegido, trabajado por agitadores, acosado por sueños apocalípticos de liberación y desquite, el método fuerte hubiera sido quizás el único posible: y hasta hubiera sido necesario saber aplicarlo ... Una delegación partió, una vez más, para Roma —en el año 6— con el fin de suplicar a Augusto que hiciera comparecer ante él al tiranuelo. Los cargos de la acusación debieron ser abrumadores, pues Arquelao fue enviado en exilio, a Viena en Galia, donde, se-

[27] Episodio que inspiró tal vez la parábola que relata San Lucas, capítulo XIX, 12.

gún Estrabón, había de morir [28]. Y su territorio se convirtió en provincia romana.

Los dos tetrarcas fueron más afortunados y más hábiles. Naturalmente, uno y otro practicaban al máximo la política de sumisión a Roma, y de adulación. Si uno construía una ciudad nueva, la llamaba Tiberíades; para no quedarse atrás, el otro se apresuraba en llamar "Juliada" a la Betsaida del Norte; y si uno restauraba a "Livia", el otro construía "Cesárea" de Filipo. Además, vecinos a orillas del lago, tuvieron la sabiduría de entenderse bien, hecho bastante raro en los herodianos, como para que se le señale.

Herodes Antipas es aquel que los Evangelios llaman Herodes a secas. Es a éste a quien Jesús trata de "zorro" cuando los fariseos vienen a decirle, esperando que así se largaría de Galilea, que el tetrarca quería matarlo [29], y el vocablo —que quizá habría que traducir por "chacal"— está evidentemente cargado de desprecio. También fue él quien causó un gran escándalo llevándose a la mujer de uno de sus medio hermanos, Herodías. Y se recordará que por haberse atrevido a reprochar públicamente su falta al déspota, Juan Bautista [30] fue arrojado a un calabozo en la fortaleza de Maqueronte y, en el curso de un banquete famoso, a pedido de Salomé, hija de Herodías, fue decapitado. También a él —que entonces se hallaba en Jerusalén para la Pascua—, durante el proceso de Jesús, Poncio Pilato mandó al acusado, so pretexto de que siendo galileo dependía del tetrarca de Galilea, esperando sin duda librarse de él [31]. De ese principículo se sabe además que, a la par que llevaba una existencia muy paganizada, tenía el cuidado de enviar presentes al Templo, absteniéndose de poner su imagen en sus monedas; hasta se asoció a una protesta que elevaron los judíos contra la introducción, por el procurador Poncio Pilato, de adargas votivas en el Santuario. ¿Cuáles eran sus intenciones secretas? ¿Soñaba con reconstituir en beneficio propio el reino de su padre? En todo caso, de ello le acusó su sobrino nieto Herodes Agripa I, cuando éste, en el año 37, obtuvo del emperador Calígula la sucesión del tetrarca Filipo, muerto en 34, y tuvo ganas de anexarse Galilea. Antipas no pudo negar que había constituido depósitos de armas, pero Roma no le creyó cuando aseguró que era contra la

28 Estrabón, XVI, 2, 45.
29 Lc., XIII, 32.
30 Lc., III, 19; Mt., XIV, 3; Mc., VI, 17.
31 Lc., XXIII, 7.

amenaza árabe. Fue exiliado a Lyon —adonde Herodías tuvo la elegancia de seguirlo— y sin duda ejecutado [32], mientras el denunciante recibía sus tierras.

Su medio hermano Filipo desempeñó en la política palestina un papel aún más modesto. Encerrado en el norte montañoso del país, en posesión de un Estado hecho de retazos y de un pueblo del que Estrabón asegura que sólo vivía de crímenes y bandolerismo [33], el tetrarca de Iturea comprendió que los vastos designios no le convenían. Era un sabio: la dulzura de sus costumbres contrasta con las que conocemos a la descendencia de Herodes; amaba el arte, las letras y las ciencias, principalmente la geografía, en la que se destacaba hasta el punto de resolver el misterio de las fuentes del Jordán. Por lo demás, ¿seguía siendo judío ese hombre que sólo hablaba en griego, vivía a la griega, mandaba poner su retrato en las monedas como cualquier príncipe helenístico? [34]

De modo que Palestina, en el momento en que Jesús se levantó para llevar su mensaje, estaba administrada, en substancia, por dos hombres: en Galilea el tetrarca Herodes, y en Judea y Samaria un magistrado romano. Con las tierras que se quitaron a Arquelao se constituyó una "provincia procuratoria" de segunda clase, es decir, inferior en extensión y en prestigio a las provincias que el Emperador confiaba a legados. Hasta puede que el legado vecino, el de Siria, tuviese sobre ella derecho de fiscalización. Los funcionarios que se enviaban para administrarla, los procuradores, se reclutaban en la clase ecuestre y no en el orden senatorial. Empero, poseían el *jus gladii*, es decir, la plenitud de la jurisdicción criminal, lo que prueba que Roma les dejaba una real autonomía. Desde el año 6, era el quinto que los judíos veían desembarcar [35]: estaba ahí desde 26 y había de permanecer en su puesto una decena de años: se llamaba Poncio Pilato.

La tradición cristiana ha sido severa con ese hombre, a quien imputa una gran parte de responsabilidad en la muerte de Jesús;

32 Dion Casio, LIX, 8.
33 Estrabón, XVI, 17.
34 Otro tetrarca llamado por San Lucas en la frase citada más arriba, Lisanias, es absolutamente desconocido, a tal punto que algunos han puesto en duda su existencia, pero ella fue confirmada por dos inscripciones halladas en Abila (cf. R. Savignac, *Revue Biblique*, 1912, pág. 533). La Abilena es un cantón del Ante-Líbano, al oeste de Damasco, es decir en el extremo límite norte de la Palestina. En cuanto a ese Lisanias, es tal vez un hijo nacido de los últimos matrimonios de Herodes el Grande.
35 La lista de los procuradores se da en el cuadro cronológico de la pág. 492.

por otras razones, los judíos Flavio Josefo y Filón han sido casi tan severos. ¿Merecía tanta animadversión el procurador de Judea? Leyendo honestamente el Evangelio —sobre todo el de San Juan—, se tiene la impresión de que no era un malvado, sino un débil, por lo demás deseoso de hacer bien, accesible a las ideas de justicia, aun cuando muy escéptico, bastante recto en su conducta, pero terriblemente ansioso de que no lo denunciaran a Roma, preocupación que se comprende fácilmente, visto que el Emperador era Tiberio... De su origen se conoce muy poco: un caballero, ciertamente, pero llegado no se sabe de dónde. Su nombre, según algunos, sería una contracción de "Pileatus", es decir, "tocado con el gorro colorado", lo que significaría "manumitido"; según otros, indicaría que era hijo de un oficial decorado con el "pilum" de honor. Se ha dicho que habría sido hijo de Marco Poncio, general en España durante la guerra de Agripa contra los cántabros, que había sido amigo de Germánico, y que su mujer, designada por el evangelio apócrifo de Nicomedes con el nombre de Claudia Prócula, era hija de la famosa Claudia, hija de Augusto, cuyos excesos dieron pábulo a la crónica escandalosa de Roma, lo que explicaría la carrera de su marido, y su presencia en Jerusalén, en violación del reglamento.

Fábulas sin duda, pero lo que parece evidente es que, en ese gobierno de Judea, que era el puesto más ingrato y difícil de entonces, Poncio Pilato no hizo maravillas. Una vez, colocó de noche en el Templo las insignias y adargas votivas con la efigie del Emperador, cuando la Ley judía prohibía toda representación de la figura humana, lo que desató tal tumulto que cedió en seguida. Otra vez, como necesitó dinero para construir un acueducto, lo tomó del tesoro sagrado; de ahí un motín que imaginó reprimir enviando esbirros, disfrazados de judíos, para que se mezclaran con la muchedumbre e hicieran una carnicería. Otra vez más, según refiere San Lucas [36] como unos galileos, en el Templo mismo, manifestaron algo ruidosamente, mandó a su policía que los cargara y "su sangre se mezcló con la de los animales inmolados" [37]. Sabida es su actitud durante el proceso de Jesús; muestra que despreciaba a los judíos (recuérdese la inscripción colocada por él en la cruz: "el rey de los judíos"), pero que les

[36] Lc., XIII, 1.
[37] Sobre todos los incidentes que conciernen a Pilato remitimos a *Jésus en son temps*, véase Índice.

temía. Para que capitulara bastaba con que la muchedumbre le gritase: "¡No eres amigo de César!" Seis años después una torpeza mayúscula había de perderlo. En Samaria había aparecido un "profeta"; éste aseguraba que en la cima del monte Garizim estaban enterrados el Tabernáculo de Moisés y los objetos litúrgicos que le habían servido, y que él los hallaría. Llegado ese día, la muchedumbre se congregó al pie de la montaña y la escaló cantando salmos. Pero Pilato había mandado ocupar la cima, con orden de dispersar a los manifestantes, lo que se hizo, pero a costa de una matanza. Denunciado al legado de Siria, Vitelio, destituido, llamado a Roma, el procurador de Judea no pudo disculparse. Calígula lo exilió a Galia. Eusebio asegura que se mató, por orden o desesperación [38].

Después de Pilato, el régimen procuratorio había de durar treinta años más. En esa sucesión de funcionarios romanos hubo, sin embargo, de 37 a 44, una interrupción en que se vio a la administración imperial remitirse, como en tiempo de Herodes el Grande, a un príncipe vasallo. Y cosa curiosa, ese último rey de Judea, en quien se juntaban la sangre de los dinastas idumeos y la de los sumos sacerdotes macabeos, se reveló —hay que decirlo, aun cuando la tradición cristiana sea severa con él— un buen soberano. Ese Herodes Agripa I era nieto de Mariamne, la esposa asmonea ejecutada por Herodes. Criado en Roma, entre la gente palaciega, llevó una adolescencia agitada, que tuvo al menos el dichoso resultado de unirlo íntimamente con uno de sus compañeros de libertinaje, Calígula, heredero del trono. Cuando, muerto Tiberio, el hermoso efebo loco llegó a emperador, de lo primero que se ocupó fue de sacar a su amigo de la cárcel en que se aburría, a causa de sus deudas, y quizá también por haber deseado algo demasiado alto el advenimiento del "pequeño borceguí" [39]. El procurador Marcelo, que acababa de ser nombrado, fue llamado, y el nuevo rey llegó a Palestina rodeado de tanta gloria que parecían haber vuelto los días de Herodes el Grande. Poco después hizo que se le entregaran los dominios de su tío Antipas, reconstituyendo, o casi, el reino de su abuelo. Tan hábil como éste, se las arregló para estar en Roma justo en el momento, en 41, en que, asesinado Calígula, se abrió una grave crisis, y des-

[38] *Histoire ecclésiastique*, II, 7.
[39] Se sabe que Calígula es un sobrenombre dado por los soldados al joven Cayo: la *caliga* era exactamente el zapatón militar.

empeñar un papel decisivo en la intervención de las tropas en favor de Claudio, lo que incitó evidentemente al nuevo señor a confirmarlo en todos sus derechos.

Este último rey dejaría a los judíos un buen recuerdo. No sólo su reinado fue apacible, sino que se condujo como fiel de Yavé, "sin omitir ninguna de las prescripciones de la Ley", dice Flavio Josefo [40], subvencionando al Templo, yendo ostensiblemente a rogar cada día, hasta mandando perseguir por su policía a unos jóvenes paganos que habían introducido una estatua del Emperador en una sinagoga, y, para complacer al Sanedrín, "tratando de hacer daño a la Iglesia, mandando matar a Santiago, el apóstol hermano de Juan, y arrojando en la cárcel a Pedro" [41]. También fue él quien emprendió la construcción, al norte de Jerusalén, de una tercera muralla que englobaría los suburbios, y quizá una cuarta. En realidad, esa actitud de fiel diligente no era más que uno de los aspectos de un hábil doble juego. Judío en Jerusalén, Agripa I era pagano en Cesárea, vivía a lo griego, mandaba erigir su estatua y las de sus hijas, y acuñar monedas con su imagen. En una de esas piezas puede leerse "filoromaios", amigo de los romanos: inscripción muy verídica. Este último macabeo era, en realidad, un agente de ejecución del Emperador.

Sin embargo, al morir, en 44, su reino no pasó enteramente a su hijo, Herodes Agripa II. Puede que a Roma le inquietara la construcción de la muralla; como la situación política y social se deterioraba pronto en Palestina, quizá pensaran que la energía de un procurador era indispensable. De modo que el hijo de Agripa I sólo obtuvo al principio la herencia, modesta, del pequeño reino de Calcis, que detentaba uno de sus tíos y cuñado; sin embargo, el favor de Nerón le permitió cambiarlo por la antigua tetrarquía de Filipo, y agrandarla con la Galilea, lo que agradeció rebautizando a Cesárea, Neronias. Inteligente, hábil, supo, como su padre, entenderse con su pueblo y al mismo tiempo ser el gran amigo de los romanos, pero era evidente que su devoción por los romanos prevalecía sobre su fidelidad judía: bien se vio cuando la insurrección final, en que sin vacilar se colocó en el campo de los vencedores.

Junto a ese reyezuelo de Galilea vemos a una figura en quien se encarnan todos los rasgos de esos últimos idumeos, romanizados en más de sus tres cuartas partes: Berenice. Versos inmortales han grabado en nuestras memorias el recuerdo de una enamorada, apasionada y tierna. Era en verdad una mujer temible, astuta y calculadora, hecha para los primeros papeles en la escena política y que no vacilaba en la elección de los medios. Viuda, en 48, de Herodes de Calcis, se fue a vivir al lado de su hermano Agripa II, y el ruido de sus relaciones incestuosas se difundió pronto hasta Roma, donde suscitó los sarcasmos de Juvenal [42]. Junto a su hermano-amante estaba en Cesárea cuando San Pablo compareció ante el procurador Porcio Festo, y arrojó al soberano de Galilea su apóstrofe: "¿Crees, rey Agripa, en los Profetas?" [43] Sabido es cómo su idilio con Tito la hizo universalmente célebre, cómo soñó, nueva Ester, reinar al lado del amo de su pueblo, cómo en fin Tito, por razón de Estado, mandó que se alejara de Roma —*invitus invitam*, dice brevemente Suetonio [44]—, ofreciendo a Racine el más hermoso de los temas de amor trágico [45].

[40] *Antigüedades judías*, XIX, 6.
[41] Act., XII, 1-3.

Desde la muerte de Agripa I, las últimas dinastías herodianas no contaban ya. El único, el verdadero dueño de Palestina era el procurador del Emperador, el hombre de las decisiones temibles y cuya tutela se hacía de año en año más pesada. Marulo, Cuspio Fado, Cumano, Félix, hermano de Palas, el célebre manumitido de Claudio, el que hizo detener a San Pablo, Porcio Festo, Albino, Gesio Floro, todos habían de dejar en Israel el recuerdo de ocupantes sin indulgencia, hasta Tiberio Alejandro, sobrino de Filón, judío que apostató para entrar en la administración romana y no vaciló en anegar en sangre una rebelión. Cierto es que la situación en Palestina no dejaba de echarse a perder, hasta el punto de llegar a ser dramática. El pueblo judío fue siempre, en todo tiempo, difícil de gobernar; se hizo, literalmente, ingobernable. Exaltado por las lecciones de la historia —ese "peligroso producto", dice Paul Valéry— no pensó más que en retomar contra Roma los santo y seña de los macabeos. Pero ya no era ni el día ni la hora. Y el Emperador que reinaba en el mundo no tenía nada que ver con un Antíoco Epifanes cualquiera...

[42] *Saturnales*, VI, 156.
[43] Act., XXVI, 27.
[44] Suetonio: *Titus*, VII.
[45] Sobre el conjunto de la dinastía de los Herodes, véase el libro de Fritz Otto Busch, *Was Begab sich aber zu der Zeit* traducido al francés bajo el título *Au temps du Christ* (1957). Sobre Berenice el libro de Emile Mireaux ya citado.

VI. Ocupantes y ocupados

¿Debe imputarse la responsabilidad de esas perturbaciones y de esas crisis, que debían desembocar en la catástrofe final, a la administración romana? Es indudable que el Emperador sólo enviaba procuradores a las regiones anexadas desde hacía poco, donde podían temerse dificultades. Los magistrados que llegaban a Judea sabían, pues, de antemano que tendrían que vérselas con una población muy poco manejable, plena de prejuicios incomprensibles, dividida en facciones y hecha a la intriga. Se mantenían alerta.

Pero, precisamente porque conocía bien a los judíos, la administración romana tomaba con ellos sus precauciones. Por ejemplo, el procurador no vivía en Jerusalén, quizá para no dar a los fieles de Yavé el espectáculo de una vida completamente pagana en plena Ciudad Santa, puede también que por desconfianza. Estaba instalado con sus servidores en Cesárea, la antigua Torre de Estratón, de la que Herodes el Grande había hecho un puerto floreciente y una espléndida ciudad grecorromana. Sólo iba a Jerusalén con motivo de las grandes fiestas, para vigilar las inquietantes concentraciones que se producían entonces; durante sus permanencias se alojaba en el antiguo palacio de Herodes, y la fortaleza "Antonia" servía de cuartel general y acantonamiento.

Por lo demás, las tropas estacionadas en Palestina no eran numerosas. Las legiones, compuestas de ciudadanos romanos, galos y españoles sobre todo, estaban en Siria, a buena distancia para intervenir en caso de necesidad, pero no se veían. En el territorio de "Judaea" sólo había auxiliares, griegos, sirios o samaritanos, pues los judíos estaban exentos de todo servicio militar [46]. Esas formaciones no superaban cinco "cohortes" de infantería y un "ala" de caballería, cada una de cinco a seiscientos hombres. Cuando los disturbios se agravaron, entre 44 y 46, una cohorte estaba de guarnición en Jerusalén, pero no es seguro que estuviera en tiempo de Jesús.

La orden formal dada a los procuradores era hacer todo lo posible para contemplar las susceptibilidades de los judíos, sobre todo en materia religiosa. Es cierto que ese principio sufrió excepciones, pero fueron relativamente raras. El ejemplo del respeto llegaba de arriba. La familia imperial enviaba a menudo ricos presentes

[46] Véase más adelante pág. 179.

al Templo: Filón asegura que Augusto había ordenado que diariamente se ofreciera un sacrificio de un buey y dos corderos "para César y el pueblo romano" [47]. Las tropas que entraban en Jerusalén tenían orden de ocultar las insignias que llevaban la efigie del Emperador. Las monedas acuñadas en Judea —solamente de bronce, como ya veremos [48]— tampoco llevaban su retrato, sino sólo su nombre y algún símbolo tomado del judaísmo. Claro está que, como todos los judíos del imperio, los de Palestina estaban dispensados del culto al Emperador, que en todas partes era rigurosamente obligatorio; cuando Calígula, que tanto quería ser dios, intentó hacerse adorar en Jerusalén, el legado de Siria y Agripa I estuvieron de acuerdo para eludir la orden del joven loco.

Esas atenciones tenían, evidentemente, su contraparte. No parece que las tropas romanas, bien disciplinadas, se portaran generalmente mal en Palestina, que a menudo emplearan violencias y se dedicaran a la rapiña: las alusiones de Filón no parecen muy fundadas. Es probable que la soldadesca se desmandara cuando estallaba una rebelión y había que restablecer el orden, pero eso era la excepción. En cambio, lo que contribuía a irritar a los judíos eran los impuestos. No porque fuesen más pesados que en las demás provincias sometidas al tributo imperial: directos o indirectos eran casi los mismos en todas partes y también en todas partes muy mal percibidos, por intermedio de "arrendatarios" —los famosos "publicanos" del Evangelio— que hacían fortuna a costa de los contribuyentes. Pero a los judíos les indignaba que todo ese dinero fuera para el *fiscus;* y sobre todo esos impuestos civiles eran ampliamente duplicados por los impuestos religiosos pagados al Templo y a los sacerdotes, lo que formaba un total agobiador [49].

Otra causa de irritación estaba, seguramente, en las medidas minuciosas que la administración romana tomaba para dejar bien establecida su autoridad y asentar los impuestos. Una es célebre: *el empadronamiento*, de que habla San Lucas al principio de su Evangelio, mostrándonos a los padres de Jesús yendo a Belén para empadronarse [50]. Es absolutamente cierto que la administración romana acudió muchas veces a esa útil medida administrativa. El célebre monumento de Augusto encontrado en Ankara indica que

[47] Filón: *Legat. ad Gaiüm,* XXIII, 40.
[48] Véase más adelante, pág. 218.
[49] Véase el parágrafo sobre el Templo y los sacerdotes más adelante, págs. 401 y 420.
[50] Lc., II, 1.

el primer emperador hizo proceder a tres censos: uno en 726 de la era romana (28 antes de Jesucristo), el segundo en 8 después de Cristo y el último en 14. Hay pruebas de que los galos fueron efectivamente empadronados en 28 antes de Jesucristo. La inscripción en el lugar de origen de la familia era de tradición en todo Oriente: en 104 de nuestra era un prefecto de Egipto ordenó a todos sus administrados que retornaran a su "nomo" de origen para que los empadronaran [51]. Cae de su peso que había de causar molestias. Por eso los judíos veían en esa medida una señal de sujeción infinitamente desagradable. ¡Los contaban como animales en la feria! "Somos linaje de Abraham y de nadie hemos sido jamás siervos." "¡Menos del pecado!", les contesta Jesús [52].

En resumidas cuentas, eso era lo intolerable para ellos: no ser ya dueños de su destino, hallarse sometidos a dominadores extranjeros. Ninguna nación altiva soportó fácilmente la servidumbre: *a fortiori*, ¡cuánto debía de sufrir ese pueblo que tenía el legítimo orgullo de haber traído al mundo la verdad espiritual, de ser el aliado de Dios! Hacía más de cinco siglos que había dejado de ser libre, pero nunca se resignó a ello. El espectáculo de la inmensa ola de liberación nacional, que en nuestros días levanta a los pueblos ayer colonizados, ayuda a comprender la psicología judía y su hostilidad a toda dominación extranjera. Pero, en Israel, esa hostilidad no tenía sólo causas patrióticas: sus raíces eran religiosas. El romano no era sólo el ocupante, sino el impío, el pagano vomitado, el despreciable. Toda fusión entre su raza y la de Israel era inadmisible; fusión entre ocupantes y ocupados que en otras partes, en Galia por ejemplo, había de ser tan fecunda. Sólo ver a un caballero romano con capa roja y coraza era para un judío un insulto a sus profundas fidelidades.

¡Extraña y delicada situación! ¡Para ser estrictamente fiel a los preceptos de los rabíes, sobre ese punto aún más rigurosos que Moisés [53], un administrado judío jamás debía haber tenido relación alguna con quienes administraban su país! Todo romano, puesto que era pagano, estaba tachado de impureza legal. Por eso, en el relato del proceso de Jesús, vemos a Pilato obligado a salir del pretorio para hablar a los judíos, pues éstos "se negaban a

[51] Véase sobre los censos el artículo del padre Lagrange en la *Revue Biblique*, 1911, pág. 67 y sigts. Sobre el de Egipto, *Oxyrinchus papyri* de Grenfell & Hunt, II, 207.
[52] Jn., VIII, 33.
[53] Tratado del Talmud *Ohaloth*, XVIII, 7.

entrar para no contaminarse" [54] y, en los Hechos de los Apóstoles, San Pedro subraya que al penetrar en casa del centurión Cornelio, comete un acto "ilícito" casi revolucionario [55]. Tácito, al acusar a los judíos de tener "odio a todos los demás hombres", se equivoca, pero no al calificarlos de "separados" [56]. ¡Hemos de confesar que esa actitud no había de hacer cómoda la tarea de la administración romana! En cambio, era fácil la de los agitadores, los irreductibles. En los *Libros sibilinos*, esos apócrifos interpolados por los judíos de Alejandría en los supuestos oráculos que los paganos atribuían a las sibilas, profetisas divinas, puede leerse lo que Israel pensaba de los romanos: pederastas, incestuosos, asesinos, parricidas, eran las menores de sus galanterías. Y sin cesar repetían el leitmotivo, cargado de esperanza: la dominación de esos malditos sólo duraría un tiempo; "la virgen cubierta de oro, ebria de desvergonzadas nupcias, sería cubierta de infamias"; pronto "las Vestales dejarán de encender el fuego" [57].

Sin embargo, no todos los judíos compartían esos sentimientos violentos. Los más razonables se daban cuenta de que la presencia de los romanos en Palestina tenía grandes ventajas, evitaba los disturbios, impedía las invasiones extranjeras. La gente de orden estaba con ellos. Por eso puede leerse en dos de las epístolas de San Pablo: "Todos habéis de estar sometidos a las autoridades" y hasta invitaciones a rogar "por los emperadores y por todos los constituidos en dignidad" [58]. Hasta se tiene a menudo la impresión de que San Pablo ve en el Imperio una realidad histórica querida por la Providencia, que entra en el plan divino, cuyos beneficios conviene utilizar, la *Pax romana*, los caminos, los barcos, aun la policía para el mayor provecho de la causa. Poco numerosos eran sin duda los que se elevaban a esas visiones de porvenir geniales; eran muchos más los que aceptaban a Roma por prudencia o por resignación.

También aquí volvemos a encontrar el hecho religioso, inseparable de toda actividad en Israel. Tomar una actitud política, era también adoptar una posición religiosa, situarse muy precisamente en relación con la doctrina y con la práctica. Los que interpre-

[54] Jn., XVIII, 28.
[55] Act., X, 28.
[56] *Hist.*, V, 5.
[57] Cf. *La Bible Apocryphe* del padre J. Bonsirven, ya citada; por ejemplo, págs. 193 y 200.
[58] Rom., XIII, 1, 5; I Tim., II, 1, 4.

taban la Ley del modo más exigente se colocaban casi automáticamente entre los nacionalistas, los "resistentes" a la ocupación pagana; en cambio, los más amplios en materia religiosa, eran también más flexibles frente a los romanos [59]. Por eso puede considerarse que las sectas religiosas [60] en que se dividían los judíos correspondían, *grosso modo*, a lo que llamamos partidos políticos. Los saduceos, que se reclutaban en las viejas familias aristocráticas, los ricos, los sacerdotes y los funcionarios del Templo, favorables por principio al orden establecido, pasaron, desde la época helenística, por resignados a la ocupación, por lo cual sus adversarios los consideraban como traidores y semiinfieles, aunque hubiesen podido decir que su actitud tenía sólidas bases religiosas en la idea del universalismo judío [61]. Los fariseos, que se jactaban de ser los más piadosos, los más practicantes, los más conocedores en materia religiosa, los más estrictos intérpretes de la tradición, se daban por herederos directos de los macabeos, por depositarios del nacionalismo heroico. De modo que en política resistían ferozmente a los romanos.

De sus filas salió, poco antes del nacimiento de Jesús, un partido extremista, al que llamaban zelotas, lo que sin duda quiere decir "celosos" [62]. Religiosamente no se distinguían de los fariseos y no constituían en modo alguno una "cuarta tendencia", como lo asegura Flavio Josefo [63]: era, si se quiere, el ala caminante del fariseísmo. "No admitiendo sino a Dios por señor, estaban dispuestos a sufrir los más terribles suplicios antes que reconocer la autoridad de un hombre." Su movimiento había tomado amplitud cuando, en

[59] Se observa un hecho análogo en el catolicismo de nuestros días: los *integristas*, aquellos que se proclaman los más estrictos sobre la doctrina, son generalmente "de derecha"; en cambio los *progresistas*, los católicos "de izquierda" son ordinariamente más liberales en materia de exégesis.

[60] Serán estudiados en la última parte de la presente obra; véase pág. 430.

[61] Mc., XII, 13, habla también de *Herodianos;* este debía de ser un clan saduceo particularmente ligado a la dinastía idumea.

[62] Uno de los discípulos de Cristo pertenecía a ese partido, Simón el Zelota (Lc., VI, 15; Act., I, 13); Mateo (X, 4) y Marcos (III, 18) lo llaman "el Cananeo" por confusión con la palabra aramea *qanana* que significaba "Celoso". Se ha preguntado a veces si Judas no lo habría sido también, ya que el Iscariote puede significar "el *maquisard*" (el guerrillero).

[63] *Antigüedades judías*, XVIII, 9, Flavio Josefo cita a los esenios como representantes de una de las cuatro doctrinas entre las que repartió a sus compatriotas. Pero ellos permanecían únicamente en el plano religioso (cf. más adelante, pág. 441). En lo que concierne a los zelotas, se contradice por otra parte (XXIII) asegurando "que concuerdan en todo con las opiniones de los fariseos".

6 de nuestra era, Judas de Gamala, llamado el galileo, y un fariseo llamado Saduc, arrastraron a los fieles contra los romanos, con motivo de un empadronamiento [64]; la rebelión fue aplastada, pero los zelotas, como todos los extremistas, tenían la simpatía del populacho. Al no poder recomenzar las sublevaciones en masa, acudieron al terrorismo individual. Armados con un puñal corto, que los latinos llamaban *sica*, herían, más que a los ocupantes, a aquellos que consideraban infieles o traidores. San Pablo escapó a sus golpes por un pelo [65]. Esos *sicarios* serán quienes, exasperando las pasiones, suscitarán entre el pueblo judío esos movimientos de rebelión repetidos sin cesar, y tan vanos, que desembocaron en la catástrofe del año 70.

Pues con una catástrofe terminó la ocupación romana en Palestina —y lo que puede llamarse, *grosso modo*, el tiempo de Jesús. Los signos precursores eran ya perceptibles en los días de Cristo, y aún más en los últimos años del gobierno de Poncio Pilato. Después de él puede decirse que la historia de Palestina no es más que una sucesión de agitaciones duramente reprimidas, pero que renacían sin cesar. Todos los procuradores tuvieron que hacerles frente. Bajo Tiberio Alejandro fueron crucificados veinte mil zelotas de Judea; bajo Félix, un falso mesías llegado de Egipto amotina en el monte de los Olivos a treinta mil fanáticos, que el ejército diezmó [66]. Por todas partes surgieron falsos mesías. Como los trabajos del Templo estaban terminados, quedaron sin ocupación diez mil obreros, y la miseria era horrorosa. Al llamado de agitadores que anuncian al vengador de Israel, la revuelta estalla espontáneamente. El último procurador no sabe adónde acudir: hoy son los judíos de los alrededores de Cesárea, mañana los de Jerusalén... Y así llegará el año 66 en que la insurrección alcanzará a toda Palestina, mientras que, como represalias, en todo el Imperio, matarán judíos a decenas de miles. Roma tendrá que echar mano a los grandes medios. Y será, según lo predijo Jesús en su terrible apocalipsis del Martes Santo [67], el fin de la Ciudad Santa, el ejército de Tito sitiándola cien días, el horror sin nombre de la hambruna y el de una matanza tal que la historia conoce muy pocas semejantes. Con esta visión de espanto terminarán a la

[64] Flavio Josefo: *Guerra de los Judíos*, II, 118.

[65] Act., XXIII, 14 y sigts.

[66] San Pablo fue confundido con ese egipcio (Act., XXI, 38).

[67] Mt., XXIV; Mc., XIII; Lc., XXI.

vez el período romano de la historia judía y, para siempre, la Comunidad, el Estado de Israel. Una columna de humo se levantará del Templo incendiado, un grito desesperado se alzará de las ruinas. ["Castigada a causa de la obra de sus manos"], ¿por cuánto tiempo no será más que un cementerio —o todavía peor, Aelia Capitolina, una ciudad pagana—, la ciudad que había ["regocijado a generaciones sin número"], como decía el anciano Tobías, y cuyo nombre "duraría en las edades por venir?" [68]

[68] Tob., XIII, 11 y 13.

CAPÍTULO IV

JERUSALÉN

I. La ciudad de la alegría de Dios

Jerusalén... No es posible trazar el cuadro de la vida judía sin detenerse en esta ciudad única, a la cual el destino de Israel estaba, desde hacía mil años, indisolublemente unido. Capital del país, reina indiscutida de Tierra Santa, plaza en que latía el corazón del Pueblo de la Promesa, era mucho más aún de lo que París significa para los franceses, o Londres para las naciones del Commonwealth. Cuantos ecos oye resonar un católico al pronunciar el nombre de Roma, cuantos sentimientos poderosos descubre, todo judío lo experimentaba cuando, tantas veces repetidas en su plegaria diaria, hacía retumbar las sílabas de la palabra inefable, "sonoras como el estrépito de la trompeta, pero también dulces como el canto de los caramillos".

Jerusalén... Los peregrinos que se dirigían hacia sus atrios sagrados cantaban su gloria, en estos *Salmos de las Subidas* que repetían a coro, a lo largo de los caminos. "Alegréme de lo que me decía: «Vamos todas a la casa de Yavé». Ya están nuestros pies en tus puertas, ¡oh, Jerusalén! ¡Jerusalén, edificada como ciudad bien unida y compacta! Adonde suben las tribus de Yavé"[1]. Ir allá, hacer una visita al menos una vez en su vida, era para todos los judíos esparcidos por los cuatro rincones del mundo el sueño más querido: "El año próximo a Jerusalén." La célebre fórmula retumbaba de lo más alejado de las edades. Aun aquellos que no realizarían ese sueño pensaban en la Ciudad Santa como en un lugar de felicidad y de gloria, donde todo era hermoso, rico, ro-

[1] Sal., CXXII.

deado de sobrenatural esplendor. Así, "a orillas de los ríos, en Babilonia", en los tiempos negros del Exilio, los deportados que lloraban recordando a Sión, hicieron resonar este himno cuyas palabras no han dejado de emocionar a las almas: "Si yo me olvidare de ti, Jerusalén, sea echada en olvido mi diestra. Péguese mi lengua al paladar si yo no me acordase de ti, si no pusiera a Jerusalén por encima de toda alegría [2]."

Porque, en verdad, Jerusalén, para los judíos, era mucho más que una ciudad de la tierra, una ciudad entre todas las demás. Formaba parte integrante de la economía de la salvación; era inseparable de la revelación. El profeta Isaías lo había dicho: Dios mismo había anunciado: "Y será Jerusalén mi alegría, y mi pueblo mi gozo [3]." También fue Dios quien la llamó por su nombre, ordenando que fuese habitada [4]. Había elegido esa ciudad para que lo adoraran [5]. El único verdadero Dios, dijo Esdras, era aquel cuyo culto se celebraba en Jerusalén [6]. La Ciudad Santa iba asociada a todos los acontecimientos de la historia santa, y también lo será al fin de los tiempos, cuando el pueblo vea cumplirse para él las Promesas. Entonces Jerusalén "con zafiros y esmeraldas será reedificada; con piedras preciosas sus muros y con oro puro sus [torreones] y sus almenas. Y las plazas de Jerusalén serán pavimentadas de berilo y rubí y piedra de Ofir, y todas sus calles dirán: ¡Aleluya, bendito sea Dios, que te ensalzó, por todos los siglos!" [7]

II. Situación y sitio

Instalada en el corazón de las altas tierras de Judea, que son el baluarte físico y moral de Palestina, Jerusalén ocupa una situación que la geografía explica y que, en amplia medida, fue el origen de su grandioso destino. Si toda la región es una zona de contacto entre sedentarios de la llanura y nómadas de las estepas, el pequeño cantón en que se formó la ciudad es particularmente designado como lugar de paso. La senda más meridional que pueda cruzar el Gor, antes que el mar Muerto se oponga, lleva a sus

[2] Sal., CXXXVII.
[3] Is., LXV, 19.
[4] Is., XLIV, 26.
[5] II Par., VI, 6.
[6] I Esd., I, 3.
[7] Tob., XIII, 17, 18.

puertas: la que, siguiendo la espina dorsal del país, se le junta, llegando de Galilea y de Samaria. Hacia Gaza, hacia Jafa, como hacia Jericó o hacia Siquem, los caminos forman una estrella de la que es el corazón. Doce horas de marcha bastan para ir al Mediterráneo, seis para alcanzar el Jordán. Se comprende su papel de capital, de fortaleza y de mercado.

En ese punto, la arista central de los montes palestinos desemboca en una plataforma de unos ochocientos metros de altitud, que la erosión furiosa de los torrentes ha cortado, dividiéndola en dos promontorios dirigidos del norte al sudeste, separados por la modesta depresión que llamaban "el Valle de los queseros" o el *Tiropeón*. En la parte meridional de esos dos promontorios se elevó Jerusalén, como una ciudadela protegida por los profundos barrancos del Hinón al oeste, del Cedrón, al este, dos riachos de aguas intermitentes, a menudo secos, pero cuyas crecidas son violentas y entonces merecen, cuando las grandes lluvias de invierno los hacen correr en ondas furiosas, el nombre de "torrente turbio" que tiene uno de ellos [8]. El promontorio occidental, el más alto, 787 metros, está formado por el Gareb y por lo que los cristianos han llamado el "barrio de Sión" que no es el Sión hebraico: es la ciudad alta, donde los ricos tenían sus palacios. El promontorio del este, más estrecho, se divide en tres mesetas, de las cuales la más alta es la Moria, 750 metros, en la que se alzaba, cubriéndola toda, el Templo; las otras dos estaban más abajo: la Bezeta, al norte, 735 metros, y la Ofel al sur, 650 metros. En la Ofel es donde la exégesis y la arqueología colocan la primitiva Jerusalén, la Sión de David, y muy exactamente al lado de esa "Fuente de la Virgen", *Ain sitty Maryam,* o Gihón, cuyas aguas, captadas por el rey Ezequías en el siglo VII antes de Jesucristo, fueron llevadas por un túnel de 600 metros a la piscina de Siloé, para servir de reserva en caso de sitio [9]. Más allá del barranco del Cedrón se levanta una larga colina, cuyo nombre habla al corazón de todos los cristianos, el monte de los Olivos, de donde Cristo, resucitado, desapareció de las miradas de sus discípulos [10]. Su prolongación, al sur, se llama monte del Escándalo, porque ahí fue donde Salomón, el ungido del Señor, dejó que construyeran un altar a los ídolos de sus esposas paganas [11]. En su extre-

[8] Cedrón significa "torrente turbio" (cf. Strack-Billerbeck, II, pág. 567).
[9] II Par., XXXII, 30.
[10] Lc., XXIV, 50; Act., I, 9.
[11] I Rey., XI, 4 y sigts.

midad los tres valles jerosolimitanos se reúnen para formar el ued En Nar, cuyo barranco baja hacia el mar Muerto.

Ahí está situada Jerusalén, así estaba en el tiempo de Jesús, dando curiosamente a la vez, cuando uno se le acerca por el camino, una impresión de fortaleza, de "ciudad de la altura", según la imagen sin cesar repetida por la Escritura, y cuando se la ve de lejos, o se vuela sobre ella, la del centro de una cuenca, de una ciudad rodeada de colinas. Una sola brecha, la del ued En Nar, la pone en comunicación con el desierto, con Asia, dando paso al penoso *jamsín.* Al menos su altitud le vale, después de días de cielo plomizo, crepúsculos de color de durazno y noches de exquisita frescura. Y también le valen las fuertes lluvias de oeste, tan esperadas, que llegan traídas por escuadrones de nubes, y a veces hasta la nieve, pues el invierno no es palabra vana en Jerusalén.

III. Mil años de historia

El lugar en que está Jerusalén ha sido ocupado por hombres desde tiempos remotos. Si hemos de creer al Salmista, la Ciudad Santa debió llamarse primero Salem, puesto que dice: "Dios tiene en Salem su tabernáculo, su morada en Sión".[12] En todo caso, es el nombre que le da el Génesis [13], en el curso del misterioso episodio en que Melquisedec, "rey de Salem y sacerdote del Altísimo", lleva a Abraham pan y vino, y lo bendice. Aun antes del Patriarca parece que conocieron al verdadero Dios... Los rabíes explicaban así el cambio de su nombre [14]: mucho antes que naciera Abraham, Sem, el hijo de Noé, ya había llamado Salem a dicha ciudad, quizá porque esa palabra significaba "Paz". Pero el Patriarca quiso llamarla Jeru o Jire; y Yavé, para no desagradar ni a uno ni a otro, dijo: "Le daré, pues, los dos nombres."

La arqueología nos informa mejor que esa tradición simplista [15]. En el tercer milenio ya existía en ese lugar una población que vivía en las grutas, en las cercanías de la fuente "de María". En el umbral del segundo milenio la aglomeración era un "oppidum", análogo a los que los ligures levantaban en Occidente; se han encontrado fosos de defensa y un santuario primitivo, con una roca taladrada de cúpulas, En el siglo XV era una ciudad poderosa, rodeada por una muralla enorme, defendida por torres; un túnel, el *sinnor* —anterior, pues, de cerca de mil años al subterráneo-canal que mandó cavar el rey Ezequías—, permitía llegar a la fuente. Esa ciudad fuerte era conocida hasta en Mesopotamia, donde unos documentos la designan con el nombre Urusalim —lo que puede compararse, curiosamente, con el nombre Ur, la ciudad de Caldea de donde Abraham partió para su migración inspirada [16]. El pueblo que entonces lo habitaba formaba parte de los cananeos con quienes las partidas israelitas traídas de Egipto por Moisés, lanzadas al asalto de la Tierra prometida, tuvieron que empeñar tantas recias batallas. Eran expertos en materia de fortificación; doquier se han encontrado sus huellas, en Jericó, por ejemplo, su técnica provoca la admiración de los especialistas. Por eso los invasores israelitas necesitaron dos siglos, o casi, para vencer su resistencia, a pesar de la protección de Yavé y sus milagros. Urusalim fue una de las últimas plazas en resistir sus asaltos. Los cananeos "jebusianos" que la ocupaban estaban tan seguros de la solidez de sus murallas, que entre ellos corría un dicho: "Para defender a la ciudad bastarían ciegos y cojos [17]."

Fue el rey David quien, alrededor del año 1000, tuvo la gloria de apoderarse de la inexpugnable ciudad. Conduciendo personalmente el asedio, primero apuntó al reducto de Sión, levantado en el Ofel, que hacia el sur cubría a la ciudad, edificada en la Moria. Al que primero entrara le prometió que lo nombraría jefe de su ejército: fue Joab quien llevó a cabo la hazaña. Se deslizó por el canal subterráneo que llevaba el agua a la ciudad y sorprendió a la guarnición. Abandonando Hebrón, la antigua capital de Israel, demasiado excéntrica, el rey instaló en seguida su capital en la ciudad que acababa de tomar. La "Ciudad de David" se levantó en el cerro de Sión; bajo la dirección de arquitectos fenicios surgió del suelo un primer palacio real. ¡Qué esplendor! Pero todo eso fue Dios quien lo quiso, fue su poderío el que dio la victoria a su pueblo, según su promesa. David no lo olvidaba: lo decía en el más ferviente de sus Salmos [18], y, para demostrar su reconocimiento, mandó traer a Jerusalén el Arca de la Alianza, el taber-

[12] Sal., LXXVI, 3.
[13] Gén., XIV, 18.
[14] *Beresch, Rabbi,* IX.
[15] Véanse los libros de arqueología bíblica citados en las notas bibliográficas y el excelente capítulo de Lemaire y Vincent en la *Initiation biblique.*

[16] Gén., XI y XII.
[17] Véase sobre el asedio y sus episodios II Sam., V; I Rey., 1; I Par., XI.
[18] II Sam., XXII.

náculo portátil de los errantes del desierto, el cofre sagrado de las Tablas de la Ley, para el cual instalaron, en la Moria, un tabernáculo, el primer Templo. Gran idea política: la capital real se convertía en metrópoli religiosa. Y pudo verse, el día de esa gloriosa entrada, al propio rey David "bailar dando vueltas con todas sus fuerzas, luciendo un taparrabo de lino".

En el tiempo de Cristo hacía, pues, diez siglos que Jerusalén era el centro sagrado del Pueblo de Dios. Los textos santos anotaban cuidadosamente los sucesivos crecimientos operados. Cómo el ilustre Salomón, hijo de David, unió la ciudad de su padre, por un terraplén, a la Moria [19]; cómo protegió a su capital mediante una muralla, construida sobre la colina occidental [20], la "primera muralla", aquella en cuyo frente septentrional estaban la puerta de Efraín y la Torre de Ángulo [21]; sobre todo cómo —y en esto el inspirado redactor era inagotable en detalles— emprendió, con la ayuda de su amigo fenicio el rey Hiram de Tiro, movilizando una mano de obra de 153.000 hombres, la construcción del Templo, el más grande, el más hermoso, el más fastuosamente decorado que hubo jamás [22].

Desde entonces no dejó de crecer la ciudad del Altísimo. Más allá de la muralla se formaron barrios, una ciudad nueva, comercial, de la que habla sin indulgencia el profeta Sofonías [23], y, en el siglo VIII, bajo los reyes Ozías y Ezequías, edificaron una segunda muralla, de la cual es recuerdo la puerta de los Pescados.

Fue entonces cuando cavaron un canal subterráneo, pues el "Sinnor" ya no servía, para conducir el agua a la piscina de Siloé, y también entonces reforzaron las fortificaciones de la Ofel con una gran torre redonda cuyas bases han encontrado los arqueólogos; entonces, en fin, instalaron al pie de las murallas hipogeos reales. Todo eso constituía un hermoso conjunto: el libro de Nehemías da una idea exacta de ello, refiriendo cómo, después del drama, hubo que reconstruir todo [24].

Pues la Ciudad de Dios había conocido un drama, cuyo recuerdo, transcurridos cinco siglos, aún permanecía doloroso en todas las memorias. ¿Yavé había, pues, olvidado la Alianza y traicionado su promesa? No; él no, sino su pueblo. En los tiempos de los últimos reyes de Judá, en la misma Jerusalén se cometieron abominaciones. En vano los profetas denunciaron esas vergüenzas [25]. Hasta en el Templo del Único se habían levantado altares a los falsos dioses. En todos los atrios se practicaba abundantemente la prostitución, que los babilonios llamaban sagrada; y hasta se había visto al rey, al ungido del Señor, Manasés, en honor del Baal Moloch de Fenicia, "quemar por el fuego a varones y doncellas", en aquella hondonada que desde entonces se llamó el valle de la Carnicería [26]. Así, pues, en virtud de un castigo en el año 586, los caldeos de Nabucodonosor sitiaron la ciudad, y después de un asedio atroz, diezmados por el hambre y la peste los defensores debieron ceder. "Las mujeres y las vírgenes fueron deshonradas, los jefes colgados, los ancianos insultados [27]." La ciudad entera ardió, incluidos los palacios y el Templo. Y con esta visión de horror los israelitas, llevados en deportación a Babilonia, abandonaron su santa ciudad [28].

Por eso, después del Exilio, cuando en 538 el bondadoso Ciro, el Rey de los Reyes persa, les permitió que volvieran a sus lugares, "el resto salvado" del Pueblo elegido halló que lo más urgente, lo más sagrado, era reconstruir Jerusalén. Y fue una admirable aventura, de fidelidad y de energía, que el libro de Nehemías debió transmitir a las generaciones de lo porvenir [29]. En el lugar exacto de la ciudad de los padres rehicieron, pues, una ciudad nueva —mientras Esdras restauraba la Ciudad del Espíritu, la Ley del Señor—. Las murallas arruinadas desde hacía medio siglo fueron levantadas. Todo el pueblo fue requisado. Protegidos por centinelas, "con la espada en una mano, trabajando con la otra", miles de hombres, en cuarenta y dos días, llevaron a cabo aquella tarea santa. En el umbral del siglo V, Jerusalén era, pues, de nuevo, una bella y noble ciudad, una capital ciertamente más modesta que la de Salomón, pero no obstante digna de Yavé.

Desde entonces no dejó de agrandarse. La dominación de los príncipes grecosirios, los seleucidas, le valió una gran prosperidad. Su papel de mercado, de centro de caravanas, se desarrolló.

[19] I Rey., IX, 15.
[20] I Rey., III, 1.
[21] II Rey., XIV, 13.
[22] II Par., II a IX.
[23] Sof., I, 10.
[24] Neh., III, 16.

[25] Remitimos a nuestra *Histoire sainte*, capítulo "Le Royaume divisé contre soi-même".
[26] Jer., VII, 3.
[27] Lamentaciones de Jeremías, V.
[28] II Rey., XXV.
[29] Neh., II y sigts.

Todos los productos del mundo helenístico y los de Oriente afluían a ella. Barrios nuevos se formaron, principalmente en la meseta del Bezeta, al norte del Templo, que más tarde, mucho después de la muerte de Jesús, Herodes Agripa I encerrará en una tercera muralla. Todo no ocurrió afortunadamente, sin duda. Antíoco IV, el extravagante Epifanes —al que apodaron Epimanes, es decir, "el tocado"—, emprendió la tarea de derribar las murallas de Nehemías y construir, sin duda en un espolón adelantado de la colina occidental, el Akra, una fortaleza destinada a vigilar la ciudad [30], mientras comenzaba la persecución que había de suscitar el impulso liberador de la revuelta de los macabeos. Vencedores, éstos se apresuraron a destruir el Akra y a restaurar las murallas, y hasta hicieron una nueva para proteger mejor la ciudadela del lado de la villa [31].

Las últimas características de Jerusalén fueron agregadas por Herodes. Gran constructor, éste emprendió, en cuanto llegó a rey, la tarea de proteger a la Ciudad alta con una poderosa ciudadela-palacio, coronada por tres torres enormes, y estribar el Templo con la maciza fortaleza Antonia. Sobre todo resolvió, a pesar de cierta desconfianza del clan fariseo y de los sacerdotes, reconstruir el Templo, doblando la superficie de la Moria con enormes muros de sostén y terraplén, poniendo unos diez mil, y luego dieciocho mil trabajadores en la obra, dando al edificio todo cuanto fausto podía tener el esplendor del arte helenístico. Los imponentes restos que subsisten en la base de la actual "torre de David", fragmento del palacio real, y en los cimientos de la explanada del Templo —donde los judíos vienen a vocear sus lamentaciones— dan una soberbia idea de esas arquitecturas herodianas. Se edificaron numerosos palacios en la Ciudad alta. Se hicieron plazas, se abrieron calles. El Tiropeón fue recubierto en su parte media. La Bezeta, el Gareb, el monte de los Olivos y el del Escándalo se cubrieron entonces con barrios nuevos. Tal era la Jerusalén que Jesús conoció [32].

[30] Véase el principio del 1er. Libro de los Macabeos.
[31] I Mac., XII, 36.
[32] Estando la Biblia, como se sabe, muda sobre la época que sigue a la guerra de los Macabeos, es a Flavio Josefo a quien se recurre para conocer esta historia (*Antigüedades judías*, XV, y *Guerras de los judíos*, V).

IV. ¿"BICOCA" O METRÓPOLI?

Propiamente hablando, ¿era una gran ciudad? Es sumamente difícil tener una idea exacta de cuál era su población. Los romanos no nos han comunicado los resultados de sus empadronamientos en Palestina, y aun si los tuviésemos estarían sujetos a caución. Los judíos, como todos los orientales, desconfían de esos censos, y seguramente muchos habían de eludirlos. Hasta una época reciente las cifras de la población de las ciudades orientales fueron vagas: a principios del siglo XX, una guía daba, para la población de El Cairo, 200.000 y otra 400.000.

De Jerusalén, Cicerón dice con desdén "una bicoca" [33], pero el libro de Baruc la califica de "ciudad muy poblada", y Flavio Josefo, en su *Contra Apión* [34], cita una frase de Hecateo de Abdara en la que el geógrafo griego asegura que en la época de Alejandro, contaba con 120.000 almas. Como no dejó de extenderse en la época helenística y luego romana, pudiera pensarse que en el tiempo de Cristo tenía 150.000. Esto parece un máximo. En el interior del recinto de la "Segunda muralla", en 1875, se contaban justo 15.000 habitantes; teniendo en cuenta la extensión que la Ciudad tenía en tiempo de Herodes y los procuradores, debería multiplicarse esa cifra por cuatro, lo que daría 60.000. Es poco más o menos lo que admite Renan: 50.000. Se llega, pues, a la conclusión de que la verdad se coloca entre 50.000 y 150.000, es decir, alrededor de los 100.000. Pero todo ese cálculo sigue siendo conjetura: ¡hay que tener en cuenta, principalmente, la asombrosa facilidad con que los orientales se amontonan!

En todo caso, semejante cifra aseguraba a Jerusalén, en la lista de las ciudades del Imperio, un lugar honorable pero no de primera fila. Nada tiene de comparable con las grandes metrópolis de aquel tiempo, Roma y Alejandría. Augusto declara en sus *Res Gestae*, que, en su décimosegundo consulado, es decir, en 5 antes de Jesucristo, dio 60 denarios a cada uno de los 320.000 ciudadanos de su capital; puede concluirse, pues, teniendo en cuenta las mujeres, los niños y numerosos esclavos, que Roma superaba el millón de almas [35]; y es exactamente la cifra que debe admitirse

[33] *Ad Atticum*, II, 9.
[34] Bar., IV, 34 y Josefo, *Contra Apión*, I, 72.
[35] J. Carcopino: *La Vie quotidienne à Rome*, pág. 33.

para Alejandría, según la indicación de Diodoro de Sicilia [36], de que a mediados del siglo I antes de Cristo la gran ciudad egipcia tenía 300.000 hombres libres. Jerusalén no era siquiera la aglomeración israelita mayor del mundo, puesto que, ya lo hemos visto [37], las colonias judías de Alejandría y de Roma la superaban con mucho, pues la primera tenía una población doble o triple.

La situación paradójica de Tierra Santa y de su pueblo, tan pequeños según los cómputos habituales, tan grandes en cuanto al papel histórico, al prestigio y a la influencia, se reproducía para la capital de ese país, de esa nación. No "bicoca" ciertamente, sino ciudad modesta, como había muchas en Europa, y al mismo tiempo metrópoli del espíritu, Jerusalén era todo eso a un tiempo.

V. "La más bella, la perfecta"

Sin embargo, tal cual era, los judíos la admiraban. "La más bella, la perfecta, delicia de toda la tierra", dijo el profeta Jeremías [38], y un aforismo de los rabíes aseguraba: "El que no ha visto Jerusalén jamás vio una hermosa ciudad [39]."

Considerada en conjunto, a cierta distancia, Jerusalén tenía ciertamente gran porte. Los que hoy la visitan lo testifican. Hasta estos últimos tiempos, en que construcciones modernas la han estropeado bastante, seguía teniendo, *grosso modo*, un aspecto muy próximo del que podía tener, hace veinte siglos, las murallas de los cruzados recordando sin duda la de Herodes, y la mezquita de Omar desempeñando, en escala más modesta, en la composición del paisaje, el papel que representaba el Templo. Cuando los peregrinos de los países del Norte, llegados a la cima del Monte Escopus, se detenían para contemplar la ciudad, la veían, "semejante a un ciervo acostado en las colinas" roja y amarillenta —así era el color de la caliza tostada al sol—, sembrada de manchas blancas, que eran los mármoles de los palacios. Sus barrios ondulaban suavemente, de la ciudad alta hacia la depresión media, para subir luego hasta las muros del santuario.

Pero la vista prodigiosa entre todas, la perspectiva incomparable,

36 Diodoro, XVII, 52.
37 Más arriba, pág. 56.
38 Lam., II, 15.
39 Talmud de Babilonia, *Soukah*, LI, 6.

era la que se tenía llegando del este, por Betania, cuando se hacía un alto en la cima del monte de los Olivos, donde Jesús miró a Jerusalén y lloró por ella. La impresión era sobrecogedora: todavía lo es... Era a la vez la de una fortaleza, de una plaza inexpugnable y de una enorme joya puesta sobre una bandeja de bronce. Más allá del barranco del Cedrón se alzaba una muralla, de ochenta metros de alto, con torres en la cima, una de las cuales, la del ángulo sudeste —el famoso "pináculo" adonde el demonio tentador llevó a Jesús [40]— no tenía menos de sesenta y cuatro metros. Colocado sobre esa base de bloques ciclópeos, se alzaba el Templo, deslumbrante, apuntando hacia el cielo azul sus agujas doradas, y flanqueado hacia el norte, por el cubo macizo de la Antonia. Hacia atrás, en la ciudad antigua, las casas se aglutinaban en un camafeo de ocre, tabicado por rayas de sombra. Hacia el oeste, en el fondo, los palacios de los asmoneos, de Herodes, de los sumos sacerdotes, mostraban azoteas blancas, pórticos de columnatas, y se veía la línea de las negruzcas murallas trepando a la cumbre del cerro del Gareb, dibujando grandes resaltos armados de torres.

Para llegar a la ciudad, salvo cuando se venía del norte, de Cesárea o de Samaria, había que atravesar uno u otro de los barrancos que la delimitaban. Eran lugares sin gracia, contrastando mucho con los barrios de jardines que, sobre todo al este, subían al asalto de las colinas con sus olivares y sus higueras. El valle del Cedrón era, en buena parte, un cementerio, el famoso cementerio de Josafat donde un judío piadoso soñaba que lo enterraran, porque el profeta Joel había dicho que allá tendría lugar la gran reunión de los hombres el día del Juicio Final [41]. En él se mostraban las tumbas de algunos grandes personajes de Israel, como Absalón; la tradición apócrifa hará que algunos apóstoles se oculten, la noche del Viernes Santo, entre los sepulcros. En cuanto al otro, el valle del Hinón, el *Ge Hinnom*, era la demasiado famosa *gehena*, de nombre siniestro. Desde que, indignado por haber visto exponer en ese lugar de infamia sacrificios humanos a Moloch, el santo rey Josías ordenó que de él hicieran el basurero de la Ciudad [42], se echaban los animales muertos y las inmundicias, que un fuego permanente se encargaba de destruir. Ese rincón ho-

40 Mt., IV, 5.
41 Jl., IV, 2, 12.
42 II Rey., XXIII, 10.

rroroso era la imagen del infierno, y su fuego, desde Isaías [43], el símbolo de las llamas eternas [44]. Nadie se aventuraba allí apenas anochecía.

Para entrar en la ciudad había que pasar por las famosas murallas. La rodeaban sin interrupción, en una circunferencia de cuatro kilómetros y medio. Partiendo del Templo, donde se confundía con los muros de sostén de los atrios, el recinto rodeaba el cerro de Sión, bajaba por encima del confluente del Hinón y del Cedrón, subía hacia los barrios altos hasta el palacio-fortaleza de Herodes, formaba un ángulo recto cuya cúspide estaba guardada por la torre Hippicus, parecía entrar en la ciudad por dos resaltos, de los cuales el segundo encuadraba el "monte del Cráneo", el *Gólgota,* donde se cumplían las ejecuciones capitales, y luego en línea recta se unía al Templo o más exactamente a las pesadas hileras de piedra de la Antonia. Esa muralla, construida por Herodes, parcialmente sobre los cimientos de la de Ezequiel, era, al pie de la letra, formidable. Mucho mejor hecha que la "tercera muralla" que Herodes Agripa I levantó apresuradamente en 44, y *a fortiori* que la "cuarta muralla" descubierta, muy al norte de la ciudad, en 1925, de la que se burlaron los legionarios de Tito. Construida con bloques enormes, los más pequeños de los cuales pesan una tonelada, unidos irregularmente, "llenos de salientes hábilmente colocadas y de huecos", dice Tácito [45], con troneras, reforzadas por torres distantes unas de otras doscientos codos —o sea, noventa metros, el alcance de un venablo—, pensaba ser a prueba de asedios, y, en realidad, los quince mil asaltantes del ejército romano necesitaron cien días para dominarlas.

Cada puerta estaba fortificada. La muralla se ensanchaba hasta el doble o el triple de su anchura normal; tenía un corredor abovedado, cerrado en sus dos extremos por pesadas puertas. Encima de la bóveda un cuerpo de guardia alojaba a los defensores. ¿Cuántas puertas había? Esas puertas, de las que el Libro Santo dice tan a menudo la fuerza y la gloria, ¿dónde se hallaban exactamente? Sin duda eran siete u ocho principales, sin contar las poternas. Al este, la puerta Dorada, hoy cerrada, llevaba directamente al Templo. Más al sur, la puerta de la Fuente daba también al Cedrón; la

[43] Is., LXVI, 24.
[44] El eco debilitado de esta palabra terrible subsiste en la bonita palabra francesa *gêne.*
[45] *Histoire,* V, 11.

puerta de Efraín y la de los Jardines o del Ángulo, estaban al oeste; al sur la puerta de la Alfarería daba a la Gehena, al norte la de Los Peces veía divergir en su umbral las rutas de Samaria, de la costa y de Jericó. En cuanto a la famosa "puerta de las Ovejas" con la cual se compara Jesús [46], era sin duda la que hoy se llama de San Esteban; por ahí pasaban los rebaños destinados a los sacrificios: estaba al norte de la puerta Dorada; Jesús debió entrar muchas veces por ella a la Ciudad, y salir de ella, durante la Semana Santa.

Franqueadas las puertas, en seguida se hallaban en el dédalo de calles estrechas, zigzagueando entre los bloques de casas, sin plan aparente, como en Venecia o como en la Casba de Argel. Muchas de ellas eran de escalones, que facilitaban el caminar de los seres humanos y de los asnos: se han hallado algunas de esas vías de escalones, principalmente la que bajaba hacia los barrios de Siloé, y, en los terrenos de los Asuncionistas, la que Jesús tomó sin duda la noche del Jueves Santo para ir al monte de los Olivos. Las amplias avenidas, los grandes claros no existían. La cañada central del Tiropeón, sin embargo, se cruzaba por un amplio camino terraplenado y por un puente que ponían al Templo en comunicación con la ciudad alta. De arriba abajo se extendía una gran plaza enlosada, rodeada de pórticos, que el viejo palacio de los asmoneos bordeaba al norte; Herodes la había hecho arreglar para que sirviera de *ágora* o de *foro* al modo grecorromano; la llamaban el *Xyste,* es decir, el terraplén. Otras plazas más pequeñas, a las que aluden los tratados del Talmud, llevaban nombres de oficios: de los Carniceros, de los Tejedores de lana, de los Bataneros, de la Pescadería, o simplemente les decían Mercado de Arriba y Mercado de Abajo. Las calles también, al menos las que tenían un nombre, se designaban a menudo con el de un oficio, pues la gente de igual profesión estaba agrupada en el mismo barrio, como ocurría en Occidente en el medioevo. Lo cual explica el número prodigioso de sinagogas donde se reunían para rogar... o charlar: ¡480! Cada corporación, cada manzana de casas tenía la suya, y también cada uno de los grupos de extraños que, para las fiestas, iban a Jerusalén [47].

[46] Jn., X, 7.
[47] Los diversos detalles proceden sobre todo del Talmud, especialmente los tratados *Eroubin,* X; *Baba Metsia,* XVI y *Baba Kama,* LXXXII; *Zebakhim,* XCVI, y *Megillah,* LXXIII.

"Bella ciudad", según Jeremías, ¿lo era verdaderamente? ... "No habría que imaginar una construcción lujosa: el conjunto de los descubrimientos de aquella época se opondría [48]." Únicamente las casas de los ricos tenían techos de tejas; los pobres se contentaban con techo de junco y barro a que alude San Marcos [49]. Había diferencias grandes entre los barrios: el de Sión, el más antiguo, era una *casbah* de estilo indígena; en la Ciudad alta estaban instalados los poderosos y los ricos, en el barrio de Bezeta los comerciantes. La piedra de labrar era escasa: la construcción de cantos unidos con mortero no era muy elegante; los judíos no eran, como los romanos, albañiles de nacimiento.

Sin embargo, además del Templo, cuyos esplendores eran sin igual, Jerusalén tenía palacios, casas lujosas, obras de fábrica. Entre estas últimas las más apreciadas eran las que aseguraban a la ciudad el precioso elemento que era el agua. Había algunos pozos, como el de Fulón, del que ya habla el Libro de los Reyes [50], pero sobre todo había piscinas, a las que con mucho trabajo habían llevado el agua. En la parte baja de la ciudad, la que alimentaba el famoso canal de Ezequías, llevaba el nombre de Siloé, es decir, el *Enviado,* nombre cargado de significación mística, en la que piensa evidentemente el evangelista Juan el referir el episodio del ciego a quien cura Jesús mandándole que se lavara en ella [51] Era entonces una taza rodeada con un pórtico herodiano de noble disposición. "En la liturgia de la fiesta de los Tabernáculos iban en procesión a sacar agua que subían al Templo." La otra piscina aún estaba, en tiempo de Cristo, fuera de las murallas, y su presencia quizá fuera una de las razones que decidieron a Herodes Agripa I a construir su tercera muralla: es la célebre *Piscina de las cinco galerías,* donde, dice San Juan, iba a bañarse una muchedumbre de ciegos, cojos, paralíticos, porque se aseguraba que un ángel del Señor bajaba en ella de cuando en cuando para agitar el agua y que el primer tullido que entonces se metía en ella quedaba curado [52]. Quizá la confundían con la "piscina probática" que, en tiempos pasados, servía para lavar los animales destinados al sacrificio. En todo caso era un hermoso edificio —la arqueología lo ha descubierto— de 120 metros por 60, rodeado por una galería

[48] M. du Buit, libro citado en las notas bibliográficas, pág. 490.
[49] Mc., II, 4.
[50] I Rey., I, 9.
[51] Jn., IX.
[52] Jn., V, 1-9.

de arcadas, dividido en su parte media por un dique sobre el que había una quinta galería de columnatas [53]: ésta servía de baño público.

Varios palacios eran el orgullo de la ciudad. El de los asmoneos era el más antiguo: sin duda del tiempo de Juan Hircano. Es probable que Herodes Antipas se instalara en él cuando iba a Jerusalén para las fiestas, y es sin duda adonde le llevaron a Jesús [54]. El espléndido palacio fortificado que Herodes mandó construir en el ángulo de la ciudad alta servía, en efecto, de residencia al procurador romano cuando iba a Jerusalén. "Magnífico por sobre toda comparación", dice Flavio Josefo, que no odiaba el énfasis [55]. Construido, según se aseguraba, en el mismo lugar en que el rey David cantó sus Salmos, entonces formaba literalmente cuerpo con la muralla. Torres cuadrangulares, macizas, lo protegían, a las que Herodes el Grande dio el nombre de seres a quienes había amado, su amigo Hipico, su desdichado hermano Fasael, víctima de los partos, y la muy querida esposa a quien hizo morir: Mariamne. Esta última era la más alta: veintiocho metros. De noche, un fuego de vigilia bailaba en la torre Fasael. Pero el interior del palacio no tenía nada en común con esos aspectos guerreros. Construido con mármol, el piso enlosado con piedras raras o cubierto con mosaicos, con un centenar de habitaciones y salas de fiestas donde se podían colocar cien camas para los convidados, sorprendía, aún más que por su mobiliario, por la belleza de sus jardines donde varios acueductos alimentaban maravillosos estanques. El sumo sacerdote en ejercicio tenía un palacio más modesto, pero también imponente, puesto que en la noche trágica del proceso de Jesús, un numeroso grupo de servidores se calienta en medio del patio, y parece seguro que Anás, el sumo sacerdote depuesto, ocupaba otro [56].

La Antonia no era una residencia, sino un cuartel. En el lugar que fuera ocupado por una antigua fortaleza salomónica, las generaciones habían sucesivamente construido defensas en el punto en que, efectivamente, la cumbre del Bezeta hace que el ataque sea bastante fácil. Por eso después del Exilio levantaron en ella la torre Hananiel, llamada en griego *Baris,* la "ciudadela por excelencia". Los

[53] Una de esas columnas se halla expuesta en la propiedad de los Padres trapistas.
[54] Lc., XXIII, 7-12.
[55] *Guerra de los judíos,* I, 21.
[56] Remitimos al capítulo "Le procès de Jésus", en *Jésus en son temps.*

asmoneos la agrandaron en castillo fuerte, al que Herodes dio su forma definitiva. Largo cuadrilátero de cien metros por cincuenta, flanqueado en los cuatro ángulos por enormes torres cuadradas, de unos treinta metros de alto, era verdaderamente la llave de la Ciudad Santa, el cerrojo del Templo.

Por eso la guarnición romana estaba instalada en ella y de noche, de una torre a la otra, se oían los alertas de los centinelas. Unas escaleras bajaban hacia los atrios sagrados: en caso de necesidad, los soldados las descendían en medio del estrépito de los borceguíes [57]; pasajes secretos, bajo la explanada del Templo, permitían llegar hasta el corazón de la ciudad. El centro del cuadrilátero lo ocupaba un vasto patio en el cual los minuciosos trabajos de las Damas de Sión y de los dominicos de la Escuela Bíblica han permitido identificar el "terraplén enlosado", el famoso *lithostrotos* del que San Juan refiere que fue el lugar donde Pilato instaló su pretorio para juzgar a Jesús [58], y es emocionante ver, en el sótano de las Damas de Sión esas enormes losas, gastadas por las pisadas, horadadas con inscripciones diversas, que ciertamente holló Cristo [59].

¿Qué decir del Templo, sino que deslumbraba todos los demás esplendores de la ciudad, y que el judío piadoso que llegaba a Jerusalén sólo en él ponía los ojos? Era el Templo de Herodes el Grande, aquel cuya construcción emprendió el fastuoso déspota, en 20 antes de Jesucristo, en el lugar exacto del de Salomón, antaño destruido por Nabucodonosor, y también del que, infinitamente más modesto, reedificaron en tiempo de Esdras y Nehemías —donde se levanta, en el Hasán el Cherif, la mezquita de Omar, de cúpula azul—. Aun cuando, diez años después de iniciados los trabajos, para el aniversario de su ascensión al trono, el idumeo celebró la fiesta de la dedicatoria, aun cuando más de mil sacerdotes y más de diez mil obreros trabajaron durante cuarenta y seis años —San Juan señala ese tiempo en el capítulo segundo de su evangelio—, se hallaba lejos de estar terminado cuando Jesús lo vio. Ni llegaría a estarlo hasta 62-64, es decir, muy poco tiempo antes de su destrucción por Tito. De modo que era nuevo, sus mármoles eran

[57] Véase el episodio en que San Pablo es salvado del furor de los judíos por la intervención de la guardia de la Antonia: Act., XXI, 32.
[58] Jn., XIX, 13.
[59] Cf. *La Forteresse Antonia à Jérusalem et la question du Prétoire*, tesis para el doctorado en letras sostenida en París en mayo de 1955, por la hermana Marie-Aline de Sion.

blancos, los oros de su fachada brillaban. En lo más alto de esa ciudad de piedra que era Jerusalén, donde lo mineral era rey, como coronándola, su masa enorme ordenaba sus murallas, sus atrios, sus santuarios, en una superposición rica en símbolos [60]. "Casa de Dios", digno era de serlo ese edificio para el que nada había sido demasiado hermoso, demasiado suntuoso, ese "santo" hacia el cual "en medio de la muchedumbre iba en procesión entre voces de júbilo y alabanza del pueblo en fiesta" [61] subían los peregrinos fervientes.

VI. Vivir en Jerusalén

¿Es posible, sin ceder al pecado de anacronismo del que Lucien Febvre decía que es el peor para un historiador, formarse una idea de lo que era, hace unos dos mil años, la vida en esa ciudad cuya topografía conocemos bien? No sería equivocarse mucho representándose una de las ciudades orientales cuyos viejos barrios se conocen todavía, la Jerusalén antigua por ejemplo, tal cual la vemos en nuestros días, o el viejo Cairo, o el Damasco de los califas. La impresión de conjunto es la de una aglomeración muy apretada, donde visiblemente se ha sacado partido de todo el espacio utilizable. Las casas aglutinadas unas a otras, imbricadas, penetrándose. Nada de jardines, salvo los de Herodes y aquel "cercado de las rosas" que es del tiempo de los profetas, dice el Talmud [62]; una higuera de cuando en cuando en un patio; sólo cuando Herodes Agripa I encierre en su muralla el barrio de Gareb habrá numerosos y bellos jardines. Nada de estatuas en las esquinas, al contrario de las ciudades paganas, donde no se pueden dar dos pasos sin tener que saludar a algún dios. La estrechez de la mayoría de las calles es extrema: dos asnos cargados con sus habituales canastos se cruzan difícilmente; aun a pie hay tropiezos, de ahí gritos y disputas. Los puestos de los comerciantes, al aire libre, en los costados de la calle, no han de facilitar la circulación. Hay también todo un laberinto de avenidas, de callejones, de patios interiores, donde únicamente se orientan los habitantes del barrio. La animación es sobre todo grande cerca de las puertas, y en los dos mercados, de los cuales el de la ciudad alta es el más rico, el

[60] Véase el parágrafo que se le consagra más adelante, pág. 401.
[61] Sal., XLII, 5.
[62] *Baba Kama*, LXXXII, b.

de más elegante clientela. Nada de coches, algunas literas de ricachos; pero muchos asnos: sus cascos chocan secamente sobre los adoquines redondos de los escalones. Pues en Jerusalén no se puede caminar un cuarto de hora sin tener que subir o bajar. ¡Y cuántos animales ovinos y bovinos! ¡Se necesitan tantos para los sacrificios! De cuando en cuando pasan, desdeñosos, sobre sus caballos que se adaptan mal a esas escaleras, algunos caballeros de las tropas auxiliares, galos o númidas, con casco de crines y coraza, capa roja al hombro.

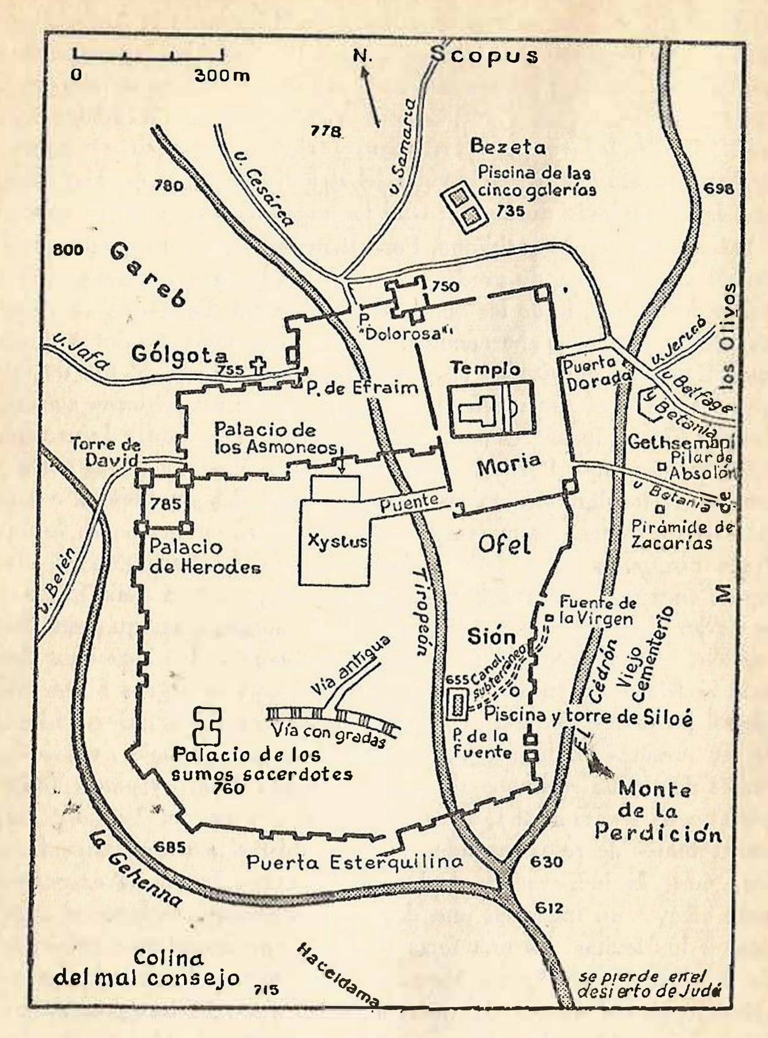
Un olor fuerte, complejo, flota por doquier en la ciudad. Causa asombro que un reglamento de policía prohiba las "hornillas al aire libre a causa del humo [63]", y otro, el empleo de abonos para que crezcan los árboles o las flores [64]. Pues la grasa caliente de las vituallas mezcla su olor acre con el de las inmundicias, que cada día se barren "en las plazas", dice el Talmud [65], pero sin duda no en las callejuelas. Además, por poco que sople el viento del este, los humos que suben del Altar de los Sacrificios caen no sólo sobre los atrios, sino sobre toda la ciudad, mezclando horrorosos husmos de carne quemada con los tenaces efluvios del incienso. La muchedumbre judía tiene la reputación de oler mal: hasta es uno de los sujetos de chanza clásicos de lo cómico popular romano; sin embargo, las mujeres se perfuman abundantemente y, según se dice, emplean toda clase de astucias para rodearse de un perfume embriagador en el momento oportuno. Por más que los rabíes repitan: "El incienso del Templo debería bastaros", siempre hay muchedumbre en el mercado de arriba donde se venden las mirras, los nardos y los bálsamos de precio.

La ciudad no es sólo maloliente; también es ruidosa. Salvo de noche, y de día durante las horas muy cálidas de la siesta, y en invierno cuando el viento de oeste acribilla el rostro con mil agujas de lluvia, de todas partes sube un rumor confuso. Todo se mezcla: los gritos de los comerciantes llamando a los compradores, los de los aguateros que, con el odre a cuestas, ofrecen sus buenos servicios, de los heraldos públicos que piden silencio para hacer un anuncio oficial, y a veces también el de los guardias que abren paso a algún condenado a quien conducen "al lugar del cráneo" llevando a cuestas el palo largo de su cruz . . . Los animales que van

63 *Zebakhim*, XCVI, a.
64 *Baba Kama*, LXXXII, b.
65 *Baba Metsia*, XXVI, a.

empujándose hacia el Templo balan o mugen: los asnos rebuznan menos, pues han aprendido la paciencia. Una peregrinación pasa, repitiendo a coro un salmo, en el tono de "Cierva de la Aurora" o "Paloma de los terebintos lejanos". En el barrio de los bataneros se oye su ruido mate y monótono, en el de los caldereros al estrépito ritmado de los golpes. Y además, cuatro veces por día, a la hora del sacrificio y en las tres pausas rituales, el triple toque de siete trompetas de plata retumba, desde la valla del atrio de los hombres, e impone un relativo silencio durante el cual los más piadosos se prosternan.

Esta animación es cotidiana. Pero tiene, en el curso del año, momentos culminantes, de prodigioso refuerzo. Es en las grandes fiestas, la de Pascua, la de las Semanas, la del Gran Perdón, y la otra, tan alegre, de los Tabernáculos. Al fin y al cabo ¿cuántos días son? Entonces multitudes de peregrinos, prodigiosas al pie de la letra, llenan la ciudad; aun dividiendo por diez los millones acusados por Flavio Josefo, es cosa de preguntarse cómo podía Jerusalén contenerlos todos. Por eso numerosos peregrinos duermen extramuros, en los barrios, en las colinas, instalados en tiendas o en cabañas de ramas, o simplemente durmiendo al sereno, como Jesús y sus discípulos en el huerto de Getsemaní. La baraúnda es entonces increíble. De gente y de animales: para una sola Pascua se llevan doscientos mil corderos. Es el momento en que, en Jerusalén, se ven, reconocibles por sus vestimentas, los hermanos de toda la Diáspora, judíos de Babilonia de mantos negros hasta las suelas, judíos de Fenicia de túnicas y calzones abigarrados, judíos de las mesetas anatólicas vistiendo hopalandas de pelo de cabra, judíos de Persia rutilantes de seda, recamada de oro y plata. Todo ese mundo se amontona, se estruja en los atrios del Templo: los comerciantes de reses sagradas y los cambistas hacen excesiva fortuna, ante la indignación de los puros, como Jesús. Se empujan para ocupar un lugar en una de las filas donde se ofrece el cordero a los levitas. Es una feria piadosa, una asombrosa refriega, de la cual la vista de La Meca, en el momento de grandes peregrinaciones del Islam, da poco más o menos la imagen. Ya es hora de que caiga la tarde, que antes de la novena hora retumbe el *sofar*, hecho con un cuerno de macho cabrío, cuyo prolongado sonido triste, seguido de los seis toques rituales de las trompetas, anunciará el comienzo del día santo entre todos, el Sabat de la Pascua; ya es hora de que, silenciosa, luzca en Jerusalén en un gran cielo calmoso la luna de Nisán.



JERUSALÉN EN LA ÉPOCA DE JESÚS

SEGUNDA PARTE

LOS DÍAS Y LAS NOCHES QUE ALABAN AL SEÑOR

Bendecid, noche y día, al Señor.
(Daniel, III, 71.)

CAPÍTULO PRIMERO

UN HIJO DE ISRAEL

I. "NOS HA NACIDO UN HIJO"

CUANDO NACÍA un hijo en una familia judía, era grande la alegría, los padres saltaban de gozo. Se avisaba al pueblo o al barrio, del dichoso acontecimiento, advirtiéndole que pronto, según la antigua costumbre, se celebrarían regocijos, a los que serían convidados allegados, amigos y vecinos. La más humilde de las parejas tomaba por su cuenta el gran grito de Isaías, pleno de intenciones mesiánicas: "Nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo [1]."

Los hijos, para el israelita, fueron siempre una bendición y una riqueza. "Don de Yavé son los hijos —decía un Salmo—; es merced suya el fruto del vientre" [2], y otro comparaba al padre de familia numerosa con un hombre cuya mesa estaba enteramente rodeada de jóvenes olivos. Un juego de palabras usual hacía de los niños, *banim*, los constructores, *bonim*. Por eso la esterilidad era un verdadero oprobio: Isabel, la madre de Juan Bautista, lo dice claramente [3] y los rabíes iban más lejos, declarando "que un hombre sin hijos debe considerarse como muerto" [4]. En cuanto a la esterilidad querida, era uno de los peores pecados [5]. Tan lejos iba el deseo de tener hijos, que en tiempos remotos la mujer legítima aceptaba que su marido procreara con una de sus sirvientas, como hicieron Abraham y más tarde Jacob [6]. Pero se ignora si ese pro-

1 Is., IX, 5.
2 Sal., CXXVII y CXXVIII.
3 Lc., I, 25.
4 Com. al Génesis R., LXXI, 6.
5 Véase qué es de Onán más adelante, págs. 137 y 138.
6 Gén., XVI, 2 y XXX, 3.

cedimiento poligámico seguía usándose todavía en tiempo de Jesús [7].

De modo, pues, que había nacido el niño. En la mayoría de los casos, fácilmente. Las mujeres israelitas se jactaban de dar a luz pronto y bien: no como las egipcias, decían [8]. Lo que no quitaba que sufrieran, según las condenara Dios. Las asistían comadronas: de las que ya se hablaba en tiempo de los Patriarcas [9], y esas facultativas utilizaban "asientos para partos". Pero las mujeres judías podían perfectamente prescindir de toda ayuda, como hizo María en el establo de Belén [10]. Era tan grande el deseo de ver nacer a los niños, que los rabíes aceptaban que se derogara la ley sagrada del descanso del Sabat, para asistir a una parturienta, llevarle una comadrona, atar el cordón umbilical del recién nacido, y, según aseguraba rabí José, cortarlo [11]. Si la madre estaba en peligro, no sólo se permitían prácticas anticoncepcionales, sino que se recomendaban [12]. En ningún caso debía el padre asistir al nacimiento, sino esperar que viniesen a anunciárselo: es al menos lo que se deduce de un versículo del profeta Jeremías [13].

Apenas se le avisaba, llegaba el padre y se colocaba en las rodillas al recién nacido; señal de reconocimiento oficial, de legitimidad. Si un abuelo del niño estaba presente, se le dejaba el privilegio, así como se vieron a los biznietos del patriarca José "nacerles en las rodillas" [14]. Una vez bañado, frotado con sal para darle firmeza a la piel, envuelto en pañales [15], el recién nacido podía mostrarse a los familiares. Las felicitaciones eran particularmente cálidas si se trataba de un varón. Para una niña eran más moderadas, aun tan moderadas que a veces parecían condolencias... Las hijas no acrecían en nada la fortuna familiar puesto

[7] Contrariamente a los romanos, los judíos no parecen haber practicado la adopción, salvo en el caso de niños nacidos de una sirvienta, que la esposa legítima hacía suyos (Gén., XVI, 2). Los casos de adopción flagrantes en la Biblia son obra de extranjeros: la hija del faraón, por ejemplo, que adoptó a Moisés (Ex., II, 10). En cuanto a Esther era la prima de Mardoqueo antes de ser adoptada por él (Est., II, 7).

[8] Ex., I, 19.

[9] Gén., XXXV, 17; XXXVIII, 28; Ex., I, 15.

[10] Lc., II, 7. Nacimiento que evidentemente no debe compararse con el de los hombres ordinarios: los teólogos católicos aseguran que María fue virgen *ante partum, in partu, post partum.*

[11] *Sabbat,* XVIII, 3.

[12] *Yebamoth,* XII, 6.

[13] Jer., XX, 15.

[14] Gén., L, 23.

[15] Ez., XIV, 4.

que, por su casamiento, pasarían a otras familias. "Falso tesoro las hijas", dirá el Talmud, que agrega: "y además, estamos obligados a vigilarlas siempre" [16].

Sin embargo —debe destacarse el hecho, para gloria de Israel— la horrorosa conducta pagana, que Egipto, Grecia y Roma tuvieron, de abandonar a los hijos, de "exponerlos", era si no desconocida por los judíos [17], al menos formalmente condenada. Mientras un padre egipcio escribía a su mujer que estaba por alumbrar : "Si es varón, críalo; si es una niña, mátala [18]." Filón, en el mismo momento, en una página admirable, se alzaba contra esa práctica [19]. En Israel podían no manifestar gran alegría cuando nacía una niña: en todo caso, la guardaban.

La alegría llegaba al colmo cuando el primer hijo de la pareja era varón. El hebreo poseía una palabra especial, *bekor,* para designar al "hijo primogénito"; es el que traduce San Lucas aplicándolo al Hijo de la Virgen madre [20]. No quería forzosamente decir que ese "hijo primogénito" iría seguido de otros, como habían de sostenerlo el escéptico Luciano [21] y todos los adversarios de la perpetua virginidad de María, sino sólo que, "fuerza y fruto del vigor del padre" [22], futuro jefe de familia, con todos los deberes que eso importaría, pero también todo el prestigio [23], se beneficiaría con el "derecho de mayorazgo", es decir, con una parte de herencia por lo menos doble [24]. En los casos en que nacían mellizos, ponían gran cuidado en distinguir al que salió primero del vientre materno, a veces atándole un hilo colorado en el pie, como hicieron cuando el alumbramiento de Tamar, mujer de Judá [25] —lo que, por lo demás, era probablemente un error, pues la obstétrica moderna admite que el mayor, el primer concebido, sale segundo...

[16] Comentario talmúdico a los Núm. R., XI, 5.

[17] Ezequiel hace una alusión, XVI, 5.

[18] *Papyri D'Oxirinque,* IV, 744.

[19] Véase en Havet, *Le Judaïsme,* pág. 437.

[20] Lc., II, 7.

[21] *Demonax,* XXIX.

[22] Gén., XLIX, 3.

[23] Gén., XXIV, 50; XXXVII, 22; XLIII, 33.

[24] Antiguamente, el derecho de primogenitura podía ser transferido por el padre a otro hijo, como se ve en el célebre episodio de Esaú (Gén., XXV, 29-34). Pero en la época de Cristo se aplicaba la ley que declaraba que el primogénito no podía ser despojado de su derecho, aun si era hijo de una esposa aborrecida (Deut., XXI, 15-17).

[25] Gén., XXVIII, 28.

Hijo o hija, mayor o no, el niño era siempre amamantado por la madre. Era un deber que los rabíes recordaban a las mujeres de Israel [26]. Pocas eran las esposas de los grandes personajes que se daban el lujo de una nodriza. El amamantamiento duraba mucho; cuando era posible, dos o tres años, para sustraer al niño a las enfermedades resultantes del clima, la disentería sobre todo, frecuente y a menudo mortal. Una alegre comida, acompañada por un sacrificio, señalaba el momento del destete en recuerdo del gran banquete que dio Abraham el día en que su hijo Isaac dejó de chupar el pecho de Sara su madre [27]. Pero entonces hacía ya tiempo que el niño había sido admitido solemnemente en la comunidad religiosa, marcado con el sello de Dios.

II. Marcado con el sello de Dios

La Ley era más que formal: todo hijo macho debía ser circuncidado [28]. En la época de Jesús, eso debía hacerse ocho días después del nacimiento. Esta obligación era tan imperiosa, que debía procederse a la pequeña operación quirúrgica de la ablación del prepucio aunque el día previsto cayera en Sabat [29]. Los rabíes se tomaron el trabajo de detallar lo que en este caso estaba permitido hacer, sin violación de las prescripciones legales: "Practicar la incisión, desgarrar la membrana, chupar la sangre y colocar sobre la herida un emplasto de aceite, vino y comino [30]." De modo que ningún judío hubiera podido sustraerse. *El libro de los jubileos,* ese apócrifo del siglo II antes de nuestra era, hasta declara gravemente que los propios ángeles están circuncidados [31].

¿De dónde procedía esa obligación? Los judíos no vacilaban en responder: del mismo Dios, que dio orden a Abraham de someterse a ella, él y los suyos. "Circuncidaréis la carne de vuestro prepucio y ésa será la señal del pacto entre [yo] y vosotros [32]." Poco importa que el análisis de los textos lleve a preguntarse si el rito no habría sido adoptado de los madianitas por Moisés [33] o

[26] *Keboubоth,* LXIV, 9.
[27] Gén., XXI, 8.
[28] Gén., XVII, 9-14; XXI, 4; Lev., XII, 3.
[29] Jn., VII, 23.
[30] *Sabbat,* XIX.
[31] *La Bible apocryphe* del R. P. Bonsirven, pág. 95.
[32] Gén., XVII, 10 (cf. Jn., VII, 22 y Act., VII, 8).
[33] Ex., IV, 24 (según el texto bíblico, Moisés parece haber sido él mismo incircunciso).

por Josué en el "Cerro de los Prepucios", cuando entró con su pueblo en la Tierra prometida [34]; lo cierto es que se trataba de una costumbre muy antigua, como lo prueba el empleo persistente de cuchillos de pedernal para la operación [35]. Se la consideraba en tiempo de Jesús, a la vez como la señal material de la Alianza y como un acto de purificación ritual. Los descreídos, como Herodes, decían: un acto de limpieza. Si antaño, aplicada a los adolescentes, pudo ser un rito de pubertad análogo a los que aún se conocen en África negra, aplicada en lo sucesivo a los recién nacidos, significaba la entrada del niño en la tribu, su incorporación a la comunidad de los creyentes. Tanto, que habían creado una ceremonia, ésta puramente religiosa, para las niñas, para señalar la admisión, también de ellas, en el Pueblo de Dios.

La operación pasaba como poca cosa en sí: el tratado del *Sabat* anota, sin embargo, que podía ser dolorosa, sobre todo el tercer día. En tiempos remotos, el que se encargaba de ello era el padre de familia, como lo hizo Abraham [36]; la madre sólo podía proceder en casos muy graves, un peligro urgente, por ejemplo, como se hizo en tiempo de los macabeos [37]. En la época de Jesús, había en cada pueblo un *Mohel,* hombre experimentado en esa delicada operación. Pues tenía que ser muy bien hecha: si no se había quitado correctamente la corona, el hombre sería inapto para "comer el *Terumah*", es decir, las primicias de la oblación que los fieles ofrecían a los sacerdotes [38].

Los judíos consideraban esencial ese rito sagrado —más que cualquier otra cosa, más que su vida, como se vio en tiempo de los macabeos, en que las madres judías prefirieron que las mataran antes que renunciar a la circuncisión de sus hijos [39]. Veían en ella la señal de que eran verdaderamente el Pueblo de Dios. No estar circunciso, decía el *Libro de los Jubileos*, era pertenecer "no a los hijos de la Alianza, sino a los hijos de la Destrucción". Tratar a alguno de "incircunciso" era la injuria más sangrienta. ¿Ignoraban acaso los judíos que otros pueblos habían practicado el mismo rito? Los egipcios, por ejemplo, y hasta sus vecinos enemigos, madianitas, edomitas, cananeos, fenicios (no obstante, en estos

[34] Jos., V, 2-9.
[35] Véanse las dos citas anteriores.
[36] Gén., XVII, 23.
[37] Ex., IV, 25; I Mac., I, 63.
[38] *Sabbat,* XIX, 6.
[39] I Mac., I, 63 y II. 46.

últimos tendía a desaparecer). No, sin duda, pero su cualidad de circunciso era lo que los distinguía de los griegos, que los diferenciaba también de los romanos. En el tiempo de los reyes impíos, pocos fueron los traidores que "se rehicieron un prepucio" para ir sin ruborizarse a los gimnasios de los paganos [40]. Por eso los verdaderos fieles estaban tan apegados a esa práctica, a la cual el mismo Jesús fue sometido sin duda alguna [40 bis]. Aun cuando la Ley y los profetas dijeron que el rito no era nada sin la intención espiritual, y que era el corazón lo que debía circuncidarse [41]: gran lección que, en otras formas, Jesús repetirá a menudo.

La circuncisión no era la única ceremonia religiosa que marcara un nacimiento en Israel. Otra se refería a la mujer que acababa de dar a luz. Toda parturienta estaba herida de impureza legal, como un hombre que había tocado un cadáver: resto evidentemente de un antiguo "tabú", anterior a Moisés, pero que su ley había ratificado. El período de impureza, si era niña, era el doble del fijado para un varón: ochenta días en lugar de cuarenta. Durante ese tiempo "la mujer no tenía que tocar ninguna cosa santa, ni ir al Santuario, sino quedarse en casa en la sangre de su purificación. Cumplido el tiempo, debía llevar y presentar al sacerdote un cordero de un año, para el holocausto, y una tórtola o un palomo, en sacrificio por el pecado. Si no tenía con qué comprar el cordero, dos palomos o dos tórtolas podían bastar. El sacerdote ofrecía las víctimas a Dios, rogaba por la mujer, y así quedaba purificada de su flujo de sangre [42]. La tradición cristiana ha conservado el recuerdo de ese rito en la ceremonia de la misa de "purificación".

Cuando la criatura era un niño "primogénito", a los padres incumbía una obligación especial. En realidad se trataba de una ley general: en Israel todos los primogénitos de los seres vivientes, exactamente como las primicias de las cosechas, pertenecían a Yavé [43]. El Todopoderoso había ordenado a Moisés que todo primogénito de hombre o de animal, se le *consagrara.* San Lucas, en su Evangelio, hasta emplea el vocablo griego *hagion,* que significa *santo:* el niño se convertía en cosa santa, ofrecida a Dios, separada del mundo profano. ¿De dónde venía esa costumbre? Leyendo las

[40] I Mac., I, 15.
[40bis] Lc., II, 21.
[41] Deut., X, 16 y XXX, 6; Jer., IV, 4 y IX, 25.
[42] Lev., XII, 1-8.
[43] Ex., XIII, 2-12; XXXIV, 29; Núm., XVIII, 15, etc.

prescripciones del Deuteronomio se tiene la impresión de que se trata de una reacción contra las "abominaciones" de los pueblos vecinos que quemaban niños en homenaje a sus ídolos [44]: Yavé detuvo la mano de su fiel Abraham dispuesto a inmolarle su hijo Isaac. En lugar de matar al niño recién nacido, se le consagraba, pues, mediante un voto puramente espiritual, y se lo rescataba, es decir, se ofrecía en cambio un sacrificio y cierta cantidad de dinero; así lo ordenó Yavé [45], en recuerdo de la gracia que había concedido a su pueblo la noche en que, hiriendo de muerte a los hijos de Egipto, su ángel perdonó a los de Israel, contentándose con un cordero en su lugar [46]. En tiempo de Jesús, esa obligación debía satisfacerse [47] en el plazo de un mes, ofrecer en holocausto dos palomos o dos tórtolas, lo que era poco, y además pagar cinco siclos de plata —veinte francos oro, tres libras inglesas, seis dólares—, lo que, para gentes pobres, era bastante pesado. Pero ningún matrimonio judío se hubiera atrevido a rehuir esta piadosa imposición: por eso el evangelista Lucas nos muestra al más consagrado, al más santo de los hijos de los hombres, "rescatado" por sus padres, en aquella conmovedora escena de la "presentación en el Templo", donde, por las voces inspiradas del anciano Simeón y de la profetisa Ana, se entregan a José y María misteriosos presagios de gloria y de dolor [48].

III. EL NOMBRE

También en las primeras semanas, sin duda el día de la circuncisión, recibía el niño su nombre. La elección era muy importante. Como todos los antiguos, los judíos atribuían a los nombres una especie de poder inefable. En la leyenda de Isis, en Egipto, vemos a la diosa maga, antes que aceptara curar al dios Ra mordido por una serpiente, exigirle la revelación de su nombre, secreto de su omnipotencia. Asimismo, en la historia de Moisés, la más grande prueba de confianza que Dios da a su fiel es hacerle conocer su

[44] Deut., XII, 31.
[45] Ex., XXXIV, 19.
[46] Ex., XI y XIII, 14.
[47] Era el padre quien debía pagar por el rescate, pero la exigibilidad de la ofrenda dependía de la madre. Un hombre que desposaba una viuda que ya había tenido un hijo, si tenía un hijo después, no estaba obligado a rescatarlo.
[48] Lc., II, 22-39.

nombre inefable [49]. Se consideraba que el nombre era un elemento constitutivo de la personalidad, que influía en su carácter, en el destino mismo. A tal punto que un rabí decía: "Cambiar de nombre permite desviar el decreto divino" [50]. Por lo demás, ¿no nos quedan huellas de esas convicciones? ¿No hay aún contemporáneos nuestros que creen en la influencia del nombre? Y los novelistas, como Balzac, ¿no eligen los nombres de sus personajes en función del carácter que le ven?

Por eso el derecho de elegir el nombre de su hijo pertenecía al jefe de familia, al padre. En la Escritura Santa se veían numerosos padres poner nombre a sus hijos [51]. En el episodio evangélico del milagroso nacimiento de Juan Bautista, Zacarías, aun cuando mudo, reclama el uso de ese derecho, contrariamente a la voluntad de su mujer Isabel [52]. No obstante, en los textos sagrados, podían encontrarse también numerosas madres que dieron nombre a sus hijos, comenzando por nuestra común madre Eva [53]. Puede admitirse que la elección ordinariamente se hacía de acuerdo entre los esposos.

El nombre elegido corresponde a lo que en francés se llama "prénom", a nuestro nombre "de pila". El apellido no existía entre los judíos. No porque el espíritu de familia no estuviese en ellos muy desarrollado: al contrario. Un hijo llevaba obligatoriamente el nombre del padre, como aún ocurre entre los árabes. Se le decía "hijo de tal" —en hebreo *ben*, en arameo, *bar*—: se decía, por ejemplo, Juan ben Zacarías, Jonatán ben Hannan, o Yeshua ben José [54]. Muy a menudo se daba al hijo mayor el nombre del abuelo, para continuar la tradición onomástica familiar y al mismo tiempo para distinguirlo del padre.

Algunos de esos nombres eran apodos, recordando circunstancias de la concepción o del nacimiento. Los había muy piadosos; por ejemplo, al Bautista lo llamaron Yocanaán (Juan) porque había sido "querido por Dios". También había apodos menos agradables; se citaba el caso de una madre que, furiosa de no dar a luz sino hijas, llamó a la cuarta Zaulé y a la octava Tamán, lo que

[49] Ex., III.
[50] *Roch Kachana*, XVI, 6.
[51] Por ejemplo Gén., IV, 26; V, 3; V, 29; XXI, 3; XLI, 51; II Sam., XII, 24, etc.
[52] Lc., I, 59-68.
[53] Gén., IV, 25; o XXIX, 32, o XXXVIII, 4, etc.
[54] Se citaba a veces también la "casa" a la que se pertenecía (cf. más adelante, pág. 143).

puede traducirse por "la fastidiosa" y "¡basta ya!". Se elegían otros nombres para que dieran suerte al niño: ciertos rabíes aconsejaban que se consultaran los astros, práctica a la que se oponían otros. Los nombres de animales eran frecuentes: Raquel, oveja; Débora, abeja; Yona, tórtola; Acbor, ratón. También había Tamar, palmera; Elón, encina; Zeitán, olivo. Gran número de nombres se tomaban en la Escritura Santa entre los patriarcas y profetas, entre los santos y los héroes: de modo que había muchos Jacobo y José, Elías y Daniel, Saúl y David, Simón y Judas, glorias de los macabeos. Muchos eran nombres "teóforos" es decir, que evocaban el nombre de Dios, o mejor dicho, uno de sus nombres. Así Jesús, *Yeshua*, significaba *Yah* (es decir, Yavé) *es salud.* Los nombres con desinencia *el* recordaban la muy antigua designación bíblica de el *Único, El, Elohim.* Pero, con el uso, muy a menudo esos nombres perdieron su carácter histórico o sagrado, en el que ya no se pensaba. Algunos hasta se habían deformado; así *Miriam*, nombre femenino muy frecuente, no recordaba ya a la hermana de Moisés y se habían olvidado que en su origen significaba "amada de Ya": por influencia del término arameo *Mary* lo pronunciaban sin duda Mariam, agriegado o latinizado en *María*, y significa "la Dama" —lo que, curiosamente, se traduce en italiano por "ma donna", en francés por Madone, o "Notre-Dame" [55].

Además, todos esos nombres judíos tenían cada vez más competidores extranjeros, arameos, como Marta, Tabita, Bar-Tolomai (Bartolomé). O bien griegos o romanos —sobre todo griegos, pues la lengua universal del Imperio era la *koiné*, el griego popular. Desde la época en que los reyes seleucidas ocuparon el país, hubo judíos que helenizaron su nombre: tal ese Jesús, hermano del sumo sacerdote Onías III, que el extravagante Antíoco III llevó al soberano pontificado y que se llamó Jasón Antioquener [56]. En tiempo de Cristo, el uso estaba tan difundido que, en el Nuevo Testamento, la mitad de los personajes llevan nombres griegos. Entre los Apóstoles, por ejemplo, Felipe y Andrés son nombres exclusivamente helénicos, Tadeo y Mateo, deformaciones griegas de nombres hebraicos —por ejemplo, Mataya, presente de Ya, convertido en Mateo, como Yeshua se transforma en Jesús, y Miriam en María—, hasta Santiago, Juan, Simón, parecen formas helenizadas de viejos nombres bíblicos; sólo Judas era nombre específicamente

[55] Cf. Ricciotti: *Vie de Jésus-Christ*, pág. 232, nota 1.
[56] Véase *Histoire sainte*, pág. 354.

judío. Sobre todo entre los poderosos, prevaleció el onomástico griego, hasta el punto de abolir el nombre original: así, para los Herodes —en griego "hijos de héroes"—, la historia ignora hasta el nombre del beduino de donde salió la dinastía. Se tendrá una idea de la importancia de esa helenización al saber que en el antiguo cementerio judío de Beth Shearim, recientemente descubierto, se contaron 175 inscripciones griegas por 32 epitafios hebraico-arameos [57]. Naturalmente, el fenómeno de paganización iba aún más allá en las comunidades judías de la Diáspora: ahí, todos los nombres en *Yah* o en *El* se hicieron Teodoro, Teófilo, Dositeo, Doroteo. Una familia judía de Egipto, cuyos archivos se han encontrado en Edfu, se componía del padre llamado Antonio Rufus, y de cinco hijos llamados Nikon, Theodotos Niger, Theodoros Niger, Diophanes y Ptullis [58]. Por lo demás, es posible que esas designaciones paganas estuviesen reservadas a las relaciones exteriores, y que los judíos, entre ellos, siguieran llamándose con sus antiguos nombre fieles. Así Herodes Agripa I, cuyo nombre real era semigriego semirromano, como sumo sacerdote hacía que le llamaran Matatías, en recuerdo del héroe que, al matar a un interventor griego y a un judío apóstata, desencadenó la guerra de liberación.

IV. La educación de la juventud

Ya circunciso, puesto el nombre, marcado con el sello de Dios, el niño quedaba, los primeros años, en la única dependencia de la madre, pues los judíos parecían poco inclinados a ser niñeros. Aunque lo cierto es que las judías eran excelentes madres, atentas, afectuosas: la Biblia está plena de testimonios de amor maternal. Las hijas estaban a su cargo hasta el casamiento, participando en las tareas del hogar, trayendo el agua, hilando la lana, ayudando algo también, en las familias campesinas, en los trabajos del campo, por ejemplo, yendo a espigar detrás de los segadores, o guardando las ovejas durante el día. Los padres se ocupaban de los hijos, los iniciaban en su oficio desde la más tierna edad, para que fuesen pronto capaces de ser sus aprendices y luego compañeros suyos. Así, en la parábola de los dos hijos, el Evangelio muestra al padre viñatero mandando a sus hijos al viñedo [59], y en la del hijo pródigo, un gran propietario "servido" por uno de sus hijos [60]. Junto a José, el carpintero, Jesús aprendió seguramente el trabajo de la madera.

[57] Cf. S. W. Baron, *op. cit.*, págs. 527-528.
[58] *Idem*, pág. 520.
[59] Mt., XXI, 28.

Los padres se encargaban también de la educación propiamente dicha. Y, si juzgamos por las tradiciones de los rabíes, los métodos pedagógicos judíos eran excelentes. El enojoso resultado de la parcialidad del patriarca Jacob hacia José inspiraba este sabio consejo: "Un hombre jamás debe hacer distinción entre sus hijos." "Nunca debe amenazarse a un niño —decía otro sabio— sino corregirlo o no decirle nada." Y este otro: "Jamás debe decirse a un niño que se le dará algo y no cumplir la promesa: es enseñarle la mentira [61]." Pero también debe reconocerse que la indulgencia de esta pedagogía no era excesiva. "Odia a su hijo el que da paz a la vara", dice el libro de los Proverbios en una sentencia que traduce nuestro refrán: "Quien bien te quiera, te hará llorar." Otro versículo asegura: "No ahorres a tu hijo la corrección, que porque le castigues con la vara, no morirá", es decir, sus vicios no lo condenarán a la muerte del pecado. Y otro más: "La necedad se esconde en el corazón del niño; la vara de la corrección la hace salir de él [62]." Sanos principios, como se ve, a los cuales el siracida había dado toda su aprobación [63].

A lo que los israelitas daban, pues, la mayor importancia era a la educación moral. "Instruye al niño en su camino —decía el texto santo—, que aun de viejo no se apartará de él [64]." Y como la ley moral se confundía con la ley religiosa, el primer deber de un padre era enseñar a sus hijos los mandamientos; por lo demás, era la orden moral que Yavé dio por boca de Moisés a todos los hombres de Israel y que cada cual repetía, mañana y noche, en la oración: "Incúlcaselos a tus hijos [65]." Al mismo tiempo, puesto que la práctica religiosa y la historia nacional formaban parte de la Ley, los padres referían a sus hijos todas las cosas admirables que Yavé había hecho para su pueblo; les explicaban el sentido de las grandes fiestas; les mostraban que cada una de las costumbres que observaban tenía un sentido sagrado. Esto también les era impuesto por la Ley santa: por ejemplo, al instituir la Fiesta de los

[60] Lc., XV, 29.
[61] Véase en los extractos del *Talmud* de A. Cohen sus anotaciones y otras.
[62] Prov., XIII, 24; XXIX, 13; XXIV, 17; XXII, 15, etc.
[63] Eclo., XXII, 6; XXIII, 2; XXX, 1.
[64] Prov., XXII, 6.
[65] Deut., VI, 7; véase también Prov., IV, 1.

Ázimos, Yavé había ordenado: "Dirás entonces a tus hijos: Esto será para ti como una señal en tu mano, como un recuerdo a tus ojos [66]."

¿Quiere decir esto que la instrucción era despreciada? Al contrario. Los rabíes no dejaban de repetir que era fundamental, indispensable. "Si posees el saber —decía una máxima muy difundida—, lo tienes todo; si no tienes saber, no posees nada." Ciertos doctores de la Ley proclamaban: "¡Más vale que se destruya un santuario antes que una escuela! [67]" Y uno de ellos, que había de ser pedagogo de profesión, hasta llegó a decir que al ordenar: "No toquéis a mis ungidos, no hagáis mal a mis profetas" [68], Yavé quiso designar a los niños de las escuelas y a sus maestros.

De modo que había escuelas en la Palestina del tiempo de Jesús. Era una invención relativamente reciente; tenía un centenar de años. Un rabí, presidente del Sanedrín, hermano de la reina Alejandra Salomé, Simeón ben Schetach, había abierto en Jerusalén la primera *beth hasefer*, casa del libro [69]. Otros siguieron su ejemplo, y poco a poco se creó una verdadera instrucción pública. Unos treinta años después de la muerte de Jesús, hacia 64, el sumo sacerdote Josué ben Gamala había de promulgar un decreto que puede considerarse como la primera ley escolar: no faltaba nada, ni la obligación para los padres de enviar sus hijos a la escuela, ni las sanciones contra los alumnos distraídos o demasiado a menudo ausentes, ni la organización de un "segundo grado" para los mejores sujetos [70]. Jesús, en su infancia, no se benefició con ese sistema, pero es probable que el rabí Gamala no hiciera sino poner en forma definitiva instituciones que ya existían mucho antes que él.

La escuela "primaria" iba asociada a la sinagoga, como, en el Occidente medieval, estaba asociada a la iglesia parroquial. Llevaban a los niños a los cinco años, tanto los hijos de los pobres como los de los ricos. El maestro no era otro sino el *hazán*, el gerente-sacristán de la comunidad religiosa; más tarde se resolvió que si el número de alumnos era mayor de veinticinco, se nom-

66 Ex., XIII, 8; véanse también Deut., IV, 10; XI, 19; Jos., IV, 6, y 21; Sal., LXXVIII, 5.
67 *Bab. Sabbat*, CXIX, 6.
68 I Par., XVI, 22.
69 *Kethouboth*, VIII, 11.
70 Esta "ley escolar", habiendo precedido sólo seis años la ruina de Jerusalén, sin duda fue apenas aplicada en Palestina, pero las comunidades judías de la Diáspora la conservaron. Gracias al Talmud de Babilonia conocemos la obra de Gamala (*Baba Bathra*, XXI, a).

braría un maestro especial. Se tenía una alta idea de la función pedagógica: se decía de modo corriente que el maestro de escuela era "el mensajero del Eterno". Hasta parece que hubo inspectores encargados del control de la enseñanza. Sentados en el suelo alrededor del maestro, los niños tenían como principal trabajo repetir a coro, de memoria, y palabra por palabra, las frases que aquél pronunciaba [71]. Los procedimientos mnemotécnicos, según veremos, que eran esenciales en la expresión y la transmisión del pensamiento [72], repeticiones, paralelismos, aliteraciones, eran de uso corriente en la enseñanza. Hasta jugando, los niños seguían siéndoles fieles. Así en el Evangelio de San Lucas, se habla de niños que, sentados en las plazas públicas, se responden unos a otros versículos evidentemente mnemotécnicos. "Os tocamos la flauta y no danzasteis, os cantamos lamentaciones y no llorasteis" [73].

¿Y qué se aprendía en la escuela? Esencialmente la *Tora*, o mejor dicho, prácticamente nada más que la Tora, la Ley santa de Dios. Era menester, decíase, "engordar al niño con la Tora, como se engorda un buey en el establo [74]." Las máximas de la Ley, aprendidas en la juventud, "pasan a la sangre y salen por los labios". Para todo servía, hasta para enseñar el alfabeto; para que la enseñanza fuera más atrayente se formaban palabras con cada letra, como en nuestro abecedario, arreglándoselas para que cada una permitiera librar un pequeño apólogo moral. La lengua, la gramática, la historia, la geografía —o al menos los rudimentos— se estudiaban en la Biblia. "Ahí es —dice Flavio Josefo— donde se encuentra la mejor ciencia y la fuente de la felicidad [75]." Éste se jactaba de haberla sabido toda a los catorce años, y San Pablo recuerda a su discípulo Timoteo que, desde la infancia, conocía las Santas Escrituras [76].

Según parece, ese empleo exclusivo de la Escritura Santa para la pedagogía, es lo que llevó a numerosos rabíes a negar a las niñas el derecho de instruirse. Puesto que la mujer no ocupa ningún lugar oficial en la religión, ¿para qué enseñarle la Ley? "Más valdría ver a la Tora devorada por el fuego —decía un doctor algo ex-

71 Ciertos rabíes hasta afirmaban que aprender palabra por palabra era de obligación legal.
72 Véase más adelante, pág. 301.
73 Lc., VII, 31, 32.
74 *Baba Bathra*, XXI, 9.
75 Flavio Josefo: *Antigüedades judías*, IV, 8-12; *Contra Apión*, II, 25.
76 II Tim., III, 15.

cesivo— que oír sus palabras en labios de mujeres [77]." El mismo, evidentemente misógino, aseguraba que "instruir a una niña era como iniciarla en la obscenidad". En lo que quizá pueda verse una alusión a lo que ocurría entre los paganos, donde la educación de las mujeres las ponía en continuas relaciones con los hombres, con gran daño de la moral. Ésta no era, sin embargo, la opinión de todos los rabíes, y el mismo tratado talmúdico que excluye a las niñas de la instrucción, registra también esta máxima de un sabio: "Todo hombre está obligado a enseñar la Tora a su hija." Si juzgamos según el ejemplo de la joven Virgen María, podemos pensar que muchas jóvenes judías conocían la Escritura tan perfectamente como sus hermanos: cuando ésta improvisa el *Magnificat,* le acuden a la memoria tantas reminiscencias bíblicas que han podido contarse más de treinta [78].

Los graves estudios que seguían no impedían solazarse a los niños de Israel. El profeta Zacarías nos muestra las calles de Jerusalén animadas por los juegos de niños y niñas [79]: ¡es cosa de todos los tiempos! El Evangelio alude a los chicos que imitan a los adultos jugando a la boda o al entierro [80]. Ya Job nos entera que las niñitas jugaban con animalitos, hasta con "leviatanes", es decir cocodrilos pequeños [81]; también jugaban con muñecas. En las excavaciones se han encontrado animalitos en cerámica, principalmente pájaros del género de aquellos a los cuales, según el *Evangelio* (apócrifo) *de la Infancia* [82], el niño Jesús habría devuelto la vida, carracas, canicas decoradas y dados; sin duda toleraban en este caso una derogación a la Ley que prohibía representar seres vivientes. En las losas, en diversos lugares, sobre todo en Meguido, se ven grabadas rayas que llevan a pensar en el juego de la rayuela.

La enseñanza que puede llamarse "primaria" se prolongaba, para los que querían especializarse en los estudios religiosos, mediante una enseñanza del más alto grado. Para seguirla había que ir a Jerusalén e inscribirse en una de las *beth-ha-midrash,* escuelas que dirigían los más célebres doctores de la Ley. Así hará el joven tarsiota Saulo, futuro apóstol Pablo, cerca del rabí Gamaliel. Pero

[77] *Sota,* IX, a.
[78] Lc., I, 47-55.
[79] Zac., VIII, 5.
[80] Mt., XI, 16, 17.
[81] Job., XL, 24.
[82] Cf. *Les Evangiles apocryphes* de F. Amiot.

no se trataba de adquirir otros conocimientos que los de la religión y de su práctica; la idea misma de una cultura profana era inconcebible en Israel. Eran futuros doctores de la Ley lo que se formaba en esos cenáculos donde la casuística era reina: el común de los niños judíos no iba tan lejos [83].

V. Mayoría

El tratado talmúdico *Pirké Aboth,* "Sentencias de los Padres", del que lo esencial es seguramente anterior al cristianismo, fijaba así los estadios del desarrollo del niño. "A los cinco años debe comenzar los estudios sagrados; a los diez, debe entregarse al estudio de la tradición; a los trece, ha de conocer toda la Ley de Yavé y poner en práctica sus principios; a los quince empieza el perfeccionamiento de los conocimientos [84]." Aparte de los que querían "perfeccionar sus conocimientos" religiosos, a los trece años, los jóvenes judíos paraban, pues, sus estudios. A esa edad, todavía tierna, eran legalmente mayores. Lo que se explica por la precocidad segura de la raza. A los trece años, un niño israelita ya ha salido de la infancia, aun cuando no sea capaz de discutir, como el Niño Jesús, con los doctores de la Ley instalados en los atrios del Templo [85]. En lo sucesivo, se verá obligado, como los adultos, a recitar tres veces por día la famosa oración del *Shema Israel,* por la cual todo creyente debía proclamar su fe en el Único; deberá ayunar regularmente, los días prescritos, principalmente el gran día de la fiesta de la Expiación; emprenderá las peregrinaciones tradicionales, y cuando entre en el Templo tendrá acceso al "Atrio de los hombres". Es, pues, un israelita de pleno derecho.

Por eso el día del *Bar Mizva,* en que el joven al alcanzar la mayoría de edad era proclamado "hijo de la Ley", se señalaba con una ceremonia religiosa, en la que el niño debía leer en público un pasaje de la Ley, y con grandes regocijos. Esa fecha contaba enormemente en la vida judía: aún hoy, en Israel, en los medios menos

[83] Sobre esta suerte de seminarios rabínicos, véase más adelante pág. 174 y pág. 425 y sigts.
[84] *Pirké Aboth,* V, 21. Es impresionante comprobar que San Lucas, en su evangelio, traduce una gradación en el desenvolvimiento de Jesús por el cambio de las expresiones que él emplea; habla primero del *recién nacido* (II, 16), después del *niño* (II, 40), después del *Niño Jesús* (II, 43), por último dice Jesús, simplemente (II, 52).
[85] Lc., II, 40 y sigts.

religiosos, se le ha conservado un carácter casi litúrgico: se lleva solemnemente al joven del "kibutz" al punto de la frontera en que tomará su guardia armada para la defensa de la tierra sagrada; o bien se le saca un poco de sangre destinada a transfusiones. Al llegar a la mayoría, el hijo de Israel, hoy como hace dos mil años, debe comprender que pertenece a una comunidad.

Por lo demás, le espera un deber que la comunidad le impone. Pero ¿es solamente un deber? "El hombre joven es como un potro que relincha —dice también el Talmud—: se exhibe, cuida su tocado; es que busca mujer." A lo cual, realista, el rabí que formuló esa sentencia agrega: "Pero, casado, se parece a un asno, cargado de pesados fardos [86]."

[86] Comentario al *Eclesiástico* R, I, 2. Es interesante comparar los métodos de educación en Israel con los del mundo pagano y después con los del cristianismo. Para ello, acúdase al libro clásico de H. Marrou, *Histoire de l'Education dans l'Antiquité*, París, 1948.

CAPÍTULO II

FAMILIA, "HUESO MÍO Y CARNE MÍA"

I. "Hueso mío y carne mía"

Cuando el joven Jacob fue a casa de su tío Labán en busca de trabajo y de una esposa, éste, al reconocerlo como miembro de su parentela, le dijo: "Sí, eres hueso mío y carne mía [1]." La fórmula figurada, bien en el estilo concreto de la Biblia, era de uso corriente en el pueblo del Libro. Traducía una sólida realidad.

La familia era, en Israel, la célula de base de la sociedad, la piedra angular de todo el edificio. En tiempos remotos, hasta constituía una entidad jurídica, una parte de la tribu; en tiempo de Jesús quizá no estuviera tan firmemente construida como en la época patriarcal, en que el individuo no existía rigurosamente frente a ella, pero seguía siendo muy importante. Sus miembros se sentían verdaderamente "los mismos huesos, la misma carne"; tener la misma sangre es tener la misma alma. La legislación se había desarrollado partiendo de ese principio. Además, había multiplicado los preceptos para mantener la permanencia, la pureza, la autoridad de la familia. En la medida —casi universal— en que los judíos querían permanecer fieles a la Ley, seguían reconociendo a la familia un lugar determinante en la sociedad. Por lo demás, no era sólo, naturalmente, una entidad social, sino una comunidad religiosa. Tenía sus fiestas especiales, cuyo celebrante era el padre, en las cuales tomaban parte todos sus miembros. Ceremonias muy importantes impuestas por la Ley tenían acentuado carácter familiar; así, la Pascua, que se celebraba en familia [2]. Ese vínculo religioso era tan firme, que en el Evangelio y en el libro de Hechos

[1] Gén., XXIX, 14.
[2] Ex., XII, 3; XIII, 8.

de los Apóstoles vemos a padres de familia, al convertirse a la doctrina de Jesús, arrastrar con ellos a todos los suyos [3].

El vocablo "familia" cubría una realidad más amplia que hoy. En arameo la palabra *aha*, en hebreo *ah*, significaba al mismo tiempo hermano, medio hermano, primo, hasta pariente cercano. Así, Abraham dijo a su sobrino Lot: "Somos hermanos" [4] palabra que también empleó Labán para calificar a Jacob. En el primer libro de las crónicas [5], se califica a los hijos de Kis como hermanos de las hijas de Eleazar, cuando en realidad son primos hermanos. Seguramente seguía esta costumbre en tiempo de Jesús [6].

Cada cual se regocijaba de cuanto dichoso sucedía a un miembro de la familia, y también esperaba sacar algún provecho. Los judíos que tenían éxito practicaban el nepotismo en gran escala, y sin la menor vergüenza; ya fuesen pontífices como Anás, reyes como los Herodes, o simplemente personajes influyentes como Filón de Alejandría. En cambio, si ocurría una desgracia a uno de sus miembros, todos estaban afligidos; una deshonra, todos se sentían deshonrados. En la enseñanza de los rabíes se repetía que no sentirse "responsable de su hermano" era portarse como verdadero Caín [7], y se exaltaba el ejemplo del patriarca José, quien, perdonando a sus malvados hermanos que habían querido matarlo, no vaciló, llegado a visir del Faraón, en abrirles los brazos y en instalarlos en la tierra de Gesen [8]. Así es como debía portarse un verdadero israelita. La sangre formaba un lazo que nada podía romper, del que cada uno se sentía beneficiario. Era, pues, capital para el hombre asegurarse la permanencia de la familia, es decir, casarse.

II. Tomar mujer

Tal era, además, la primera orden dada por el Eterno al primer hombre y a la primera mujer: "Creced y multiplicaos [9]." Lo que

[3] Jn., IV, 53; Act., XVI, 34; XVIII, 8.
[4] Gén., XIII, 8.
[5] I Par., XXIII, 21, 22.
[6] Se sabe que es la ambigüedad del término la que provocó las famosas discusiones sobre los "hermanos" de Jesús, cuya existencia destruiría la tradición cristiana de la Virginidad perpetua de María (cf. *Jésus en son temps*. Índice de las cuestiones discutidas).
[7] Gén., IV, 9.
[8] Véase todo el final del libro del Génesis.
[9] Gén., I, 28.

un rabí comentaba con estas fuertes palabras: "Un célibe no es verdaderamente un hombre [10]." Por eso se consideraba el celibato como una anomalía, casi una vergüenza. Había, sin embargo, en la época de Jesús, solteros por vocación, aquellos de quienes el Evangelio dice "eunucos que se han hecho tales por amor del reino de los cielos" [11]: los esenios, por ejemplo, esos monjes de la asombrosa secta de las orillas del mar Muerto, cuya biblioteca, descubierta en 1947, ha hecho correr tanta tinta [12]. Y los "nazareos" guardaban, por voto, el celibato, o, en todo caso, la continencia durante cierto tiempo [13]. Entre los primeros cristianos, si bien San Pablo se muestra favorable al celibato [14], es seguro que varios Apóstoles, entre ellos San Pedro, y muchos jefes de la Iglesia, estaban casados [15]. Sin embargo, parece que la soltería progresó bajo la influencia de las costumbres paganas, y que había principalmente más mujeres solteras que en los tiempos antiguos: pero sin duda, no se debía, en la mayoría de los casos, a las altas razones espirituales que San Pablo tenía en la cabeza.

Para asegurarse mejor la permanencia de la raza y de la familia, los antiguos hebreos habían admitido que un hombre podía tener varias mujeres. La poligamia estuvo de uso corriente; los reyes, aun cuando eran "santos de Dios", como David y Salomón, se dieron harenes muy poblados, señal de poderío [16]; por razones económicas, el hombre común se conformaba con una o dos esposas [17]. Si la primera esposa era estéril, el marido estaba obligado a tomar una segunda, o a tener una concubina. "La esposa de la juventud", de que habla Isaías [18], no estaba repudiada, sino que tenía un "doble", lo que se explicaba tanto mejor por cuanto las mujeres orientales envejecen pronto; esto no dejaba de presentar muchas dificultades. Por lo demás, ni siquiera se necesitaban razones para que las concubinas fuesen admitidas en el hogar: el vocablo hebreo que las designa, *pilegés*, era de origen extranjero —*pallas* en griego, *pellex* en latín— lo que permite pensar que la esclavitud contribuía a desarrollar el uso del harén, al menos entre

[10] *Com. al Génesis*, V, 2
[11] Mt., XIX, 12.
[12] Véase más adelante, pág. 441.
[13] Véase más adelante, págs. 438-441.
[14] I Cor., VII. Modificará su punto de vista más tarde: Ef., V, 25.
[15] Mt., VIII, 14; Mc., I, 30; Lc., IV, 38; I Cor., IX, 5.
[16] Jue., VIII, 30; II Sam., I, 2; II, 13; I Rey., XI, 1.
[17] I Sam., I, 2.
[18] Is., LIV, 6.

los ricos, pues los pobres no tenían los medios de alimentar a varias mujeres.

¿Se mantenían esas costumbres en tiempo de Cristo? Es muy difícil decirlo. Se tiene la impresión de que había dos corrientes en la tradición sobre este punto. Nos damos cuenta consultando el Talmud. El tratado *Yebamoth* ha recogido opiniones contradictorias. "Un hombre puede desposar cuantas mujeres quiera", decía un rabí; otro permitía que la esposa cuyo marido tomaba una concubina se divorciara; otro más limita el harén a cuatro mujeres [19], fórmula a la cual, como es sabido, se atendrá Mahoma [20]. Pero un haz de tradiciones religiosas, aún más profundas que la Ley mosaica, representaban a la monogamia como la unión ideal querida por Dios y conforme con la naturaleza. En el relato de la creación de la mujer [21] el misterioso juego de palabras: "Se la llamará *ischa* porque ha sido sacada de *is*", se interpretaba como la constitución de la unión monógama. El primer polígamo señalado por la Biblia era Lemek, un descendiente de Caín: mala referencia [22]. El Libro de Tobías, esa historia familiar, sólo presentaba uniones monógamas. En los escritos proféticos, el ideal del matrimonio único era, para Oseas, Jeremías, Isaías, Ezequiel, el símbolo de la Alianza entre Yavé e Israel [23]. Una secta llamada "sadoquita" se jactaba de ser estrictamente monógama. Y la prueba de que el casamiento único correspondía a un alto ideal se la hallaba en la prohibición absoluta hecha al Sumo Sacerdote de tener más de una mujer [24]. Parece que en tiempo de Jesús, a la vez bajo la influencia de esa tradición y sin duda también del ejemplo dado por los griegos y los romanos, dominaba la monogamia. Si Jesús no se pronunció formalmente contra la poligamia, la elevación con que habla del casamiento excluye toda práctica del harén: revocando las concesiones hechas por Moisés a la debilidad humana, quiere que la pareja humana esté unida física, moral y espiritualmente, y por toda la vida. El amor se hace sacramento [25].

19 *Yebamoth*, LXV, a, y XLIV, a.
20 *Corán*, IV, 3.
21 Gén., II, 21-24; el juego de palabras está en el versículo 23.
22 Gén., IV, 19.
23 Jer., II, 2; Ez., XVI, 8; Os., II, 9; Mal., II, 14.
24 *Yoma*, XIII, a.
25 Se han citado a veces las palabras de San Pablo (I Tim., III, 2; Tito I, 6) donde se precisa que el obispo y los diáconos no pueden tener más que una sola mujer, como suponiendo la poligamia entre los primeros cristianos. Los textos en cuestión se refieren a la prohibición de nuevo casamiento a los viudos.

Se casaban temprano, en Israel. Gran número de rabíes pensaba que, para el hombre, la edad de dieciocho años era la más conveniente. Se aconsejaba al padre que casara al hijo "mientras todavía lo tenía cogido por el cuello". Los doctores de ideas más amplias admitían que podía esperarse a los veinticuatro años para tomar mujer, pero los más austeros aseguraban que "el Santo Único —bendito sea— maldecía al hombre que a los veinte no se había casado" [26]. En lo que se refiere a las niñas, las casaban en cuanto eran núbiles, es decir, legalmente, a los doce años y medio. La Virgen María, cuando dio a luz a Jesús, debía de ser una joven de apenas catorce años.

El doctor que aconsejaba al padre que casara al hijo "mientras todavía lo tenía cogido por el cuello", reconocía un estado de hecho: en la mayoría de los casos eran los padres quienes casaban a sus hijos. Se decía que las uniones conyugales se decidían en el cielo, por el propio Dios, cuarenta días antes del nacimiento del futuro esposo, pero eran evidentemente los padres quienes invocaban esa tradición para justificar su elección. El padre del futuro esposo tenía la iniciativa, puesto que era su familia la que aumentaría de una unidad; así se hacía desde los tiempos de los patriarcas y de los Jueces. Por lo demás, la sabiduría de los rabíes daba excelentes consejos a los padres: no estaba bien casar a una joven con un hombre de edad, ni a una joven pequeña con un hombre alto [27]. Ocurría, sin embargo, que el joven dejara hablar a su corazón y eligiese él mismo a su mujer: es lo que hizo Esaú, pero de lo cual Isaac y Rebeca quedaron muy afectados [28]. Por eso los rabíes repetían a los jóvenes: "Vacilad mucho antes de elegir una mujer. No penséis en la belleza, ésta pasa; pensad en la familia." Si a algún joven loco se le ocurría llevar al hogar una mujer de condición inferior a la suya, su padre rompía en la calle un barril lleno de frutas, gritando que jamás reconocería a la descendencia de la intrusa, cuyos hijos se dispersarían lejos de la familia, como esos melones, esos higos, esas algarrobas que rodaban por el camino [29]. Lo que no impedía que ciertos rabíes dieran este consejo: "Baja un peldaño al tomar mujer" [30] ante el temor de ser despreciado por la hija de clase más elevada con quien se casara.

26 *Kiddouchim*, XXIX, 6.
27 *Sanhedrin*, LXXVI, 6; *Bekhorot*, XLV, 6.
28 Gén., XXVI, 34.
29 William: *Marie, Mère de Jésus*, pág. 147.
30 *Yebbamoth*, XLIII, a.

Como se ve, los sabios de Israel tenían profundo conocimiento del casamiento y de sus problemas...

III. Interdicciones y obligaciones

La Ley hacía más que dar consejos: en ciertos casos formulaba interdicciones, en otros, obligaciones. Siempre, cae de su peso, en interés de la familia. Al dar a su pueblo su Ley, el Señor dijo: "No tomes a sus hijas —de extranjeros— para tus hijos, y sus hijas, al prostituirse ante sus dioses, arrastren a tus hijos a prostituirse también ellos ante sus dioses" [31]. Por lo demás, tal fue el ejemplo de los Padres: Abraham mandó buscar para Isaac una novia de su raza, y cuando Jacob llegó a la edad de casarse, lo enviaron en busca de una mujer entre los primos del país de Arán. A ese principio estricto de "endogamia" permanecieron fieles los israelitas, cuando menos en teoría, durante mucho tiempo. Al regreso del Exilio, Nehemías se rebeló, con vehemencia, contra esos judíos que introducían en su familia "hijas de Azdod, de Amón y de Moab, incapaces de hablar en judío"; en su furor hasta llegó a arrancar los pelos a los culpables [32]. ¿Se mantuvo esa severidad hasta los días de Cristo? La intransigencia de los reformadores provocó protestas en todos los tiempos. No podía disimularse que, al fin y al cabo, el primogénito de Abraham nació de una egipcia, que Moisés tomó por mujeres a una madianita, quizá a una etíope, que Rut, antepasada de David, era moabita, y que Betsabé, la esposa —adúltera— del gran rey era más que probablemente hitita [33]... Es asombroso comprobar que ni en el Nuevo Testamento ni en ningún tratado del Talmud, se encuentran huellas de la antigua prohibición del casamiento "exogámico", contraído fuera del cuadro del Pueblo elegido. ¿Quizá porque fuera natural? ¿Por que la unión con extranjeras estaba sujeta, por el uso, por la opinión, a una condenación que se hallaba incluida en el horror que los judíos sentían por todo cuanto era pagano?

Había uniones que la Ley prohibía formalmente: las uniones consanguíneas. El principio general se leía en la Ley: "Ninguno de vosotros se acercará a una consanguínea suya para descubrir su

[31] Ex., XXXIV, 15, 16.
[32] Neh., XIII, 23 y sigts.
[33] Gén., XVI, 15; Ex., II, 21; Núm., XII, 1, etc.

desnudez [34]." De ahí una reglamentación minuciosa de lo que debía entenderse por consanguinidad —minuciosa, aun cuando bastante asombrosa por algunos de sus olvidos. Estaban prohibidas: la unión del hijo y de la madre (la Ley no decía nada de la del padre y de su hija, quizá recordando a Lot...); la unión de un hombre con una de las mujeres de su padre; la unión de un hombre con su hermana o medio hermana (pero Abraham, ¿no se había casado con su medio hermana Sara?); la unión del sobrino con la tía (pero la madre de Moisés y de Aarón, ¿no era tía del padre de éstos?), y nada prohibía al tío casarse con su sobrina (caso que hasta parece haber sido frecuente); la unión de un hombre con su nieta, con su nuera, con su cuñada (salvo el caso del *levirato* que ahora veremos) estaba proscrito; hasta estaba prohibido casarse con dos hermanas, sin duda porque eso le resultó muy mal a Jacob, esposo de Raquel y de Lea [35]. Esas interdicciones eran dirimentes, y es seguro que aún se respetaban en la época de Jesús. La Ley sancionaba severamente su transgresión; los culpables habían de ser muertos, aun quemados vivos [36]. Pues Yavé había dicho: "Son abominaciones."

Si un israelita no siempre podía casarse según le agradara, en cambio había un caso en que estaba obligado a casarse con una mujer, aunque no tuviese ganas. Cuando un hombre moría sin dejar hijo, su hermano o su heredero tenía que casarse con la viuda para suscitarle una posteridad que se reputaba ser la del muerto. Tal era el precepto del *levirato* —del latín *levir* que traduce el hebreo *yaham,* cuñado. La Ley lo definía de modo muy estricto, pero se había puesto en práctica, en diversas épocas, bajo modalidades diferentes. Si un hombre se sustraía a ese deber, la viuda frustrada tenía el derecho de arrancarle la sandalia y escupirle a la cara, gritando: "Mi cuñado se niega a suscitar a Israel el nombre de su hermano; no quiere cumplir su obligación de cuñado tomándome por mujer [37]." Lo cual, en suma, era menos grave que el castigo que se dio al demasiado célebre Onán, que obligado a casarse con la viuda de su hermano, empleó la más sencilla de las prácticas anticoncepcionales para no tener una posteridad que no le

[34] Lev., XVIII, 6.
[35] He aquí algunas de las referencias de esas interdicciones. Lev., XVIII, 7; Deut., XXVII, 20, etc.
[36] Lev., XX, 11 y 14.
[37] Deut., XXV, 7-10.

pertenecería, por lo cual Dios lo hizo morir [38]. Es absolutamente seguro que el levirato estaba en uso en tiempo de Jesús. Recuérdese la pregunta capciosa que sus enemigos le hacen respecto de la mujer que ha perdido sucesivamente siete maridos, el primero, y luego sus seis cuñados-esposos, y le pide que diga con cuál de ellos resucitará: los evangelistas sinópticos, al referir este apólogo, indican que los adversarios de Jesús se refieren a un precepto legal siempre en uso, tan imperioso como en el tiempo en que Rut obtuvo de Boz que lo aplicara en su propio beneficio [39]. Pero, hay que decirlo, esta aplicación era tan delicada que se necesitó no menos de casi todo un tratado del Talmud, el *Yebemoth*, para codificarla.

IV. De los esponsales al casamiento

Hecha la elección de la esposa, por los padres o por el joven, comenzaba el período preparatorio del casamiento, el de los esponsales. Tenía gran importancia, sobre todo en el caso en que los futuros esposos se conocían poco, o nada. Era corriente que durara un año. Bastante extrañamente, ignorando el "plazo de viudez" del Código Napoleón, los judíos admitían que los esponsales fuesen sólo de un mes para las viudas.

Frente a nuestras leyes, sólo el casamiento es acto y compromiso absoluto: la ruptura de promesa no crea derecho a reparación sino raramente, si hay escándalo y perjuicio. En el derecho judío era muy distinto. Se distinguían claramente los dos estados, esponsales y casamiento; unos jóvenes que se concertaban en vista de la unión eran esposos, pero no serían considerados como verdaderamente casados sino cuando, según los términos del Deuteronomio, haya "tomado a la esposa en su casa" [40]. La "toma de posesión", la *hajnacha*, era verdaderamente la "reunión" de dos seres para toda la vida; la palabra tenía los dos sentidos. Así, en el Evangelio según San Mateo, el ángel dice a José: "No temas recibir en tu casa a María, tu esposa" [41], es decir, para que de novia "pase a esposa".

Pero, distinguidos en teoría, los dos estados se confundían de

[38] Gén., XXXVIII, 9. (El pecado de Onán no es pues el vicio solitario, como se cree comúnmente, y como lo dicen los diccionarios).
[39] Mt., XXII, 23; Mc., XII,18; Lc., XX, 27 (véase Deut., XXV, 6 y Rut, IV, 10).
[40] Deut., XX, 7.
[41] Mt., I, 20.

hecho. Es que la Ley reconocía al estado de esponsales prerrogativas y obligaciones casi idénticas a las del casamiento. La novia sospechosa de infidelidad se sometía a la famosa "prueba del agua amarga" prevista por el texto santo [42]; el *Protoevangelio de Santiago*, uno de los apócrifos más difundidos en la primitiva Iglesia, refiere que se le impuso a la Virgen María [43]. Reconocida culpable de adulterio, la novia había de ser lapidada, como la esposa. En cambio, gozaba de garantías legales: no podía ser repudiada sino por un libelo de divorcio; si su novio moría, se la asimilaba a una viuda; el hijo concebido durante los esponsales era reputado legítimo. Ese estado preparatorio se parecía, pues, singularmente al estado matrimonial definitivo.

Antes de proceder al casamiento quedaba por arreglar una cuestión importante: la de la dote. A decir verdad, no era dote en el sentido que sabemos: no era el padre de la novia quien daba a su hija dinero o bienes, sino él quien los recibía. La costumbre era sumamente antigua: se menciona en la Biblia muchas veces [44]. Llamaban *mohar* la donación que el novio debía dar al padre de su futura esposa. ¿Era un "precio de compra"? Los árabes aseguran que el *mahr* es tan sólo un elemento del pacto de alianza concertado entre ambas familias ... Se lo discute. En todo caso, la Ley preveía su pago en el caso en que un seductor, obligado por la Ley a casarse con la que él había seducido, era negada por el padre: el *mohar de las vírgenes* era en este caso exigible [45]. De todos modos, se debatía largamente, en interminables discursos. Se admitía, interpretando un texto del Deuteronomio [46], que cincuenta siclos de plata —unos 160 francos oro— constituían un mohar aceptable. Una vez fijada la cantidad, se firmaba un contrato en buena y debida forma, un miércoles si se trataba de una doncella, un martes para una viuda, y siempre a mediados del mes, pues la luna llena traía suerte. Pero el novio no quedaba libre por eso de toda obligación financiera. Estaba obligado por la costumbre a hacer a su futura un conjunto de regalos, el *matan*, que no era el *morgengabe* del derecho germánico, la indemnización debida después de la primera noche de boda, sino más bien una constitución de bienes viudales, que la mujer guardaría en caso

[42] Núm., V, 11-31.
[43] Véase D. R.: *Les Evangiles de la Vierge*, pág. 143.
[44] Gén., XXXIV, 12; I Sam., XVIII, 25; véase también Ex., XXII, 16.
[45] Ex., XXII, 15.
[46] Deut., XXII, 27.

de viudez. También ocurría que ciertos padres, para realzar el prestigio de su hija, le hiciesen el regalo de una verdadera dote, los *siluhim,* pero el siracida decía, en el capítulo XXV, que "es una vergüenza para un hombre que lo mantenga su mujer".

¿Se exigían siempre todas esas formalidades en tiempo de Jesús? No es seguro. Una concepción más elevada de la situación de la mujer había hecho, sin duda, que algunos apartaran la vieja costumbre de la "compra de la novia", reemplazada por el establecimiento de un simple "certificado de casamiento". También parece que, en ciertos casos, el novio "entraba" en una familia, como Jacob entró en la familia de Labán [47], en la que se sentían dichosos en acogerlo, aun sin mohar, porque le traía su fuerza, su juventud, su ardor al trabajo: así había de ser en las familias que sólo tenían hijas, donde el hombre que aseguraba la posteridad era como un salvador [48]. El padre de la joven declaraba: "Hoy eres mi yerno", y todo estaba dicho.

En fin, todo estaba arreglado, concluido, firmado. Habíase cumplido el tiempo de los esponsales. Llegaba el momento de la celebración del casamiento, el día de la boda, al que Jesús alude tan a menudo en sus parábolas, como un día de fiesta insigne entre todos, al que la tradición cristiana dará un sentido místico cuando hable de las "bodas del esposo". De preferencia se casaban en otoño: recogidas las cosechas, hecha la vendimia, la mente estaba libre y el corazón en paz; y, además, es la estación de las noches exquisitas, en que tanto gustan las largas vigilias. Se convocaba a toda la parentela: se invitaba a todo el pueblo, a los amigos, y a los amigos de los amigos; así vemos, en Caná, a Jesús convidado a una boda con todos sus discípulos [49]. Podían llegar de lejos, pues valía la pena; las festividades duraban mucho.

La víspera del gran día, el novio iba, acompañado por sus amigos, en busca de su novia a casa de los padres. Para la circunstancia se ponía un traje de fiesta; algunos hasta llevaban una diadema, para obedecer las indicaciones del profeta Isaías [50], o para imitar al rey Salomón [51]. Se formaba una comitiva, bajo la dirección del "amigo del esposo", verdadero maestro de cere-

47 Gén., XXIX, 15.
48 Véase sobre estas cuestiones Milar Burrows: *The Basis of Israelite Marriage,* y E. Neufeld: *Ancient Hebrew Marriage Laws.*
49 Jn., II, 2.
50 Is., LXI, 10.
51 Cant., III, 11.

monia, que iba a su vera, atento a todo, y "loco de alegría" [52]. Llevaban a la novia en un palanquín, los cabellos sueltos bajo el velo que le cubría la cara, con placas doradas en la frente [53]. Y a lo largo del camino los concurrentes repetían los "cantos nupciales" que se transmitían de generación en generación, cuyo florilegio se halla en el Cantar de los Cantares: "¿Qué es aquello que sube del desierto, como columna de humo, como humo de mirra e incienso y de todos los perfumes exquisitos? [54]"

Así llegaban a la casa del novio. Los padres pronunciaban entonces una fórmula de bendición, que los asistentes repetían, expresando los votos que hacían todos por la felicidad y la fecundidad de la futura unión: el texto santo ofrecía buen número, que era conveniente saber [55]. Era prácticamente el único elemento religioso del casamiento. La velada transcurría jugando, bailando; el novio tomaba parte alegremente, pero la joven permanecía con sus amigas en la habitación que se le había reservado.

Al día siguiente, el gran día, la atmósfera era de regocijo, de fiesta popular. Los mozos organizaban juegos, concursos de destreza. ¿Irían las jóvenes a bailar en los viñedos, cantando para atraer a los casaderos? El Talmud lo asegura. Al anochecer servían una comida, en la que hombres y mujeres comían aparte. Era el momento de los regalos. Las amigas de la novia la rodeaban, vestidas de blanco —diez por lo general—, y, si hemos de creer la famosa parábola de las vírgenes prudentes y de las vírgenes necias, llevando lámparas encendidas. La futura desposada se había colocado bajo un dosel: el *hupah,* ritual desde hacía tiempo [56], como una reina, puesto que todo ese ceremonial era real. Sin duda cantaba entonces los himnos de amor, tan hermosos, del Cantar de los Cantares: "¡Bésame con besos de tu boca! ¡Son tus amores más suaves que el vino! ¡Llévame tras de ti!" A lo cual, caminando hacia ella, el novio respondía: "Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven. Ven paloma que anidas en las hendiduras de las rocas . . . [57]"

Por último, llegaba el esposo. ¡Afortunadas las vírgenes juiciosas que tenían bastante aceite en sus lámparas para alumbrar ese en-

52 Jn., III, 29.
53 Tratado del Talmud *Sota,* X.
54 Cant., III, 6.
55 Gén., XXIV, 60; Tob., IX, 11; Rut, IV, 11.
56 Jl., II, 16; Sal., XIX, 6.
57 Cant., I, 2 y II, 13.

cuentro! "¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres!", cantaba el esposo. Y pasando revista a los encantos de su amada, los alababa con imágenes poéticas que también le proporcionaba el texto sagrado: su cabellera negra como las cabrillas de los montes de Galad, sus dientes blancos como ovejas que suben del lavadero, cintillo de grana sus labios, mitades de granada sus mejillas. Delante de los esposos reunidos echaban granos en el suelo, o bien aplastaban una granada —viejos ritos de fecundidad—, y se rompía un vaso que contenía perfume. ¿Había entonces una promesa solemne, una bendición dada por el representante de la comunidad? No se sabe bien; el ritual judío actual dejaría creer que así era y que, "bajo el dosel", se contraía verdaderamente la unión. En todo caso, lo cierto es que la fiesta recomenzaba, más alegre aún, más ruidosa. Se comía mucho; también se bebía mucho, hasta el punto que a veces faltaba el vino, como ocurrió en Caná, en Galilea, adrede, diríase, para que Jesús hiciera ahí el primero y más amable de sus milagros.

Siete días, a veces hasta el doble, duraba la fiesta. Pero la primera noche ya se eclipsaba la joven pareja y se consumaba el casamiento. Una costumbre algo ingenua quería que se guardara, como recuerdo de la noche de boda, la ropa manchada de sangre, porque había leído el capítulo veintidós del Deuteronomio, que enseñaba que había que tener "pruebas" contra una futura calumnia del marido. Tras lo cual no se hacía viaje de boda, pero el joven matrimonio volvía a participar en los festines, en los cantos y en las danzas, bajo la bóveda azul tachonada de estrellas.

V. El padre de familia

Una vez constituida la célula familiar, pronto aumentada con los hijos, era absolutamente independiente. Al revés de lo que se observaba entre los *felah* de Siria, y lo que aún se ve entre los del Haurán, donde el jefe de familia, el *cheij el beith,* administra una familia acrecida, formada del conjunto de su descendencia y aun de sus colaterales [58], en Israel cada matrimonio era autónomo. En el Evangelio no se encuentran comunidades familiares, sino parejas: José y María, Zebedeo y Salomé, Zacarías e Isabel. La propiedad misma debía ser simplemente familiar.

[58] Le Play ha consagrado ya a esas "familias agrandadas" una de sus investigaciones: *Paysans en communauté de Bousrash.*

El padre era verdaderamente el jefe de la familia, en el sentido más estricto del vocablo. Hasta su mujer lo llamaba *baal* (señor) o *adon* (amo). La palabra "familia" se traducía corrientemente por *la casa del padre.* En principio, sus hijos y sus hijas eran su propiedad absoluta. Podía disponer de ellos a su antojo. Tenía el derecho, si era necesario, de venderlos como esclavos. Si cometían una falta grave, podía condenarlos a muerte [59]. Esos principios terribles se suavizaron en el correr de los siglos. Por eso se estableció pronto que el padre de familia sólo ejercería el derecho de vida y de muerte bajo la fiscalización de los Ancianos [60]. En tiempo de Jesús no se hablaba más de eso y tampoco del derecho de vender a los hijos. Pero las prerrogativas del padre de familia, seguían careciendo de medida común con las que conceden a los padres los Códigos modernos. Éste era verdaderamente el *oikodespotes,* el "déspota doméstico", como dice el texto griego del Evangelio.

Todo estaba sometido a él. Como el griego *oikia,* el vocablo hebreo *beth* significaba a la vez la familia, la casa en que vivía, los bienes que le pertenecían. El padre tenía la responsabilidad de los tres, y, también sobre los tres, derechos inmensos. En varias oportunidades Jesús pone en escena a ese padre de familia, a ese *oikodespotes* poderoso, sólidamente instalado en la vida, a quien los hijos guardan gran respeto, que vigila para poner en su campo una semilla selecta, que defiende sus bienes contra los ladrones, que distribuye el trabajo a los jornaleros y les paga equitativamente su salario. En suma, la imagen reducida del Padre Eterno.

De modo que el respeto que los hijos le debían estaba muy cerca del que debían a Dios. El famoso mandamiento del Decálogo: "Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años" [61], es evidentemente la transposición de un precepto más categórico: el hijo que no honra a sus padres debe ser condenado a muerte; y la Ley, efectivamente, condenaba a la pena capital al hijo rebelde [62], o al que "maldecía a su padre y a su madre" [63]. Esta severidad, en tiempo de Jesús, no había de tener aplicación sino en casos muy graves. Pero él no deja pasar una oportunidad para recordar la importancia de ese precepto: por ejemplo, cuando expone al joven rico

[59] Sobre los derechos del padre en la época antigua véase especialmente: Gén., XXII; Jue., XI, 34; I Sam., I; Ex., XXI; Gén., XXXVIII, etc.
[60] Deut., XXI, 19.
[61] Ex., XX, 12.
[62] A menos que Dios se encargara de ello. Ejemplo: Absalón. Ex., XXI, 15.
[63] Lev., XX, 9.

lo esencial de la Ley divina [64]. San Pablo, escribiendo a sus amigos de Éfeso, llega a decir que honrar a sus padres es el "primero de los mandamientos" [65] al que vaya unido una promesa.

¿Qué debía entenderse por "honrar" a sus padres? El libro del Eclesiástico ya lo explicaba [66]. Pero los rabíes de Israel eran inagotables en comentarios sobre esta obligación y en historias muy ejemplares que mostraban cómo había que someterse a ella: por ejemplo, la del hijo perfecto a quien el padre, en un momento de cólera golpeó con la sandalia y que, al escapársele la sandalia al furioso, la recogía y se la entregaba besándole la mano; o la de aquel otro que, al saber que su padre había sido arrestado por las autoridades, se fue a ocupar su lugar para recibir, también en su lugar, los golpes de los vigilantes [67]...

¿Eran tan admirables todos los hijos? Basta con abrir el Evangelio para estar seguro de que no. Ciertamente se hallan "hijos sumisos a sus padres" de los cuales el más ejemplar es el mismo Jesús. Pero la historia del hijo pródigo muestra bastante que entonces, como en todos los tiempos, había mozos que procedían como se les antojaba. Y el mismo Jesús explica cómo los malos hijos, para no ayudar con su dinero a sus viejos padres, declaraban que habían hecho ofrenda de sus bienes al Templo —esto se llamaba "hacer corbán"— astucia que consentían los fariseos [68]. Lo que muestra cuán cierto es que las mejores leyes no bastan para hacer perfectos a los hombres...

VI. La mujer en Israel

Los derechos muy amplios que el padre tenía sobre todo lo que constituia su familia se aplicaban también, en gran medida, a su mujer. En principio, el marido no tenía ningún derecho legal sobre la persona de la esposa; no podía citarse ningún texto sagrado que lo reconociera formalmente. Pero algunos se prestaban a la exégesis, una exégesis de la cual los hombres, evidentemente, supieron aprovecharse. Por ejemplo, Yavé, al formular los diez mandamientos dijo: "No desearás la casa de tu prójimo, ni la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su asno, ni su buey, ni nada de cuanto le pertenece [69]." De esa enumeración los hombres se mostraban demasiado propensos en llegar a la conclusión de que su mujer les "pertenecía" como un bien. Por lo demás, tan cierto es que se la consideraba como una dependencia del marido, que, según la Ley, la mujer de un esclavo se vendía con él [70]. Bien sumamente precioso la esposa, al que nadie tenía el derecho de tocar: a costa suya lo aprendió el faraón cuando se llevó, sin saberlo, a la esposa de Abraham, lo que le valió que Dios lo castigara con terribles plagas [71]. Esos viejos preceptos y esas antiguas lecciones ¿tenían aún fuerza de ley en tiempo de Jesús? Se tiene la impresión —piénsese en el episodio de la mujer adúltera— de que la moral conyugal no había disminuido mucho en rigor desde los tiempos remotos y que, viendo a las mujeres romanas o griegas gozar de una libertad muy inquietante, los maridos judíos estaban más bien propensos a la severidad.

La mujer debía a su marido absoluta fidelidad, sin poder exigir reciprocidad. El esposo no tenía el derecho de venderla, pero tenía el de repudiarla sin ninguna dificultad, mientras que los casos en que ella estaba autorizada a pedir el divorcio eran raros. Desde todos los puntos de vista, la jerarquía que la sociedad le reconocía era inferior. Una sentencia de los rabíes decía que todo hombre debía cada día agradecer a Dios que no lo hubiera hecho nacer mujer, ni pagano, ni proletario [72]. Las mujeres no comían con los hombres, sino de pie, les servían la mesa. En la calle, en los atrios del Templo, estaban aparte. Vivían en la casa, y a menudo las ventanas que daban a la calle tenían rejas, para que no las vieran [73]. En tiempos pasados no salían sino veladas [74], y el uso había de quedar en ciertos medios particularmente rigoristas. Hablar a una mujer en la calle era, para un israelita, un gran despropósito, ¡sobre todo si era la suya! Cuando los Apóstoles ven a Jesús conversando con una mujer, la samaritana, Juan el Evangelista reconoce que están muy asombrados [75]...

[64] Mt., XIX, 19.
[65] Ef., VI, 2.
[66] Eclo., III, 1-16.
[67] Se hallarán anécdotas de este género en los extractos del Talmud, de Cohen, págs. 234 y sigts.
[68] Mt., XV, 4, 5.

[69] Ex., XX, 17 y Deut., V, 21.
[70] Ex., XXI, 3.
[71] Gén., XII, 10-20.
[72] *Menakhoth*, XLIII, b.
[73] Jue., V, 28; Cant., II, 9.
[74] I Sam., I, 12.
[75] Jn., IV, 27.

Legalmente se consideraba a la mujer como una menor, una irresponsable: los compromisos que tomaba podían ser reprobados por su marido, y el que los había aceptado no tenía ningun recurso. En justicia, salvo circunstancias muy excepcionales, no se tenía en cuenta su testimonio. En fin, como regla general, no heredaba, ni de su padre, ni de su marido.

Eso no quiere decir que no tenía ningún derecho. Al contrario, porque era débil, la ley la protegía. Basta con leer los capítulos XXI y XXII del Deuteronomio para convencerse: la joven que había sido seducida por un hombre, aún más la que había sido violada, la mujer cuyo honor había sido alcanzado por la calumnia, hasta la cautiva a quien el vencedor se sentía tentado a tratar como carne de placer, eran defendidas por el texto sagrado. Naturalmente, todo el sostén material de la esposa incumbía al marido, que debía alojarla, alimentarla, vestirla [76], según su nivel y sus medios; mal sostenida, podía pedir ayuda a su padre, que amonestaría al yerno. Pero, en general, no era necesario; a los maridos judíos les interesaba tener mujeres bien vestidas, adornadas con arracadas, anillos y pulseras, y que se supiera que en su casa, la flor del trigo, la miel y el aceite corrían en abundancia; así trataba Yavé a su esposa, la Nación elegida, en el apóstrofe célebre de Ezequiel [77]. El respeto que los hijos debían a los padres incluía evidentemente a la madre: el Levítico hasta la citaba en primer lugar en su mandamiento: "Venere cada cual a su madre y a su padre [78]." Aun cuando, en principio, el marido era el único gerente de la comunidad de bienes del matrimonio, parece que a la mujer no le estaba prohibido emplear a su antojo sus ganancias personales; la esposa perfecta, dice un Proverbio: "Ve un campo y lo compra, y con el fruto de sus manos planta una viña [79]. Las hilanderas a domicilio, que producían más de cuanto necesitaban para su casa, guardaban el producto de sus ventas.

Desde el punto de vista religioso, la situación de la mujer israelita se definía con un axioma que el Talmud ha conservado: "Las mujeres están exentas de las obligaciones formuladas por *Tú debes*, de todas aquellas cuya ejecución tiene lugar en un tiempo determinado [80]." Es decir, no estaban obligadas a recitar el *Schema*,

[76] Ex., XXI, 10.
[77] Ez., XVI, 10.
[78] Lev., XIX, 3.
[79] Prov., XXXI, 16.
[80] *Kid.* I, 7.

asistir a la lectura de la Ley, llevar filacterias y franjas en sus mantos, vivir bajo la tienda en la fiesta de los Tabernáculos... Pero esos deberes no les estaban prohibidos, y, "frente a todos los preceptos de la Tora —decían los rabíes—, hombres y mujeres están en el mismo plano" [81]. Hasta se les aconsejaba que conocieran bien la Ley para educar a sus hijos... e incitar al marido a cumplir con sus obligaciones religiosas.

Cae de su peso que, en el pequeño reino que es el hogar doméstico, la mujer era reina. Y, como en todo tiempo, lo sabía... Su papel material era tanto más considerable cuanto que. como en la mayoría de los pueblos antiguos, numerosos productos que compramos fabricados en taller o en fábrica dependían de la industria familiar: los tejidos, por ejemplo, que se hilaban y tejían en casa. La esposa era quien tenía la tarea de hacer el pan: triturar los granos entre las dos piedras llanas del molinito que cada pareja tenía, amasar la pasta con sus manos, llevar en la cabeza la artesa de madera con la masa fermentada, por último cocer, ya sea llevándola al horno ya sea extendiendo la masa en una plancha de metal caliente para obtener galletas, trabajo que exigía tanta destreza como fuerza física. También era la mujer, normalmente, quien iba a buscar agua a la fuente; encontrar en la calle a un hombre con un cántaro en la cabeza, era un espectáculo raro [82]. Igualmente a la mujer incumbía proveer el aceite —y a esa costumbre se le hallaba un sentido simbólico—, especialmente el aceite muy puro que debía arder en la lámpara del Sabat, esa lámpara cuya llama tenía que vigilar la esposa, para que no se extinguiera durante el día santo: el tratado *Sabbat* asegura que las que se olvidaran de proporcionar el aceite y de mantener la llama morirían de parto [83].

De modo que la mujer era tan indispensable al hombre de Israel como a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los países. Y, como siempre y en todas partes, los hombres se vengaban de estar de tantos modos atados al sexo débil, tan dependientes de él, que acribillaban a sus compañeras con mil malicias. Del Antiguo Testamento se sacaría sin trabajo una muy edificante antología de la misoginia; los Profetas, en particular, se distinguían por la vehemencia de sus dichos sobre las mujeres: son ridícu-

[81] *Baba Kamma*, XV, a.
[82] Jesús, para la preparación de la Cena, dice a sus discípulos: "Os saldrá al encuentro un hombre con un cántaro de agua" (Mc., XIV, 13): esto basta como signo distintivo.
[83] *Sabbat*, II, 6.

lamente vanidosas, dice Isaías, voluptuosas y perversas, agrega; crueles, dice Amós; llenas de duplicidad, concluyen Jeremías y Ezequiel [84]. Los apócrifos sobrepujan: el *Testamento de los Patriarcas* sólo reconoce en ellas ocasiones de fornicación [85]. En cuanto a los rabíes, sus aforismos sobre las mujeres son innumerables, y a menudo sin indulgencia. "El Señor dio a la humanidad diez medidas de palabra, pero las mujeres se quedaron con nueve..." "Golosas y perezosas, celosas y peleadoras, así son las mujeres, y además escuchan en las puertas." "¿De qué parte del hombre sacaré a la mujer? —se dijo el Omnipotente—. ¿De la cabeza? Será demasiado orgullosa. ¿Del ojo? Será demasiado curiosa. ¿De la oreja? Escuchará en las puertas. ¿De la boca? Charlará. ¿De la mano? Será pródiga. Por último, tomó una parte del cuerpo muy obscura, muy oculta, con la esperanza de hacerla modesta [86]..."

No obstante, no todos los doctores de la Ley compartían esa misoginia. Se atribuía a uno de los más ilustres, el rabí Gamaliel, que fue maestro de San Pablo, este encantador apólogo: "Un emperador dice al Sabio: Tu Dios es un ladrón: necesitó, para crear a la mujer, robarle una costilla a Adán dormido." Como al doctor le era dificultoso contestar, su hija le dijo: "Deja que yo me encargue." Se fue en busca del emperador y le declaró: "Traigo una queja. —¡Ah! ¿Por qué? —Unos ladrones se introdujeron en casa durante la noche y robaron un aguamanil de plata, dejando en su lugar un aguamanil de oro. —¡Así tuviera yo cada noche visitas semejantes! dijo el emperador, riendo—. Pues bien: es lo que hizo nuestro Dios. Le quitó al primer hombre una simple costilla, pero en cambio le dio una mujer [87]." Otros rabíes alababan la penetrante inteligencia de las mujeres, su devoción al trabajo, su tenacidad, su buen corazón. Por lo demás, ¿no preconizaba la Santa Escritura el respeto a la mujer? ¿No dijo el primer hombre ante la primera mujer: "Esto sí que es ya huesos de mis huesos y carne de mi carne? [88]" ¿No ordenó Dios que "todo hombre deje a su padre y a su madre para adherirse a la mujer y

[84] Por ejemplo: Is., III, 16 y XLVII, 1-8; Am.. IV, 1; Jer., III, 1; Ez., XVI, 1.
[85] *Bible apocryphe* de J. Bonsirven, pág. 117.
[86] Numerosas citas de este género en los extractos del Talmud, por Cohen, pág. 213.
[87] *Ibid.*, pág. 212.
[88] Gén., II, 23.

ser con ella una sola carne"? [89] ¿Acaso no decía el Libro de los Proverbios que "hallar una mujer es gran favor de Yavé"? ¿No se representaba a la Sabiduría con el aspecto de mujer? [90] ¿No ofrecía acaso la historia muchos ejemplos de mujeres admirables por su coraje, su generosidad, su espíritu de sacrificio, su grandeza de alma? De Débora a la madre de los macabeos, de Rut a Judit y a Ester, ¡qué lista podría hacerse! En la perspectiva mesiánica, en fin, ¿no era posible representarse una Eva nueva, la virgen pura de Sión, que, rescatando la falta cometida por la primera Eva al inducir al hombre a la tentación, ayudaría a que se cumplieran los divinos designios? [91]

Grandes ejemplos, grandiosas imágenes. Contribuían a asegurar a la mujer israelita una situación moral, en definitiva, más hermosa que la de la mujer griega o romana. El ideal que se le proponía era noble. Han de recordarse los versículos que el siracida dedica a la mujer: "Dichoso el marido de una mujer buena, el número de sus días será doblado. La mujer de valer alegra a su marido, cuyos años llegarán en paz a la plenitud. La mujer de valer es una fortuna. Los que temen al Señor la tendrán. Y sea rico, sea pobre, su corazón será feliz." Y más lejos: "La gracia de la mujer es el gozo de su marido. Su saber le vigoriza los huesos. Un don de Dios es la mujer callada, y no tiene precio la discreta. Y no tiene precio la mujer casta [92]." Y es conocida la definición lírica que, en su último capítulo, el Libro de los Proverbios da de la mujer fuerte según Dios, "cuyo precio se eleva por encima de todas las perlas", que proporciona el bienestar a su marido, sabe ganar su corazón, hila, cocina, vigila la lámpara, trabaja día y noche, viste sin embargo con elegancia y ayuda a su esposo en sus relaciones sociales.

Magnífico cuadro: es hermoso que Israel lo concibiera, que lo propusiera como modelo a las mujeres de su raza. Aun cuando nos veamos obligados a notar que ese ideal femenino está concebido únicamente en función del hombre, de su felicidad, de su prosperidad, en función de los intereses de la familia... Será uno de los aportes decisivos del mensaje de Jesús la promoción de la

[89] Prov., XVIII, 22, y XIX, 14.
[90] Prov., VII, 4, y VIII, 22-31.
[91] Es el texto de Proverbios, VIII, 22-31, el que sugiere esta imagen: es él el que el cristianismo interpreta con Gén. III, 15 como anunciando el papel de la Virgen María.
[92] Eclo., XXVI, 1-4.

mujer, su elevación a la jerarquía de persona, y no ya solamente de madre de numerosos hijos, de excelente ama de casa, de auxiliar del hombre, cuando el amor del hombre por la mujer es ya un sacramento [93].

VII. Flaquezas y fracasos de la felicidad conyugal

Pero, ¡ay! Todas las esposas no eran semejantes a la mujer fuerte de la Escritura. Así como no todos los maridos eran amables, fieles y generosos... En Israel había, como en todas partes, malos matrimonios. Como la Biblia fue redactada por hombres, pone, naturalmente, mucho más en evidencia los defectos femeninos que echan a perder la felicidad conyugal, que los defectos masculinos. El Libro del Eclesiástico pasa por alto púdicamente lo que puede ser un mal marido, obtuso, ávido, vanidoso, mentiroso, adúltero, pero detalla con mayor cuidado lo que es una mala esposa, por el estilo de aquella cuyo marido se ve obligado "a buscar refugio en casa de los vecinos, a quienes refiere amargamente sus miserias". ¿Hablaba por experiencia el siracida? Su acento convencido dejaría creerlo. "Todas las heridas del mundo no alcanzan a las que puede hacer la maldad de una mujer." "No hay veneno sobre el veneno de la serpiente y no hay cólera sobre la cólera de la mujer." "Cualquier maldad es pequeña al lado de la maldad de la mujer." "Prefiero morar con un león o un dragón, a habitar con una mujer maligna [94]."

¡Pobre marido! Cómo se comprende que "se le ensombrezca el rostro y que sea como un oso". ¡Más le valdría, puesto que llegamos a las comparaciones zoológicas, "tener entre sus manos un escorpión"! Los rabíes decían que entre los hombres que no verían la "Gehena" se hallaban los que hubieran tenido en la tierra una mujer mala; habrían cumplido su purgatorio por anticipado. Y cuando un hombre se casaba, le preguntaban, riendo: "¿Será para *matza* o para *motze*?" Pues si el Proverbio decía: "El que halla —*matza*— una buena esposa es feliz", el Eclesiástico exclamaba: "Hallo —*motze*— que es la mujer más amarga que la muerte [95]."

[93] Remitimos a D. R.: *De l'Amour humain dans la Bible.*
[94] Eclo., XXV, 13.
[95] Prov., XVIII, 22; Eclo., VII, 28.

Sin embargo, había peor que la mujer de carácter agrio: la mujer adúltera. Con ella, la Ley, protectora de la familia, era sumamente severa. Más que con el hombre, lo que se comprende, teniendo en cuenta los principios sobre los cuales descansaba el matrimonio en Israel. En doctrina, todo adulterio estaba prohibido; el mandamiento de Yavé era formal: "No cometerás adulterio [96]." Los rabíes hasta asimilaban ese crimen con el supremo crimen de ateísmo, porque, había escrito Job, "espera la oscuridad el ojo del adúltero diciendo: Nadie me verá" [97], en tanto que Dios lo ve todo. Algunos de ellos llegaban a enseñar que, para luchar contra el adulterio, había que condenar no sólo el acto, sino la mirada, la mala intención [98], esa "concupiscencia en el corazón" de la que con tanta fuerza hablará Jesús.

Pero la definición del adulterio no era la misma para la mujer que para el hombre. Toda mujer infiel era considerada como adúltera, porque, dice el Eclesiástico, "desobedeció la Ley del Altísimo y además pecó contra su marido, dándole hijo de varón extraño" [99]. El interés de la familia quiere que el adulterio femenino sea severamente castigado. En cambio, no se exige la fidelidad del marido, puesto que su mala conducta no alcanza a la familia; sólo comete un crimen cuando seduce a una mujer casada o a una novia, porque entonces afecta a la familia ajena.

La mujer sospechosa de adulterio quedaba sometida a la ordalía de que hemos hablado al referirnos a las novias, la prueba del agua amarga. El Libro de los Números lo explicaba minuciosamente [100]: la sospechosa tenía que beber una horrorosa mezcla a base de polvo recogido en el Templo: si vomitaba o se enfermaba, su culpabilidad se daba por cierta. Tomada en flagrante delito, era condenada a muerte [101]. La "arrastraban por el cuello del vestido" ante los asistentes y la ejecutaban. La pena de lapidación no estaba especificada en el Deuteronomio, sino en el caso de novios infieles; más tarde se aplicó a la adúltera propiamente dicha la pena de estrangulación [102]. Pero, según la célebre escena de la "mujer adúltera" referida por San Juan, parece que en aquel

[96] Ex., XX, 14, y Deut., V, 18.
[97] Job, XXIV, 15.
[98] Comentario al Lev., R., XXIII, 12.
[99] Eclo., XXIII, 33.
[100] Núm., V, 11, 31.
[101] Deut., XXII, 22; Lev., XX, 21; Jn., VIII. 5.
[102] Strack-Billerbeck, II, pág. 519.

tiempo muchas mujeres infieles caían muertas bajo las piedras que les arrojaban los presentes. ¿Seguían aplicando en toda su severidad las otras penas previstas por la Ley [103]: es decir, examinar a sus hijos para establecer su ilegitimidad y excluirlos de la comunidad? El siracida se mantuvo en la vieja noción bíblica de la responsabilidad colectiva; desde los profetas Jeremías y Ezequiel se admitía más la responsabilidad individual y es dudoso que aquella medida se aplicara todavía.

En cuanto al hombre sorprendido con una mujer casada o con una novia, era ejecutado con ella. Pero si el acto estuvo precedido de violencias, si había arrastrado a su víctima a un lugar apartado donde todo pedido de auxilio hubiera sido inútil [104], moría él solo. Si se trataba de una esclava concubina, no se aplicaba la pena de muerte, pero se debía una indemnización a su propietario, y en el Templo debía celebrarse un sacrificio expiatorio [105]. Como se ve, estaban bien tomadas las garantías para salvaguardar los derechos y la pureza de la sangre: en muy distinto punto de vista se colocará Jesús para condenar el adulterio, mancilla del alma, ataque a la vida interior antes que a los intereses familiares.

El adulterio era uno de los casos en que se quebraba la unión conyugal, lo que parece admitir que no todos los maridos engañados enviaban a su mujer a la muerte. Interpretando el versículo del Deuteronomio en que se dice que un hombre puede repudiar a su mujer "si descubre en ella algo vergonzoso" [106], la mayoría de los rabíes enseñaba "la mujer que ha cometido adulterio debe ser repudiada" [107]; algunos llegaban a decir que ése era un deber religioso; pero ese caso estaba lejos de ser el único. En la medida —amplia, según se ha visto— en que la mujer pertenecía al marido, éste podía librarse de ella sin proceso. Por lo demás, los doctores de la Ley no estaban de acuerdo sobre las razones que podían autorizar una repudiación. Algunos interpretaban la palabra "vergonzoso" del Deuteronomio como significando "repelente o desagradable": ¡lo que llevaba lejos! La escuela más generosa enseñaba que con eso debía entenderse sólo la infidelidad; pero otra admitía que bastaba para que una esposa fuera considerada como desagradable y repelente, ¡que regularmente le fallara la cocina! El rabí

[103] Eclo., XXIII, 24-26.
[104] Deut., XXII, 27.
[105] Lev., XIX, 20.
[106] Deut., XXIV, 1.
[107] *Kethouboth*, III, 5.

Akkiba hasta consideraba como razón suficiente para repudiar a su mujer el haber encontrado una más hermosa [108]. Hay que notar, sin embargo, que el hombre no podía repudiar a la mujer con quien se vio obligado a casarse luego de haberla seducido virgen, que la locura no era un caso de divorcio, pero la esterilidad, comprobada durante diez años, sí lo era.

En cuanto a la mujer, en teoría, no tenía ningún derecho a pedir el divorcio; el único medio que le quedaba para conseguirlo era hacerse insoportable a tal punto que el marido tomara la iniciativa de la ruptura. No obstante, la enseñanza rabínica admitía que la Asamblea podría "ejercer una fuerte presión" sobre el marido para que aceptara repudiar a su esposa, en cierto número de casos: la impotencia debidamente establecida; la negativa de cumplir correctamente sus deberes conyugales; la brutalidad habitual; una enfermedad repugnante, incurable, la lepra por ejemplo; el cambio de oficio y la adopción por el marido de un trabajo asqueroso, como el de recogedor de excrementos de perros para el curtidor; o también la decisión de abandonar Palestina para irse a vivir lejos [109].

Para divorciarse no era necesario presentarse ante un tribunal. En tiempos antiguos el marido que expulsaba a su mujer infiel debía, si juzgamos según el profeta Oseas, acusarla delante de sus hijos y gritarle: "ni ella es mi mujer ni yo soy su esposo". Y si ella se negaba, la desnudaba y la exponía desnuda como el día en que nació [110]. Esos métodos muy enérgicos no se usaban ya en la época de Jesús. Desde hacía tiempo —ya lo dicen Isaías y Jeremías— el marido debía remitir a su mujer un libelo de divorcio, como se dice en San Mateo, costumbre que un versículo del Deuteronomio fundaba en derecho [111]. Varios tratados del Talmud, principalmente el tratado *Gittin*, proporcionan modelos de esos libelos de divorcio, en que el marido tenía que decir formalmente que era su expresa voluntad despedir a la mujer, y no menos formalmente que ésta quedaba libre de vivir a su antojo y de volver a casarse.

En realidad la suerte de la mujer repudiada no era muy envidiable: Isaías ya lo había dicho: ordinariamente vivía en la aflicción [112]. En la mayoría de los casos tenía que volver a casa de los

[108] *Gittin* (tratado talmúdico de divorcio), IX, 10.
[109] Todos esos casos son señalados por Cohen en sus extractos del Talmud, págs. 221-223.
[110] Os., II, 2.
[111] Is., I, 9; Jer., III, 8; Mt., V, 31, y Deut., XXIV, 1.
[112] Is., LIV, 6.

padres. Sin embargo, salvo cuando la había echado por infidelidad, los hijos quedaban a su cuidado, los niños hasta la edad de seis años, las niñas hasta que se casaran. El marido le debía una indemnización, la *ketuba*, relacionada con la dote que la mujer había recibido y con la situación del matrimonio. Los rabíes habían establecido una lista de circunstancias que evitaban el pago de la *ketuba*, pero todavía quedaban bastantes en que era obligatoria para prevenir eficazmente los divorcios apresurados. Una de las chanzas clásicas era aplicarle al marido que tenía una mujer insoportable, a la que no podía pagar la *ketuba*, el versículo del primer capítulo de las Lamentaciones de Jeremías: "Me entregó Yavé en manos a que no puedo resistirme."

Por esa razón, y por otras, los divorcios no eran tan frecuentes en Israel como podría imaginarse. Escribir un libelo de repudio, que luego tenía que ser comunicado oficialmente a la comunidad, no se hacía en un simple momento de cólera. Y tampoco reunir los fondos para la indemnización. Por otra parte, ya se había perdido la cantidad entregada por el padre en el momento de las nupcias, lo que era de considerar. Y también por otra parte, se atraía la cólera, quizá la venganza, de la familia de la esposa repudiada. Curiosamente, la Ley no permitía que luego se cambiara de parecer y se volviera a tomar a la ex-esposa si ésta quedaba libre [113].

Y sobre todo la corriente general de la opinión no estaba por el divorcio, al contrario de lo que se observaba en Roma, donde, dice Carcopino, se asistía "a una epidemia de separaciones conyugales, a pesar de las leyes de Augusto, o más bien a causa de ellas" [114]. En Israel jamás habían "despreciado la dignidad del casamiento". El ideal que proponía el Libro Santo era evidentemente opuesto al divorcio: se lo aceptaba como un mal menor. El último Profeta cuya voz resonara, Malaquías, dedicó todo un desarrollo fulgurante a condenar esa práctica, que él asimilaba a la traición hacia Dios, y tuvo esta frase terrible: "El Eterno mismo acusa a los que se divorcian a la ligera [115]." Rabí Schammai daba una enseñanza análoga: "El altar mismo derrama lágrimas sobre el marido que repudia a su mujer."

Todos recordamos el famoso diálogo que refiere el Evangelio

113 Deut., XXIV, 1-4; Jer., III, 1.
114 Libro citado en nota de pág. 95.
115 Mal., II, 13.

según San Mateo, confirmado, además, por los otros dos sinópticos [116]: "Se le acercaron unos fariseos con propósito de tentarle y le preguntaron: —¿Es lícito repudiar a la mujer por cualquier causa? Jesús respondió: —¿No habéis leído que al principio el Creador los hizo varón y hembra? Y dijo: —El hombre dejará, pues, al padre y a la madre para unirse a su mujer y no serán más que una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre—. Ellos le replicaron: —Entonces, ¿cómo es que Moisés ordenó dar libelo de divorcio al repudiar? —Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres, pero al principio no fue así. Y yo digo que quien repudia a su mujer (salvo caso de adulterio) y se casa con otra, adultera."

Ahí se daba un nuevo paso, decisivo. Se proclamaba el carácter sagrado del matrimonio con más fuerza de cuanto lo había sido hasta entonces, y el pequeño inciso —"salvo caso de adulterio"— contribuía a afirmar su indisolubilidad insinuando la legitimidad de una separación sin nuevo casamiento. Será ésa la enseñanza cristiana por excelencia, la nueva doctrina del casamiento, la que San Pablo precisará aún más [117]. El antiguo precepto mosaico era superado —como tantos otros habían de serlo por la caridad de Cristo, tal la famosa "ley del talión". Pero, ¿no podemos encontrar, en cierta medida, el origen de esta doctrina en lo que había de más elevado, de más puro, en la tradición familiar de Israel?

116 Mt., XIX; Mc., X; Lc., XVI.
117 I Cor., VII, 12-16.

CAPÍTULO III

PEQUEÑOS Y GRANDES. POBRES Y RICOS

I. De las tribus a las clases sociales

La célula familiar ¿hallábase incluida en conjuntos más vastos? En tiempos remotos fue así. Se conoció la agrupación de familias, verdadera familia ampliada, que se llamaba *la casa* —esencialmente el clan— y que se designaba con el nombre de su fundador, verdadero o supuesto. El texto sagrado señalaba muchas veces la existencia, por ejemplo mostrando a Eleana, padre del santo inspirado Samuel, yendo a Silo "con toda su casa para ofrecer a Yavé el sacrificio anual" [1]. Se conoció sobre todo *la tribu,* formación típica de la época nómada, asociación de clanes teóricamente unidos por la consanguinidad, vinculados unos a otros históricamente por tradiciones más o menos legendarias, místicamente por ceremonias, comidas en común, mezcla de la sangre, militar y administrativamente por la obediencia a un mismo jefe. La división, célebre, en doce tribus se hacía llegar a la bendición de Jacob a sus doce hijos [2]; todo israelita se sabía de memoria la lista: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Zabulón, Isacar, Dan, Gad, Aser, Neftalí, José, Benjamín. Se admitía que, desde la obra organizadora del gran Moisés, esa división sirvió de base administrativa al Pueblo elegido, aun cuando sea casi imposible reconstituir en la Biblia la historia de cada una de las tribus, y ni siquiera probar que hubo una división oficial en doce tribus simultáneas.

Esas fórmulas tradicionales ya no tenían importancia, ni casi existencia, en tiempo de Jesús. Seguía hablándose de "la casa" cuando se trataba de afirmar una filiación ilustre: el evangelista

[1] Sam., I, 21.
[2] Gén., XLIX.

no dejará de señalar que Jesús pertenece a la "casa de David". En las familias se conservaban listas genealógicas que llegaban muy lejos, algunas hasta Abraham... En cuanto a lo que dependía de la tribu, sólo significaba algo para la de Leví, cuyos miembros tenían el privilegio de proveer los servidores del Templo, los levitas [3]. Sin embargo, sentaba bien proclamarse de la tribu de Judá o de la de Benjamín, las que volvieron a poblar el país sagrado con verdaderos fieles después del Exilio. Aparte eso cuando se hablaba del "pueblo de las doce tribus" era como referencia a la historia o bien pensando en el fin de los tiempos, en el día glorioso en que, como lo dice San Pablo al rey Herodes Agripa, "se cumplirá la esperanza" [4], cuando, según el Apocalipsis, al terrorífico sonido de las siete trompetas se hará el recuento de los elegidos [5].

Desaparecida la división horizontal, otra vertical la reemplazó, admitiendo que no hubiese existido siempre: una estratificación social. Empero, no tenía nada en común con la que se observaba en Roma, donde la división dependía del dinero; los *humiliores* eran las gentes sin capitales declarados y contados; los *honestiores,* los burgueses a quienes la posesión de 5.000 sestercios hacía las veces de honorabilidad; los dos órdenes nobiliarios, el *orden ecuestre* y el *orden senatorial,* sólo se reclutaban entre los favorecidos por la fortuna, poseedores de 400.000 sestercios para los caballeros, de un millón para los altos personajes que proporcionaban los legados y procónsules de las provincias ricas, y los comandantes de las legiones. En Israel una sola clase podía enorgullecerse de una primacía, porque estaba revestida de una dignidad religiosa: la clase sacerdotal. "En diferentes razas —escribe Flavio Josefo— la pretensión a la nobleza se funda en clases diversas: entre nosotros, una conexión con el clero es el sello de un nacimiento ilustre [6]." De modo que en teoría, los "duques y pares" eran los jefes de las ocho familias que tenían el honor de proveer la madera de los holocaustos del Templo [7] y en cuyo seno se elegía el Sumo Sacerdote. Pero, en realidad, la clase sacerdotal había perdido enormemente prestigio desde que dejó a los escribas, cuya importancia veremos, que se plantaran como especialistas de la santa

[3] Véase más adelante, pág. 420.
[4] Act., XXVI, 6.
[5] Ap., VIII, 2.
[6] *Vie,* I, 1.
[7] *M. Taanit,* IV, 5.

Ley y en defensores de los valores tradicionales, sobre todo desde que los romanos y los príncipes herodianos domesticaron a sus jefes.

¿En qué, pues, descansaba la jerarquía social? En realidad, como en el Imperio romano, en el dinero. Es asombroso comprobar que en todo el Nuevo Testamento, no se alude una sola vez a una diferencia entre lo que llamaríamos plebeyos y nobles, pero en cambio se ven continuamente pobres y ricos. ¡Cuántas parábolas de Jesús se refieren a esa jerarquía que establece la fortuna, la que nuestra sociedad del siglo XX conoce también! Al contrario de lo que debía observarse en el Occidente de la Alta Edad Media, la clase dirigente no se afirmaba en razón de los servicios que prestaba, sino en razón de lo que poseía y de las relaciones políticas que tenía, pues esto y aquello iban juntos.

Pero lo que diferencia radicalmente a Israel de los otros pueblos de la antigüedad era su actitud frente a la desigualdad social, frente a los privilegios del dinero. El principio religioso era absoluto. Fuera de los miembros de la clase sacerdotal, reputados tenedores de un carisma, todos los judíos laicos eran rigurosamente iguales entre sí. El famoso grito de San Pablo se refiere a ese gran principio: "¿Son hebreos? También yo. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son descendientes de Abraham? También yo [8]." Vale decir: somos iguales; valgo tanto como ellos. Un *humilior* romano no se sentía el igual del rico patricio a quien se encontraba yendo al senado con toga de púrpura, acompañado por su clientela; pero en el atrio del Templo, cuando alzaba los brazos hacia el cielo en la plegaria, el más miserable de los fieles sabía que para Yavé era el igual de Herodes.

Había, pues, en la tradición de Israel, una corriente igualitaria, de que dan testimonio innumerables textos sagrados, casi podría decirse una corriente revolucionaria que tendía a derribar, en el plano sobrenatural, las jerarquías de la tierra. La Palabra inspirada no decía sólo al rico: "No te apoyes sobre las riquezas y no digas: «Me basto a mí mismo» [9]." No se contentaba con ordenarle: "Ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás tu mano y le prestarás con qué poder satisfacer sus necesidades [10]." Iba más lejos. Anunciaba "que levanta del polvo al

[8] II Cor., XI, 22.
[9] Eclo., V, 1.
[10] Deut., XV, 7.

pobre y alza del estiércol al desvalido, dándole asiento entre los príncipes" [11], que Dios "hace justicia al desvalido" [12], es decir, que castigaría "a todo el que no hubiera sido compasivo, y hubiere maltratado al indigente y al mísero" [13]. Al trastrocamiento de la jerarquía social se dedicará Jesús a lo largo de su enseñanza, particularmente en el más sublime de sus discursos, el de las Beatitudes [14]: para él, visiblemente, el rico, el poderoso, es un desdichado que no entrará en el reino de los Cielos así como un camello no pasará por el ojo de una aguja; el pobre, el desheredado de la tierra, conquista gracias para el eterno porvenir. Pero ésa era una enseñanza tan corriente en Israel que una niña como la Virgen María cuando improvisaba, delante de su prima Isabel el canto sublime del *Magnificat* alaba al Señor por haber "derribado a los potentados de sus tronos y ensalzado a los humildes" [15]. Aun cuando, en la práctica cotidiana, los principios de sobrenatural igualitarismo no prevalecían contra la dureza del corazón humano, ejercían en la vida social judía una influencia que se discierne en muchos rasgos.

II. La esclavitud en Israel

Lo más asombroso es la actitud de los judíos frente al hecho capital y terrible de todas las sociedades antiguas: la existencia de la esclavitud. Ciertamente había esclavos en Israel en la época de Jesús: él mismo los hace figurar en gran número de sus parábolas, por ejemplo, la del servidor despiadado, la de la cizaña y el buen grano, la del hijo pródigo, y muchas otras [16]; hasta donde las recientes traducciones emplean el término púdico "sirviente", parece seguro que se trata de esclavos, *servi*. Pero tanto al leer el Nuevo Testamento como a Flavio Josefo, nunca se tiene la impresión de que entre los judíos hubiera una enorme clase de esclavos, representando como en ciertas grandes ciudades romanas o griegas un cuarto o más de la población y creando un estado permanente de inseguridad social. La misma pequeñez de los salarios que se pagaban a los obreros libres hacía poco rendidora

[11] Sal., CXIII, 7, 8.
[12] Job, XXXVI, 6.
[13] Sal., CIX, 16.
[14] Mt., V, y Lc., VI.
[15] Lc., I, 52.
[16] Mt., X, 24, XX, 27; XXIV, 45; Lc., XII, 35; XVII, 7; Jn., VIII, 35, etc.

la compra de esclavos, a los que había que mantener. Un documento oficial del año 71 indica que en un cantón donde el fisco contaba con 385 contribuyentes, sólo tenían entre todos ellos 44 esclavos, o sea uno para cada nueve [17]. La situación no tiene punto de comparación con la del mundo pagano.

El comportamiento tampoco. Es trivialidad hablar de la severidad de los romanos con sus esclavos, citar el famoso dicho de una matrona romana referido por Juvenal: "¿Es un hombre un esclavo?" o recordar que, legalmente, el esclavo está catalogado entre las cosas, *res* —"una especie de herramienta que puede hablar", decía Varrón—, crueldad que, en muchos casos, parece haber sido desmentida por los hechos, pues los ejemplos de afecto y de bondad de los señores romanos con sus esclavos son numerosos en la literatura [18]. Pero aun cuando sea cierto que entre los romanos las costumbres valían casi siempre más que las leyes, entre los judíos las leyes referentes a la esclavitud eran muy superiores a las de Roma o de Grecia, y como esas leyes eran religiosas, se imponían a las costumbres.

Lo cual no quiere decir que no se hallen en la Biblia y en los textos talmúdicos frases horrorosas sobre la esclavitud. El siracida, que no era evidentemente un corazón sensible, da consejos que Catón el Antiguo no hubiera desaprobado. "El forraje, el palo y la carga, para el asno; el pan, la corrección y el trabajo, para el siervo. Haz trabajar a tu siervo y tendrás descanso; dale mano suelta y buscará la libertad. Como el yugo y las coyundas hacen doblar el cuello, así al siervo malévolo el azote y la tortura; hazle trabajar y no le dejes ocioso" [19]. Ciertos rabíes del tiempo de Jesús no profesaban una opinión más indulgente. Perezosos, disolutos, ladrones, achacaban a los esclavos todos los vicios y los acusaban de odiar a sus señores [20]. Hasta parece que esos eran lugares comunes, charlas; se hablaba de los esclavos como ciertas burguesas hablan de sus sirvientas . . .

Pero también había, en la Biblia y en la enseñanza de los doctores de la Ley, otra tradición, y es seguro que ésta era la que

[17] William: *Vie de Jésus*, pág. 218.
[18] Sobre la esclavitud en el Imperio romano se comparará útilmente el libro de J. Carcopino ya citado, el de Festugière y Fabre indicado en las notas bibliográficas, y la *Vita Romana* de Ugo Enrico Paoli (en francés: *La Vie quotidienne dans la Rome antique*, París, 1955).
[19] Eclo., XXXIII, 25-28.
[20] *M. Aboth*, II, 7; *Yadayim*, IV, 7, etc.

prevalecía en la época de Jesús. El mismo texto del siracida, cuya severidad acaba de apreciarse, sigue con estas frases: "No te excedas con nadie y no hagas nada sin discreción. Si tienes un siervo trátale como a ti mismo [21]." El santo hombre Job decía, más profundamente aún: "El que me hizo a mí en el materno seno, ¿no lo hizo a él también? [22]" Muchas veces el Libro Santo recordaba a los israelitas que ellos habían sido esclavos en tierra de Egipto, y que ese recuerdo debía incitarlos a la misericordia. Por lo demás, la Ley protegía al esclavo, castigaba al señor que lo condenaba a muerte, preveía la liberación de aquel a quien su amo mutilara o saltara un ojo golpeándolo, y aun bastaba con que fuera notorio que lo maltrataba. La mayoría de los rabíes insistía sobre los más generosos preceptos de la Ley. Rabi Jokhanan no comía carne, ni bebía vino sin dar a su esclavo, y se citaba la frase conmovedora del rabí Gamaliel, de quien un quídam se extrañaba de verlo triste por la muerte de su esclavo Tobías, y respondía: "Mi esclavo Tobías era un hombre; era honrado y piadoso [23]."

La Ley, sin embargo, hacía una diferencia considerable entre los esclavos paganos y los esclavos hebreos. Los primeros, comprados en el mercado, como se practicaba en todas partes, estaban menos protegidos que los segundos. Pero no podían ser muertos, ni mutilados, ni maltratados; tenían derecho a un día de descanso [24] y, contrariamente a lo que ocurría entre los romanos, si se escapaban, no debían ser devueltos a sus dueños [25]. Como pertenecían a un israelita, estaban sometidos a varias prescripciones bíblicas, pero no se les podía circuncidar contra su voluntad; si un esclavo se negaba a someterse a esta regla más de doce meses, debía volver a venderse a paganos [26]. En cambio, si aceptaba, desde ese momento se le consideraba como un miembro de la familia, hasta el punto que el esclavo circunciso de un sacerdote tenía el derecho de comer las "cosas santas", los alimentos consagrados [27].

No obstante, aun circunciso, el esclavo de origen pagano no tenía

[21] Eclo., XXXIII, 30-33. Evidentemente, el siracida, que es un hombre práctico, justifica esta mansedumbre precisando: "Pues tú necesitas de él, y si él es desdichado, se irá." No importa, lo mismo estaba dicho.
[22] Job, XXXI, 15.
[23] *Berakhoth*, II, 17.
[24] Ex., XX, 10; XXIII, 12.
[25] Deut., XXIII, 16.
[26] *Yebamoth*, XLVI, b.
[27] Lev., XXII, 10-13.

ni las mismas obligaciones religiosas ni los mismos derechos civiles que los esclavos hebreos [28]. Éstos provenían ciertamente muy poco de la venta: la Ley, que prohibía mantener a un israelita en condición servil contra su voluntad si no era culpable, había de incitar a los traficantes de carne a enviar su ganado humano judío a otros mercados que no fuesen Palestina. Pero había una disposición legal, bastante horrorosa, que reducía a esclavitud al deudor insolvente [29], y al ladrón que no podía restituir lo hurtado [30]. También se veía a pobre gente, que antes que morirse de hambre se constituían esclavos, en cuyo caso el señor les agujereaba el lóbulo de la oreja derecha como señal de servidumbre [31]. La Ley controlaba estrictamente las condiciones en que un israelita podía ser esclavo y sobre todo aquellas en que el amo debía hacerlo vivir. El principio era que había que tratársele exactamente como a un obrero libre, un mercenario [32], no superar unas diez horas de trabajo, hacerlo trabajar sólo de día y no de noche, no emplearlo en tareas de servicio al público —por ejemplo, las de sastre, mozo de baños, barbero—, no hacer nada que pudiese humillarlo [33]. Esas prescripciones eran tan minuciosas, que corría un dicho: "Todo el que compra un esclavo hebreo se da un amo." Y además, había la famosa ley del "año sabático" [34], extraordinaria medida, típica de la más noble tradición judía, que regularmente restablecía el equilibrio social, anulaba las deudas, concedía descanso a todos, aun al ganado y al suelo, y que prevenía: "Si adquieres un siervo hebreo, te servirá por seis años; al séptimo saldrá libre sin pagar nada.[35]" El resultado inmediato era que el esclavo hebreo no valía el vigésimo del esclavo pagano, que no se liberaba —en principio— sino cada cincuenta años, en los años de Gran Jubileo [36]. Parece que en la época de Cristo las medidas legales y las costumbres llegaron a una supresión casi total en Palestina de los esclavos hebreos. Hasta por causa de insolvencia: sólo seguían siendo habituales las ventas de ladrones. Si un israelita era adquirido por un señor pagano, o por otro judío que

28 Sobre los esclavos hebreos véase Éxodo XXI.
29 Estaba empero contradicha por Lev., XXV, 39.
30 Ex., XXII, 3.
31 Ex., XXI, 5.
32 Lev., XXV, 40.
33 *M. Arakhin*, VIII, 5; *Giddushim*, 20, a.
34 Véase más adelante "Los Tiempos de Dios" pág. 381.
35 Ex., XXI, 1.
36 Lev., XXV, 40.

quería llevarlo fuera de Tierra Santa, la Comunidad, a falta de la familia, lo rescataba. Al fin y al cabo Filón tenía razón de escribir que "hasta los que se llamaban esclavos eran en realidad trabajadores" [37].

Es natural que la situación de la mujer esclava, israelita o pagana, fuera diferente de la del hombre. Casada con un esclavo, seguía su suerte si lo manumitían o revendían, salvo si anteriormente perteneció a un amo, que podía guardarla, ella y sus hijos, lo que, por lo demás, desaprobaban los rabíes. Pero, sobre todo, muchas se convertían en concubinas de los señores y de los hijos de éstos. En ese caso, la liberación del año sabático sólo tenía efecto si la mujer lo pedía. Pero la Ley protegía a las esclavas concubinas, prohibía que se vendieran fuera de la familia las que dejaban de satisfacer, manumitiendo automáticamente a las que se casaban regularmente, y no autorizaba que se las separara de sus hijos. Por lo demás, la enseñanza de los rabíes era hostil a la esclavitud femenina. "El que multiplica en su casa los esclavos varones aumenta el robo —decía rabí Hillel—, pero el que multiplica las esclavas hembras acrecienta la lujuria."

Aparte la manumisión obligatoria del esclavo israelita, el séptimo año, numerosos esclavos quedaban liberados por sus amos: algunos porque conseguían acumular un peculio para rescatarse, otros porque su familia los ayudaba, otros porque obtenían esa medida de la generosidad de sus amos. Los rabíes preveían varios casos en que la manumisión era de derecho: cuando el señor había mutilado al esclavo, cuando le permitía que se casara con mujer libre, o inversamente, o cuando lo constituía como heredero suyo. La ceremonia de liberación tenía un carácter religioso: el esclavo, en presencia de su señor, se cubría de *filacterias*, esas pequeñas cápsulas de cuero que contienen cuatro pasajes de la Ley, que se llevaban en la frente y en el brazo izquierdo durante la oración. Tras lo cual los liberados entraban en la comunidad judía —si eran israelitas— con derechos iguales a los de los judíos; si eran paganos circuncisos, con derechos menores. Esos *hofsim* no parecen haber ocupado en Israel el lugar que los manumitidos ocupaban en el imperio romano, donde a menudo se les ve en la primera fila del poderío y de los honores.

La relativa suavidad de la condición servil explica, en cierta

37 *Miroir des Lois*, II, 18. Sobre el conjunto del tema véase R. Salomon: *L'Esclavage en droit comparé juif et romain.*

medida, que Jesús no se interesara especialmente en ella. Por lo demás, es evidente que le preocupa mucho más la esclavitud moral, que todo hombre sufre, por culpa del pecado. "La Verdad que hace libre" es la que nos libra de los vicios. En el plano temporal, Jesús conoce bien la situación del esclavo [38], y la admite, porque, en la perspectiva espiritual, no tiene importancia, pues la verdadera vida no es de este mundo. Pero toda su enseñanza tiende a la anulación de toda diferencia entre amo y esclavo, en el amor universal. San Pablo, en varias oportunidades, dará a los amos admirables consejos de generosidad, a los esclavos consejos de sumisión [39], y no se lee sin emoción la breve esquela a Filemón donde el Apóstol habla tan generosamente de un esclavo fugitivo. En la perspectiva nueva, en el seno de las comunidades de la primitiva Iglesia —como, por lo demás, ocurría entre los esenios— ya no habrá "ni señores ni esclavos", mucho antes que las instituciones nacidas del cristianismo lleguen a eliminar lentamente esa plaga del mundo pagano [40].

III. "NO ABORREZCAS LOS TRABAJOS DE LABOR"

El corto número de esclavos en Israel y también —ya lo veremos— la inexistencia de una clase media análoga a nuestra burguesía, tenían como consecuencia el refuerzo de la categoría social de los trabajadores, los de la tierra y los de oficios. Basta con abrir los evangelios para medir el lugar que ocupaban en la sociedad judía: el labrador y el sembrador, el criador de ganado, el pescador del lago, el carpintero y el albañil, y muchos otros, aparecen sin cesar. Jesús, que pertenecía a esa clase, habla como de hombres a quienes encuentra diariamente, y cuyos modos de vida le son familiares.

Ese hecho y razones religiosas precisas explican que la actitud de los judíos hacia el trabajo físico y los trabajadores fuese totalmente distinta de la de los griegos y romanos. Mientras que en Atenas se repetía el axioma "no se puede hacer un ciudadano con un obrero"; mientras que Luciano, maestro en ironía, hablaba con desprecio del "miserable artesano obligado a ganarse el pan con

38 Mt., X, 24, 25; XX, 27; XXIV, 45-47; Lc., XII, 37; XVII, 7; Jn., VIII, 35.
39 Ef., VI, 5; Col., III, 22; Tit., II, 9.
40 Véase *L'Eglise des Apôtres et des Martyrs*, pág. 670

el trabajo de sus manos", el Eclesiástico decía: "No aborrezcas los trabajos de labor [41]." La obligación de trabajar con sus manos, de "ganarse el pan", fue impuesta por Dios mismo al primer hombre como consecuencia de su pecado, como señal de su condición [42]. Pero la exégesis rabínica proponía de esa orden severa una explicación muy satisfactoria. Se decía que Adán, al oír el Santo Unico anunciar que "la tierra te dará espinas y abrojos" —versículo 18—, se echó a llorar. "Señor —le dijo—, ¿comeré, pues, el mismo alimento que mi asno?" A lo cual Dios contestó con el versículo 19: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan." Lo cual era decir: "Por tu trabajo, te elevas por encima del reino animal [43]."

Toda la enseñanza de la Escritura Santa y la que elaboraban los rabíes tendían, pues, a proclamar la necesidad del trabajo y también su dignidad. Sólo en el Antiguo Testamento se notan más de treinta pasajes en que se expresan esas dos nociones; podrían hacerse más de cien citas del Talmud en el mismo sentido. En cambio, ni en uno ni en otro hay una sola palabra en favor de la ociosidad, y tampoco una sola palabra en que se exprese el desprecio al trabajo. Obligación del trabajo: la célebre máxima de San Pablo —que Lenín hará suya—: "el que no quiere trabajar no coma" [44] resume la constante enseñanza de Israel. Dignidad del trabajo: comentando el versículo del Deuteronomio "Escoge la vida" [45] un rabí tuvo esta palabra admirable: "El Santo Único quiso decir con eso: escoge el trabajo."

El ejemplo llegaba de arriba. Los patriarcas, los profetas, los primeros reyes de Israel ¿acaso no habían trabajado todos? ¿Y Adán mismo, que, aseguraban los rabíes, en el Paraíso cultivaba ya, para gozo suyo, el maravilloso jardín? ... Todos los doctores de la Ley trabajaban para ganarse la vida: R. Aqiba como leñador, R. Joshuá como carbonero, R. Meir como escribano público, R. Jokhanan como zapatero, R. Saúl como enterrador y el gran R. Hillel era de tan modesta condición que, como jornalero, ganaba sólo medio denario por día —alrededor de un franco nuevo—. Apenas es necesario recordar que Jesús y todos los Apóstoles eran trabajadores, artesanos o pescadores del lago o cagatintas, y todos recordamos las altivas afirmaciones de San Pablo, hijo de un tejedor de tiendas,

41 Eclo., VII, 16.
42 Gén., III, 17-19.
43 *Pesakhim*, CXVIII, a.
44 II Tes., III, 10.
45 Deut., XXX, 19.

que practicaba el mismo oficio en el curso de sus jiras apostólicas: "Ni de balde comimos el pan de nadie", y "Vosotros sabéis que a mis necesidades han suministrado estas manos [46]."

Eso no quiere decir que no hubiera una jerarquía entre los oficios. Algunos, como la platería, la fabricación de sandalias, el trabajo de la madera, se consideraban como sobresalientes. En cambio, los esquiladores de ganado y los curtidores, siempre hediondos, eran poco estimados, y aún menos los vendedores de perfumes y de pomadas, que estaban en continuas relaciones con las mujeres de mala vida. La malicia popular agregaba que había oficios todavía peores, "verdaderos oficios de bandidos" entre los cuales se citaban obligatoriamente los marinos, los conductores de caravanas y los tenderos... Pero esas apreciaciones, en las que se puede sospechar celos o algún rencor, no atacaban para nada el principio: "El trabajo es grande; honra a quienes lo ejercen [47]."

De ese principio hacía Israel derivar preceptos regulando las relaciones entre los patrones y los obreros. Éste es un hecho muy poco conocido, y sin embargo es uno de los que más honran al Pueblo elegido: la primera legislación social de toda la historia es judía. Venía de lejos: del propio Moisés. ¿No se lee en el Deuteronomio? "No oprimas al mercenario pobre e indigente, sea uno de tus hermanos, sea uno de los extranjeros que moran en tus ciudades. Dale cada día su salario, sin dejar pasar sobre esta deuda la puesta del sol, porque es pobre y lo necesita. De otro modo clamaría a Yavé contra ti o tú cargarías con su pecado [48]." El principio estaba, pues, planteado, y la aplicación se hacía a los más humildes de los trabajadores, a los jornaleros para todo trabajo, de los que debía de haber gran número, aquellos de que habla Jesús en la famosa parábola de los obreros de la undécima hora [49]. Naturalmente, excelentes textos legales no bastaban para que reinara la justicia social, y el profeta Malaquías, en los antiguos tiempos del regreso del Exilio, debió denunciar violentamente la injusticia de los patrones con sus obreros como el pecado nacional [50]. Pero, en tiempo de Jesús, los rabíes habían trabajado mucho el asunto: habían previsto minuciosamente las condiciones en que los trabajadores debían ser alimentados, alojados, provistos de vestidos,

[46] II Tes., III, 8 y Act., XX, 34.
[47] *Nedarim*, XLIX, 6.
[48] Deut., XXIV, 14.
[49] Mt., XX, 1, 16.
[50] Mal., III, 5.

definido el tiempo de trabajo, las modalidades de pago para aquellos que se comprometían por hora o por medio día, y siempre insistieron en el hecho de que perjudicar a un asalariado era transgredir "cinco preceptos de la Tora" [51].

Los trabajadores no tenían únicamente derechos: la enseñanza religiosa les imponía deberes. La Escritura Santa les pedía —San Pablo se lo recordará— que debían respetar a sus amos, obedecerles y servirlos bien. Los rabíes referían hermosas historias ejemplares en que se trataba de trabajadores perfectos. Un día, rabí José, que era albañil, mientras estaba en su andamio fue increpado por un quídam que llegó a pedirle un consejo en materia religiosa: "Espera a la noche —le contestó el doctor de la Ley—, pues no puedo bajar: me pagan por día y no puedo distraer un minuto de lo que pertenece a mi amo." Y rabí Hilkia, agrimensor, dio la misma contestación a unos importunos que fueron a pedirle que les enseñara una oración para que lloviera. No se sabe si todos los trabajadores judíos tenían un nivel tan alto de la conciencia profesional, pero ya es hermoso que los hombres más escuchados en Israel propusieran esos principios excelentes.

Parece seguro que diversos cuerpos de oficios, en tiempo de Jesús, estaban formados en especies de "guildas", diríase casi sindicatos [52]. Se adivina, leyendo los Evangelios, que los pescadores del lago de Galilea tenían una organización corporativa, fundada en el equipo de trabajo, los mismos hombres trabajando bajo la dirección de un jefe de equipo: San Pedro era uno de ellos [53]. A una época remota, al día siguiente del Exilio, ha podido llegarse encontrando agrupaciones profesionales de alfareros, tejedores, metalistas, tintoreros, panaderos, y es más que probable que la evolución hacia la agrupación fuera acelerada por el ejemplo de los *collegia* romanos, muy difundidos en el siglo I. En Alejandría, las guildas judías poseían, en la célebre "casa del trabajo", el *diplostoon*, oficinas y depósitos tan resplandecientes que rabí Judá, que fue a Egipto, decía al regresar: "Quien no ha visitado el *diplostoon* de Alejandría no tiene idea alguna de la gloria de Israel." Menos poderosas seguramente en Palestina, las agrupaciones de

[51] Para tener una idea de estos numerosísimos textos, véanse los extractos del Talmud por Cohen, pág. 252.
[52] Véase el muy curioso artículo de I. Mendelsohn: *Guilds in Ancient Palestine* en el *Bulletin de l'Ecole Américaine pour les recherches orientales*, 1940, nº 80.
[53] Mc., I, 20.

trabajadores eran de todos modos aptas para hacer controlar el empleo del tiempo de sus miembros y exigir el reembolso de su asno al trabajador que, llegado al trabajo con su animal, lo perdía.

No parece que esa iniciación de "sindicalismo" obrero tuviera como consecuencia desencadenar huelgas. La única de que habla el Talmud es la que declararon... unos empleados del Templo que se negaron a preparar los panes de oración, el incienso, y a enseñar a cantar a los fieles. En cambio —pero ésta es sin duda la verdadera razón de la ausencia de huelgas—, la desocupación era un mal endémico. El Talmud habla a menudo de los *pollim betheim*, en italiano dirían *disoccupati*. Una crisis agraria más o menos grave hizo estragos los últimos tiempos de la comunidad de Israel, agravada por una crisis económica general debida a la terminación de los trabajos del Templo, poco después de la muerte de Jesús, y a la disminución de las grandes empresas de los Herodes. En la parábola de los obreros de la undécima hora, se ve al dueño del viñedo dirigirse a un grupo de hombres a quienes encuentra en el lugar, cuando la jornada ya está casi terminada: "¿Cómo estáis aquí sin hacer labor en todo el día?" —les preguntó—. Y ellos contestaron: "Porque nadie nos ha contratado" [53 bis].

Los maliciosos quizá piensen que se habían apresurado modestamente en buscar trabajo, y que debieron pasarse el día holgazaneando, charlando y dormitando a la sombra. Pero demasiados cristianos se sienten "obreros de la undécima hora" para tirar la piedra a aquellos a quienes el amo les pagará de todos modos con un salario inesperado...

IV. ¿Qué eran los "Am-ha-arez"?

Había, sin embargo, una categoría de trabajadores que los doctores de la Ley detestaban unánimes, hacia los cuales enseñaban un odio horrorizado. Los llamaban *am-ha-arez*. Se haría una antología muy singular con todos los textos talmúdicos en que estalla hacia esa gente el furor de todos los rabíes, que, sin embargo, estaban lejos de ser violentos y sanguinarios. El dulce rabí Hillel aseguraba: "No tienen conciencia y son menos que hombres." Rabí Jonatán deseaba que se abriera en canal a cada uno de esos miserables; sí, en canal, como un pescado. "Un judío no debe casarse

53 bis Mat., 20, 7.

con la hija de un *am-ha-arez*", decíase. ¿Por qué? Porque el libro santo del Deuteronomio, en el capítulo XXVII, dice: "¡Maldito quien tuviere parte con una bestia!" En cuanto a rabí Eleazar, enseñaba: "Está permitido descuartizar a un *am-ha-arez* el día de Sabat, hasta el de la fiesta de las Expiaciones." Y como sus discípulos, aun cuando sorprendidos, le hacían observar que mejor haría diciendo "matar", les contestaba: "La matanza de un animal requiere una bendición, descuartizarlo no lo requiere." Gentilezas que, seguramente, hay que saborear con algún grano de sal, pero que no dejan de traducir un curioso estado de ánimo.

¿Qué eran, pues, los *am-ha-arez?* La palabra significa el "pueblo de la tierra", pero, en realidad, en el correr de los tiempos, se dio a grupos humanos muy diversos [54]. Primero los ricos cananeos por el estilo de aquel a quien Abraham se vio obligado a comprarle el terreno y la gruta de Macfelah [55], luego los terratenientes israelitas cuyo papel en los tiempos de los reyes fue a veces casi oficial [56], pero a quienes los soldados y los sacerdotes despreciaban. Al día siguiente del Exilio, la expresión se había hecho totalmente insultante. Por una razón muy sencilla: porque durante la deportación en Babilonia, las tierras de Palestina fueron, como se ha visto [57], ocupadas por pueblos de orígenes mezclados, samaritanos, arameos, filisteos, hasta mesopotámicos: los judíos vueltos al país no les perdonaron esa usurpación.

Tanto más cuanto que a ese sentimiento natural de rencor se agregaba el desprecio, o mejor dicho, el odio del judío fiel hacia quienes, circuncisos, no practicaban la Ley. Ése era el reproche mayor, el que se oye en los labios de los fariseos en el evangelio según San Juan: "Pero esta gente que ignora la Ley, son unos malditos [58]." A medida que, en la Comunidad judía, los doctores de la Ley tomaron más influencia, el desprecio del *am-ha-arez* fue creciendo, reforzado por el del hombre de ciencia hacia el ignorante. El Talmud define formalmente al *am-ha-arez*: "El que no come su pan en estado de pureza ritual" [59], es decir, el que sigue la Tora a su antojo. No es por casualidad que se consideraba

54 Véase sobre la frase y la realidad el estudio de E. Würtheim, aparecido en 1936, en *Beiträge zur Wissemschaft vom Alten und Neuen Testament* (Stuttgart).

55 Gén., XXIII, 7.

56 II Rey., XI, 20.

57 Más arriba, pág. 44 y sigts.

58 Jn., VII, 49.

59 *Berakhoth*, XLVII, b.

Galilea como el centro principal de los *am-ha-arez,* que los rabíes de Judea vilipendiaban: ¿no fue en esa provincia donde la mezcla étnica fue mayor, hasta el punto que —ya lo hemos visto— el nombre mismo significaba "el círculo de los gentiles"? [60] Poco tiempo antes de la catástrofe de 70, es decir, en una época en que los rabíes tenían razones precisas para desconfiar de la clase y de la religión de donde salieron los principales conductores de la secta cristiana, rabí Johanan ben Zakkai escribía: "Galilea, Galilea, siempre has detestado la Ley." Parece seguro que el odio a los *am-ha-arez* tenía causas mucho más religiosas que sociales. Pero, juiciosamente, en el artículo que dedica a los *am-ha-arez,* la *Encyclopaedia judaica* observa: "Esa actitud contribuyó mucho a reforzar la nueva secta cristiana. Junto a ellos la "gente de la tierra" hallaba amor y acogida, mientras que de parte de los letrados sólo encontraba la más brutal repulsa. El cristianismo no tendrá las exigencias de los fariseos por la fidelidad a la Ley de quienes se le acerquen, pero tendrá mejor en cuenta las condiciones de vida del pueblo . . ."

V. "BEATI POSSIDENTES"

Trabajadores del campo y de oficios, *am-ha-arez* y esclavos, tales eran los elementos que constituían la masa del pueblo de Israel. A pesar de las riquezas naturales de Palestina, el conjunto era pobre, muy pobre, "de una espantosa pobreza", dice S. W. Baron, recargando las tintas. No obstante, leyendo el Evangelio se tiene una impresión de gran mediocridad económica: la mujer que ha perdido una dracma se pasa horas buscando por toda la casa para encontrarla [61]; una suma de cien denarios parece exorbitante [62], en tanto que el denario valía menos de un franco oro —pero era el salario de un jornalero [63], el gasto normal de un día [64]. La pobreza de los judíos hasta era un sujeto de chanzas en las comedias paganas: los representaban como mendigos, con una sola camisa, obligados a comer algarrobas. "Las hijas de

[60] Véase más arriba, pág. 47.
[61] Lc., XV, 8.
[62] Mt., XVIII, 28.
[63] Mt., XX, 2 (parábola de los obreros).
[64] Lc., X, 35 (parábola del Buen Samaritano)

Israel son bonitas —decía con tristeza un rabí—; lástima que la pobreza las afee [65]."

También se tiene la impresión, leyendo el Nuevo Testamento, los tratados talmúdicos y a Flavio Josefo, que no había, o casi, clase media judía. La burguesía, tal como la entendemos, es una formación reciente, pero en Roma y en Grecia había elementos intermedios entre el pueblo y los ricos. En Israel no se ve la huella. Se la encontraba sólo en las ciudades griegas, que no pertenecían al Pueblo elegido. Los comerciantes, en su gran mayoría, eran pequeños tenderos, muy cerca de los artesanos, que vendían sus productos. El equivalente de nuestras profesiones liberales estaba entre los artesanos —el oficio de médico figuraba en las enumeraciones al lado de los oficios de tejedor y de carpintero—, o entre las clases religiosas. Sólo en la *Diáspora* debían existir "burgueses judíos".

Sin embargo, había ciertamente ricos, tales como el "joven rico" que fue a ver a Jesús, o el "rico malo" de la parábola que nos muestra San Lucas "vestido de púrpura y fino lino, y celebraba cada día espléndidos banquetes" [66], o aquellos de quienes Santiago dice que llevaban en el dedo anillos de oro [67]. Todas las informaciones concuerdan para indicar que en Israel existía, en la época de Jesús, una clase más que acomodada, a menudo severa con los pequeños, llevando una vida de lujo, gastando en un día lo que un bracero ganaba en un año. Las mujeres se vestían con distinción y se arruinaban en joyas y perfumes. Nada de eso era nuevo. El viejo Amós, el boyero profeta, ya había tronado contra las mujeres opulentas, a quienes trató de "vacas de Bacá", acusó de maltratar a sus sirvientes y les advirtió que el día de la cólera de Dios "os echarán fuera con bicheros" [68]. Parece que la especie no había desaparecido, o más bien, que se reconstituyó luego de la catástrofe del Exilio. Lo que no significa que todos los ricos eran malos: también los había buenos, como ese José de Arimatea que puso su sepulcro nuevo a disposición de los discípulos del Crucificado, o el generoso Nicanor, que ofreció al Templo la célebre puerta de bronce que requería veinte hombre para abrirla [69].

[65] *M. Nedarim,* IX, 10.
[66] Lc., XVI, 19.
[67] Sant., II, 2.
[68] Am., IV, 1, 2.
[69] Este Nicanor fue estudiado por P. Roussel en la *Revue des Etudes Grecques,* XXXVII, pág. 79 y sigts.

Pero no hay que exagerar. Esa clase rica judía no debía de ser muy numerosa, sobre todo en Palestina. Y si algunas fortunas, como la de la familia herodiana, eran considerables, muchas otras sólo habían de parecer enormes comparadas con la pobreza ambiente. ¿De dónde procedía la riqueza? Según parece, esencialmente del agro. Había una clase de propietarios de grandes dominios, que había sabido adquirir y acrecentar sus bienes, por el estilo de aquellos a quienes Isaías ya acusaba "de añadir casas a casas, campos a campos, hasta acabar el término" [70], esos acaparadores para los cuales el profeta Miqueas pidió la maldición divina [71]. Si nos atenemos al Evangelio, bien parece que muchos de esos capitalistas sólo consideraban la tierra como renta; no la explotaban ellos mismos, sino que confiaban su gestión a un "intendente" —un *vilicus*, un *oekonomos*—, seguramente un hombre libre, que se encargaba de todo, al menos en principio, pues, dicen las parábolas, muy a menudo ese empleado infiel explotaba a su señor [72]. Pero, por mal informados que estemos sobre la repartición de la propiedad inmueble en Israel, se tiene la impresión de que los pequeños explotadores agrícolas eran mucho más numerosos que los grandes propietarios capitalistas; en todo caso, ningún documento permite afirmar la existencia de esos latifundios, de esos gigantescos dominios que Italia conocía.

La otra fuente de fortuna era el comercio, sobre todo el gran comercio, en el cual, desde el retorno del Exilio, los judíos habían adquirido cierta competencia [73], aun cuando Flavio Josefo asegura que no le tenían gusto alguno [74]. Comercio por mayor, exportación, importación, banca: en tiempo de Jesús, como en nuestros días, los grandes negocios daban grandes ganancias; cien veces más que colocar los capitales en tierras, dice el Talmud [75]. Debe creerse que no había pocos hombres de negocios entre los judíos, y que debió haberlos hasta en los primeros cristianos, pues Santiago les hace una severa advertencia [76]. Su técnica no era muy diferente de la nuestra [77]. Las grandes fortunas debían de encontrarse

[70] Is., V, 8.
[71] Miq., II, 1.
[72] Lc., XVI, 1.
[73] Véase más adelante, pág. 279 y sigts.
[74] Véase la frase citada, pág. 276.
[75] *Yebamoth*, L, III, a.
[76] Sant., IV, 13.
[77] Sobre la técnica de la banca, véase adelante, pág. 279.

entre ellos, y también entre los que tenían "el arriendo de los impuestos", ese azote del sistema fiscal [78].

A lo que debía agregarse —pero quizá fuera una categoría muy cercana a la de los propietarios capitalistas, grandes comerciantes y banqueros— los miembros de la clase restringida que gravitaba alrededor del poder y que alternaba con los romanos. Si los descendientes de los antiguos reyes bíblicos no tenían ya importancia ni medios —piénsese en José y María, descendientes de David—, los herodianos vivían lujosamente; lo que quedaba de los asmoneos también, y las familias de sumos sacerdotes. Poseían grandes fortunas en tierras y tenían participaciones en los negocios comerciales. Cuando los judíos enviaron una delegación a Augusto para quejarse de Herodes, uno de sus mayores cargos fue que había acaparado innumerables bienes inmuebles. Impuestos, tasas, requisas, agregaban ciertamente mucho a los 1.000 talentos de oro —150 millones de francos oro— que Josefo le concede. Sus descendientes dan todos la impresión de haber vivido en la opulencia: palacio en Palestina, palacio en Roma, corte abundante, viajes. En derredor de esos dirigentes poderosos, los altos funcionarios sabían hacer fortuna, por el medio, viejo como el vino, de la coima, que Flavio Josefo denuncia [79]. Los familiares de los sumos sacerdotes, cuyos vínculos con el poder ya hemos visto [80], aprovechando su docilidad, también vivían en la opulencia. Así aquella Marta, hija de Boetos, que adquirió para su segundo marido, Simón ben Gamala, el cargo de sumo sacerdote por tres *qabs* —unos siete litros— de denarios de oro, que exigía que se extendieran alfombras ante sus pies cuando se dirigía al Templo, y que murió, durante el sitio del año 70, no de una flecha romana, sino por haber comido un alimento grosero al que no estaba acostumbrada. Pero cae de su peso que los dieciocho mil sacerdotes y levitas que constituían la clase sacerdotal no eran todos ricos...

VI. UNA CLASE APARTE: LOS ESCRIBAS

Por lo demás, esta clase sacerdotal, cada vez más apretada entre ricos y pobres —diríase de buena gana alto y bajo clero, pensando en la Francia del siglo XVIII—, no tenía ninguna importancia. En-

[78] Sobre el arriendo de los impuestos, véase más adelante, pág. 183.
[79] *Antigüedades judías*, XVII, 8 y 11.
[80] Más arriba, pág. 64.

cerrada en sus funciones litúrgicas, ya no era lo que antaño fue, principalmente durante el Exilio, el guía obedecido, la conciencia viviente, la guardiana de las tradiciones de Israel. Por un fenómeno muy curioso, en la misma medida en que ellos, los sacerdotes de Yavé, habían mantenido la fidelidad a la Ley, trabajaron para que surgiera del pueblo una clase nueva que pronto entró en rivalidad con ellos. La Tora era la salvaguardia de Israel: en ella residía toda su esperanza; de modo que se la debía escrutar, exaltar, sondar todas las enseñanzas, hacer verdaderamente el pan espiritual del Pueblo elegido. Así nació, durante el Exilio mismo en Babilonia, la casta de los *escribas*, llamada a un desarrollo enorme [81].

Divididos teóricamente en *mebhinim*, jurisconsultos, y *soferim*, redactores, los primeros fijando el derecho religioso, los segundos transmitiéndolo —pero de hecho un mismo hombre podía asumir las dos funciones—, estaban encargados de "expresar los mandamientos de Yavé" [82]. Fueron ellos quienes, luego del retorno del Exilio, hicieron, en tiempo de Esdras, y luego de Ezequías y Josías, el gran trabajo de sistematización de las Santas Escrituras, de donde salió, casi en su forma actual, nuestro Antiguo Testamento. Reconocidos "sabios en la Ley", poco a poco fueron oponiéndose a la clase de esos sacerdotes apenas buenos para hacer sacrificios y quemar incienso. Esdras, sacerdote de nacimiento, es característico de su evolución, de su psicología, de su modo de ser: por lo demás, el Libro Santo lo llama siempre "escriba" [83]. Todos los acontecimientos habían trabajado para ellos. Como el Pueblo elegido no era sino una comunidad religiosa, los que conocían la teología hasta en sus menores detalles tenían fatalmente enorme importancia. Habían conseguido, ya lo hemos visto [84], deslizarse en el Sanedrín, donde no tardaron en desempeñar un papel considerable.

En tiempo de Jesús habían acabado de imponerse. El uso de la sinagoga, esas casas de reunión donde se comentaban las escrituras, pero en las que no se hacían sacrificios [85], les daba preferencia sobre los sacerdotes, y había sinagogas por todas partes. Los más eminentes de ellos se designaban con el título lisonjero de doctor de la Ley [86], y cuando se les hablaba se les decía *rabí*, es decir,

[81] Véase *Histoire sainte*, pág. 298 y después pág. 385.
[82] Esd., VII, 11.
[83] Ejemplo: Neh., VIII, 1, 4, 9, 13, 18.
[84] Más arriba, pág. 64 y sigts.
[85] Véase más adelante, pág. 413.
[86] Lc., X, 25; Act., V, 34.

maestro [87]. Esos escribas de alta jerarquía eran los que enseñaban en las escuelas superiores donde iba a formarse la flor de la juventud [88], y algunos atraían muchedumbre de estudiantes, como los rabíes Hillel, Schammai y Gamaliel. Como el derecho era fundamentalmente religioso, no podía prescindirse de ellos cuando se trataba de administrar justicia: en suma, ellos fijaban la jurisprudencia. Todos no eran fariseos, como se caería en la tentación de creerlo viendo a los Evangelistas asociarlos muy a menudo a la secta farisea, o para decirlo más claro, ponerlos en el mismo saco; pero todos tenían la pasión del estudio de las escrituras, de la exégesis textual, fecunda en comentarios y en deducciones sutiles. La enseñanza de sus jefes constituirá el Talmud [89].

Es indiscutible que formaban una clase aparte, o mejor dicho, una casta. Se reclutaban en los medios más diversos, y muchos de ellos eran, como hemos visto, hombres del pueblo, que trabajaban con las manos. Otros, como rabí Johanán ben Zakkai, habían sido comerciantes. Pero el hecho de haber seguido los mismos estudios, de apasionarse por los mismos problemas, de tener los mismos intereses, creaba entre ellos lazos sumamente fuertes, hasta cuando se enfrentaban públicamente en vigorosas controversias. Jesús, reconociendo su ciencia [90], aun aceptando discutir con ellos, les reprocha haber fijado la tradición en lugar de obedecer al llamado de Dios, y de haber escrutado tanto la letra de la Ley que acabaron, dice, por olvidar su espíritu. Pero nos damos cuenta de su importancia por la forma de que hablan de ellos los Evangelistas. Poco numerosos en las provincias —aun cuando San Lucas los señala en Galilea [91] —abundaban en Jerusalén. Y su casta estaba tan cerrada, tan bien organizada, que consiguieron escapar en gran número a la catástrofe del año 70, se reagruparon, después de la ruina de Jerusalén, en la aldea de Jamnia, al sur del lago de Tiberíades, de la que hicieron un centro religioso, donde se elaboró en gran parte el Talmud.

[87] Mt., XXIII, 7.
[88] Véase más arriba, pág. 129
[89] Sobre el papel propiamente religioso de los doctores de la Ley, véase más adelante, pág. 425.
[90] Mt., XIII, 52.
[91] Lc., V, 17.

VII. Relaciones entre clases

Se plantea una cuestión: esa sociedad judía, de la que se han visto los elementos constitutivos, ¿estaba en equilibrio? ¿Reinaba la armonía entre las clases? La verdad obliga a decir que no lo parece. Indudablemente no hay que tomar al pie de la letra ciertas invectivas y críticas, así como, en nuestros días, no podemos aceptar a pie juntillas las recriminaciones de los diarios extremistas. Sin embargo, se tiene la impresión de que el entendimiento estaba lejos de ser perfecto entre las diferentes clases de Israel. Un rabí desengañado escribía: "Dios creó a la humanidad en un solo ejemplar, ciertamente para que todas las familias que descendieran de ese hombre único no se disputaran entre ellas. Pero cuando ahora vemos tantos desacuerdos, nos preguntamos: "¿Qué hubiera sido si Dios hubiese creado dos Adán?" [92] Situación que, en tiempo de Jesús, no era nueva. El siracida, ese patricio que hacia 175 antes de nuestra era escribía su famoso tratado de sabiduría, el *Eclesiástico*, ya comprobaba: "¿Qué le dará el caldero a la olla? Chocar con ella y quebrarla. El rico hace injusticias y se gloría de ello; el pobre recibe una injusticia y pide excusa [93]."

Abundan los documentos que muestran sumamente vivo el antagonismo entre las clases. Uno de esos apocalipsis que florecían entonces [94], la *Asunción de Moisés*, está lleno de amargas acusaciones contra los ricos, "que devoran los bienes de los pobres, sólo piensan en jarana y se consideran como príncipes [95], y el redactor de esas páginas vengadoras extiende mucho los límites de las clases ricas, puesto que en ellas incluye a todos los fariseos. Se apuntaba particularmente a las grandes familias sacerdotales. Una canción popular muy difundida, que el Talmud ha conservado dos veces [96], nos dice lo que el pueblo llano pensaba de los grandes señores del Templo: "¿Casa de Boetos? ¡Ay de mí, cuidado con su látigo! ¿Casa de Cantharos? ¡Ay de mí, cuidado con su cálamo! [97] ¿Casa de Anás? ¡Ay de mí, cuidado con su silbido de víbora! ¿Casa de Ismael ben Fali? ¡Ay de mí, cuidado con sus puñetazos! Ellos son sumos sacerdotes, sus hijos tesoreros, sus suegros dignatarios del Templo. En cuanto a sus servidores, ¡se nos vienen encima a garrotazos!" Por lo demás, los escribas no eran más apreciados. El rabí Aqiba decía a sus discípulos: "Antes de ser escriba pensaba: «¡Ah, si tuviera uno en las manos, lo mordería como un asno!» —Como un perro quizá bastara —observó un discípulo. —¡No, como un asno! —replicó el sabio. —¡Pues un asno muerde mejor, tritura los huesos!" [98] Los *am-ha-arez*, en particular, pasaban por que detestaban a todas las demás clases —se comprende—, pero especialmente a los escribas y doctores de la Ley, que los juzgaban con tanto desprecio. "Nos odian —decía rabí Eliezer, aún más de cuanto los paganos odian a Israel. Si no nos necesitaran para comprar sus productos, nos matarían [99]."

Parece que la situación social era poco estable. El antagonismo entre las clases aprovechaba muchos pretextos para afirmarse. Tomaba color de razones políticas y sociales. El pueblo, precisamente porque era desgraciado, se aferraba desesperadamente a los motivos de esperanza que tenía y a los hombres que, al defender su fe, le proponían un porvenir más luminoso: de ahí la influencia de los fariseos y hasta de los extremistas zelotas. Era fácil reprochar a los ricos y a los poderosos que estaban vendidos a los romanos y más que medio paganizados, pues en gran parte era cierto. La desigualdad de las fortunas y de los modos de vida era demasiado grande. Aun en el interior de la clase sacerdotal había verdaderos proletarios, listos para hacer causa común con los rebeldes. Un sistema fiscal agobiador contribuía a mantener la miseria en un país que, normalmente, hubiera debido vivir en un bienestar modesto, pero seguro. Cuando sobrevenía una sequía o una invasión de langostas era la hambruna, y los rugidos del furor.

Ése es, en definitiva, uno de los aspectos de la vida cotidiana en Palestina en tiempo de Jesús en que no se piensa, pero cuya importancia histórica es considerable. No hay que perder de vista que entonces había en Israel un proletariado y hasta un subproletariado, constituido por obreros mal pagados —un denario por día, como hemos visto, y el máximo eran cuatro o cinco—, por jornaleros amenazados por la desocupación, por *am-ha-arez* humillados, por esclavos más o menos circuncisos, por manumitidos a quienes el señor no siempre les daba el pequeño peculio que la Ley

[92] *Sanhedrin*, XXXVIII, a.
[93] Eclo., XIII, 2.
[94] Véase sobre este género nuestro desarrollo sobre la literatura, pág. 321.
[95] *Asunción de Moisés*, VII, 30.
[96] *Mennahoth*, XIII, y *Pesakhim*, LVII.
[97] Pronto para redactar decretos injustos.

[98] *Pesakhim*, XLIX, b.
[99] *Ibid.*

deseaba para ellos, por mendigos que se arrastraban por las calles, y también, no se olvide, por leprosos y enfermos que ningún hospital acogía [100]. Entre esos despreciados, esos desheredados, el mensaje de Jesús se difundirá primero, y largo tiempo. Así como entre ellos, después, cuando la crisis económica que hizo estragos, a partir del siglo I, agrave aún más su miseria, se preparará el movimiento de insurrección, tanto social como religioso y político, que conducirá al Pueblo elegido a la gran catástrofe del año 70.

[100] Véase más adelante, pág. 425 y sigts.

CAPÍTULO IV

LOS IMPERATIVOS DE LA SOCIEDAD

I. Una servidumbre ignorada por los judíos

Desde que existen sociedades organizadas, el individuo se vio siempre obligado a someterse a tres imperativos de la autoridad colectiva, lo que no siempre apreció... Debe llevar las armas, pagar, bajo una forma u otra, impuestos, y, más generalmente, obedecer a leyes cuya aplicación está fiscalizada por el poder judicial. De una de esas tres servidumbres estaban libres los judíos. Flavio Josefo asegura, en efecto, que "habían obtenido, en su propio país, una exención total del servicio militar" [1]. ¿Era, de parte de los ocupantes romanos, una medida de prudencia? Verosímilmente, pero el resultado estaba ahí, muy apreciado por los fieles de Yavé, que hubiesen estado poco satisfechos de tener que combatir junto con los paganos.

Así, ese pueblo que había llevado tan alto el arte de las armas, exaltado en su Libro, desde Débora y su célebre canto [2] hasta los relatos épicos de los macabeos, la gloria de los héroes, el pueblo del rey-guerrero David, estaba desarmado. El último jefe de Israel que tuvo la pretensión de ser todavía un soldado fue el idumeo Herodes, que sembró el país de fortalezas, el Alexandrium, el Hyrcanium, Masada, Maqueronte, y sobre todo las dos más célebres, la Antonia, que defendía —o vigilaba...— el Templo, y la Herodium, destinada a ser su tumba. Pero su ejército, excelente por lo demás, sólo se componía de caballeros idumeos, arqueros tracios, infantes germánicos, galos o gálatas. Sus descendientes no pudieron conservar sino pocas tropas en sus pequeñas tetrarquías provinciales. Y el

[1] *Antigüedades judías,* XIV, 10.
[2] Jue., V.

propio Herodes Agripa, el constructor de la nueva muralla de Jerusalén, sólo podrá tener unas centurias de mercenarios. En la época de Jesús, ni un solo judío llevaba armas, aparte de las guardias del Templo que eran algo así como alguaciles-policías, y los samaritanos, esos falsos judíos, esos vomitados, que gustosamente se alistaban en el ejército de Roma, para hacer lo contrario de los verdaderos israelitas.

De modo que los soldados y oficiales que encontramos en el Nuevo Testamento no eran seguramente judíos, sino hombres pertenecientes, no a las legiones romanas, que, como hemos visto, estaban estacionadas en Siria, sino a formaciones auxiliares, por lo demás poco numerosas [3]. Los centuriones, esos jefes de compañía que desempeñaban papeles simpáticos en el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles, son paganos: el de Cafarnaum, por ejemplo, un oficial al servicio del tetrarca de Galilea, Herodes Antipas; el de Cesárea, Cornelio, "de la cohorte llamada itálica", dice el Libro [4], verosímilmente un oficial romano, italiano de nacimiento, enviado para mandar tropas samaritanas o tracias; y el centurión Julio, que será el encargado de conducir a San Pablo a Roma, es quizá uno de esos *evocati Augusti* destacados de las tropas pretorianas para misiones de enlace y de policía [5].

Que entonces no hubiera soldados judíos no quiere decir que los judíos no tuvieran armas. Entre los árabes de hoy no se concebiría vivir sin un fusil. Así había de ser en Israel hace dos mil años. Sin hablar siquiera de esas especies de cimitarras de corte convexo, que eran las armas de parada de los grandes, la presencia de armas en manos de gente del pueblo está atestiguada, entre otros, por textos célebres, aquellos en que los cuatro evangelistas nos muestran, la noche en que detuvieron a Jesús, al excelente San Pedro armado con una espada, que desenvaina, con la que corta la oreja del bedel Malco [6]. En los hogares judíos también habían

[3] Véase más arriba, pág. 86.

[4] Act., X, 1 y sigts. Su nombre hace pensar que pertenecía sea a la gens Cornelia sea a una familia de libertos de esta ilustre casa. Tal vez había una *cohors italica* en guarnición en Cesárea: se han hallado en Siria inscripciones *cohors italica II*. En todo caso, no se trata de la famosa *Legio italica* que fue organizada por Nerón (Dion Casio: *Historia romana*, LV, 24).

[5] Act., XXVII, 1-12. Sobre los *evocati Augusti* véase Cagnat: *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, II, 867.

[6] Mt., XXVI, 51; Mc., XIV, 47; Lc., XXII, 50; Jn., XVIII, 10. La Regla de los monjes esenios preveía que en los viajes no debían llevar nada, excepto un arma para defenderse de los bandidos.

de encontrarse armas de caza que podían convertirse en armas de guerra, arcos de madera dura cuya cuerda estaba hecha con una tripa de buey y hondas idénticas a la que el joven David empleó para derribar a Goliat, las mismas que los benjaminitas manejaban tan hábilmente "que con la piedra eran capaces de no errar un pelo" [7].

Sólo la existencia de un armamento familiar explica que en el momento de las numerosas revueltas antiherodianas y antirromanas, fuera fácil reunir masas bastante importantes de combatientes. Pero su presencia no hubiera bastado si no hubiese habido también un ideal, si Israel hubiese estado moralmente desarmado. Muchos signos muestran que el espíritu guerrero no estaba muerto en él. Felices porque no servían en el ejército pagano de Roma, eran numerosos los judíos que soñaban con una guerra libertadora. Hasta había reaparecido la antigua concepción, la de la "guerra santa"; no en el sentido que el *Corán* dará a la *djihad*, pues la idea de la guerra de religión, del proselitismo impuesto por la fuerza, fue siempre extraña a la tradición judía, sino en el sentido de una guerra querida por Yavé, llevada por él, a la cual su pueblo se asocia en un acto de fe. Esa concepción, esfumada en tiempo de los Reyes, en que la guerra tomó demasiado un carácter político de conquista, cobró nueva vida en los días de los macabeos, en que Judas y sus hermanos libraron el "combate de Israel" [8], en que el mismo Dios envió su ángel por el camino de Bethsur [9]. ¿No volverían aquellos tiempos? ¿No desencadenaría Yavé la lucha suprema? En los manuscritos del Mar Muerto [10], un texto extraordinario, verosímilmente poco anterior a Jesús, da la regla del combate que, al fin de los tiempos, debe oponer los *Hijos de la luz* a los *Hijos de las tinieblas*. Sin duda, para sus redactores, tenía un sentido esencialmente espiritual. Es un llamamiento a la guerra santa, aquella en que el "Valiente del combate", con sus ángeles, llevará, contra Belial y su imperio, a las tropas fieles, cuyos estandartes llevarán estas inscripciones: "Diestra de Dios", "Momento de Dios", "Matanza de Dios" [11]. Ese texto estaba ciertamente muy difundido en Israel: Jesús mismo quizá aluda a él cuando habla de

[7] Jue., XX, 16.

[8] I Mac., III, 2.

[9] II Mac., XI, 6.

[10] Véase más adelante, pág. 441.

[11] Sobre esta noción de la "guerra santa" véanse las páginas extremadamente nuevas del R. P. R. de Vaux en *Les Institutions de l'Ancien Testament*, II, pags. 73-86.

los "Hijos de la Luz" [12]. Pero, interpretado de modo temporal, ¿no traducía también las aspiraciones profundas del "Pueblo vencedor por Yavé" [13], entonces desarmado?

II. La pesada carga de los impuestos

Si los judíos estaban libres del impuesto de la sangre, en cambio el peso de los impuestos que debían hacer efectivo en dinero o en especie, era pesado. Sobre todo porque dos suertes de impuestos se superponían, y ni uno ni otro era ligero: impuestos civiles e impuestos religiosos.

Los primeros eran muy antiguos en Israel. Databan seguramente de Salomón, que había ingeniosamente repartido su reino en doce cantones que, sucesivamente, debían proveer a sus necesidades [14]. Naturalmente, ese procedimiento se mantuvo y perfeccionó. En las horas más graves, hasta se recurría a impuestos sobre el capital, por ejemplo, en tiempo de Menahem para pagar el tributo a los asirios [15], y bajo Joaquín de Judá para "entregar la cantidad exigida por el faraón Necao" [16]. Y se trataba de impuestos cobrados por el gobierno de Israel, para la grandeza o la salvación del Pueblo elegido. Pero luego del retorno del Exilio, el impuesto se hizo más amargo, puesto que fue menester pagarlo a paganos, persas [17], griegos de Egipto o de Siria, luego romanos o vasallos de Roma. Particularmente Herodes el Grande se hizo tan impopular por la pesadez de los impuestos ideados para costear sus enormes trabajos y su política de prestigio, que en varias oportunidades debió conceder remisiones de impuestos para evitar la explosión de la cólera. Sus herederos, los tetrarcas, seguían más modestamente su ejemplo: sólo en impuestos directos, Arquelao percibía en Judea y Samaria 600 talentos (algo más de tres millones de francos oro), y Galilea producía 200 a Antipas.

En la parte de Palestina incorporada al Imperio desde el año 6, el fisco romano se había instalado con la voracidad que se le conocía en todas partes. Hasta Tácito, tan hostil con los judíos, deja

[12] San Pablo habla también de las "Armas de la luz" (Rom., XIII, 12).
[13] Deut., XXXIII, 29.
[14] I Rey., IV, 7 y V, 27.
[15] II Rey., XV, 20.
[16] II Rey., XXIII, 35.
[17] Esd., IV, 13; Neh., V, 4.

entender que ésa fue la causa inmediata de la gran insurrección [18]. Había, como en nuestros estados modernos, impuestos directos e indirectos; San Pablo alude claramente a unos y otros [19]. Los primeros, que eran percibidos por agentes del fisco imperial, comprendían, por una parte, un impuesto inmobiliario que alcanzaba a todos los productores, principalmente a los propietarios del suelo, se pagaba en especie, y alcanzaba, según las estimaciones, a 20 ó 25 por ciento, y por otra parte una "capitación" o impuesto personal, que quizá fuera proporcional a la situación de fortuna —es aquel sobre cuya legitimidad los fariseos interrogaron un día a Jesús, para tratar de ponerlo en un aprieto [20]. Los impuestos indirectos eran análogos a nuestros derechos de aduana y arbitrios, más bien que a nuestros impuestos de consumo. Se percibían en ciertos puentes, vados, encrucijadas de grandes caminos, entradas de las ciudades, mercados; así vemos a Mateo, futuro apóstol, "sentado en el despacho de la aduana" de Cafarnaún [21].

Lo que hacía considerablemente más pesados los impuestos indirectos, era el modo de percibirlos. Estaban arrendados, como aún lo estaban ciertos impuestos y gabelas en la Francia del siglo XVIII. Bajo el alto contralor de un procurador financiero, que tenía que ser un caballero romano, arrendatarios generales —individuos o grupos— firmaban un contrato, generalmente quinquenal, por el cual se comprometían a pagar al Estado una cantidad fijada, dejándoles toda libertad para recuperarla de los contribuyentes. Para eso habían constituido toda una administración de perceptores, con jefes —el pequeño Zaqueo es calificado por San Lucas "jefe de percepción" [22]— y guardas e inspectores subalternos. Es natural que con semejante sistema todas las malversaciones eran posibles; muy a menudo, como lo deja entender Jesús mismo, los perceptores exigían "más de lo que debían" [23]. De modo que esos empleados de contribuciones indirectas eran muy odiados y despreciados: mitad porque robaban, y mitad porque estaban al servicio de paganos. Ellos son los famosos *publicanos* de que habla tan a menudo el Evangelio, cuyo solo nombre era sinónimo de pecador público, de individuo despreciable, de desecho humano. En todas partes se les

[18] *Anales*, XII, 54.
[19] Rom., XIII, 7.
[20] Mt., XXII, 17; Mc., XII, 14; Lc,. XX, 22.
[21] Mt., IX, 9.
[22] Lc., XIX, 2.
[23] Lc., III, 13.

veía con la vara en la mano, una chapa de latón en el pecho, fiscalizando las espuertas y bultos, exigentes y rapaces. Formaban una verdadera casta, asegura el Talmud [24]; cuando un miembro de una familia se hacía publicano, todos le seguían. Que los hubo buenos y generosos, bastante lo prueba el ejemplo de Zaqueo, el querido pequeño Zaqueo, "que daba a los pobres la mitad de sus bienes, y si había perjudicado a alguno se lo devolvía al cuádruplo". Y también que, entre esos pecadores públicos, hubo almas ejemplares, como aquel publicano que se quedaba tan humildemente en el fondo del Templo y tan bien rogaba a Dios [25], podemos estar seguros. Pero en conjunto se comprende que esa raza de hombres no atrajera la simpatía general.

Los impuestos civiles no eran los únicos: impuestos religiosos se agregaban a los que los romanos se entendían para percibir. Existían desde tiempos remotos: Abraham ya había "dado el diezmo de todo" al Altísimo [26]. Pero desde entonces el sistema había sido muy perfeccionado: los rabíes detallaban no menos de veinticuatro censos que se debían a título de la religión, y exhortaban a los fieles a pagarlos con gran cuidado. Aun cuando la repetición de las homilías sobre este tema deje sospechar que los judíos no pagaban siempre con entusiasmo... Esos impuestos religiosos tenían un carácter oficial que los romanos reconocían: las autoridades del Templo habían recibido amplias facilidades para percibirlos, y el transporte de sus productos era protegido por los ocupantes [27].

En conjunto, esos impuestos se dividían en dos categorías. El impuesto del Templo, que era un verdadero "dinero del culto" destinado a asegurar el cuidado del Santuario, y los gastos de los sacerdotes de servicio. La colecta se hacía en todas partes —en Palestina y en las comunidades judías de la Diáspora— a partir del 15 de Adar, es decir, en el mes que precedía a la fiesta de Pascua. Todo israelita mayor, es decir de más de trece años, lo debía, rico o pobre. Era tradicionalmente de medio siclo, como el propio Yavé se lo había fijado a Moisés [28]. En la época de Jesús se sabe, por un versículo muy preciso de San Mateo [29], que era de

[24] *Chebouoth*, XXXIX, 9.
[25] Lc., XVIII, 13.
[26] Gén., XIV, 20.
[27] Flavio Josefo: *Antigüedades judías*, XVI, 6.
[28] Ex., XXX, 13.
[29] Mt., XVII, 23.

una didracma, es decir, alrededor de un franco setenta y cinco céntimos oro.

Era poco, al lado de los *diezmos*. Pagar el diezmo, es decir, en principio, la décima parte de todo producto del suelo, era una obligación religiosa por excelencia. ¿No era Yavé el propietario del suelo, gracias a quien se obtenían los productos de la tierra? Era, pues, justo ofrecerle una parte, esas "primicias de todo" que en la época del desierto ya se ponían en una canasta y se las llevaban a Yavé, "regocijándose con los bienes que Dios les daba" [30]. De hecho, absorbido por el clero —pues ya no se dejaba a los pobres, como en los tiempos antiguos— se había convertido en un censo que los sacerdotes cobraban estrictamente, enviando levitas a percibirlo, exigiendo que la menor cosa fuese "diezmada". Esos rabíes habían planteado en principio que todo producto del suelo que no había sido regularmente diezmado era impuro y que consumirlo era cometer un pecado sumamente grave. Tenían que "diezmar" tanto las ovejas de un rebaño como los huevos de un gallinero, y hasta, dice el Evangelio, las más modestas plantas utilizadas en la cocina, hierbabuena, hinojo, comino [31]. Sólo durante el año sabático no se debía el diezmo, puesto que ese año —en principio— el suelo y los trabajadores debían igualmente descansar.

Por pesados que fuesen los diezmos, sobre todo agregados a los demás impuestos, se aceptaba pagarlos más gustosos que los que debían darse a los ocupantes. Hasta era una especie de fiesta campestre la preparación de los carros que debían de llevar las "primicias" al Templo. Gran trabajo era preparar esos carros. En el fondo había que poner la cebada, el trigo, los dátiles, luego las granadas, los higos y las aceitunas, las uvas se ponían encima. Bien ordenados, adornados con ramas y flores, se reunían los carros en uno de los veinticuatro centros previstos [32], y, pintorescas comitivas, al canto de los Salmos, poderosas delegaciones los llevaban a Jerusalén, donde eran alegremente saludados por los dignatarios sacerdotales y por la gente de oficios. Es de suponer que semejantes regocijos hacían parecer menos pesado ese hato de impuestos, censos y contribuciones...

[30] Deut., XXVI.
[31] Mt., XXIII, 23.
[32] Tratados del Talmud *Bikkusim* I y *Béga* III.

III. "Justicia humana, vestido inmundo"

La tercera servidumbre que la sociedad impone al individuo, la de someterse a leyes y de ser castigado en caso de infracción, estaba en principio agravada y complicada por el régimen de ocupación. En cuanto país anexado, la "Judea" dependía de la justicia del Emperador: sus *edicta, mandata, decreta* y *rescripta* eran aplicados como en todas las provincias "imperiales". El representante del señor, es decir, el procurador, era, pues, el juez supremo, salvo el derecho de "apelación al César", que podían invocar los judíos ciudadanos romanos, lo que hará San Pablo [33]. Es infinitamente probable que hasta en las pequeñas tetrarquías de los descendientes de Herodes, había de ejercerse el control romano. Sin embargo, en realidad, según su principio constante, los romanos dejaban a los ocupados amplia autonomía tanto en materia judicial como administrativa. Al contrario, no veían ningún inconveniente en que los procesos fuesen arreglados fuera de ellos, según el derecho judío. Sólo intervenían para moderar las pasiones y reservarse las más graves decisiones, como hizo Poncio Pilato cuando el proceso de Cristo.

El derecho estaba, entre los judíos, muy desarrollado; era antiquísimo, es decir que era esencialmente religioso. Como aún ocurre en el mundo islámico, donde el Corán desempeña el papel de código civil y penal, la Biblia proveía a Israel de todos los datos jurídicos fundamentales. Siempre se hizo así en el Pueblo elegido; en todo caso —pensábase— desde Moisés, que "hacía saber los mandatos de Dios" a quienes tenían alguna querella [34]. En realidad, la Biblia contenía tres códigos: el más antiguo, inspirado en el antiquísimo derecho consuetudinario y fijado sin duda dos mil años antes de nuestra era, estaba contenido en lo que se llama el *Libro de la Alianza*, es decir, los capítulos XX a XXIII del Éxodo; uno más reciente y perfeccionado, constituyendo el núcleo del Deuteronomio, los capítulos XXI a XXVI, debió ser promulgado hacia 622 inspirando la reforma de Josías; por último, un tercero, puesto a punto por toda una escuela de sacerdotes legistas durante el

[33] Llevado ante el procurador Festo, pero temiendo ser conducido ante un tribunal judío, Pablo declara: "¡Apelo al César!", es decir al tribunal del Emperador con asiento en Roma. Y se hace justicia a su demanda. Act., XXV, 1-12.
[34] Ex., XVIII, 16.

Exilio en Babilonia, y en seguida después del retorno, Esdras lo puso en vigor [35]; éste formaba lo esencial del Levítico. Sobre ese *Corpus juris divini*, sobre sus 613 mandamientos, desde el siglo V, los escribas y doctores de la Ley no dejaron de cogitar y de glosar, multiplicando los textos de jurisprudencia que serán reunidos en masa en los tratados del Talmud, y que hacían del derecho judío una maraña bastante extraordinaria. Ese origen explica el carácter esencial de toda la Ley en Israel: ni en materia penal, ni en materia civil, se trata verdaderamente de indemnizar a un perjudicado, ni de dar un ejemplo, aún menos de regenerar a un culpable, sino únicamente de dar satisfacción a Dios, a quien el mal irrita. La admirable fórmula del Levítico: "Sed santos, porque santo soy yo" [36], era en realidad el precepto único del derecho judío, el ideal que las leyes humanas se proponían que prevaleciera en la tierra. "El Espíritu de Dios —decía el tratado Makkoth— debe resplandecer en la *bethdin*, la casa de juicio [37]." Pero sabiendo demasiado bien que entre lo ideal y la aplicación, la naturaleza pecadora del hombre pone un abismo, los fieles de Yavé tenían por toda justicia humana un desprecio cuya fórmula inmortal nos dio el profeta Isaías: "Nuestra justicia es como vestido inmundo [38]."

IV. Jueces y tribunales

La unión del derecho y de la religión se nota evidentemente en la constitución de los tribunales. El Gran Sanedrín —que, según hemos visto [39], desempeñaba el papel de consejo político y de academia teológica— era también un tribunal. Donde más se le conoce es en ese papel, debido al proceso de Jesús, y más tarde al de San Pablo [40]. En cuanto tribunal constituía la más alta jurisdicción, a un tiempo Tribunal de apelación y de casación ante el cual podía interponerse recurso por un fallo, y Corte suprema, que tenía competencia para juzgar los casos más graves, es decir, sobre todo los casos que afectaban a la religión. Cuando sesionaba solemne-

[35] Neh., VIII.
[36] Lev., XIX, 2.
[37] *Makkoth*, XXIII, 6.
[38] Is., LXIV, 5. Las traducciones francesas tradujeron así, ropa sucia, o vestido manchado. El texto hebreo era más riguroso; algunas traducciones italianas han conservado su trivialidad escribiendo: *panno di mestrui*. La traducción española de Nacar-Colunga dice "vestido inmundo" (N. del T.).
[39] Más arriba, pág. 64.
[40] Act., XXII y XXIII.

mente —diríamos: reunidas todas las cámaras—, bajo la presidencia del *Abet Beth din*, las sesiones se celebraban en la *Liscat Haggazith*, la "sala de piedras pulimentadas", que databa del rey Janio. Instalada en el Templo, se hallaba en el recinto sagrado, pero daba exteriormente al atrio de los paganos, al que todo el mundo podía llegar; los jueces entraban por el lado del Templo y el acusado por el otro. En los asuntos menos graves, los 70 miembros del Sanedrín no estaban todos presentes: bastaba con 23 para que una *halaja*, una deliberación, fuese válida, pero estaba prescrito al juez que no saliera sino después de haber debidamente verificado que se llegaba al número legal, una vez que se fuera. Las reuniones se realizaban el lunes y el jueves, nunca un día de Sabat o de fiesta mayor: a veces ocurría que el Gran Sanedrín sesionaba de noche, pero en este caso le estaba prohibido condenar a muerte. Parece que, poco después de la muerte de Jesús, vio declinar seriamente su poder, pues Herodes Agripa y los procuradores desconfiaban de él por razones políticas: hasta fue apartado de la hermosa "sala de piedras pulimentadas". No por eso dejó de sobrevivir a la caída de Jerusalén, y, transportado de un lugar a otro, duró hasta fines del siglo IV. El barrio de los "Judíos observantes", Bet Shearim, se enorgullece hoy de haber sido una de sus últimas residencias.

Pero mucho antes ya había perdido parte de su competencia territorial por una descentralización que Flavio Josefo atribuye al legado Gabino [41]. Cuatro "cortes de veintitrés jueces", es decir, algo así como los Parlamentos del Antiguo Régimen en Francia, fueron creadas en Jericó, Séforis en Galilea, Amat y Gadara. Pero desde hacía mucho había tribunales locales, "pequeños sanedrines". Toda comunidad regularmente constituida tenía el suyo, que juzgaba las causas de importancia secundaria, pero, en materia penal, no podía ir más allá de la flagelación a treinta y nueve azotes [42]. Se componían ordinariamente de tres miembros, al menos en principio, porque los rabíes enseñaban: "Nadie puede juzgar solo, sino el Único" [43]; sin embargo, como las competencias eran a veces raras en el campo, se admitía que "un solo hombre decidiera sin asesores, si las partes declaraban públicamente aceptar su decisión" [44].

41 *Antigüedades judías*, XIV, 5.
42 II Cor., XI, 24.
43 Tratado *Aboth*, IV, 11.
44 Tratado *Sanhedrin*, V, a.

Las cualidades que se requerían a los jueces eran objeto de una reglamentación muy estricta: "En materia civil todo israelita está calificado para juzgar —decían los rabíes—, pero en materia criminal sólo pueden ser elegidos los sacerdotes, los levitas y los miembros de las familias que podían casar a sus hijas con los miembros del clero [45]." Un pasaje del tratado *Sanhedrin* fijaba el arquetipo del juez perfecto: alto, digno, hablando "las setenta lenguas" para que nunca necesitara intérprete, y hecho a las "artes mágicas" para que estuviera por encima de las astucias de los brujos y otros nigromantes [46]. No había de ser ni muy joven, ni demasiado viejo, ni eunuco: ni hombre duro de corazón, agregaba rabí Judá [47]. Los jueces no recibían emolumentos. "Los fallos de todo el que percibiera honorarios eran nulos" [48].

Al lado de los jueces gravitaba, como es conveniente, todo un pueblo de secretarios, alguaciles, agentes de ejecución, de aquellos que los griegos llamaban con ironía "hiperetas", es decir, los "remeros de segunda", diríamos las "quintas ruedas de los carros". El tipo más conocido era el *hazzam*, del que habla muy a menudo la literatura talmúdica, a la vez bedel, alguacil, escribano, verdugo encargado especialmente de la flagelación, y director de las cárceles: un personaje. San Mateo, en su Evangelio, lo muestra como importante [49].

El procedimiento estaba también cuidadosamente reglado: decenas, hasta centenares de versículos de la Biblia fijaban las reglas, y los doctores de la Ley las habían estudiado tanto y tanto, que sin duda no había un solo detalle que no estuviese fijado. El tratado *Sanhedrin* reúne gran número de esos preceptos, cuya minucia honra el sentido jurídico y el espíritu de equidad de los rabíes [50]. La acción de la justicia nunca la iniciaba lo que llamamos "el ministerio público". En lo civil, las dos partes tenían la iniciativa. En lo penal, se necesitaba un acusador. Correspondía, pues, al perjudicado, o a los padres de la víctima, aun a todo el que tenía conocimiento de la sospecha de un delito o de un crimen, avisar a los jueces, literalmente: "presentar querella". Una mujer adúl-

45 *Sanhedrin*, IV, 2.
46 *Sanhedrin*, XVII, a.
47 *Sanhedrin*, XXXVI, 6.
48 *Bekhoroth*, IV, 5.
49 Mt., V, 25.
50 Gran cantidad de los detalles dados precedentemente provienen de ese tratado, cuyas referencias nos parece inútil dar en su totalidad. Véanse sobre todo los capítulos IV, VII y VIII.

tera, por ejemplo, podía ser denunciada por su marido o por la voz pública. El procedimiento era menos peligroso de cuanto puede creerse, pues los acusadores eran severamente castigados si calumniaban a un inocente. Como recuerdo de los horrorosos viejos que denunciaron falsamente a la casta Susana, salvada *in extremis* por la intervención del joven profeta Daniel, y que, confundidos, fueron ejecutados, se infligía al denunciante inicuo la misma pena a que estuvo expuesta su inocente víctima [51].

Parece que antes del día del juicio estaba prevista una investigación, cuyos resultados se ponían en manos de dos secretarios. Llegado el momento, cada uno tenía en su legajo las piezas concernientes a una de las partes, si se trataba de una causa civil, o si se refería a lo penal, relativas a la defensa o a la acusación. Ciertos doctores, como el rabí Judá, hasta exigían que hubiese un tercer secretario, cuando la vida de un hombre se hallaba en causa, para estar bien seguro de que el escrutinio no sería falseado.

Las sesiones tenían un carácter solemne, sobre todo las del Gran Sanedrín. El presidente —el *Abet Beth din,* si se trataba de la Corte Suprema— estaba sentado en el centro de un vasto semicírculo; a su derecha y a su izquierda, los setenta jueces colocados por orden de ancianidad. Frente a ellos el público, compuesto sobre todo de los discípulos de los rabíes que sesionaban en el consejo. Tras ellos una caterva de servidores, alguaciles, porteros, guardas. Recitaban el *Schema Israel* antes de abrir los debates. Hasta una sesión apresurada, improvisada en condiciones mucho menos que regulares, como aquella durante la cual compareció Jesús, no deja de dar una impresión de solemnidad.

Uno de los rasgos curiosos del procedimiento judío era que la prueba de hecho, aun flagrante, no se admitía: se necesitaban testimonios; aún más, testigos oculares; no se creía a los que habían oído, pero no visto. Cuando querían confundir a un sospechoso, ocultaban a dos testigos detrás de una cortina, colocada de modo que pudiesen ver al acusado, cerca de quien se encendían dos lámparas. Se requerían dos testigos [52]: era la misma regla que en el derecho romano, *testis unus*... "A un testigo único no se le debe creer jamás." La responsabilidad de los testigos era sumamente pesada, hasta el punto que debían "arrojar la primera piedra" al

[51] Dan., XIII. El precepto estaba fijado por Deut., XIX, 16-21.
[52] Num., XXXV, 30; Deut., XVII, 6 y XIX, 15; Jn., VIII, 17, etc.

que habían hecho condenar [53] —costumbre que sugirió a Jesús la terrible lección a los denunciantes de la mujer adúltera: "Quienes estén sin pecado..." En cambio, los testigos falsos descubiertos sufrían, en principio, como los acusadores inicuos, la misma pena que querían hacer sufrir al acusado [54]. Por eso se tomaban grandes precauciones para elegir los testigos: se apartaban las mujeres, los menores, los esclavos, los sordos, los mudos, los ciegos, y todos aquellos que tenían la reputación de mentir demasiado fácilmente; en cambio, los allegados al acusado eran recusados. ¿Impedía esto el falso testimonio? Se dudaría con sólo leer los Salmos y los Proverbios de la Biblia, y aun el Decálogo, sin hablar de procesos célebres, como el de Jesús y el de Esteban [55]. Mas, para evitarlo, estaba prescrito que se llevara a cabo un interrogatorio muy minucioso: ¿qué año, qué día, a qué hora el testigo había visto cometer el delito? ¿Conocía al acusado? ¿Le había advertido que iba a violar la Ley? Una diferencia de detalle —la diferencia entre el terebinto y el sicomoro en el proceso de la casta Susana— se reputaba favorable al acusado. Asimismo el cambio de opinión, la retractación de la primera declaración. En fin, el tribunal tenía el derecho de exigir al testigo un juramento muy solemne: había una enorme variedad: "por Dios, por el Cielo, por Jerusalén, por el Templo, por la Consolación de Israel, por mis hijos, por mi parte de Paraíso"; el Evangelio, en el famoso discurso de la "sal de la Tierra", dice netamente que eso no impedía los falsos testimonios, a los que esto agregaba perjurios [56]. Pero los innumerables consejos de prudencia y de sinceridad que los rabíes daban a los que debían testimoniar en justicia no les honran menos.

Oídos los acusadores y los testigos, el acusado presentaba su defensa por sí mismo; no parece que hubiera verdaderos abogados en Israel, como los había en Roma; sin embargo, algunos "testigos" debían sin duda hacer sus veces. Luego venían las deliberaciones y el veredicto del tribunal. Se tomaban muy grandes precauciones legales para que ese veredicto fuese completamente

[53] Deut., XVII, 7.
[54] Deut., XIX, 16-21. De hecho, parece que esta regla no se aplicaba más que si el acusado había sido condenado a muerte y los testigos falsos desenmascarados después de la acusación. Era en todo caso la opinión de los rabíes menos rigurosos; los más estrictos deseaban que hasta la intención misma fuese castigada.
[55] Sal., XXVII, 12; XXXV, 11; Prov., VI, 19; XII, 17; XIV, 5, etc.; Act. VI, 13.
[56] Mt., V, 33.

equitativo. Sobre todo en materia penal. Por ejemplo, durante la deliberación, un juez podía presentar argumentos en favor del acusado, pero no contra él. Los miembros más jóvenes del tribunal votaban primero; como, en nuestros consejos de guerra, el de grado menor. Para absolver bastaba mayoría relativa; para condenar a muerte se necesitaban dos votos más que la mayoría absoluta. Si el Sanedrín era unánime en condenar, la sentencia era "prorrogada", fórmula que ciertos rabíes interpretaban como que significaba la absolución por causa de prejuicio; otros como una "puesta en deliberación" de por lo menos una noche. En fin, la ejecución de la sentencia era inmediata si absolvía al acusado, se difería por veinticuatro horas si lo condenaba.

Todas esas prescripciones son, hay que decirlo, altamente laudables. ¿Las seguían siempre? Puede dudarse. En tiempo de disturbios, o cuando grandes pasiones agitaban los espíritus, ¿no se violaban esos hermosos principios? En "el asunto Jesús de Nazaret" la ilegalidad es tan evidente que varias veces, en nuestros días, comisiones de teólogos y juristas judíos han revisado el proceso, y la revista *Jerusalem* ha podido escribir que la condena fue "uno de los más terribles errores que los hombres hayan cometido" [57]. Pero, en *La guerra judía*, Flavio Josefo refiere el proceso verdaderamente abominable, seguido ante el Sanedrín, el año 67, a un tal Zacarías ben Baris, que, aun cuando reconocido inocente, fue ejecutado en el mismo Templo [58]. Las mejores leyes nunca bastaron para hacer perfecta la justicia humana —ese "vestido inmundo", ¡oh, Isaías!

V. Derecho civil

Los tres Códigos que hemos visto en la Biblia contienen menos prescripciones en materia de derecho civil que en derecho penal. Pero, sobre datos bastante fragmentarios, los rabíes habían elaborado toda una jurisprudencia. Por ejemplo, nada menos que tres tratados completos —las tres puertas *baba* del Talmud: *B. Kamma*, *B. Metzia* y *B. Bathra*— estaban dedicados a los "daños e intereses". Si nos atenemos a los principios fundamentales, creeríamos que estamos frente a un derecho civil sucinto; en realidad, en ciertas materias, era muy detallado y hasta curiosamente minucioso.

Ya hemos visto lo esencial, en lo que se refiere al derecho de

[57] *Jérusalem*, mayo-junio 1933, pág. 464.
[58] *Guerra de los judíos*, IV, 334-335.

las personas y al derecho matrimonial [59], fundados uno y otro en la concepción religiosa de la sociedad y sobre la defensa de la familia, célula social. Sólo el hombre adulto libre es una persona civil de pleno derecho. El jefe de familia ejerce su autoridad sobre la mujer, el hijo menor, la hija no casada, el esclavo; sin embargo, la Ley santa o la costumbre ponen límites a esa autoridad, por ejemplo, retirando al hombre el derecho de vida y muerte, protegiendo a la esposa y al esclavo israelita. Prescripciones particulares fijan el estatuto del extranjero, del que reside permanentemente, el *guer*. El Código de la Alianza ya recordaba a los israelitas que ellos habían sido *guers* en Egipto [60] y que como recuerdo de sus propias miserias debían mostrarse buenos con los extranjeros. El Deuteronomio había declarado "Maldito quien haga entuerto al extranjero" [61]. El Levítico iba mucho más lejos ordenando "Una sola ley tendréis para el extranjero, igual que para el indígena" [62]. Es éste uno de los puntos sobre los cuales el derecho judío parece mucho más generoso que el derecho romano; y Flavio Josefo tiene razón al alabar "la equidad del legislador de Israel con los extranjeros", tanto más notable, anota justamente, "que nadie cuidó nunca más que nosotros de mantener intactos nuestros ritos tradicionales" [63]. Hay un singular contraste entre el exclusivismo de los judíos, su negativa de todo contacto con los paganos impuros, y esa generosidad legal. San Pablo será el heredero de toda una tradición de su pueblo, la más bella, la más humana, cuando exclame: "No hay distinción entre judío y gentil; uno siempre es el señor de todos [64]."

Estamos bastante poco informados sobre el derecho de sucesión, que ocupa, sin embargo, un lugar considerable en las sociedades bien organizadas. Los textos que le conciernen están dispersos en el Pentateuco, pero también en Job, Josué y los libros históricos de Samuel y de los Reyes. Parece que evolucionó después del regreso del Exilio bajo la influencia del derecho helenístico; por ejemplo, la costumbre de "hacer un testamento en buena y debida forma", de que habla San Pablo a sus amigos gálatas [65], era una

[59] Véase más arriba, págs. 136 y 192.
[60] Ex., XXII, 20; XXIII, 9.
[61] Deut., XXIV, 17; XXVII, 19.
[62] Lev., XXIV, 22.
[63] *Contra Apión*, II, 28.
[64] Rom., X, 12; Gál., III, 28.
[65] Gál., III, 21; véase también Heb., IX, 16.

innovación. Los rabíes habían estudiado de cerca el asunto y fijado con cuidado las condiciones en que el testamento era válido. Aparte las donaciones testamentarias, el derecho corriente se resumía así: heredan los hijos, o los más próximos parientes de la cepa masculina, pero no la viuda, y las hijas sólo tienen derecho a una parte si se casan dentro de la parentela; en cambio, sus hermanos las mantienen hasta que lleguen a la mayoría. Entre los hijos, el primogénito tiene gran ventaja, que el Deuteronomio fija [66] y que seguramente se le concedía en tiempo de Jesús, si nos atenemos a la parábola del hijo pródigo [67]; tiene el "derecho de primogenitura", que comporta atribución de una parte doble que la de los otros hijos en la herencia paterna. Y la parábola muestra también que la costumbre de los "anticipos de herencia" ya estaba establecida.

En cuanto a los que nuestros civilistas llaman "derechos de las obligaciones", en la Santa Escritura se reduce a unos artículos sobre la propiedad, la compra y venta, los préstamos, las prendas y las deudas. Pero, sobre esos puntos, los doctores de la Ley habían establecido toda una jurisprudencia detallada. Por ejemplo, determinaron la propiedad de los objetos encontrados, la diferencia entre préstamo y depósito, reglamentaron la locación de bienes inmuebles y muebles —sin omitir el caso del año de trece meses [68]—, previeron plazos para la entrega después de una venta, y hasta definieron, tan netamente como los romanos, los títulos de ocupación y la prescripción. Pero donde los rabíes eran minuciosos, inagotables, es en materia de indemnizaciones, en que desarrollaban los preceptos formulados en el libro del Éxodo [69]. El principio, excelente, es que cada uno es responsable de los perjuicios causados a terceros por culpa de lo que le pertenece: responsable tanto de su buey como de su cisterna, responsable de los daños que pueden causar carneros o el incendio que alcanza la casa del vecino. En ciertos casos la responsabilidad del propietario aumenta: por ejemplo, si ha guardado un buey demasiado propenso a dar cornadas, o si ha confiado su rebaño a un pastor sordomudo, pobre de espíritu o corto de vista.

[66] Deut., XXI, 17.
[67] Lc., XV, 12.
[68] Véase más adelante, pág. 398.
[69] Ex., XXI y XXII.

VI. Crímenes y delitos, castigos y penas

Así como la Escritura santa no constituía un código civil, sistemáticamente ordenado, del tipo del Código llamado Napoleón, tampoco era un código penal; pero, en esta materia, proporcionaba gran número de preceptos, también diseminados en varios libros bíblicos, con los que era fácil formar un todo. En esto igualmente la enseñanza rabínica agregó a los textos multitud de comentarios y precisiones; se los halla en una veintena al menos de tratados del Talmud.

Entre crímenes y delitos, la diferencia no era siempre muy neta: ¿acaso lo es en nuestros días? Una clasificación sumaria podía colocarlos a todos en cinco grandes categorías: los atentados contra la vida humana, donde se distingue perfectamente entre el homicidio voluntario y el homicidio por imprudencia; los golpes y heridas, cuya gravedad estaba cuidadosamente catalogada; los atentados a la familia y a la moral, considerados como particularmente graves en una sociedad donde la familia ocupaba el papel primordial que sabemos, y cuya lista iba de los casamientos consanguíneos a las costumbres contra natura y a la bestialidad, de la violación de una novia a la maldición pública de un hijo contra el padre; los daños a la propiedad ajena, considerados también como crímenes cuando se trataba de robo a mano armada, o cometido de noche, o también el cambio voluntario de los mojones de un campo, o el empleo de pesas falseadas. En todas esas materias los preceptos bíblicos y las decisiones de los rabíes revelaban mucho cuidado, sentido jurídico y espíritu de equidad. Por ejemplo, matar a un ladrón que entró de noche en la casa no era homicidio, pero sí lo era matarlo si se le sorprendía en pleno día, pues en este caso se le podía detener [70].

Pero de todas las categorías de crímenes, los más graves ante la Ley, los más irremisibles, eran los que se cometían contra la religión. Lo que es natural, si se tiene en cuenta el carácter sagrado de todas las instituciones judías; para el "Pueblo de Dios" no hay peor falta que rebelarse contra Dios; en un sentido es cometer un crimen muy próximo al que nuestras reglamentaciones laicas califican de atentado a la seguridad del Estado. La represión de esas horrorosas faltas existió desde siempre en Israel: ya los castigaba

[70] Ex., XXII. 12.

el Código de la Alianza. Pero debe reconocerse que en el curso de los siglos la lista se había alargado considerablemente, y que, en los últimos tiempos, los doctores de la Ley, como especialistas, multiplicaron los casos en que podían cometerse esos crímenes. De modo que era crimen la idolatría, crimen la magia, la necromancía y hasta la adivinación, crimen la blasfemia —y se entiende por blasfemia el simple hecho de invocar en vano el nombre sagrado: todo eso es normal. Violar el Sabat era también un crimen que merecía la muerte; negarse a circuncidar a su hijo o abstenerse de celebrar la Pascua eran delitos tan graves, que el culpable tenía que ser proscrito. En tiempos remotos, interdictos heredados de viejos "tabús" mandaban tratar como criminales a los que tenían relaciones con una mujer indispuesta. Pero en los tiempos recientes la tendencia de los sacerdotes y de los escribas era considerar como ateos y rebeldes a los que desobedecían las menores leyes clesiásticas, sobre todo las que se referían al pago del impuesto al Templo y los diezmos [71]... Está fuera de duda que en los momentos en que vivía Jesús, puesto que la influencia de los fariseos había aumentado mucho, el judío fiel —diríamos el ciudadano judío— había de tener oportunidades de cometer crímenes y delitos en número considerable.

La represión era severa. Para todos los crímenes cometidos contra la religión, la única pena prevista era la muerte: por ese cargo condenaron a Jesús. Lo mismo ocurría con otros muchos que la legislación moderna castiga menos pesadamente, por ejemplo, en las condiciones que hemos visto, el adulterio [72]. También estaba prevista la muerte para todo el que redujera a esclavitud a un judío libre, para todo el que falseara las pesas, para la hija de sacerdote que se prostituía, para la mujer que se casaba ocultando su inconducta... Pero, en el momento en que vivía Jesús, esa severidad de la Ley estaba moderaba por la decisión que poco antes tomaron los romanos. "Cuarenta años antes de la destrucción del Templo ——dice el tratado *Sanhedrin* del Talmud—, las causas que comportaban la pena de muerte fueron retiradas al tribunal [73]." Otros

[71] Habría que dar aquí tantas referencias bíblicas que su lista sería larga y fastidiosa. He aquí sólo algunas: crimen de idolatría, Ex., XXII, 9; de blasfemia, Lev., XXIV, 16 (cf. Mt., XXVI, 65); de necromancía y adivinación, Lev., XX, 6; violación del Sabbat, Ex., XXXI, 14; de la Pascua, Núm., IX, 13; de la regla de circuncisión, Gén., XVII, 14, etc. Sobre la prohibición de acercarse a una "mujer con flujo menstrual". Lev., XX, 18.

[72] Véase más arriba, págs. 151 y 156.

[73] *Sanhedrin*, XVIII, a.

autores pensaban que las autoridades judías conservaban el derecho de instruir esas causas, pero que en todo caso el procurador se reservaba el derecho de autorizar o no la ejecución.

Para todo lo que se refería a crímenes, golpes y heridas, los muy viejos principios del tiempo de las tribus seguían siempre teóricamente válidos. El más célebre es la ley del talión, que la Biblia formulaba en tres oportunidades: "ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, contusión por contusión, herida por herida" y, naturalmente, "vida por vida" [74]. El precepto parece horroroso: en realidad, quizás apuntara, en tiempos remotos, a limitar los excesos de la venganza privada, a impedir que se vengara a "Caín siete veces y a Lamec setenta veces siete" y que se matara "a un hombre por una herida y a un niño por una contusión" [75]. Con los siglos habían atenuado la severidad, admitiendo que el talión sólo se aplicara en caso de muerte intencional o herida acarreando incapacidad permanente de trabajo. Es muy dudoso que en la época de Jesús estuviera muy en uso el talión: se atenían al "talión pecuniario". Lo que no quiere decir, lejos de eso, que eran capaces de admitir la gran lección evangélica que, condenando formalmente la vieja costumbre de "ojo por ojo, diente por diente", pedirá a los hombres que perdonen todo y "si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra" [76].

A esa ley del talión se vinculaba el principio de la venganza. Venganza de la comunidad, venganza de la familia, para decir todo, venganza de Dios. El crimen quebranta el orden querido por la divinidad: una pena proporcional restablece ese orden. Ésa es, por la demás, la única justificación de la pena de muerte, de la que se ha demostrado cien veces que no sirve de ejemplo, y es evidente que no acarrea ninguna reparación a las víctimas, sino, precisamente, la satisfacción psicológica de la venganza. La Biblia era,

[74] Ex., XXI, 23; Lev., XXIV, 19; Deut., XIX, 21.

[75] Gén., IV, 23.

[76] Mt., V, 38 y sigts. He aquí, contra el talión, un pasaje típico del Talmud. "Ojo por ojo", significa un pago en dinero. En dinero, dices tú, pero quizá se trata de hacer perder el ojo (del culpable). Supongamos que el ojo perdido era grande y el otro pequeño; ¿cómo aplicar entonces "ojo por ojo" según la Escritura? O supongamos que un ciego le ha vaciado un ojo a alguien, que un manco haya cortado el brazo de otro, que un inválido ha invalidado a su prójimo ¿cómo aplicarle la regla "ojo por ojo"? Ahora bien, la Tora declara que "tú tendrás la misma ley", una ley igual para todos vosotros." (*Baba Kamma*, 836.)

pues, formal: "El que derramare la sangre humana, por mano de hombre será derramada la suya [77]." La venganza es un deber sagrado para toda la familia. El más cercano pariente de un hombre muerto debe alzarse en *goel*, en "vengador de la sangre". Aquí también parece que la Ley hizo lo mejor que pudo para limitar los efectos de ese desastroso principio: la venganza no debía ejercerse del mismo modo si se trataba de una muerte involuntaria o de un crimen [78]; no había de alcanzar a los miembros inocentes de la familia del culpable [79]. ¿Existía, como más tarde en el derecho germánico, un "precio de la sangre", es decir, una tarifa de indemnizaciones que el criminal o los suyos tenían que pagar para evitar el castigo? Esto es seguro en materia de golpes y heridas; también es seguro cuando se trataba de la muerte de un esclavo —en este caso la cantidad que debía pagarse era treinta denarios: los famosos treinta dineros que Judas recibió por entregar a Jesús...—; pero cuando la víctima era un hombre libre, es muy dudoso. En todo caso, parece sumamente improbable que los romanos, amigos del orden, dejaran desarrollar, en un país ocupado por ellos, la "vendetta" en cadena.

El derecho penal, severo, contenía evidentemente sanciones y penalidades pesadas. Las multas por golpes y heridas, por negligencias culpables —por ejemplo, por haber abierto una zanja o cavado una cisterna sin avisar—, por difamación y calumnias, por corrupción de virgen, por robos, estaban cuidadosamente fijadas: por ejemplo, el que robaba un buey tenía que entregar cinco [80]. Las penas físicas infligidas en virtud del talión no estaban precisadas en la Biblia, pero los rabíes indicaban cierto número. La única mutilación prevista en el texto sagrado era la ablación de la mano de la mujer que, en el curso de una reyerta, prestó a su hombre una ayuda demasiado eficaz haciendo al adversario una cogedura de carácter bastante escabroso [81]... La varea debía practicarse, quizá hasta como simple medida de policía, como se hacía en Egipto con los contribuyentes recalcitrantes, sin decisión judicial, lo que la distinguía de la terrible flagelación. La prisión, que los

[77] Gén., IX, 6.
[78] Ex., XXI, 12; Deut., XIX, 3.
[79] Deut., XXIV, 16.
[80] Los textos de la Biblia sobre estos temas son muy numerosos, por ejemplo: Ex., XXII, Deut., XXI, Lev., XI, etc. Y los tres tratados talmúdicos *Baba* los comentan detalladamente.
[81] Deut., XXV, 16.

antiguos hebreos sólo conocieron como preventiva, destinada a asegurarse de un acusado [82], o como medida política en tiempo de los Reyes [83], llegó a ser, en la época de Esdras y de Nehemías, una pena represiva [84], a la que alude constantemente el Nuevo Testamento [85], aplicada sobre todo a los deudores insolventes. A veces se reforzaba la severidad poniendo cepos en los pies del preso, cosa que ocurrió a Pablo y a su discípulo Silas cuando fueron encarcelados en Filipos [86]. También parece que una fórmula que muy a menudo se repite en la Biblia: "será borrado de en medio de su pueblo", no significaba la muerte, sino la expulsión, lo que, *ipso facto*, incluye la excomunión religiosa [87].

Los suplicios propiamente dichos eran numerosos y variados. El tratado *Sanhedrin* enumera cuatro: la lapidación, la muerte por el fuego, la decapitación, la estrangulación. Este orden de gravedad parecería sorprendente, sobre todo si se piensa que el suplicio del fuego transcurría así: el condenado estaba semienterrado en estiércol, con el busto rodeado de estopas; dos verdugos le abrían la boca a la fuerza, para meterle en ella una mecha encendida; así perecía el hombre que había tenido comercio con madre e hija, o la hija de un sacerdote que se había vendido... La estrangulación infligida a un hijo que había golpeado a su padre, o a un "falso profeta", se hacía con el garrote.

Las penas más usuales, las más célebres, eran la flagelación y la lapidación. La primera constituía, en principio, ya sea un castigo considerado en sí como suficiente, ya sea una pena suplementaria agregada a la de muerte. Parece cierto que los romanos introdujeron en Palestina la costumbre de flagelar a los condenados a muerte antes de ejecutarlos [88]. Pero debía ocurrir a veces que el desdichado muriese por los golpes: por lo cual la Ley judía fijó un número máximo de azotes, cuarenta, y ordenó que se detuvieran al llegar a treinta y nueve, temiendo que el cuadragésimo fuese preci-

[82] Lev., XXIV, 12; Núm., XV, 34.
[83] I Rey., XXII, 27; II Cron., XVI, 10, etc. Jeremías, el profeta, fue muchas veces encarcelado. Jer., XX, 2; XXXII, 2; XXXIII, 1, etc.
[84] Esd., VII, 26; Neh., III, 25.
[85] Por ejemplo Mt., V, 25; XIV, 3; XVIII, 30, etc., Act., IV, 3; V, 18; VIII, 3, etc.
[86] Act., XVI, 24.
[87] Lev., XVIII, 29; según el tratado *Makkoth*, había ciudades previstas para estas proscripciones, como hay actualmente lugares de residencia asignados a ciertos condenados.
[88] Véase por ejemplo en *La Guerra de los Judíos* de Flavio Josefo, V y XI.

samente fatal [89], medida humana que la ley romana ignoraba. Sin embargo, los azotes que usaban los verdugos judíos, formados de simples tiras de cuero, triples o cuádruples, eran mucho menos crueles que los de los romanos, que estaban guarnecidos de bolitas de plomo o tabas de carnero, que, a cada golpe, se llevaban el pellejo. Este último tipo de suplicio fue sin duda el que sufrió Jesús, atado a una columna baja, entregado al arbitrio de los lictores [90]...

La lapidación era perfectamente un suplicio capital. Era el suplicio israelita típico, clásico, aquel de que sin cesar se trata en la Biblia, el que los acusadores de la mujer adúltera quieren infligirle, el suplicio en que había de morir el diácono Esteban, el primer mártir cristiano. El Deuteronomio indica claramente que era el suplicio infligido por la Comunidad; los acusadores y los testigos de cargo tenían que tirar la primera piedra y luego tiraba todo el pueblo [91]. El tratado *Sanhedrin* da una precisión que hace un poco menos bárbara esta ejecución de muerte: el condenado debía ser conducido a un lugar escarpado "de la altura de dos hombres"; uno de los acusadores lo empujaba hacia atrás, evidentemente para matarlo en la caída o romperle los riñones: tras lo cual se le arrojaban las piedras, la primera apuntando al corazón.

En cuanto a la crucifixión, que se caería en la tentación de creer que constituía un suplicio normal en Israel, pensando en la muerte de Jesús, era en realidad un suplicio importado por los griegos y los romanos. Originalmente los israelitas no crucificaban ni ahorcaban a los condenados: "suspendían en el madero" los cuerpos de los ejecutados [92]. Originario probablemente de Fenicia, y sin duda reservado primero a los esclavos rebeldes, ese horroroso suplicio —*crudellissimum teterrimumque*, dice Cicerón— se difundió por todo el mundo antiguo. En Roma se atribuía su introducción a Tarquino el Soberbio. En Judea, Alejandro Janio lo utilizó en grande contra los fariseos por él vencidos [93]. Llevado al lugar de la ejecución fuera de las puertas de la ciudad [94], donde se hallaban permanentemente maderos levantados, se ataba al condenado por

[89] II Cor., XI, 24.
[90] Remitimos al capítulo X de *Jésus en son temps.*
[91] Deut., XVII, 7.
[92] Deut., XXI, 22; II Sam., IV, 12. En *La Passion de Jésus, fait d'histoire ou objet de croyance* (París, 1959), Marc Stéphane ha pretendido demostrar que Jesús no fue crucificado sino "suspendido del madero".
[93] Véase más arriba, pág. 68.
[94] Para todos los detalles sobre la Crucifixión, remitimos al capítulo XI de *Jésus en son temps.*

las manos o se las clavaban a un travesaño más pequeño que se izaba con cuerdas hasta que llegase ya sea al tope del palo vertical, ya sea en una muesca prevista para ese fin. Los hombres eran crucificados de cara al público; las mujeres con el vientre pegado al palo. Una especie de cuerno colocado entre las piernas impedía que el cuerpo se desplomara y la muerte llegara demasiado pronto. En realidad ésta echaba horas y horas en producirse, determinada por la asfixia creciente, la tetanización de los músculos, el hambre y sobre todo la sed, sin hablar de las heridas que le producían los pájaros lúgubres que en aquellos lugares volaban sin cesar. Si tardaba demasiado, como no tenía que violarse la regla del Deuteronomio que prohibía dejar los cuerpos colgados por la noche [95], quebraban las piernas al condenado o bien le hundían en los costados una espada o una lanza.

Todo eso es ciertamente horroroso, pero ¿acaso la silla eléctrica o la guillotina lo son menos, aun cuando pasen por ser menos crueles? Por lo demás, había en la opinión judía una corriente hostil a la pena de muerte. El Talmud alude a ello [96]. La ley judía llegaba a prever atenciones que ignoran la mayoría de nuestros códigos modernos. Por ejemplo, se ordenaba que cerca del lugar del suplicio se colocara un sistema de guardia a caballo, con relevos, para que si las autoridades judiciales querían detener la ejecución, pudiesen hacerlo hasta el último segundo. También era obligatorio dar al condenado un "licor fuerte", como decía el libro de los Proverbios [97], verosímilmente un hipnótico, incienso o mirra disuelto en vino o en vinagre, como se le ofreció a Jesús; existían cofradías de mujeres piadosas, análogas a las cofradías de penitentes de la Edad Media, que se encargaban de ese cuidado, o en su defecto lo hacían las autoridades de la ciudad [98]. Tal es la última muestra de atención que la comunidad de Israel acordaba a los más desgraciados de sus miembros.

[95] Deut., XXI, 23.
[96] Un Sanedrín que hacía ejecutar a once condenados en siete años pasaba por destructor. R. Eleazar B. Azania dice: once en 70 años. R. Tarphon y R. Akiba, dicen: Si fuéramos miembros de un Sanhedrín, jamás nadie sería ejecutado. *Makkoth,* I, 10.
[97] Prov., XXXI, 6.
[98] Se sabe que Jesús rechazó el narcótico (Mc., XV, 23) o que apenas lo tocó (Mt., XXVII, 34).

CAPÍTULO V

TABLILLAS DEL CIELO, MEDIDAS DE LOS HOMBRES

I. EL AÑO Y LOS MESES

TODO EL mundo lo sabía, en Israel, porque todo el mundo había oído más o menos referir las bonitas historias reunidas en el *Libro de Enoc,* esa obra misteriosa, que ciertos rabíes consideraban como inspirada, aun cuando ya no lo contenía el canon de los textos oficiales [1]. Todo el mundo lo sabía, pues: fue el arcángel Uriel quien, mostrando a Enoc las "tablillas del cielo" le enseñó cómo debía calcularse el tiempo hecho por el Señor, determinar los años, los meses y los días, escuchando los ángeles que regulan el curso de las estrellas. Como todo, en el mundo y en la vida, el cómputo del tiempo, ese cuadro matemático de todos los actos de los hombres y de todos los acontecimientos, era de origen divino.

El elemento de base de ese cálculo era el año, el largo de tiempo más usual, con el día, del que sin cesar se habla en la Biblia. Ese año era lunar. Eso también, decía el Siracida, era divino: "...la luna brilla siempre a sus tiempos, para señalar perpetuamente su sucesión. Es faro de los campamentos en las alturas, que alumbra al ejército desde el cielo [2]." ¿Por qué, entonces, otro libro muy leído, aunque no estuviese admitido en las Santas Escrituras, el *Libro de los Jubileos,* aseguraba que Dios, después del Diluvio,

[1] Cf. *Bible apocryphe* por J. Bonsirven, pág. 25. El *Libro de Enoc* es uno de esos apócrifos muy visionarios que se multiplicaron en el Israel de los últimos tiempos. Atribuía la paternidad de los relatos, profecías y mensajes al "séptimo patriarca después de Adán", aquel de quien el Génesis (V, 24) deja entender que fue arrebatado al cielo. El Eclesiástico (XLIV, 16) habla de él como de un santo. La *Biblia etíope* ha incluido el *Libro de Enoc* en su canon.

[2] Eclo., XLIII, 6.

prescribió a los hombres que "observaran los años según este número: 364", y afirmaba que las desdichas de los hombres les llegaron porque habían olvidado esa orden? [3] De modo que es posible preguntarse si no hubo en tiempos remotos rivalidad entre el año solar, que era el de los egipcios, y el año lunar, mucho más difundido en todo el Cercano Oriente, y aun en la cuenca mediterránea, el mismo que los romanos tuvieron hasta el año 46 antes de Jesucristo en que César cambió revolucionariamente el calendario. En la Biblia, ciertos detalles parecen indicar que en tiempo de Moisés el año pudo haber sido solar: por ejemplo, cuando murió en el país de Moab, en lo alto del monte Nebo, el duelo oficial fue de treinta días [4]. Pero es seguro que en la época de Jesús sólo se usaba el año lunar de 354 días, hasta el punto que, en hebreo, el vocablo que designa al mes, *yerah,* significa exactamente "lunación".

El sistema lunar tiene, como es sabido, el grave defecto de llevar un atraso de unos once días sobre el año solar y de determinar un rápido desplazamiento de las estaciones con respecto a los meses. De modo que, de cuando en cuando, era necesario recobrar la diferencia, si no el verano acabaría por caer en pleno frío. Precisamente para remediar ese inconveniente, César, al comprobar un atraso de 67 días del año legal, decidió que el año 45 tendría 445 días, y que luego el año contaría 365. Para resolver un problema análogo, pues su año solar era de doce meses de treinta días, los egipcios agregaban cinco días móviles, cosa que los judíos no hubieran podido hacer: pues los once días que hubiera sido necesario agregar no podían tener lugar en las lunaciones. Dejaban, pues, que el desplazamiento alcanzara alrededor de un mes y luego insertaban un mes suplementario —*veadar*— entre dos meses de primavera, *adar* y *nisán.* El año "embolísmico" tenía cerca de cuatrocientos días [5]. Por lo demás, esa intercalación se hacía de modo totalmente empírico. Se basaban en las operaciones agrícolas; lo esencial era tener las primeras espigas de cebada para Pascua. "Los corderos son todavía muy jóvenes

[3] *Bible apocryphe,* pág. 89.

[4] Deut., XXXIV, 8. Se trata a menudo también de períodos de diez días o de acontecimientos fijos en el décimo día del mes, lo que parece referirse más bien a un calendario solar. Los griegos, que seguían un calendario análogo al de los hebreos, conocían también, sin embargo, la división en décadas (por ejemplo, Gén., XXIV; Núm., XXIX, 7; Jos., IV, 19, etc.).

[5] El año 29 en que Jesús recorrió la Galilea fue uno de ellos.

y los pollos demasiado pequeños —escribía un rabí a una comunidad judía de la Diáspora—, el grano no está maduro. Por eso hemos decidido agregar un mes a este año[6]." Un *Beth din*, un tribunal de tres doctores de la Ley era quien introducía la causa del mes como una causa judicial: un tribunal de cinco miembros la debatía, y por último un tribunal de siete tomaba la decisión[7]. Todo bien deliberado, se ordenaba la intercalación: según la fórmula "*veadar* estaba consagrado".

En tiempos remotos, el equinoccio de otoño y la fiesta de las cosechas señalaban el fin del año y el principio del nuevo: así estaba dicho en el libro del Éxodo[8]. Pero durante el exilio en Babilonia, los judíos habían adoptado el calendario llamado de Nippur, que hacía comenzar el año en el equinoccio de primavera, y lo conservaron después del retorno a Tierra Santa a causa de las relaciones internacionales. Por lo cual había dos años legales, el año religioso, que comenzaba en otoño, el 1º de *tisri*, y el año civil, que le llevaba siete meses; pero el *Roch Hachana*, el "Año Nuevo", se festejaba el 1º de *tisri*[9].

La datación de los años planteaba más graves problemas, como los planteaba, por lo demás, a todos los pueblos de la antigüedad. El sistema romano de fecha por los nombres de los cónsules, aun conjugado con el de la fecha legendaria de la fundación de Roma, 753 antes de Jesucristo, exigía magníficos ejercicios de memoria; lo mismo ocurría con el sistema griego de las Olimpíadas. Y los sistemas egipcio y asirio no eran más cómodos, con sus listas de dinastías y sus reyes epónimos. En tiempos remotos se referían simplemente a un acontecimiento asombroso: "Fue dos años antes del terremoto", dice Amós[10]. En tiempo de los Reyes, se contaban los años a partir del advenimiento del soberano reinante, lo que no dejaba de acarrear cierta confusión. Sin embargo, se puso un poco de orden en la materia cuando la dinastía seleucida, en 312-311, recogió a Siria como herencia de Alejandro y comenzó a fechar los años desde entonces; lo que siguen haciendo ciertas comunidades religiosas sirias. Pero, en la época en que vivía

[6] G. Dalman: *Aramïsche Dialektproben*, pág. 3.
[7] *Sanhedrin*, I, 2.
[8] Ex., XXIII, 16; XXXIV, 22. ¡Pero Moisés también había dicho que el año comenzaría en la Pascua! Ex., XII, 2.
[9] "Fue en I de Tisri cuando el mundo fue creado, enseñaba rabí Eliecer, cuando los patriarcas nacieron y murieron, cuando Sara, Raquel y Ana quedaron encinta, y José salió de prisión."
[10] Am., I, 1.

Jesús, no todos los judíos fechaban así. Los más nacionalistas querían que la era nacional comenzara "el primer año del gran Simón Macabeo"[11], es decir, 142 antes de Jesucristo. Ciertas ciudades que fueron bien tratadas por Pompeyo, habían resuelto fechar a partir de la conquista romana, es decir, de 63 antes de Jesucristo. Los doctores de la Ley, sobre todo los de la Dispersión, habían calculado, según los datos de la Biblia y de la tradición, que el mundo comenzó en 3761, lo que sigue admitiendo la sinagoga. Todo eso era bastante complicado...

El año se dividía en meses. No parece que los judíos hayan conocido el objeto que llamamos "calendario", que nos indica, con una mirada, los meses, las semanas, los días. Sin embargo, se ha encontrado en una tumba israelita una de esas tablillas con agujeros en hileras verticales, donde se introducían clavijas, de las que quizá se sirvieron los egipcios[12]. En cuanto a los zodíacos sobre mosaicos descubiertos en varias sinagogas de Palestina y Siria, son de varios siglos después de la era cristiana, y fueron seguramente inspirados por modelos grecorromanos. La división de los meses también se establecía por un *beth din*, según un procedimiento complicado. Se interrogaban testigos, preguntando minuciosamente al más importante de ellos en qué lugar había visto la luna, de qué ancho era la media luna, a qué altura se hallaba sobre el horizonte. El mes comenzaba la noche del vigésimo noveno día en el instante en que aparecía en el cielo el minúsculo creciente de la luna nueva; si no se mostraba, el mes tenía necesariamente treinta días. Una vez que el tribunal de siete miembros establecía debidamente el hecho, señales luminosas en las alturas y mensajeros a lo largo de los caminos anunciaban que el mes había empezado legalmente.

Normalmente había doce, y cada uno tenía un nombre. En tiempos remotos esos nombres se inspiraban en los trabajos de la tierra y en los momentos del clima, como los del calendario de la Revolución francesa. Había, por ejemplo, el "mes de las espigas", el "mes de los arroyos secos", el "mes de los frutales cargados" y el "mes del estallido de las flores", el delicioso *ziv* en que Salomón principia a construir el Templo[13]. Pero, quizá por-

[11] I Mac., XIII, 41.
[12] Tal vez... Se trataba quizá también de marcas para contar o de juegos análogos al "solitario". Empero, en Egipto esas tablillas tienen treinta agujeros, lo que hace pensar en el mes solar egipcio.
[13] I Rey., VI, 1, 37.

que esas viejas designaciones encantadores eran de origen cananeo, es decir pagano, varios autores bíblicos —los de Samuel y de Crónicas o el profeta Ezequiel por ejemplo— se limitaron a dar a los meses números de orden. Pero en Babilonia, durante el Exilio, cuando se adoptó el calendario de Nippur, se tomó la costumbre de llamar a los meses al modo de Babilonia, lo que era cómodo para el comercio. Esos nombres eran muy sospechosos de paganismo: por ejemplo, *tammuz* celebraba al dios babilonio de la vegetación, e *iyyar* estaba en relación con Ishtar, la diosa fecunda. No obstante, prevaleció tanto el uso, que los redactores bíblicos emplearon esos nombres, sin pensar en los dioses mesopotámicos más de lo que nosotros pensamos en el dios de la guerra al llegar el mes de marzo, o en Jano al festejar el 1º de enero. *Grosso modo,* con respecto a nuestros meses —*nisán,* por ejemplo, iba de mediados de marzo a mediados de abril— esos doce meses, cuyos nombres pronunció Jesús, eran: *nisán, iyyar, siván, tammuz, ab, elul, tisri* (nombre que significaba comienzo), *marshebán, kislev, tebeth, sebat, adar* —este último doblado en *veadar* los años del mes décimotercero.

La división del año en meses era la única que contaba verdaderamente; la división en estaciones, a la que hemos prestado atención, no tenía importancia en Israel, lo que se comprende, pues el clima sólo crea diferencias notables entre el período húmedo y frío y el período seco y cálido; los intermedios eran muy breves. En función de los equinoccios y de los solsticios los sabios dividían el año en cuatro partes, pero las designaban sólo con el nombre del mes en que empezaban: decían, pues, *tequfath nisán, tequfath tammuz,* es decir, trimestre que comienza en nisán o en tammuz. Comúnmente se hablaba de la "estación de las lluvias" y de aquellas en que faltaban. Y sobre todo se fijaban los tiempos sobresalientes del año por las fiestas que se celebraban: cuando se hablaba de la "época de la Pascua" o del "tiempo de los Tabernáculos" o del "momento del Gran Perdón" ningún israelita se equivocaba en cuanto al período del año en que ocurría el acontecimiento indicado.

Lo que, a pesar de todo, había de complicar las cosas es que no todos los habitantes de Palestina utilizaban el calendario oficial de la Comunidad judía. Sin hablar siquiera de los funcionarios y soldados romanos que debían contar el tiempo como en Roma, los no conformistas eran muchos. En primer lugar, los samaritanos no

tenían en cuenta el mes intercalario decidido en Jerusalén: designaban otro cuando les daba la gana. Las ciudades griegas tenían el calendario macedónico, traído por Alejandro, con sus doce meses lunares y uno intercalar, que además no coincidían exactamente con el de Jerusalén; ciertos príncipes herodianos siguieron el ejemplo, como el tetrarca Filipo y la reina Berenice, que fechaban en *artemisios* y en *dios,* es decir, por Artemisa y Zeus, y no en *iyyar* y en *tisri.* Lo mismo ocurría en la Diáspora: así, Filón de Alejandría utiliza el calendario grecomacedónico. Pero como los sirios y los egipcios habían acomodado cada uno a su modo el calendario de Alejandro, la confusión era completa. En una ciudad griega de la Decápolis, podía perfectamente haber tres calendarios a la vez, el judío, el sirio y el egipcio, sin hablar del romano.

En fin, ahora parece seguro, desde la revelación de los manuscritos del mar Muerto, que ciertos grupos religiosos, fieles a la tradición del *Libro de los Jubileos,* empleaban el antiguo calendario de 364 días, con cuatro trimestres de 91 días, cada uno formado por 13 semanas. Tenía la ventaja de hacer caer las grandes fiestas, como la Pascua, en fecha fija. Los esenios del monasterio de Qumran lo utilizaban seguramente. Quizá lo siguieron también Jesús y sus discípulos [14].

II. La semana de siete días

El calendario hebraico es verosímilmente el origen de una división del tiempo universalmente utilizada hoy: la semana de siete días. En Israel nadie ponía en duda que ésta fuese muy antigua y, naturalmente, de origen divino. Para convencerse bastaba con abrir el Libro Santo en la primera página y leer el sublime comienzo del Génesis donde el redactor inspirado narraba cómo, de la inmensidad vacía del caos original, de las tinieblas que cubrían

[14] Si el hecho se demostrara, esto resolvería el delicadísimo problema de exégesis sobre la fecha exacta de la fiesta de la Pascua y de la celebración de la Cena por Jesucristo (cf. *Jésus en son temps,* Índice de las cuestiones discutidas). Los evangelios sinópticos fijan la Cena en 14 de nisán, mientras que para San Juan ella tuvo lugar el 13 y la crucifixión el 14. Sería éste un argumento importante para quienes creen reconocer una influencia del esenismo sobre Cristo (cf. Jean Daniélou: *Les Manuscrits de la Mer Morte et les Origines du Christianisme,* pág. 26, comentando a Jaubert, *La Date de la dernière Cène,* en *Revue de l'Histoire des Religions,* 1954, págs. 140-176) .

al abismo, Dios creó sucesivamente las cosas inanimadas, luego los seres vivos según un orden creciente en dignidad, para terminar en el hombre "hecho a su imagen". Los "siete días de la creación" servían, pues, de arquetipo a los siete días de la semana.

A decir verdad, ese relato del nacimiento del mundo, referido en el capítulo primero del Génesis, pertenece a lo que los exegetas llaman "la fuente sacerdotal", por oposición a la fuente "yavista", que ha dado el relato de la creación del hombre en el capítulo II. Cuando se puso por escrito esa tradición, verosímilmente hacia el siglo VI o V antes de Jesucristo, hacía ya tiempo que los sabios de Israel seguían un trabajo teológico y científico. Así relacionaron con la obra divina una división del tiempo sin duda inmemorial.

Cuando, en el umbral del segundo milenio, el futuro patriarca Abraham, entonces Abram, llevaba vida de nómada con su clan en la baja llanura mesopotámica, sus vecinos, los ciudadanos de Ur en Caldea, conocían ya la semana, el cuarto del mes lunar. Correspondía a uno de los cuatro cuartos del astro que sucesivamente se observaba en las transparentes noches del Eufrates. En el poema babilónico de la Creación, el *Enuma Elis*, Marduc asignaba a la luna el papel que había de desempeñar: "Al principio del mes, para brillar sobre la tierra, mostrarás cuernos, y así se determinarán seis días. El séptimo día dividirás en dos tu corona... El décimocuarto te pondrás de frente[15]..." El día de la luna llena se llamaba en Babilionia *sabbattu*. Parece cierto que fue Moisés, el genial constructor de casi todas las instituciones de Israel, quien dio a la semana su aspecto definitivo, y su significado santo, identificando el ciclo de los días con el de la Creación, y el séptimo con el descanso del Señor. Una especie de juego de palabras ayudó a establecer esa correlación: la raíz *s. b.*, que se leía *sabua* y correspondía al número siete, es decir, significaba *semana*, se parecía a la raíz *s. b. t.*, que significaba *cesar* o *parar*, y se leía *sabbat*. La semana era, pues, esencialmente, el lapso de tiempo entre dos *sabats*, porque los sabats eran, dice el profeta Ezequiel, "señal entre [Yo] y ellos, para que supiesen que yo soy Yavé, que los santifico"[16]. Hasta ocurría que, en el texto sagrado, la palabra *sabbat* designara la semana entera[17].

[15] Fragmentos del *Enuma Elis* han sido dados por Dhorme en su precioso *Choix de Textes religieux assyro-babyloniens*, pág. 60.

[16] Ez., XX, 12. Sobre la importancia del Sabbat véase más adelante el subcapítulo que le está consagrado pág. 385.

[17] Lev., XXIII, 15.

De modo que un solo día de la semana llevaba un nombre particular: precisamente el día santo entre todos, el Sabat —que correspondía a nuestro sábado—. A veces al que le precedía se le daba un nombre que significaba "vigilia del Sabat"[18] o "preparación a la Cena"[19]. Para designar los demás días, se contentaban con simples números de orden: así, San Mateo comienza el relato del descubrimiento del sepulcro vacío, la mañana de la Resurrección de Cristo, al principio de su capítulo XXVIII, con estas palabras: "Pasado el sábado, ya para amanecer el día primero de la semana..." De manera que de ese modo los judíos fieles, y principalmente Jesús y sus discípulos, designaban los días de la semana.

Pero está fuera de duda que, en la Palestina de su tiempo, habían de existir otras costumbres. La administración romana debía designar los días al modo, a decir verdad, poco cómodo, que era tradicional y legal, con relación a las Calendas, a las Nonas y a los Idus. Pero sobre todo, en todos los medios adictos a las creencias astrológicas —y sabe Dios si las había entonces, quizá hasta entre los judíos...— se había establecido la costumbre de dar a los días de la semana el nombre de los planetas protectores, Luna, Marte, Mercurio, y demás. Dion Casio creía que esa costumbre era específicamente romana[20], y es sabido que debía sobrevivir a la ruina de los astrólogos y al triunfo del cristianismo, aparte la substitución del "día del sol" —el *Sonntag* de los alemanes, el *Sunday* de los ingleses— por el "día del Señor", domenica, domingo, que no es sino el Sabat judío desplazado veinticuatro horas.

III. El día y las horas

Como en francés y en la mayoría de las lenguas occidentales el vocablo *día* tenía dos sentidos para los israelitas. Designaba al mismo tiempo el día civil, astronómico, correspondiente a la rotación de la tierra —o más bien a una revolución aparente completa del sol—, y el día natural, aquel durante el cual "es de día" por oposición a la noche.

Los pueblos tuvieron siempre dificultad en determinar exacta-

[18] Jud., VIII, 6; Mc., XV, 42.

[19] Mt., XXVII, 62.

[20] Dion Casio: XXXVII. 18.

mente el momento en que debe empezar el día civil. Algunos lo hicieron iniciarse al alba, otros a mediodía; lo hacemos comenzar a medianoche, oficialmente, pero es incómodo, cuando estamos despiertos a las dos de la mañana y se piensa en un hecho que se producirá a mediodía, el mismo día, no decir "mañana". En Israel era costumbre inmemorial hacer terminar un día y empezar el siguiente en el momento en que se ponía el sol. El trabajo ha terminado, se llega a la etapa; el cuerpo mismo, cansado, siente que un lapso de tiempo acaba de cumplirse. Son muy numerosos los pasajes del Libro que certifican esa costumbre [21]. Dignidad, santidad de la noche. Era la hora en que debía ser inmolado el cordero pascual, la hora, cada día, del "segundo sacrificio", de la "ofrenda vesperal", de la última oración, de la súplica de brazos levantados [22]. En Jerusalén, el anuncio del fin del día se hacía por medio de un toque de trompetas, y, en las grandes fiestas, por el *sofar*, el cuerno de carnero de sonido triste.

El día natural comenzaba, naturalmente, al salir el sol y terminaba al ponerse. A veces hasta lo llamaban "mañana-tarde" para diferenciarlo del día civil. En Jerusalén, en cuanto el astro asomaba tras la línea negra de los montes de Moab, se oía retumbar un doble tañido de bronce: era el equipo de levitas de servicio ese día que abría la célebre puerta del Templo, la puerta de dos hojas, llamada puerta Nicanor. Luego un toque de trompeta anunciaba la primera oración. Y, delante de los atrios del Templo, tanto como en las casas de los fieles, se elevaban en salmodias las palabras sagradas del *Schema Israel.*

La división del día en horas era relativamente reciente en Israel. En el Antiguo Testamento, la palabra *hora* sólo se encuentra en el libro de Daniel, y se toma en un sentido tan general que las versiones modernas lo traducen por "momento" [23]. Se limitaban a iniciar la hora del mediodía, *sohoraim*: el vocablo hacía pensar en "dos mitades". Los puntos de referencia habituales eran la hora del sacrificio matutino y la hora del sacrificio de la tarde [24]. Pero en la época de Jesús, la división del día en doce horas era de uso corriente; el Nuevo Testamento da de ello muchas prue-

21 Por ejemplo, Ex., XII, 8; Lev., XXIII, 32; Sal., LV, 18, etc.
22 Los samaritanos hacían la plegaria entre la puesta del sol y el fin del crepúsculo; los judíos entre la declinación del sol, hacia las 15 horas, y su desaparición.
23 Dan., III, 5; IV, 16.
24 Núm., XXVIII, 4; I Rey., XVIII, 29-36.

bas, la parábola de los obreros de la undécima hora, por ejemplo [25], o la precisión dada por San Juan de que Cristo se sentó "a la hora de sexta" en el brocal del pozo de la Samaritana [26], o la que nos proporciona San Marcos de que Jesús fue crucificado a la hora de tercia y murió a la hora de nona [27]. Es decir, que la costumbre, sin duda de origen babilónico, se había totalmente impuesto desde el retorno del Exilio, por influencia de la civilización grecorromana.

Es sabido que las "doce horas" del sistema empleado entonces en todo el Imperio romano no tenía ninguna relación con el nuestro. Nuestras horas están calculadas matemáticamente, siendo cada una la vigésimocuarta parte del día civil. El sistema romano se basaba en la presencia del sol en el cielo; en el solsticio de invierno, 25 de diciembre, para un día que sólo contaba con 8 horas 54 minutos de luz, la hora diurna bajaba a menos de 45 minutos de los nuestros, mientras que la hora nocturna se alargaba a más de 1 hora 15 minutos [28]. Cuando Jesús, la noche del Jueves Santo, reprocha a sus discípulos no haber podido "velar una hora" [29], gran trabajo costaría indicar a qué duración exacta alude. En cuanto a la división de la hora en minutos y segundos, conocida de los matemáticos de Egipto y de Caldea desde hacía muchísimo tiempo, el populacho judío la ignoraba o, en todo caso, no le preocupaba.

Hay, en esa imprecisión general del cómputo de la hora, un rasgo de costumbres característico de la vida cotidiana en Israel, y que, por lo demás, sigue siéndolo de la vida en todos los países de Oriente, sin hablar de algunos países mediterráneos de Europa. La preocupación de la exactitud, casi la manía, que es la nuestra, y sobre la cual se asientan tantos datos de nuestra existencia, era radicalmente ignorada. Ningún patrón de taller hubiera tenido la idea de hacer "anotar" a sus obreros a la "hora quinta" exactamente, y nadie hubiera imaginado que pudiese existir una guía de las caravanas o de los barcos que iban a salir. Citar para las diez y media o para las 18 hubiera sido inconcebible: se limitaban a invitar al visitante al atardecer, que era el momento digno entre

25 Mt., XX, 1, 16.
26 Jn., IV, 6.
27 Mc., XV, 25 y 34; cf. Mt., XXVII, 46.
28 Véase en *La Vie quotidienne à Rome* de J. Carcopino, pág. 178, los cuadros de las horas.
29 Mt., XXVI, 40; Mc., XIV, 37.

todos, aquel en que gustaba hablar mucho tiempo, mientras que el cielo pasaba del color de malva al gris de tórtola, al azul obscuro, y luego se ponía a palpitar de estrellas. Ese modo quizá no fuera muy cómodo, pero la vida corría menos velozmente que en nuestros días y pocas veces se tenía prisa.

¿Utilizábanse instrumentos para fijar la hora? Sabido es que los griegos y los romanos poseían por lo menos dos: el cuadrante solar y el reloj de agua. El primero lo habían inventado los atenienses —el *gnomón* de Metón—; el invento se difundió pronto en todo el mundo helénico, los romanos lo adoptaron al principio de la segunda guerra púnica, en 263, por voluntad de un cónsul inteligente, Valerio Mesala. El segundo instrumento para medir el tiempo, de técnica más sabia, fue puesto en su punto en 159 por los alejandrinos, que se sirvieron del cuadrante solar para establecer una escala graduada de las horas, en que el correr del agua indicaba la marcha del tiempo. Esas *horologia ex aqua* se pusieron de moda: las había que, cada hora, lanzaban al aire una piedra, o un huevo, o bien silbaban. ¿Poseían los judíos esos ingeniosos aparatos? Cosa curiosa, la Biblia no hace alusión alguna. Verdad es que refiere que el profeta Isaías, para dar una señal de Dios al rey Ezequías, hizo retroceder la sombra diez gradas [30], pero puede tratarse de las gradas de una escalera tanto como de las horas de un cuadrante solar. La arqueología no ha encontrado todavía en Palestina un cuadrante solar judío. Lo que no quiere decir que los ricos del tiempo no los hicieran instalar en las paredes de sus moradas, ni que no trajeran de Alejandría o de Roma una de esas clepsidras que tanto impresionaban a los visitantes...

En cuanto a la noche, en que evidentemente ningún gnomón estaba ahí para señalar la hora, y en que los relojes de agua sólo podían ser aproximados, la división de las horas era más vaga aún que la del día. Desde tiempos remotos siempre la repartieron en "vigilias", duración de tiempo que había de pasar vigilando el centinela que protegía el campo o el pastor que guardaba el rebaño.... El tiempo parecía largo, tanto más cuanto que el relevo no habría de hacerse de manera muy exacta. Y sin embargo, decía la Biblia, "Mil años son a tus ojos... como una vigilia de la Noche"..[31] Desde que los romanos ocupaban Palestina habían

[30] II Rey., XX, 9-11; Is., XXXVIII, 8.
[31] Sal., XC, 4.

adoptado la división romana en cuatro vigilias, cada una de tres horas, poco más o menos. Numerosos pasajes del Nuevo Testamento aluden a ello; por ejemplo, San Mateo cuando precisa que fue "la cuarta vigilia de la noche" cuando Jesús caminó sobre las aguas para alcanzar a sus discípulos en medio del lago [32]. En el uso corriente se distinguían bien esas cuatro vigilias, y San Marcos lo muestra con exactitud [33]. Había la "vigilia de la noche" en que, en los techos planos de la ciudad, las lámparas de aceite esparcían sus amarillentas luces sobre las alfombras rayadas y las colgaduras; la "vigilia de medianoche", sombría, vagamente inquietante, aun bajo la luna y las estrellas, durante la cual, como decía el Salmo CXXX —nuestro *De profundis*— "los centinelas aspiraban al alba"; la "vigilia del canto del gallo", aquella durante la cual Jesús, al salir de la casa del sumo sacerdote, echó a Pedro una mirada que le llegó al alma; la "vigilia de la mañana", en fin, en que, poco a poco, el horizonte se teñía de colores exquisitos, en que todo se despertaba, gente y animales, en que volvía la vida en la tierra.

IV. Las medidas y las pesas

Si el cálculo del tiempo no parece haber sido muy sencillo en Israel, su complicación no es nada al lado de la que presentaba el sistema de pesas y medidas, o mejor dicho, la complicación que presenta para nosotros, pues los judíos de hace dos mil años debían evidentemente acomodarse a él, y hasta lo encontraban sin duda normal y práctico, como los ingleses hallan normal y práctico el suyo, que los europeos del continente juzgan algo complicado. La antigua Palestina no conoció el hermoso sistema metrológico que los grandes imperios mesopotámicos ya poseyeron 3000 años antes de nuestra era. Salomón, inspirándose sin duda en el babilónico, había establecido uno: hasta encargó a los levitas de "controlar todas las medidas de capacidad y de longitud" [34]. Pero cae de su peso que en nueve siglos ese sistema había evolucionado, que las mismas palabras no designaban las mismas medidas que en tiempo del gran rey. Las longitudes y los continentes hasta

[32] Mt., XIV, 25.
[33] Mc., XIII, 35.
[34] I Crón., XXIII, 29.

variaban de una provincia a otra, pues los exiliados habían llevado a Judea modos de medición aprendidos en Babilonia. Además, las ocupaciones griega y romana habían superpuesto otros sistemas, con los cuales intentaban, más o menos bien, hacer concordar el sistema judío. Se ve que los historiadores y los arqueólogos que se inclinan sobre ese problema tienen mucho que hacer. Tanto más cuanto que nada es más aleatorio que la traducción de un término de medida en otra lengua; por ejemplo, el *zereth* y el *tofah*, es decir, el *palmo* y el *palmo menor*, están traducidos ambos en la Vulgata *palmus*, cuando hay tres *tofah* en un *zereth*. Por último, tanto más cuanto que, por una desdichada casualidad, las excavaciones arqueológicas no han entregado hasta ahora ninguna medida de longitud o de capacidad intacta.

Hechas estas reservas, y admitiendo que todas las estimaciones de medidas antiguas en medidas actuales son conjeturales, puede esquematizarse así el sistema judío. Para medir una longitud relativamente corta, se la comparaba con las partes del cuerpo humano: el *codo* se evaluaba desde el codo hasta la extremidad del dedo medio; valía dos *palmos*, dos "manos abiertas", de la punta del pulgar a la punta del meñique; el palmo valía seis *palmos menores*, seis "anchos de la mano"; y se necesitaban cuatro dedos para hacer un palmo menor. Era bastante sencillo, pero había dos clases de codo, el débil y el fuerte; este último valía siete palmos menores en lugar de seis, y según parece es el que utilizaban los arquitectos. Cuando el Evangelio nos dice que "nadie puede añadir a su estatura un solo codo" [35], sólo el sentido del apólogo es preciso. Sabios cálculos [36] han llegado a evaluar el codo débil en unos 45 centímetros —lo cual confirmaría que los judíos eran de corta estatura...— y el fuerte en 54.

Para medir las distancias más largas, en el camino, por ejemplo, los israelitas emplearon durante mucho tiempo —y sin duda las empleaban todavía —designaciones tomadas en la vida cotidiana, el alcance de arco [37], la jornada de marcha [38]. También se hablaba de "camino sabático", el que podía recorrerse sin violar el descanso sagrado; los Hechos de los Apóstoles evalúan igual-

[35] Mt., VI, 27; Lc., XII, 25.
[36] Fundados especialmente en los 1.200 codos del túnel acueducto de Ezequías (véase más arriba, pág. 95) que se ha hallado y medido; pero esa cifra de 1.200 ¿no es enfática?
[37] Gén., XXI, 16.
[38] Gén., XXX, 36; XXXI, 23; Ex., III, 18; Jon., III, 3.

mente la distancia del monte de los Olivos a Jerusalén [39]. Los campesinos y la gente del pueblo contaban sin duda en pasos, o en mil pasos, como hace Jesús cuando aconseja: "Si alguno te requisara para una milla, vete con él dos [40]." Pero desde la conquista griega se pusieron en uso otras medidas: contaban en *estadios*, al modo helénico [41]. Los rabíes enseñaban que el "camino sabático" correspondía a seis estadios, el estadio valía 600 pies, unos 185 metros, u 800 *brazas*. Esta última medida servía sobre todo para apreciar la profundidad: así la sonda que echan los marinos del barco en que va embarcado San Pablo, encuentran veinte brazas de fondo y luego quince [42]. Pero los romanos habían seguramente introducido en Palestina su medida usual, la milla, de 1.478 metros; se han encontrado "hitos miliares" en Tierra Santa y en todas las regiones vecinas.

Las superficies se definían con el mismo procedimiento que todavía usamos cuando hablamos de metros cuadrados, de kilómetros cuadrados. Los geómetras utilizaban, para las pequeñas superficies, la *qaneh*, la "caña de medir", la "caña" que el profeta Ezequiel vio que el "varón de bronce" utilizaba para tomar las medidas del Templo futuro [43]; había de tener poco más de tres metros, y por consiguiente, la "superficie de la caña" correspondía a unos diez metros cuadrados. Para las superficies mayores empleaban el *cordel*; hasta era tan usual calcular en "cordeles", esto es, en "cordeles cuadrados", que para decir "un terreno" se decía corrientemente "los cordeles" [44]. La desgracia es que no sabemos muy bien cuál era exactamente el largo del cordel... Pero la medida usual de superficie, aquella de que se servían los campesinos judíos, era el *yugo*, la superficie que un par de bueyes ara en una jornada, el *jugerum* de los latinos, de veinticinco áreas, muy cerca del *arpento* de las viejas medidas francesas o del *journal*

[39] Act., I, 12.
[40] Mt., V, 41. (Muchas traducciones dan una *milla*, pero no se trata de la *milla* romana, que es de mil dobles pasos.)
[41] Lc., XXIV, 13; Jn., VI, 19; XI, 18; Act., XIV, 20; XXI, 16.
[42] Act., XXVII, 28.
[43] Ez., XL.
[44] La traducción exacta del versículo del *Salmo* XVI, 6, no es "una parte me ha sido dada en el cercado de delicias" sino "una cantidad fijada en el cordel". La Biblia de Jerusalén dice: "El cordel me marca un cercado de delicias." La versión española de Cipriano de Valera dice: "Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos", y la de Nacar-Colunga: "Cayeron para mí las cuerdas en lo más selecto." (N. del T.)

que aún sirve para la estimación de las tierras, por ejemplo en el Delfinado y en Saboya.

Si la idea de calcular la superficie por el cuadrado de la longitud se les ocurrió a los judíos hacía ya mucho, desconocían la de evaluar los volúmenes por el cubo. Lo mismo, desde luego, que todos los pueblos de la antigüedad. Todos establecían mal la diferencia entre un volumen y la cantidad de mercancías que podía contener y que, evaluada en peso, podía cambiar enormemente. Además, los judíos no tenían exactamente el mismo sistema para designar los medidas de capacidad de los sólidos y de los líquidos; para los primeros se contaba en *log, kab, seah, efa, homer,* y para los segundos en *log, kab, hin, bat, kor.* Curiosamente, se mezclaban el sistema decimal y el sistema duodecimal; así un *bat* de agua valía seis *hin* o dieciocho *kab.* Pero se necesitaban diez *bat* para hacer un *kor,* y cuatro *log* para hacer un *kab.* Se admite ordinariamente que el *log,* tanto el de los líquidos como el de los sólidos, corresponde a poco más o menos medio litro.

Sin embargo, la medida más corriente —el Evangelio nos lo deja creer— había de ser lo que en idioma español se llama *celemín.* No era sino el *modius* de los romanos: contenía 8 litros 65; en la época de Jesús lo empleaban de preferencia al pesado *seah* que llegaba a más de 13 litros. En todos los hogares de Israel había seguramente un objeto, de madera, de metal o de alfarería que servía para medir el *celemín* de cebada o de trigo necesario para el pan de la familia: entre los pobres lo utilizaban como mesa baja. Por eso Cristo exclama: "No pongáis la candela bajo el celemín [45]." Existían medidas mayores tanto para los granos como para los líquidos; hablando de las tinajas que, en las bodas de Caná, contenían el agua del milagro, San Juan dice que cada una tenía "dos o tres metretas [46]", dos o tres "quartantes", dicen las viejas traducciones, seguramente la "metreta" de los griegos, de unos cuarenta litros, o sea tres veces la *urna* romana que contenía trece litros.

La mezcla de las medidas judías y paganas parece, pues, que formaba parte de las costumbres en Palestina en la época de Jesús. Aún era más asombroso en lo que se refiere a las pesas. Lo que se comprende, pues la pesada es el elemento de base de todo comercio. Así como hoy, en la mayoría de los puertos mediterráneos, el carbón de los navíos se evalúa en pounds ingleses y el petróleo en galones americanos, así los comerciantes de Israel se veían obligados, en el comercio de importación y exportación, a servirse de las unidades de peso paganas. Las excavaciones de la Sefela han mostrado que se usaba el sistema alejandrino. Pero sobre todo los romanos llevaron con ellos la *libra* de 327,5 gramos que servía de base de cálculo en todo el Imperio. En libras evalúa San Juan la cantidad de "nardo legítimo" que María de Betania derrama a Jesús [47] o el peso de las plantas aromáticas que Nicodemo ofreció para embalsamar al Crucificado [48].

[45] Mt., V, 15; Mc., IV, 21; Lc., XI, 33.
[46] Jn., II, 6.

Sin embargo, la libra romana no había eliminado seguramente, en el uso corriente, las medidas de peso tradicionales, de que el Nuevo Testamento habla numerosas veces, el *talento,* la *mina* y el *siclo.* Eran las antiguas medidas babilónicas: el talento valía sesenta minas, la mina sesenta siclos. En la época de Cristo, el talento no se utilizaba ya como peso —admitiendo que alguna vez lo fuera—; como pesaba entre 35 y 60 kilos, hubiera sido poco manejable. Pero servía para calcular las cantidades de plata y de oro y, con ese título, tenía un valor casi simbólico; decir de un hombre que tenía "mil talentos" era proclamarlo multimillonario. Y lo mismo ocurría con las minas. La verdadera unidad de peso israelita era el *siclo,* que se fraccionaba en medio, cuarto y vigésimo; se la encuentra muy citada en el Antiguo Testamento, al menos en los libros más antiguos, pero nunca en los libros más recientes, y ni una sola vez en el Nuevo Testamento. Lo que permite pensar que el antiguo siclo-peso —pues el siclo moneda subsistió— estuvo puesto en relación con la libra, a razón de unas cuatro o cinco libras por siclo.

Materialmente, ¿cómo pesaban? Con balanzas, ya sea la balanza de astil, de la que se ha encontrado un ejemplar muy antiguo en Meggido, ya sea la romana. Y con pesas de piedra, a menudo de piedra muy dura, basalto o pórfido, o de metal, bronce o plomo. Se han encontrado pesas en forma de animal, león, pato, rana, escarabajo, pero no es seguro que sean judías, debido a la prohibición legal de representar seres vivientes. Las pesas estaban estampilladas, como van firmados los billetes de nuestros bancos de emisión. En el museo de Jerusalén se ven

[47] Jn., XII, 3.
[48] Jn., XIX, 39.

varias que llevan inscripciones como "Timinnios el cretense" o "Agátocles, fiscal de pesas y medidas". Nombres griegos, pero el uso estaba seguramente difundido por todas partes.

V. Monedas en Palestina

La exactitud de las pesas no sólo era importante cuando se trataba de trigo u otras mercaderías: garantizaba la legalidad de la moneda. Cuando el proverbio decía: "Peso justo y balanza justa son de Yavé y obra suya son las pesas de la bolsa [49]" aludía a ambos. Mucho antes que existieran en Israel monedas en el sentido exacto de la palabra, acuñadas con un símbolo o una efigie, para pagar una deuda se pesaba una cantidad de metal precioso: así Abraham pesó antaño en Efrón cuatrocientos siclos de plata, en lingotes garantizados de buen título, para comprar el campo y la caverna donde fue enterrada Sara su mujer [50]. El mismo vocablo siclo provenía de la raíz *sekel* que, tanto en asirio como en hebreo, despierta a la vez la idea de contar y de pesar. La costumbre de pesar las monedas en lugar de contarlas era todavía corriente en la Palestina del tiempo de Jesús, como, por lo demás, en todo el mundo mediterráneo. La balanza servía también para asegurarse que el título de las monedas era bueno y que no les habían raído los cantos. Hasta era una de las tareas principales de los banqueros y cambistas; tarea delicada, si se piensa en la variedad de piezas que tenían curso en Palestina.

En Babilonia fue donde los israelitas descubrieron que era mucho más cómodo utilizar monedas acuñadas por una autoridad reconocida y garantizadas por ella, que recurrir al trueque o hacer una pesada de metal para la menor compra. Pero como, desde el retorno del Exilio, su país jamás dejó de estar, por decirlo así, bajo el control de los extranjeros, se difundieron monedas de toda clase. A falta de las piezas de Creso, el riquísimo rey de Lidia, inventor de las monedas, las primeras que se vieron en Palestina fueron los famosos *dáricos,* las monedas de oro del Rey de los Reyes, Darío, de que se trata en el libro de Esdras [51]. Pero ¿cuántas otras le siguieron? En las monedas helénicas, de tan hermoso cuño, se vieron las efigies de los Antíocos de Seleu-

49 Prov., XVI, 11.
50 Gén., XXIII, 16.
51 Esd., VIII, 27.

cia, también las de los Tolomeos, de los Lagidas de Egipto y la de Cleopatra. Los romanos, naturalmente, al ocupar el país, no dejaron de imponer su sistema monetario, hasta exigiendo que el impuesto directo, la capitación [52], se pagase en moneda romana: se "daba verdaderamente al César lo que era del César", entregando a su fisco monedas acuñadas con su efigie. Pero el denario romano tenía un competidor, que razones comerciales hacían afluir a Palestina: el *zuz,* moneda de plata de valor análogo, acuñada por los banqueros fenicios en Tiro y que estaba tan cotizada que los doctores de la Ley aceptaban, y hasta deseaban, que el impuesto del Templo se pagara en *zuzim,* como si se tratase de una moneda judía.

La diversidad de monedas en uso en Palestina se presenta con evidencia a todo lector del Nuevo Testamento. En él se trata de *dracmas* —en la parábola de la dracma perdida [53]—, de *denarios* —por ejemplo, en el diálogo de Jesús con sus adversarios respecto al tributo a César [54] y en diez ocasiones más;— de *as,* la minúscula piececilla con la que apenas podían comprarse dos gorriones [55]; y también *siclos, minas, talentos* y muchas más. Ahora bien: la dracma era griega, el as y el denario romanos, la mina, cuyo nombre recordaba sus orígenes sumerios, *mna,* era la moneda de cuenta de los fenicios, adoptada en todo el Oriente mediterráneo...

Pero eso no era todo: pues también había monedas judías [56]. Eran bastante recientes en Israel: fue Simón Macabeo quien, hacia 150, obtuvo de Antíoco VII el derecho de acuñar monedas de bronce o de cobre, lo que halagaba el orgullo nacional judío; eligió para ellas símbolos específicamente judíos, el cidro y la rama de palmera —el *ethrog* y el *lulab* que servían en ciertas ceremonias del Templo— e inscribió en el metal palabras tales como "Sión liberada" o "el Sumo Sacerdote y la Comunidad". Los romanos mantuvieron la autorización en los mismos límites, es decir, no dejando acuñar en los talleres judíos sino la monedita de bronce, la que las mujeres empleaban en el mercado, reservándose enviar de Roma o mandar acuñar ellos mismos en el país monedas de plata. La

52 Véase más arriba, pág. 182.
53 Lc., XV, 8.
54 Mt., XXII, 19; Mc., XII, 15; Lc., XX, 24.
55 Mt., X, 29; Lc., XII, 6.
56 Véase el artículo de J. Babelon, *Monnaies* en *Supplément Dictionnaire Biblique,* tomo V, con bibliografía detallada.

moneda judía seguía distinguiéndose de las paganas por el empleo exclusivo, en el dibujo, de plantas y símbolos, pues toda efigie humana, hasta toda forma animal, estaba prohibida por el versículo del Libro Santo: "No te harás esculturas ni imagen alguna de lo que hay en lo alto de los cielos, ni de lo que hay abajo sobre la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra [57]." Nadie se hubiera atrevido a infringir esa prohibición. El mismo Herodes el Grande, pese a ser tan orgulloso, jamás puso su cara en sus monedas, sino solamente "Herodes rey", y, en el reverso, un cuerno de la abundancia, o flores y frutas, hasta un casco y un escudo. Otro tanto hicieron sus descendientes, salvo uno, Filipo, que, reinando en los confines de Siria, no tuvo escrúpulos en colocar sobre sus monedas la cara de los emperadores Augusto y Tiberio, o la suya; Herodes Agripa permaneció fiel a la santa costumbre en cuanto rey de Judea y, aunque colocó un parasol, insignia real, no puso su efigie, ni la de Calígula, ni la de Claudio; pero en Cesárea, el gran puerto cosmopolita donde le gustaba residir, no tuvo reparos en hacer emisiones de monedas sacrílegas: sacrilegio por el que su muerte repentina pareció a los judíos un merecido castigo. Los romanos mismos tenían en cuenta la extrema susceptibilidad judía en la materia: las monedas de poco valor que acuñaban en Judea sólo llevaban el nombre del emperador reinante, con una corona de laureles y signos judíos o símbolos de prosperidad; las monedas de plata con efigie imperial eran tan raras entre el pueblo llano, que no era ningún escándalo. Jesús, para responder a los fariseos, pide que se le muestre una: él no tiene... La única moneda legal admitida por los doctores de la Ley para pagar el impuesto del Templo era la moneda judía; si un peregrino de la Diáspora o de provincia llegaba con monedas paganas, no podía ni pagar el impuesto, ni comprar una víctima para el sacrificio sin pasar antes por la caja de los cambistas, que ponían en hilera sus mesas bajo los atrios del Templo —provocando la gran cólera de Jesús, que los expulsó un día...

Hay que reconocer que con esta complicación de las monedas, el oficio de cambista había de dar grandes ganancias y permitir todas las trampas. ¿Valía el denario exactamente tanto como la dracma? ¿Era el siclo igual que la estatera, que la tetradracma? ¿Cuáles eran las relaciones entre el as romano, el cuadrante, la lepta? Es fácil imaginarse que el sencillo campesino de Galilea

[57] Ex., XX, 4.

que llegaba a Jerusalén para Pascua y quería comprar un cordero no había de comprender mucho esos cálculos. *Grosso modo*, es decir, admitiendo equivalencias que en la realidad estaban lejos de ser rigurosas, podía considerarse que la unidad de base, el *siclo de plata*, se dividía en cuatro denarios de plata o dracmas (o dos didracmas) y que el denario o dracma se subdividía en 16 ases, o 64 cuadrantes, o 128 leptas. En cuanto a los talentos y aun las minas, eran únicamente unidades de cuenta, la mina de 100 denarios y el talento de 6.000. Cae de su peso que la evaluación en monedas modernas no puede ser sino arbitraria, porque el curso del oro y de la plata varió enormemente en el correr de los siglos, y porque el poder de compra de la moneda en una sociedad rural como Israel no tenía ninguna relación con el que tendría en un sistema hiperindustrializado como el nuestro. Estimando las monedas de Palestina con relación al franco oro, por ejemplo, el siclo a 3,12, la dracma a 0,87, el as a 0,05, no se da una idea exacta de su valor. Y no mucho más recordando que el denario o dracma era el sueldo normal de un obrero agrícola, como lo muestra la parábola de los trabajadores de la undécima hora, puesto que, ya lo hemos visto [58], los salarios eran bajos en Palestina, y era duro ganarse el pan cotidiano.

[58] Véase más arriba, pág. 166.

CAPÍTULO VI

EL ALIMENTO Y EL ABRIGO

I. "DÁNOSLE HOY..."

UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS de la religión judía —que se ha transmitido al cristianismo— es la de ser sólidamente realista y estar muy cerca de las realidades del hombre. Nada tan alejado de su espiritualidad como la doctrina hindú de la universal ilusión, o la del dualismo iranio que representa al mundo como obra de la potencia del mal. Para los judíos toda la Creación era la obra del Dios justo y bueno —¿acaso el libro del Génesis no lo muestra bastante?— En cien puntos de la Biblia se eleva un canto, sublime, para agradecer al Creador por haber hecho tan útiles al hombre las cosas que le rodean, Él que "prepara los trigos, regando sus surcos, humedeciendo sus terrones y bendiciendo sus gérmenes" [1]; Él, que viste, que da abrigo a sus fieles. "Todos esperan de Ti que les dés el alimento a su tiempo —decía el salmista—. Abres tu mano y sáciase de todo bien [2]."

Podría sacarse, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, una verdadera "teología de la materia" [3]. Los más humildes ademanes de la vida, tales como los de comer y beber, están consagrados, casi divinizados, porque entran en el plan divino. En las primeras páginas de la Historia Santa del Pueblo elegido, el muy misterioso Melquisedec, el rey "sacerdote del Altísimo", en quien el Salmo CX verá una figura del Mesías, ofreció a Abraham el

[1] Sal., LXV, 11.
[2] Sal., CIV, 27 y CXLV, 16. Se sabe que este admirable himno a la creación reproduce casi palabra por palabra el himno a su dios del faraón revolucionario Akhenatón (Amenofis IV), sin que se pueda decir en qué sentido se ejerció la influencia: cf. D. R.: *Le Roi ivre de Dieu.*
[3] Idea sobre la cual insiste gustoso un gran teólogo como el R. P. Chenu.

pan y el vino [4]; el mismo pan, el mismo vino, es decir, el alimento y la bebida más usuales, que Cristo elevará, en la Eucaristía, a la categoría de signos, los signos más sagrados, puesto que, bajo las especies, el mismo Dios estará presente.

Por eso, en Israel, todo lo que servía a la vida práctica del hombre, todo lo que le aseguraba el alimento y el abrigo estaba consagrado. El alimento estaba consagrado: la Ley ordenaba que se recitara una oración cada vez que se había comido [5], piadosa costumbre a la que vemos conformarse a Jesús, "dando gracias" después de la cena. Para los rabíes de Israel, una comida en que se omitía la oración era una comida maldita [6]. El benedícite y las gracias son el recuerdo de esa costumbre. La morada del hombre también estaba consagrada, pues el Deuteronomio decía igualmente: "... no sea que cuando edifiques y habites hermosas casas te olvides (de rogar) de Yavé." Dos veces el texto sagrado [7] ordenaba que se escribieran "en los postes de las casas y en las puertas" las palabras divinas. Y, en realidad, todas las casas judías tenían —y siguen teniendo en el Estado de Israel—, colocada en el lado derecho de la puerta, una cajita cilíndrica conteniendo los mandamientos de Dios, la *Mezuza* [8]. Y también los vestidos estaban consagrados, pues el mismo texto de la Ley ordenaba "que se llevaran las palabras de Dios en las ropas", de ahí la costumbre de las *filacterias*, que contenían los mandamientos, y de los *tsitsit*, esas borlitas o bellotas que debían adornar las cuatro puntas del vestido con que se tapaba, sin los cuales el chal con que se cubrían la cabeza para la oración no hubiera sido reglamentario [9].

A ese Dios, cuya obra reconocía el judío piadoso en todos los bienes necesarios a la vida cotidiana, era, pues, legítimo pedírselos. Por eso la oración para conseguirlos era sumamente antigua. "El pan nuestro de cada día dánosle hoy...", dirá Jesús en la más sublime de las oraciones: es casi palabra por palabra un versículo del Libro de los Proverbios [10]. ¡Cuántas oraciones de los doctores de Israel, que se leen en el Talmud, principalmente

[4] Gén., XIV, 18.
[5] Deut., VIII, 12.
[6] Mt., XXVI, 30; Berakoth, VII.
[7] Deut., VI, 4-9, y XI, 13-21.
[8] La palabra designaba originariamente a los postes y jambas de la puerta, lugar santo donde se hacía la aspersión de sangre, la sangre del cordero inmolado para la Pascua.
[9] Véase más adelante el parágrafo sobre la vestimenta, pág. 238.
[10] Prov., XXX, 8.

las del tratado *Berakoth*, contienen la conmovedora súplica: "¡Señor, provéenos de lo necesario!" Ciertamente, los rabíes no rebajaban la plegaria a un simple pedido de bienes materiales; sabían que ésta debe elevar al hombre por encima de sí mismo, ordenar la vida a sus verdaderos fines, crear relaciones de afecto con Dios, y, en definitiva, asegurar el dominio del espíritu sobre todos los elementos carnales y materiales. Pero debe recordarse, cuando se considera la vida cotidiana de los judíos, que Dios bendecía esos elementos materiales.

II. "El pan nuestro de cada día ... "

No es muy difícil darse una idea de cómo se alimentaban los judíos contemporáneos de Jesús: basta con abrir la Biblia —tanto el Nuevo como el Antiguo Testamento— para comprobar que las referencias a la alimentación y a la bebida, a la cocina y a las comidas, son innumerables. Muy a menudo, en sus parábolas, Jesús alude a cosas que sirven para comer y beber, o a costumbres de la mesa. Esa documentación de las Escrituras se halla confirmada y completada por el estudio de la vegetación y de la fauna actuales, con la reserva de que debe evitarse lo anacrónico y no hacer figurar en la alimentación de hace veinte siglos plantas como el tomate, el maíz, el girasol, la pera, la manzana, la banana, o animales como las gallina de Guinea o el pavo, todos ellos introducidos mucho más recientemente[11].

Como regla general, los israelitas del tiempo de Cristo se alimentaban de manera modesta, como aún hoy todos los pueblos de Oriente. El pan constituía el elemento esencial de la alimentación: en hebreo "comer pan" significaba "hacer una comida", exactamente como, en la *Ilíada* o la *Odisea*, Homero, para decir "un hombre", dice "un comedor de pan". Por eso había de tratársele con respeto: estaba prohibido poner carne cruda encima del pan, colocar una jarra sobre un pedazo de pan, poner junto a él un plato caliente, o tirar las migas, que debían recogerse "a partir del tamaño de una aceituna". No lo cortaban, lo rompían[12].

Los pobres comían pan de cebada, los ricos pan de trigo[13]. El

[11] Remitimos al capítulo primero del presente libro, parágrafos consagrados a la vegetación y a la fauna.
[12] Is., LVIII, 7; Lam., IV, 4; Mt., XIV, 19; XV, 36; XXVI, 26; Lc., XXIV, 30; Act., XX, 11.
[13] Jn., VI, 13.

grano se molía entre dos muelas de piedra, casi siempre por las mujeres, en la familia: un trabajo más cuidado daba "la flor de harina" utilizada en pastelería y también para ciertos usos litúrgicos. Amasaban en la artesa: el libro del Éxodo ya conocía ese mueble del hogar[14]. Luego —salvo cuando había que hacer "pan ácimo", destinado a la Pascua— le ponían levadura para que levantara; era importante tener levadura fresca, activa, no ácida y corrompida —"como la levadura de los fariseos", dirá metafóricamente Jesús[15]. Para que levantara el pan de cebada utilizaban una levadura de mijo y de cebada virulenta, mas para el buen pan de trigo, un "higo de levadura" de trigo bastaba para que, durante la noche, la pasta, al fermentar, llenase la pila en que lo habían depositado por la tarde. Por lo general daban al pan una forma circular, tanto que se decía corrientemente un "redondel de pan", o un "redondel", como en nuestros días se dice "un pan redondo" o "una corona". Por último, lo ponían en el horno —el mismo hornito familiar de que habla el Levítico[16] y que todavía se ve en Palestina— directamente sobre las brasas, cuidando que no quedase ni demasiado cocido, ni demasiado poco cocido. Pero, como a pesar de todos los cuidados, el pan enmohecía pronto, sobre todo en verano, tenían que hacerlo cada dos o tres días.

Los cereales se utilizaban también de otras maneras. Los granos de trigo tostados, de que muchas veces habla la Biblia[17], usuales en la guerra, en viaje o durante las cosechas, constituían también un aderezo de la carne, como actualmente los granos de maíz. Triturados algo grueso, daban una sémola que servía para hacer una papilla que se parecía a la vez a la *polenta* italiana, al *cuscús* de los moros, y a las *gaudes* del Franco Condado. Se hacían igualmente tortas, grandes tortas de flor de harina, bien amasada con aceite y perfumada con hierbabuena, comino, canela y también, ya lo veremos... con langostas. Y además buñuelos de harina y miel, fritos en la sartén, por el estilo de los que aún se sirven en todo el Cercano Oriente, para delicioso empalago de los paladares occidentales. En las comidas de lujo daban a esas pastelerías formas pintorescas de animales o de palacios, según una

[14] Ex., XII, 34.
[15] Mt., XVI, 6; Mc., VIII, 15; Lc., XII, 1.
[16] Lev., XXVI, 26.
[17] Lev., XXIII, 14; Rut, II, 14, etc.

técnica que los hebreos aprendieron quizá en Egipto [18]. Y ya sabían, extrayendo el almidón por cocción, mezclándolo con miel y perfumándolo con rosa, jazmín o alfóncigo, hacer bombones análogos a los que en Oriente se llaman *lukum.*

¿Era Palestina "el país donde corren la leche y la miel" como decía la antigua y poética fórmula? [19] Los dos productos, tan apreciados por los hebreos nómadas de los tiempos remotos, todavía se usaban mucho entre los judíos. La leche de vaca era rara, y además menos apreciada que la de oveja o cabra. Tenía tendencia a cuajarse pronto, a causa del calor, pero consumían esa "leche endurecida". Sin embargo, sabían "batir la leche para extraer la mantequilla", como decía el Libro de los Proverbios, que agregaba bastante curiosamente: "Así como oprimiendo la nariz se saca sangre [20]." En la campaña se hacía en un odre, que suspendían a un haz de tres estacas y sacudían mucho. También producían queso: el "valle de los queseros" en Jerusalén, el Tiropeón [21], quizá debiera su nombre al antiguo lugar del mercado de quesos.

La miel era de uso aún más corriente: a decir verdad era indispensable, puesto que todavía no sabían extraer el azúcar de la caña. Tierra Santa producía mucha miel, tanta que hasta exportaba. Pero no era sólo la miel de abeja, silvestre o doméstica, la miel perfumada que recogían en los huecos de los árboles o de las rocas; daban el mismo nombre a la miel de uva, a la miel de dátil. De todas ellas eran sumamente golosos los judíos. El "zumo de los panales", es decir, la miel virgen que corre sin que se opriman los panales, era la golosina de los niños. La pastelería utilizaba todas las clases de miel, y la medicina no ignoraba sus virtudes curativas, que el Libro Santo había alabado [22].

En cambio, comían muy pocos huevos: ni una sola vez se trata de huevos en todo el Antiguo Testamento, y en el Nuevo, sólo San Lucas pone la palabra en labios de Jesús, cosa que no hace San Mateo [23]. Ahora bien: Lucas, como es sabido, era de la Diáspora, y no de Palestina. Las aves de corral sólo fueron introducidas en

[18] ¡Una pintura de la tumba de Ramsés III muestra pasteleros realizando esas maravillas!
[19] Ex., III, 8-17; XIII, 5, etc.
[20] Prov., XXX, 33.
[21] Véase más arriba, pág. 112.
[22] Prov., XVI, 24; XXIV, 13.
[23] En el discurso sobre la eficacia de la plegaria del que volveremos a hablar: Lc., XI, 12 y Mt., VII, 9.

Israel después del Exilio, y los huevos de gallina, que los romanos sabían preparar de tantas maneras, no debían de aparecer sino en la mesa de la gente acomodada.

Las legumbres ocupaban ciertamente un lugar considerable en la alimentación del común. En primer lugar las habas y las lentejas —la célebre historia del "plato de lentejas" de Esaú muestra que su empleo era muy antiguo—; los pepinos, que eran tan apreciados que se cultivaban campos enteros y los protegían... contra los chacales que venían a robarlos [24]; las cebollas, cuya utilización descubrió el Pueblo elegido en Egipto, y cuya ausencia tanto lamentó durante el Éxodo [25]; sin duda para desquitarse las empleaban muchísimo; como legumbres verdes, la escarola y la lechuga, cocida o en ensalada; algunos bulbos y raíces del género de los salsifíes y estáquides, y otros que ignoramos, producidos principalmente por ciertas variedades de lirios.

Poca carne. Era el alimento de lujo, que los muy ricos consumían mucho, tanto por ostentación como por gusto. Entre los más humildes sólo se mataba un animal para comerlo con motivo de las fiestas de familia; en ese caso, el "ternero gordo", el proverbial ternero gordo de la parábola del hijo pródigo, era particularmente apreciado. Lo más a menudo se contentaban con un cabrito o un cordero. En general asaban el animal sobre un fuego de leña, como el "mechui" de los árabes. Pero también preparaban guisados, principalmente borrego con lentejas. A falta de pollos, los palomos eran baratos. Los animales de caza eran muy apreciados; desde Salomón hasta Herodes, todos los reyes fueron grandes consumidores. El ciervo y la gacela eran verdaderamente "bocados de rey", pero no se despreciaban las perdices y las codornices; como más tarde en nuestra Edad Media, el hermoso pájaro traído de la India, el pavo real, pasaba por un manjar delicioso. Pero mucho más que de carne el pueblo se alimentaba de pescado. Pan y pescado era la comida más común. Una frase de Jesús lo muestra bastante: "Pues ¿quién de vosotros es el que, si su hijo le pide pan, le da una piedra, o, si le pide un pez, le da una serpiente? [26]" El día de la multiplicación de los panes, la única vitualla que los discípulos encuentran entre los concurrentes es pescado, "siete pescaditos", verosímilmente pescado seco. Resucitado, el Cristo, para

[24] Is., I, 8; Jer., X, 5.
[25] Núm., XI, 5.
[26] Pasajes citados en la nota 23.

demostrar a los suyos que no es un fantasma, come con ellos pescado asado en un fuego de leña[27]. El tratado *Berakoth* hasta asegura que el pescado hace al hombre fecundo. El lago Genesaret era muy abundante en peces, y también se pescaba en la costa mediterránea. Como el pescado se pudría pronto, lo secaban a menudo; Magdala, a orillas del lago, vendía la *muries*, una conserva de pescado afamada hasta en Roma. Parece que el consumo de pescado era tan grande, que debían importarlo: el tratado *Sabbat* señala los arenques secos y el "atún de España", que no estaba permitido desalar con agua caliente el día del reposo sagrado[28].

Uno de los alimentos más sorprendentes —¿acaso más que el caracol o la rana de que tanto se honra la gastronomía francesa?— era la langosta. Juan el Bautista, todo el mundo lo sabe, se alimentaba en el desierto con "langostas y miel silvestre"[29]. Pero no era único en apreciar ese manjar delicado. El tratado *Taanith* llega a pretender que había ochocientas especies de langostas comestibles, todas pertenecientes a la "langosta peregrina[30]; pero se guarda de nombrarlas. En todo caso, cuatro eran de uso corriente. A veces las comían cocidas rápidamente en agua y sal, y así preparadas tenían un gusto análogo al langostino, del que algunas tenían además el color; otras veces, le quitaban la cabeza y las patas, y las hacían secar al sol, tras lo cual las encurtían en miel o en vinagre, o las reducían a polvo. Ese polvo de langostas, de sabor algo amargo, mezclado con flor de harina, servía para hacer galletas muy apreciadas, algo parecidas a las que la cocina china ofrece con el nombre de "pan de langostinos".

Toda esa cocina, naturalmente, se hacía con aceite, pues la mantequilla era totalmente excepcional. El olivo, tan abundante en Palestina que podía exportarse su excelente producto, daba un aceite muy perfumado. Además, comían también las aceitunas, conservadas en sal o en aceite, como en nuestros días. Muy a menudo hacían el aceite con la pequeña muela doméstica, pero también había instalaciones más importantes que utilizaban verdaderos molinos, en los que hombres o asnos daban vuelta, en la punta de un eje, a una muela vertical en una cuba. La calidad del aceite variaba; el primero, el aceite virgen, se reservaba para

[27] Jn., XXI, 9 y sigts.
[28] *Sabbat*, XXII, 2.
[29] Mt., III, 4, etc. En los manuscritos del mar Muerto, un pasaje de la regla de la comunidad habla de la manera de comer langostas asadas.
[30] *Taanith*, LXIX, 2.

los usos litúrgicos y para la pastelería muy fina. ¿Cómo hubieran podido vivir sin aceite? Por lo demás, no servía sólo en la cocina, sino también en farmacia y en medicina. No es de extrañar que por lo menos en treinta pasajes el Libro Santo haga del aceite el símbolo de la fuerza y de la salud.

Por último, las frutas ocupaban un lugar importante en la alimentación. Los melones, los higos, las uvas, las granadas, las bayas de sicomoro figuraban a menudo en las mesas; también gustaban las nueces, las almendras y los alfóncigos, que se vendían ligeramente tostados. A lo largo de los cercos se cogían moras. Los dátiles, sobre todo los de Jericó, eran muy apreciados. Secábanse algunas frutas, seguramente los higos, quizá los damascos, para hacer una especie de "panes" —el término "pan de higos" se lee muchas veces en la Biblia— como todavía se hace en Turquía, y esas frutas secas de Palestina se vendían en Roma.

Es desgraciadamente muy difícil darse cuenta de la ciencia culinaria de los judíos de hace dos mil años; se han hallado recetas de cocina de las amas de casa hititas y egipcias, pero ninguna *cordon bleu* de Israel nos ha dejado sus secretos. Aparte las carnes asadas con espetón y los guisados por el estilo de aquel por el cual Esaú vendió su derecho de primogenitura, se conocen cochifritos "a la moda de Ascalón", es decir, verosímilmente a la escaloña, pescados rellenos, salsas con vino y con miel. Lo cierto es que les gustaba la comida fuertemente aderezada. No sólo ponían sal en los platos, que venía muy bíblicamente de Sodoma, al sudeste del mar Muerto, donde hasta ayer se explotaban los yacimientos del *yebel* Usdún; utilizaban numerosos condimentos: mostaza, alcaparras, comino, ruda, azafrán, coriandro, hierbabuena, "aneth", "jeezer", variedad de romero silvestre, eran de uso constante. Y naturalmente, el ajo, la cebolla y el chalote. La pimienta era escasa y cara; llegaba de la lejana India en caravanas. El cinamomo o "casia olorosa", de que habla el Apocalipsis[31], era verosímilmente la canela: esta especia se importaba de muy lejos, de Ceylán o de China, y el texto inspirado no oculta que era objeto de numerosas especulaciones...

Sería sorprendente que la religión, que intervenía en todos los dichos y hechos de los judíos, no se preocupara de la cocina. Sin hablar de la obligación de pagar regularmente el diezmo del menor producto que entrara en la alimentación, para que los sacerdotes

[31] Apoc., XVIII, 13.

del Altísimo tuviesen la parte que les correspondía, numerosas prescripciones controlaban la preparación regular de ciertos manjares. Por ejemplo, el cabrito se asaba con cepas de vid. El *halme*, especie de salmuera aromatizada, que servía para conservar el pescado, era objeto de cuidados tan minuciosos, que el tratado *Sabbat* le consagra todo un párrafo de su capítulo XIV. Y sobre todo, ¡cuidado!, había interdictos alimenticios que hubiese sido gravemente pecaminoso violar. La prohibición, cuatro veces repetida [32], de comer puerco era categórica. La liebre también figuraba en la lista de animales impuros [33] —lástima grande, porque era excelente—. Los rabíes no estaban de acuerdo en cuanto a la camella, cuya leche proscribían algunos, como sospechosa de impureza. Pero sobre todo estaba estrictamente prohibido comer la carne de un animal, hasta del que se mataba cazando, que no se había sangrado, porque el alma de toda carne es la sangre [34] y tragarse el alma del animal hubiera sido temible. Es el origen de las célebres "carnicerías kasher" que aun hoy existen en las comunidades judías. James Frazer no dejaba de ver en eso la supervivencia de un antiguo "tabú" sobreviviendo al primitivismo inmemorial. En todo caso, bastante razón le dan al autor de *La Rama Dorada* cuando reconoce otro "tabú" en la célebre interdicción, repetida tres veces por la Biblia: "No cocerás el cabrito en la leche de su madre" [35], a menos que se trate de una precaución para que no se le fuera la leche a la cabra si se le quitaba demasiado pronto la cría, o de una intención sentimental...

III. "Vinum laetificat cor hominis"

Había un terreno en que la ley religiosa creía que tenía mucho que decir: el de la bebida. Claro está que existían otros líquidos para apagar la sed: en primer lugar el agua pura, de los pozos y de las fuentes, exquisita cuando hace mucho calor y se ha caminado bastante; la leche, el vinagre cortado con agua, que no es sino la *posca* romana, los jugos de frutas, dátiles o granadas, más o menos fermentados, la *schechar*, especie de cerveza ligera a base de cebada y mijo análoga a la *cervisia* de los latinos. Los muy ricos,

[32] Lev., XI, 7; Deut., XIV, 8; Is., LXV, 4; LXVI, 17.
[33] Deut., XIV, 4-7, y Lev., XI, 6.
[34] Lev., XVII, 13.
[35] Ex., XXIII, 19; XXXIV, 26; Deut., XIV, 21.

para asombrar a sus invitados, les ofrecían a veces cerveza de la Media. Pero todos esos líquidos no eran nada al lado de la bebida por excelencia: el vino.

Nadie ponía en duda que era religioso. Todo el mundo sabía que fue el mismo Dios quien reveló su fabricación a Noé. Palestina se jactaba de producir mucho vino excelente. Corrían historias populares, de las cuales el tratado *Ketuboth* del Talmud conserva el recuerdo, historias de vino como Tartarín de Tarascón refería historias de caza. "Yo —decía uno—, cada racimo mío produce un barril." "Y yo —decía otro—, mi lagar ha producido tanto que, en los alrededores, en varios estadios, se caminaba en un lago de vino hasta los tobillos." Mejor aún: el Libro Santo —que cita el vino ciento cuarenta y una vez...— exaltaba el zumo de la uva en términos más que calurosos. El famoso "*vinum laetificat cor hominis*" es el versículo 15 del Salmo CIV. Pero hay todavía mejor: para el siracida, "el vino fortalece si se bebe con moderación. ¿Qué vida es la de los que del todo carecen de vino?" [36] Por eso el libro de los Proverbios declaraba que debía dársele "al que tiene el alma llena de amargura" [37]. ¿No es divina esta bebida, puesto que la viña era el símbolo de Israel y se veía un viña de oro en el Templo? Por eso el vino era objetos de prescripciones rituales. Tenía que ser *kasher* como la carne: sólo manos judías habían de trabajar en su preparación. Jesús, al compararse con la cepa de la vid, al consagrar el vino hasta decir "es mi sangre", muestra que es un hijo de Israel y que está en la tradición de su pueblo.

El vino que se bebía era seguramente vino tinto; ese color está certificado muchas veces en el Antiguo Testamento [38], pero nunca se habla de vino blanco. Unos caldos eran de mejor calidad que otros, y el Evangelio, al referir el milagro de las bodas de Caná, nos revela que el mejor vino se daba al principio de la comida y el menos bueno al final, cuando los comensales ya habían bebido mucho. De modo general era vino muy espeso, muy tinto, rico en alcohol y en tanino; no se servía puro, sino con agua. No ignoraban la práctica de las mezclas para mejorar un vino algo débil con otro de más cuerpo. Para guardarlo utilizaban grandes tinajas u odres. Los odres se hacían con piel de cabra cuidado-

[36] Eclo., XXXI, 27.
[37] Prov., XXXI, 67.
[38] Gén., XLIX, 11; Deut., XXXII, 14.

samente curtida y se tapaban con una clavija de madera. Los mejores se compraban en Hebrón: con éstos no había peligro de ver el vino nuevo, al fermentar, hacer saltar el continente [39].

Antes de beber el vino lo filtraban: el rabí Eliezar permitía que esta operación se hiciera aun el mismo día del Sabat, pero otros sabios exigían que el filtro se pusiera en su lugar sobre el recipiente la víspera del Sabat ¡para no violar con ese trabajo el descanso del santo día! La costumbre greco-romana de los "vinos mezclados", es decir, aromatizados con tomillo, canela, flores de rosa y de jazmín, se había difundido entre las clases ricas, pero al pueblo llano le gustaba más el vino puro. Los rabíes permitían que se preparara un "vino de miel" el día del Sabat, lo que prueba que el vino azucarado era de uso corriente. En fin, para beber se usaban copas de metal o sobre todo de cerámica, pues el vidrio se conocía, pero escaseaba y era caro. Decir, según el Cantar de los Cantares, que la forma de esas copas era la de un ombligo de doncella [40], quizá no sea dar una descripción muy precisa. Las monedas asmoneas muestran que por lo general tenían un asa. Eran de gran tamaño; ¡ahí comenzaban las dificultades!

Pues, si el vino es excelente para el hombre "que lo bebe con moderación", decía el siracida, los judíos no ignoraban que también era muy peligroso. ¡Y Dios sabe cuánto se bebía cuando se celebraba una fiesta! Hasta el punto que en arameo, la lengua del pueblo, las juergas se llamaban *mistitha*, es decir, "borracheras". Por eso el Libro Santo multiplicaba las advertencias. En el mismo pasaje en que hacía el elogio del vino, el autor del Eclesiástico desarrollaba esta prevención: "No te hagas el valiente con el vino, porque a muchos perdió la bebida. Dolor de cabeza, amargura e ignominia es el vino bebido con exceso. La embriaguez excita la razón y hace tropezar." El libro de los Proverbios, en el capítulo XXIII, detallaba los inconvenientes de los excesos etílicos, mostrando al borracho riñendo con sus vecinos, tambaleándose, los ojos empañados, el cerebro confundido en una maraña de imágenes delirantes y, para terminar, sacudido por el mareo "como uno que se acostara en el tope de un mástil". Veinte pasajes del Libro Santo eran tan formales como éste. Por lo demás, bastaba con acordarse de Noé, de Baltasar, de Holofernes, para saber que esa traidora y maravillosa bebida era muy peli-

[39] Mt., IX, 17.
[40] Cant., VII, 3.

grosa. Los *Testamentos de los doce Patriarcas*, apócrifo hebreo del siglo I antes de Jesucristo, decían en una fórmula excelente: "el espíritu de fornicación tiene al vino como servidor", y el vocablo "fornicación" tenía, no sólo un sentido material, sino también uno espiritual, y quería decir "apostasía". Por eso estaba prohibido beber vino a los magistrados que iban a hacer justicia, a los sacerdotes en función, y a los que hacían voto de "nazareato" [41]. Y hasta había "temperantes" que jamás bebían vino; los descendientes de aquellos recabitas, nómadas adustos que, en tiempo del profeta Jeremías, reclamaron la vuelta a las austeridades del desierto; pero no eran muy numerosos...

IV. En la mesa

A los judíos les gustaba comer al aire libre, en el patio para todo uso; el invierno, adentro, en la habitación común, que muy a menudo servía también de cocina; únicamente la gente acomodada, los que construían al modo romano, tenían un comedor, un "triclinium". Ordinariamente la mesa y los asientos se ponían en su lugar en el momento de las comidas; en Palestina no se ha encontrado lo que se ve en Pompeya, "comedores" instalados permanentemente, con camas de piedra, en la casa, o fuera, en un rincón abrigado.

Las horas de las comidas no eran muy fijas, menos que en la Francia de hoy, poco más o menos como en España o en Sicilia. "Come cuando tengas hambre, bebe cuando tengas sed", aconseja el tratado *Berakoth*. La masa del pueblo sólo comía dos veces por día, una muy temprano, antes de marchar al trabajo, otra por la tarde una vez terminada la labor; hacia medio día se contentaban con un piscolabis seguido de siesta; es el ritmo de muchos americanos de hoy. El día del Sabat, el piscolabis de mediodía era más copioso. Los que no trabajaban con sus manos daban más importancia a ese "almuerzo". Los rabíes aseguraban que comer mucho a mediodía era "tirar una piedra en un odre de vino". Y un proverbio decía: "Si has almorzado muy temprano, sesenta corredores no podrán alcanzarte."

Como ocurre en todos los pueblos, en todos los tiempos, las comidas eran la oportunidad de reuniones amistosas. Los judíos

[41] Véase más adelante, pág. 438.

invitaban a la mesa fácil y generosamente: Abraham, en Mambré, ¿no invitó a almorzar al mismo Dios? [42] Se invitaba más bien de noche, para disponer de más tiempo, sobre todo el viernes de noche, cuando comenzaba el Sabat. A veces también al almuerzo de la mañana. Muchísimas veces vemos, en el Evangelio, a Jesús invitado a comer en casa de un fariseo, en casa de Zaqueo el publicano, en el hogar amigo de Lázaro, Marta y María, y hasta, una vez resucitado, a la mesa de los discípulos de Emaús. Para las comidas de gran ceremonia, por ejemplo, para una cena de bodas o de circuncisión, las invitaciones eran transmitidas por esclavos o por sirvientas, como lo muestra la parábola del banquete nupcial [43]. En este caso, el traje de ceremonia —diríamos el de velada— era de rigor [44]. El huésped recibía a sus invitados dándoles el ósculo de paz [45], y cuidaba que les hubiesen lavado los pies, como si para llegar hubiesen caminado mucho [46]. El convidado tenía que lavarse las manos [47], o más bien una mano, la derecha, la que le serviría para comer. Hasta los había que, antes de ir a la mesa, se zambullían completamente en el agua: era la costumbre ritual de los esenios [48] y de los rigoristas que, por doquier, vivían "a la esenia", quizá como aquel fariseo que, al recibir a Jesús, se extrañaba de que "no hiciera todas las abluciones" [49]. En los banquetes de gran gala era elegante derramar aceite perfumado en la cabeza de los invitados notables, según una costumbre sumamente antigua, pero a la que el Evangelio alude varias veces [50]. A los convidados se les distribuían, a veces, coronas de flores, pero ésa era una moda pagana, buena para las orgías romanas, y los doctores de la Ley la condenaban. Naturalmente, ninguna comida, por modesta que fuese, comenzaba sin una bendición: "Quien come sin bendecir —decían los rabinos—, profana una cosa santa."

Jamás se comía de pie; la costumbre de nuestros "ambigús fríos", de las mesas de "zakuskis" a la rusa o de entremeses a la

42 Sobre el episodio de Mambré, véase *Histoire sainte*, Índice.
43 Mt., XXII, 3 y Lc., XIV, 16.
44 Mt., XXII, 11.
45 Lc., VII, 45.
46 Lc., VII, 44; Jn., XIII, 5.
47 Mt., XV, 2; Mc., VII, 3; Lc., XI, 38.
48 Véase más adelante, pág. 438.
49 Lc., XI, 38.
50 Sal., XXIII, 5; XLV, 8; CIV, 15; Ez., XXIII, 41; Am., VI, 6; y también Lc., VII, 46; Jn., XII, 3.

escandinava hubiese parecido absurda y ridícula a los judíos. "Comer o beber de pie descompone el cuerpo de un hombre", decían los sabios [51]. En los tiempos antiguos era costumbre comer sentado, ya sea en sillas, o en el suelo, con las piernas cruzadas; la fórmula bíblica es: "Luego de sentarse, se pusieron a comer [52]." Pero la moda greco-romana había introducido en el Pueblo elegido, hasta en los medios más estrictos, la práctica de comer acostado en camas o especies de divanes con cojines, y el propio Jesús debió a menudo comer de ese modo, sin lo cual no se comprendería cómo la pecadora consigue derramarle perfume en los pies y enjugarlos con sus cabellos, ni cómo, durante la Cena, el joven discípulo Juan puede "descansar en el pecho" de su maestro [53]. Se apoyaban en el codo izquierdo, y comían con la mano derecha [54].

El orden de colocación en la mesa era riguroso y el Evangelio indica en varias oportunidades que los judíos eran muy estrictos con el protocolo; ¡no se podía ocupar un lugar al que no se tenía derecho! El amo de casa lo hubiera puesto pronto en su lugar. La mesa de honor era la de en medio, frente a la parte que permanecía vacía para el servicio. Jamás tenía sino tres comensales; el lugar de honor era, como entre los romanos, el "de la cabecera" de esa mesa, a la derecha del dueño de casa, que ocupaba el de en medio. Las mesas de costado, que podían tener hasta seis o siete convidados, eran menos apreciadas [55].

Durante la comida debían seguirse reglas de buena educación. El Libro Santo contenía también un tratado de cortesía de sabrosos preceptos. "No llegues a la mesa gritando: «¡Qué abundancia!»." "No eches a los manjares una mirada concupiscente. Come de todo lo que se te ofrece como hombre bien educado. Deja quietas las mandíbulas, no seas glotón. No te sirvas siempre el primero, antes que los demás." Se ve que ese siracida estaba pleno de sabiduría. En sus excelentes consejos llevaba la precisión muy lejos, pues agregaba: "Si te viste obligado a comer demasiado, levántate, [vomita], y te sentirás aliviado [56].

51 *Gittin*, LXX, a.
52 Por ejemplo Jue., XIX, 6.
53 Mc., XIV, 3; Jn., XIII, 25.
54 Sobre todo esto, siendo el uso más romano que judío, remitimos al libro de J. Carcopino ya citado, pág. 304, etc.
55 Véase R. P. Pratt: *Les Places d'honneur chez les Juifs contemporains du Christ*, en *Recherches*, 1925, págs. 512 y sigts.
56 Eclo, XXXI, 12 y sigts.

El dueño de casa servía él mismo a los invitados, en rueda, eligiendo las porciones según la categoría de cada convidado. Así, durante la Cena, vemos a Jesús "mojar un trozo de pan y dárselo a Judas" [57]. Todo el que ha viajado en país musulmán ha conocido el honor, algo inquietante, de ese riñón chorreando grasa, hasta del ojo, que el anfitrión le ofrece y que no se puede rechazar so pena de ofender mortalmente al huésped. Meter la mano en el plato se toleraba en las comidas sin ceremonia, pero meterla al mismo tiempo que otro convidado, era la peor falta de cortesía —también lo dijo el siracida. Los árabes actuales creen que eso trae mal de ojo.

El servicio de mesa había de ser, entre los pobres, muy rudimentario. La Biblia no da ningún informe, o casi, de los instrumentos que empleaban; una vez cita el cuchillo, pero en ningún lugar habla de cucharas, ni, naturalmente, de tenedores, que no habían de entrar en el uso corriente sino en Occidente y no antes del Renacimiento. En lugar de platos, unas especies de copas anchas, de metal estañado —jamás de tierra: ¡era impuro!—, o simples galletas de pan duro. Entre los poderosos y los ricos, había más lujo: manteles en la mesa, vajilla de plata o de oro, cuchillos de diversas dimensiones, cucharas de marfil o de madera rara adornadas, por el estilo de las que servían para los afeites, de las cuales se han encontrado ejemplares en Egipto, o, más sencillas, de hueso o de alfarería, cucharita de punta aguzada, especial para comer los huevos y vaciar los mariscos; los romanos habían introducido el empleo del cucharón, la *trulla,* que permitía servirse salsa en lugar de mojar todo el pan en la salsera. Pero no se distribuían servilletas a los convidados: cada cual llevaba la suya, si quería.

Queda por ver cómo se ordenaba el *menú.* Entre los pobres se reducía a la más simple expresión: pan de cebada, aceitunas, frutas, langostas secas con sal. El tratado *Berakoth* habla de un pobre hombre que de noche, al volver del trabajo, sólo comía pan y sal. Verdad es que, según el mismo texto talmúdico, se comprende que ya había, en aquellos tiempos como en el nuestro, hombres y mujeres que, para mantener la salud y no engordar, se contentaban por la mañana con pan seco y agua fresca... Un régimen algo más sabroso, pero todavía modesto, hacía figurar pescado por lo general; ése debió ser, muy a menudo, el alimento de Jesús.

[57] Jn., XIII, 26.

En un hogar de mediano pasar, un menú ordinario se componía de pescado o cabrito, legumbres, sobre todo cebolla, y torta, el todo rociado con vino del país.

Pero también había los banquetes, los festines; al pueblo judío le gustaban mucho; nada estrechaba más, decíase, los lazos de la familia o de la comunidad. Por lo demás, el Libro Santo refería en muchas páginas solemnes banquetes de amistad. No es por casualidad que Jesús emplea la imagen del banquete para dar una idea del espíritu de fraternidad que entre los justos reinará en el cielo [58], "Dichoso el que tome parte en el banquete en el reino de Dios", dice. Él mismo, en el curso de un banquete, dará a los suyos la prenda suprema, el más alto de todos los mensajes, instituyendo la Eucaristía. Y también en un banquete, imitado de éste, consistirá la ceremonia esencial de los primeros cristianos, los "ágapes" fraternos de que se hablará sin cesar en los textos de la primitiva Iglesia, respecto de los cuales San Pablo dará a sus fieles excelentes consejos [59].

Ciertos banquetes hasta los imponía la Ley, previstos en todos sus detalles: por ejemplo, el de Pascua [60]. Pero no todos tenían ese carácter sagrado, ni el tono grave. Para un casamiento, para una circuncisión de hijo primogénito, el festín era evidentemente más alegre y libre. Duraba mucho, muchísimo, cinco o seis horas sin duda. Lo amenizaban con música, cantos y danzas; el infalible siracida había dicho: "Un sello de esmeralda en un collar de oro, tal es la melodía que acompaña al buen vino." La aparición de Salomé y su danza en el festín en que se decidió la muerte de Juan Bautista no tienen nada de sorprendente: un banquete de gran estilo no podía prescindir de bayaderas.

Y se comía demasiado, enormemente. La glotonería era una costumbre que los romanos importaban a todas partes donde se instalaban [61]. El menú que Flaubert, en *Herodías,* hace ofrecer a Vitelio por Herodes Antipas no tiene nada de inadmisible: "Riñones de toro, lirones, ruiseñores picados en hojas de parra"; hasta puede creerse que si los convidados del tetrarca no tuvieron más que eso, la comida debió parecerles poco lujosa. Trimalción,

[58] Mt., XXVI, 29.
[59] Act., II, 46; I Cor., XI, 17, etc.; Jds., XII.
[60] Véase más adelante, págs. 390 y sigts.
[61] Jérôme Carcopino ha dado, en las páginas citadas en la nota 54, una descripción insuperable: a ellas remitimos al lector, para su disgusto...

en la *Saturnal* de Macrobio [62], hace mejor las cosas con sus papafigos ligados en huevos pasados por agua, sus vulvas de puercas jóvenes, sus langostas, sus trozos de buey estofado, sus liebres adornadas a lo Pegaso y su cerdito entero, de cuya barriga surgían suculentas morcillas. Evidentemente, no se garantiza que todos los judíos de la alta sociedad practicaran esas fantasías gastronómicas. Pero es seguro, porque la Escritura lo dice formalmente [63], que se volvían locos por la "grasa de la cola de carnero", lo que es aún poco decir; pues se trataba de colas enormes, prodigiosas, tan pesadas, que al animal se le ponía una funda para que no estropeara la muy preciosa grasa; el tratado *Sabbat* hasta precisa, en el capítulo V, que estaba prohibido, el día del descanso sagrado, dejar salir a los carneros "con el carrito".

De modo que los judíos no ignoraban la gastronomía. Pero, ¡cuidado! La Ley tenía, también en ese dominio, algo que decir. Y los rabíes comentaban a menudo los sabios consejos de moderación que ésta daba. El tratado *Gittin* decía: "En ocho materias es nocivo todo exceso y conviene moderarse; en viajes, en relaciones sexuales, en riquezas, en trabajo, en bebidas y víveres, en sueño, en baños calientes y en sangrías." Los banquetes demasiado abundantes, muy largos, degeneran en orgías; todos lo sabían. Por lo demás, tenían mal recuerdo del que los antepasados celebraron alrededor del becerro de oro; terminó bastante mal. Más valía escuchar, una vez más, los consejos del sabio hijo de Sirac: "No seas glotón, no te eches encima de la comida. ¡Cuántos han muerto por haber comido demasiado! ¡Si comes demasiado, vomitarás o bien tendrás cólicos!" [64] ¡Es verdaderamente lo último!

V. "La túnica y el manto"

Todos recordamos el mandamiento de Jesús: "A quien te tome el manto no le estorbes tomar la túnica." [65] Dejemos a un lado la interpretación de ese misterioso precepto y el análisis de las excelentes razones que los hombres encontraron siempre para no seguirlo: retengamos, desde un punto de vista más práctico, que

[62] Macrobio: *Saturnales*, II, 9.
[63] Ex., XXIX, 22; Lev., III, 9, y IX, 19.
[64] Eclo., XXXI y XXXVII, *passim*.
[65] Lc., VI, 29.

la túnica y el manto parecen haber sido las dos piezas fundamentales del traje en tiempo de Cristo.

Pero, ¿qué eran exactamente esa túnica y ese manto? ¿Qué formas tenían? ¿Iban acompañados de otras prendas? Es bastante delicado responder. Los tejidos son materias esencialmente perecederas, que la arqueología no encuentra como quien dice nunca. Por otra parte, como los judíos no representaban las figuras humanas, no tenemos nada comparable a los frescos egipcios de las tumbas faraónicas, que nos informan maravillosamente sobre la indumentaria egipcia. Por último, hay que tener en cuenta, para tratar de representarse cómo se vestían los contemporáneos de Jesús, dos datos contradictorios: por una parte, el tradicionalismo riguroso del Pueblo elegido, acentuado aún más por el carácter religioso que podían tener alguna prendas de la indumentaria [66], y por otra parte las influencias extranjeras, sobre todo griegas y romanas, que se le atravesaban. En todo caso, los arqueólogos están todos de acuerdo [67] para llegar a la conclusión de que el traje "a la oriental" con que en el siglo pasado estaba de moda vestir a los personajes evangélicos —en realidad inspirados en modelos árabes o beduinos— no tiene ninguna probabilidad de hallarse cerca de la verdad. Jesús y sus apóstoles no llevaron el albornoz ni la gandura.

En tiempos remotos, cuando el futuro Pueblo de la Alianza andaba errante en la Baja Caldea, y aun más tarde, cuando, instalado en el país de Gesen, en la delta del Nilo, trabajaba duro para el faraón antes que Moisés lo librara, la vestimenta usual debió ser el taparrabo, como se ve en los documentos arqueológicos de Mesopotamia y de Egipto. En Siria, hasta hace poco, se veían tribus semíticas vistiendo una faldilla decorada con motivos de colores. En el Israel del tiempo de Jesús quedaba un recuerdo del antiguo taparrabo: era el *saq* (que algunos traductores traducen *saco*, lo que da lugar a confusión). Hecho de tela, era el vestido inferior de la gente del pueblo, el que verosímilmente se dejó Jesús para lavar, como un siervo, los pies de sus discípulos [68]; hecho con un tejido muy grosero, verdadera "tela de saco", hombres y mujeres se lo ataban alrededor de la cintura los días

[66] Dejamos para la III^{a} parte la cuestión de las vestiduras sacerdotales (véase pág. 401) y la de las filacterias, fimbrias, etc., de los simples fieles.
[67] Véase M. de Buit: *Archéologie du Peuple d'Israël*, pág. 91.
[68] Jn., XIII, 4.

de duelo y de penitencia, los más celosos directamente sobre la piel, como una especie de cilicio. Antaño los profetas llevaron el *saq* como protesta contra el lujo; en el Apocalipsis se lee que la víspera del Juicio Final, Dios enviará sus dos testigos para profetizar durante mil doscientos sesenta días, "vestidos con el saq" [69].

El empleo de la túnica y del manto era también sumamente antiguo. Para convencerse basta con recordar el "manto de Noé" de que se trata en el libro noveno del Génesis, el manto con que sus dos excelentes hijos Sem y Jafet cubrieron su desnudez cuando el zumo de la uva le hizo una mala jugada; y de la túnica de José, de que habla el capítulo XXXVII del mismo libro, la "túnica de largas mangas" que sus malos hermanos enviaron a su padre Jacob, después de mancharla con sangre, para que creyera en un accidente. En la época de Jesús esas dos prendas de vestir eran de uso corriente; muchas veces se habla de ellas en los evangelios.

La túnica —el *chaluk*— había de ser bastante análoga al *chiton* de los griegos, pero más larga; llegaba mucho más abajo de la rodilla; la de los rabíes debía, obligatoriamente, ser una mano más larga que el manto; las bellotas rituales, generalmente de color azul jacinto, colgaban abajo. En ceremonia, la túnica era de seda bordada, o iba adornada con franjas de colores. Generalmente la cortaban y cosían, pero las túnicas de lana, tejidas sin costuras, eran muy apreciadas —tal como la de Cristo, que los soldados echaron a suertes para no rasgarla [70]. En el trabajo se dejaban la túnica, pero de noche, para dormir, se la quitaban.

El manto —el *talith*— desempeñaba a la vez el papel de nuestro terno y del sobretodo. Era una vestimenta tan indispensable, que la Ley obligaba al acreedor que recibió como prenda el manto de un deudor a devolverlo al caer la tarde [71]. Era también el vestido de dignidad, sin el cual sentaba mal presentarse a un superior o en el Templo. Lo que no impedía que lo emplearan para todo uso: frazada, cuando se dormía al raso, cubresilla, y hasta alfombra para recibir a un gran personaje. como se ve cuando la entrada de Jesús en Jerusalén, el domingo de Ramos [72]. ¿Cómo

[69] Se habla con mucha frecuencia en el Antiguo Testamento del *saq* (por ejemplo, Gén., XXXVII, 34; Sal., XXXV, 13; Jer., IV, 8, etc.). En el se alude a él varias veces: Mt., XI, 21; Lc., X, 13, etc., y Ap., XI, 3.
[70] Jn., XIX, 23.
[71] Ex., XXII, 26; Deut., XXIV, 12.
[72] Mt., XXI, 7, 8.

estaban hechos esos mantos? Es difícil decirlo. Algunos quizá con una simple pieza de tela con un agujero para la cabeza, otros con dos trozos cosidos, pero también debía de haberlos de mejor corte, con mangas sobrepuestas, no muy diferentes sin duda de las togas de los magistrados y de los universitarios franceses.

La forma vaga y flotante de la túnica hacía indispensable el empleo del cinto, si no hubiera sido muy incómodo trabajar y aun caminar. Hasta los ángeles, en el libro de Daniel y en el Apocalipsis, llevan cinto [73]. De oro, es cierto, pues un cinto lujoso era señal de prestigio. Los había de toda clase: de cuerda para los ermitaños hirsutos y los profetas, de cuero para los soldados y los trabajadores; estos últimos se subían la túnica hasta la cintura para estar más libres, lo que se llamaba "ceñirse los riñones". Muchos estaban hechos con una pieza de tela más o menos rica, más o menos adornada, que se enrollaba varias veces alrededor de la cintura. Esto permitía utilizarlos como portamonedas, o para deslizar un puñal, y hasta —pues tal es el sentido de la expresión bíblica "en el seno"— llevar en él una reserva de grano o un corderito [74]. Cuando quería hacerse un hermoso regalo a una mujer, se le ofrecía, no un bolso, sino un cinto, que, por lo demás, hacía sus veces.

Por influencia de las modas extranjeras, otras piezas de vestir pasaron al uso corriente. Antaño se conoció la camisa "a la cananea", por el estilo de las treinta que Sansón prometió a los que, dentro de los ocho días, dieran la solución de su enigma "del fuerte salió la dulzura" [75]; era una vestimenta de lujo, que sin duda se usaba en los banquetes. En la época de Jesús, los ricos llevaban debajo la camisa de tela fina, pero, en los festines muy elegantes, la moda romana, alcanzando a la del lejano Canán, quería que se pusieran camisas por encima, ligeras, adornadas, bordadas, hasta resplandecientes de oro. En las grandes ceremonias se conocían vestidos pomposos, especie de largas hopalandas a la asiática, llegadas de Persia, introducidas por los helenísticos, suntuosamente decoradas, que estaban reservadas a los personajes ilustres, a los príncipes: Herodes el Grande tuvo muchas; la indumentaria litúrgica del sumo sacerdote se le parecía.

[73] Dan., X, 5; Apoc., I, 13.
[74] Lc., VI, 38 y Is., XL, 11; Prov., XXI, 14, etc.
[75] Jue., XIV, 12.

Naturalmente, la gente que, por vocación o por oficio, tenía que afrontar la intemperie no se preocupaba de vestidos refinados. El célebre indumento de San Juan Bautista, descrito por San Mateo en el capítulo tercero de su evangelio, era el de los Profetas; era el de los ermitaños y sin duda el de los monjes esenios: un solo vestido, haciendo las veces de túnica y manto, hecho con pelo de camello tejido y, en la cintura, un cinto de cuero, o quizá, según algunos, un taparrabo de piel, un *saq*. Los viajeros llevaban túnicas de lana, a menudo con polainas hechas con tiras de cuero o paño —los soldados romanos habían difundido el empleo, que venía de Galia— y sobre todo un manto especial, de pelo de camello o de cabra, muy grueso, impermeable a la lluvia; los mejores se fabricaban en Anatolia y Cilicia, tal como el que San Pablo llevará en el curso de sus viajes, y que, estando cautivo en Roma, rogará a su querido discípulo Timoteo que se lo envíe. Los pastores del altiplano turco llevan todavía ese precioso manto; es tan pesado y tieso que, puesto en el suelo, se queda parado solo.

Todo eso se refiere a la vestimenta de los hombres. ¿Cuál era la de las mujeres? Es muy difícil decirlo. Las mismas palabras, túnica, manto, cinto, se aplican tanto al vestido femenino como al masculino. Sin embargo, eran diferentes, puesto que la Ley prohibía formalmente a los hombres que se pusieran vestidos de mujer y a las mujeres vestidos de hombre [76], y porque, según el Talmud, hacerlo era pasar por sospechoso de costumbres homosexuales. Verosímilmente, lo que diferenciaba la ropa femenina debía de ser a la vez la calidad de los tejidos, más finos, y la forma más amplia. El tratado *Sabbat*, que es precioso para el conocimiento de la indumentaria, nos entera de que la mujer llevaba también cintas de lana y de seda, chales que se anudaban en los hombros, "hilos trenzados" y numerosos adornos cuya utilidad no parece mucho más evidente que la de algunos que hoy emplean nuestras compañeras. La moda helenística ejerció también, seguramente, influencia en el vestido de las mujeres: muchas de ellas debieron adoptar la ropa con pliegues, con o sin mangas, que estaba tan en boga en Alejandría, y el *himation* que se envolvía elegantemente alrededor del cuerpo, uno de cuyos paños caía en la cabeza.

Normalmente, el tocado de hombres y mujeres era una pieza de género que se apretaba en la frente, como el *cufieh* de hoy,

[76] Deut., XXII, 5.

dejándola caer sobre los hombros: sigue siendo el tocado litúrgico de los judíos; el tratado *Sabbat* indica con precisión cuántas vendas estaba permitido envolver alrededor de la cabeza el día del descanso sagrado. Pero el mismo tratado alude a otra moda de tejidos arrollados, lo que haría pensar en el turbante, y como la colocación de ese turbante había de ser larga y minuciosa, como lo es entre los musulmanes de hoy, eso explicaría la costumbre, conservada hasta nuestros días, de quedar siempre con la cabeza tapada, hasta en un lugar religioso como la sinagoga.

Las telas con que se hacían todos esos vestidos eran las únicas que aún se encontraban en Oriente hasta la reciente invasión de los textiles artificiales. La técnica había cambiado tan poco, que el tejido espigado con que está hecho el célebre "Santo Sudario" de Turín, tanto puede ponérsele fecha de nuestra época como del siglo XIV de la era cristiana o de tres o cuatro siglos antes de Jesucristo. La Ley, sin embargo, prohibía llevar tejidos hechos con dos clases de hilo, por ejemplo, lana y lino [77]. La lana era el textil más empleado; la blanqueaban con tan gran cuidado, que los profetas comparaban con su virginal blancura la pureza del alma. El gran fabricante de tejidos de lana era la Judea; en Galilea se producía sobre todo lino, que cultivaban desde tiempo remoto. La más fina tela de lino se llamaba *bysus*, del vocablo griego *bysos*, y la oponían a las telas importadas de Egipto, que pasaban por groseras. Se empleaba la seda, pero poco; llegada por caravanas, era muy cara; el Apocalipsis hace de ella una de las señales del lujo insensato que castigó a "la gran Babilonia", ciudad de perdición [78], pero sin duda era seda la *mestri* con que estaba tejido el velo del Templo. Desde el retorno del Exilio los israelitas conocían el algodón, pero aún se le empleaba poco.

Todos esos tejidos podían quedar de color natural, o los blanqueaban; pero también era corriente el uso de tinturas. Los colores eran, claro está, naturales, vegetales o animales. El amarillo del croco azafrán era el color de la vestimenta de los levitas. El azul y el castaño eran frecuentes; los mantos eran a menudo de rayas blancas y de color castaño. La corteza de granada servía para obtener un color de rosa muy agradable. El color carmesí se obtenía de una cochinilla que vivía en las encinas. De todos los tintes, el más apreciado era la púrpura, segregada por un molusco

[77] Deut., XXII, 11; Lev., XIX, 19.
[78] Apoc., XVIII, 12.

marino, el *murex*, que los fenicios, desde hacía muchos siglos, iban a pescar en las costas de todo el Mediterráneo oriental, y que, tanto en Israel como en Roma o en Cartago, era señal de poder. El rico malo de la parábola está "vestido de púrpura y de lino fino" [79], y los sabios desaconsejaban a los verdaderos fieles ese color pagano: pero no por eso dejaba de estar de moda. Además de las tinturas, el adorno de los vestidos era el bordado, moda que se había difundido entre los judíos de Babilonia —todos los grandes de Mesopotamia lo usaban— y por ellos en Palestina. Los vestidos sacerdotales tenían bordados, y también los de las elegantes... y de los elegantes. Hasta sabían tejer brocados y piqués. Quiere decir que conocían la aguja desde hacía tiempo, pues los arqueólogos las han hallado en las excavaciones; en tiempo de Jesús era usual, aun cuando el Evangelio habla de ella una sola vez, en la célebre parábola del camello "que no puede entrar por el ojo de una aguja" [80]. Para asegurar el manto, o el cinto, o el chal utilizaba también fíbulas de cadenillas y corchetes, que se parecían como hermanas a nuestros alfileres "imperdibles"; las excavaciones han entregado varios ejemplares. Hechos de metal precioso, a menudo entraban, sobre todo para las mujeres, en la categoría de joyas.

Pues se llevaban muchas joyas. Las mujeres, y también los hombres. De oro, de plata. Con perlas y piedras preciosas: el diamante de la judía Berenice, cuando llegó a Roma, causó asombro. La sortija de oro, anillo o brazalete, era tan apreciada, que el libro de los proverbios lo comparaba al consejo del sabio [81]. El mismo libro agregaba: "Anillo de oro en jeta de puerco es la mujer bella, pero sin seso," [82] lo que parecía indicar que a las palestinas les gustaba llevar un anillo en la nariz... También llevaban zarcillos. Pero la Ley, que prohibía mutilarse el cuerpo, no permitía agujerearse la nariz o las orejas para colocar las anillas. Los anillos, conocidos desde siempre, se llevaban no sólo en las manos, sino también en los pies; los de los hombres tenían a menudo un sello que les servía para estampar. ¡Pero como, por orgullo, los querían sumamente gruesos y pesados, los llevaban colgados del cuello en una cadena! En la cabeza, en las recepciones,

[79] Lc., XVI, 19.
[80] Mt., XIX, 24.
[81] Prov., XXV, 12.
[82] Prov., XI, 22.

las mujeres ponían gustosas lo que el tratado *Sabbat* llama una "ciudad de oro", es decir, una diadema imitando poco más o menos las fortificaciones de una ciudad. Cordones de hilo de oro, agujetas análogas a la forrajera de nuestros regimientos, cajitas conteniendo amuletos, completaban ese arsenal de adornos cuyo uso, como es natural, estaba reservado a los ricos. Lujo contra el cual reaccionaban los austeros rabíes, y que la enseñanza evangélica condenará aún más. Así, en su primera epístola a Timoteo, San Pablo pone en guardia a las buenas cristianas contra las joyas de oro, las perlas, la pedrería [83]: sin duda tenía la idea de que más valía echárselas a los cerdos.

En cuanto al calzado —que se llevaba sin medias, salvo algunas elegantes apasionadas por las modas extranjeras extravagantes— eran de dos clases: el zapato, de cuero blando, y la sandalia, de cuero duro. El calzado de uso diario era de cuero de camello; el más fino de chacal o de hiena. La suela era muy raramente de cuero, más bien de corteza de palmera o de junco. El tratado *Sabbat* nos enseña que sabían clavetear las sandalias para hacerlas más resistentes a la marcha, por lo cual estaba prohibido ponérselas el día del descanso, puesto que estaba vedado hacer largos recorridos. De Mesopotamia trajeron la media bota, que llevaban los terribles guerreros de Asiria. Y con los romanos se difundió el uso del *calceus* de cuatro correas, y, para la casa, *soleae* ligeras. El *soccus* correspondía a nuestra pantufla. Pero, en los lugares sagrados, por ejemplo, en el interior del "Santo" del Templo, sólo se debía caminar descalzo.

VI. La casa de los hombres

La Biblia emplea varios centenares de veces la palabra *casa*. La utilizaba para designar un grupo de familias, célula social [84], tanto como para nombrar el templo, "la casa de Dios". Tomando el vocablo en un sentido simbólico, lo asocia a las realidades espirituales; la casa del Padre es el Cielo. Todo eso es significativo. El pueblo judío, fijado en el suelo desde hacía siglos, no tiene más nada de una raza nómada; la tienda ya no es más para él, en tiempo de Cristo, sino un recuerdo nostálgico y una imagen, la de las puras austeridades de antaño; y jamás fue un pueblo marino.

[83] I Tim., II, 9.
[84] Véase más arriba, pág. 121 y sigts.

No vive mucho adentro, salvo en el invierno, pero el patio, el jardín, forman parte de la casa. Ésta es el cuadro de la vida, el lugar donde gustoso se recibe a los húespedes. Basta con pensar en el hogar de Betania, donde Lázaro, Marta y María acogían a su amigo Jesús, para adivinar qué lugar afectivo tenía la casa en la vida cotidiana de los judíos de hace dos mil años.

No era, sin embargo, porque la habitación palestina fuese muy vasta ni lujosa. La población de Tierra Santa, como en su mayoría era rural, vivía sobre todo en aldeas, a menudo muy pequeñas aldeas, caseríos donde la presencia de agua permitía la dispersión; en la seca Judea se agrupaban más alrededor de la fuente o del pozo. La diferencia entre la aldea y la ciudad se debió durante mucho tiempo al hecho de que estas últimas estaban rodeadas de fortificaciones, al amparo de las cuales los campesinos de los pueblos vecinos se refugiaban en caso de peligro; en tiempo de Jesús era más bien jurídica, pues las ciudades tenían sus magistrados, sus jueces; los evangelistas señalan netamente que Cafarnaún, Naim, Nazaret son ciudades, pero Belén o Emaús, no.

No obstante, sería error imaginarse a Cafarnaún o Nazaret por el estilo de nuestras grandes ciudades modernas. Salvo Jerusalén y cuatro o cinco menores, las ciudades de Palestina eran muy pequeñas, y la arqueología se asombra, al descubrir ciudades cuyo nombre es brillante en la Biblia, de encontrar villorrios que cabrían en la plaza de la Concordia en París. El urbanismo es rudimentario, sobre todo cuando es verdaderamente indígena: en Marisa, situada en los confines de los montes de Judá y de la llanura costera, "las calles forman un cuadriculado muy irregular de grandes mallas, cada una de las cuales contiene una maraña inextricable de casitas y patios"[85]. Las ciudades de tipo helenístico —Samaria, por ejemplo, reconstruida ciento cincuenta años antes de Cristo, o las ciudades de la Decápolis, como Gerasa (Djerasch)— estaban edificadas según un plan mucho mejor estudiado, con gusto casi neoyorkino del cuadriculado riguroso; pero no había ninguna, en Palestina, que mostrara una calle de 1800 metros de largo, como la famosa "calle Derecha" de Damasco, donde se alojará San Pablo[86], ni la regularidad matemática de Dura-Europos en Siria. Si las ciudades edificadas a la griega o a la romana poseían una plaza pública, especie de *agora* o *forum*,

[85] Du Buit: *op. cit.*, pág. 76.
[86] Act., IX, 11.

si Jerusalén tenía la suya, el Xisto, las pequeñas ciudades puramente judías no las tenían, al menos en el interior de su recinto; sólo en las proximidades de las puertas había un espacio bastante vasto donde se celebraban los mercados, a donde iban a tratar los asuntos corrientes, hacer justicia, contratar jornaleros, o simplemente a charlar. Salvo en la canícula y muy entrada la noche, se hacía mucho ruido, y no mucho menos en las calles de gran tránsito; pero en las callejas, patios, pasajes, callejones, reinaban la calma y la sombra fresca. Muchos ciudadanos salían de la ciudad cada mañana para ir a trabajar en los campos y volvían de noche. Tras ellos se cerraban las puertas para toda la noche, y los centinelas montaban la guardia.

Tomada individualmente, la casa judía no tenía nada más original ni más artístico que tomada en grupos. Los judíos jamás fueron grandes arquitectos: para hacer el templo de su Dios, Salomón debió recurrir al arte de los fenicios. Además, en un país sin cesar barrido por invasores, y ocupado desde hacía cinco siglos, ¿cómo la construcción no había de sufrir la influencia del extranjero? Nada sería tan falso, sin embargo, como representarse la casa judía según los recuerdos que se han podido traer de una visita a Pompeya. Había en Palestina suntuosas moradas a la romana, es cierto, pero no constituían, ni con mucho, la mayoría. Aun en Jerusalén es muy poco probable que se construyeran esos inmuebles de pisos, en que cada familia tiene su apartamiento, como se veían tantos en Roma, en los barrios populares. Se tendrá, sin ninguna duda, una idea más justa de la habitación judía de otrora visitando un pueblo o un barrio pobre de una gran ciudad en el Cercano Oriente.

En la campaña —por ejemplo en Nazaret, cuando José y María criaban al Niño Jesús— la casa era rudimentaria: un gran bloque de forma cúbica encalado, mezquino en aberturas —suponiendo que tuviera más que la puerta—, y cuyo interior se componía a menudo de una sola habitación, cortada en dos, mitad para los animales, mitad para la familia. Algunas eran semitrogloditas, adheridas a una pared de caliza en la cual se hundía la morada, utilizando una antigua gruta; en la basílica de la Anunciación, edificada en Nazaret en el lugar de la que San Macario levantó por orden de Constantino, la cripta donde, según la tradición, la Virgen María recibió la visita del Ángel, es una pequeña caverna arreglada.

Un tipo algo más lujoso era el que ya se encontraba en Mesopotamia dos mil años antes de Jesucristo: la casa con patio central por el que recibían luz las pequeñas habitaciones que le rodeaban; esa técnica tenía la ventaja de que sólo reclamaba, para el techo, vigas de cortas dimensiones; además, la disposición conservaba el fresco. Ese tipo se generalizó en el período posterior al exilio y había de estar muy difundido en la época de Jesús. Hasta ampliado; en Lakisch, Judea, muy pequeña aldea sin embargo, se ha descubierto una morada de por lo menos tres siglos antes de Jesús, que no tiene menos de treinta y cinco metros por cincuenta, con unas veinte habitaciones alrededor del patio central, de las cuales una parte más alta con varios escalones y unida al patio por una *loggia* formaba visiblemente las habitaciones privadas, pues se ha encontrado un cuarto de baño con sus canalizaciones subterráneas.

En las casas de mediana importancia, no se contentaban con la pieza única de los pobres, que servía a la vez de cocina, comedor y alcoba. Sin embargo, sólo había cocinas propiamente dichas en las casas de gente muy rica; ordinariamente preparaban los alimentos en el patio o, si llovía, bajo un cobertizo.

El techo ocupaba un lugar considerable en la vida corriente; era una azotea, justo bastante inclinada para que la lluvia corriera a las goteras —esas goteras con las que el Libro de los Proverbios compara el chorro de palabras de una mujer [gritona] [87]—; una barandilla, ordenada por la Ley [88], la rodeaba, "pues si alguno se caía, su sangre gritaría venganza"; se llegaba a ella por una escalera, lo más a menudo exterior. En la azotea se guardaban las herramientas de trabajo, se tendía la ropa, se tomaba el fresco de noche, y se dormía en las noches de verano. Algunos hasta levantaban tiendas. También se retiraban a ella para rezar, para meditar; estar "sentado en un rincón del desván", como también dicen los Proverbios [89], era "estar mejor que con mujer rencillosa en casa espaciosa". Jesús alude a esa vida en los techos cuando, anunciando las calamidades del fin del mundo, dice: "El que esté en el terrado no baje a tomar nada de su casa [90]." Y cuando ordena: "Lo que os digo al oído, predicadlo sobre los terrados [91]."

87 Prov., XIX, 13.
88 Deut., XXII, 8.
89 Prov., XXI, 9 y XXV, 24.
90 Mt., XXIV, 17; Mc., XIII, 15, etc.
91 Mt., X, 27; Lc., XII, 2.

De ahí procedió la costumbre, en las casas de la gente acomodada, de instalar en la azotea, en lugar de la tienda, una construcción liviana, que poco a poco se transformó en un verdadero piso. A veces, para alumbrarla por lo alto, la terminaban con una linterna cuadrada. Era la "sala alta" de que se habla muchas veces en el Evangelio [92]. En ella alojaban a los huéspedes de paso: la escalera exterior les dejaba toda libertad. Las comidas algo numerosas, que no querían servir en el patio, se efectuaban ahí. En una de esas habitaciones altas, de esos "cenáculos", fue donde Jesús, la noche del Jueves Santo, celebró "la Cena" y donde, según la tradición, se reunieron sus discípulos después de su resurrección, y principalmente el día de Pentecostés [93]. Además de esta excrecencia en la azotea, ciertas casas tenían otras que daban a la calle, balcones a veces de tamaño considerable, por el estilo de los *mucharabié* turcos; el tratado *Sabbat* [94] señala bien que eran lugares privados, aun cuando estaban encima de la vía pública; a las mujeres les gustaba estarse ahí, curiosas. Y quizá sea de ese balcón de donde la mujer impúdica de palabras zalameras, que también muestra el autor de *Proverbios*, hace "invitaciones a los jovenzuelos ingenuos..." [95].

La casa tenía anexos. En las ciudades, los jardines eran raros, muy exiguos: en Jerusalén se podían contar [96]; a lo más, en un rincón del patio crecía un jazmín, de olor tan fino. Los había, sin embargo, fuera de las puertas, como el que existió en el lugar donde fue enterrado Cristo y donde, el domingo de Pascua, Magdalena creyó ver un jardinero [97]. Pero en el campo todo el mundo poseía su jardín, donde por lo general crecía una higuera, a cuya sombra gustaba reposar [98], y donde se cultivaban flores. En un rincón de la casa, la bodega servía de despensa; por eso dicha habitación se arreglaba de buena gana en una gruta, para que el vino se conservara bien. En medio de los campos y de los viñedos se veían a menudo chozas, ligeramente construidas, pero muy útiles para ampararse de la canícula y para depositar las herramientas.

Todo eso se refiere sólo a las casas del común, y hasta de gente

92 Mt., XIV, 15; Lc., XXII, 12.
93 Lc., XXIV, 33; Act., I, 13; II, 2.
94 *Sabbat*, XI, 2.
95 Prov., V, 16, etc.
96 Véase más arriba, págs. 102 y sigts.
97 Jn., XIX, 41.
98 Véase más arriba, pág. 29.

acomodada. Los muy ricos, los poderosos y gloriosos de aquel mundo, poseían verdaderos palacios. Ya hemos visto [99] que Jerusalén tenía algunos muy hermosos, sobre todo el palacio de Herodes, donde vivía, cuando el proceso de Jesús, el procurador romano. El más hermoso de todos era sin duda la maravillosa residencia de recreo que Herodes el Grande mandó construir en Jericó, y cuyas ruinas, halladas por los arqueólogos, aún dejan fuerte impresión. Era una réplica de la casa helenística, bastante análoga a las más hermosas casas de Pompeya, con dos patios de pórticos, habitaciones situadas en varios niveles, "loggias", y hasta un pequeño teatro, el todo descansando sobre enormes basamentos abovedados. Lo rodeaban admirables jardines, dispuestos en arriates, con estanques de agua pura, fuentes con juegos de agua, y la famosa piscina donde el tirano hizo que sus guardias gálatas ahogaran a su cuñadito Aristóbulo [100]. Agrandado por Arquelao, ese paraíso terrestre, del que la crueldad había hecho un infierno, quedó arruinado cuando se produjeron los disturbios que señalaron el fin de la dominación del odioso tetrarca [101]; Jesús, al ir de Jericó a Jerusalén, debió pasar a lo largo de esas ruinas, donde los campesinos de la vecindad venían en busca de piedras, e invitar a los suyos a meditar sobre la vanidad de los bienes de este mundo. Otros palacios, si no tan hermosos, al menos análogos, habían de verse en varios lugares de Palestina, aun cuando el tipo de morada greco-romana dejaba a veces el lugar al tipo de palacio fortaleza, capaz de resistir un asalto, como Maqueronte, cerca del mar Negro, donde murió el Bautista, o en el norte, Malata, donde la pequeña Berenice pasó su primera infancia, triste, pero con el corazón ya lleno de sueños ambiciosos.

¿De qué materiales estaban hechas todas esas moradas de altos o bajos precios? Las del común, de los campesinos pobres, con argamasa de barro y cañas, o, mejor, con ladrillos de arcilla amasada con los pies, mezclada con paja, mal cocidos en el horno. De todos modos, a los ladrones les era fácil horadarlos, y Jesús, al evocar el hecho, debía de ser comprendido por todo el mundo [102]. Las casas de los ricos eran de piedra: la caliza palestina era excelente; se extraía insertando cuñas en las grietas y luego las mojaban

[99] Véase más arriba, pág. 97 y sigts.
[100] Véase más arriba, pág. 72 y sigts.
[101] Véase más arriba, pág. 78 y sigts.
[102] Mt., VI, 19; XXIV, 43; cf. también Job, XXIV, 16 o Ez., XII, 5.

para que se hinchara la madera. Las paredes eran muy gruesas, muy sólidas, y la "piedra angular" [103], de que habla Jesús aludiendo a la Escritura, tenía que estar labrada; quizá la bendijeran. Sin embargo, desde que los romanos llegaron allá comenzaron a construir murallas a su modo: dos tabiques de *opus reticulatum* delgados, en fábrica de guijarros y ladrillos, los cuales se rellenaban con barro y grava; así se construyó una parte del palacio de Jericó. Se ponía gran cuidado en los cimientos, tratando de "construir sobre la roca", como dice también el Evangelio, por el temor de que la tempestad o la lluvia pudiesen llevarse la casa [104]. Para unir las piedras utilizaban una mezcla de arcilla diluida, conchilla o trozos de alfarería triturados. Se conocía la cal desde hacía mucho —Isaías alude a ella [105]—; la utilizaban sobre todo para enlucir o encalar, a cuya costumbre alude Jesús cuando califica a los fariseos de "sepulcros blanqueados" [106] y San Pablo cuando llama "pared blanqueada" al sumo sacerdote [107]. El piso, entre los pobres, era de tierra apisonada; entre los ricos, de baldosas de arcilla cocida o de guijarros; sólo las moradas fastuosas de los príncipes tenían pisos de madera de cedro o de ciprés, pues parece que la moda romana de los mosaicos en embaldosado no había penetrado aún en Palestina en la época de Jesús. Como la bóveda sólo se utilizaba en las fortalezas, y además estaban muy mal hechas con piedras planas colocadas en saledizo, los techos sólo se asentaban en vigas. Esos techos, o más bien, esas azoteas, eran raramente de ladrillos o de tejas; la mayoría de las veces se hacían de zarzos cubiertos con tierra apisonada, que habían de remendarse todos los años antes de la mala estación; eran tan delgados, que en un santiamén podía abrirse un boquete bastante grande para que por él pasara el paralítico de que habla el Evangelio [108] o, como refiere el Talmud, el cadáver de rabí Hona [109] que no pudieron sacar por la puerta.

Pues las puertas eran a menudo muy estrechas, y la famosa "puerta estrecha" por la cual Jesús aconseja que entren [110] no tiene nada de metafórico. No sólo era estrecha sino a menudo baja:

[103] Mt., XXI, 42.
[104] Mt., VII, 24 y Lc., VI, 47.
[105] Is., XXVII, 9.
[106] Mt., XXIII, 27.
[107] Act., XXIII, 3.
[108] Lc., V, 19 y Mc., II, 4.
[109] *Moed Katon*, XXV.
[110] Mt., VII, XIII.

para decir "dársela de vivo", se decía "alzar la puerta"[111]. Sólo era más ancha y alta la de la entrada principal de la casa, cuyos costados se adornaban con la *mezuza* que contenía los mandamientos de Dios. Se conocían los goznes, de los cuales el libro de los Proverbios dice bastante graciosamente: "La puerta gira en su [gozne], el perezoso en su lecho"[112]; el de abajo estaba ordinariamente encajado en una piedra agujereada. La llave existía desde hacía mucho tiempo; ya se hablaba de ella en tiempos de los Jueces; pero debía de ser una llave muy sencilla, apenas capaz de levantar un pestillo, por el estilo de las que se utilizan todavía como llavines en los conventos. Los helenísticos habían inventado nuestra moderna llave, fijando a un vástago clavos de distintos tamaños que movían unas clavijas; los romanos, perfeccionando ese sistema, hacían llaves de metal. Eran bastante voluminosas. Como en la Turquía de ayer, las llevaban gustosos de modo muy visible, en el pecho; era señal de prestigio. Cuando Jesús dice a Simón Pedro: "Yo te dará las llaves del Reino de los Cielos"[113] todos los presentes debieron comprender que lo constituía en jefe y guía de sus discípulos, pues tener las llaves de un gran propietario era, para el intendente, afirmarse el hombre de confianza.

Puede preguntarse si la vida era confortable en esas casas. A lo cual debe contestarse primero que la noción de confort es sumamente variable, con los tiempos y con los países. En Palestina, el clima no exige lo que reclama el de Noruega. Se vivía mucho al aire libre. La mayoría de las comodidades a que están acostumbrados los occidentales del siglo XX se desconocían evidentemente. El agua, cuya importancia es tan grande[114], sólo llegaba a domicilio en muy raras y muy suntuosas moradas; el común iba a buscarla a la fuente, cuando el encargado de las aguas daba la señal, o bien al pozo o al arroyo, con odres, ánforas, cántaros de diversas clases. En las ciudades había canalizaciones que la distribuían. También existían sistemas de cloacas, principalmente en Jerusalén en el barrio del Templo, y en Cesárea se han encontrado las que llevaban las aguas sucias al mar. El "lugar secreto" a que alude Jesús diciendo que no es la comida "impura" lo que mancilla al hombre, sino los malos pensamientos, era de uso corriente: el Talmud hasta asegura "que permanecer mucho tiempo en él au-

111 Prov., XVII, 13.
112 Prov., XXVI, 14.
113 Mt., XVI, 19.
114 Véase más arriba, pág. 21 y sigts.

menta la duración de la vida" y cita con cierta admiración a un rabí que, entre su casa y la escuela en que enseñaba, no se detenía menos de veinticuatro veces en lugares discretos que él había localizado[115].

La calefacción no plantea, en Palestina, grandes problemas; en muchas regiones es inútil. Por eso la mayoría de las casas ni siquiera tenían chimeneas. Si hacía mucho frío se encendían braseros con carbón de leña, como el que los servidores del gran sacerdote encendieron la noche del Jueves al Viernes Santo, en el que San Pedro fue a calentarse[116]; las excavaciones han encontrado uno en Teanac. Para cocinar se contentaban a menudo con un fuego al aire libre: se cavaba un hoyo y se ponían dos piedras en los costados; la palabra que en hebreo quiere decir hornilla es la misma raíz que cavar. También se usaban anafes, en los cuales, nos entera el tratado *Sabbat*[117], quemaban paja o rastrojo; sólo las casas ricas poseían un horno, calentado con leña o turba, pero cada pueblo tenía por lo menos uno al que todos podían ir.

El alumbrado tampoco era ni muy abundante, ni muy complicado. El Salmo CXVIII cantaba: "¡Dios mío, tú eres mi lámpara brillante, tú eres el que alumbra mi camino!" ¿Contentábanse con la luz de Dios? No del todo. Las casas judías tenían gran necesidad de que las alumbraran; la parábola de la dracma perdida nos lo prueba: para encontrar la piececilla hay que encender el candil[118]. Ese candil es el que conocían en todo el Oriente antiguo, cuyo modelo es notorio, pues en las excavaciones se han encontrado gran número; un pequeño depósito de alfarería, de forma redonda u oval, bastante chato, con dos agujeros, uno para la torcida, de lino o de cáñamo, y el otro para llenarlo; el todo prolongado por una especie de oreja o asa para sujetar el objeto. A menudo hay grabado en la arcilla un motivo ornamental. Los candiles muy hermosos tenían varios agujeros, algunos hasta siete, imitando al candelabro de siete ramas. Los ricos utilizaban candiles de bronce, y los que vivían a la moda pagana no vacilaban en tenerlos con asa, finamente cincelada, que representaba un animal, por ejemplo, un antílope galopando. Sea cual fuere su forma, esas lámparas esparcían en las habitaciones un olor dulzón de aceite de oliva más o menos rancio: era el olor característico de la casa antigua, co-

115 *Berakoth*, LV.
116 Mt., XIV, 67.
117 *Sabbat*, XIII, 1 y 2.
118 Lc., XV, 8.

mo el de mantequilla rancia es el del Tibet. Como el aceite era caro, los hogares modestos sólo tenían una lámpara: Jesús no habla sino de *la* lámpara; la colocaban en un agujero de la pared o, el Evangelio lo indica bien [119], sobre un pie de metal o de tierra, una especie de lampadario. Y, para tener fuego permanentemente, la dejaban arder día y noche.

Todo eso parece evidentemente rudimentario. ¿Vivían de modo muy diferente los palestinos de hace cien años? Todo el mobiliario era sumamente simple. El arca era el mueble principal, arca para la ropa, arca para las provisiones; hasta entre los ricos se usaba mucho. Los muy pobres comían encima del arca, o sobre el celemín, la medida del grano, boca abajo [120]. Pero los hogares de mediano pasar tenían mesas, de las que a menudo se trata en el Evangelio, esas "mesas de los ricos" de las que caen migajas que harían la felicidad de los chicos [121]. La vieja costumbre nómada de sentarse en el suelo, para comer, para charlar, se mantuvo ciertamente en muchas casas; pero se conocían los asientos, los taburetes, sillas, sillones, hechos con soportes de madera cubiertos de paja o de género, y también los divanes-camas que servían para las comidas algo solemnes. Para usos distintos de las comidas servían los asientos de aparato, como el del sumo sacerdote, y las altas cátedras donde los doctores de la Ley se sentaban para enseñar.

El mobiliario de noche, en fin, era quizá, al menos en la clase acomodada, más confortable que el de día. Se atribuían muchas virtudes al sueño; los rabíes habían ordenado que se durmiera de noche, y hasta decidieron que el insomne sería castigado [122]. La cama tal como la conocemos, es decir, armada sobre pies sólo existía en casa de los ricos, pero la influencia romana la generalizaba; hasta las había —lo que era muy condenable— cuya madera formaba una suerte de par de animales, desmesuradamente estirados, cuyas cabezas esculpidas estaban al pie de la cama. Numerosos cojines y mantas la hacían confortable, y hasta si hemos de creer el libro de los Proverbios, las mujeres que recibían huéspedes de paso la perfumaban abundantemente [123]. En el verano se dormía la siesta, con la nuca colocada en el hueco de un apoya-

119 Mt., V, 15; Mc., IV, 21; Lc., XI, 33.
120 Véase más arriba, pág. 213 y sigts.
121 Mt., XV, 27; Mc., VII, 28; Lc., XVI, 21.
122 *Nedarim*, XXXVII, 6.
123 Prov., VII, 16.

cabeza de alabastro. Los pobres se contentaban con esteras superpuestas que, llegada la noche, tendían en el piso de la sala común o en la azotea; en la estación fría se envolvían en el manto, o en una manta cuando la tenían, apoyando la cabeza en un trozo de madera, o en una piedra: costumbre a que alude Jesús cuando dice que el Hijo del Hombre no tiene ni siquiera una piedra en que descansar la cabeza. Pero, en fin, mantas de fina lana de los ricos, manta de grosero pelo de camello de los pobres, todo eso tendría sólo un tiempo. El sueño, aseguraban los rabíes, es una pequeña muerte, la "sexta parte de la muerte". Y el terrible Isaías había dicho: "...los gusanos serán tu lecho y gusanos serán tu cobertura [124]." Eterna lección...

124 Is., XIV, 11.

CAPÍTULO VII

CON EL SUDOR DE TU ROSTRO

I. AQUEL TRABAJO QUE INSTITUYÓ EL ALTÍSIMO

LA REMOTA OBLIGACIÓN de "comer el pan con el sudor de su rostro", impuesta por Dios al primer hombre luego de su falta, como un castigo, de la que, como ya hemos visto [1], la tradición judía había hecho una señal de la grandeza humana, no por eso dejaba de ser reconocida por la Ley religiosa como imperiosa: nadie debía sustraerse a ella; ni siquiera el estudio de la Tora dispensaba de ganarse el pan [2]. La pereza era despreciada, condenada en muchos pasajes de la Escritura: el solo libro de los Proverbios no vituperaba menos de veinte veces al perezoso, ese inútil, ese peligro público, ese malhechor. Un judío debía tener un oficio.

Pero, entre los oficios, había una categoría por la cual parece que el Pueblo elegido tuvo una predilección: los del campo. El siracida aseguraba que habían sido "instituidos por el Altísimo" [3]. Los rabíes observaban, para precisar el género de labor que su pueblo tenía que hacer, en la Tierra prometida, que Yavé había dicho: "Tú cosecharás tu trigo, tu [vino] y tu aceite [4]." Uno de ellos, meditando sobre el destino de Adán, decía: "Antes de poder comer, debe arar, sembrar, cosechar, poner en haces, trillar, ahechar, moler, amasar y cocer el pan [5]." Así habían de hacer sus descendientes.

[1] Véase más arriba, pág. 165.
[2] Véase más arriba, pág. 165.
[3] Eclo., VII, 15.
[4] Deut., XI, 14.
[5] *Berakhoth*, LVIII, a.

De modo que debe representarse al pueblo de Israel del tiempo de Jesús, como un pueblo esencialmente formado por labradores y pastores, un pueblo de economía rural. El Libro Santo asombra al comprobar el lugar que ocupan los cuestiones agrícolas: ¡cuánta atención se presta a las reglas referentes al campo, a los barbechos, a los robos de ovejas, a los incendios! Entre las fiestas religiosas, las de la siega y la cosecha son muy populares. Comentando inagotablemente los preceptos bíblicos, los doctores de la Ley acumularon tantos materiales, que pronto constituyeron cuatro tratados enteros del Talmud, *Pea*, *Dammai*, *Kilayun*, *Chebiith*, y grandes trozos de unos diez más. El Evangelio despide el buen olor sano de la tierra labrada, el perfume seco de las espigas maduras, el aroma exquisito de la vid nueva y de la joven higuera. Jesús es hijo de un artesano rural muy allegado a la gente y a las cosas de la tierra. Por eso los temas de sus parábolas y las imágenes de sus discursos están tomados, en su mayoría, de la vida campesina; he aquí al sembrador "que salió para sembrar" y cuyo grano cae en terrenos diversos; aquí tenemos el trigal donde las buenas espigas se mezclan con la cizaña; ahí, los jornaleros que trabajan los viñedos; ahí está el pastor que se va en busca de la oveja descarriada... es todo un *Teatro de Agricultura*, como decía Olivier de Serres, cuyas escenas se animan ante nuestros ojos.

II. LA VIDA DEL "BUEN PASTOR"

La profesión de guardián de rebaños y de criador era en Israel la más antigua profesión rural: mucho antes de arraigarse a la tierra, el Pueblo elegido fue nómada, viviendo en tiendas y arreando a sus animales de pastizales en pastizales. En tiempo de Jesús, la cría estaba todavía, seguramente, muy desarrollada. Principalmente Judea tenía enormes rebaños, ya sea en las alturas occidentales, de donde bajaban en otoño hacia los valles donde aún quedaba hierba verde, ya sea en el *midbar*, la maleza o "desierto de Judá", ya sea en el valle del Jordán, donde había que pagar los derechos de pastura, o bien en el *darom*, el sur, en dirección a la Idumea, adonde el joven David llevó a sus animales. Samaria y Galilea también los tenían, pero menos, y allende el Jordán, el Moab y la Perea. Esos grandes rebaños se componían de borregos y cabras; el ganado mayor se criaba alrededor de

las viviendas, alimentado en invierno con una mezcla de paja desmenuzada y avena, pues el forraje acababa de aparecer, especialmente la alfalfa, llevada por los romanos que la recibieron de los persas por los griegos.

Guardar borregos pasa por ser una profesión fácil y tranquila. Cuando se trata de una docena, sin duda, y ese trabajo podía confiarse a los niños. Pero, según muchas indicaciones de la Biblia, se sabe que había rebaños de varios millares de animales, y hasta de varias decenas de millares: esa muchedumbre de balidos no podía confiarse sino a especialistas. Era una profesión discutida; cierto dicho popular la colocaba entre los "oficios de bandoleros" que un judío honesto no debía enseñar a su hijo; pero otros alababan la dignidad del pastor, solo en los grandes espacios bajo el cielo, y meditando, apoyado en su cayado, sobre las profecías como Amós, o sobre los poemas como David. Los maliciosos insinuaban que era un oficio de perezoso y que muchos pastores "se quedaban dormidos en las murallas del recinto" [6] en vez de guardar sus animales, pero el libro de los Proverbios [7] prodigaba al pastor excelentes consejos y también alababa la felicidad de la vida pastoral, cuando se la practicaba bien [8].

A decir verdad, no era un oficio muy descansado. Los rebaños pasaban gran parte del año al aire libre: los hacían salir la semana antes de Pascuas y no volvían hasta mediado noviembre, a la primera lluvia de *marschevân.* Pasaban el invierno en las majadas, y ese detalle basta para probar que la fecha tradicional de Nochebuena en invierno tiene pocas probabilidades de ser exacta, puesto que el Evangelio nos dice que los pastores estaban en los campos. La lana de fines del verano era mejor que la de primavera, pues la permanencia en los rediles la aplastaba y ensuciaba. La vigilancia de esos grandes rebaños exigía muchos cuidados y atención. Aun cuando, para impedir que los animales vagabundearan, les ataban frecuentemente una pata con la cola [9], siempre los había que se alejaban y que los perros no conseguían

6 Sal., LXVIII, 14.
7 Prov., XXVII, 23.
8 Naturalmente, entre los guardianes de rebaños había una categoría universalmente despreciada, la de los porquerizos. Los rebaños del animal impuro existían empero —numerosos: se señalan de 2.000 cabezas— en el noreste del país, más allá del lago de Genesaret, en una región semi paganizada. Para el hijo pródigo de la parábola, guardar puercos es la confesión de la suprema degradación.
9 *Chebiith,* I.

hacer volver; tenía que ir uno mismo. Las hienas, los chacales, los lobos y hasta los osos, no eran raros, y bastante a menudo ocurría que los pastores tenían que librar batalla con las fieras, por lo cual todos iban armados de un fuerte garrote herrado y un gran puñal. El "buen pastor que da su vida por sus ovejas" [10] no es un mito: hace dos mil años era una realidad de la vida palestina. Existencia pesada. "De día se quema uno, de noche muerde el frío", gemía Jacob, pastor de Labán [11]. A pesar del largo manto de lana, grueso, marzo y abril, octubre y noviembre tienen noches severas en la altiplanicie. El sueño era escaso. Sin embargo, numerosos pastores se entendían entre ellos, reunían sus rebaños para guardarlos juntos, relevándose, lo que les permitía, cuando les tocaba el turno, irse a dormir bajo la tienda. Para simplificar la vigilancia, construían vastos rediles de piedras secas, donde era difícil penetrar. Ciertos pastizales poseían atalayas iguales a las que se levantaban en los viñedos y que aún se encuentran, desde las cuales los oteadores vigilaban la proximidad de los ladrones de cuatro patas, y también la de los bípedos... Por la mañana, para llevar a los animales al abrevadero, cada pastor lanzaba esos "gritos agudos" que aún se oyen en nuestros días [12]; y los animales los conocían tan bien, que ninguno, dice el Evangelio, se equivocaba. También era frecuente que el pastor tocara la flauta o el caramillo para arrastrar tras sí a la gente lanuda.

Como se ve, todo eso no constituía una sinecura. Además, había que cuidar a los animales enfermos o accidentados, vigilar a las ovejas preñadas y a los corderos recién nacidos, proceder a la castración de los machos que no se reservaban para reproductores, esquilar dos veces por año, y hasta "diezmar" el rebaño según la Ley, para lo cual se hacían pasar todos los animales por un portillo, uno por uno, reservándose el décimo a los sacerdotes... Esa existencia de intimidad perpetua entre los borregos y sus guardianes establecía verdaderos lazos afectivos, exactamente como aún se observan en nuestros rebaños de los Alpes [13]. Las célebres parábolas evangélicas en que Jesús evoca la vida pastoral, hablan un lenguaje que todos los palestinos de su tiempo

10 Gén., XXXI, 40.
11 Mt., XXI, 33; Mc., XII, 1.
12 Jue., V, 7.
13 Véanse los tan curiosos trabajos de Elian J. Finbert sobre el carnero y la vida de los pastores.

habían de entender. Las ovejas familiares conocían su nombre [14]. El pastor quería a sus animales, y sus animales lo querían. Tenía por la oveja descarriada los sentimientos que Cristo experimenta por el alma en peligro de perderse. Se inquietaba, temblaba por ella, se largaba en su busca, y, al encontrarla, la traía a cuestas... No se habla sin amistad de esa profesión que legó a los hombres la imagen inolvidable del "Buen Pastor" [15].

III. Los trabajadores del campo

La tierra de Palestina, que, según hemos visto, es bastante fértil [16], estaba, en conjunto, bien cultivada. En Judea, los pequeños valles estrechos agrupaban en espacios restringidos cultivos diversos, pero dejaban las laderas y los altos a la cría de animales; en Galilea, país de manantiales y lluvias más abundantes, el suelo, mejor por lo demás, se cubría casi en todas partes de campos cuidados, y las llanuras judías, sobre todo las del borde del lago, pasaban por ser "Jizreel", "plantaciones de Dios". En cuanto a la banda occidental, la Sefela, desde siempre era el país de los hermosos trigos y de las cebadas de oro. Los campesinos judíos sabían perfectamente levantar paredes de sostén para retener la tierra en las laderas, como hacen los provenzales. Utilizaban el estiércol del ganado mayor o menor enterrándolo en los campos o colocándolo al pie de los árboles frutales; uso a que alude el Evangelio en la parábola de la higuera estéril [17]. Ya hemos visto [18] que trabajaron mucho para resolver el problema del agua, mediante un sistema de canales, depósitos, embalses en los arroyos. ¡Alabado sea Dios! Era raro que se viesen obligados a "regar con el pie" como durante la permanencia en Egipto [19], es decir, con aparatos movidos por el pie, o a emplear asnos llevando odres. Pero lo molesto era el reparto de las propiedades, a menudo pequeñas, enmarañadas, exigiendo largos traslados, que ocasiona-

[14] El P. Janssen en su libro sobre *Naplouse* ha estudiado los nombres de ovejas.
[15] Entre las más bellas referencias evangélicas, véanse: Mt., IX, 36; X, 6; XXV, 32; Lc., XV, 3-6; Jn., X, 2; XXI, 15, etc.
[16] Véase más arriba, págs. 28 y sigts.
[17] Lc., XIII, 8.
[18] Véase más arriba, pág. 23.
[19] Deut., XI, 10.

ban pérdidas de tiempo. Sin hablar de la pérdida de espacio cultivable, aprovechado por caminos pedregosos y senderos.

El oficio de agricultor era honrado entre los judíos, al menos en tiempo de Jesús. Pues, en la época antigua, la gente de la estepa tuvo por la gente de la gleba el desprecio tradicional del nómada por el sedentario. Lo que explica que el capítulo cuarto del Génesis haga de Abel un pastor y de Caín un labrador. ¡Ya no era así! El Libro Santo, por lo demás, hablaba demasiado a menudo del permanente milagro que es la planta que germina, brota de la tierra y lleva frutas y cosechas, para que no se amase al campesino, instrumento humano de las generosidades divinas. En todo caso, en ninguna parte aparece el necio desprecio del ciudadano moderno por el "destripaterrones". Cuando los Evangelistas hablan de los labradores, del sembrador, del vendimiador, hay en el tono que emplean una grandeza natural que se siente aún más de cuanto se expresa.

El trabajo de la tierra es de los que menos han cambiado en el curso de los siglos. Hasta la introducción muy reciente del tractor, el *felah* palestino labraba, sembraba, ahechaba en la era como en tiempo de Jesús. Y en muchos lugares sigue siendo así... Para dar vueltas a la gleba, si se trataba de pequeñas superficies, huertas, por ejemplo, se utilizaba la pala, el azadón y el almocafre: las excavaciones han descubierto ejemplares de esas diversas herramientas. El azadón hasta era proverbial, como entre nosotros "el hombre de la azada", tan querido por Henri Pourrat; al describir la felicidad de la era mesiánica ¿no había anunciado Isaías que "de sus espadas harán azadones"? [20] Pero las grandes superficies se labraban con arado, un arado sin ruedas, del tipo primitivo, que aún se ve en Palestina; una cuchilla de madera encorvada, que terminaba por abajo en una punta encajada en una reja de hierro, estaba sujeta por una pieza de madera a un dental, que a la vez iba atado a la cama por una tira de cuero. Esa modesta herramienta rasca la tierra más que ararla. Del arado tiraban generalmente bueyes, y menos a menudo asnos o camellos. La Ley, benévola con los animales, decía: "No ares con buey y asno uncidos juntos." [21] Tener un par de bueyes

[20] Is., II, 4. Otros traductores dan "rejas de arado", pero la misma palabra se encuentra en I Sam., XIII, 20, donde designa visiblemente una herramienta, la traducción "azadón" parece mejor.
[21] Deut., XXII, 10.

—un "yugo", como decían— era el sueño de todo paisano judío. "Sin bueyes no hay trigo", decía el Proverbio [22]. En la parábola, el invitado que ha comprado "cinco yuntas de bueyes" encuentra muy natural no ir al banquete [23]. El labrador sujetaba con la mano derecha la esteva de la reja y en la izquierda llevaba el *dorban*, el aguijón que servía para guiar a los animales y deshacer los terrones. En cuanto se ponía la mano en el arado había que mirar derecho ante sí, y nunca hacia atrás: Jesús lo recuerda [24]. Era un trabajo pesado: aun cuando se esperaban las primeras lluvias para arar, a menudo la tierra estaba dura, mezclada con piedras contra las cuales rechinaba la reja, obstruida por matas de cardos. No se comenzaba a labrar sin decir una oración: "Señor, mi ocupación es lo rojo, y la tuya es lo verde; nosotros aramos, pero tú eres quien concede [25]." Lo rojo, pues las tierras labradas de Palestina son de color de púrpura cálido bajo el cielo azul.

Una vez bien dada vuelta la tierra —a veces se necesitaban varias labores—, se pasaba la rastra y se sembraba [26]. De ordinario, en tisri (octubre) o durante todo el invierno, pero también había cereales de primavera que se sembraban en adar (marzo). Muchos se contentaban con echar el grano, con el famoso "gesto augusto", pero los más cuidadosos, sobre todo cuando se trataba de trigo, se agachaban para depositar la semilla en el surco, para que no se perdiera entre los "guijos y los abrojos" de que habla la parábola.

Alrededor de Pascua, "los campos ya están amarillos para la siega", dice San Juan [27]; en abril los Apóstoles hallan espigas maduras y las comen [28]. Se empezaba por la cebada; el trigo le seguía un mes después, poco más o menos. La guadaña no existía; segaban con la hoz; San Marcos lo precisa en la parábola del trigo que crece [29]; ciertas hoces tenían hojas con dientes, otras no los tenían; todas eran poco curvas. La Ley —recuérdese la poética historia de Rut— autorizaba a los pobres a espigar [30],

22 Prov., XIV, 2.
23 Lc., XIV, 19.
24 Lc., IX, 62.
25 William: *loc. cit.*, pág. 225.
26 Sobre los diversos cereales citados, véase más arriba, pág. 31.
27 Jn., IV, 35.
28 Mt., XII, 1; Lc., VI, 1.
29 Mc., IV, 29.
30 Rut, II; Lev., XIX, 9 y XXIII, 22.

hasta recoger el haz olvidado [31]; aun prescribía que se abandonaran a los desgraciados los límites de lo sembrado [32]. Los haces se juntaban en la casa; aprovechaban los hermosos días secos para la trilla. En el *goren*, la era de tierra apisonada que se hallaba fuera del pueblo, si posible en una altura en que soplara el viento, se tendían las espigas, y por encima se hacía pasar el trineo para desgranar, gruesa plancha de madera, con clavos, sobre la cual se subía el campesino para hacerla más pesada. Los bueyes que tiraban de él no habían de llevar bozal, para que pudiesen tomar su parte de la cosecha [33]. La era se llenaba pronto con una mezcla de paja cortada, cáscara y grano, masa de oro pálido que se veía de lejos, en todas partes, en toda Tierra Santa. Entonces había que ahechar: los hombres echaban al aire la mezcla con horquillas de madera, de tres puntas, para que el viento hiciera el aparte; el grano caía y la paja se la llevaba el viento. Pero, ¡cuidado!, no había que "ahechar con cualquier viento" decía el Eclesiástico [34]; con la brisa mediterránea, la de la mañana o la de la tarde, no se corría el peligro de que todo se fuera, como no hubiera dejado de hacer el viento del desierto. Luego se purificaba la era [35]. Y ya no quedaba más que amontonar el grano en la bodega —no había "graneros" bajo los techos, puesto que eran azoteas— cuidando que los ladrones, hombres o animales, no fuesen a robarlo.

Todos esos trabajos exigían no sólo esfuerzo, sino también cuidado. ¡Y cuántos azares! El viento del desierto podía quemar los brotes nuevos, la lluvia podía ser insuficiente. La cizaña, la mala gramínea cuyo grano enferma, podía muy bien invadir el sembrado sin que se dieran cuenta, pues cuando joven no se distingue del trigo: para eso no era necesario que un malvado fuese a sembrarla, como se dice en la parábola [36]. Una nube de langostas también podía echarse en el campo, y esas toneladas de animales voraces no dejaban en pie ni una espiga. Pero, si Dios quería, la cosecha sería hermosa: todos los granos no producirían "ciento por uno", como dice la parábola, pero diez o veinte tallos por planta ya estaría muy bien; más modestamente, rabí José habla

31 Deut., XXIV, 19.
32 Lev., XIX, 9; XXIII, 22.
33 Deut., XXV, 4. San Pablo alude a esta interdicción en su primera epístola a los Corintios, IX, 9.
34 Eclo., V, 9.
35 Mt., III, 12.
36 Mt., XIII, 24-30.

de cinco medidas [37] de grano por una de semilla. En Judea, ése había de ser el rendimiento medio.

Labrar, sembrar, cosechar no eran evidentemente los únicos trabajos que tuviera que hacer el hombre de la tierra. La economía palestina era bastante rudimentaria, y cada cultivador tendía a producir todo lo que necesitaba. Lo mismo tenía una huerta para las legumbres que tres o cuatro borregos para la lana: por lo general eran las mujeres las que se ocupaban de eso. La menor familia rural tenía algunas cepas de vid, para la uva; crecían hasta en los patios de la ciudad. Pero también había verdaderos viñedos, en medio de los cuales se levantaban las atalayas parecidas a las que construían los pastores. Muy a menudo plantaban higueras y otros árboles frutales, hasta olivos, en medio de los viñedos, para que los sarmientos pudiesen subir por las ramas, y formaran bóvedas de un árbol a otro; pero a menudo también dejaban correr los sarmientos por el suelo. La poda propiamente dicha era desconocida; se limitaban a escamondar, después de la floración. Por lo demás, no se daban muchos cuidados a la generosa planta que tan bien se acomodaba al suelo y al clima palestino; a lo sumo arrancaban las malas hierbas. "Estar bajo la viña y la higuera", según la expresión bíblica, era exactamente disfrutar el "farniente". El verdadero trabajo comenzaba después de la vendimia, pero era un trabajo alegre. El tiempo era hermoso y cálido; se acampaba en medio del viñedo; armados con un pequeño hocino bien afilado, grupos risueños cortaban los pesados racimos, cantando, bromeando ruidosamente. Los muchachos recogían los canastos y los llevaban al lagar del pueblo, donde las uvas echadas en la cuba —una cuba no muy grande, de unos dos metros por dos— eran pisadas por los obreros, descalzos, al compás de los cantos y de las palmas. Y el olor embriagador del vino nuevo hacía dar vueltas a muchas cabezas...

Inagotable labor de la campaña. También había que recoger los higos, ponerlos al sol para que secaran y hacer esas especies de panes que figuraban en todas las mesas. Dos veces por año había que golpear las aceitunas con una caña larga, primero para ver si estaban bastante maduras, y luego para echarlas al suelo, de donde se recogían después, para lo cual se ponían rodilleras [38]; luego las trituraban con la muela, ya sea en grande, donde el asno da vueltas

[37] *Ketouboth*, CXI.
[38] *Peah*, VII.

a la piedra, ya sea en familia, trabajo que incumbía a la mujer. Ciertas regiones tenían cultivos particulares. Así, en Jericó, el maravilloso oasis suspendido encima del Jordán, el de la palmera datilera, que necesitaba cuidados minuciosos y algunos dones acrobáticos para la fecundación y la cosecha, pero cuyos frutos tenían tan buena venta. En Galilea, el lino podía considerarse como el único cultivo industrial de Tierra Santa: sus flores de color azul celeste cubrían, al principio de la primavera, vastos espacios; los campesinos lo arrancaban y lo vendían seco, libre de sus hojas y de las semillas; pero correspondía al artesano el trabajo de enriar y golpear las fibras con el mazo.

En definitiva, ¿qué era esa vida campesina? ¿Dicha o desdicha? Una mediocridad feliz, sin duda. No se trabajaba con exceso; en Oriente nadie trabajó nunca con exceso, salvo los esclavos y los presidiarios. Se contentaban con lo necesario para vivir, y se daban por satisfechos si tenían honestamente lo necesario. En tiempo de Jesús, la crisis económica, que había de acentuarse entre 30 y 70, comenzaba apenas; no afectaba al campesino productor. Ciertamente había enormes diferencias entre el nivel de vida del gran propietario que hacía explotar sus tierras con la dirección de un intendente, y el pequeño cultivador que trabajaba su campito. Pero aun cuando muchos rurales eran pobres, la miseria era rara. La región santa, asignada por el Único a su pueblo, era lo que necesitaban. "La tierra ha dado sus productos, Yavé, nuestro Dios, nos bendice" [39]. Así cantaba el Salmista, y todos los judíos estaban dispuestos a repetir ese himno de gratitud.

IV. "Echad vuestras redes"

Muy próximos a los campesinos se hallaban los pescadores. Se sabe que oficialmente la pesca es todavía parte de la agricultura. "Ocupaban una situación social honorable, si no elevada." Primero porque "proveían un artículo principal de la alimentación diaria", y después porque, como nuestros bretones, tenían la reputación de ser particularmente piadosos. Su gran piedad se revelaba a veces molesta. Cuando los del lago de Tiberíades decidieron no trabajar los días semiferiados de Pascua y de la fiesta de los

[39] Sal., LXV, 10-14.

Tabernáculos, ese acto de supererogación levantó protestas generales. "¿Qué comeremos?" [40]

En Israel había pescadores desde tiempo inmemorial. Los arqueólogos han encontrado plomos de redes, agujas para repararlas, anzuelos. Los profetas Isaías, Jeremías, Amós, Habacuc, y el santo hombre Job hablaban de los pescadores y de su trabajo. Sabido es cuán numerosas son las escenas de la vida de los pescadores en el Evangelio; Cristo recluta sus primeros discípulos entre ellos; ¡cuántas imágenes de sus trabajos en su enseñanza! [41]

Es seguro que en la época de Jesús constituían una categoría de trabajadores muy conocida y popular. Los había en la costa mediterránea; se ha encontrado en Jaffa una inscripción tumbal de uno de ellos: siguiendo la escuela de los fenicios iban a veces bastante lejos subiendo hacia el norte. Los había sobre todo en el lago de Genesaret, donde abundaban los peces, como ya hemos visto [42]; hasta se tiene la impresión, leyendo el Evangelio, de que la mayor parte de la población ribereña debía de entregarse a ese trabajo, algunos, verosímilmente, a la par que cultivaban su campo. Los puertecillos del lago tenían nombres significativos: Betsaida, "la pescadería"; Magdala, "la torre de los pescados" o "los pescados secos". Bajo su nombre griego, Tariquea está señalada por Estrabón como un considerable centro de salazones [43].

También la técnica de la pesca era inmemorial. Ya no se empleaba, sin duda, el antiguo anzuelo de que habla el profeta Amós, hecho con una espina [44], sino el anzuelo de metal que muestran las excavaciones, de cobre o de hierro. Había dos clases de redes; nos damos perfectamente cuenta en el Evangelio: cuando Jesús dice a sus discípulos "Echad vuestras redes". No se trata evidentemente del mismo aparato de que se habla en la parábola: "una gran red que trae toda clase de peces y que los pescadores sacan

[40] S. W. Baron: *op cit.*, pág. 341.
[41] Es imposible dar todas las referencias evangélicas relacionadas con la pesca y los pescadores, por ejemplo: Mt., IV, XIII, XVII; Mc., 1; Lc., V; Jn., XXI, etc.
[42] Véase más arriba, pág. 33.
[43] Estrabón: *Geographica,* XVI, 2-45.
[44] Am., IV, 2. Las traducciones dan "anzuelos de pesca"; el hebreo habla de "espinas de pesca". La traducción española de Nacar-Colunga dice: "Vienen sobre nosotros días en que os levantarán con bicheros, y a vuestros descendientes con arpones"; la de Cipriano de Valera dice: "Vienen días sobre vosotros en que os llevarán en anzuelos, y a vuestros descendientes en barquillos de pescador." (N. del T.)

a la orilla" [45]. El primero es el esparavel, red circular de unos cuatro metros, que se arroja de golpe, con lastre de plomo, y coge los peces donde cae. La otra es la traina, la "sagene" de los griegos, red de copo, tira de unos quinientos metros de largo por tres de ancho, provista de flotadores arriba y de plomos abajo. La maniobran así: "Llegado al lugar previsto, una parte del equipo salta a tierra, toma la punta de una de las largas cuerdas que van atadas a las dos extremidades de la red, y la barca se aleja de la orilla según el largo de la cuerda. Entonces uno de los hombres de la tripulación va echando poco a poco la red al agua, mientras que la barca describe un vasto semicírculo. Cuando ésta se halla cerca de la orilla, los hombres que permanecieron en la barca bajan al agua llevando con ellos la segunda cuerda atada a la otra extremidad de la red, y una vez que llegan a tierra, todos agarran las dos cuerdas y tiran de manera pareja y sin parar hasta que el copo se acerque a la playa [46]." Esas redes costaban caro y necesitaban muchos cuidados; por eso vemos a los primeros Apóstoles que están reparando sus redes cuando Jesús los llama para que le sigan. En cuanto a las barcas, de que tan a menudo se habla en los evangelios, habían de ser poco más o menos como las que aún vemos, grandes, anchas, sólidas, aguantando bien las ráfagas, pero poco rápidas; nada cambia tan despacio como la forma de un barco bien adaptado a las condiciones para que se emplean; en el lago Tana, en Etiopía, las embarcaciones de papiro son todavía exactamente las mismas que las que se ven en los jeroglíficos de Egipto, y los veleros del Morbihan son los "bajeles venecianos" que César combatió.

Una vez seco el pescado, había que escogerlo. Primero, porque todo lo que se sacaba del agua no tenía el mismo valor; así, nuestros pescadores del Leman o del Bourget ponen cuidadosamente aparte los salmones, luego los tímalos, después las percas y los lucios, y lo demás. Pero los pescadores galileos tenían otra razón para ser minuciosos en el aparte: ciertos pescados no podían venderse, al menos a los judíos fieles: había pescados "impuros" [47], los que no tienen aletas natatorias o carecen de escamas, siluros, anguilas, rayas, lampreas; los tiraban al agua [48], a menos que a

[45] Véase, por una parte, Mt., IV, 18-21; Mc., I, 9, 16; Lc., V, 2; Jn., XXI, 6; y de otra parte Mt., XIII, 47.
[46] Dom Biever: *Conférence de Saint-Etienne,* Tomo II, 302.
[47] Lev., XI, 10-12.
[48] Mt., XIII, 48.

escondidas los pusieran a un lado para venderlos a los paganos, que, precisamente, los apetecían.

Para adquirir los aparatos indispensables, como para hacer el trabajo, los pescadores se veían obligados a agruparse. Los equipos se componían generalmente de seis u ocho hombres, mandados por un jefe de a bordo, como Simón Pedro o Zebedeo. San Lucas emplea para designar a esos tripulantes las dos palabras *koinomoi*, asociados, y *metokhoi*, partícipes [49], lo que demuestra que estaban igualmente unidos para repartirse los beneficios. Hasta se ha llegado a preguntarse si los pescadores del lago, en todo caso los de un pueblo, no estaban agrupados en verdaderas cooperativas, a fin de vender mejor sus pescados a los fabricantes de salazón y a los mayoristas de Jerusalén. El rendimiento era forzosamente aleatorio, según lo que se pescara, y no siempre tenían consigo al Hijo del Hombre para obtener una pesca milagrosa.

La vida de los pescadores templa el carácter de los hombres. Se necesita corazón y nervio para el trabajo; ¡y paciencia! Por eso los marinos de agua dulce, los pescadores del lago de Tiberíades, se imponen a todos los trabajadores de que se habla en el Evangelio. Se les supone un temperamento ardiente, naturaleza rigurosa, fuerte entusiasmo: "¡Hijos del trueno!", así llama Jesús a dos de ellos, Santiago y Juan, no sin cierta ironía cariñosa [50]. Aun hoy se ve a los pescadores galileos saltar de alegría después de una buena pesca; se les oye, bajo el pesado sol, cantar a plena voz sus melopeas [51]. Se comprende que, para la obra que quería emprender, Jesús apelara a esos mozos fuertes, llenos de coraje y fervor, a esas almas fieles. "Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres", les decía. Y Simón y Andrés, y luego Santiago y Juan, abandonaron sus redes [52]...

V. Gente de oficio

Si la mayoría de los judíos contemporáneos de Jesús se ganaban la vida con la cría, la agricultura, la pesca, no dejaba de existir lo que puede llamarse una clase obrera. Era evidentemente menos vasta que en nuestras sociedades occidentales modernas, en que la

49 Lc., V, 7-10.
50 Mc., III, 17.
51 Edición del evangelio de San Mateo por el R. P. Braun, pág. 303.
52 Mt., IV, 19; Mc., I, 17.

industria ocupa un lugar dominante: su importancia era poco más o menos la que tenía en nuestra Edad Media. Gran número de producciones que en nuestros días son industriales, eran entonces muy a menudo familiares. La molienda del trigo estaba asegurada por las mujeres: cada día o, lo más, cada dos o tres días, durante una hora, cada ama de casa daba vueltas, empujando el mango, a la muela de encima sobre la de abajo, plantada en el suelo; el zumbido de las muelas era la señal de la vida; si se detuviera sería el fin del mundo, como se lee en Jeremías y en el Apocalipsis [53]. Una vez hecha la masa y fermentada, se cocía en el hornito casero o sobre piedras con una capa de arcilla refractaria; los más pobres iban al horno común del pueblo. Hasta una gran parte de la ropa se hacía en familia; la mujer perfecta del libro de los Proverbios se arma de lana y lino, toma el copo, sus dedos hacen girar el huso. Teje mantas; hace túnicas [54]. El cúmulo de industrias caseras suprimía casi totalmente al molinero, al panadero, y al aceitero, hacía competencia al tejedor y al sastre, sin hablar del quesero, del fabricante de conservas y de mucha otra "gente de oficio" que no tenía grandes razones de ser.

Esa expresión "gente de oficio" ya había sido utilizada por el siracida en un desarrollo caluroso que dedicó a los trabajadores "que tienen su vida fiada a sus manos", sin los cuales "no podrá edificarse una ciudad" [55]. Había, pues, artesanos judíos; la Biblia cita veinticinco oficios. Se los conocía en la calle, por un distintivo que cada uno llevaba: los carpinteros, tanto los de afuera como los de blanco, una viruta en la oreja, los tintoreros un trapo de color, los sastres una gruesa aguja de hueso pinchada en la ropa —y del mismo modo los escribas llevaban una pluma—, pero a todos les estaba prohibido salir el día del sabat con su insignia profesional [56]. Por lo general eran artesanos, en el mismo oficio, de padre a hijo; había familias, dinastías de fabricantes de sandalias, tejedores de tiendas —piénsese en San Pablo...—, de alfareros o plateros.

El siracida, en el pasaje que acabamos de citar, elige, entre sus ejemplos de gente de oficio, el herrero y el alfarero. Nos muestra al primero "que junto al yunque, la carne tostada por el calor del

53 Jer., XXV, 10; Ap., XVII, 22.
54 Prov., XXXI, 13-19, 22-24.
55 Eclo., XXXVIII, 34-36.
56 *Sabbat*, I, 3.

fuego, resiste perseverante el ardor de la fragua, ensordecido por el ruido del martillo"; y al otro, "dando vueltas al torno con los pies, que tiene siempre la preocupación de su obra, pone su atención en modelar la arcilla y en acabar el vidriado". Esos dos cuadritos, perfectos, evocan dos formas del artesano rural, que en el tiempo de Jesús eran todavía los más difundidos. En una sociedad en sus tres cuartas partes paisana, la gente de oficio trabajaba primero y sobre todo para los campesinos. El herrero era indispensable para fabricar y reparar las herramientas agrícolas, los azadones, las azadas, las palas, las hachas, y otras minucias; todo pueblo grande tenía el suyo, cuyo martillo señalaba las horas de trabajo; pero también existían herreros ambulantes, que pasaban por la aldea. El hierro llegaba del Líbano o de España, vendido por los fenicios.

El alfarero no era menos útil. El Texto Santo compara varias veces su trabajo con el del Dios creador [57]. Era un oficio muy viejo, que los israelitas aprendieron de los cananeos, quienes sin duda lo recibieron de los egipcios. Se necesitaba el alfarero tanto para hacer cántaros y tazones como tinajas para los granos, candiles, braseros, juguetes, hasta tablillas para escribir, y cien objetos más. ¿Acaso para hacer un favor a los futuros arqueólogos? Los alfareros, en el curso de los siglos, cambiaron a menudo la forma de sus productos y sus decoraciones, lo que permite, como es sabido, preciosas "dataciones". En los días de Jesús pusieron de moda unos pucheros de tapadera ancha y cómoda, cántaros ventrudos con largo cuello y dos asas, lamparillas de aceite, cuyo mango era más largo para que fuera más fácil llevarlo, y era elegante adornarles las superficies con finas costillas torneadas.

Pero, antes de pensar en la vajilla, había que construir la casa y amueblarla; también aquí era indispensable la gente de oficio; los canteros, que con el pico sacaban las piedras de caliza y de basalto, pero sobre todo aquellos que en el valle del Jordán recogían la arcilla para el alfarero o para la argamasa de las casas pobres. (Cerca del mar Muerto había también canteras de azufre, pero eso ya no era explotación artesanal.) Los picapedreros eran especialistas a quienes se les pedían cubas monolíticas que servían para los lagares y también las muelas de basalto de los molinitos caseros, sin hablar de los hermosos sillares que servían para construir las casas de los ricos. ¿Quién hubiera podido tener sus

[57] Por ejemplo Is., LXIV, 7.

herramientas, picos, sierras especiales, cuñas, pulidoras, y quién hubiera podido utilizarlas como ellos? Podía prescindirse de los albañiles para levantar una pared de piedras secas, hacer un tabique de adobe, mas, para los trabajos más complicados, había que recurrir a ellos, a sus mazos, sierras, cordeles, plomadas, niveles, paletas y su famosa "caña de medir". Los ricos llamaban a especialistas de la costa fenicia o a griegos, pero no le faltaba trabajo al albañil del pueblo.

De todos esos oficios de artesanado rural, hay uno que parece haber tenido particular importancia: el de San José y ciertamente de Jesús durante su juventud [58], el de carpintero de afuera. Aun cuando no existe, en hebreo, vocablo que corresponda exactamente a la profesión actual del carpintero de obra de afuera, había "cortadores de madera", cuyo papel en el pueblo era considerable. Su intervención no sólo era indispensable, sino exigida por la Ley religiosa, pues el Levítico hablaba de "piedras y postes de madera" en la constitución de la casa, y el siracida había observado que "el maderamen bien ensamblado de un edificio no lo desencaja un terremoto" [59]. De que el carpintero era un tipo de la calle en Israel, nos persuadimos al recordar el célebre apóstrofe de Cristo al fariseo: "¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo [60]?" En las callejuelas de mucho tránsito el transporte de vigas tenía que ser bastante peligroso; los rabíes discutían sobre el choque entre uno que llevaba una viga y uno que llevaba un cántaro [61]; Jesús, no sin ironía, dice al hipócrita que en lugar de ocuparse del vecino, le valdría más mirar la viga que se le acerca y está a punto de dejarlo tuerto.

El trabajo de carpintero de obra de afuera propiamente dicho era bastante reciente en Israel: en los tiempos de David y de Salomón, recurrían a los tirios [62]; sin embargo, en tiempo de Joas hubo carpinteros afectados al Templo [63]. Al retornar del Exilio, los israelitas se pusieron a practicar corrientemente ese oficio. Pero, salvo cuando se trataba de moradas lujosas —y quién sabe— o del Templo de Herodes el Grande, ese trabajo había de ser muy simple: nada en común con el virtuosismo de nuestros compañeros car-

[58] Mc., VI, 3.
[59] Lev., XIV, 45; Eclo., XXII, 19.
[60] Mt., VII, 4; Lc., VI, 42.
[61] *Baba Kamma,* III, 5.
[62] II Sam., V, 11; I Rey., V, 18, etc.
[63] II Rey., XII, 12.

pinteros en levantar la parhilera de un campanario o en calcular una escalera de caracol. Los techos eran planos, bastaba con colocar las vigas sobre las paredes y echar encima un zarzo de cañas; y las escaleras exteriores subían derechas. Es dudoso que esas tareas bastaran para que vivieran artesanos.

Pero, en verdad, el carpintero de obra era algo más que el hombre de la viga. El *naggar*, en arameo, como el *tekton*, en griego, era a la vez el carpintero de obra de afuera, el carpintero de blanco, y más generalmente "el constructor de la casa". A lo que puede agregarse el ebanista, el escultor, el carpintero de carros, el "fabricante de yugos y arados" y, para empezar, el leñador. En suma, todos los oficios de la madera. Ausencia de especialización, que es característica de un artesanado rural.

Isaías el profeta, había mostrado al que trabaja en madera yendo al bosque a elegir robles y encinas, echar abajo pinos y cedros, para tener su materia prima y también para calentarse [64]. Seguramente aún era así en tiempo de Jesús. La madera más apreciada era la de sicomoro, que resiste a los gusanos, y, bien trabajada, es tan dura que puede reemplazar al hierro para las rejas de arado; el cedro era de gran lujo, pues el transporte del Líbano, en bruto, costaba caro, y no mucho menos la encina de Bacá. En el uso corriente se contentaban con olivos, cipreses o, para los objetos pequeños, con viejas cepas de vid.

El taller del carpintero, del *naggar* —por ejemplo, el de San José en Nazaret— había de estar adaptado a todos los trabajos que necesitaban los pedidos. Uno iba para que le repararan la cama o la cuchilla del arado; otro pedía que el obrero colocara un emparrado a lo largo de su casa; una mujer llegaba para comprar un arca o quizás un celemín para medir su trigo, otra quería una artesa o amasadera, otra un cuadro para colchones; el albañil le pedía jambas y dinteles para las puertas. ¡Qué variedad! Las herramientas eran totalmente análogas a las de nuestros actuales obreros de la madera: hacha, sierra, formones, azuela —la *ascia* de los romanos, con que los cristianos harán uno de sus símbolos secretos, que significaba la cruz [65]—, la garlopa, la escuadra y la cárcel; naturalmente, se conocía el martillo y también los clavos, que a menudo eran de bronce. La arqueología ha encontrado buen número de ellos. De Egipto había llegado desde hacía tiempo el

[64] Is., XLIV, 13-17.
[65] J. Carcopino: *Le Mystère d'un symbole chrétien*, París, 1955.

empleo de la barrena que se hace girar rápidamente en el arco. Ya se ve que el "carpintero" de Palestina era un hombre hábil y singularmente útil, y también muy estimado.

Ese artesanado rural fue el único en Israel hasta el Exilio, pero el desarrollo de la ciudades creó nuevas formas de trabajo. Los ciudadanos, aun los que todavía tenían una huerta fuera de las puertas, no producían bastante para alimentarse, vestirse, y ya no se hablaba más de construir uno mismo su casa. Por otra parte, en la misma medida en que el campesino vivía mejor, ya no se contentaba con productos rústicos, y, cuando iba al mercado a vender sus legumbres, sus huevos, su aceite, deseaba adquirir con qué mejorar su confort. Esa evolución hacia el desarrollo de una clase de artesanos y obreros urbanos se observaba en Jerusalén desde el retorno del Exilio, pero se había acelerado mucho en todas las ciudades de Israel, en el correr del siglo que precedió a Jesús.

Así griegos y samaritanos se hacían competencia para explotar molinos [66] de trigo y de aceite. El carnicero, inútil en la aldea, prosperaba en la ciudad, bajo la vigilancia de los sacerdotes, que cuidaban que la carne fuese "pura", es decir, que los animales hubiesen sido sangrados. Los oficios del vestido se desarrollaron también: cardadores, tejedores, sastres, curtidores, zapateros, fabricantes de sandalias. Nunca se trata de sastres en el Antiguo Testamento, pero el Talmud los cita [67]. Las ciudades, al desarrollarse, suscitaron, pues, verdaderas industrias para las necesidades de todos, la comodidad de la gente pudiente, y el lujo de los privilegiados. La joyería florecía, tanto más cuanto que los hombres llevaban sortijas —como el anillo de oro que el padre del Pródigo pone alegremente en el dedo del hijo hallado— y que las mujeres se chiflaban por los brazaletes, collares, medias lunas, zarcillos y diademas; los redactores del Apocalipsis vituperaban en vano ese lujo desvergonzado [68]. Como el de los perfumes, muy antiguo en Israel, pero que, desde hacía siglos, había tomado un desarrollo inaudito: perfumes para las bonitas, perfumes para los invitados del banquete, y también, no lo olvidemos, perfumes para las ceremonias religiosas y perfumes para embalsamar a los muertos; ¡todo eso formaba una hermosa clientela!

[66] *Demaï*, II, 4; III, 4.
[67] *Baba Mezia*, XXXVIII, 6.
[68] Véase en el *Apocalipsis* bíblico la descripción de la Gran Babilonia, mujer de perdición: XVII, 4.

A todas esas profesiones que producían para lo necesario o el placer de los ciudadanos, hay que agregar los pequeños oficios de servicios: los aguateros, por ejemplo, indispensables puesto que, generalmente, el agua no llegaba a domicilio; los barberos y peluqueros, que sabían cuidar, cortar, abrillantar tanto la cabellera de las mujeres como la barba de los hombres, todo el personal de los baños públicos, fogoneros, masajistas, servidores; y además, los "bataneros" que no eran sino nuestros lavanderos, como lo prueba el versículo en que San Marcos, refiriendo la transfiguración de Jesús, dice: "Sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como no los puede blanquear lavandero sobre la tierra"[69].

Los trabajadores de las diversas profesiones se agrupaban. A veces por razones técnicas: en Sáforis, en Galilea, en el centro del país del lino, los tejedores; en Magdala, en Tariquea, a orillas del lago, los fabricantes de conservas de pescado; en Hebrón, Maresa, Cef y Socob, donde había buen barro, los alfareros. En las ciudades, la agrupación se hacía por afinidades: por ejemplo, en Jerusalén, se ha visto la calle de los carniceros, la calle de los herreros, la calle de los panaderos, lo que parece probar la existencia de verdaderas corporaciones de oficios, análogas a las de nuestra Edad Media. Por lo demás, en el libro de Nehemías ya se habla de la "corporación de perfumistas", y de Uziel, hijo de Jarayas, "de los fundidores"[70]; se agrupaban para ayudarse... y también para vigilarse. Parece que fue ese sistema corporativo el que hizo admitir, e imponer por los rabíes, la obligación de no trabajar sino cada dos días en los oficios en que se vendía poco, de ahí peligro de desocupación. Pero tenía el inconveniente de frenar la iniciativa y la innovación técnica, tanto más cuanto que la desconfianza hacia todo lo que fuera pagano no predisponía al trabajador judío a seguir la escuela de Roma y a imitar a sus ocupantes...

De modo que la técnica de los talleres israelitas debía estar retrasada con respecto a la de los romanos y de los helenísticos, salvo en las comunidades de la Diáspora y en las ciudades paganizadas en sus tres cuartas partes, como Cesárea. En nada podía compararse, evidentemente, con nuestras industrias modernas. Ausencia de máquinas, salvo el molino, movido por asnos; no se tiene la impresión de que el molino de agua, descrito por Vitruvio,

69 Mc., IX, 3.
70 Neh., III, 8, 31.

se conociera en Palestina. Aún menos la prensa de vestidos, utilizada por los sastres romanos. Período artesanal: la mano bastaba para poner en movimiento las herramientas, a veces ayudada por los pies, como entre los alfareros. El régimen del pequeño taller predominaba con mucho; alrededor del maestro artesano, algunos obreros y aprendices. Sólo en los textiles, principalmente entre los tejedores de "bysus" galileos, se veían talleres más numerosos; aun cuando no es muy seguro que el personal superara los cincuenta. Las únicas masas enormes que se conocieran fueron las que los gobernantes reunían para sus grandes trabajos: por ejemplo, la decena de millares que Herodes utilizó para edificar el Templo; caso excepcional.

Todo eso no da una gran impresión. En conjunto, el campesino, el pescador, el criador y el artesano rural parecen haber tenido una situación mejor y más estimada que el obrero de las ciudades. Naturalmente, había gente para sostener lo contrario y rabíes para proclamar que los oficios de la tierra no valían nada y aun "que eran viles". Pero los más sabios no eran de ese parecer, y el tratado *Yebamoth* hasta aseguraba que al fin de los tiempos "toda gente de oficio volvería al campo"[71]: ¡la propaganda para la vuelta al campo no es de ayer!

71 *Yebamoth*, LXIII, 9.

CAPÍTULO VIII

DE LOS COMERCIANTES A LOS BANDIDOS

I. No nos agrada dedicarnos al comercio

Hay una frase de Flavio Josefo que el lector del siglo xx no descubre sin cierta extrañeza en el *Contra Apión*: "A nosotros —dice el historiador judío— no nos agrada dedicarnos al comercio; como vivimos en una tierra fértil, preferimos dedicarnos a la agricultura [1]." Hoy parece que, entre los diversos medios de que dispone el hombre para ganarse la vida, si hay uno en que los descendientes de las Doce Tribus parecen destacarse no es la agricultura, sino el comercio... A lo cual se ha podido responder con pertinencia que no deben confundirse caracteres adquiridos con caracteres innatos, que la especialización de los judíos en el negocio pertenece más bien a la historia que al supuesto genio comercial que sería una de las mayores características de la raza elegida, y que, además, el éxito de los "kibutzin" sionistas desmiente la teoría de los antisemitas que pretenden que el judío es incapaz de trabajar la tierra [2].

La afirmación de Flavio Josefo parece, por lo demás, bastante tendenciosa: quizá quería, precisamente, hacer frente a uno de los argumentos del antisemitismo de su tiempo... Si es cierto que en el momento en que los israelitas seminómadas se instalaron en el país de Canán, no se interesaron en el comercio, dejándolo a los autóctonos, hasta el punto que, en hebreo bíblico, uno de los vocablos que los traductores emplean por "comerciantes" es "cananeo" [3]; si es cierto que el Deuteronomio, tan preciso sobre el

[1] *Contra Apión*, I, 12.
[2] Véanse las juiciosas observaciones de Corswant, libro citado en las notas bibliográficas, pág. 489.
[3] Por ejemplo, Prov., XXXI, 24.

derecho pastoral y rural, no contiene un solo texto de legislación comercial, no es menos cierto que, desde el instante en que echaron raíces en Palestina, los israelitas debieron comerciar aunque sólo fuese para vender sus productos y comprar mercaderías indispensables, por ejemplo, hierro para sus herramientas. El desarrollo de las ciudades aceleró naturalmente la evolución hacia el negocio; una aglomeración de alguna importancia no puede vivir sin comerciantes. Y antes del Exilio, hubo profetas que hablaron de los comerciantes, y hasta Amós y Oseas trazaron el retrato poco halagador del mercader enriquecido por el empleo de balanzas falseadas y por dudosas especulaciones [4]. En Babilonia, los exiliados debieron, a falta de tierras, adaptarse a modos de vida otros que los rurales. Después del retorno, convertido en parte del mundo helénico, el cual era comerciante hasta el alma, el pueblo de Israel quedó asociado, lo quisiera o no, a la corriente de negocios de la época. De modo que, si en tiempo de Jesús, a los judíos "no les agradaba el comercio", podemos estar seguros de que, reprimiendo su repugnancia, no dejaron de practicarlo.

En primer lugar había el comercio local, el de los mercados y ferias, muy activo en ese pueblo de campesinos. Venían a vender sus cereales, sus higos, su vino, sus corderos, y adquirir productos fabricados, herramientas, calzado, joyas, perfumes. El tratado *Baba Kamma* del Talmud nos entera que las mujeres de Judea vendían en el mercado hermosos y buenos tejidos de lana y las de Galilea vestidos de lino [5]. Otro nos revela que ya había verdaderas "listas de precios" fijando los cursos para toda una región [6]. Con el fin de evitar los precios abusivos y las falsas medidas, los sanedrines locales nombraban inspectores de los mercados que tenían extensos derechos y hasta, en caso de discusión, el de fijar el justo precio [7].

A ese comercio local se agregaba otro: el de los ambulantes. Parece que eran numerosos esos buhoneros, análogos a los que aún conocen nuestras provincias; iban de pueblo en pueblo, con sus asnos pesadamente cargados, proponiendo a las amas de casa sus tentadoras mercancías: túnicas de color púrpura, de Sidón, telas finas de "bysus", anillos y medias lunas de oro, hasta alfom-

[4] Am., VIII, 5; Os., XII, 8.
[5] *Baba Kamma*, X, 9.
[6] *Baba Mecia*, V, 6.
[7] *Id.*, V., 9, y también *Baba Kamma*, IX, 6.

bras, como las levantinas de hoy. Se las arreglaban para llegar a las grandes ciudades en el momento de las fiestas; por Pascua se amontonaban alrededor del Templo y hasta en los atrios. De las otras dos palabras hebreas que significan "comerciante", una, *rokel*, quiere decir exactamente "el movedizo", y la otra, *soher*, "el viajero".

Pero, en las ciudades, los buhoneros tenían serios competidores: los tenderos. Existían desde hacía mucho tiempo: el libro de los Reyes refiere que, en tiempo de Acab y Jezabel, es decir, antes de 850, había en Samaria propietarios de bazares bastante florecientes como para establecer sucursales en Damasco [8]. En el tiempo de Cristo tenía que haber, en Jerusalén y en las grandes ciudades, zocos idénticos a los que vemos en el Oriente actual; las minúsculas tiendas daban, unas junto a las otras, a las estrechas calles, exhibiendo en cestas sus productos, hacia los cuales los llamados típicos de los vendedores trataban de atraer a los compradores.

Hecho curioso, y que tendería a dar razón a Flavio Josefo: los negociantes judíos se quejaban de la competencia de hábiles mercaderes paganos, exactamente como los comerciantes cristianos de Occidente se quejaban antaño —... se quejan todavía, según se asegura— de la competencia judía. El comerciante griego había invadido Palestina, con sus gorros de fieltro, sus sandalias de Laodicea, sus cofrecillos artísticamente trabajados, sus delicadas alfarerías. Eso le era fácil, puesto que las ciudades griegas de Palestina [9] servían de depósitos; cuando Herodes Antipas edificó su impura ciudad Tiberíades, como los judíos piadosos no querían vivir en ella [10], se convirtió en centro de comerciantes griegos, lo que acabó de darle muy mala reputación.

A pesar de todo, ese comercio de mercados y ferias, de puerta en puerta y de bazares, seguía siendo modesto. Tenemos la prueba en el hecho de que la moneda de plata era rara y que, prácticamente, sólo las piezas de bronce, acuñadas en la propia Judea, eran de uso corriente [11]. Y hasta en la práctica del pago en especies a que alude Jesús cuando aconseja "dar una buena medida, apretada, colmada, rebosante" porque "la medida que con

[8] I Rey., XX, 34.
[9] Véase más arriba, pág. 51.
[10] Impura porque ella estaba parcialmente instalada sobre un cementerio.
[11] Véase lo que se dice de las monedas más arriba, pág. 218.

otros usaréis, ésa se usará con vosotros" [12]. Es apenas comercio, es trueque.

II. Grandes negocios de comercio y de banca

Pero el negocio israelita no se limitaba seguramente a esas formas elementales. Lo que entendemos por "gran comercio" existía desde hacía tiempo. Los primeros reyes de Israel, David y sobre todo Salomón, fueron también los primeros grandes comerciantes; con la ayuda de sus amigos los fenicios pusieron en pie todo un sistema de trueques que les permitía, contra los cereales, el aceite, el vino, la miel, las frutas, las plantas aromáticas de su país, obtener maderas, metales, tejidos y productos de lujo [13]. Salomón hasta organizó ventas de caballos que le producían mucho, y tomó intereses en los negocios marítimos de Tiro. Esas iniciativas reales fueron imitadas, y ya en el siglo VIII los comerciantes de que hablaban los profetas Amós y Oseas no debían limitarse al modesto tráfico de ferias y mercados. Pero fue sobre todo durante el Exilio cuando los israelitas descubrieron el gran comercio, del que Babilonia era precisamente una de las capitales mundiales. Por más tristes que estuvieran de hallarse lejos de la Tierra Santa, los exiliados no dejaron de reaccionar contra la suerte hostil. Muchos de ellos se establecieron como comerciantes o banqueros, e hicieron fortuna; se han encontrado los libros de los Rothschild de aquel tiempo, que se llamaban Muraschu, y en los archivos de una casa de comercio de Nipur se leen numerosos nombres judíos entre los clientes. Hasta es probable que la reinstalación en Tierra Santa, después del decreto de Ciro, fuera financiada por los magnates judíos de Babilonia, como el sionismo lo está en nuestros días por los multimillonarios israelitas de los Estados Unidos.

Los judíos vueltos a Palestina habían aprendido, pues, a hacer negocios en grande; y siguieron haciéndolos. Tanto más cuanto que el desarrollo de las colonias judías de la Diáspora les permitió tener por doquier, en Babilonia como en Damasco, en Alejandría como en Éfeso, más tarde en Roma, correspondientes de su raza; los negocios se hacían entre primos. ¡Lo que de ningún modo impedía que se trabajara con los paganos! Así, los héroes mismos

[12] Lc., VI, 38.
[13] II Sam., V, 11; I Rey., V, 11; II Par., II, 10; y por otra parte: Rey., X, 22, etc.

de la lucha libertadora, los macabeos, hicieron cuanto pudieron para tener una fachada en el Mediterráneo, Jaffa, en este caso. Simón y Juan Hircano se interesaron de cerca en el comercio marítimo. El ejemplo fue seguido. El Salmo CVII, 23-30 hace una pintoresca descripción de los peligros que, en los vastos mares, aceptaban correr los viajantes del gran negocio judío.

En la época de Jesús existía en Israel un "mundo de los grandes negocios", al que estaban muy allegados los hombres del poder, que mantenían relaciones constantes con las comunidades de la Diáspora, y también con los comerciantes paganos de todo el Imperio. Herodes el Grande participó en las fructuosas operaciones cuyo centro fue el nuevo emporio de Cesárea, construido por él. Santiago, en su epístola, nos da una idea de los métodos comerciales en boga; unos comerciantes van a instalarse en una ciudad lejana, pasan un año en ella, organizan la venta y vuelven a Palestina a ejecutar los pedidos; es parecido al sistema de representantes [14].

¿En qué consistían los grandes negocios de entonces? Esencialmente en el comercio de cereales, en la exportación y en la banca. El tráfico del trigo se hacía en grande, pues los campesinos se abstenían gustosos de ir a la ciudad a vender su cosecha, y los panaderos de las ciudades no podían ir de pueblo en pueblo para aprovisionarse. De ahí la intervención del que los griegos llamaban el *sitones*, que, por lo demás, era un griego o un judío helenizado de Alejandría. "Compra el trigo por mayor para venderlo por menor", dice el Talmud; algunos operaban como simples acopiadores; otros, más audaces, jugando a término, pagaban la cosecha en pie, aún verde, especulando con el deseo del paisano de tener pronto su dinero. Se conocían mayoristas que vendían no sólo trigo, sino aceite, salazones y conservas de frutas secas. Los griegos llamaban a ese tipo de traficante el *monopolei*, y tanto la palabra como la función eran corrientes en Palestina [15]. En la parábola de las Vírgenes prudentes y las Vírgenes necias, es a ellos sin duda a quienes alude Jesús [16]. En Alejandría, los *monopolei* judíos tenían una situación preeminente: en sus depósitos, ya lo hemos visto, los del famoso *diplostoon*, depositaban toda clase de productos; pasaban por tener bajo su contralor el comercio imperial del trigo [17].

[14] Sant., IV, 13.
[15] Sobre ese comercio por mayor véanse los tratados *Dammai*, V, y *Baba Bathra*, V.
[16] Mt., XXV, 9.

Al comercio mayorista iban aparejados naturalmente la exportación y la importación. Palestina producía bastante trigo, aceite, carne, dátiles para vender; las ciudades griegas y los pueblos de la costa los compraban. Exportaba mucho más lejos, hasta Egipto y Roma, productos muchos más raros, como el bálsamo de Jericó, que se vendía, según Estrabón [18], a precio de oro; el comercio del perfume estaba en manos de un pequeño grupo de hábiles traficantes, que sabían perfectamente limitar la producción para mantener los cursos; Plinio refiere [19] que en el momento de la Guerra Grande, los judíos intentaron derribar todos los balsameros por el temor de verlos caer en manos de los enemigos, y que se "libraron encarnizados combates para la posesión de un arbusto". En sentido inverso, Palestina tenía que importar cierto número de materias primas, maderas y hierro sobre todo, y mercancías de lujo, sedas, especias, perfumes, madera de sándalo. De todos esos productos exóticos, el incienso era el más indispensable: las liturgias del Templo no podían prescindir de él; llegaba de Arabia, más exactamente del Hadramahut actual, que es sin duda el país de la reina de Saba, y su tráfico estaba enteramente en manos de los grandes empresarios de caravanas.

Todo ese gran comercio exigía capitales, es decir, se necesitaban hombres para movilizarlos y administrarlos: los banqueros. Su primera función, que la confusión de monedas hacía indispensable, era el cambio; en ese país de gran tránsito internacional, donde se mezclaban dracmas griegas, zuzim tirios, denarios romanos, siclos israelitas y monedas de los tetrarcas, los especialistas del cambio habían de ganar mucho; lo rabíes, como ya veremos, tuvieron que reglamentar el curso del cambio de las monedas sagradas del Templo. Los cambistas pasaban por ser hombres hábiles y prudentes, muy entendidos en los negocios: Clemente de Alejandría —y con él setenta autores— cita una palabra de Jesús que no figura en los Evangelios, pero a la cual San Pablo parece que se refiere: "Sed cambistas avisados, sabiendo probar toda la moneda, apartar la mala de la buena" [20].

[17] Razón por la cual en Roma el barrio judío estaba cerca del Tíber, a donde llegaban los barcos de trigo.
[18] Estrabón: *Geog.*, XVI.
[19] Plinio: *Historia Natural*, XII, 54.
[20] Clemente de Alejandría: *Stromata*, I, 28; y San Pablo: I, Tes., V, 22.

Pero las operaciones de cambio no eran las únicas que practicaba el banquero listo. Había especialistas en hacer valer los capitales, es decir, en el préstamo con interés y en las inversiones. Jesús mismo habla de esas operaciones. Cuando el maestro censura al sirviente timorato que ha enterrado el talento confiado a su cuidado, formula así su reproche: "Debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, para que a mi vuelta recibiese lo mío con los intereses[21]." El préstamo con intereses se hacía evidentemente dentro del plano local, en beneficio del campesino o del pequeño comerciante en apuros, pero también en grande, dentro del plano internacional. Los armadores y los caravaneros eran los grandes clientes de los banqueros; según ciertas indicaciones del Talmud puede llegarse a la conclusión de que existían asociaciones de capitalistas para financiar una operación marítima o una caravana[22]. La parábola evangélica de los talentos, que acabamos de citar, prueba que los campesinos ricos depositaban su dinero en el banco. El sistema de la carta de crédito librada por un banquero sobre un corresponsal en país lejano, conocido desde el antiguo Egipto, practicado en todo el Imperio, estaba ciertamente en uso entre los judíos.

En suma, las operaciones fundamentales de los negocios modernos se hallan en el gran comercio israelita de hace dos milenios. Con el éxito, los vencidos habían, poco más o menos, tomado un serio desquite sobre sus vencedores paganos: cobradores de impuestos o banqueros, realizaron bastante bien la profecía del Deuteronomio: "...prestarás a muchos pueblos y no tendrás que tomar prestado de nadie; dominarás a muchas naciones y ellas no te dominarán a ti[23]."

II. Moral del dinero y de los negocios

La ley religiosa —ya lo vemos— no se desinteresaba del comercio. Si, como ya hemos dicho, la Ley mosaica no contiene legislación comercial, los preceptos que establece son bastante claros para que se pueda sacar toda una moral del dinero y de los negocios. Lo que no dejaron de emprender los rabinos. De modo que el Talmud formula gran número de prescripciones sobre el particu-

[21] Mt., XXV, 27; véase también Lc., XIX, 23.
[22] *Baba Metzia*, VI, 5.
[23] Deut., XV, 6.

lar, sobre todo los tratados que fueron redactados en Babilonia, centro comercial si lo hubo.

¿Débese admitir que era verdaderamente muy necesario recordar al pueblo de Dios que la ley moral establecida por Yavé debía encontrar también su aplicación en materia comercial? Así se creería al leer los muy numerosos pasajes donde los textos hablan del negocio y de los negociantes. "Difícilmente se libra de culpa el mercader, y el tendero no será sin pecado"[24], decía el siracida. Para él era una fatalidad de la profesión: "Así como en la junta de dos piedras se pone una cuña, así el pecado se introduce entre la venta y la compra". ¡Era alentador! Ezequiel, en un pasaje célebre de sus fulgurantes profecías, anatematizó a los grandes traficantes de Tiro[25]; pero otros veinte pasajes de la Biblia obligan a concluir que la mala fe comercial no era exclusiva de los vecinos fenicios de Israel[26].

Por lo menos el texto inspirado asentaba con mucha fuerza los principios. En suma, todo derivaba del mandamiento inscrito en las Tablas de la Ley: "No robarás." Puesto que está prohibido robar al prójimo su bien, su buey, su asno o su sirvienta, tenía que llegarse a la conclusión de que tampoco se le debía perjudicar en la venta o en la compra. Aun cuando muy precisa en lo que se refiere a los delitos contra la propiedad[27], la Escritura se limitaba, en materia comercial, a generalidades. Por ejemplo, recordaba una decena de veces que debían utilizarse balanzas exactas y de justo peso[28]: es lo menos que podía pedirse. Pero sobre los diversos medios, menos groseros, de que dispone un mercader para realizar ganancias ilícitas, no formulaba nada tan claro.

Donde más bien se hallan precisiones es en la tradición rabínica. Los tratados *Baba Metzia* y *Baba Bathra*, por ejemplo, analizan con mucha agudeza las condiciones en las cuales debe realizarse una venta para que sea legal, aquella en que el comprador tiene el derecho de rescindirla, los límites en que debe mantenerse el regateo —prohibido preguntar un precio cuando no se tiene la intención de comprar—, cómo deben inscribirse las hipotecas y a partir de cuándo corre la prescripción. Otras lecciones se aplicaban a evitar la falsedad en la escritura, precisando qué papiro y qué

[24] Eclo., XXVI, 29.
[25] Ez., XXVI.
[26] Lev., XIX, 11-35; II Sam., XXIV, 21; Prov., XI, 1; XVI, 11, etc.
[27] Véase lo que se dijo del derecho civil y penal, pág. 186.
[28] Lev., XIX, 36; Deut., XXV, 13; Prov., XI, 1; XVI, 11; Ez., XLV, 10, etc.

tinta debía emplearse para establecer los reconocimientos de deudas; estaba prohibido "limpiar", diríamos lavar, tales documentos; se indicaba cómo debía trazarse el signo en forma de X que significaba la anulación. La enseñanza de los doctores de la Ley era también muy severa con toda especulación sobre los bienes de consumo, con el acaparamiento del trigo y del aceite, con la coalición de los vendedores para hacer subir los precios. La minucia habitual de los rabíes hacía, pues, muy estrictas las reglas del negocio, o, cuando menos, tales hubieran sido bien observadas... de lo cual se puede dudar al comprobar que su repetición parece muy necesaria. Sin embargo, había casos en que debía ejercerse el control: en los mercados, por ejemplo, donde, ya lo hemos visto, los delegados del Sanedrin podrían operar por sí mismos; o en la puerta del Templo, donde la tasa de cambio había sido fijada en medio óbolo por medio siclo, lo que, por lo demás, correspondía a una tasa elevada de 10 por ciento.

Aquí tocamos un punto muy delicado, una cuestión muy controvertida: ¿podía el dinero rentar dinero? El "Código de la Alianza", es decir, los capítulos XXI a XXII del libro del Éxodo, era categórico: "Si prestas dinero a uno de mi pueblo, no te portarás con él como acreedor y no le exigirás usura." En principio, pues, todo préstamo con interés estaba prohibido. El Deuteronomio hasta precisaba que la prohibición se aplicaba a los víveres y a todo lo que puede prestarse [29]. ¿Era admisible semejante rigor en una sociedad más compleja que la de los tiempos nómadas? Hubiese hecho imposible todo gran comercio. Además, era fácil eludirla. De modo legal, puesto que el deudor insolvente podía ser embargado, él y sus bienes, y vendido, lo que debía constituir un hermoso interés. De modo menos legal, pero también menos brutal, pues el que prestaba exigía un regalo antes de entregar los fondos. Por eso los rabíes crearon una jurisprudencia; el préstamo con interés estaba prohibido en derecho, pero de hecho lo que se condenaba verdaderamente era la usura. Elaboraron una doctrina del capital dinero que autorizaba la renta, exactamente como, en la Edad Media, Santo Tomás de Aquino admitirá el alquiler del dinero invertido en operaciones comerciales. El tratado *Baba Metzia*, en muchos puntos, anuncia la *Secunda Pars* de la *Summa*. En cambio, exigir intereses exorbitantes a la pobre gente estrechada por la necesidad era —dice el Talmud— "cometer la abominación

29 Deut., XXIII, 19, 20.

de la abominación"; para él los usureros son exactamente comparables "a los que derraman sangre".

Parece, sin embargo, que esas firmes declaraciones no bastaban para impedir que hubiera usureros. El prestamista a que alude el Evangelio cuando Jesús se dirige a Simón Pedro respecto a la Pecadora que está llorando a sus pies [30], parece ser uno de esos profesionales de la usura. Sin el menor escrúpulo hacían redactar ante testigos, por escribas deshonestos, préstamos con intereses abultados. Uno de ellos, según refiere el Talmud, al oir que le reprochaban que violaba la Ley, contestó con este sarcasmo: "Si Moisés hubiera sabido cuánto se puede ganar con dinero prestado a rédito, no hubiera formulado su prohibición [31]." En qué tasa comenzaba la usura y hasta dónde podía ir la voracidad de los usureros, es difícil decirlo. Nos dice Filón que, en Alejandría, había prestamistas que exigían 100% [32], pero no dice si se trata de compatriotas suyos o de paganos...

Sin embargo, la Ley misma hacía una excepción: "Podrás exigirlo (el interés) del extranjero" dice el Deuteronomio [33]; ¡se ha visto que la Biblia alentaba a los banqueros de Israel! Los rabíes admitían que se prestara a un prosélito mientras no estaba circunciso, pero, precisa el *Baba Metzia*, en cuanto había sufrido la pequeña operación que lo hacía miembro del pueblo elegido, el acreedor tenía que decirle: "El dinero que te he prestado, ya no producirá interés." Gustaría saber si, en la práctica, ocurría así... Además, cuando se trataba de comercio con los paganos, los doctores de la Ley eran muy indulgentes. Así, un judío piadoso hubiera sido criminal comiendo cerdo —véase Levítico, XI, 7—, pero no le estaba prohibido vender el inmundo animal a inmundos extranjeros [34]. En materia de relaciones comerciales con los paganos, los rabíes eran sumamente sobrios en preceptos y en prohibiciones. La diferencia de trato entre el esclavo judío y el esclavo pagano [35] hasta deja suponer que los hombres de negocio israelitas no desdeñaban asociarse al fructuoso comercio de esclavos en que la gente de Sidón tenía la especialidad.

A esa moral de los negocios y del dinero, por muchos lados

30 Lc., VII, 36-41.
31 *Baba Metzia*, V, 13.
32 Filón: *In Flaccum*, VII.
33 Deut., XV, 3.
34 *Baba Kamma*, VII, 7.
35 Véase más arriba, pág. 159.

elevada y noble, por otros menos, ¿debemos oponer la que el Evangelio propone? Hay pocos puntos de doctrina en que se tenga más la impresión de que Jesús trasciende la Ley judía, hace que los suyos se excedan definitivamente. En la enseñanza de Cristo se trata a menudo de dinero, de relaciones comerciales, pero siempre para destacar un desprecio total hacia todo apego a los prestigios de la ganancia. Se invita al acreedor a remitir las deudas como Dios remite las nuestras —setenta veces siete veces, si necesario fuere [36]. El mal rico, que ha ganado dinero con la miseria ajena, irá al infierno, mientras que el pobre Lázaro descansará en el seno de Abraham [37]. En el fondo, para Jesús, el dinero y todo lo que le acompaña forma parte del dominio de Mamón, el señor a quien no se puede servir sirviendo a Dios al mismo tiempo [38]; son las "riquezas de iniquidad" cuya única utilidad es permitir al creyente amontonar tesoros en el Cielo [39].

IV. "Y el mar dijo: La Sabiduría no es cosa mía"

Ese comercio, del que los grandes hombres de negocio judíos sacaban substanciales provechos, ¿por qué vías se hacía? En gran parte por mar. Lo cual no quiere decir que Israel poseyera una flota mercante capaz de asegurar sus exportaciones e importaciones. Hoy diríamos que los israelitas no hacían sus transportes marítimos "bajo su pabellón".

Por lo demás, nunca fueron un pueblo de marineros. No porque no hubiesen comprendido, desde siempre, la utilidad del mar; al bendecir a sus hijos, el patriarca Jacob señaló que Zabulón, instalado en la costa, tendría la ventaja de poder utilizar barcos [40], y Moisés, confirmando esa profecía, anunció al mismo que la tribu nacida de él poseería "las riquezas de la mar" [41]; en su famoso "Cántico triunfal" Débora la combatiente proclamó también que "Dan iba a lo lejos sobre navíos" [42]. Lo menos que puede decirse es

[36] Mt., XXIII, 21-35.
[37] Lc., XVI, 19-31.
[38] Mt., VI, 24; Lc., XVI, 13. Pero ya Tob., IV, 7, y Eclo., IV, 1, habían dicho cosas análogas.
[39] Riquezas de iniquidad, véase el Evangelio del Intendente infiel, Lc., XVI, 1 y sigts.
[40] Gén., XLIX, 13.
[41] Deut., XXXIII, 19.
[42] Jue., V, 17.

que los descendientes de Jacob, de Moisés y de Débora no parecen haber cultivado esa vocación marítima. En la Biblia se habla mucho del mar —el vocablo se encuentra una doscientas veces—, y numerosos pasajes testimonian real competencia en materia de navegación. Pero los navíos son buques extranjeros como las "naves de Tarsis" al que se alude a menudo [43], o como los que Salomón envió, a medias con su amigo Hirán de Tiro, en busca de materias preciosas a Ofir [44], y que eran, unos y otras, seguramente fenicios.

Por ese mar, cuya inmensidad descubrían de lo alto de sus montañas, los israelitas no tenían gusto alguno —al revés de los fenicios y de los griegos. Hasta desconfiaban de él. El hermoso Salmo CIV decía: "Éste es el mar, grande, inmenso; allí, reptiles sin número, animales pequeños y grandes. Allí, las naves se pasean, y ese Leviatán que hiciste por que allí retozase". ¡No es muy tranquilizador! El Salmo CVII daba una descripción de la tempestad aún menos tranquilizadora. Y el siracida, ese testigo de una sabiduría algo trivial, llegaba a la conclusión: "Los que navegan por el mar cuentan de su inmensidad, y al oirlos nos pasmamos" [45]. Era seguramente una razón más para admirar las obras de Dios en la naturaleza, pero no había el menor interés en ir a verlas demasiado cerca. La palabra del santo hombre Job respecto de la Sabiduría, "que no está en el mar" [46], se tomaba gustoso al pie de la letra, prefiriendo dejar a aquellos locos paganos semejantes peligros. Es significativo que Jesús no se expresara nunca en marino y que "el mar" de que se trata en sus parábolas sea... el lago de Genesaret.

La razón de esa repugnancia es evidentemente geográfica. La costa palestina es de mal acceso: el viento de África provoca marejadas que arrastran tupidas arenas que levantan los fondos. Los navíos de gran tonelaje deben fondear en alta mar, desconfiando de los escollos. Es rectilínea; sólo tiene una ensenada bastante favorable, la que se abre al amparo del monte Carmelo, y aun así está peligrosamente expuesta a los vientos del norte. Ninguna de esas caletas hospitalarias, ninguno de esos archipiélagos, que suscitaron la vocación marítima de los griegos. Los puertos de que Simón

[43] Sobre las "Naves de Tarsis", Sal., XLVIII, 8; Is., II, 16; XXIII, 1; LX, 9, etc.
[44] I Rey., IX y X; Par., VIII y IX.
[45] Eclo., XLIII, 26.
[46] Job, XXVIII, 14.

Macabeo y luego Juan Hircano tuvieron empeño en asegurarse la posesión [47], tales como Dor y Jope (actual Jaffa) eran, según la observación de Flavio Josefo [48], muy modestos fondeaderos, apenas buenos para abrigar los barcos de pescadores y de los que recogían múrices. Tolemaida, nuestro San Juan de Acre, era totalmente griega. Otro puerto muy pequeño, Elat, muy cerca de la actual Acaba, había reemplazado al hermoso puerto de Asiongaber, en el fondo del golfo Elanítico, creado muy costosamente por Salomón para asegurar el tránsito con el océano Índico [49]. El único verdadero puerto era el que Herodes el Grande creó enteramente en el lugar en que estuvo la aldea siro-fenicia, Torre de Estratón, que él bautizó Cesárea. Asentado sobre sólidos cimientos, un muelle entraba doscientos metros en el mar; enormes bloques lo protegían de las fuertes olas; la entrada, al noroeste, era de paso quebrado, para que el viento no molestara en la rada. Se estableció todo un sistema de almacenes y depósitos. Pero, a pesar del aflujo de comerciantes judíos, Cesárea era una ciudad pagana, controlada por los romanos —recuérdese que en ella residía el procurador romano—, y todo el tránsito marítimo estaba en manos de griegos o sirios.

De modo que el mar no era judío. Para que la raza elegida se aventurara en ella, tenía que verse obligada por la necesidad. Flavio Josefo refiere [50] que después de la catástrofe de 66-70 "no pudiendo ya vivir en un país devastado, numerosos judíos decidieron lanzarse al mar, y equipando numerosos barcos piratas llevaron a cabo muchas correrías contra el tránsito de Siria y Fenicia hacia Egipto, haciendo imposible la navegación en las aguas". Ya no estaban en eso en la época de Jesús. Los grandes hombres de negocios judíos, tanto para sus viajes personales como para el transporte de sus mercaderías, utilizaban los servicios de las sociedades de navegación griegas, fenicias o romanas: el Mediterráneo, el *Mare nostrum* del Imperio, era, sobre todo en la hermosa estación, surcado en todo sentido por innumerables barcos. Los había de dos tipos principales: los *oneraria* o *frumentaria* de los latinos eran nuestros buques de carga, poco rápidos y sin ninguna finura (apenas cuatro veces más largos que anchos); otros eran más elegantes, más finos, y servían al transporte de pasajeros. Todos eran

[47] I Mac., XV, 5.
[48] I. *Guerra de los judíos,* XXI, 5.
[49] Véase *Histoire sainte,* capítulo "La majesté royale", parágrafo "Le roi diplomate et commerçant".
[50] III. *Guerra de los judíos,* IX, 2.

de vela, casi siempre una sola vela cuadrada, grande y pesada, que casi no permitía maniobra y que no se podía amainar en caso de mal tiempo; únicamente los mejores navíos, fenicios sobre todo, tenían desde hacía poco un "artimón" a proa que servía, en caso de tempestad, para mantener el barco en el sentido del viento. Se desconocía la quilla. Se gobernaba con uno o dos remos anchos, colocados algo antes de la popa; se quebraban fácilmente y en cuanto la mar se enfadaba había que subirlos. Y, naturalmente, sólo se navegaba con la costa a la vista, tomando como puntos de referencia las rocas, pueblos, faros: perderlos de vista era correr grandes peligros.

Si se quiere tener una idea precisa de lo que era la navegación en la época de Jesús, del funcionamiento de los servicios marítimos, de los peligros que se podía correr en el agua, basta con leer, en Hechos de los Apóstoles, el relato de los viajes de San Pablo, y particularmente los extraordinarios capítulos XXVII y XXVIII, de los que el almirante Nelson decía que le enseñaron su oficio de marino. Primero vemos al Apóstol utilizar las líneas de cabotaje que, de uno a otro puerto de Asia Menor, y luego de una isla griega a otra, y hasta Europa, trasportaban en sus "cargueros" mixtos, todo junto, pasajeros, mercaderías, animales, como siguen haciendo los correos de los archipiélagos helénicos. Luego lo vemos, cuando lo llevan a Roma, para que lo juzgue el tribunal de César, embarcándose en un costero, después, en Mira, en un buque de carga de la línea Alejandría-Puzzoles, enfrentándose con una tempestad de catorce días, naufragando, y por último llegando a la bahía de Nápoles a bordo de un barco romano llamado *Cástor y Pólux* [51]. Se comprende, al leer esa novela de aventuras, que los judíos a quienes no incitaban ni el celo apostólico ni el deseo imperioso de hacer fortuna, prefirieran permanecer en la buena tierra de Dios.

V. Caminos y veredas

Otra parte del comercio, sin duda alguna la más importante, se hacía por vía terrestre. Palestina, esa estrecha faja norte-sur intercalada entre los desiertos y el Mediterráneo, fue siempre un lugar de paso; de ahí la frecuencia de las invasiones en el curso de los

[51] Remitimos a nuestro libro sobre *Saint-Paul conquérant du Christ,* especialmente los capítulos IV y V.

siglos, de ahí su trágico destino, hasta nuestros días, de país disputado. Pero las comunicaciones están lejos de ser cómodas. Allende el Jordán, sobre la alta meseta de la Jordania actual, el establecimiento de caminos y grandes veredas es fácil; han hecho la fortuna de Damasco, de Palmira, de Baalbec y de la misteriosa Petra, la ciudad roja: ahí es donde se construyó la vía férrea. En la Palestina propiamente dicha es muy distinto: para ir de este a oeste hay que bajar al fondo del "Ghor", volver a subir 700 metros de altitud por gargantas poco cómodas, y bajar de nuevo tres gradas hasta la llanura costera. Del sur al norte, ninguno de los tres itinerarios naturales es muy fácil: el mejor, el de la Sefela, llega a chocar con la cadena del Carmelo, el del valle del Jordán es impracticable durante muchos meses a causa del calor, y es peligroso en todo tiempo, de noche, debido a las fieras de la selva; el más usual, que sigue la cima de las colinas, espléndido, por lo demás, sube y baja sin cesar; además, evitaban a menudo ese camino en su parte media los judíos de estricta observancia, que preferían hacer un rodeo antes que cruzar el país de los herejes samaritanos.

Cuando Jesús vivía, la vereda transjordana era seguramente el gran eje comercial de la región. Los convoyes de Capadocia y de Anatolia, una vez salvados los desfiladeros del Tauro, alcanzaban en Padan-Aram a los que llegaban de Mesopotamia, siguiendo la antigua ruta de Abraham y de los patriarcas —era raro que atravesaran el desierto en línea recta—, y así caminaban hacia el sur hasta la altura de Palestina, donde penetraban por el camino de Cesárea de Filipo, al pie del Hermón, o por los que bajaban del Moab. En sentido inverso, viniendo del sur, la misma gran vereda veía pasar las caravanas que traían los productos de Arabia, del África oriental, vendidos por los que se dedicaban al cabotaje del mar Rojo y del golfo de Akaba, y los del golfo Pérsico, que llegaban por el surco central de Arabia. Los mercaderes judíos participaban en ese gran negocio asociándose con los traficantes beduinos que sobre él ejercían un control absoluto: palmireños en el norte, nabateos en el sur. Estos últimos, en particular, habían conseguido competir con el comercio marítimo de los alejandrinos, no vacilando en atacar los pesados barcos de carga con ligeras embarcaciones piratas; desde Petra vigilaban los tres senderos de las caravanas, sin hablar del que llevaba a las minas de cobre de Arabah; uno de los elementos mayores de la fortuna, política y económica, de Herodes el Grande fue haber sabido ser el aliado, el amigo y el fiscalizador de los nabateos.

En el interior de la Palestina propiamente dicha no había ningún eje comercial que pudiera compararse con ése para la importancia del tránsito. Además de los tres itinerarios norte-sur cuyos defectos hemos visto, las principales vías eran, al norte del país, la llamada "vía real" que, del puerto de Cesárea, por Escitópolis, donde cortaba el camino norte-sur de las colinas, se empalmaba, cerca de Derat, con la gran vereda de Damasco; más al norte, el camino de Jaffa, Naplusa, Siquén, que pasaba entre el Hebal y el Garizim; en fin, y sobre todo, los caminos que salían en todo sentido de Jerusalén, las dos rutas de Gaza, una por Belén, otra por el ued Sarar; los dos caminos de Jope (Jaffa), uno por Emaús, el otro por Lida, y sobre todo la célebre ruta de Jericó, que bajaba hacia el Jordán para cruzarlo en su último vado, el de Betábara, el del bautismo de Jesús, antes de escalar el acantilado del Moab para unirse con la gran vereda, o prolongarse hacia Filadelfia, nuestro Amán.

Técnicamente ¿qué valían esos caminos? Es más que probable que eran mediocres. Los admirables trabajos del R. P. Poidebard [52], sus asombrosas tomas fotográficas en avión, han mostrado que, en la *provincia Syria,* Roma había, como por doquier en el Imperio, establecido el sistema caminero que hizo su fuerza. Se han encontrado vías propiamente dichas, con sus enormes losas colocadas sobre cimientos de hormigón, unas de 5 metros de ancho, otras de sólo 2,50, pero con lugares para que se cruzaran los carros; *viae terrenae*, vías de tierra mejoradas, cubiertas con adoquines planos; y también veredas caravaneras con balizas y jalonadas por pozos custodiados. Se han encontrado puentes, más a menudo vados mejorados, en los que se colocaban losas en el lecho del río, con profundas ranuras, de modo que los conductores no tenían más que meter las ruedas en ellas para estar seguros de que cruzarían el agua. ¿Estaba enlazada la red caminera palestina con ese magnífico sistema que jalona todos los itinerarios naturales de Siria y de Transjordania? No se sabe exactamente, pues la localización aérea según el método Poidebard no ha hecho más que empezar; pero es poco probable. El gran trabajo en las rutas de Siria

[52] A. Poidebard: *La Trace de Rome dans le Désert de Syrie* (París, 1934). Véase, sobre el conjunto del sistema caminero de los romanos, los libros de Carcopino y Paoli ya citados, y el de Festugière y Fabre indicado en las notas bibliográficas.

lo hicieron los romanos cuando la frontera, establecida por Pompeyo y Augusto en el codo del Eufrates, fue llevada más allá por Trajano y sobre todo cuando el "limes", la explanada fortificada, quedó instalada por los Antoninos, y más tarde por Diocleciano, contra la amenaza de los partos. Es dudoso que, bajo Augusto y Tiberio, la administración romana hiciera grandes esfuerzos para las comunicaciones de una minúscula subprovincia apartada, cuyo comercio no le interesaba, y que no era zona fronteriza; y es más dudoso aún que los pequeños tetrarcas gastaran dinero en empresas infinitamente menos halagadoras que palacios.

VI. Viajeros y bandoleros

En todos esos caminos y veredas, la circulación era grande, tanto más cuanto que no eran muy numerosos. Naturalmente, nadie viajaba por simple placer o por el gusto de instruirse. Aunque la Biblia, por la inagotable pluma del siracida haya dicho: "El hombre instruido sabe muchas cosas, y el muy experimentado puede enseñar [53]." Y también aun cuando pueda admitirse que había judíos ricos entre los turistas que iban a pasar el invierno en Egipto, aprovechando su permanencia para ir a ver el coloso de Memnón, el valle de los Reyes, el templo de Isis en Filé, sin olvidar el buey Apis en Menfis y los cocodrilos sagrados de Arsinoe, a los que no dejaban de llevarles tortas [54].

Pero había muchas otras razones para viajar; acaso, leyendo el Evangelio, ¿no se tiene la impresión de que el pueblo de Israel andaba siempre de la Ceca a la Meca? Siendo lo que ya hemos visto las relaciones familiares, se hacían visitas con frecuencia: por ejemplo, la que la joven Virgen María hace a su prima Isabel —la "Visitación". Las peregrinaciones también echaban por los caminos millares, decenas de millares de viajeros; en el momento de las grandes fiestas, de la Pascua sobre todo, era una sucesión casi ininterrumpida de peregrinos que "subían" hacia Jerusalén y luego volvían, terminadas las ceremonias, como se ve en el pasaje del Evangelio según San Lucas, en que José y María creen que su niño está en uno de los grupos de la caravana [55]. En fin y sobre todo se viajaba para el comercio. En los principales caminos

[53] Eclo., XXXIV, 9-16.
[54] Estrabón: XVII, 1 (807-812).
[55] Lc., II, 41 y sigts.

se veían pasar no sólo negociantes israelitas, sino también las débiles caravanas de nabateos, los grandes hombres de negocios de Babilonia, vestidos de seda, con el pesado anillo de oro en la nariz, los grandes traficantes de Siria, y también abisinios cobrizos y negros sudaneses, sin hablar de los mercaderes griegos, proveedores de bazares, agentes del fisco romano, y, naturalmente, campesinos que iban a vender sus productos en los mercados.

Cuando había que recorrer una distancia bastante larga, se elegía, para ponerse en camino, el principio de la semana, para no tener que detenerse por el descanso obligatorio del sabat, en que estaba prohibido caminar más de alrededor de una milla [56]. Se vestían con cuidado; las noches podían ser frescas, y no estaba excluido que debiera pasarse la noche al raso; pero los días también podían ser calurosos y había que pensar en la sed. Se "apretaban los riñones" [57] levantándose la túnica a la cintura [58], para que no molestara. En el cinto se ponía el dinero para el viaje, y los devotos hasta colocaban el libro de la Ley [59]. Se proveían de un par de sandalias de repuesto, que Jesús pide a los suyos que no lleven [60]. La alforja, o saco de viaje, era indispensable, y asimismos el bastón, pues era necesario poder defenderse en caso de necesidad. El gran manto era obligatorio cuando ya no se estaba en verano o había que cruzar montañas; el pesado manto al cual, como hemos visto, San Pablo daba tanta importancia [61]. Si se viajaba montado, se llevaba un odre con agua cortada con vino o vinagre; si no, se contentaban con una calabaza. Pero nadie partía jamás sin un calabacín seco, en el que ponía una piedra para hacerlo más pesado, con el objeto de sacar agua en los pozos del camino [62] y no verse expuesto a pedir ese servicio a una impía, por ejemplo, a una samaritana.

Por la noche, si la estación no permitía dormir al aire libre, envuelto en el manto, el medio más usual de encontrar un albergue era dirigirse al habitante. La hospitalidad era una gran virtud entre los judíos, como en todos los pueblos de la antigüedad: siempre se encontraba donde meterse, salvo en Jerusalén en el tiempo

[56] Véase más arriba, sobre el "camino sabático", pág. 215.
[57] Lc., XII, 35.
[58] Mt., X, 9.
[59] *Jevamoth*, XVI.
[60] Mt., X, 10 y paral.
[61] Véase más arriba, pág. 240.
[62] *Sabbat*, XVII, 6.

de las fiestas, en que la ciudad estaba llena hasta desbordar. También había posadas: San Lucas nos lo enseña al referir que el Niño Dios nació en un establo porque sus padres "no encontraron lugar en la posada"; también se habla de ella en la parábola del Buen Samaritano y en una anécdota del tratado *Sabbat.* No parece que hubiera muchas. Y era sin duda esa especie de caravasar que aún se encuentra en los países de Oriente y que no tiene nada de muy confortable: un recinto cuadrado con un espacio descubierto en que se amontonan los animales, un pórtico de madera para los humanos y unas habitaciones minúsculas reservadas para los ricos.

Para viajar, y para los transportes comerciales, el animal habitual era el asno; en los caminos cuesta arriba, pedregosos, a menudo estrechos, era sin igual. Había empresas con las cuales se firmaban contratos de alquiler de burros y arrieros; el tratado *Baba Metzia* precisa las cláusulas, regulando hasta la calidad de la comida de los animales y el peso máximo que se le podía echar encima [63]. Para las largas distancias se elegían los asnos de Licaonia, difíciles de conducir, pero los más fuertes de todos. El caballo, que los romanos utilizaban corrientemente para viajar —el mejor servidor de la posta imperial—, era poco empleado por los judíos; sin embargo, algunos poseían caballos, puesto que el tratado *Sabbat* siente la necesidad de precisar las condiciones en las cuales, el día del reposo sagrado, podían cuidarlo y ponerle una cadena al cuello. Y asimismo para los camellos, que en día de sabat estaba permitido sacarlos con un freno o una anilla nasal [64]. Prácticamente estaban reservados al gran comercio entre Arabia y Mesopotamia, es decir, que pertenecían sobre todo a los nabateos. Un camello llevaba a menudo una carga de 500 kilos y caminaba sus 40 kilómetros por día.

Se conocían los coches, pero eran de uso poco frecuente. Viajar en coche estaba reservado a los ricos, como ese ministro eunuco de la reina etíope Candaces que el diácono Felipe, en el libro de los Hechos, encuentra en el camino de Jerusalén a Gaza, leyendo un libro de Isaías sentado en su coche [65]. Eran artefactos muy sencillos: una cajita con listones colocada sobre dos ruedas provistas de rayos, tirada por dos animales —caballos, asnos o mulas, hasta bueyes si se trataba de transportes comerciales—; la lanza

[63] *Baba Metzia,* VI, 3.
[64] *Sabbat,* V, 1.
[65] Act., VIII, 26 y sigts.

descansaba en la cruz de los animales, por medio de un yugo fijado al cuello por una correa, lo que tenía el inconveniente de apretar el cuello del animal, y por consiguiente de disminuir su esfuerzo de tracción [66]. Los coches de cuatro ruedas eran los Rolls-Royce o los Cadillac de la época; en principio estaban reservados a la familia imperial, pero los reyezuelos y otros tetrarcas también los usaban. Para las distancias menores, la litera llevada por servidores era el colmo del lujo.

Un último rasgo característico del viaje en Israel: salvo para muy breves recorridos nunca se partía solo. Todo viaje suponía peligros; el siracida enumeró algunos: tempestades de arena, insolaciones, caídas de caballo, y sabiamente aconsejaba no ponerse jamás en camino sin rogar a Aquel que da protección y fuerza. Y eso que no habla de otro peligro, sin embargo muy difundido. Si se agrupaban para viajar, si se formaban caravanas —hasta para ir en peregrinación, como lo muestra San Lucas [67], confiándose a un guía, "el ojo de la caravana", dicen los beduinos— no era evidentemente para protegerse de las insolaciones o de las espantadas de las cabalgaduras... Sino para precaverse de los ladrones y de los bandoleros.

Ésa era una de las plagas de la época. Hasta en Italia, la policía imperial tenía bastante trabajo para luchar contra ese azote. Al leer el Evangelio es asombroso comprobar qué lugar ocupa, en la vida corriente, el peligro de robo, de saqueo, de agresión en los caminos. Vaya y pase con los ladrones de los que se nos dice que agujereaban la pared de la casa como si fuera un juego, o con los arreadores de ganado, listos para llevarse el animal descarriado. Pero léase de nuevo la parábola del Buen Samaritano: se trata de un ataque a mano armada, con golpes y heridas, al que la víctima sobrevive sólo por milagro. La escena se produce en un lugar tan malo, que los viajeros se apresuran a seguir su viaje, sin perder tiempo en socorrer a los desgraciados heridos. Ahora bien, ¿dónde estaba ese lugar? En el camino de Jericó a Jerusalén, uno de los itinerarios más frecuentados, a unas dos o tres horas de la capital [68]. ¿Qué sería al alejarse más, sobre todo cuando se abor-

[66] Se sabe que la collera dura de enganche descansando en los hombros no fue inventada sino hacia el año mil en Occidente, y que constituyó una verdadera revolución. Véase el libro clásico del comandante Lefebvre des Noëttes.
[67] Lc., II, 44.
[68] Lc., X, 30.

daba el verdadero desierto? Si en los cerros y desfiladeros de Judea se ocultaba todo un conjunto de pastores alejados del redil, de mendigos dispuestos a dar malos golpes, de mercenarios y esclavos desertores, y también de "sicarios" procedentes de las partidas que, periódicamente, se alzaban contra los Herodes o los romanos, más lejos hacia el este el bandolerismo llegaba a un nivel más alto de organización. Nómadas o seminómadas, por el estilo de los que el rey Aristóbulo hizo circuncidar bajo amenaza, no vacilaban en arrojarse sobre las caravanas de los "rezus" bien montados. "Si no podían saquear a otros, se robaban entre ellos", dice Flavio Josefo [69]. ¿Qué podía hacerse contra esa ralea? En tiempo de Nerón, el superbandolero Eleazar hará frente durante veinte años a todas las policías, antes que el procurador Félix consiguiera detenerlo [70]. Los comerciantes prudentes se entendían con los jefes de partidas, pagándoles un tributo para estar tranquilos, y a veces se aseguraban el servicio de un bandolero contra otro: son costumbres que conoció la alta Edad Media de Occidente, pero que no nos imaginamos de pronto cuando se piensa en el país y en el tiempo de Jesús...

[69] *Antigüedades judías,* XV, 10.
[70] *Id.,* XX, 8.

CAPÍTULO IX

LA PALABRA Y LA ESCRITURA

I. ¿Qué lenguas hablaba Jesús?

A ESTA PREGUNTA una respuesta acudiría a la mente de todo el que ha visitado el Estado de Israel, ha abierto sus diarios, ha visto en las encrucijadas de los caminos los carteles indicadores, ha oído hablar por las ondas de las estaciones de radio a sus hombres políticos y a los comentaristas de noticias: la lengua judía corriente es el hebreo. ¿Era lo mismo hace dos mil años? No. El hebreo vivo es una lengua moderna, nacida de los notables esfuerzos de Ben Yehuda, e impuesto al "Hogar" sionista, y luego al joven Estado judío, con la justa convicción de que el idioma común es el mejor cimiento de la unidad nacional. No era seguramente así en los días de Cristo.

No porque el hebreo no fuera usado por el Pueblo elegido, y aun desde hacía mucho tiempo. La lingüística lo coloca entre las lenguas semíticas [1], es decir, entre todo un grupo de idiomas allegados que eran utilizados en una inmensa región que iba del Asia Menor al extremo sur de Arabia, de la costa mediterránea a Mesopotamia. Los especialistas distinguen tres grandes grupos: el del noreste, al que pertenecían el acadio, el asirio y el babilónico; el del noroeste, al que se vinculaban el siríaco, el fenicio y otros; y el del sur, cuyo representante más importante había de ser el árabe del norte, la lengua que será la de Mahoma. El hebreo, como el cananeo y el arameo, se coloca en el grupo del noroeste. Pero todos esos idiomas eran —y siguen siendo— pa-

[1] Lo esencial sobre las lenguas habladas y escritas en tiempo de Cristo se halla en el librito de Paul Avray, Pierre Poulain y Albert Blaise: *Les Langues Sacrées* (París, 1957).

rientes unos de otros, tanto como el francés puede serlo de las demás lenguas románicas, italiano, español o rumano. Por ejemplo, la palabra *padre* se decía *ab* en hebreo, *ab* en arameo, *abu* en acadio y *ab* en árabe.

Cuando los nómadas del clan de Abraham llegaron a Palestina, debían de hablar un dialecto semítico análogo al babilónico de la baja Mesopotamia. Los cananeos hablaban otros, más precisos, mejor construidos. Uno de esos "cananeos" fue adoptado por los hebreos en el momento en que, estableciéndose en la tierra, fijaron también su lengua, es decir, verosímilmente después del Éxodo, al regresar de Egipto: fue el hebreo. O más bien *los* hebreos, así como había franceses, de *oïl* y de *oc*, en la Francia medieval; los de Judea pronunciaban, por ejemplo, *ch* la *s* de los efraimitas [2], y Débora la profetisa, en su famoso cántico, utilizaba un vocabulario bastante particular. Como el Libro Santo fue casi enteramente redactado en Judea, el hebreo judaico suplantó a sus rivales.

Hasta la deportación a Babilonia, la lengua corriente fue, pues, el hebreo; David y Salomón, Atalía y Jezabel hablaron en hebreo. Pero luego del retorno del Exilio se produjo un lento eclipse de la vieja lengua nacional, suplantada en el uso popular por otro dialecto. Como, al mismo tiempo, los sabios equipos del tiempo de Esdras pusieron por escrito en hebreo el Libro Santo, el hebreo se convirtió en la "lengua de santidad", *leshon ha kodesh,* o "la lengua de los sabios". Exactamente como el latín escolástico en nuestra Edad Media, o el latín litúrgico entre nosotros. Se leía la Ley en hebreo en las sinagogas; se rogaba en hebreo tanto en casa como en el Templo. Los doctores de la Ley enseñaban en hebreo. En el uso corriente, aparte las plegarias que se sabían de memoria, como nuestros *Pater* y *Ave María,* se utilizaba el hebreo para hacer citas bíblicas, estereotipadas, insertas en la fraseología corriente, como nuestras citas latinas de las páginas de color de rosa del Pequeño Larousse. Sin embargo, los descubrimientos de los manuscritos del desierto de Judá han probado que el hebreo conoció un remozamiento poco antes de la era cristiana; quizá lo hablaran en la comunidad monástica de los esenios. No cabe la menor duda de que Jesús poseyó esta lengua: San Lucas nos lo muestra en una sinagoga "desenrollando el libro del profeta Isaías y leyendo" [3], aparentemente sin la menor dificultad.

[2] El *Sibboleth* era especialmente difícil de pronunciar correctamente.
[3] Lc., IV, 16.

Pero en la vida corriente, en su enseñanza, es seguro que Jesús empleaba otro idioma: el arameo. No era en modo alguno, como se dice a veces, un hebreo corrompido, una especie de dialecto degenerado, que los judíos habrían traído de su exilio en Babilonia. El arameo es una lengua tan original como el hebreo, la que hablaban esas tribus activas y movedizas que se vieron, desde siempre, trasladarse de un lado a otro en la fértil Media Luna, fundar reinos más o menos efímeros sin conseguir unificarse jamás, de los cuales los israelitas afirmaban que eran allegados [4]. Por razones que se disciernen mal, esa lengua, en vez de perderse cuando el gran período de fortuna política aramea llegó a su término, conoció una prodigiosa expansión. En toda el Asia anterior, del mar al Irán, de las fuentes del Eufrates al golfo Pérsico, el arameo suplantó a todas las lenguas indígenas. Los Reyes de los Reyes persas lo adoptaron como lengua administrativa, contribuyendo a imponerlo. Israel no escapó a esa dominación. Un muy curioso trastrueque de la situación se había producido: en el siglo VIII únicamente los grandes hablaban arameo, el común del pueblo empleaba el hebreo [5]; en tiempo de Jesús era exactamente lo contrario. El arameo era una lengua más evolucionada que el hebreo, más flexible, más apta para expresar los diversos aspectos del relato y las articulaciones del pensamiento. Además, había numerosos matices en el modo de hablarlo: los galileos no lo pronunciaban como la gente de Jerusalén, puesto que a su lenguaje se debió que, durante la noche trágica del Jueves Santo, Pedro fuera identificado como uno de la partida de Jesús [6].

La prueba de que el arameo era de uso corriente la tenemos recorriendo los Evangelios. En ellos figuran numerosos vocablos arameos, muchos pronunciados por el propio Jesús: Abba, Haceldama, Gabbata, Gólgota, Mamonas, Mestriah, Pascha [7] y hasta frases enteras como el mandamiento "talitha qumi" que Cristo da a la hija muerta de Jairo [8], o la célebre "Eloi, Eloi, lamma sabachtani" de la suprema angustia [9], traducción aramea del Salmista. Por lo demás, en arameo fueron redactadas ciertas partes

[4] Sobre los arameos véase más arriba, pág. 44.
[5] II Rey., XVIII, 26.
[6] Mt., XXVI, 74.
[7] Véase especialmente Mc., XIV, 36; Act., I, 19; Jn., XIX, 13; Mt., XXVII, 33; Mt., VI, 24, etc.
[8] Mc., V, 41.
[9] Mt., XVII, 46 y paral.

del libro de Esdras y de Jeremías, los de Daniel, y San Mateo lo empleó en la primera redacción de su Evangelio, antes de traducirlo al griego [10]. Las *Targum* (targumin), las "traducciones", que serán recogidas en la literatura talmúdica, son, de hecho, adaptaciones al arameo del texto hebreo, con más o menos comentarios. En cada sinagoga había un "targoman" encargado de hacer comprender la Ley a los humildes que sabían mal el hebreo. Y unos cuatro siglos después de Jesucristo se estableció la costumbre, aun entre los rabíes, de enseñar, no ya en hebreo, sino en arameo [11]. En nuestros días subsiste el arameo oriental, o más bien arameos, en Mesopotamia; el caldeo litúrgico es una de sus formas; y aún existe a 60 kilómetros de Damasco un pequeño grupo de aldeas alrededor de Malula (o Maamula) donde se habla el arameo occidental tal como lo hablaba Jesús, y donde recientemente se pudo anotar el *Pater* en arameo [12].

El hebreo y el arameo no eran las únicas lenguas habladas en Palestina hace dos mil años. Nos convencemos al leer, en el relato del proceso a Cristo, que Poncio Pilato mandó colocar en la cruz un letrero "el rey de los judíos" en tres lenguas, hebreo, griego y latín [13]. El latín debía de figurar por razones oficiales, porque era el idioma de los decretos imperiales, pero no se tiene la impresión de que se hablara mucho en Palestina. Flavio Josefo hasta precisa que las instrucciones enviadas de Roma iban siempre acompañadas de su traducción en griego [14]. En efecto, el griego estaba sumamente difundido en todo el Cercano Oriente, y además en todo el Imperio. En vano los rabíes trataban de luchar contra su invasión, vanguardia de la invasión de las costumbres paganas. "El que enseña el griego a su hijo —decían— es maldito al igual del que come puerco [15]." Lo que no impedía que muy grandes doctores de la Ley lo conocieran, como el propio Gamaliel. Cuando San Pablo se dirige a la muchedumbre de Jerusalén después que lo detuvieron, para darle gusto, anota el libro de Hechos, le habla, no en griego, sino en arameo [16]. El griego era la lengua de la gente distinguida, de los ricos, de los poderosos, la lengua de

[10] Véase sobre San Mateo arameo, la Introducción a *Jésus en son temps:* parágrafo "L'Evangile Un en quatre récits".
[11] Véase, sobre el empleo religioso del arameo, más adelante, pág. 417.
[12] Louise Weiss: *La Syrie* (París, 1953).
[13] Lc., XXIII, 38 y Jn., XIX, 10.
[14] Flavio Josefo: *Antigüedades judías,* XIV, 10 y 12.
[15] *Sota,* IX, 14 y *Antigüedades judías,* XX, 11.
[16] Act., XXII, 2.

los Herodes, y también la lengua internacional de los negocios. Los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, casi todas las Epístolas y el Apocalipsis, fueron escritos en griego, o en todo caso traducidos inmediatamente a esa lengua. No estamos absolutamente seguros de que Jesús lo supiera: en sus discursos no hay una sola cita griega, ni siquiera una alusión, como habrá tantas en San Pablo. Pero cuando lo interroga Poncio Pilato no se ve que haya sido necesario un intérprete, y parece poco probable que el procurador romano se tomara el trabajo de aprender la lengua de sus administrados...

El griego hablado en Palestina era el que, a partir de Alejandría, se había impuesto a los idiomas locales: ático, jonio, dorio, eolio, y se difundió en el mundo helenístico, no sin degradarse poco más o menos. El griego de la *Koiné* se había simplificado: se eliminaron las palabras difíciles y se dejaron a un lado las particularidades de las declinaciones y de las conjugaciones; utilizaba las construcciones analíticas con preposiciones de preferencia a las formas sintéticas del griego clásico; pero también había adoptado numerosos vocablos extranjeros, latinos sobre todo, y formas sonoras de origen oriental. No era el griego de Platón ni de los trágicos, pero era cómodo y estaba bien adaptado al papel internacional que podía desempeñar.

II. Palabra recitada, ritmos y paralelos

Ya se trate del hebreo o del arameo, no puede hablarse de las lenguas empleadas en Palestina en tiempo de Jesús sin notar cuán diferente era su genio del de nuestros idiomas occidentales, y cuán poco se parecía al nuestro el empleo que de él se hacía. Evidentemente los israelitas hablaban como nosotros, para informar a los demás, tanto en el orden de los hechos y de los acontecimientos, como en el orden de las ideas. También hablaban, como nosotros, para expresar sentimientos, advertir, persuadir, amenazar. Pero el lenguaje puede tener muchas otras funciones, por ejemplo, la función poética, a la cual nuestras civilizaciones pragmáticas conceden tan poco lugar, y que desempeñaba un gran papel tanto en Israel como en todos los pueblos de Oriente, semitas sobre todo. Y también otro, por lo demás inseparable de la función poética, como vamos a ver; el de la transmisión duradera del pensamiento.

Para comprender bien ese papel tan particular de la palabra y del lenguaje en Israel, tenemos que librarnos de nuestras costumbres modernas de la civilización del papel —a la que se agrega en el presente la civilización del fonógrafo y del magnetófono. Escribir y leer, es decir, fijar el pensamiento en un soporte duradero y encontrarlo siempre igual a él mismo, son para nosotros dos operaciones tan automáticas, que apenas imaginamos que algunas sociedades hayan podido prescindir de ellas casi totalmente. Nuestra memoria se ha vuelto exangüe y estéril; nuestras facultades de improvisación son más didácticas que poéticas. Entre los israelitas, como por lo demás entre todos los orientales, las cosas eran distintas. La transmisión del pensamiento, hasta la transmisión perenne, se hacía en una medida muy amplia por la palabra, lo que no dejaba de imponerle caracteres muy particulares.

Mucho antes de ser escrita, parcialmente primero bajo Ezequías y Josías, y más completamente en el siglo v, cuando el escriba Esdras, según se decía, había "dictado" noventa y cuatro de los libros santos, la Biblia del Antiguo Testamento había sido hablada. Se sabe formalmente que las profecías de Jeremías fueron "dichas" veintidós años antes de que se redactaran; los Salmos, los Proverbios, los cánticos nupciales del Cantar de los Cantares son, de toda evidencia, piezas habladas o cantadas, puestas por escrito más tarde [17]. Lo mismo había ocurrido con los poemas homéricos, y es sabido que, en Atenas, Pisístrato se hizo célebre fijando el texto por escrito [18]; y también fue así con el Zend Avesta, el libro santo iranio, "fijado" por Zaratustra; y así será con el Corán, cuyo nombre incluye la idea de "palabra recitada".

Hasta cuando el texto sagrado estuvo fijado y puesto por escrito, no se perdió la costumbre de la transmisión oral del pensamiento. Hay numerosas pruebas. La enseñanza de los rabíes era oral, sus sentencias se transmitían oralmente; el tratado talmúdico *Gittin* hasta dice que estaba prohibido fijarlo por escrito [19]. En los alrededores del año mil de nuestra era, Sherira Gaón afirmaba que "los sabios estiman que es deber suyo recitar de memoria".

[17] Véase *Qu'est-ce que la Bible?*, pág. 15 y sigts.
[18] La escuela alemana de la *Formgeschichte* ha insistido mucho sobre la transmisión oral. Véase la excelente puesta a punto del R. P. J. van der Ploeg: *Le Rôle de la tradition orale dans la transmission du texte de l'Ancien Testament*, en la *Revue Biblique*, enero 1947. Véase también el primer capítulo de *La Tradition et les Traditions* del R. P. Y. Congar (París, 1960).
[19] *Gittin*, LX, a.

Y por lo demás, la palabra Talmud significa "aprendido de memoria" [20]. Por otra parte, es sabido que, en los medios cristianos, se acostumbró primero transmitir la "buena nueva", es decir, el relato de la vida del Maestro y su enseñanza, únicamente en forma oral. Si los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas y el Apocalipsis se presentan como escritos, los cuatro evangelios fueron seguramente hablados antes de que los pusieran por escrito. Los que tenían la tarea de difundir la nueva doctrina tenían de seguro a su disposición especies de recordatorios, de los cuales se han descubierto huellas en los evangelios, pero lo esencial para ellos era seguramente lo que habían aprendido, lo que sabían. La obligación de poner por escrito sólo se impuso cuando el cristianismo penetró en los medios greco-romanos, en que estaban menos acostumbrados a esos ejercicios. Pero hacia el año 130, es decir, en una época en que los cuatro evangelistas habían publicado sus libros hacía ya tiempo, San Papías, obispo de Hierápolis, en Frigia, declaraba que, en materia de tradición, prefería a todo "la palabra viva y perdurable". Y, algo más tarde, San Ireneo, en Lyon, evocaba el tiempo en que escuchaba a San Policarpo, el gran obispo de Esmirna, referir lo que él mismo había oído al apóstol San Juan [21].

En semejante sistema, la memoria desempeñaba un papel considerable. Los rabíes daban enorme importancia a su ejecución. Rabí Dostai, hijo de Janai, decía en nombre de rabí Meir: "El que olvida algunas palabras de lo que ha aprendido, causa su pérdida [22]." Y el mayor elogio que pudiera hacerse de un discípulo era: "Es como una cisterna bien afirmada, que no pierde ni una gota de agua [23]." Un dicho corriente era: "Quien recita es un piadoso, quien no recita es un impío [24]." De modo que para ejercitar la memoria había que aprender de memoria textos inmensos. Debían recitarse sin omitir, agregar, ni modificar una palabra. El que, en nuestros días, visita una zauia puede comprobar que, en el Islam, el método se emplea todavía: sentados en el suelo se ven unas decenas de jóvenes que repiten juntos en alta voz y ritmada, versículos del Corán. Y lo mismo ocurre en las escuelas talmúdicas tradicionales. Y, debe destacarse, ese trabajo sistemático de ejerci-

[20] Prefacio al tratado *Sabbat*, por W. O. E. Desterley, pág. 54.
[21] Véase *Qu'est-ce que la Bible?*, págs. 14-15, e Introducción a *Jésus en son temps*.
[22] *Pirké Aboth*, III, 8.
[23] *Pirké Aboth*, IV, 8.
[24] Citado por el P. Jousse, véase más adelante, nota 28.

tación de la memoria no se imponía sólo a especialistas, teólogos o cronistas de oficio; ya hemos visto que a los niños se les enseñaba a recitar desde la más tierna edad [25]. Y cuando se consideran las dimensiones desmedidas de la oración del *Shemone Essre*, "las dieciocho bendiciones" nos decimos que la memoria de los judíos estaba realmente bien formada.

Ese empleo sistemático de la memoria daba caracteres muy particulares al lenguaje, a los modos de expresión. Porque, como todos los textos que se aprendían de memoria se tomaban del Libro Santo, la mente se poblaba de una cantidad de frases, hechos, imágenes bíblicas, lo que explica las innumerables reminiscencias escriturarias que se hallan en los labios de los judíos y de las judías del tiempo, empezando por Jesús y María. Pero sobre todo para ayudar a la memoria, grabar en ella fuertemente las enseñanzas que debía guardar y transmitir, los sabios de Israel idearon todo un sistema de cadencias, melodías, aliteraciones, repeticiones de palabras, fórmulas equilibradas que facilitaban el recuerdo de los elementos verbales. Se preocupaban tanto más, cuanto que no llevaban en el bolsillo una libreta de notas, ni tenían un diccionario encima de la mesa. Recientes trabajos han probado la importancia fisiológica y psicológica de esa ritmo-pedagogía. Es infinitamente probable que la mayor parte del Antiguo Testamento fuera compuesta según esos principios, sobre compases binarios o ternarios. En cuanto al Evangelio, basta con leerlo cuidadosamente para presentir ese juego de compases, de antítesis. Hasta traducido en griego, y de éste al francés, es decir, en lenguas cuyos ritmos y construcciones son radicalmente distintos de los de las lenguas semíticas, aún se nota esa técnica tan particular. El sermón de la montaña ofrece un ejemplo típico, sobre todo en el texto de San Lucas [26], con sus "beatitudes" y maldiciones sucesivas. Y en las parábolas, y hasta en los simples relatos, se adivinan "recitados paralelos", según la expresión del R. P. Jousse, que, en hebreo o arameo, habían de ser impresionantes y sensibles para todos.

De modo que cuando un judío hablaba de manera algo solemne, enseñando, por ejemplo, o rezando, recurría a esos medios de estilo, y es más que probable que, hasta en el lenguaje corriente, había de quedar algo. Y una niña del pueblo, como la Virgen María, cuando improvisa el cántico de acción de gracias del *Magnificat*, le da espontáneamente una cadencia poética que también es sensible en frances: "Elle glorifie le Seigneur, mon âme, et mon esprit tressaille de joie en Dieu [27]..." En nuestra mentalidad "gráfica" moderna, las palabras están de un lado, las melodías de otro, las cadencias de otro también: en la concepción del lenguaje israelita, todo juega junto y se compenetra; la expresión del pensamiento tiende naturalmente al arte [28].

[25] Véase más arriba, el capítulo sobre la educación, pág. 124.
[26] Lc., VI, 20-26.

III. ¿Qué escritura leía Jesús?

Por grande que fuese el papel de la palabra, la escritura no era menos importante en Israel. Pueblo del Libro, ¿no eran textos escritos los que reglaban toda su vida? Hasta se ha visto[29] en su seno una clase aparte, los escribas, cuya misión era precisamente escribir y saber lo que estaba escrito. En el común, se tiene la impresión de que la mayoría de los judíos sabía leer y escribir. Ateniéndose al único testimonio de los Evangelios, se encuentran muchas alusiones a ese hecho. Por ejemplo, en la parábola del intendente infiel, este hombre hábil dice a un deudor: "Siéntate y escribe cincuenta barriles." Asimismo Zacarías, no pudiendo hablar, escribe el nombre de su hijo Juan, el futuro Bautista. El propio Jesús habla del "iod", que es "la más pequeña letra del alfabeto", y en el episodio de la mujer adúltera se le muestra "escribiendo en la arena", sin duda la respuesta a los acusadores: "El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero."

Las dos lenguas nacionales usuales en Israel en tiempo de Jesús, el hebreo y el arameo, se escribían desde hacía mucho tiempo. En los alrededores del siglo XII antes de nuestra era se adoptó la invención genial de los comerciantes fenicios, el alfabeto, substituyendo las grafías complicadas de los cuneiformes babilónicos y de los jeroglíficos egipcios o hititas, por el sistema maravillosamente claro del que habían de salir los alfabetos griego, latino y los de todas nuestras lenguas occidentales. Como esa fecha —siglo XII— era, poco más o menos, la del Éxodo, se ha podido ade-

[27] Lc., I, 46-55.
[28] Sobre el conjunto de esta cuestión los trabajos fundamentales son los del R. P. Marcel Jousse, especialmente *Le Style oral rythmique et mnémotechnique chez les verbo-moteurs* (París, 1925). *Les Rabbis d'Israël*, *Les Récitatifs rythmiques parallèles* (París, 1930) y los numerosos artículos suscitados por sus trabajos, especialmente en los *Cahiers Juifs* en 1934.
[29] Sobre los escribas, véase más arriba, pág. 173.

lantar la hipótesis de que Moisés habría sido el introductor del alfabeto en las costumbres de los israelitas, como ya lo sostenía el historiador helenístico Eupolemo; en todo caso, se comprueba que Yavé le ordena, en varias oportunidades: "Escribe esto. Escribe mis palabras." Y es precisamente en pleno corazón del Sinaí, lugar de la revelación mosaica, donde se han encontrado inscripciones alfabéticas entre las más viejas del mundo [30].

El alfabeto hebreo fue, en su comienzo, calcado sobre el alfabeto fenicio. Las letras de este alfabeto arcaico tenían, pues, formas curiosamente análogas a las del griego, nacido del mismo origen, pero con una diferencia capital: escribían de derecha a izquierda y no de izquierda a derecha. Ciertas letras como la delta, la gama, la theta, eran casi idénticas. Pero poco antes de la era cristiana, y luego de muy vivas discusiones entre los rabíes, ese alfabeto "fenicio" —que todavía se encuentra en algunos manuscritos del mar Muerto— fue suplantado, menos entre los samaritanos, por otro, de origen arameo, que no es sino el *alfabeto cuadrado* del hebreo actual. De modo que en tiempo de Cristo las dos lenguas se escribían con el mismo sistema gráfico.

Sea cual fuese el modo en que se escribía, ese alfabeto tenía una gran ventaja y un grave defecto. La ventaja de ser claro y preciso; cada letra estaba bien caracterizada (sobre todo en el arcaico) y cada sonido correspondía a una letra: no tenía nada comparable a las complicaciones del francés que, por ejemplo, pronuncia *s* la *t* (nation, etc.). Pero la simplicidad del sistema tenía una contrapartida muy asombrosa para nosotros: las veintidós letras del alfabeto hebraico eran veintidós consonantes.

A decir verdad, los mismos israelitas se dieron cuenta de que ese sistema consonántico necesitaba que lo completaran. De modo que tomaron la costumbre de emplear ciertas consonantes para indicar los principales sonidos vocálicos: exactamente cuatro, que, sin dejar de utilizarse como consonantes, podían en ciertos casos pronunciarse como vocales. Es el sistema que los lingüistas llaman de las *matres lectionis*, o de las "consonantes madres". Los Manuscritos del mar Muerto han mostrado que así escribían en el momento en que fueron reunidos, es decir, poco más o menos, en la época en que vivía Jesús. Nos parece complicado, mas, para un lector experimentado, evocaba suficientemente la pronuncia-

[30] Véase D. R.: *Histoire sainte*, capítulo "Moïse et Canaan", parágrafo "Ecris cela!".

ción que se usaba. Hay que creer que era cómodo, puesto que es el adoptado por el Estado de Israel para escribir el hebreo oficial, no recurriendo al sistema de los "puntos vocales" puestos en uso, mucho más tarde, por los *masoretas*, y adoptado universalmente para el hebreo bíblico, sino cuando se trata de palabras difíciles. Hecho curioso, pues: Jesús debió leer el hebreo poco más o menos como lo leen hoy en su diario los habitantes de Tel-Aviv [31].

IV. Sostenes de la escritura y libros

Hay que tener en cuenta que esas escrituras estaban raramente grabadas en la piedra. Antes de la época helenística no se conoce más que una sola inscripción monumental, y aun así no estaba destinada a que la vieran: la del canal de Siloé. "¿Acaso —se pregunta el cardenal Tisserant— porque a los judíos les repugnara imitar las Tablas de la Ley, en que el Decálogo fue inscrito por el dedo de Dios?" [32] El hecho, en todo caso, es curioso en un mundo en que egipcios, babilonios, griegos y romanos grabaran tantas inscripciones. Sin embargo, se hacían en tiempo de Cristo: San Pablo se refiere a ellas en la segunda epístola a los corintios [33], y las excavaciones han descubierto muchas en cementerios. La técnica de las inscripciones monumentales era la que Job exponía con precisión: labrar con cincel, y echar plomo fundido en las ranuras [34].

El santo hombre hablaba también de inscripciones en bronce [35]; y, en verdad, entre los hallazgos hechos en las grutas vecinas del mar Muerto, uno de los más curiosos es el de dos rollos de cobre,

[31] Las páginas que preceden lo deben todo a la clarísima exposición del P. Auvray en las *Langues Sacrées* (obra citada, nota 1). No decimos nada del sistema de vocalización del hebreo por el empleo de los "puntos vocales" inventado mucho después y generalizado en el hebreo literario, en un momento en que el hebreo hablado ya no se usaba por los rabinos que, entre 500 y 1100 de nuestra era, fijaron el texto de la Biblia, añadiéndole comentarios conocidos bajo el nombre de *Massora (massoreth)*.

[32] *Initiation biblique*, pág. 108.

[33] II Cor., III, 3.

[34] Job., XIX, 24. (Algunos traductores de la Biblia hablan de un "buril de hierro y de plomo", lo que no tiene sentido alguno, puesto que el plomo, metal blando, no puede servir de buril. Estaba fundido en las ranuras.) La traducción española de Nacar-Colunga dice: "Que con punzón de hierro se grabasen sobre el plomo", y la de Cipriano de Valera: "¡Que con cincel de hierro y con plomo fuesen en piedra esculpidas para siempre!" (N. del T.)

[35] Job, XIX, 23.

de unos 80 cm por 30, cubiertos con un texto profundamente grabado con punzón. Primero se creyó que se trataba del catálogo de los manuscritos depositados ahí, pero cuando se pudo, difícilmente, desenrollar y descifrar las dos hojas de metal (tienen 8 mm de espesor), se comprobó que se hablaba de un tesoro oculto en algún lugar del desierto de Judá.

Contrariamente a los mesopotámicos y a los hititas, los israelitas no utilizaron la tablilla de arcilla, cocida al sol después de grabar con una cuña lo que se quería decir: los alfabetos hebraicos no se adaptaban al cuneiforme. No obstante, se han encontrado algunas *ostracas,* esos trocitos de arcilla cocida vagamente parecidos a conchas de ostras, de que toda la antigüedad mediterránea hizo gran empleo, que llevaban grabadas muy breves inscripciones. Pero la mayoría de esos humildes documentos de la vida cotidiana, que servían de anotadores, de borradores, de misivas amorosas o de papeletas de voto, están simplemente escritos con tinta, más o menos bien, sobre la rugosa superficie del trozo de cántaro o de escudilla rota.

Aparte de esos restos, los documentos escritos son extraordinariamente raros en las excavaciones de Palestina; hasta 1947, fecha de los sensacionales descubrimientos de las grutas del mar Muerto, apenas se conocían unas decenas, lo que prueba que los judíos escribían en soportes perecederos, y por otra parte, como no tenían, en materia funeraria, las minucias rituales de los egipcios, no depositaron en las tumbas esos papiros que se han hallado en gran cantidad en el país del Nilo.

Los sostenes de la escritura eran, pues, idénticos a los que se utilizaban en todo el mundo mediterráneo, en todo el Imperio de Roma. Primero, las tablillas de madera cubiertas con cera en las que se escribía con un estilo de hueso, de bronce o de plata; uno de los extremos era puntiagudo, y el otro era una espátula que servía para borrar la inscripción aplastando la cera, para que pudiese servir de nuevo; a ese uso corriente es al que alude el autor del Apocalipsis cuando hace decir al elegido, por el Señor de los Siete Espíritus y de las Siete Estrellas: "Jamás borraré su nombre del libro de la vida [36]."

Las tablillas de madera y cera no se utilizaban para los textos largos. Para ellos recurrían, desde tiempos remotos, a la piel. El vocablo hebreo que significa libro, *sefer,* procede de la misma

[36] Ap., III, 5.

raíz que "raer". Los libros israelitas más viejos fueron, pues, escritos sobre "piel raída"; el uso era habitual en Oriente, como nos lo dicen Diodoro o Heródoto [37]. Utilizaban pieles de cabra o de borrego, que sufrían una preparación especial; las mejores procedían de Asia Menor, de la región de Pérgamo: de ahí el nombre de "pergamino"; San Pablo, al escribir a su querido discípulo Timoteo, le pide que no deje de enviarle [38]. Como el pergamino costaba caro, a veces lo abrían en dos —era el *duksystos* (en griego *discoto*)—; el exterior valía menos que el interior, más fino y delgado. Pero todos los rabíes estaban de acuerdo para exigir que los textos santos fuesen escritos sobre piel *gewil,* es decir, no abierta en dos. El empleo de la piel de escribir estaba seguramente muy difundido en la época de Jesús; la *Carta de Aristeo,* ese apócrifo judío de Alejandría que refiere la historia maravillosa de la versión griega de la Biblia por los "Setenta", y que es anterior a Cristo de unos decenios, asegura que el texto enviado al faraón para esta traducción estaba escrito en rollos de "cuero intacto".

Pero el pergamino sufría entonces la competencia de un soporte de la escritura mucho menos costoso y más cómodo: el papiro. Fueron los egipcios quienes, desde hacía cerca de tres mil años, descubrieron esa planta acuática y su empleo. La Palestina producía un poco, en los pantanos a lo largo del Jordán y hasta en algunos rincones algo húmedos del Negueb; pero Egipto era el gran proveedor, y como, desde que Roma le compraba mucho, los precios impuestos por su casi monopolio habían subido, los pequeños países menos ricos, como Palestina, recurrían a la producción local o volvían al pergamino. La técnica del papiro era la que habían puesto en práctica en el Nilo aun antes de que se elevaran las Pirámides: los largos tallos (cerca de tres metros) limpios de la corteza, separados en delgadas láminas, se pegaban en capas superpuestas, colocando la fibra sucesivamente en un sentido y luego transversalmente; se golpeaban las hojas con martillo de madera, y luego las apomazaban con cuidado. Como eso costaba relativamente caro, se utilizaban varias veces, lavando o raspando los papiros ya escritos. Los papiros viejos servían también, como nuestros papeles viejos, para hacer envoltorios; el tratado *Sabbat* precisa que, el día del descanso, estaba prohibido llevar más "viejos papiros" de cuanto se necesitaba para envolver una botella

[37] Diodoro: II. 32; Heródoto: V, 58.
[38] II Tim., IV, 13.

de aceite [39]. Es muy verosímil que las Epístolas fueran escritas en papiros, principalmente las de San Pablo. Como los judíos, los primeros cristianos los emplearon para copiar sus textos sagrados. Así, en los célebres papiros *Chester Beatty* de Dublín y de la universidad de Michigan, y *Ryland* de Manchester y otros, han podido leerse trozos del Antiguo Testamento y pasajes del Nuevo, principalmente un fragmento del capítulo XVIII del Evangelio según San Juan, que ha podido fecharse alrededor del año 140. En clima seco, el papiro se conservaba admirablemente.

Para escribir, sobre pergamino o sobre papiro, empleaban un carrizo hendido: la primera estrofa del Salmo XLV lo dice. Al terminar su tercera epístola, San Juan asegura a su amigo Gayo que aún tiene muchas cosas que decirle, pero no quiere confiarlas "a la tinta y al cálamo". Ese carrizo de escribir era el *calamus*, que cortaban oblicuamente y luego hendían. Nuestras plumas de metal son las herederas directas, y además se han encontrado algunos cálamos de bronce que se parecen curiosamente a nuestras estilográficas. En cambio, la pluma de ganso era desconocida: fueron los bizantinos quienes la utilizaron a partir del siglo IV. La tinta no era líquida como la nuestra; era una mezcla de negro de humo y goma que se guardaba seca y se diluía en agua para emplearla, exactamente como la tinta china, lo que permitía fáciles lavados... y también toda clase de falsificaciones, de que da una idea la parábola del intendente infiel. También conocían la tinta roja: la hacían con la *sikra*, un polvo de cochinilla que las mujeres utilizaban igualmente como afeite. Quizá porque la tinta servía a usos tan profanos y permitía engañifas tan reprensibles, San Pablo recuerda a los cristianos de Corinto que no es sólo con tinta como deben escribirse las palabras de Jesús, sino con estilo, en esas tablillas de carne que son los corazones fieles [40].

Cuando se había escrito un texto bastante largo, no se doblaba el soporte, lo que, por lo demás, hubiese sido incómodo con el pergamino: se pegaban o se cosían las hojas unas a otras para hacer una tira larga que se arrollaba en uno o dos palos cilíndricos. Algunos de esos rollos tenían hasta cuarenta metros de largo. Para leer, se tenían los rollos en las dos manos; con la derecha se arrollaba lo que se había leído, y con la izquierda se iba desenrollando: en esa actitud hay que representarse a Jesús le-

[39] *Sabbat*, VII, 2.
[40] II Cor., III, 3.

yendo en la sinagoga un pasaje de la Ley. El Apocalipsis emplea esta comparación: "El cielo se enrolló como un libro que se enrolla [41]." La costumbre de doblar las hojas de papiro se estableció unos cien años después de Cristo, sobre todo en las primeras comunidades cristianas. Así nació el *codex* o el *quaternion*, el "doblado en cuadrado", nuestro "cuaderno", pues los cuadernos se cosían en un volumen, como en nuestros días.

En fin, para proteger los más preciosos manuscritos, los envolvían en telas; si se trataba de libros sagrados, en piezas de lino fino, adornadas con bordados de color azul jacinto y franjas en los orillos. Y los colocaban en tinajas especiales. Las grandes bibliotecas debían parecerse, pues, a las bodegas donde se guardaba el buen vino. Sabido es que en tinajas estaban los manuscritos llamados del mar Muerto, que fueron descubiertos en 1947 y en el curso de los años siguientes. La hipótesis más comúnmente admitida es que se trataba de la biblioteca de una comunidad de esenios, cuyo monasterio ha sido encontrado no lejos de las grutas, en el Qumran, biblioteca cuyos manuscritos habrían sido escondidos por los monjes en el momento en que los legionarios romanos de Tito asolaban la región, durante la gran revuelta de 66-70 [42].

Ahora bien: en las ruinas del Qumran se han encontrado tinteros, tres de bronce, dos de arcilla, que aún contenían tinta seca, y una de las habitaciones del monasterio hace pensar en el *scriptoriun* de los monjes de Occidente. Parece que se trata de monjes copistas, que trabajaban en transmitir los textos sagrados como nuestros benedictinos de antaño. En todo caso, los escribas, cuya importancia ya hemos visto [43], tenían, entre sus principales funciones, la de copiar la Biblia. Los rabíes habían establecido reglas de una prodigiosa minucia para los que se entregaban a ese trabajo: no había que recopiar nada de memoria, sino que cada palabra debía verificarse; aun si el prototipo contenía una falta flagrante, había que seguirlo, señalando el hecho a las autoridades, que resolverían. El santo nombre de Dios debía dejarse en blanco, para escribirlo con otra tinta, perfectamente pura, por un escriba que previamente haría abluciones rituales. Además, no todos podían tener en su casa los Libros Santos —salvo el rollo de *Ester*, que

[41] Ap., VI, 4.
[42] Sobre los esenios, véase más adelante, pág. 441.
[43] Véase más arriba, pág. 173.

debía leerse en familia el día de la fiesta de Purim—, y ciertos doctores de la Ley, como Gamaliel, hasta enseñaban que el contacto con ellos "mancillaba las manos", fórmula que parece extraña, pero que sin duda corresponde simplemente al interdicto que protege los vasos sagrados del culto católico. Los libros culpados, o sospechosos de herejía, o sencillamente distintos de la versión admitida, no eran destruidos, sino colocados en especies de "cementerios de libros", que se llamaban *ghenizah*[44]. Se ha podido hablar de "bibliomanía"; en todo caso los judíos tenían el respeto de lo escrito.

V. Cómo se transmitían las noticias

Una de las funciones más importantes que en nuestra sociedad asegura el texto escrito, tan importante que el invento del teléfono y de la radio está lejos de haber suprimido, la de comunicar las noticias, tenía seguramente menos amplitud en el Israel antiguo, y por lo demás en todas las sociedades de la antigüedad, que en nuestros días. La gran facilidad con que nos procuramos a bajo precio el soporte maravilloso del pensamiento que es el papel[45], el desarrollo desde hace dos siglos de los servicios postales, han hecho del "correo", el tiránico correo cotidiano de los hombres de negocios, uno de los elementos básicos del intercambio. Hace veinte siglos, tanto en Palestina como en Roma, las cosas eran muy distintas.

Para escribir una carta se utilizaban los materiales que acabamos de ver, pergamino, papiro, tablillas. Los romanos habían puesto de moda las tablillas dípticas, cuyas dos hojas estaban unidas con tiras de cuero; las juntaban cara contra cara, pero un ligero reborde impedía que las superficies escritas estuviesen en contacto; para responder, el destinatario no tenía más que borrar el texto y en su lugar grabar el suyo. Las cartas de pergamino o de papiro se enrollaban y cerraban con un cordoncillo. Para autenticar la carta, se firmaba, como en nuestros días, sobre todo si se había dictado a un secretario copista —el equivalente de nues-

[44] H. E. del Medico ha sostenido que los manuscritos hallados cerca del Qumran eran los de una *ghenizah* (cf. *L'Enigme des Manuscrits de la Mer Morte*, París, 1957).
[45] Se sabe que el papel es una invención china que los árabes generalizaron cuando lo conocieron por la toma de Samarkanda en 704. Por lo tanto, los judíos del tiempo de Jesús no lo conocían.

tros dactilógrafos. A veces el firmante agregaba alguna palabra amistosa, más personal: así, San Pablo termina su carta a los colosenses con un saludo, precisando: "El saludo es de mi mano."

Pero la firma no bastaba: el sello era indispensable. Cada hombre de alguna importancia tenía el suyo, que reproducía su nombre o a veces un motivo decorativo: trabajo delicado que exigía artesanos muy calificados —la Biblia lo decía[46]—: éstos utilizaban una punta de diamante[47] para grabar la inscripción, sea en un metal, sea en ágata o en otras piedras duras. Sellos de cera, o más raramente de plomo; ninguna carta seria podía prescindir de él. Muchos textos en el Libro Santo aludían a esa costumbre, cuyo simbolismo era rico: Dios mismo, según Job, puso el "sello" en el hombre[48]; la circuncisión era el "sello" de la fidelidad a Yavé[49]; para los discípulos de Jesús, su mensaje iba "firmado con el sello de la verdad divina"[50] y el último escrito del Juicio será, dice el Apocalipsis, "sellado con siete sellos"[51].

La carta debidamente firmada, cerrada, sellada, había que hacerla llegar a su destinatario. No era muy sencillo. Cierto es que en el Imperio romano existía un servicio de Postas, copiado del que en el siglo V organizó el Rey de los Reyes persa Darío; hasta era toda una organización, un verdadero ministerio, englobando un vasto personal de corredores, guardianes de relevos, vigilantes; se habían previsto velocidades diferentes según la urgencia de los pliegos[52]. Es, pues, seguro que los funcionarios imperiales de Palestina debían de utilizarlo. Pero la lista de las personalidades que tenían el derecho de emplear el correo imperial era estrictamente limitada. Y no se tiene la impresión de que Herodes ni sus descendientes los tetrarcas organizaran un sistema análogo.

Las personas privadas recurrían, pues, a mensajeros, que podían ser sus sirvientes, si eran muy ricos, u hombres que tenían ese oficio. El tratado *Sabbat* habla de esos "portadores de cartas"[53]; colocaban los mensajes en la cintura o en tubos de madera, suspendidos del cuello. O también, cuando no se tenían los medios de pagar a esos corredores, se aprovechaba la partida de un amigo, de

[46] Ex., XXVIII, 11-36; XXXIX, 14.
[47] Jer., XVII, 1.
[48] Job, XXXVIII, 14.
[49] Rom., IV, 11.
[50] Jn., III, 33.
[51] Ap., V, 1.
[52] Véase la *Vita Romana* de Paoli, ya citada, págs. 300 y sigts.
[53] *Sabbat*, X, 4.

un funcionario, de un viajante de comercio, para confiarle una carta. Los grandes negociantes se asociaban para enviar, costeándolos en común, hombres que llevaban a Alejandría o a Babilonia, el correo de todo el grupo. El Gran Sanedrín y el Sumo Sacerdote comunicaban con los sanedrines de las provincias y de la Diáspora por medio de mensajeros especiales, como lo indica con precisión el último capítulo de los Hechos de los Apóstoles [54]. Cae de su peso que ese sistema postal no era muy rápido: una carta privada enviada a Cicerón tardaba cien días para ir de Siria a Roma; el correo imperial de la capital a Cesárea echaba cincuenta y cuatro días.

Para comunicar las noticias o significar al pueblo las órdenes de las autoridades, se colocaban inscripciones en las paredes. Las había hasta en el Templo, para prohibir a los paganos la entrada en los recintos reservados. La administración romana las empleaba; verosímilmente, como se hizo con la de la cruz de Jesús, las mandaba redactar en tres lenguas, entre ellas el hebreo o el arameo. Y también, como en todas partes, el pueblo acudía a ese medio para expresar sus sentimientos o hacer saber lo que quería decir. Se han encontrado en las excavaciones cierto número de *graffiti*, por el estilo de los de Pompeya o del Palatino. Uno de ellos, en los cimientos del palacio de los amoneos, anuncia que "Simón y su casa arderán en el infierno"; al menos era la opinión de Pampras, albañil descontento [55].

¿Existían medios de información más general? Ciertos autores han asegurado que "en Jerusalén hubo una tentativa para poner en circulación una especie de diario", que "el hecho se menciona en los archivos rabínicos", aun cuando sea "imposible saber si fue una empresa privada o si la iniciativa procedía al contrario del gobierno romano o de los sumos sacerdotes [56]". Si el hecho es cierto, ese "diario" manuscrito no había de tener gran difusión. Más vale admitir que las noticias eran propagadas oralmente: tanto en Oriente como en África, es sabido con qué rapidez se conocen los acontecimientos. Los vendedores ambulantes y los numerosos mendigos errantes debían encargarse de llevar los relatos, más o menos exactos, de los hechos grandes y pequeños, que alimentaban

54 Act., XXVIII, 21.

55 Bouquet, obra citada en la bibliografía, pág. 123.

56 Bouquet, pág. 129. El autor no indica sus fuentes y nos es imposible hallar la confirmación de este hecho en los "archivos rabínicos".

la crónica. La fuente, donde las mujeres iban en busca del agua, era el centro de información del pueblo; podemos estar seguros que una noticia de alguna importancia se difundía en muy poco tiempo en toda Palestina. Así, vemos en el Evangelio, que "las muchedumbres" acudían para hacerse bautizar por Juan o para escuchar la enseñanza del nuevo maestro Jesús: no hubo necesidad de diario ni de llamado por las ondas para que estuviesen bien informadas. Este sencillo modo de transmitir las noticias se designaba con una palabra muy bonita: "El ala del pájaro."

CAPÍTULO X

LETRAS, ARTES Y CIENCIAS

I. UNA LITERATURA SIN "LITERATURA"

"ENTRE nosotros —dice Flavio Josefo— no existe, como entre los griegos, una multitud de libros, en desacuerdo y en contradicción, sino sólo veintidós, que lo contienen todo, y a los cuales todos conceden pleno crédito [1]." Éste es uno de los rasgos característicos del pueblo singular que era Israel: pueblo del Libro, pero que no produce libros; pueblo cuya existencia toda está regulada por una Escritura, pero que rechazaba con desprecio todo lo que fuera "literatura" [2]. No se conoce un solo ejemplo en el antiguo Israel de libro tratando un sujeto profano, o que apunte sólo a distraer. Ni siquiera puede imaginarse un Teócrito o un Cátulo judío, y aún menos un Ovidio, un Apuleyo o un Petronio. No es totalmente exacto que no hubiera en Israel, como lo asegura Flavio Josefo, más libros que los de la Biblia, pero es seguro que no existía más que literatura sagrada [3].

¿Qué leían, pues, los judíos? La respuesta es sencilla: leían la Biblia, es decir, lo que llamamos el Antiguo Testamento, y lo que a él se refería directamente. Y los primeros cristianos no harán distintamente: sin cansarse leerán, o escucharán leer, la maravillosa historia del Dios hecho hombre, la exposición de la Buena Nueva, los comentarios que en sus cartas harán los que habían conocido a Cristo. Había en eso una concepción tan radicalmente

[1] *Contra Apión*, I, 8.
[2] "Y todo el resto es literatura..." (Verlaine).
[3] La biblioteca de las grutas del mar Muerto no contiene una sola obra que no sea religiosa. Lo cierto es que si se trataba de la biblioteca de un monasterio, eso es muy natural.

alejada de las nuestras, que nos cuesta trabajo comprenderla. Entre los judíos piadosos, al rechazo de toda literatura profana se agregaba la hostilidad al paganismo, pues las letras greco-romanas eran el vehículo de la idolatría y de la inmoralidad, hostilidad que volvemos a encontrar en los Padres de la Iglesia. Así se explica la ausencia de todo teatro judío; la función sagrada que los antiguos griegos reconocieron a la tragedia, necesitará cerca de mil años para que los cristianos la vuelvan a descubrir...

La verdad es que, en el Libro santo, los judíos hallaban de todo, una maravillosa diversidad. El Antiguo Testamento no está escrito de cabo a cabo en el mismo tono ni con la misma tinta. Se le reconocen numerosos géneros literarios, cuya importancia destacó la iluminante encíclica de Pio XII, en 1943, *Divino afflante spiritu*, y sólo la exacta apreciación permite interpretar el texto sagrado según las propias intenciones de sus autores [4]. Los lectores judíos encontraban en él tanto poesía como historia, metafísica como moral, relatos ejemplares, por lo demás apasionantes, como colecciones de máximas, inagotables. Vibraban siguiendo en los Jueces, los Reyes, los Macabeos, la crónica gloriosa de sus antepasados. Se emocionaban repitiendo los Salmos o escuchando las exquisitas armonías del Cantar de los Cantares. Escrutando los aforismos de Job, de los Proverbios, del Eclesiático, ¡qué conocimento de la vida y del hombre podía adquirirse! Y los aficionados a lo novelesco ¿no quedaban satisfechos leyendo las aventuras de Jonás o de Tobías, o la de las dos heroínas con que soñaban las muchachas de Israel, Judit y Ester?

Aun había en la Biblia, o nacidos directamente de su texto, géneros en cuyas perspectivas a los occidentales del siglo XX les cuesta mucho trabajo penetrar. Los Profetas sobre todo, tan importantes para los judíos —de que es testimonio la famosa fórmula "La Ley y los Profetas"— que colocaban esas escrituras en el mismo plano que aquellas en que se formulaba la voluntad de Dios. Por lo demás, ¿acaso esa voluntad no se expresaba igualmente por la voz de esos grandes inspirados que, colocados en cierto modo fuera del tiempo, en una perspectiva en que pasado, presente y futuro coexisten, revelaban a Israel sus misteriosos destinos? Cuesta trabajo representarse todo un pueblo viviendo,

[4] Sobre el problema de los géneros literarios, se acudirá a lo que dijimos en *Qu'est-ce que la Bible?* (págs. 39 y 45) y sobre todo a la exposición de A. Robert, en *Initiation Biblique*, pág. 282 y sigts.

literariamente, en el clima espiritual de un Isaías, de un Jeremías, de un Ezequiel, y sin embargo —aunque sólo fuese por las alusiones constantes que se hacen en los Evangelios y en las Epístolas— podemos estar convencidos de que todos esos libros vehementes y grandiosos eran conocidos hasta en sus detalles y no solamente los más grandes sino hasta los más pequeños, los Miqueas, los Nahum, los Sofonías, los Habacuc [5], cuyos nombres apenas saben los cristianos de hoy. Los de los primeros tiempos, al contrario, fueron grandes lectores de la Biblia: en ella se han nutrido; en los acontecimientos y enseñanzas del Libro santo reconocían el anuncio profético y simbólico del misterio de Cristo, "fin de la Ley", decía San Pablo, en la Antigua Alianza la promesa de la nueva.

Aparte de la Biblia existía una literatura, pero estrechamente asociada a aquélla. Es la que los rabíes reunirán más tarde para constituir el Talmud [6]. Ya hemos visto a los "Targums" que pretendían, traduciendo el texto en arameo, hacerlo más accesible a todos [7], como aquel del cual San Marcos toma seguramente la cita del Salmo XXI que pone en los labios de Cristo moribundo [8], como aquellos del Génesis y de Job, que se han encontrado entre los manuscritos del mar Muerto, como aquellos, también, recogidos por la tradición rabínica [9]. Pero había sobre todo los comentarios a los textos, esos comentarios que surgían inagotablemente de la familiaridad que los israelitas mantenían con el Libro santo. Lo llamaban con un vocablo que se vincula a la raíz *estudiar*, el *midrash*. El *midrash* era el comentario explicativo que apuntaba a hacer explícitas las soluciones contenidas, de modo oculto u obscuro, en la Torah, los tesoros de vida que encerraba la Palabra de Dios, característica del espíritu judío, para quien el significado moral y espiritual de un acontecimiento era más importante que la materialidad. Ese *midrash* no era sólo obra de los sabios: en las sinagogas, simples fieles se entregaban a ese trabajo, como vemos hacerlo a Jesús mismo, y, anotadas, esas exégesis se agregaban a las demás, a toda esa inmensa literatura piadosa. Una de

[5] Entre los manuscritos del mar Muerto figura un *Comentario de Habacuc*.
[6] Sobre el Talmud, véase más adelante, pág. 425 y bibliografía, pág. 489.
[7] Véase más arriba, pág. 300.
[8] Mc., XV, 34.
[9] Poseemos un Targum completo de la Tora, llamado de Onkelios, y uno de los Profetas, llamado de Jonathan; datan del siglo v, pero se basan ciertamente en textos mucho más antiguos.

las formas más apreciadas del *midrash* era el *pesher*, que apuntaba a buscar en la Escritura los datos cuya realización mostraba el presente; ese género literario era tan habitual, que los Evangelistas se refieren a él muchas veces para subrayar que tal o cual hecho de la vida de Jesús se produjo "a fin de que se cumpliera la Escritura" [10].

Por último, existía otra literatura que no procedía inmediatamente de la Biblia, pero que estaba estrechamente emparentada con ella. Comprendía en primer lugar obras que no figuraban en el *canon*, es decir, en la lista oficial de los libros que las autoridades teológicas habían declarado "inspirados", dictados por Dios [11], pero que eran seguramente muy leídos; por ejemplo, el libro de Jonás a que alude el propio Jesús [12], o también esos magníficos Salmos que se han encontrado en los manuscritos del mar Muerto, que son singularmente allegados de los de la Biblia.

Pero la mayor parte de esa literatura estaba formada por una cantidad de obras cuyos autores se las arreglaban para cubrirlas con la autoridad de la Escritura, a la par que se tomaban con ella singulares libertades. Se designa a esa literatura con el término *apócrifo*, vocablo ambiguo, por lo demás, y que no tiene el mismo sentido para los judíos y los protestantes, por una parte, y los católicos, por otra parte [13]. Se presentaba como una enseñanza secreta, "reservada para ser confiada sólo a los sabios", decía uno de sus textos [14], y revelando los arcanos de las intenciones divinas. Uno pretendía entregar los *Secretos de Enoc*, padre de Matusalén, del que el Génesis dice que "anduvo en la presencia de Dios" [15]; otro refería la *Ascensión de Isaías*, otro la *Asunción de Moisés*;

[10] "Era para que se cumpliera..." La fórmula se repite a menudo, bajo una forma u otra, en el Evangelio: por ejemplo, San Juan, relatando que no fueron quebradas las piernas de Cristo, pero que un soldado le perforó el flanco con su lanza, repite dos veces que "esas cosas sucedieron para que se cumpliera una palabra de la Escritura" que él cita (Jn., XIX, 36). Es exactamente "hacer *pesher*".
[11] Sobre el Canon hebraico de las Escrituras, véase *Qu'est-ce que la Bible?*, pág. 32.
[12] Sobre el Signo de Jonás, cf. especialmente Mt., XII, 40; Lc., XI, 32; Jon., I, 7 y II, 11.
[13] Véase *Qu'est-ce que la Bible?*, pág. 32. Los protestantes llaman *apócrifos* por una parte los libros que no conserva el canon judío pero que el canon católico, fijado en el concilio de Trento, admite (se los llama a veces *deuterocanónicos*) y, por otra parte, la masa de obras más o menos delirantes que los católicos llaman *apócrifos*.
[14] IVº Libro de Esdras, XIV, 37-48.
[15] Gén., V, 21-24.

otro, más ambicioso, la *Vida de Adán y Eva;* mientras que algunos agregaban capítulos a los bíblicos de Esdras, de Baruc, de los Macabeos, o atribuían a Salomón salmos antirromanos. En todas partes se hacían esos apócrifos. En los medios judíos de Alejandría, hasta llegaron a tener la ocurrencia de que sería hábil anexarse las famosas profecías paganas, las de las *Sibilas,* y hacer una edición revisada y muy corregida de los *Libros sibilinos,* para hacerles decir lo que ellos, los judíos, querían hacer entender a los paganos. Había, pues, de todo en esa producción, en que la medida y la discreción estaban ausentes, historia novelada, novela piadosa, hagiografía legendaria, profecías, apocalipsis. Esta última categoría era particularmente profusa. Eran obras muy extrañas, en que se presentaba a un personaje bíblico ilustre mostrando, por medio de visiones, el desarrollo de la historia del mundo, para acabar revelando los fines últimos de la humanidad [16]. Hay evidentemente mucho descomedimiento y hasta absurdo en ese extraño mundo de los apócrifos —"delirios", dice San Jerónimo—, pero no es dudoso que esas obras fueron muy leídas por los contemporáneos de Jesús. Su violencia "apocalíptica" correspondía demasiado bien a las aspiraciones profundas de ese pueblo humillado, y que no podía esperar el desquite sino de cataclismos [17]. Es significativo que algunos Padres de la Iglesia hayan citado apócrifos judíos, que numerosas herejías de los primeros siglos se refirieran a ellos, y que la más auténtica tradición de la Iglesia católica no los ignore, puesto que la célebre secuencia del *Dies irae* nos enseña que "*teste David cum Sibylla*" [18].

En definitiva, parece muy extraña la "literatura" de Israel, la que practicaban los contemporáneos de Jesús. Imaginemos un pueblo cristiano de hoy que se alimentara exclusivamente con los textos sagrados y sus comentarios teológicos, y que, para distraerse, leyera sea "leyendas doradas", sea poemas "apocalípticos" por el estilo de la *Divina Comedia* del Dante, el *Paraíso perdido* de Milton, el *Casamiento del Cielo y del Infierno* de William Blake... Muchos de los rasgos más profundos de la vida judía se explican por

[16] Véase J. Bonsirven: *La Bible apocryphe: En marge de l'Ancient Testament* (París, 1953).

[17] El Apocalipsis que cierra el Nuevo Testamento, el de San Juan, pertenece al mismo género literario, pero ha sido reconocido por la Iglesia como inspirado.

[18] Se sabe que los cristianos tuvieron también sus apócrifos elaborados generalmente en un marco más popular (cf. R. Tamisier: *Evangiles apocryphes,* París, 1952).

ahí, y lo mismo acontecimientos que, en el período inmediatamente antes de Cristo, prepararon y determinaron el drama en que había de hundirse el Pueblo del Libro.

II. El arte de la palabra

Si recordamos el papel que la palabra desempeñó en la transmisión del pensamiento, y el hecho, por ejemplo, de que la Biblia fue durante mucho tiempo dicha antes de ser escrita [19], se admitirá fácilmente que existía un vínculo necesario, substancial, entre la literatura y el arte de hablar. A decir verdad, los dos eran inseparables. Esos hombres que llamaríamos "escritores", eran primero "parlantes" —no decimos oradores, pues el vocablo tiene para nosotros una resonancia muy diferente—. Como todavía se ve en nuestros días en los países de Oriente, en Israel había hombres que hablaban en las plazas y en las calles, o en los atrios del Templo, a cuyo alrededor se reunía la muchedumbre. Aún mejor: al lado de los rabíes que debían enseñar, pero a quienes se les había negado el talento de la palabra, había una suerte de heraldos, de repetidores, de alto-parlantes, que transmitían a los auditorios lo que los maestros querían decir. Costumbre que quizás explique la palabra de Jesús: "Lo que os digo al oído, predicadlo sobre los terrados." [20] Está fuera de duda que el mismo Jesús fue un gran maestro en el arte de hablar, poseyendo todos los recursos, utilizando todos los registros, desde el más violento hasta el más persuasivo, del más patético al más tierno. Juan el Bautista fue seguramente otro también, del que las pocas frases que nos han sido transmitidas dejan tan fuerte impresión. Y los éxitos de San Pablo en su prédica no se explicarían si el Apóstol no hubiese estado provisto de los mayores dones del arte oratorio.

Pero ese arte de hablar hebreo no tenía nada en común con lo que los griegos y romanos entendían por elocuencia. Y San Pablo pudo comprobarlo por sí mismo en Atenas, donde sabemos que su fracaso fue total [21]. El ordenamiento de las ideas, la demostración lógica, todo lo que Cicerón nos ha enseñado a considerar como fundamental en el arte oratorio, era radicalmente extraño al espíritu israelita —como también lo es al espíritu musulmán—. El arte de hablar

[19] Véase más arriba, pág. 302.

[20] *Sanhedrin,* VII, 2; *Soma,* LXXXII, 2; Mt., X, 27.

[21] Sobre el fracaso de San Pablo en Atenas, véase Act., XVII, 22-34.

consistía, no tanto en convencer con razonamientos, como en establecer un contacto con la sensibilidad del auditorio. El maestro en palabras era el que llevaba a una alta perfección esos medios técnicos que hemos visto utilizar a los doctores de la Ley, hasta los maestros de escuela: aliteraciones, correspondencias, paralelismos, cadencias. La gran elocuencia alcanzaba naturalmente a la poesía. Sin que hubiera reglas precisas, procedimientos claramente fijados, como se conocen en la poesía griega o romana, ocurría a menudo que la palabra se acompasaba en versos, de ritmo naturalmente impar, hasta en estrofas que incluían estribillos.

En cuanto al fondo mismo, el maestro de la palabra se reconocía en varios rasgos. Era capaz de llenar sus discursos con citas del Libro santo, o con alusiones que cada uno de sus auditores reconocía al pasar: por ejemplo, cuando San Juan Bautista exclamaba: "Yo soy la voz que clama: En el desierto, preparad la llegada del Señor" cita palabra por palabra al profeta Isaías[22] y sus auditores lo sabían. Toda afirmación debía apoyarse en la palabra de Dios. El gran orador era capaz, en un tema, de multiplicar los desarrollos, del mismo modo que un músico improvisa variaciones sobre una frase melódica dada: el tratado *Sanhedrín*, en su capítulo VI, dice que si se proponía un tema al gran rabí Gamaliel, podía hacer con él trescientos desarrollos. Pero sobre todo un maestro en el arte de hablar debía ser un experto en *mashal.*

Esa noción del *mashal* es fundamental para comprender lo que podía ser la elocuencia israelita; por lo demás, se encuentra la aplicación en innumerables pasajes de la literatura escrita, Antiguo o Nuevo Testamento, pero fundamentalmente va unida a la palabra. La lengua hebrea, concisa, colorida, es torpe cuando se trata de traducir las abstracciones y las realidades superiores: sale del paso con imágenes, símbolos, comparaciones. Lo que, además, está enteramente de acuerdo con la psicología israelita, cuyo poder de intuición es extraordinario, que ve en seguida el rasgo típico, realista, familiar, y sobresale en extraer una lección. El *mashal* era precisamente eso, la manera de considerar un caso o una situación de la vida real, para que el espíritu o la imaginación se apoderen de él con el fin de erigirlo en caso típico o de plantear un problema. Ese procedimiento, muy oriental, ¿era un juego? De ningún modo,

22 "Yo soy la voz que clama: En el desierto..." se lee en Isaías... (se observará la verdadera puntuación, que, usualmente, se modifica así: que clama en el desierto).

pues todo *mashal* había de formularse en vista de la conducta de la vida y referirse, al menos implícitamente, a la religión.

La versión griega de los Setenta traduce a menudo el vocablo *mashal* por *parabolé,* pero sería erróneo creer que todos los *meshalim* eran "parábolas", en el sentido que damos a ese término: la prueba está que en hebreo el libro bíblico de los Proverbios se intitula *Meshalim.* La raíz de esta palabra evoca bien la idea de "parecer" o de "comparar", pero su acepción era más vasta. Un escritor francés contemporáneo[23] inscribe toda su obra bajo la denominación de *poesía*; "poesía de romance", dice, o "poesía de crítica", o "poesía de cine"; es evidente que con eso quiere definir una actitud fundamental de su pensamiento creador. El hecho ayuda a comprender que en el arte oratorio y literario de Israel haya un *mashal* de poesía, un *mashal* de oráculo, un *mashal* de sátira, un *mashal* de apólogo, un *mashal* de dichos o de máximas[24].

La "parábola" en el sentido que damos a ese vocablo, es decir, la historieta en forma de fábula, de la que se desprende, de modo más o menos claro, una lección moral o espiritual, era, pues, una de las formas del *mashal,* uno de los medios de hacer surgir del hecho concreto un desarrollo llamativo. Ese género era muy utilizado. Un siglo antes de Jesucristo, rabí Meir se hizo célebre por su prodigiosa habilidad para inventar fábulas que tenían todas al zorro por protagonista; se asegura que pronunció 3.000. El Talmud contiene centenares de ellas, muchas muy pintorescas. Así, para explicar que en el mundo haya lo bueno y lo malo, perfectos y malvados, un comentarista del Génesis comparaba a Dios con un hombre que mezcla agua hirviendo y agua helada en una vasija antes de llenar su cántaro, por el temor de que éste se rompa. Algunas son, curiosamente, idénticas a fábulas de Esopo; por ejemplo, un comentario talmúdico del Eclesiástico refiere el apólogo del zorro que, para penetrar en una propiedad por un boquete demasiado estrecho, se queda en ayunas varios días para adelgazar. El género del *mashal*-parábola, en tiempo de Cristo, parece haberse fosilizado algo en el arte de los rabíes, pues las mismas comparaciones vuelven muy a menudo en unos y en otros, y con frecuencia la redacción carece de fuerza y vida.

Salta a la vista que Jesús conoció el *mashal* y lo practicó. Era

23 Jean Cocteau.
24 Se hallan esas diversas formas en Núm., XXI, 27; Núm., XXIII, 7; Is., XIV, 4; Ez., XVII, 2; I Sam., X, 12, etc.

ciertamente imposible que un judío de su época no oyera formular por mengano o zutano, y luego repetir por intermediarios, algunas de esas ingeniosas historietas. Hasta en el Talmud se encuentran "parábolas" que son casi como las suyas, por ejemplo, una sobre los invitados al banquete de nupcias, y otra sobre las Vírgenes necias. Practicó todas las formas tradicionales del *mashal: mashal* es el "Médico, cúrate a ti mismo" que cita San Lucas [25]; *mashal* es la corta sentencia sobre "lo que entra por la boca del hombre" que refiere San Mateo [26], y entre los *meshalim*-parábolas los hay de muchos géneros, de distinta extensión, y de tono muy diferente [27].

Lo evidente, cuando se comparan las parábolas evangélicas con las de los tratados talmúdicos, es que su carácter es nuevo. Nada estereotipado, convencional; se siente que la comparación surge espontáneamente de los labios del orador; es simple, precisa, de tono inimitable —que no se encuentra en los Hechos de los Apóstoles y aún menos en los Evangelios apócrifos—, verdadera firma del Maestro. La parábola evangélica, "partiendo de las más humildes realidades, refleja con nitidez los más elevados conceptos; comprensible para el ignorante, se presta a la meditación del erudito. Desprovista de todo artificio, literariamente hablando, supera por su poder de emoción los artificios literarios mejor elaborados. No asombra, sino que persuade, sabe no sólo vencer, sino convencer. Del vocablo *parábola* nació el término *palabra*. Esa derivación ¿no significaría que la *parábola* de Jesús es la *palabra* más alta que haya salido del hombre, y, al mismo tiempo, la que partiendo de Dios llegó a lo más bajo? [28]"

III. "Non impedias musicam"

Muy allegada al arte de la palabra así concebido, y asociada con él, la música ocupaba un lugar considerable en Israel. "*Non impedias musicam.* No moleste a la música", decía el siracida [29],

[25] Lc., IV, 23.
[26] Mt., XV, 11.
[27] Sobre el *Mashal* véase lo que Robert y Tricot dicen en las excelentes páginas de su *Initiation biblique* (págs. 298 y sigts.) y también la exposición de *L'Ami du Clergé*, 31 marzo 1960, pág. 194.
[28] Estas justas observaciones son de Mons. Ricciotti en su *Vie de Jésus-Christ*, parágrafo 361.
[29] Eclo., XXXII, 3.

en un sentido menos espiritual que el que Claudel atribuye a esas palabras... Muy a menudo se habla de música, de instrumentos, de cantos, de danzas, en el Antiguo Testamento, y la historia maravillosa del Dios hecho hombre, en el Evangelio, comienza con los alegres cantos de los ángeles en el cielo y los toques de flauta de los pastores. Como todos los Antiguos, los hebreos atribuían a la música y a la danza un origen casi divino; fue en los principios de la humanidad, unas generaciones después de Adán, cuando Jubal inventó "la flauta y la cítara" y fundó una corporación de músicos [30]. El Libro Santo hasta reconocía una relación entre la música y la oración, la adoración, el éxtasis; una especie de vértigo sagrado, acompañado a compás por las flautas y los címbalos, fue a menudo necesario a los profetas para que "la mano de Yavé fuese sobre ellos", es decir, pudiesen cumplir su misión [31]. Todos sabían en Israel que el joven David tocó la cítara para apaciguar el delirio del rey Saúl [32], y que, llegado a rey, cantó y bailó delante del Arca... Por eso el pueblo judío era un pueblo músico.

No había fiesta familiar que no estuviese acompañada de música. "Aun hoy, en las aldeas palestinas, las melodías sobreagudas, las palmas, el compás precipitado de los pasos de danza en las eras, hacen subir de las comitivas nupciales una especie de embriaguez [33]." Ya hemos visto que las comidas de lujo y los banquetes no podían prescindir de la música [34]. Lo que resultaba de esta "especie de embriaguez" quizá no estuviera muy conforme con los principios de la moral; si hemos de creer a Isaías, las arpistar que iban a distraer a los comensales de los festines servían para otros placeres distintos de los del oído [35].

Si la música amenizaba las horas alegres de la vida, también desempeñaba su papel en los días de tristeza. Las comitivas fúnebres comportaban obligatoriamente "plañideras", que salmodiaban lamentos, y esas melopeas, repetidas sin cesar por la asistencia en un modo menor, podían alcanzar un raro grado de frenesí. Un entierro que se respetara había de tener flautistas, como las que San Mateo nos muestra ya en acción cerca de la hija muerta de

[30] Gén., IV, 21.
[31] Ejemplo: Eliseo pidiendo la intervención de un músico (II, Rey., III, 15); o también los mensajeros enviados al encuentro de Saúl (I Sam., X).
[32] I Sam., XVI, 10.
[33] Barrois: *op. cit.*, II, 193.
[34] Sobre los banquetes véase más arriba, págs. 233 y sigts.
[35] Is., XXIII, 16.

Jairo, cuando Cristo llega para resucitarla [36]. El entierro del más pobre llevaba por lo menos una plañidera y dos flautistas.

En cuanto a la música religiosa, era tan importante que no había ninguna ceremonia, ningún rito, con los que no estuviese asociada. Yavé subía "entre el resonar de las trompetas", decía el Salmista; "con el arpa y el tamboril, con las trompas y las bocinas" debía alabársele [37]. Un canto inmenso subía de las páginas de la Biblia, una aclamación ritmada y modulada hacia el Único. El sabat y los días de gran fiesta eran anunciados por el sonido de la trompa, las horas de la oración por los de las trompetas. Hasta se cantaban muchas partes del Libro Santo, como esos himnos nupciales del Cantar de los Cantares, que se entonaban al acompañar a los jóvenes esposos. E igualmente esos Salmos "de las Subidas" que las largas caravanas de peregrinos repetían incansablemente yendo hacia Jerusalén. Varios salmos llevan, en el encabezamiento, la indicación del aire con que se debían cantar, "Paloma de los lejanos terebintos" o "lirios son los preceptos", o también el de los instrumentos, de madera o de cuerdas, que debían acompañarlos. La liturgia propiamente dicha incluía cantos. En el Templo existía un cuerpo de levitas-chantres, respecto de los cuales es curioso notar, si se piensa en las relaciones que hemos visto de la música con el éxtasis místico, que la Biblia los calificaba a veces de profetas o de videntes [38]. A partir de una decisión del rey de los persas estaban exentos de impuestos [39], y Flavio Josefo asegura que reclamaban el derecho de llevar vestiduras de lino semejantes a las de los sacerdotes, privilegio que les concedió Herodes Agripa II... En las sinagogas también se cantaba. Y los primeros cristianos conservarán esa costumbre, como nos entera San Pablo en su carta a los colosenses: "Exhortaos unos a otros —les dice— con salmos, himnos y cánticos espirituales [40]."

El cántico ocupaba un lugar considerable en la música judía. Hasta parece que en la época de Jesús la música cantada se había separado casi de la música instrumental, quizá porque esta última, al perfeccionarse había perdido el papel de acompañante de la voz humana que tenía desde siempre; se habla muy poco de instrumentos en el Nuevo Testamento. Cantaban gustosos en coro bajo la dirección de ese "maestro de coro" que tantos salmos indican; probablemente al unísono; pero no ignoraban los solos y ciertos salmos muestran perfectamente que estaban hechos para que se cantaran en voces alternas, como hacemos aún. Los oficios de las sinagogas tradicionales dan una idea de lo que podía ser la música religiosa de otrora, ese flujo ininterrumpido de que habla Robert Aron, "que, ora se hincha en los instantes en que se acentúa el carácter sagrado del oficio, ora, al contrario, se apacigua en los momentos de menor intensidad, un flujo que por un crescendo tan simple e imperioso como un jadeo humano, alcanza su apogeo en el momento en que, del Tabernáculo, sacan los rollos de la Ley".

[36] Mt., IX, 23.

[37] Muy numerosas referencias, tales Sal., XLVII, 6; XCVIII, 6; CL, 3; y también LXVIII, 26; LXXXI, 3; CXLIX, 3, etc.

[38] I Par., XXV, 1; II Par., XXIX, 30, o XXXV, 15.

[39] Esd., VII, 24; Neh., XI, 23.

[40] Col., III, 16 (véase también la epístola a los efesios y la de Santiago).

Poder de emoción de la voz humana; Israel lo ha comprendido bien. Lo que no impedía que se emplearan mucho los instrumentos. La Biblia cita un buen número, y no cabe duda de que todos se usaban en tiempo de Jesús. Instrumentos de viento, flauta, cuerno, trompa, trompeta; de cuerdas, "kinnor", es decir, cítara o lira, "nebel" o arpa; de percusión, tamboril y címbalos; el Salmo CL, el último de la recopilación, les pasa revista. Pero quizás hubiera otros más, como el salterio de que se sirvió el rey David, la sambuca babilónica de que habla el libro de Daniel, el sistro traído de Egipto. Los israelitas pasaban por descollar en el arpa y la flauta. La reina Alejandra Salomé envió un renombrado arpista a Cleopatra, para atraerla a su juego. En cuanto a la flauta, la querían tanto que realizaron gran número de modelos, desde el caramillo recto, hasta la flauta con fuelle, análoga a nuestra gaita, pasando por la flauta oblicua y la flauta de lengüeta, nuestro oboe. Las hacían de caña, de madera, hasta de bronce, y no había hogar israelita en que no se encontrara. Entre las trompas y los cuernos, el más célebre era el *shofar*, hecho con un cuerno de carnero: era el instrumento litúrgico por excelencia, el que recordaba la revelación del Sinaí, pues tocaron el *shofar* mientras el Guía volvía a subir a la montaña; sus sonidos, más emocionantes que armoniosos, incitaban al arrepentimiento; por eso lo utilizaban para anunciar las grandes fiestas, principalmente el Roch Kachana, el primer día del año, en que "los libros de la vida y de la muerte" están abiertos ante Dios.

Es imposible darnos cuenta de lo que era la música judía. En Grecia, la "citharedia" había sido codificada; nada parecido en Is-

rael. Sin duda dejaban amplio lugar a la improvisación. Las pocas indicaciones que se dan en la Biblia son vagas; se habla, por ejemplo, de "octavo tono", pero ¿de qué escala? Ciertos salmos tienen, en su primer versículo, referencias a lo que parecen ser modos, pero no se sabe cuáles eran. El Talmud da algunas referencias sobre las notaciones musicales y el empleo "de acentos musicales", pero el procedimiento sólo fue puesto a punto por los masoretas, es decir, por lo menos cuatro siglos después de Jesús.

Según lo que se sabe de la música israelita actual y también de la música árabe, puede imaginarse con verosimilitud una especie de hablar cantando, de salmodia, utilizando una escala de sonidos poco extensa, una escala con semitonos y cuartos de tono, trinos, gangueos y una especie de vibrato obtenido por el juego de la mano sobre la garganta, como vemos que lo hace un cantor en un bajo relieve mesopotámico. El todo acompañado por el batir de los tamboriles y de las manos humanas, ritmado por los golpes de címbalo; de esa masa sonora surgía de pronto un canto agudo de flauta, y el sonido profundo del cuerno acentuaba el todo. El ritmo era ciertamente preponderante, y no se buscaba demasiado la armonía ni la melodía; el ritmo, pues la música va acompañada casi necesariamente por la danza, es decir, marchas y contramarchas, farándulas, jigas, movimientos dándose los brazos, hacia adelante, hacia atrás, como todavía se ve en Palestina [41]. En cuanto a la danza propiamente dicha, la de bailarines y bailarinas profesionales, se practicaba casi con seguridad; la prueba nos la da el Evangelio, en el relato del banquete de Herodes en que bailó Salomé; pero no se puede decir qué era esa danza, quizás importada de Roma, y bastante perturbadora como para que el tetrarca perdiera el sentido hasta el punto de ordenar la ejecución de Juan el Bautista [42].

IV. ¿Un pueblo sin artes?

Si la música ocupaba en la vida cotidiana de Israel un lugar considerable, ¿ocurría lo mismo con las demás artes? Ciertamente no. La historia no ha conservado un solo nombre de artista

[41] En *Tu es Pierre,* Philippe Agostini ha filmado danzas aldeanas durante una boda en Caná.

[42] Cf. *Jésus en son temps,* capítulo "La semence de l'Eglise", parágrafo "La mort du Précurseur".

israelita; la arqueología no ha encontrado una sola obra maestra judía. ¿Quiere esto decir que el Pueblo elegido tenga "cara de pueblo bárbaro desde el punto de vista del arte?" [43] Se ha podido sostener [44] que no era la "ausencia de dones artísticos lo que impidió a los judíos crear formas plásticas", y que, siendo semitas, bien hubieran podido, como los semitas de Mesopotamia, realizar obras de arte. Lejos de despreciar a los artistas, los colocaban muy alto: bien se ve leyendo, en el libro del Éxodo [45], el elogio que el mismo Moisés hace de Besalel, "hábil en toda suerte de obras, para proyectar, para trabajar el oro, la plata y el bronce, para grabar piedras y engastarlas, para tallar la madera..."

Lo que siempre paralizó el desarrollo del arte en Israel fue la famosa prohibición formulada en el Éxodo, repetida en el Deuteronomio [46]: "No te harás imagen de escultura, ni figura alguna de cuanto hay arriba, en los cielos, ni abajo, sobre la tierra, ni de cuanto hay en las aguas abajo de la tierra." La intransigente concepción del Dios invisible asimilaba a la idolatría toda representación de hombre o de animal; si se quitaran esos dos temas al arte griego, ¿qué quedaría a su escultura, y qué sería el arte occidental en las mismas condiciones? Si agregamos que, salvo en el tiempo de Salomón y, más modestamente, bajo Herodes el Grande, Israel jamás tuvo jefes de Estado bastante ricos como para hacerse pasar por Mecenas, si se mide el número de influencias contradictorias que las ocupaciones sucesivas ejercieron en él, se comprende bastante que no haya podido tener un arte muy original. Para él era mucho más importante salvar su vida espiritual que sus posibilidades de creación estética.

En tiempo de Jesús el arte no estaba ciertamente ausente de Palestina, pero en una medida muy amplia era un arte extranjero, importado por los ocupantes griegos y luego romanos. La arquitectura, modesta [47], cuando era auténticamente judía, para alcanzar lo fastuoso adoptaba la escuela de los paganos; demasiado se veía en las construcciones de Herodes, sus palacios de Jerusalén y de Jericó, el teatro y el hipódromo que se atrevió a construir en la Ciudad Santa, y aún peor, esos templos en honor de Augusto o de los ídolos latinos que ese mal circunciso levantó en Samaria o en

[43] Corswant: *op. cit.*, pág. 37.

[44] Por ejemplo, S. W. Baron, *op. cit.*, pág. 18.

[45] Ex., XXXV, 31 y sigts.

[46] Ex., XX, 4; Deut., V, 8.

[47] Véase más arriba, a propósito de la vivienda, pág. 245.

Cesárea; el Templo del Único, en la santa Sión, ¿no se inspiraba, poco más o menos, en los de Júpiter?

Para la escultura, el escándalo era más flagrante todavía. Sin duda nadie se atrevió nunca a erigir en la Ciudad de Dios la menor estatua; la revolución hubiese estallado en el acto; bien se vio cuando Herodes colocó águilas de oro en las puertas del Templo. Pero los judíos piadosos, cuando penetraban en una de las ciudades griegas, o en Cesárea, hasta cuando cruzaban el país de los samaritanos heréticos, no podían impedir que sus miradas se mancillaran al encontrar ídolos, esas "abominaciones de la desolación" de que hablaba el Libro. No había ninguna escultura judía de figuras vivientes; ni siquiera es muy seguro que se mantuvieran en el Templo herodiano los "querubines" de madera que se hallaban en el de Salomón. Los únicos motivos admitidos representaban plantas, palmeras o cidros, objetos litúrgicos, como el candelabro de siete ramas, volutas o almocárabes. Las monedas, ya lo hemos visto [48], no faltaban a la regla: Herodes y sus descendientes mismos se sometieron a ella, al menos en cuanto a las monedas acuñadas en Tierra Santa y destinadas a los judíos (con las otras hacían más a su gusto), sin llevar la audacia más allá de la representación de un casco o de un escudo. Por lo demás, la acuñación de esas monedas es mediocre y el dibujo no tiene nada de muy notable.

En cuanto a la pintura, era todavía más pobre; no se ha encontrado ninguna de la época de Jesús; los humildes dibujos florales o geométricos que se pueden imaginar en las paredes encaladas de las casas judías han desaparecido. Como los ornamentos pintados y dorados sobre motivos esculpidos, que debían resplandecer en el Templo, la famosa Viña de oro, por ejemplo. En Dura Europos, villorrio sirio cerca del Eufrates, construido en el siglo IV antes de nuestra era por los seleucidas, se han encontrado, en la sinagoga local, frescos extraordinarios, representando escenas de la Biblia, principalmente la Resurrección de los Muertos según Ezequiel, pero se trata de obras muy posteriores a Jesucristo, y lo mismo ocurre con las pinturas descubiertas en las tumbas de Marisa en Idumea. Se reconoce netamente la influencia griega, y nadie ha podido explicarse aún por qué ha sido deliberadamente violada la interdicción mosaica. Los contemporáneos de Jesús se hubiesen horrorizado.

48 Véase lo que se dijo de las monedas más arriba, pág. 218.

La única idea que puede tenerse del gusto artístico de los judíos es la cerámica: no les falta encanto a esas cantarillas de tierra colorada adornada de círculos negros, a esos tazones de arcilla amarilla, sobre la cual un hermoso color rojo subraya las costillas hechas en el torno, como las que se han encontrado en diversas excavaciones; pero, ¿son obras judías, u objetos de importación llegados de Alejandría o de Chipre? Los ricos de aquel tiempo compraban su hermosa vajilla fuera de Palestina, y para los pobres, esas decoraciones profanas tenían poco interés [49].

V. Ciencia, secreto de Dios

Si la literatura y las artes estaban en Israel, de modo diverso, sometidas a los imperativos de la religión, en cuanto a las ciencias, o lo que se consideraba como tal, puede hablarse de absorción. Los griegos y los romanos comprendían la investigación científica desinteresada, cuyo solo fin es el conocimiento; entre los judíos, esa actitud de la mente, de la que resultará toda la ciencia moderna, era radicalmente inadmisible. No podía existir más ciencia que la teológica. El vocablo *hakhamim*, que se traduce por "sabios", quiere decir sobre todo "instruidos" y calificaba a los que se habían hecho maestros en los conocimientos religiosos. La Sabiduría, decía el libro de los Proverbios [50], "fue la primera creación de Dios, establecida de toda eternidad, antes que la tierra fuese", y toda ciencia humana sólo tenía sentido por ella. Ahora bien: la Sabiduría estaba "naturalmente identificada en la Tora": los trabajos científicos no "resultaban, pues, de investigaciones sobre los fenómenos del Universo, sino que más bien trataban de deducir del texto sagrado lo que éste enseñaba en cuanto al origen y constitución del mundo". De ahí desconfianza hacia toda investigación dictada por la curiosidad del espíritu, la inquietante *libido scientiae* que arrastró en la vía del mal a la primera pareja humana. Los rabíes decían: "No hagas objeto de tus investigaciones lo que es demasiado difícil. No sondees lo que está oculto [51]." Para conocer la ciencia de Israel basta, pues, con abrir la Biblia. Y no parece que los judíos de la Diáspora, en contacto con la ciencia

49 Se han hallado mosaicos con representaciones de los signos del Zodíaco en diversas sinagogas (en Noara, en Beth Alfa por ejemplo); todas ellas son muy posteriores a la época de Jesús.

50 Prov., VIII, 22.

51 Véase el capítulo III de los extractos del Talmud de A. Cohen.

pagana, los que por ejemplo vivían en Alejandría, gran centro de investigaciones científicas, abandonaran ese estado de ánimo.

En el Libro se tomaban nociones de astronomía. ¿No había creado Dios las estrellas, lo mismo que el sol y la luna y la tierra? "¿Atarás tú los lazos de las Pléyades o puedes soltar las ataduras del Orión? ¿Eres tú quien a su tiempo hace salir la corona boreal y quien guía a la Osa con sus hijos?" Así interrogaba el Creador al santo hombre Job[52]. Pero en seguida agregaba: "¿Conoces tú las leyes de los cielos?" [53] Existía, pues, una astronomía judía, como la que permitía establecer el calendario. Es indudable que nada debía a la de los babilonios, establecida sobre sabios cálculos, sino que nació de observaciones simples y fáciles, al alcance de todos. Asombra ver con qué simplicidad habla Jesús de los fenómenos astronómicos: la salida y la puesta del sol, las de la luna, la presencia de las estrellas en el cielo; los conocimientos a que se refiere son evidentemente los de sus auditorios: son elementales. ¿Iban mucho más allá los sabios de su tiempo? En todo caso, no han dejado nada de sus trabajos: los *Pirké Aboth*, las "Máximas de los Padres", niegan formalmente a la astronomía el derecho de ser una ciencia autónoma: tenía que ser "una dependencia de la Sabiduría" [54], es decir, proclamar la gloria de Dios.

Por lo demás, el sistema del mundo que se formaban los judíos no carecía de precisión. Para ellos el Universo era inmenso. "Sería menester vivir quinientos años —dice el tratado *Berakoth*— para recorrer las distancia de la tierra al cielo que está inmediatamente por encima de nosotros; el mismo intervalo separa ese cielo del siguiente, y la misma distancia las extremidades de todo cielo cruzado en su espesor [55]." Pues hay siete cielos. ¿Por qué? Porque el Texto sagrado utiliza siete palabras diferentes para designar el cielo. Concepción de la que nos ha quedado la expresión "en el séptimo Cielo", a la cual San Pablo parece aludir, trasladándola al plano místico [56]. También la Tierra, por la misma razón, está formada por siete capas superpuestas —lo que, científicamente, no es tan falso [57]. Una tradición refería [58] que en el

[52] Job, XXXVIII, 31, 32.
[53] Job, XXXVIII, 33.
[54] *Pirké Aboth*, III, 23.
[55] *Berakoth*, XI, 2.
[56] Sobre los "siete cielos" de San Pablo, véase Cohen, *op. cit.*, pág. 74.
[57] Se conoce la teoría de la constitución de la tierra en tres capas: SI-AL, SI-MA, NI-FE.
[58] *Yoma*, LIV, 6.

Templo se veía la piedra que el Santo Único echó en el océano primordial para que la tierra se constituyera a su alrededor. Una línea misteriosa rodeaba al Universo: la que separaba la luz de las tinieblas. Decíase que era aquella de que habló el profeta Isaías en el misterioso versículo: "Echará Yavé sobre ella las cuerdas de la confusión y el nivel del vacío [59]." Sobre el origen de los tres "elementos primordiales", cielo, tierra y agua, tenían también explicaciones sacadas por sabias exégesis del libro del Génesis.

Los conocimientos geográficos se adquirían por los mismos métodos: muchos tratados talmúdicos se refieren a ello y permiten darse cuenta de lo que sabía un judío instruido del siglo I. La tierra es un plano circular [60], rodeado de agua [61]; Dios está sentado encima de ese círculo trazado por él mismo [62]. La superficie de la tierra se divide en dos: Israel y lo demás. Naturalmente, Israel ocupa el centro, el lugar en que se cierne Dios. Ciertos rabíes llamaban a los demás "los países del Mar". Pero todos sabían que a Palestina la bañaban siete mares: el Grande (el Mediterráneo), el de Genesaret, la Samoconita (quizá el lago Hule), el Salado o mar de Sodoma, el mar de Aco (golfo de Acaba), el Schelyath y el Apameo; estos dos últimos quizá fueran unos pequeños lagos idumeos a que alude Diodoro de Sicilia y que han desaparecido. Tierra Santa tenía cuatro ríos: el Jordán, el Yarmuk, el Kermión y el Pigah (estos dos últimos jamás pudieron ser identificados). Se ve que los números místicos siete y cuatro desempeñaban considerable papel en esos conocimientos.

La historia natural parece haber estado bastante desarrollada. El pueblo de Israel, pueblo campesino, se interesaba en los animales; conocía sus costumbres; Jesús alude a ellos muchas veces. Por lo demás, el texto sagrado daba numerosas indicaciones. El libro de los Proverbios hablaba de la hormiga [63]; Job, que parece un enamorado de la zoología, citaba la cierva, el onagro, el avestruz, el caballo, el águila y hasta el hipopótamo y el cocodrilo [64]. El Génesis ya distinguía bien los cetáceos de los demás animales acuáticos [65]. En el Libro se leían clasificaciones entre animales

[59] Is., XXXIV, 11.
[60] "El Círculo de la Tierra", Is., XL, 22.
[61] *Eroub*, XXII, b.
[62] Prov., VIII, 26.
[63] Sobre la hormiga, Prov., VI, 8.
[64] Véanse las listas de animales en Job, XXXIX, y XL.
[65] Gén., I, 21.

salvajes y animales que se pueden domesticar, entre animales que tienen las pezuñas partidas y los que no las tienen; y también para la botánica, entre plantas de granos y plantas de frutas [66]. Todo eso, evidentemente, era muy primitivo, y no parece que los judíos hayan tenido su Plinio.

Las matemáticas, que en nuestros días constituyen los fundamentos de todas las ciencias, no existían, al menos en cuanto ciencia judía, pues probablemente los conocimientos griegos y romanos debían de penetrar más o menos. No se ve que hubiese ciencia abstracta de los números; se atenían a procedimientos empíricos de cálculo. La geometría, por ejemplo, se limitaba a operaciones de agrimensura. Existía el sistema decimal, juntamente con los restos del sistema sexagesimal, pero tendía a suplantarlo, sin duda por influencia de los extranjeros. Los números se representaban por combinaciones de letras, como entre los romanos.

Naturalmente, el cálculo se aplicaba sobre todo a la Biblia. Por ejemplo, contaron las letras de todos los libros en el orden del Canon —para lo cual los doctores de la Ley eran gustosamente calificados de *soferim*, es decir, de "contadores"— y descubrieron que el vocablo que ocupaba el medio exacto del Antiguo Testamento era el verbo "buscar"; no dejaba de tener significado. Pero sobre todo trataban de establecer relaciones entre los números y las letras que los designaban. Adicionando los valores de las letras que formaban una palabra, creían descubrir el sentido secreto de ese vocablo: si se trataba de un nombre propio, era particularmente instructivo. A ese género de cálculo, originario de Babilonia, y conocido también por los griegos y por los romanos, se refiere el Apocalipsis, principalmente en los misteriosos versículos que terminan el capítulo décimotercero: "El que tenga inteligencia calcule el número de la bestia, porque es número de hombre. Su número es 666". Lo que designa a "Nero Caesar", el persecutor de los cristianos en el momento en que San Juan escribía su libro: la suma de los valores de las letras de ese nombre arroja 666.

Ciertos rabíes llevaban muy lejos esos procedimientos de matemática esotérica: para ellos la Biblia, y especialmente el Pentateuco, era un documento cifrado, en que, por la combinación de los valores de todas las palabras, podían establecerse ecuaciones cuya interpretación permitía descubrir secretos divinos, cosmogónicos, proféticos y metafísicos, que el texto, leído simplemente, no revelaba. Ese método, que no era únicamente judío —Platón parece referirse a él en la *República* y en *Timeo* [67]—, había de conocer más tarde, entre los judíos del Talmud, considerable desarrollo: de ahí saldrá esa prodigiosa mezcla de especulaciones profundas y de extravagancias que se llama la *Cábala* [68]. Sin embargo la idea de un conocimiento esotérico reservado a privilegiados estaba seguramente difundida en la época de Cristo. Algunos cultivaban dos ramas de estudios, una según "el orden de la creación" que se encuentra en el primer capítulo del Génesis, el otro según el orden del misterio, llamado también "del carro", como recuerdo de Ezequiel y de su carro de fuego [69]. Pero, ni que decir tiene, nada es más extraño a esas especulaciones, a esos mensajes secretos reservados a los iniciados, a esas "gnosis", que la enseñanza de Jesús, donde todo se dice a la luz del día, accesible a los humildes y a los pequeños...

[66] Gén., X, 11.

[67] Platón: *República*, X, 616 y sobre todo *Timeo* (véase pág. 54 de la edición de "Belles Lettres").

[68] *La Kabbale* ha sido reeditada por Henri Sérouva en Grasset (París, 1947); véase también la traducción de Paul Vulliaud (París, 1923 y 1930). Raymond Abellio ha sostenido, hace poco, con muchos argumentos, la tesis de *La Bible, document chiffré* (París, 1950).

[69] A. Cohen: *op. cit.*, pág. 72.

CAPÍTULO XI

USOS Y COSTUMBRES. ASEO Y OCIOS

I. La vida "cotidiana"

No se ha dicho todo de la vida de un grupo humano cuando se han mostrado las condiciones geográficas e históricas en que estaba colocado, sus instituciones sociales de base, lo que era su habitáculo, su vestido, su alimentación, cómo se ganaban el pan, en qué lengua, con qué escritura se comunicaban entre sí, y cuáles podían ser las actividades del espíritu. Para restituir la vida verdaderamente "cotidiana" de una sociedad en un tiempo dado, habría que llegar a descubrir esa multitud de pequeñas costumbres, de conducta práctica, de actitudes mentales, de gustos, de necesidades, de expresiones familiares, de supersticiones, que tejen la trama de la existencia y que son, en su mayor parte, tan poco conscientes que se descuida su registro. Sin embargo, son ellos los que determinan el "clima" de una época, lo que la diferencia de otra, aun muy cercana, pues esos pequeños usos y costumbres son muy cambiantes. Hasta en un tiempo en que se dispone de medios inmensos para fijar lo efímero —diarios, cine, magnetófono— es difícil hacer sensible en qué la Francia de 1960 no es la misma que la Francia de 1950. Impalpable polvo de la historia, polvo tornasolado que el ala de la mariposa deja en los dedos . . .

Para el Israel del tiempo de Jesús, la tarea es todavía más difícil. Nuestro principal documento debiera ser el Nuevo Testamento, pues el Antiguo se detiene más de ciento cincuenta años antes; pero cae de su peso que la preocupación de los Evangelistas y de los Apóstoles fue muy otra que la de informarnos sobre el particular. Sin embargo, a veces una breve alusión fija un rasgo

de costumbre; por ejemplo, el beso de Judas, la fórmula empleada por una mujer desconocida, al dirigirse a Cristo [1], informan sobre ciertos modos de abordarse, de saludarse. Semejantes precisiones son raras.

Tenemos, sin duda, los inagotables tratados del Talmud. Queriendo aplicar los preceptos de la religión a todos los casos posibles, los rabíes fijaron un número incalculable de pequeños detalles de la vida corriente. Pero si numerosos tratados talmúdicos fueron elaborados poco antes o poco después de Jesús, su fijación y reunión son posteriores a él de unos cien a ciento cincuenta años; aun recordando que la historia no conocía entonces la prodigiosa "aceleración" de que habla Daniel Halévy [2], los terribles acontecimientos colocaron al Pueblo elegido en condiciones totalmente distintas, hacia 150, de aquellas en que se encontraba en los años 25 a 30. Además, una gran parte del Talmud fue redactada en Babilonia, es decir, en un cuadro humano muy diferente de Palestina. Es perfectamente lícito servirse de los tratados talmúdicos cuando se trata de reglas jurídicas y de instituciones, y hasta de ciertas actitudes mentales y de costumbres prácticas, más o menos controladas por la religión: el poder de la tradición, tan grande en Israel en ese dominio, impedía todo cambio rápido. Pero, ¿ocurre lo mismo cuando se trata de pequeñas costumbres que dependen de la moda? Para utilizar la mina talmúdica en este caso, hay que ser muy prudente. Así, el tratado *Sabbat*, al fijar con prodigiosa minucia lo que está prohibido hacer durante el descanso sagrado, nos entera de que una mujer puede salir con cabellos postizos [3], pero ese tratado fue redactado en Babilonia sin duda hacia 135; ¿aludía sólo a una costumbre de las elegantes de Babilonia? ¿La habían adoptado las de Jerusalén un siglo antes? Históricamente hablando, no se puede probar que las mujeres de Palestina en tiempo de Jesús llevaban peluca o rodetes postizos.

II. Aseo y cuidados del cuerpo

Un hecho es cierto: eran muy limpios en Israel. "La limpieza —decía el sabio rabí A. Cohén— no es sólo vecina cercana de la piedad; es parte integrante de ella y ocupa un lugar capital [4]." La-

[1] Lc., XI, 27 (véase más adelante, pág. 344).
[2] *Essai sur l'accélération de l'Histoire.*
[3] *Sabbat*, VI, 5 (véase más adelante, pág. 341).
[4] A. Cohen: *op. cit.*, pág. 300.

varse caía dentro de las obligaciones impuestas por el Levítico: "Santificaos [5]." Comer sin lavarse las manos era literalmente un pecado. Lavarse bien, decían los rabíes, vale más que todos los remedios. Otros aseguraban que el desaseo acarreaba la demencia. Algunos llegaban a decir: "Está prohibido vivir en una ciudad donde no hay casas de baño [6]."

Existían, pues, casas de baño, numerosas; las habían multiplicado en la época helenística y, naturalmente, los romanos, grandes aficionados, construyeron otras más; la arqueología ha descubierto muchas huellas. Las había sencillas, piscinas populares abiertas a todos, pero también otras lujosas, análogas a las termas de los romanos, con pilas de agua caliente y de agua fría, salas para sudar y para descansar, todo un personal de masajistas y sirvientes. Los rabíes recomendaban el baño de vapor, seguido de una ducha fría, con el objeto de "templar el cuerpo como el acero", y luego una buena unción de aceite. Rabí Khannina, porque desde la niñez la madre lo había acostumbrado a esos cuidados, a los noventa años todavía podía "mantenerse en un pie el tiempo para ponerse el zapato en el otro pie" [7].

Para lavarse utilizaban barrilla (cenizas de ciertas plantas, que contenían soda) con un cuerpo graso. ¿Era a esa composición a la que Job aludía? [8] También podía ser piedra pómez, muy conocida por los griegos y por los romanos. Cuando estaban verdaderamente muy sucios, recurrían al "natrón", ese natrón del que el profeta Jeremías había anunciado al pueblo infiel que no bastaría para lavar su pecado [9]; era carbonato de soda que se traía de Egipto o de Siria; el nombre de este producto era significativo, pues procedía de la raíz "espumar". Al natrón recurrían los trabajadores de los oficios sucios, curtidores y zurradores, para quitarse la mugre el viernes de tarde antes que comenzara el sabat. También se frotaban con plantas muy aromáticas, como el romero y el orégano. Se conocían las esponjas —tenemos la prueba en el célebre episodio evangélico en que uno de los espectadores de la crucifixión alcanza a Jesús, en la punta de una caña, una esponja empapada en agua avinagrada [10]— y también los cepillos.

[5] Lev, XI, 44.
[6] *Kid*, LXVI, a.
[7] *Khoul*, XXIV, b.
[8] IX, 30.
[9] Jer., II, 22.
[10] Mt., XXVII, 48 y paral.

Pero no el cepillo de dientes y el dentífrico: para purificar el aliento se utilizaba la "pimienta olorosa", sin duda una suerte de anís [11].

¿Se afeitaban los hombres? Tan a menudo se cita esta operación en la Biblia, que se cae en la tentación de creer que era usual. Se decía, por ejemplo, que todo el que había hecho voto de "nazireato" [12] no debía afeitarse [13] y que, en cambio, los levitas, el día de su purificación debían afeitarse [14]; pero se trataba, para los primeros, de la cabellera, y para los segundos de los vellos del cuerpo. Los "barberos" de que habla, en varias oportunidades, el texto griego de los Setenta, existían sin duda alguna, pero no se sabe si no eran simplemente peinadores. Numerosos textos bíblicos parecen indicar que los judíos se dejaban crecer la barba: Aarón, hermano de Moisés, decía formalmente el Salmo CXXXIII, ¿no tenía una barba suntuosa sobre la que descendía finísimo óleo? No cuidarse la barba hasta era signo de aflicción [15]: se la afeitaban cuando estaban de duelo [16]. Cortarle la barba a un hombre era insultarlo gravemente [17]. Como los romanos eran lampiños, es más que probable que los judíos de tiempo de Cristo consideraban su sistema piloso como un elemento de resistencia. Es, pues, casi seguro que Jesús, judío fiel, jamás hubiera querido caer bajo las invectivas que el profeta Jeremías lanzó contra los que se afeitaban [18]. Quizá, como los rabinos de hoy, llevara esa parte de la barba que prolonga la cabellera por debajo de las sienes, que el Levítico hacía obligatoria [19], unas especies de largas patillas ensortijadas.

Detalle curioso: el mismo Levítico prohibía formalmente todo tatuaje [20], probablemente porque los fenicios y otros paganos se tatuaban las manos y la frente en honor de sus ídolos; puede que los profetas fueran los únicos en llevar en la frente o en la mano el "signo de Yavé" de que se trata en Isaías [21]. ¿Son tatuajes esa "marca de la Bestia" y ese "sello de Dios vivo" de que habla el

[11] *Sabbat*, IX, 6.
[12] Véase más adelante, sobre los "nazareos", pág. 438.
[13] Núm., VI, 5; Jue., XIII, 5; XVI, 17, y el caso del joven Samuel, I Sam., I, 11.
[14] Núm., VIII, 7.
[15] II Sam., XIX, 25.
[16] Jer., XLI, 5, etc.
[17] II Sam., X, 4; Is., L, 6.
[18] Jer., IX, 25; XXV, 23; XLIX, 32.
[19] Lev., XXI, 5.
[20] Lev., XIX, 28.
[21] Is., XLIV, 5.

Apocalipsis? [22] El primero, sin duda, como alusión al uso pagano, pero el segundo parece ser metafórico, espiritual.

Era la cabellera objeto de serios cuidados. Sin que todos fueran Absalones [23] ni encantadores príncipes de ondeantes rizos de "color de ala de cuervo" por el estilo del que cantaba la Amada del Cantar de los Cantares [24], a los hombres ricos les gustaba llevar los cabellos largos, práctica de la que San Pablo decía que "es una vergüenza" [25]. Los jóvenes libertinos, refiere Flavio Josefo, se echaban polvo de oro en la cabellera para hacerla más brillante. Los viejos bonitos, como Herodes, según lo que también refiere Josefo, se teñían. La gente del pueblo también llevaba cabellos largos, pero menos, envueltos o trenzados bajo la toca, salvo los días de fiesta. En una comida de ceremonia, ya lo hemos visto [26], y el Evangelio lo dice varias veces [27], era uso corriente perfumarse la cabeza; el huésped, o una de sus sirvientas, echaba el aceite oloroso en la cabeza del invitado de honor. En cambio, enmarañarse los cabellos era señal de tristeza, y aún más rapárselos o arrancárselos. Para todos los cuidados capilares se utilizaban peines de oro, de marfil o de madera, a menudo adornados con un motivo floral, por el estilo de los que se han encontrado en Egipto. El espejo, de metal pulido, con mango, se conocía desde hacía mucho; sin duda desde la permanencia en Egipto, pues el libro del Éxodo ya habla de él [28].

Cae de su peso que las mujeres prestaban a su cabellera cuidados mucho mayores. ¿Acaso el mismo San Pablo no reconocía que una hermosa cabellera es "la gloria" de una mujer? Aunque también es cierto que, en su primera carta a Timoteo, aconseja a las cristianas que no abusen de ese derecho a ir bien peinadas [29]. Las judías sobresalían en hacerse trenzas, adornarlas y aun rizarlas. Entre las elegantes, más o menos paganizadas, había de mezclarse la moda, y cuando en Roma ésta fue de peinados altos, Herodías y Salomé debieron imitar a Claudia y Livia. De todas las prohibiciones que trae el tratado *Sabbat*, la más dolorosa para las mujeres había de ser sin duda la que les impedía, el día

22 Apoc., XIV, 9, y VII, 2, 3.
23 Absalón que cuidaba tanto su cabellera, II Sam., XIV, 26.
24 Cant., V, 11.
25 I Cor., XI, 14.
26 Véase más arriba, pág. 234.
27 Mt., VI, 17; XXVI, 7; Lc., VII, 46.
28 Ex., XXXVIII, 8; véase también Job, XXXVII, 18; Is., III, 23.
29 I Tim., II, 9.

santo, hacerse trenzas, rizarse, ponerse moños en los cabellos y adornarlos... A la edad de Jezabel, para "reparar de los años el irreparable ultraje", las mujeres se teñían con el "rojo" de Antioquía o el "hené" de Alejandría. Y si las indicaciones del Talmud valen, para Palestina, llevaban cabellos postizos hechos "ya sea con los suyos, sea con los de una vecina, o con los de un animal doméstico".

Y además, se ponían afeites, se perfumaban. Entre los objetos encontrados en las excavaciones, figuran en gran cantidad frasquitos y cucharas de afeites, de hueso, marfil o metal, sin hablar de espátulas y paletas para extenderlos. La práctica era muy antigua: aun antes que Abraham llegase a Palestina, las cretenses y las egipcias sabían pintarse los ojos, las mejillas y los labios, como las parisienses de hoy. Las mujeres de Israel no debieron tardar en seguir el ejemplo: la tercera hija del santo hombre Job ¿no respondía, acaso, al nombre bien gráfico de "Cuerno de afeite"? [30] En las cejas y pestañas ponían *puch*, es decir, lo que los romanos llamaban *stibium* y que las mujeres árabes llaman *khol;* una substancia de color azul negro a base de plomo. En las mejillas y en los labios la *sikra*, con que ya hemos visto también se daba color a la tinta. La hoja del *al-kenna*, especie de alheña, de que a menudo se habla en el Cantar de los Cantares, ese catecismo de amor [31], da una ceniza de un color amarillo oscuro que sirve a las mujeres árabes de hoy para teñirse las uñas y las palmas de las manos, y aun los cabellos a falta de "henné". ¿Lo utilizaban las judías del tiempo de Cristo? No todas, pero sí algunas. Cejas ennegrecidas, pestañas azuladas, mejillas pintadas, palmas de las manos teñidas: así podemos representarnos a la Magdalena, antes que la mirada del Maestro la arrancara del pecado.

En cuanto a los perfumes, los usaban mucho, tanto los hombres como las mujeres. Como todos los orientales, los judíos los empleaban al mismo tiempo por gusto y también para mitigar los inconvenientes de la transpiración, en un país cálido. Para convencerse basta con abrir el Nuevo Testamento; podría decirse de él lo que el siracida dice de la sabiduría [32]; el libro "esparce perfume como la canela y el cinamomo; embalsama como la mirra preciosa,

30 Job, XLII, 14.
31 Por ejemplo: Cant., I, 14.
32 Eclo., XXIV, 15 y sigts.

como el gálbano, el esónice y la resina"[33]. Los camellos de la reina de Saba llevaron a Salomón cargamentos enteros de perfumes; Ezequías poseía bodegas repletas; Ester, antes de presentarse al rey, estuvo un año entero impregnándose de perfumes, y la novia del Cantar de los Cantares chorreaba literalmente aceite de olores fuertes. De modo que las mujeres de Israel hallaban en el texto sagrado serios estímulos para amar los perfumes. Las de Jerusalén tenían el derecho de emplear en perfumes la décima parte de su dote. Algunas hasta llevaban minúsculos vaporizadores de piel en sus sandalias; un movimiento del dedo gordo era suficiente para que las rodearan los más embriagadores medios de seducción. Ciertos perfumes eran particularmente apreciados. El de nardo, en primer lugar, ese nardo que María Magdalena esparció sobre Cristo, cuyo olor era tan penetrante que en seguida invadió toda la casa; venía de la India y costaba muy caro, por lo cual hacían una imitación con una planta local. El cinamomo, nombre que llevó otra hija de Job, era un perfume fresco, algo alcanforado, que se oponía a la mirra, el precioso producto importado de Arabia, y al bálsamo, que se compraba en Jericó, una y otro de fragancia pesada. Se utilizaban también maceraciones en aceite de plantas de olores exquisitos, el lirio, el jazmín, la rosa. En cuanto al ónice, llamado también "uña olorosa", no era un producto mineral, sino que venía del opérculo córneo que cierra la entrada de un múrice llamado cañadilla. Todos esos productos se compraban en casa de artesanos y comerciantes especializados y perfumistas, de que se habla muchas veces en la Biblia, pero siempre con cierto matiz de desprecio, pues sus mejores clientes eran evidentemnte las mujeres de mala vida... pero no eran las únicas. Por eso, aunque se admitía que una mujer honesta estuviese muy perfumada, no se admiraba menos a las que no recurrían a esos medios de encantar. Uno de los cánticos que acompañaban a la novia a la casa de las nupcias y la elogiaban, decía: "Ni afeites ni polvo, ni pomada ni aceite perfumado, está sin artificio, neta como una gacela..."

Todo lo que se sabe del aseo da una impresión mucho más "civilizada" de cuanto se creería poder encontrar. Aun en nuestros días, en los países de Oriente, hasta bajo la tienda de los nómadas, se encuentran refinamientos de los que estaban segura-

[33] Se sabe que el Evangelio alude con frecuencia a perfumes. Por ejemplo: Mt., XXVI, 6; Lc., VII, 36; Mc., XIV, 3; Jn., XII, 1, etc.

mente muy lejos los campesinos occidentales de la Edad Media. Hay sin embargo un punto que deja inquieto, en esos cuidados: ni en la Biblia, ni en el Talmud, se habla una sola vez de esa modesta pieza que consideramos indispensable: el pañuelo. Lo que, evidentemente, no quiere decir que los judíos ignoraban el resfriado, sino que, como los romanos, para obviar a sus consecuencias, recurrían a medios más sencillamente naturales que los chinos, quienes tenían, desde hacía siglos, el pañuelo de papel...

III. Relaciones sociales

El mismo cuidado que se prestaba al aseo prueba la importancia de las relaciones sociales: es raro que uno se perfume para sí mismo. En realidad, el israelita estaba muy en contacto con los demás. Muchas razones había para eso. Climáticas en primer lugar: como en todos los países de sol, se vivía mucho en las calles o en las plazas, pues la casa, por más que se la apreciara, no desempeñaba en modo alguno el papel de hogar cerrado, celosamente guardado, que tiene en las regiones frías. Religiosas y también sociales; el pueblo reunido, la comunidad, la "sinagoga", ocupaba un lugar fundamental en las relaciones con Dios.

Uno de los rasgos típicos del pueblo judío en la Biblia es la práctica de la hospitalidad: pero Israel la tenía en común con todos los pueblos de la Antigüedad. Tratar bien a un huésped era un deber de honor; dejar que lo insultaran en su casa, una falta grave; matarlo, el más infame de los crímenes. La invitación a almorzar era corriente; así Abraham, en Mambré, convidó con un buen asado de ternero a unos visitantes desconocidos que no eran sino los Ángeles del Señor[34]. En los Evangelios vemos muy a menudo a Jesús invitándose sin reparo en casa de fulano o mengano, tanto en casa de sus amigos de Betania, como en casa de un fariseo o del buen publicano Zaqueo; muy naturalmente sus discípulos de Emaús dicen al desconocido compañero de camino: "Quedaos, pues, con nosotros; ya es tarde." Por lo demás, él mismo recomienda en varias oportunidades, practicar ampliamente la hospitalidad, esa forma cortés de la caridad[35], pero también precisa a sus discípulos cómo deben portarse cuando son ellos los bene-

[34] Gén., XVIII.
[35] Mt., X, 40; XXV, 35, etc.

ficiados [36]. San Pablo da las mismas consignas a sus corresponsales de Roma [37], y San Pedro, realista, agrega que cuando se reciben huéspedes, no se los debe recriminar [38]. ¿Quién sabe, anota la epístola a los hebreos [39], si los visitantes no son ángeles...?

Entre aquellos a quienes se recibía, los amigos, como es natural, ocupaban un lugar privilegiado. La amistad, en efecto, desempeñaba un papel considerable en la vida israelita, mayor que el que puede tener, en la existencia de un obrero de hoy, la camaradería sindical. Hasta tenía un carácter religioso, consagrado por un juramento, por el estilo del que, en la Biblia, liga a David y Jonatán [40]. Ciertamente el amigo verdadero es raro, aquel que, dice el Proverbio, es "capaz de amar en todas las circunstancias" [41]; pero, ¡qué hermoso es! Sobre el particular el siracida tenía un pasaje maravilloso [42] y concluía: "Según somos, así es el amigo que tenemos." Jesús emplea la palabra *amigo* tan a menudo, que es imposible dar todas las referencias; ¡qué afecto testimonia a los que califica con ese nombre! Hasta parece que tres de ellos, Pedro, Santiago y Juan, a los que él llevó para que fueran los testigos de su transfiguración, fueron para él amigos íntimos asociados a su misión más directamente que los demás apóstoles. Aun había casos en que las relaciones de amistad tomaban, en Israel, un carácter oficial; por ejemplo, ya hemos visto, en las ceremonias del casamiento, que "el amigo del esposo" desempeñaba el papel de un indispensable mayordomo [43].

Entre amigos se besaban, como entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, entre primos, y, claro está, entre hombre y mujer que se amaban. En la Biblia se habla mucho del beso; sería fácil encontrar la lista de todas las clases de besos que sellan los vínculos del amor y los del afecto, y también los que dependen del código de las costumbres. Así, era regla besar al que se recibía bajo su techo; un superior señalaba su benevolencia besando a su inferior; en cambio, el inferior besaba al superior la mano, o las rodillas, hasta los pies, cuando quería testimoniarle un respeto sin límites. Los discípulos de los rabíes se llegaban a

36 Mt., X, 11.
37 Rom., XII, 13.
38 I Pe., IV, 9.
39 Heb., XIII, 2.
40 I Sam., XVIII y XX.
41 Prov., XVII, 17.
42 Eclo., VI, 6-17.
43 Véase más arriba, pág. 141.

ellos besándoles la mano; el tristemente famoso "beso de Judas" no fue sin duda un beso en la cara, como los pintores lo han mostrado tantas veces, sino un besamano. Entre los fieles de un mismo grupo, se daban el "beso de paz"; los esenios lo practicaban, y es sabido que los primeros cristianos hicieron de él la prenda del amor fraterno [44].

Cuando no había motivo alguno para besarse, por ejemplo, cuando se encontraban en la calle, se utilizaban fórmulas establecidas, análogas a nuestro "buenos días", o al "*how are you*" de los anglosajones. Según el Nuevo Testamento, vemos que había dos fórmulas muy usuales: "Salud" o "La paz sea con vosotros." [45] Según el Talmud, parece que la segunda era la de las gentes "bien", es decir, de los verdaderos fieles: "*Schalom alekh hem*"; así se saludan todavía entre judíos. Pero un judío piadoso se hubiese guardado muy bien de dirigir semejante deseo a un samaritano o a un pagano: si podía, le arrojaba una maldición refunfuñando. A un amigo, a un compañero, al contrario, agregaban gustosos una fórmula de bendición, por el estilo de la que una mujer echa un día a Jesús: "Dichoso el seno que te llevó y los pechos que mamaste." [46] El contrario exacto de un insulto igualmente muy usual: "Maldita sea tu madre" y otro que pretendía arrojar una duda sobre la legitimidad del nacimiento del interpelado... Pero, de todos modos, no se "saludaban" nunca al modo moderno, quitándose el sombrero. Ni siquiera ante un superior, ni ante un personaje todopoderoso, de quien, al hablarle, se declaraban "el esclavo", nadie se descubría jamás; ni siquiera ante Dios, ni en el Templo, ni en la sinagoga.

Se pasaba mucho tiempo en la calle o en las plazas públicas, hemos dicho. Por lo menos los hombres, pues no era costumbre que las mujeres pasearan, salvo alrededor de las fuentes, donde formaban abundantes y ruidosas aglomeraciones. Las calles, lo hemos visto al hablar de Jerusalén [47], se barrían regularmente: en todo caso, en las ciudades. Los amigos se paseaban, no dándose el brazo, como en nuestros días se hace en Italia, sino dándose la

44 Es imposible dar todas las referencias al beso en la Biblia. He aquí algunas; a un huésped, Gén., XXIX, 11; entre padres e hijos, Gén., XXXI, 28; Rut., I, 14; Lc., VII, 45; Act., XX, 37; entre enamorados, Prov., V, 20; Cant., I, 2; a un superior, Lc., VII, 38; beso de Judas Mt., XXVI, 49; beso de paz, I Rom., XVI, 16, etc.
45 Sant., I, 1; Act., XV, 24, y Lc., XXIV, 36; Jn., XXI, 26.
46 Lc., XI, 27.
47 Sobre Jerusalén, véase pág. 93.

mano. Hubiera sido la última indecencia hacerlo con una mujer... Para charlar, no había "cafés"; se sentaban "a la turca" ante el umbral, en los peldaños de una escalera, en un rincón a la sombra. Pero ¡cuidado! había que elegir bien la sombra, pues a los malos espíritus les agradaba particularmente, dice el Talmud, la sombra de los alcaparros, la del serbal achaparrado, y la de la higuera —lo que había de ser bastante molesto, puesto que todos los jardines tenían higueras al lado de las casas—. ¡En cuanto a ponerse a la sombra de un barco, en el muelle de un puerto, era simplemente correr el riesgo de ver al diablo [48]!

En las calles se hacían a menudo encuentros que, no por ser menos temibles, dejaban de ser molestos; los de los mendigos. Su presencia señalaba un rasgo típico de la vida judía. Había muchos: el Nuevo Testamento muestra buena cantidad, desde Lázaro, el ulceroso que codicia las migajas de la mesa del rico malo, y Bartimeo, el ciego que San Marcos representa sentado a la entrada de Jericó, hasta el cojo que Pedro y Juan encuentran en la Hermosa Puerta del Templo [49]. Imprevisores e incapaces, perezosos y vagabundos, sin duda, pero también baldados y enfermos, pues no había hospitales ni hospicios para recoger a la gente de esa especie, sin olvidar los leprosos que parecen haber sido numerosos; era todo un mundillo de famélicos, de andrajosos, cuya presencia era una lacra de la vida judía. De ese tipo de pobre hombre es del que Jesús hace el retrato identificándose con él en el discurso del Juicio Final: "Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; peregriné, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis..." [50]

Pues si la miseria era grande. la limosna era de regla y abundante. La religión la imponía: "Si vi al miserable sin vestido —dijo Job en su poderoso lenguaje—, y al pobre que carecía de ropas... despréndase mi hombro de la espalda y arránquese del hombro mi brazo" [51]. Dar dinero o algún trozo de pan al desdichado que le suplicaba en la calle, era ciertamente uno de los gestos más corrientes de la vida judía. Jerusalén, en particular, en el momento de las grandes peregrinaciones, era invadida por todos cuantos desdichados de esos había en Tierra Santa; bien sabían que quienes

[48] Cf. A. Cohen: *op. cit.*, pág. 327.
[49] Act., III, 1-3.
[50] Mt., XXV, 35-40.
[51] Job, XXXI, 19, 22.

venían a implorar el perdón de Yavé echaban más fácilmente mano a la cintura. El resto del tiempo andaban errantes por los caminos, iban a los mercados o a los vados de los ríos, aprovechando también las facilidades que les daba la Ley, de comer espigas en los trigales y uvas en los viñedos, con la condición de que no usaran canasto ni hoz [52], y recogieran los frutos caídos y los racimos olvidados [53]. La vida cotidiana de Israel iba acompasada por sus gañidos suplicantes.

IV. De los demonios y de los astros

De todos los que andaban errantes por plazas y caminos, los más inquietantes no eran los leprosos: al menos a ellos se los reconocía de lejos por el grito de "Impuro, impuro" que tenían que pronunciar cuando un transeúnte se acercaba a ellos, sino los posesos, los que estaban en poder de los demonios. Sólo un exorcismo cuidadosamente elegido, apropiado al espíritu malo que se había apoderado de ellos, podía asegurar que quedarían libres. De modo que, entre los rabíes, había exorcistas profesionales —Jesús alude a ellos con claridad, principalmente en su contestación a los que le acusan de expulsar los demonios "por Beelzebul" [54]—; iban de pueblo en pueblo para ejercer su ministerio.

Es seguro, teológicamente seguro, que ha habido casos de posesión; la Biblia proporciona numerosas pruebas. Lo confirma el Evangelio, citando siete casos de posesos curados por Cristo [55] y mostrando a Jesús transmitiendo a sus discípulos el poder de exorcisar [56]. Pero eso no quiere decir que, aparte auténticos endemoniados, no haya habido gran número de locos, de desequilibrados, de neurópatas y de excitados, cuya manera de portarse no debía nada a Satanás ni a sus obras. La idea misma de enfermedad psíquica era extraña al espíritu de los judíos, como por lo demás al de todos los pueblos antiguos; la acción de los espíritus malos parecía la mejor explicación.

Además, la creencia en los espíritus malos estaba tan arraigada

[52] Deut., XXIII, 25.
[53] Lev., XXIX, XXIII, XXXIII, 22.
[54] Mt., XII, 27; Mc., etc.; véase también Act., XIX, 13.
[55] He aquí los siete casos de posesos curados: el demoníaco de Cafarnaún (Mc., I, 21); el ciego mudo (Mt., XII, 22); el poseso de Gerasa (Mt., VIII, 28; el mudo de Mt., IX, 32; la hija de la Cananea (Mc., VII, 25); el niño epiléptico (Mt., XVII, 14) y la mujer curada el día del Sabbat (Lc., XIII, 11).
[56] Mt., X, 1, y Mc., III, 15.

a la vez entre la gente culta y en la masa, que el Talmud la hace objeto de muchos preceptos [57]. Así, estaba permitido el día de sabat tener encendida una lámpara para que el diablo huyera, o, para recorrer, huyendo de él, más de la distancia reglamentaria. Ciertos pecados eran tan visiblemente reconocidos obra del Maligno, que se consideraba irresponsable al que los cometía.

¿De dónde venían los demonios? De los ángeles caídos, evidentemente, pero quizá también, aseguraban algunos, de los hijos que Adán pudo haber tenido antes de que, a los ciento treinta años, tuviera un hijo "según su imagen", como se dice en el capítulo V del Génesis. Por lo general son invisibles, pero si pone usted ceniza tamizada delante del umbral de la puerta, por la mañana quizá pueda ver su huella, que se parece a la impresión de las patas de un gallo. Están en todas partes, pero más particularmente en los edificios en ruina, en los pantanos, a la sombra de ciertos árboles, ya lo hemos visto... y en las letrinas; para protegerse de ellos, un rabí tenía la costumbre de hacerse acompañar a ese lugar por un cordero. Atacan tanto a los animales como a los humanos, pero, entre éstos, los más a menudo atacados son los grandes enfermos, los novios y los mozos que le sirven de compañía... (lo que es de una psicología bastante penetrante). ¡Ay del hombre que duerme solo en una casa! ¡Será víctima de Lilit, el demonio-hembra, y sólo Dios sabe qué le ocurrirá!

Afortunadamente, para quienes siguen todas las prescripciones religiosas, Dios mismo constituye ángeles guardianes, y tan poderosos, que en el combate que empeñan contra los demonios, "mil de éstos caen de un lado y mil del otro". Defensa sobrenatural; pero hay que ayudarla. Primero, con la oración: "El que reza el *Schema Israel* al acostarse es como si tuviera en la mano una espada de dos filos contra los demonios nocturnos." También se recomienda llevar los *tefilín* que se ponen en el brazo y en la frente durante la oración, en cuanto se siente que anda acechando un espíritu malo: en el estuche de cuero de la filacteria hay un versículo de la Biblia que es soberano contra el diablo; es el quinto del Salmo XCI —el mismo salmo que los católicos rezan aún en completas—: "No tendrás que temer los espantos nocturnos, ni las saetas que vuelan de día".

[57] No pudiendo, en el desarrollo que sigue, dar todas las referencias a los tratados talmúdicos, remitimos al libro del rabino A. Cohen, ya citado, capítulo IX. Nuestros ejemplos son tomados de él.

Pero muchos israelitas, aun muy creyentes, no se conforman con esos medios legales de precaverse de las influencias del Maligno. Llevan, más o menos subrepticiamente, amuletos. La costumbre ha de ser verdaderamente una institución, para que el tratado *Sabbat* sienta la necesidad de precisar que el día santo se puede salir con un huevo de langosta, un diente de zorro o un clavo de cadalso. En las excavaciones se han encontrado cantidades de pequeños objetos que eran seguramente amuletos: conchas perforadas, dientes de animales, tabas, medias lunas, discos adornados con una estrella. Ni siquiera es seguro que violando la Ley que prohibía toda representación de figuras animales, no llevaran algunos esas pequeñas serpientes de metal, esas moscas de oro, esos hipopótamos de lapislázuli cuyo empleo era corriente entre los paganos de Fenicia y de Egipto. Durante la guerra de los macabeos, ¿no se encontraron esos objetos en los cadáveres de los soldados judíos? [58] Es infinitamente probable que los descendientes de esos héroes guardaran la misma práctica. ¿Quién sabe si los colgantes y los zarcillos de las mujeres no son recuerdo de aquello?

Recorriendo el Talmud se tiene la impresión de que la superstición ocupaba un lugar considerable en la vida cotidiana judía. Lo que no es asombroso: en ese pueblo impregnado de religión, encerrados en una red de observancias rigurosas que no podía violar sin exponerse a graves sanciones, la creencia propendía forzosamente, entre los humildes, a la devoción fetichista y a la instauración de los tabús. Por razones tan poco claras como las que, aun hoy, hacen que se tema al número 13, los números pares se consideraban como nefastos, tanto si se trataba de días para emprender un viaje, como de vasos de vino que beber. Dos comensales que se lanzaran bolillas de pan estaban seguros de enfermarse. Poner la mano en el plato al mismo tiempo que otro comensal, daba mal de ojo. Salir con un caballo o un asno sin ponerle entre los ojos una cola de zorro o un trapo colorado, era correr el peligro de caerse —así como los griegos de nuestros días ponen a sus cabalgaduras perlas azules—. Pero lo más grave es que había gentes de "mal ojo", cuya sola presencia bastaba para acarrear desgracia; un rabí hasta aseguraba que de cien muertos, noventa y nueve se debían a esa causa. Y existían fórmulas para conjurar ese peligro.

Ese clima de superstición, al que se opone con tanta evidencia

[58] II Mc., XII, 40.

el otro, tan transparente, tan puro, del Evangelio, inclinaba naturalmente a la práctica de las artes mágicas. Sin embargo, la Biblia lo prohibía con vehemencia; en el capítulo XVIII del Deuteronomio, la lista de esas actividades prohibidas estaba hecha con cuidado. El brujo y el agorero, el encantador y el nigromante, estaban condenados; un rabi agregó a la lista el encantador de serpientes y el ventrílocuo. ¿Eran bien observadas esas prohibiciones? Nos hacemos la pregunta al ver con qué insistencia el Talmud promete que "los que nunca se entregan a la adivinación tendrán en el cielo un lugar en un sitio al que los mismos ángeles oficiantes no pueden llegar". La astrología, en particular, era severamente condenada. El *Libro de los Jubileos*, el apócrifo bien conocido, escrito hacia 150 antes de Jesucristo, aseguraba que ésta fue enseñada por los ángeles malos, y, en los *Libros sibilinos*, la llamaban "ciencia funesta, que engendra todos los males". Pero entonces, ¿por qué vemos, en el texto sagrado, que fue practicada en los tiempos antiguos? [59] ¿Por qué, también, ciertos rabíes referían apólogos que probaban que la astrología decía la verdad? Por ejemplo, la del rey Nemrod a quien los astros revelaron que un niño había de nacer cuya descendencia suplantaría a la raza caldea, por lo cual los padres de Abraham debieron ocultarlo. O también la que explicaba la actitud, bien conocida, de la mujer de Putifar hacia el joven José, por el anuncio que había recibido de los astros de que tendría de él un descendiente, sin saber si ese hijo nacería de ella o de su hija Asenet, lo que, pretendíase, fue lo que ocurrió [60]. Sin dar a la adivinación y a la astrología el lugar que los romanos de su tiempo les concedían [61], los judíos la tenían en cuenta, tanto en su comportamiento diario, como en la elección de los nombres de sus hijos. El desacuerdo de los rabíes sobre el particular es revelador, uno decía: "El planeta bajo el cual se nace determina sabiduría y riqueza", pero otro afirmaba: "Los astros no tienen acción sobre el destino de los israelitas." Y más tarde, después de la ruina de Jerusalén, el compilador del tratado *Sota* escribirá tristemente: "La superstición y la inmoralidad son los que han destruido todo."

59 Is., XLVII, 12, etc.
60 Gén., XLI, 45.
61 Véase sobre la superstición en Roma el citado libro de Paoli, capítulo XIV.

V. Diversiones y ocios

Nunca, por decirlo así, se habla de diversiones y juegos en la Biblia; los únicos a que se alude son juegos de niños. Así, Jesús cita el estribillo de la rueda infantil de que ya hemos hablado [62]. También hemos visto [63] que las niñas judías tenían, derogando la ley que prohibía las imágenes o seres vivientes, muñecas y animales de cerámica, de que ya hemos tratado [64], de los cuales se han encontrado ejemplares en las excavaciones. ¿Ignoraban el ocio los contemporáneos de Cristo? Lo cierto es que las distracciones no ocupaban en su existencia el lugar que tenían en la de los romanos, donde se sabe que eran asunto de Estado y medio de gobierno. El demasiado famoso "*Panem et circenses*", que será cada vez más el axioma político del Imperio, no tiene equivalente en el Pueblo de Dios.

Claro que ciertas formas de distracción usuales entre nosotros eran totalmente inconcebibles en Israel. A ningún judío se le hubiera ocurrido echarse a andar por los caminos, por el placer de excursionismo, o "por turismo". El pescador de caña, que, el domingo, hostiga al gobio a lo largo de los ríos de Francia, hubiera parecido absurdo; la pesca era un oficio, un oficio pesado, no un solaz. ¿Iban por lo menos de cacería? Tampoco se habla mucho de ese noble deporte en la Biblia, y las alusiones que encontramos en el Nuevo Testamento a las trampas y a los lazos [65], se refieren evidentemente a la caza considerada como un trabajo más que como un placer. Cazaban para matar a las fieras, o para comer caza menor, más que por distraerse. Sin embargo, la costumbre romana de cazar por cazar parece haber penetrado en las clases ricas: así Herodes, según asegura Flavio Josefo, como Nemrod, era gran cazador ante el Eterno. ¿Con qué cazaban? Con el arco, la honda y la espada, es decir, con armas de guerra. Contrariamente a los mesopotámicos, los judíos no parecen haber utilizado el perro. Claro está que la vigilante Ley religiosa no ignoraba la cacería, como no ignoraba las demás actividades humanas. Ordenaba que se sangrara inmediatamente toda bestia muerta,

62 A propósito de la educación y de la técnica de la "memorización" por los recitados paralelos, véase pág. 302 y (Mt., XI, 16; Ls., VII, 32).
63 Sobre los juegos infantiles, véase más arriba, pág. 128.
64 Job, XL, 29.
65 Lc., XI, 54; XXI, 34; Rom., XI, 9; I Tim., III, 7; II Tim., II, 26, etc.

exactamente como los terneros o los borregos, y de tapar la sangre con tierra, "pues el alma de toda carne es su sangre" [66]. Pero, benevolente a su modo, prohibía que se cogiera a la hembra en el nido, si estaba empollando o si tenía cría: debían hacerla levantar, y luego podían, sin cometer falta alguna, apoderarse de los pajarillos [67].

Los juegos de "cámara" eran conocidos, y, curiosamente, están muy cerca de los nuestros. En las investigaciones se han encontrado fichas, perinolas y dados, estos últimos idénticos a los que empleamos. Hasta se ha encontrado un dado tan irregular que bien parece falseado. Ignoramos las reglas de los juegos —mientras que se conocen las de los hititas—. Ciertas clases de juegos, análogos al juego de la oca, parecen haber sido sumamente antiguos en Israel; se echaban los dados para adelantar de un cuadro a otro piezas de forma cónica. Poseemos también unas chapitas de marfil con agujeros, que hacen pensar en un juego de "solitario". Todo eso está muy cerca de los juegos que los romanos llamaban *latruncula* y los griegos *plinthrion.* Aun en nuestros días, en Palestina y en Jordania, se juega a la *mancala,* con un casillero agujereado con dos hileras de siete agujeros, en los cuales se echan fichas; y ese juego parece muy anterior a la invasión del Islam [68].

Hasta se jugaba al aire libre con juegos análogos. Plutarco asegura que en el descanso los soldados jugaban a los dados o a una cosa muy parecida a nuestras "damas". Los que echaron a suertes la túnica sin costura del Crucificado debían de tener dados en la cintura. En las losas del "lithostrotos", el patio enlosado de la Antonia, donde Pilato estableció su pretorio, se ve netamente un juego de rayuela, y ese "juego del círculo" de que habla Plauto. Se jugaba con cuatro tabas, señaladas con letras-números. Algunas jugadas tenían nombres, como en el ajedrez; había "la jugada de Alejandro", "el Efebo", "el Darío"; la mejor era la "jugada del Rey", en griego, el "Basileo". Ahora bien: en las losas se ve perfectamente el círculo, una raya enmarañada que circula entre diversas figuras, la *B* de Basileo repetida, y por último una corona real. ¿Será éste el origen de la bárbara zurra que los soldados infligieron a Jesús, y de la corona de espinas? ¡La jugada del

[66] Lev., XVII, 13.
[67] Deut., XXII, 6, 7.
[68] Bouquet: *op. cit.,* pág. 221.

Rey por el rey de los judíos! Encontrarse con esto, oprime el corazón [69].

Parece que se practicaron otros juegos al aire libre que están más cerca del deporte. Si nos atenemos a la Biblia, parece que los israelitas amaban desde siempre las justas y las luchas, como la que el filisteo fue a proponer a la gente del rey Saúl. También tiraban al blanco [70] con flechas, o con honda [71], y sabían apuntar "con la diferencia de un pelo". Y cuando Isaías anuncia a un tal Sobna, prefecto del palacio, que "Yavé lo echará a rodar como una bola sobre la vasta tierra" [72], verosímilmente alude a un juego que debía ser el antepasado de nuestro fútbol.

A esos juegos tradicionales, de los que hay razones para pensar que los judíos del tiempo de Jesús los practicaban como sus antepasados, la influencia de los griegos y de los romanos ¿había agregado otros, como el del circo, del estadio, del hipódromo, del anfiteatro? Josué llamado Jasón —ese "ser abyecto", dice el Libro Segundo de los macabeos—, con la intención de "atraer a sus compatriotas al helenismo", siendo sumo sacerdote, introdujo en Tierra Santa los juegos paganos [73]. Herodes el Grande, que fue a asistir a los Juegos Olímpicos, ayudó al desarrollo de la lucha griega, de la discobolia, y sobre todo de la carrera de carros; mandó construir, no lejos de su palacio de Jerusalén, un hipódromo que pasaba por ser uno de los más lujosos de su tiempo, y también, quizá en Jericó, un anfiteatro. Había otros hipódromos y anfiteatros en algunas ciudades de Palestina, en Cesárea, en Tariquea, en Samaria-Sebaste. Pero los espectáculos que se daban eran placeres de paganos, contra los cuales los rabíes se sublevaban; los verdaderos fieles no asistían a ellos. Es significativo que el Evangelio no contenga una sola alusión a semejantes juegos. Cuando San Pablo habla de las carreras de estadio lo hace dirigiéndose a los cristianos de Corinto, griegos convertidos o judíos que vivían en una ciudad pagana [74]. Lo cierto es que Israel rechazó con asco los espectáculos abyectos e irritantes que eran

[69] Véase el dibujo que figura en *Jésus en son temps,* capítulo X, parágrafo "La flagellation et le couronnement d'épines" y también las fotografías del álbum "Paysages et documents" para *Jésus en son temps.*
[70] I Sam., XX, 20.
[71] Jue., XX, 16.
[72] Is., XXII, 17 (ciertas traducciones dan una *pelota,* lo que dejaría suponer que el balón estaba hecho de lana).
[73] II Mac., IV, 7-19.
[74] I Cor., IX, 24.

las delicias de la masa romana; combates de gladiadores con obligatoria muerte de hombre, ejecuciones públicas de los condenados, en los suplicios o entre los dientes de las fieras. Es su honor, es su dignidad.

VI. Temas reservados

¿Conocían los israelitas otras diversiones, menos confesables que la rayuela, las tabas o la lucha de manos abiertas? Forzoso es admitirlo, pues los textos son formales. En tiempos remotos, una de las peores tentaciones que conoció el Pueblo elegido fue mirar demasiado del lado de esos templos paganos, cananeos o fenicios, en los que hieródulos de uno y otro sexo se entregaban a la prostitución. Y aun, a pesar de la prohibición formal del Deuteronomio [75], parece que auténticos israelitas, doncellas y mozos, aceptaban ser lo que el texto llama rotundamente "perros". Los altos lugares, donde también imperaba la idolatría, eran conocidos por atraer a ese género de jauría y a su clientela, como el monte Erix, en Sicilia, era desde hacía siglos, una de las capitales de la prostitución sagrada. Los fenicios y los cartagineses fueron mucho tiempo los dueños de ese comercio, privilegio en el cual los sustituyeron los traficantes romanos. Después de las campañas emprendidas por los profetas Amós y Oseas, y luego las medidas tomadas por el rey Josías, la prostitución sagrada desapareció de Israel, y quienes querían recurrir a ella tenían que ir a la costa, a los puertos de Siria-Fenicia.

Lo cual no quiere decir que no existiera prostitución en Israel en la época de Cristo; el Nuevo Testamento nos da la prueba. Sin duda no debe tomarse en un sentido demasiado riguroso el término "pecadora"; en el Talmud es tan amplio, que hasta designa a una mujer que da a su marido una comida que no ha pagado regularmente el diezmo. Pero, en fin, parece muy probable que María de Magdala, la más emocionante de las pecadoras de la historia, ejercía esa profesión antes que la mirada del maestro la sacara de ella. La mujer que unta con perfume los pies de Cristo durante la comida en casa de Simón el fariseo —si no es la Magdalena, lo que se discute— está formalmente indicada como pecadora. En la parábola del Hijo pródigo, Jesús precisa que las

[75] Deut., XXIII, 17, 18.

cortesanas contribuyeron a arruinar a ese joven loco. Y los "maridos sucesivos" de la Samaritana que Jesús encuentra en el pozo de Jacob bien pudieran, en francés, llamarse clientes [76]. En varias oportunidades Cristo evoca a las "mujeres de mala vida" [77]. Por lo demás, como es sabido, habla de esas mujeres con más piedad que severidad, viendo seguramente en ellas víctimas más que culpables, y aun anunciando a los fariseos que algunas de ellas entrarán más fácilmente en el Cielo que ellos mismos... No puede decirse si existían las casas de libertinaje, de que se habla varias veces en el Antiguo Testamento [78], pero es más que probable, pues el lupanar era, en todo el Imperio romano, una verdadera institución, muy floreciente, y muchas posadas, en los caminos, tenían un personal de "burritas" como aquella que en el atrayente cartel, *via dell'Abbondanza*, en Pompeya, propone a los caminantes los servicios de sus pensionistas. Triste espectáculo, y no parece que la conversión al cristianismo haya bastado para hacer desaparecer esa lacra social y sus malas costumbres: San Pablo hablará de ella con cruda severidad [79]. En cuanto a la prostitución masculina, aun cuando el Evangelio no alude a ella, no había de ser ignorada, si juzgamos por la *Epístola a los Romanos* de San Pablo (I. 27) y según los *Libros sibilinos*, el apócrifo judío, que condena violentamente a "los que tienen relaciones impuras con los muchachos jóvenes" [80].

Pues, naturalmente, toda la enseñanza religiosa de Israel se oponía a esas costumbres licenciosas. La repugnancia que sentían todos los redactores de la Biblia hacia la prostitución se traduce, de modo notable, por el empleo que hacen de esa palabra para caracterizar la infamia de las infamias, la idolatría. "Prostituirse", en el lenguaje de los profetas, no es forzosamente vender su cuerpo, es sobre todo entregar su alma a los falsos dioses. Babilonia, "la gran prostituta" del Apocalipsis —es decir, Roma—, es a la vez un centro de libertinaje y la capital simbólica del paganismo. La ley condenaba toda prostitución, y prohibía a los padres que prostituyeran a sus hijas [81], aun cuando no preveían el castigo, salvo

[76] Jn., IV, 18.
[77] Mt., XXI, 31.
[78] Ez., XVI, 30, habla de lupanares propiamente dichos; las prostitutas están citadas en Jos., II, 1; IV, 17; I Rey., III, 16; Jer., V, 7.
[79] I Cor., VI, 16.
[80] *Bible apocryphe*, pág. 195
[81] Lev., XIX, 29.

en el caso de la hija de un sacerdote, que había de ser quemada [82]. Además, estaba prohibido al sacerdote casarse con una prostituta [83]. Pero mucho más que las prescripciones legales, lo que había de detener a los judíos en el mal camino eran las prevenciones de los profetas y de los grandes inspirados. En ese sentido, la obra maestra era el capítulo XXVIII del Eclesiástico, de tan sabroso realismo, en que el siracida describe las maniobras de la cortesana, el envilecimiento del hombre que cede a ella, y las desgracias que siguen, con igual pertinencia. Sin embargo, no podemos estar seguros de que todos los judíos estuviesen persuadidos que "la casa de la prostituta fuese el camino del infierno, y que conducía al atrio de la muerte" [84].

[82] Lev., XXI, 9.
[83] Lev., XXI, 7.
[84] Para terminar estos temas escabrosos, se puede observar que la castración, practicada en todos los países vecinos de Israel —¡se necesitaban guardias para los harenes!— ciertamente practicada en tiempos de los Reyes, no debía haber desaparecido en tiempo de Jesús, puesto que, en un pasaje célebre, alude a él como a un hecho por todos conocido (Mt., XIX, 12). En el libro de los Hechos de los Apóstoles el eunuco de la reina de Etiopía a quien convirtió el diácono Felipe (Act., VIII, 27) es quizá tan sólo un alto funcionario que lleva ese título, sin haber debido pagarlo a tan alto precio... Recuérdese que Putifar, "eunuco" del faraón, estaba casado (Gén., XXXIX, 1-7).

CAPÍTULO XII.

CUANDO CALLA EL CANTO DEL PÁJARO

I. Condición del hombre: sufrir y morir

¿Qué fiel de Israel podía ignorar que la muerte fuese la sanción del pecado? El libro del Génesis, releído sin cesar, recordaba a todos la terrible decisión significada por Dios al primer hombre: "Ya que polvo eres y al polvo volverás [1]." No era sólo quien corría tras las prostitutas el que "se deslizaría en el hoyo", como decían el profeta Isaías y el salmista [2], sino igualmente el justo, aquel a quien ama el Señor. La condición del hombre, ineluctable, es sufrir y morir; el Libro Santo lo repetía incansablemente.

No puede dejar de llamar la atención, cuando se lee el Antiguo Testamento, el lugar considerable que en él tienen la enfermedad, el sufrimiento, la muerte. Un judío piadoso, familiar del texto, había de tener siempre presente en la memoria esos recuerdos. El siracida, que, bajo sus apariencias naturalmente sarcásticas, es un gran creyente, le explicaba, en todo el comienzo de su capítulo VII, cuán necesario y bienhechor es el pensamiento de la muerte. En otra parte daba una descripción conmovedora de los años en que cada cual puede decir: "No encuentro placer alguno", en que los hombres fuertes se doblegan, en que las mujeres dejan de moler el grano y la oliva, en que en fin, dice en una fórmula de poeta, "calla el canto del pájaro".

No hay que creer, sin embargo, que la sabiduría bíblica desembocaba en una desesperación radical, en el *toedium vitae*, en el fatalismo. Al contrario. Numerosos textos sagrados repetían que

[1] Gén., III, 19.
[2] Is., XXXVIII, 18 y Sal., LXXXVIII, 5.

el hombre debía luchar contra la muerte, vencer, si podía, las enfermedades, tomar todas las precauciones para evitarlas. Los rabíes repetían y comentaban esos preceptos tan minuciosamente, que varios tratados talmúdicos constituyen a la vez manuales de higiene, farmacopeas y enciclopedias médicas. Cuidar y curar son obligaciones religiosas, en virtud del principio de que el alma y el cuerpo están indisolublemente unidos, "que un cuerpo enfermo no puede ser el instrumento adaptado al funcionamiento de un alma pura." [3] Al *mens sana in corpore sano* de los paganos, Israel da su verdadera profundidad espiritual.

Por eso uno de los aspectos más significativos y emocionantes de la personalidad de Jesús es el de "taumaturgo" que le reconocen aun los críticos más racionalistas. Es el que cura a los enfermos, pone de pie a los paralíticos, devuelve la vista a los ciegos y la palabra a los mudos; el que, por sus milagros y con su ejemplo, da a los hombres la esperanza de vencer a la muerte.

II. Higiene y salud

De modo general los israelitas constituían un pueblo sano y vigoroso: el propio Tácito, que no los quiere, lo reconoce. "Beneficio de un clima saludable, de una alimentación frugal y de una vida simple." Resultado también de una higiene que, aun cuando más elemental que la nuestra, menos atenta a la asepsia y a la profilaxia, no dejaba de ser seria. Hemos visto [4] que la limpieza era la regla. Los baños y las abluciones, a un tiempo necesarios por el calor y el polvo, e impuestos por la Ley, constituían medidas higiénicas cuya importancia no debe menospreciarse. Se refería que un día de verano, el gran Hillel, luego de terminar una lección, dijo a sus discípulos: "Ahora voy a cumplir con un deber religioso. —¿Cuál? —Darme un baño." Y como los jóvenes se asombraran, les replicó: "¿Acaso no debo cuidar mi cuerpo? ¿No ha sido hecho a semejanza de Dios?" [5] Otro sabio enseñaba que la falta de higiene provocaba todas las enfermedades, tanto los males de las entrañas, como las úlceras, la demencia como la ceguera.

Es indudable que cierto número de prescripciones de la Biblia tienen intenciones higiénicas. Por ejemplo, las que los capítulos XI

[3] A. Cohen: *op. cit.*, pág. 297.
[4] Sobre la limpieza, véase más arriba, pág. 336.
[5] Comentario al Levítico, XXXIV, 3.

y XII del Levítico formulan respecto de los animales puros e impuros. Nada más prudente que prohibir que se coma carne de animal muerto de enfermedad y no sacrificado, y hasta no sangrado, pues la presencia de la sangre en la carne apresura la corrupción. Poner en guardia contra la carne de los buitres, milanos, cuervos y otros devoradores de cadáveres, contra la de las serpientes o de las ranas, tienen una misma intención de prudencia. También es razonable, cuando se ha manipulado carne averiada, lavarse las manos: al tachar de impureza legal a todo el que ha tocado un cadáver, el legislador obliga a hacerlo. Muchas otras prescripciones, que nos parecen más extravagantes, debían explicarse fácilmente en el contexto de la vida israelita. Todas eran seguramente seguidas por los judíos del tiempo de Cristo; San Pedro afirma que nunca comió sino carne "kasher" [6]; y lo mismo Jesús, sin duda alguna.

La ley religiosa formulaba también reglamentos de higiene colectiva que no carecían de sabiduría. Por ejemplo, cuando se juntaba gran muchedumbre, debían aplicarse las prescripciones del Deuteronomio [7] referentes a la limpieza de los campos y al entierro de las basuras. Desarrollando esos preceptos, los rabíes habían fijado en cincuenta codos la distancia que debía haber entre los muros de una ciudad y el lugar donde se pondrían los cementerios, donde se depositarían los cadáveres de los animales, y donde se instalarían las curtiembres [8]. Y hasta llegaron a precisar que debía tenerse en cuenta el viento dominante para que los miasmas no llegaran a la ciudad. Los largos capítulos del Levítico en que se trata de la lepra [9], revelan medidas profilácticas precisas. Toda ropa con huellas sospechosas había de ser examinada por un especialista, cuidadosamente limpiada y, si las manchas no desaparecían, quemada. Las prescripciones referentes a la "lepra de las casas" son los primeros decretos contra los cuchitriles conocidos en la historia; el texto sagrado hasta hace una descripción sorprendente del aspecto de esas moradas infectas donde prosperan los microbios, "cavidades verdosas o rojizas agujereando las paredes", es decir, mohos, enlucido caído, piedras desunidas; el propietario tenía que evacuar la casa, mandar raspar las paredes,

[6] Act., X, 14.
[7] Deut., XXXIII, 12-14.
[8] *Baba bathra*, II, 8.
[9] Lev., XIV, 33-53, y XIII, 47-55.

volver a enlucir y, naturalmente, ofrecer un sacrificio expiatorio de dos pájaros, uno de los cuales sería inmolado para que su sangre sirviera para rociar la morada renovada, y el otro —bonito símbolo— se soltaría.

Pues, cae de su peso, la religión, que intervenía en dominios donde hoy se pensaría que no tiene nada que hacer, marcaba con su sello todas esas medidas de higiene, hasta las más humildes, las más materiales. Ya hemos visto [10] que los rabíes no desdeñaban interesarse en las precauciones más íntimas de la higiene individual; así el tratado de las "Bendiciones", las famosas *Berakoth*, que asegura que la constipación causa la hidropesía, y la retención de orina, la ictericia, prevé una acción de gracias para la satisfacción de las necesidades naturales. Pues "el Señor es quien ha creado en el hombre todos los orificios y todos los vasos" [11]. Y sólo reirán de esta manifestación de inesperada piedad quienes olvidan que, en una vida verdaderamente consagrada, nada queda fuera de la mirada de Dios...

Es natural que, para la ley religiosa, la regla de higiene más importante era guardar la templanza en todo. El libro de los Proverbios, entre muchos otros, repetía a menudo que los excesos de toda naturaleza son perjudiciales tanto al cuerpo como al alma; ha de recordarse el retrato vigoroso que hace del borracho [12]. La enseñanza de los rabíes era inagotable en esta materia; vuelvan a leerse las palabras del sabio sobre "las ocho cosas en que el exceso es nocivo" [13]. La disciplina que todas esas estrictas prescripciones imponían al pueblo judío debía contribuir grandemente a mantenerlo en buena condición física y en salud.

III. Enfermedades

Eso no impedía, evidentemente, que hubiese enfermedades. El clima, por más saludable que sea en el conjunto, es bastante peligroso por sus bruscos saltos de temperatura; entre un día de "jamsín" en que el viento ardiente hace subir el termómetro a más de 40° a la sombra, y una noche que lo ve caer a 0°, el cambio es favorable a las fluxiones de pecho, congestiones o simples

[10] Véase más arriba, págs. 252-253.
[11] *Berakhoth*, XXV, a, y LX, b.
[12] Véase más arriba, pág. 238.
[13] Véase más arriba, pág. 238.

resfriados. San Cipriano asegura que en la estación del viento de Este los casos de muerte súbita eran tan frecuentes, que debió darse a los sacerdotes poderes especiales para absolver a los apóstatas [14]. Por otra parte, los fuertes calores provocaban disenterías, a menudo graves, que el gran consumo de frutas contribuía a desarrollar; recientemente se identificó en Jerusalén un bacilo de disentería que parece específico del país. Las zonas pantanosas del Jordán eran palúdicas, tanto más cuanto que no existía medio alguno para luchar contra los mosquitos. Los veranos ardientes, con su fuerte luz y su polvo penetrante, causaban muchas enfermedades de los ojos, como sigue ocurriendo hoy, en que el hospital oftalmológico San Juan, de Jerusalén, atiende a 20.000 enfermos por día.

No es, pues, asombroso que la Biblia hable muy a menudo de enfermedades. El Antiguo Testamento enumera unas cincuenta, de la sarna a la apoplejía, de la consunción a la gota, del exantema a la peritonitis. El Nuevo Testamento también alude a gran número de males; se habla de parálisis, hidropesía, hemorroides, ceguera, sordera, y naturalmente, lepra, enfermedades mentales y otras. A menudo el mal está caracterizado con precisión médica. De la suegra de San Pedro está indicado que sufre de una fiebre "violenta" [15], lo que permite pensar en una crisis de paludismo; del hijo del centurión de Cafarnaún, que esa fiebre era hasta "mortal" [16], pero que iba unida a la parálisis, quizás un reumatismo agudo. El libro de los Hechos indica que la fiebre que San Pablo curó al padre del gobernador de Malta [17] iba acompañada de disentería grave. De los diversos enfermos atacados de parálisis, el texto da muy bien a entender que no todos lo están de modo tan grave: el hombre de la mano seca, que Jesús encuentra un día de sabat [18], sólo tenía, sin duda, un miembro atacado; el de la piscina de Bezeta aún podía arrastrarse [19]; en cambio, aquel a quien debieron bajar por el techo [20] y el hijo del centurión [21] habían de estar mucho más atacados. Todo eso da la impresión de

[14] William: *Vie de Jésus*, pág. 133.
[15] Pág. 238; Lc., IV, 38.
[16] Jn., IV, 47.
[17] Act., XXVIII, 6.
[18] Mt., XII, 10; Mc., III, 1; Lc., VI, 6.
[19] Jn., V, 5.
[20] Mt., IX, 2 y paralelos.
[21] Mt., VIII, 8.

un serio conocimiento de las enfermedades: por lo demás, el evangelista San Lucas era médico.

De todas las enfermedades, una de las más temidas era la lepra. Está citada muchísimas veces en la Biblia, y con acentuado horror. Era, con seguridad, muy frecuente: "Es difícil —dice S. W. Baron— imaginarse hoy qué parte considerable de las poblaciones antiguas estaba afectada de lepra [22]." Pero es seguro que colocaban bajo el nombre de lepra enfermedades muy diferentes de ésta; no sólo tuberculosis óseas de forma purulenta que aún se encuentran en Oriente, elefantíasis, mal muy doloroso y contagioso, sino también dermatosis (lo que atestigua el hecho de que conocían "lepras curaderas", mientras que la verdadera no lo era entonces), secuelas de quemaduras graves, "lepras de la cabeza" que habían de ser alopecías, y hasta la inocente calvicie que se tenía por sospechosa en cuanto aparecían en la calva manchas coloradas o lobanillos. Sin embargo, no era menos cierto que la verdadera lepra existía: la lepra "blanca", llamada también "mosaica", la más frecuente, la que hoy llaman anestésica, que se manifiesta por la aparición en la piel de manchas blanquecinas absolutamente insensibles; y la lepra tuberosa. Una y otra forma, roen poco a poco los tejidos, tanto los de los miembros como los de la cara. Leyendo los evangelios nos representamos bien los caminos de Palestina, sobre todo en las proximidades de las ciudades frecuentadas por esos desechos de humanidad que, para apiadar a los transeúntes, tienden hacia él horribles manos sin dedos, muñones de brazos sin manos y no hacen sino asustarlos con la terrible "máscara leonina" que el mal les aplica en la cara. Hasta ocurría que esos desdichados estuviesen agrupados [23].

En nuestros días, contra la verdadera lepra, la *zaraath*, la humanidad ya no está desarmada: existen medicamentos que detienen el mal y hasta pueden curarlo. Hace dos mil años no se conocía ninguno. Sólo Dios podía, si quería, purificar a los desgraciados enfermos; cuando, en tiempo de Eliseo, Namán, jefe del ejército arameo, leproso, fue a pedir al rey de Israel que lo curara, éste, atónito, le respondió: "¿Soy yo acaso Dios?" [24] Era la opinión unánime. Se limitaban, pues, a precaverse del azote haciendo lo

[22] Baron: *op. cit.*, 369. Cf. A. Bloom: *La Lèpre dans l'ancienne Egypte et chez les anciens Hébreux.*
[23] Lc., XVII, 12.
[24] II Rey., V, 7.

que nuestra Edad Media seguirá haciendo: apartar a los leprosos, arrojarlos lejos de los seres sanos. La Ley contenía, en los capítulos XIII y XIV del Levítico, minuciosas prescripciones en ese sentido, que el Evangelio nos muestra que aún se aplicaban; los leprosos tenían que ir destocados, llevar ropas especiales, vivir lejos de las aglomeraciones, y cuando se acercaban a los que estaban sanos habían de gritar: *¡Ame! ¡Ame!* ¡Impuro! ¡Impuro! La bondad de Jesús con esos pobres seres, la manera con que los acoge, y a menudo los cura, forman un contraste conmovedor con el rigor legal. Está fuera de duda que las curas de leprosos que llevó a cabo, influyeron mucho en su prestigio. La lepra era una impureza, porque parecía un mal metafísico tanto como físico, la más flagrante manifestación del pecado del hombre. La expresión "la lepra del pecado", que se ha hecho familiar entre nuestros teólogos, era ya corriente. Pero otras enfermedades colocaban en estado de impureza ritual a los que las padecían: por ejemplo, las enfermedades venéreas. Por lo demás, todas las enfermedades eran, poco más o menos, consideradas como castigos. Un cuerpo viciado pasaba por ser la señal de un alma viciosa. El siracida lo decía formalmente: "El que peca contra su Hacedor caerá en manos del médico [25]." Yavé castigaba con enfermedades al culpable, ya sea directamente, ya por intermedio de los ángeles, o, mejor, de los ángeles malos, sobre todo de estos últimos... Ciertos males, como los callos en los pies, se consideraban como señal de flagrante intervención de un espíritu malo. Se admitía que la causa de la enfermedad no fuese un pecado cometido por el enfermo, sino por su familia. Esta concepción es la que explica la pregunta que los discípulos de Jesús le plantean cuando se le presenta un ciego: "¿Quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?" [26] A lo que Cristo responde, con su infinita sabiduría, que no ha habido falta de ese desdichado ni de sus padres. Explica esta concepción que a toda actividad propiamente médica vaya asociada un conjunto de ritos religiosos y de purificaciones.

IV. Médicos y medicina

De modo que el hombre debe tener cuidado para evitar lo que puede provocar la enfermedad; si a pesar de todo cae enfermo,

[25] Eclo., XXXVIII, 1-15.
[26] Jn., IX, 1-3.

recurre a cuanto el Creador ha puesto en la tierra para ayudarle a aliviar el padecimiento y a combatir a la muerte. ¿No es maravilloso que haya por el mundo, plantas, minerales, substancias animales que, inteligentemente utilizadas, curen? ¿Y hombres que conocen esos remedios dados por el Señor?

Pues había médicos en Israel. Desde hacía mucho: varios profetas aluden a ellos. Si ciertos medios rigoristas consideraban que el verdadero curador era Yavé, y confiarse a los médicos era carecer de fe [27], los más prudentes pensaban como el siracida, que había hablado tan bien del asunto [28]: "Rinde al médico los honores que se le deben, en consideración de sus servicios. La ciencia del médico le hace andar erguido, y es admirado de los príncipes. Con los remedios el médico da la salud y calma el dolor, el boticario hace sus mezclas. Hijo mío, si caes enfermo, no te impacientes; ruega al Señor y él te sanará. Huye del pecado y la parcialidad, y purifica tu corazón de toda culpa. Ofrece el incienso y la oblación de flor de harina; inmola víctimas pingües, las mejores que puedas. Y llama al médico, porque el Señor lo creó." Semejante justificación de la profesión médica no necesitaba, evidentemente, comentarios. Sin embargo, los rabíes agregaron: "Un discípulo de sabios no debe residir en una ciudad carente de médico", decía uno, y otro iba más lejos aún: "Está prohibido a cualquiera vivir en una ciudad donde no hay médicos [29]." Por lo que se puede pensar que debía haberlos casi en todas partes. Hasta se crearon puestos de médicos oficiales, agregados al Templo, que debían de cuidar a los sacerdotes, a quienes a menudo atacaban las disenterías caminando descalzos por las santas losas y haciendo numerosas abluciones frías. El pueblo los llamaba con una expresión familiar que se traduciría bastante bien por "médico de las tripas".

Pues, como en nuestros días, se burlaban gustosos de los médicos, sobre todo cuando no estaban enfermos... Tenía que ser un cliente descontento ese rabí, que, en el tratado *Kidduchin* [30], formula esta sentencia lapidaria: "¡El mejor de los médicos está destinado a la Gehena!" Otro suspiraba: "Bendito sea el médico que no pide demasiado caro." Lo que parece indicar que ya se

[27] Ex., XV, 26.
[28] Eclo., XXXVIII.
[29] *Sanhedrin*, XVII, b, y p. *Kid.*, LXVI, d.
[30] *Kidduchín*, LXXXII, a.

usaban los honorarios elevados. También se conocía el médico sobresaliente y que hace esperar interminablemente; el que, "notable de su ciudad", no se ocupa de sus clientes; el que no cobra nada... pero no vale nada. Los evangelios, que hablan varias veces de los médicos, nos entregan un rasgo bastante divertido de psicología médica, al referirse a la mujer atacada de hemorroides y que Jesús cura. San Marcos, al referir el episodio en el capítulo V, nos entera de que "enferma desde hacía doce años, había sufrido grandemente de muchos médicos; gastando toda su hacienda sin provecho alguno, ante iba de mal en peor". Pero, refiriendo el mismo hecho, en el capítulo VIII de su evangelio, Lucas se limita a decir de la hemorroisa: "Sufría desde hacía doce años y nadie pudo curarla ... " Pero Lucas era médico ...

No puede causar asombro que la medicina fuese elemental, y, por muchos lados, estuviese más cerca de la magia primitiva que de la ciencia. Los curanderos judíos, sin embargo, parecen haber tenido un muy antiguo conocimiento empírico de ciertos remedios y de las virtudes curativas de las plantas. El Antiguo Testamento nos proporciona muchísimos ejemplos. Los tratados talmúdicos, por su parte, rebosan de prescripciones médicas, algunas muy divertidas, pero que, a veces, dan la impresión de una seria experiencia. Un supuesto *Libro de Salomón* pasaba por contener la lista detallada de todos los remedios posibles, y se consideraba a los esenios como poseedores de los secretos. El aceite era uno de los remedios más empleados, sobre todo en unciones suavizantes y calmantes. Hasta se permitía utilizarlo el día del sabat. Lo mezclaban a menudo con vino; con esa mezcla el Buen Samaritano cuida al herido que ha recogido en el camino de Jericó [31]. La miel estaba también ampliamente difundida como ungüento: la aplicaban en las heridas abiertas; pero también la tragaban contra las anginas, y aún se sigue haciendo. El emplasto de higos era soberano contra los ántrax: ¿no fue así como el profeta Isaías curó al rey Ezequías? El áloe púrpura mezclado con vino era sin embargo muy eficaz también. Contra las enfermedades intestinales, se recomendaban muchas plantas, el romero, el hisopo, la ruda, la centinodia, la bignonia o "caramillo de pastor", y sobre todo el "agua de Dekarim" que se extraía de la raíz de ciertas palmeras. Para las palpitaciones del corazón se aconsejaba cebada mojada en leche cuajada. "Para las lombrices intestinales, absorban cu-

[31] Lc., X, 34.

lantrillo", decía un sabio, y para los reumatismos, otro indicaba cataplasmas de salmuera de pescados, verosímilmente como revulsivo. La mandrágora, que es una solanácea poco diferente de la belladona, y despide un olor muy fuerte, pasaba por tener virtudes prolíferas —la Biblia lo dice[32]—, quizá debido a la forma muy singular de su raíz, carnosa y bifurcada, que recuerda el cuerpo humano: lo que hace suponer un significado mágico... También lo hacen suponer ciertas substancias de origen animal, el hígado por ejemplo, que el joven Tobías empleó para curar la catarata de su padre, e igualmente para ahuyentar a los malos espíritus que malquerían a su novia.

Los médicos judíos conocían también otras prácticas, algunas de las cuales no nos parecen irrisorias. Recomendaban la sangría "cada treinta días hasta los cuarenta años". Utilizaban las ventosas. Contra las oftalmías, fabricaban colirios, algunos a base de antimonio, que protegían de los excesos de sol. La virtud de las aguas termales era conocida desde hacía tiempo; en la época de Jesús, los baños estaban de moda; iban a El Hamma, a orillas del lago de Tiberíades, o a Calliroe, cerca del mar Muerto, donde Herodes moribundo mandó que lo llevaran. La cirugía era evidentemente rudimentaria, por falta de conocimientos seguros en anatomía y fisiología. La pequeña cirugía era corriente, cauterizaciones, incisión de abscesos, raspado de las heridas, reducción de las fracturas. Pero también hacían más, pues el Talmud habla de una poción soporífera que se administraba en el momento de proceder a una operación abdominal. Se practicaba la "cesárea", bien conocida también por los romanos. Ciertos cráneos hallados en excavaciones permiten llegar a la conclusión de que no se desconocía la trepanación: pero ¿se hacía con fines terapéuticos o para echar a los malos espíritus? El tratado *Sabbat*, al precisar que no se debe salir el día santo con piernas artificiales, nos enseña que el uso era corriente. En cuanto a los dentistas, todavía no utilizaban su bienhechora y desagradable fresita, pero calmaban los dolores dentales con ajo o con raíz de parietaria, los de las encías con sal y levadura, y extraían muy bien los dientes.

Muchos de esos remedios, ya se supondrá, estaban muy cerca de la superstición. El rabí Cohen lo reconoce[33]; se creía en la magia homeopática, y algunos "tratamientos" llevan a pensar en las

[32] Sobre la mandrágora, Cant., VII, 14; Gén., XXX, 14.
[33] *Op. cit.*, pág. 311.

curas que indica Frazer en su vasta investigación sobre los primitivos, *La Rama Dorada*. Llevar amuletos ¿no corresponde poco más o menos a intenciones mágicas? Aun cuando los rabíes prohibían "cuidarse por medio de citas de la Escritura"[34], ¿cómo impedir a un enfermo que coloque en la parte dolorida de su cuerpo ese versículo 26 del libro XV del Éxodo: "No traeré sobre ti ninguna de las plagas con que he afligido a Egipto, porque yo soy Yavé, tu sanador." Son innumerables las supuestas recetas mágicas contra toda clase de males, que se leen en el Talmud. Contra una calentura terciana tomad siete espinas de siete palmeras, siete virutas de siete vigas, siete clavos de siete puentes, siete cenizas de siete hornos, sin olvidar siete pelos de perros viejos, y atad el todo en el seno del pecho, con un cordel blanco: es soberano. ¿Padece usted de un callo en el pie? Coloque bajo la planta una moneda; ésta "rescatará" el dolor. La mujer homorroisa que Jesús curó con una palabra, ¿cómo la hubiesen cuidado los médicos judíos? Haciendo que se siente en la bifurcación de un camino, con un vaso en la mano y dándole un gran susto, por ejemplo, dando gritos de pronto detrás de ella. O bien, remedio aún más decisivo, haciéndole tragar un grano de cebada encontrada en la boñiga de un mulo blanco... Podrían enumerarse páginas enteras de prácticas tan extravagantes; pero sería vano echarse a reir: nuestra Edad Media las conoció idénticas, ¡y hasta la medicina del tiempo de Molière![35]

Todo tratamiento médico iba acompañado de oraciones —el siracida lo había dicho— y, muy a menudo, de ritos religiosos. Toda cura debía consagrarse con una ceremonia piadosa. A esa obligación es a la que Cristo alude varias veces cuando dice a leprosos curados por él que vayan "a presentarse a los sacerdotes". En el caso de lepra, el enfermo curado debía ofrecer tres sacrificios, de los cuales el tercero era un holocausto, de pájaros para los pobres, de corderos para los ricos. El ceremonial estaba fijado cuidadosamente. Un sacerdote recibía en la mano la sangre del animal sacrificado, se iba junto al que estuvo enfermo en la "habitación de los leprosos", situada en el ángulo del patio de las mujeres, en el atrio oeste del Templo, le hacía sacar la cabeza fuera de la habitación en el patio y le tocaba con la sangre la

[34] *Chebouoth*, XV, 6.
[35] Todos los detalles que preceden provienen del Talmud: ha parecido inútil dar todas las referencias de estos textos pintorescos.

oreja, el pulgar y el pie. Sólo una vez terminada esta ceremonia el enfermo era reconocido oficialmente como curado y volvía a su lugar en la comunidad. En otros casos, los toques no se hacían con la sangre de un animal, sino con la saliva del oficiante sanador, pero también habían de ir acompañados de oraciones.

Pues, en definitiva, ¿quién cura? ¿Los médicos? No. "Hay casos —decía el siracida— en que la curación está en sus manos", pero no en todos. El único verdadero sanador es el Todopoderoso, el Santo Único. "Del Altísimo llega la curación, como un regalo que se recibe de un rey", decía también el sabio del Eclesiástico. ¡Insensato del que negara esta evidencia! El que ha sacado al hombre del barro, también le hace volver a él, a su hora. La vida y la muerte están en sus manos.

V. La muerte y la tumba

La hora suprema ha llegado para el hombre, la hora fijada por Dios de toda eternidad. "Su aliento se evapora", dice una locución popular. Va a bajar al *scheol.* Pero no antes que la comunidad le rinda los últimos deberes.

Los judíos tenían profundo respeto a la muerte; como todos los pueblos antiguos, pero quizás aún más que ningún otro, pues el cuerpo del hombre era para ellos la obra de Dios, hecho a su semejanza. El Libro Santo era formal: ningún cadáver debía quedar sin sepultura, aun aquellos de los peores enemigos, dijo el profeta Ezequiel [36], aun los cadáveres de los condenados a muerte, ordenaba la ley mosaica [37]. Para pintar el horror de la situación en que los paganos habían dejado al pueblo de Dios, el Salmo LXXIX no encontraba palabras más fuertes que: "Dieron los cuerpos de tus siervos por pasto a las aves del cielo, y la carne de tus santos a las bestias de la tierra." Y la peor maldición que Isaías profirió contra el rey de Babilonia fue: "Pero tú has sido arrojado de tu sepulcro como un vil tronco. Los muertos por la espada descienden a los sepulcros de piedra; tú, como cadáver que se pisotea con los pies, no tendrás con ellos sepultura." [38]

El muerto tiene, pues, derecho a un ceremonial que los textos y la tradición regulan. En seguida después de la muerte hay que

[36] Ez., XXXIX, 12.
[37] Deut., XXI, 23.
[38] Is., XIV, 19.

cerrarle los ojos —ya lo decía el libro del Génesis [39]—, besarlo con afecto [40], lavarlo [41] frotándolo con plantas aromáticas y perfumes. El tratado *Sabbat* permite que el día del descanso se haga "todo cuanto se requiere para los muertos, lavarlos, untarlos con perfumes" [42]. No se trata de un embalsamamiento propiamente al modo egipcio, sino de una suerte de homenaje análogo al que se rinde a los vivos en las comidas de ceremonia, cuando se les echa aceite oloroso en la cabeza. El nardo es el perfume más usado; es el que María Magdalena esparció sobre Jesús, lo que éste comentó en estos términos: "Ha hecho esto para mi sepultura". Pero también se utiliza la mirra y el áloe, el cual no se extrae evidentemente de esa liliácea de olor nauseabundo que sirve en farmacia, sino "la madera de áloe", el *agalacun* actual, o *agaloche*, importado de la India, de olor exquisito. Tomando al pie de la letra el texto de San Juan, parece que envuelven el cuerpo en una cantidad enorme de esas plantas aromáticas. El evangelista calcula en cien libras el peso de mirra y áloe llevado por Nicodemo para amortajar a Jesús [43]; pero se trata sin duda de plantas aromáticas depositadas en la tumba, al lado del cuerpo.

En tiempos remotos, se vestía al muerto con su indumento habitual y se le enterraba con las insignias de su función: el rey con su diadema, el soldado con su espada, el profeta con su manto; varios textos bíblicos atestiguan esas costumbres. Pero, en la época de Cristo, la mayor parte de las veces no se procede así. Los pormenores precisos que nos dan los evangelistas sobre la resurrección de Lázaro y sobre la sepultura de Jesús indican que envuelven al muerto en una sábana [44], le ponen en la cara un *sudarion*, un sudario [45], y se le envuelven las manos y los pies en bandas [46]. Luego lo llevan a la "habitación alta" de la casa, donde familiares y amigos van a decirle un postrer adiós.

No lo dejan mucho tiempo. El entierro se lleva a cabo, por lo general, ocho horas después de muerto; en los países cálidos se ven obligados a apresurar el entierro. El empleo del ataúd es raro:

[39] Gén., XLVI, 4.
[40] Gén., L, 1.
[41] Act., IX. 37.
[42] *Sabbat,* XXIII, 5.
[43] Jn., XIX, 38.
[44] Mt., XXVII, 59; Mc., XV, 46; Lc., XXIV, 1; Jn., XIX, 40.
[45] Jn., XI, 44; XX, 7.
[46] Jn., XI, 44.

el tratado *Gittin* refiere, sin embargo, que durante el asedio de Jerusalén por Tito, el rabí ben Zekkai cruzó las líneas romanas encerrado en un ataúd, lo que parece indicar que no era insólito [47]. En principio se lleva el muerto a la tierra en una especie de angarillas, de féretro abierto, y todos los transeúntes pueden verlo: el entierro que Jesús encuentra, del hijo de la viuda de Naím, da la impresión de que se desarrolla así. A menudo una señal simbólica indica la situación particular del difunto: sobre un soltero, por ejemplo, se coloca una pluma o una llave; una novia tiene derecho a un palio. No existen profesionales para llevarlos, empleados de pompas fúnebres: los parientes, los amigos se relevan para dar al muerto ese último testimonio de afecto. Los niños muy pequeños se llevan en brazos.

La comitiva fúnebre se pone en marcha, el lecho del difunto precedido por mujeres: "Porque, se dice, una mujer, Eva, introdujo la muerte en el mundo, y mujeres deben conducir sus víctimas a la tumba." Las demostraciones de aflicción, sea ésta grande o no, son ruidosas. Ritualmente sería indecente no lamentarse muy fuertemente, no gritar, o echarse tierra en la cabeza: hasta se alquilan plañideras de profesión —ya se habla de ellas en Jeremías [48], que se quejan con gritos agudos a lo largo del camino, y flautistas [49], que sacan de sus instrumentos sonidos lúgubres. El israelita más pobre, si pierde a su esposa, se ve obligado por el decoro a tener para las exequias por lo menos dos flautistas y una plañidera [50]. Deben desgarrarse las ropas, pero el Talmud se ve obligado a precisar ¡qué rasgadura mínima es lo decente!

Éstos no son ritos propiamente religiosos. No hay ninguna ceremonia equivalente a la misa de difuntos y a la absolución cristiana. Lo cual no quiere decir que los afligidos familiares no recen al acompañar a la tumba a un ser querido. Un apócrifo cristiano —cuyas versiones conocidas, en copto y en árabe, son desgraciadamente del siglo III o IV—, la *Historia de José el Carpintero*, da el texto de una oración muy hermosa que Jesús parece haber pronunciado ante el cuerpo de su padre nutricio: "Oh, Señor de toda clemencia, ojo que ve, oreja que oye, escucha mi grito y mi pedido por el anciano José, y envía a Miguel, el jefe de tus ángeles, y a Gabriel, el mensajero de la luz, y todos los ejércitos de tus ángeles y de tus coros, para que marchen con el alma de mi padre José, hasta que la lleven cerca de ti [51]." Otra plegaria, escrita en arameo, que es de la época de Cristo, aún la recitan en nuestros días los huérfanos: es la oración *Kaddisch*, igualmente muy hermosa; según uno de los rasgos característicos de la fe de Israel, sus versículos glorifican al Señor de la vida, bendicen su nombre, aclaman su grandeza, y se limitan a decir: "Sean recibidas las oraciones y las súplicas de todos los de Israel, ante su padre que está en el Cielo [52]." Así hacen los cristianos cuando, alrededor de un ataúd, durante la absolución, el sacerdote recita silenciosamente el *Padre Nuestro*.

[47] *Gittin*, LVI, 6.
[48] Jer., IX, 17.
[49] Mt., IX, 23.
[50] *Ketouboth*, IV, 6; *Baba Metzia*, VI, 1.

Contrariamente a los romanos, los israelitas no queman sus muertos. Hasta tienen horror por la incineración, que les parece atentar a la ley de la naturaleza, y, para los que creen en la resurrección de la carne, la hace imposible. Por eso la pena del fuego se considera como particularmente horrible, hasta cuando no se la inflige estando vivo, cuando es un castigo suplementario agregado a la ejecución capital. Se entierran, pues, los muertos, pero no hay verdaderos cementerios: sólo el uso junta las tumbas en ciertos lugares, a la distancia legal de los cincuenta codos de toda aglomeración; por eso el valle de Josafat, en Jerusalén, está lleno de tumbas [53]. Sólo hay cementerios oficiales para los miserables y para los extranjeros. Hay que ser muy pobre para no hacerse una tumba: los ricos se compran un lugar bien elegido, o tienen sus tumbas en sus dominios.

La tumba hoy más habitual en Occidente, la bóveda, es decir, la simple fosa cubierta con una losa horizontal, no es desconocida en el Israel evangélico: al referir la resurrección de Lázaro, San Juan describe así netamente la tumba del muerto [54], y en la abadía benedictina que ocupa el lugar tradicional, también se muestra una bóveda a ras del suelo. En el cementerio esenio hallado cerca del Qumran, las tumbas (un millar) son de ese tipo, bien alineadas paralelamente, como en nuestros cementerios occidentales. Sin embargo, parece que el tipo "fosa" no es el más frecuente. Según los hallazgos de la arqueología, las indicaciones de los evangelistas y

[51] *Evangiles apocryphes* de F. Amiot, pág. 110.
[52] Robert Aron: *op. cit.*, pág. 235, traducción E. Fleg.
[53] Véase más arriba, pág. 103.
[54] Jn., XI, 38.

las precisiones de los tratados talmúdicos, podemos representarnos una especie de caverna dispuesta con orden, cámara labrada en un acantilado rocoso, precedida por un pequeño vestíbulo. Había que agacharse [55] para entrar en la bóveda propiamente dicha. A veces la misma entrada llevaba a varias cámaras funerarias: se conocen conjuntos de ocho salas. Se coloca el muerto en un banquillo labrado en la piedra con ese fin, y sin duda rodeado y cubierto con plantas aromáticas, a menudo en cantidad considerable. Las tumbas menos ricas se cierran simplemente con un trabajo de albañilería, pero las más hermosas tienen un cierre más sólido, que aún se ve en Palestina; una muela, análoga a la de los molinos, se coloca en una profunda ranura, sujeta con un calce de madera; basta con quitarlo para que la pesada piedra ocupe su lugar y prohiba la entrada a cualquiera, ladrón o hiena. Por esa costumbre se explica la pregunta que se hacen una a otra, la mañana de Pascua, las santas mujeres que llegaron a la tumba del divino Maestro: ¿Quién nos moverá la piedra?" [56]

Una vez cerrada la tumba, se coloca encima un montón de piedras, bien ordenado, o, si se puede, un monumento. La moda de esos monumentos —porque también hay modas en el arte funerario— se difunde precisamente en la época de Jesús, bajo la influencia romana. Sin hablar siquiera del mausoleo monumental que Herodes mandó que le hicieran, el célebre Herodium [57], fortaleza, palacio, tumba, se construyeron entonces las tumbas notorias que se ven en el valle del Cedrón: tumba llamada de Absalón, que los árabes apodan "gorro del Faraón" de la que tantos turistas han fotografiado el pintoresco campanario; tumba de los Jueces, de frontón dórico triangular, visiblemente de influencia pagana; tumba de Santiago; tumba de Zacarías; y también, al pie del monte Scopus, la tumba de los Reyes, que los Péreire donaron a Francia, y que bien parece ser el de una princesa helenística, prosélita judía, instalada en Jerusalén en el correr del siglo I. La misma influencia greco-romana introduce, en tiempo de Jesús, la costumbre de los sarcófagos de piedra labrada; los que se han encontrado son de un arte torpe, adornados solamente con follaje y dibujos geométricos, de los cuales algunos dibujos eran, sin saberlo, francamente paganos, como la piña de Dionisio. Muy raramente inscriben

55 Jn., XX, 5.
56 Mc., XVI, 3.
57 Sobre el Herodium, véase más arriba, pág. 78.

en la tumba el nombre del muerto: se recordará que los judíos no escribían mucho en la piedra. Solamente en los osarios se encuentran los nombres de todos aquellos cuyos huesos han sido colocados ahí, puesto que, como la tumba sirve a varias generaciones, de cuando en cuando hay que retirar los esqueletos de los predecesores para que haya lugar.

Una vez terminado todo lo referente a la triste ceremonia, la familia se reúne en una comida fúnebre. Es el "pan de duelo" de que hablan Oseas y Ezequiel [58]. Se beben copas de vino, ritualmente, como en una comida pascual, pero, ¡cuidado! El Sanedrín ha fijado sabiamente el número de copas, que no ha de excederse, desde que después del entierro de un ilustre rabí esas libaciones degeneraron en francachela [59]. Luego, los amigos, sobre todo los que no pudieron asistir a las exequias, van a hacer visitas de condolencias. El tratado *Baba bathra* del Talmud precisa que en ese caso deben levantarse siete veces de su asiento y saludar siete veces a la familia del difunto. El duelo durará treinta días; los tres primeros no se hará ningún trabajo, y en la calle no se contestará a ningún saludo. Durante el mes de duelo, no se llevarán las filacterias para la oración; pero la gente piadosa hace mucho más: no se afeitan, no se bañan, se visten con ropas viejas, sucias, y hasta se ponen el *saq* [60], esa especie de taparrabo de pelos de camello que siempre significa penitencia. Las viudas fieles siguen con el *saq* toda la vida.

Luego, cada año, en fechas fijas, irán a visitar la tumba. Y sobre todo, en adar, último mes del año litúrgico, pondrán cuidado en "encalar el sepulcro", es decir, pasar por sobre la losa de entrada, por el montón de piedras o por el monumento, agua de cal. Ya se ha visto que a esta práctica es a la que alude Jesús cuando califica a los fariseos de "sepulcros blanqueados", o también cuandos los compara con tumbas abandonadas cuyo lugar no puede ya distinguirse [61]. ¿Por qué? El Talmud lo dice varias veces: porque el contacto de la muerte determina una impureza legal sumamente grave, parecida a la que se contrae al tocar a un leproso, pues lo blanco significa al vivo: "¡No te acerques!"

Ceremonial fúnebre como todos los pueblos tienen. ¿Es algo excesivo entre los judíos? Los lamentos y gritos con que acompa-

58 Os., IX, 4; Ez., XXIV, 17.
59 *Berakoth*, VI, 1.
60 Sobre el *saq*, véase pág. 239.
61 Mt., XXIII, 27; Lc., XI, 44.

ñan al cadáver ¿no son demasiado a menudo simulacros, melindres? "Deja a los muertos sepultar a sus muertos"[62], la célebre contestación de Jesús a un discípulo que le pide permiso para ir a enterrar a su padre antes de seguirle, muestra bastante que, para él, hay que mirar más allá de la muerte para encontrar la vida. "No os aflijáis por la suerte de los muertos —dirá San Pablo— como los que carecen de esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios por Jesús tomará consigo a los que se durmieron en Él[63]."

VI. "Muerte, ¿dónde está tu victoria?"

Esta palabra del Apóstol de las Naciones define la actitud fundamental de los fieles de Cristo. Esencialmente, un cristiano, según los términos mismos de su *Credo*, "cree en la resurrección de la carne". ¿Era lo mismo para un judío del tiempo de Jesús? Es curioso comprobar que no había, sobre ese punto que nos parece capital, una enseñanza precisa, única; la religión, tan minuciosa en todo, dejaba a cada cual en libertad de creer lo que quisiera sobre el sentido de la muerte y el más allá. Según la secta a que pertenecían, esperaban o no en otra vida.

En la más antigua concepción, de la que se encuentran cien huellas en el Antiguo Testamento, la muerte cierra la existencia de manera definitiva. Cuando el "ángel de la muerte", de que habla el Talmud, deposita entre los labios del difunto "la gota de bilis amarga", se apodera de su alma y se la lleva. En ese instante cesa la respiración, se va el "soplo de vida", la *ruach*, con que el Creador animó la carne el día del nacimiento: ¿va hacia arriba, como dice el capítulo III del Eclesiastés, mientras que el de las bestias va hacia abajo de la tierra? No se sabe. El cuerpo, el *bachar*, se convierte, en todo caso, en barro y vuelve al barro, según la Escritura. ¿No queda, pues, absolutamente nada de la personalidad del hombre? Sí. Subsiste algo, una presencia inmaterial, una sombra, *refa*. La prueba está en que se puede evocar esa sombra, hacerla fugazmente perceptible, como hizo la bruja de Endor con la sombra de Samuel a pedido del rey Saúl[64]. Las sombras, las *refaim*, permanecen en un lugar misterioso que el Antiguo Testamento llama muy a menudo *seol*. Radicalmente ajeno al mundo de los vivos, "región de las tinieblas y de las sombras de la muerte", dice Job, "morada del silencio", dice el Salmista, el seol está tan lejos de la tierra de los hombres que ni siquiera "la cólera de Yavé puede alcanzarlos"[65]. Ciertas leyendas rabínicas pretenden que ese abismo metafísico es también una realidad física, que se podría entrar en él quitando el gran peñasco que le sirve de tapa y que se halla en el centro del Sanctasantorum; pero no es la opinión de todos. En el seol las *refaim* no son nada, no hacen nada, no saben nada, no pueden nada; el vocablo *nada* define la única realidad de ese estado que es lo contrario de la existencia. El profeta Isaías hasta llegó a gritar al Señor: "El seol no puede alabarte[66]." Dejar de alabar a Yavé: para un judío piadoso, era menester verdaderamente estar reducido a nada para renunciar a esa exaltadora obligación del hombre. Y, naturalmente, puesto que todos los seres vivientes están destinados a ese estado, no puede hablarse de castigo o de recompensa: "En el seol —dice el Eclesiástico— no te reprocharán tu vida[67]."

Sin embargo, esa concepción del más allá, lúgubre y pobre, tan desprovista de poesía que es sorprendente encontrarla en ese pueblo envuelto por el Espíritu[68], no es la única en la época de Jesús. Entonces, desde hacía varios siglos, se propusieron otras doctrinas a Israel. Se hallan formuladas en las partes más recientes del Libro Santo, Macabeos, Daniel, la Sabiduría. Los apócrifos del Antiguo Testamento, es decir, la literatura, ya lo hemos visto, que los israelitas leen, con la Biblia, quedan atrás. El Talmud, en numerosos tratados, las recoge, prueba de que muchos rabíes las enseñaban. Esas concepciones nuevas ¿no habrán sido desarrolladas por los exiliados de Babilonia bajo la acción de la prueba, como una respuesta a sus angustias? Puesto que Yavé prometió

62 Mt., VIII, 22.
63 I Tes., IV, 13.
64 I Sam., XXVIII.

65 Job, XIV. 13.
66 Is., XXXVIII, 18.
67 Eclo., XLI, 18.
68 En su libro citado, Robert Aron sostiene (págs. 260 y sigts.) que la *ruach* del hombre, el espíritu o el alma, el soplo se une "al soplo del Universo" dejando sobre la tierra o en el *scheol* los residuos materiales o psíquicos de su personalidad". Lo cual le permite decir que "la muerte constituye esencialmente no un aniquilamiento, sino una especie de escapada fuera de los marcos habituales de la vida". El espíritu "se une así a una especie de depósito espiritual en el que se acumulan los diversos soplos..." ¿Esta concepción de poeta es judía, hindú, teosófica, o inspirada por ciertos pasajes del P. Teilhard de Chardin? No se ve en qué textos bíblicos o talmúdicos se basa.

su protección a su pueblo, será menester que los fieles sean recompensados y los infieles castigados; si no en este mundo, en el otro. En eso no se ve una desviación de los verdaderos principios israelitas, ni una contaminación pagana[69], sino un paso adelante, un presentimiento más exacto de la verdad, un acercamiento a la Revelación definitiva: y que Israel diera ese paso adelante, como todos los de su itinerario espiritual, bajo el aguijón del sufrimiento, es cosa de su misterio, de un misterio divino.

De modo, pues, que numerosos judíos, en la época de Cristo, no consideraban que el porvenir del hombre, más allá de la muerte, se limitara al seol tradicional. El ángel de la muerte, dice un *midrash* sobre el Salmo XLI, conduce al alma ante el tribunal; si la vida del difunto fue según la Ley, se grita: "Preparad un lugar para este justo." Si no, se rechaza el alma. Ya lo dijo el Salmo XLI: "Yavé no abandonará al seol el alma de su fiel." De golpe, la concepción del seol se transforma: es, dice el libro de Enoc, el lugar que devora a los impíos, donde los ángeles Miguel, Gabriel, Rafael y Fanuel arrojan a los malvados para eternos sufrimientos[70]. En contrapartida, hay otro lugar donde acogen a las almas salvadas: se le llama "Paraíso de Justicia"[71]; lo comparan con el jardín del Edén donde vivía el primer hombre antes de la falta[72]; muy a menudo lo designan también con un término misterioso, de la más auténtica tradición de Israel, "el seno de Abraham". Esa concepción de un más allá donde se recompensa a los buenos y se castiga a los malos, es la que Jesús afirma o sobrentiende en todo momento. Los términos mismos que utiliza para hablar, los toma de la tradición de su pueblo: en la parábola del rico malo, indica que el pobre Lázaro descansa en el seno de Abraham[73], y en la cruz prometerá al buen ladrón: "Hoy serás conmigo en el paraíso[74]." Mas, por él, esa concepción surgida en Israel asume toda su irradiación y alcance; del presentimiento que tuvo el siracida cuando repetía al hombre: "En tus obras acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás"[75], Jesucristo formula su desenlace lógico: impone la doctrina de la retribución personal.

[69] Cf. también Robert Aron, pág. 262.
[70] *Bible apocryphe*, págs. 56 a 62.
[71] *Íd.*, pág. 45.
[72] *Íd.*, pág. 240.
[73] Parábola del mal rico y del pobre Lázaro.
[74] Episodio del buen ladrón: Lc., XXIII, 43.
[75] Eclo., VII, 40.

Hay otra doctrina en la que su enseñanza y ejemplo darán fuerza de dogma a lo que aún no era entre los israelitas, o mejor dicho entre algunos de ellos, sino una discutida creencia: la de la resurrección. Tenía lejanas raíces en la tradición judía, o más bien los doctores de la Ley, que en la época de Cristo la enseñaban, le encontraban buen número, citando tal versículo del Deuteronomio[76], tal pasaje de los profetas[77], tal aforismo del santo hombre Job: "Y después que mi piel se desprenda de mi carne, en mi carne contemplaré a Dios" (XIX, 26). El rabí Gamaliel forjó así todo un arsenal de pruebas. En realidad, fue durante el Exilio cuando, también sobre ese punto, Israel dio un paso decisivo. El grito sublime de Isaías repercutió con fuerza en el corazón de los deportados: "Vuestros muertos vivirán; los cadáveres resucitarán. ¡Despertaos! ¡Cantad, los que dormís en el polvo!" La resurrección fue pronto formalmente asociada a la retribución de los méritos: "Los que duermen en el polvo de la tierra —decía Daniel— se despertarán, unos para eterna vida, otros para eterna vergüenza y confusión[78]." Y el libro de la Sabiduría extrajo de esa idea grandiosos desarrollos.

Así, en los días de Jesús, toda una parte del Pueblo de Dios creía en la resurrección. Los Apócrifos vuelven constantemente sobre ese tema; la idea se halla tanto en los *Testamentos de los Patriarcas*, como en los *Salmos de Salomón*, como en el *Segundo Libro de Baruc*[79]. Asimismo en el Talmud se hallarían innumerables citas que testimonian la misma fe. Una de las "Bendiciones", las famosas *Berakoth*, exclama: "Bendito seas, oh, Eterno, que devuelves las almas a los cuerpos de los difuntos[80]." Y los rabíes no se cansan de dar pormenores sobre la manera en que se desarrollará el acontecimiento. Sin embargo, no todos los creyentes de Israel aceptan esta doctrina; el Evangelio dice formalmente que los saduceos no admiten "que haya una resurrección"[81], porque, según ellos, no se encuentra ese dogma en el Pentateuco. Por lo demás, tienen eso en común con los samaritanos, quienes sólo reconocen oficialmente como inspirados los cinco primeros libros bíblicos. Pero los samaritanos son herejes, y los saduceos, con-

[76] Deut., XXXI, 16.
[77] Is., XXVI, 19; Ez., XXXVIII.
[78] Dan., XII, 2.
[79] *Bible apocryphe*, véase la palabra "resurrección" en el índice.
[80] *Berakoth*, LX, b.
[81] Mt., XXII, 23 y paral.

servadores, tradicionalistas estrechos. En el común del pueblo parece que la creencia en la resurrección estaba muy difundida. En el evangelio según San Juan, que la Iglesia manda leer en las misas de difuntos, Marta, hermana de Lázaro, a quien Jesús acaba de decir: "Tu hermano resucitará", responde: "Sé que resucitará en la resurrección, en el último día [82]."

Esta doctrina es la que Jesús toma, en cierto modo, por su cuenta y constituye en dogma. No sólo con la palabra, sino con su ejemplo: resucita muertos. Mejor todavía: se resucita él mismo. A la hermana de Lázaro entrega el secreto de su mensaje cuando le dice: "Soy la resurrección y la vida." Pero algunos quizá conciban esa resurrección como una simple reanimación del cuerpo, una suerte de "reencarnación"; hay paganos que admiten la metempsicosis. Por eso, el día que los saduceos pensaban ponerlo en apuros preguntándole con ironía qué mujer tendrá, después de la resurrección, un hombre que se haya casado siete veces en la tierra, Jesús les responde: "En la resurrección no se toma ni mujer ni marido, somos como ángeles en el cielo." Fórmula misteriosa que aclara el final de la contestación a Marta, hermana de Lázaro: "El que cree en mí, vivirá . . . "

Así, esa concepción, nacida en Israel, desarrollada, trascendida por Jesucristo, se convertirá en el eje mismo de la fe cristiana. Los cristianos serán, esencialmente —San Pablo lo repetirá en todas las circunstancias—, los testigos de la resurrección. "Si Cristo no ha resucitado —escribirá— nuestra fe es vana." Es hermoso que sea el judío Saulo, el alumno de los rabíes, luego Pablo, apóstol, quien lanzara al mundo el grito insuperable, en el cual, desde entonces, se acaba toda la vida cotidiana del creyente: "¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?" [83]

[82] Jn., XI, 21-27.
[83] I Cor., todo el final del capítulo XV.

TERCERA PARTE

UN PUEBLO Y SU DIOS

Porque Él es nuestro Dios, y nosotros el pueblo que Él apacienta y el rebaño que Él guía.

(Salmo XCV, 7.)

CAPITULO PRIMERO

LOS TIEMPOS DE DIOS

I. La vida "religiosa" de Israel

Enteramente ordenada y controlada por la religión, así se nos ha aparecido, hasta en sus menores detalles la vida cotidiana del Pueblo de Dios. Hemos visto a la Tora, y sus comentaristas, intervenir en todos los actos de la existencia, señalar con significado propiamente religioso la casa, el vestido, el alimento de los hombres; regir las relaciones humanas, las de la familia, las del trabajo, las de la sociedad; fijar el cuadro de la educación, tanto como los medios de expresión del pensamiento, y, para decirlo todo, colocar al individuo, desde el nacimiento hasta la muerte, en un cuadro del que no puede salir so pena de sanciones penales graves, pues la autoridad "civil" se identifica con la autoridad religiosa ya que la ley laica sólo es la aplicación de la ley de Dios.

Para un occidental del siglo XX, aunque sea creyente, hay en eso un modo de portarse muy difícil de comprender y admitir. El del cristiano medieval no era muy diferente, aun cuando el espíritu en que se operaba la sumisión a los imperativos de la religión estuviese bastante alejado del minucioso y rígido legalismo judío. Pero desde que las catedrales dejaron de ser blancas, y sobre todo desde el "siglo de las luces", se ha producido en la sociedad tal proceso de laicización que muchos, en nuestros días, considerarían absurda e inadmisible esa permanente intervención de la religión en la vida. ¡Y hasta cuántos cristianos practican una especie de dicotomía espiritual que encierra a la religión en un sector reservado —aquel en que nos casamos, en que se bautizan los hijos; aquel en que queremos que nos entierren—, sin permitirle la menor manifestación, ni práctica ni moral, en la existencia cotidiana! Para un judío del tiempo de Jesús, esa división hu-

biese sido escandalosa; para decirlo mejor, ni siquiera hubiera podido imaginarla.

De modo que cuando llegamos a considerar la "vida religiosa" de Israel en sus manifestaciones públicas, no hay que perder de vista que toda la vida es "religiosa" en el pleno sentido del vocablo. Las fiestas, las ceremonias del culto, las reuniones en la sinagoga, no son sino especies de paréntesis en la existencia de cada día, forman cuerpo con ella, proceden del mismo espíritu que regula todos los acontecimientos. Son las manifestaciones más solemnes de una fe que, como dice el Salmista, "vigila y medita día y noche".[1]

II. El día consagrado por la plegaria

Cada día, varias veces por día, el judío fiel se entregaba a la plegaria. Todo el que ha vivido en países del Islam ha podido admirar la puntualidad ritual con la cual, llegada la hora, donde quiera se halle, el musulmán extiende su manto en el suelo, se quita el calzado, derrama unas gotas de agua a lo largo de sus antebrazos, y, vuelto en dirección a La Meca, simplemente, seriamente, sin afectación, ruega. Esa costumbre admirable, que Mahoma heredó sin duda de los compañeros de ruta israelitas que le ayudaron a formular su mensaje, da una idea exacta de lo que había de ser la oración cotidiana de los judíos creyentes.

"Dios habló a Israel, y yo te lo he repetido —decía rabí Eleazar alrededor de un siglo después de Jesucristo—: cuando tienes que ponerte a rezar, ve a rogar a la sinagoga de tu pueblo; si no puedes rogar en la sinagoga, ruega en tu campo; si no puedes rogar en tu campo, ruega en tu casa, ruega en tu cama, y al menos ahí habla a Dios en tu corazón y calla."[2]

Era, pues, una obligación absoluta para todos los adultos, es decir, a partir de los trece años; sólo estaban exentos las mujeres, los niños y los esclavos. Las horas en que debían hacerse las oraciones habían variado en el correr de los tiempos; mas parece que en la época de Jesús rogaban por la mañana y por la noche, y también en "pleno mediodía", como dice el Salmo, lo que correspondía a la hora de sexta, en que el libro de los Hechos nos muestra a San Pedro en Joppé "subiendo a la terraza para orar".[3]

[1] Sal., I, 2.
[2] Strack-Billerbeck, pág. 399.
[3] Sal., LV, 18; Act., X, 9.

El judío fiel, para hacer su oración, tenía que envolverse en el *taled*, el "chal de rogar", y llevar los *tefilin*. Era tan obligatorio, que varios tratados talmúdicos aseguran que Dios mismo se conforma con ese reglamento. El taled era —y sigue siendo, puesto que siempre se le usa— un vasto chal que, puesto en la cabeza y en los hombros, caía hasta la cintura, cubriendo toda la parte alta del cuerpo; hecho, si posible, de hermosa seda blanca, a menudo bordada con un racimo de uva y una granada de color azul jacinto, terminaba con franjas rituales y, en las puntas, con los *tsitsit*, borlas de ocho hilos, de modo que el total diera treinta y dos, equivalente numérico[4] del vocablo "corazón". En cuanto a los tefilín —término que el griego traduce por "filacterias"—, eran unos estuches negros y cuadrados, hechos con pieles de animales "puros", que contenían, escritos en pergaminos, pasajes del Éxodo y del Deuteronomio[5] y que se colocaban, con correas, en la frente y en la palma de la mano.

Se daban vuelta en la dirección de Jerusalén, siguiendo el ejemplo dado, en el exilio, por el profeta Daniel[6]; si estaban cerca de la ciudad Santa, hacia el Templo; si estaban en el Templo, hacia el Santo de los Santos. En principio, no se arrodillaban; esto sólo se hacía en las grandes circunstancias, para suplicar a Dios más insistentemente. En cambio, se prosternaban a menudo, ya sea doblando sólo las rodillas, ya sea, con las rodillas dobladas, extendiendo las manos; o bien inclinando la frente lo más bajo posible, y hasta echándose de bruces. Tender las manos hacia el cielo era también un ademán de la oración: "Sean mis manos alzadas como la ofrenda de la noche", cantaba el Salmista. Es una actitud querida de los primeros cristianos, como lo muestran los célebres "orantes" de las catacumbas. En cambio, no se juntaban las manos, costumbre que parece empezar sólo en el siglo v de nuestra era, llegada quizá de Bizancio o de las tribus germánicas. El verdadero creyente rezaba, los ojos clavados en el suelo, como el publicano del Evangelio, golpeándose a veces el pecho[7]. Y, ordinariamente, en voz alta.

Para las plegarias diarias se empleaban dos textos de oraciones.

[4] Sobre las equivalencias numéricas, véase más arriba, pág. 332.
[5] Ex., XIII, 1-10 y 11-16; Deut., VI, 4, 9, y XI, 13-21 (véase más arriba, sobre las filacterias).
[6] Dan., III, 11.
[7] Lc., XVIII, 13. Muchos pasajes de Talmud precisan que esta actitud era reglamentaria (por ej. *Peah*, V).

El primero, que era obligatorio mañana y noche, y que además se recitaba en muchas circunstancias, exactamente como los católicos recitan el Padre Nuestro y el Ave María, era el célebre *Schema.* Oye, *Schema*... dice la primera palabra. Era una profesión de fe tomada del Deuteronomio [8]: "Oye, Israel; Yavé es nuestro Dios, Yavé es único. Amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, y llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos, que yo hoy te doy. Incúlcaselos a tus hijos; y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. Átatelos a tus manos, para que te sirvan de señal; póntelos en la frente, entre tus ojos; escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas." El texto seguía así, durante dos párrafos más, repitiendo las mismas afirmaciones de intransigente monoteísmo y llamando a los creyentes a sus estrictas fidelidades.

La otra oración era más larga. Había que recitarla tres veces por día, en secreto si no podía hacerlo en alta voz. Es verosímilmente la que San Pedro y San Juan iban a recitar hacia las tres en el Templo, como lo refieren los Hechos de los Apóstoles [9]. Hoy la llaman el *Schemone Esre,* las "dieciocho bendiciones"; es seguro que en su forma actual no es la que recitaron Jesús y sus discípulos; en ella se alude a la ruina del Templo y aun a la secta de los nazarenos; pero los elementos fundamentales son muy anteriores; y el ideal religioso de Israel se expresa con una fuerza y a menudo una belleza sorprendentes. Larga, lenta, insistente en sus repeticiones, *Schemone Esre* era magnífica por el impulso que, desde los primeros versículos, llevaba al alma a alabar, a glorificar al Eterno, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el señor grande, fuerte y temible, que es también el que dispensa todos los beneficios, el que hace vivir todo en la tierra, y también aquel de quien proceden toda sabiduría y toda santidad. Aun cuando numerosos judíos, como lo reconoce el tratado *Berakoth* [10], recitaban esos versículos maquinalmente "como para librarse de un peso", no es menos admirable que la jornada de todo creyente fuera ritmada, consagrada a Dios, por esas frases fervientes. Y los pedidos que seguían, referentes tanto al pan cotidiano como a las gracias espirituales y al perdón de las ofensas, y también las

[8] Deut., VI, 4-7; XI, 13-21.
[9] Act., III, 1.
[10] *Berakoth,* IV, 4.

que reclamaban la restauración de Jerusalén, la reunión de las tribus, y el advenimiento del reino de Dios, no estaban menos cargados de significado místico. El *Pater* de Cristo, la más hermosa de las oraciones humanas, será, en su simplicidad, una suerte de *Schemone Esre* purificado, clarificado, libre de toda atadura estrechamente nacional, extendido en su alcance a la humanidad entera. Pero no deja de ser en la diaria oración de los judíos donde toma numerosos términos, de los cuales sus dos primeras palabras, por las que empezaba la décimoctava Bendición.

III. La semana consagrada por el Sabat

La misma intención de colocar al hombre frente a Dios en ciertos tiempos de su existencia, asociada sin duda a otras intenciones, sociales e higiénicas, hicieron que la ley religiosa estableciera la regla del Sabat. El vocablo designaba —ya se recordará [11]— el último día de la semana, nuestro sábado. Pero al pronunciar esa palabra un judío sabía bien que tenía un sentido mucho más hermoso, mucho más rico, que correspondía a una costumbre sagrada que Israel seguía con altivez, que definía una de las pruebas indiscutibles de la presencia de Yavé entre su pueblo. Se mide la importancia del Sabat en las costumbres judías, por la frecuencia con que los evangelios lo aluden: el vocablo se repite cerca de setenta veces.

¿Qué es, pues, el Sabat? El Libro Santo lo decía en muchas oportunidades: "Una señal entre Dios y su pueblo", un día "consagrado a Yavé", que Israel debía "observar de generación en generación", absteniéndose de todo trabajo para "descansar y tomar aliento" [12], como Dios mismo hizo el séptimo día de la Creación. Moisés, al enseñar a su pueblo ese precepto divino, agregó que toda violación del Sabat sería castigada con la muerte, y en realidad, en el libro de los Números podía leerse [13] que en tiempo de la permanencia en el desierto un hombre a quien sorprendieron recogiendo leña ese día fue lapidado.

Sobre los orígenes del Sabat y su importancia, se referían numerosas historias muy hermosas, muchas de las cuales han sido

[11] Véase más arriba, los días de la semana, pág. 207.
[12] Ex., XXXI, 13-17.
[13] Núm., XV, 32, 36.

recogidas en el Talmud. El primer canto de la humanidad fue un cántico de Sabat, que Adán entonó, el séptimo día, al saber que Dios le había perdonado: algunos aseguraban que ese cántico era el Salmo XCII. Otros sabían más; el primer hombre fue creado en el instante en que comenzaba el Sabat, así como fue un día de Sabat cuando Israel cruzó el mar Rojo para huir de Egipto. Por lo demás, era muy sencillo: Yavé mismo seguía practicando el Sabat, como si, cada semana, recreara el mundo. Por eso un axioma rabínico muy difundido decía: "el Sabat como la circuncisión precedieron a la Ley."

En realidad, ¿de dónde procedía el Sabat? "Hay fuertes presunciones en favor de sus orígenes paganos", dice Jankelevitch [14], que lo pone en relación con la creencia en los días fastos y nefastos de "todos los pueblos primitivos y hasta de pueblos llegados a un grado avanzado de civilización". Baron y Lods buscan su origen en la astronomía babilónica: pero la periodicidad semanal, estricta, del día sabático en la época de Cristo prueba al menos que había habido una reacción contra una costumbre mesopotámica astral, pues los meses lunares no tenían forzosamente veintiocho días, sino a veces veintinueve y hasta treinta. En todo caso, durante el Exilio fue cuando el Sabat cobró la importancia capital que se le conoce: los deportados de Babilonia, que ya no tenían templo para rogar a Dios, se reunían ese día y, dice Isaías, "hallaban sus delicias" [15]. De regreso a la Tierra Prometida, no sólo mantuvieron la piadosa costumbre, sino que además no dejaron de reforzar las disposiciones que garantizaban su observación. Desde la época de los macabeos, abstenerse de celebrar el Sabat era una falta muy grave; observarlo bien un acto meritorio.

Como el día hebraico empezaba [16] la víspera por la noche, el viernes, a la hora del crepúsculo, se iniciaba el Sabat. Legalmente, comenzaba "con la noche"; pero, ¿cuándo era de noche? Cuando tres estrellas estaban visibles en el cielo, decían los rabíes. Entre "la primera y la tercera estrella", el hazán subía al techo de la casa más alta de la localidad, no sin sacar la "trompeta del Sabat" del armario de la sinagoga en que estaba guardada. Debía sonar tres veces dos notas —algunos decían seis veces, pero se discutía—:

[14] Prefacio Jankélévitch a la edición francesa del tratado *Sabbat* por Oesterley, pág. 39.
[15] Is., LVIII, 13, 14.
[16] Véase más arriba, pág. 209.

la primera para advertir a los obreros de los campos que debían abandonar su trabajo; la segunda para ordenar a los comerciantes que cerraran sus tiendas; la tercera para significar a todos que había llegado la hora de encender el candil. Entonces, en ese instante, en todos los hogares judíos se alzaba la llamita amarilla, orante y silenciosa presencia. Una bonita fórmula decía: "El Sabat comienza a brillar."

La víspera —ese día se llamaba precisamente "preparación"— habían limpiado la casa cuidadosamente. Habían preparado los alimentos que comerían durante el día sagrado, fríos, puesto que estaba prohibido guisar. Esos eran quehaceres de las mujeres. Hasta se reconocía una buena esposa en que nunca se olvidaba de llenar de aceite el candil sabático y de proveerse de galletas, pescados, dátiles e higos. Se habían dado un baño, sobre todo si ejercían un oficio sucio, por ejemplo, curtidores y zurradores. En cuanto se encendía la luz se sentaban a la mesa para una comida en que habían de figurar vino y plantas aromáticas, tras lo cual recitaban una triple bendición especial. Pero seguidamente nadie comía antes de ir a la sinagoga, el sábado por la mañana —lo que explica el hambre de los discípulos de Jesús un día de Sabat, en que arrancaban espigas de trigo y se las comían [17].

Se escuchaba la lectura y el comentario de algún pasaje del Libro, y volvían a casa para la comida de mediodía, que también comportaba bendiciones particulares. En los lugares en que había rabíes, los doctores de la Ley aprovechaban la tarde del día santo para reunirse en el *Beth ha Midrash*, la casa de estudios, para escudriñar sabias cuestiones teológicas. Hacia las cinco cenaban, no sin haber nuevamente bendecido tres veces la luz, el vino y las plantas aromáticas, hasta que la trompeta diera la señal del fin del Sabat. Aun si se hallaban a mitad de la comida, tenían que levantarse, lavarse las manos y pronunciar, sobre la copa de vino, una acción de gracias. El piadoso paréntesis de la vida, el alto consagrado, había terminado.

El Sabat era, pues, un día de oración, pero no era una jornada triste. No estaba prohibido que los platos preparados fuesen buenos, que los vinos estuviesen bien aromatizados, y se recomendaba que se pusieran vestidos nuevos. El hombre que había trabajado bien toda la semana, podía experimentar el placer que Dios mismo había sentido cuando la Creación estuvo terminada. Por eso la Ley

[17] Mt., XII, 2 y paral.

y todos los comentaristas insistían para que el descanso fuese rigurosamente observado. Hasta se tiene la impresión de que el significado propiamente espiritual del Sabat, tiempo de cara a cara con Dios, día consagrado en la semana, desaparecía ante el sentido legalista, ritualista; para dar satisfacción al precepto sabático, en la opinión de algunos, lo esencial era no trabajar.

La reglamentación del reposo y de las condiciones que debían llenarse para respetarlo era minuciosa. El texto bíblico había hecho más que plantear principios: entró en pormenores y precisó cierto número de "trabajos" que estaba prohibido hacer un día de Sabat. Por ejemplo, encender fuego o caminar más de seis estadios. Por vía de deducción, los rabíes elaboraron luego un código que el tratado *Sabbat* nos ha conservado. Estaban prohibidas treinta y nueve clases de trabajos: la cifra treinta y nueve se consideraba en Israel como un máximo, 40 significaba lo ilimitado[18]; la nomenclatura iba desde sembrar hasta llevar un objeto pasando por hacer o deshacer un nudo, apoderarse de una presa de caza o escribir dos letras del alfabeto. A los preceptos legales se agregó también toda una jurisprudencia de consejos y de prohibiciones cuya argumentación no dejaba de caer, a veces, como ya veremos, en el bizantinismo, hasta en lo ridículo y lo absurdo[19], pero que no por eso dejaban de testimoniar un profundo respeto de obedecer a la voluntad de Dios.

La observación del Sabat hasta llegó a ser una obligación tan rigurosa, que los rabíes más sabios debieron establecer distinciones entre los trabajos prohibidos, para evitar los efectos desastrosos de una obediencia demasiado pasiva a la Ley. Por ejemplo, admitieron que podrían defenderse por las armas un día de Sabat, desde que, bajo los macabeos, una tropa israelita se dejó matar por los sirios antes que tomar las armas violando el descanso y que, durante el sitio de Jerusalén por Pompeyo, los combatientes de las murallas las abandonaron en el instante en que apareció en el cielo la estrella del Sabat. Hasta reconocieron que el precepto sabático podía ceder ante las obligaciones religiosas más elevadas, como operar una circuncisión y celebrar ciertas fiestas grandes. Se admitió también que un día de Sabat podía socorrerse a un

[18] Recuérdese (pág. 199) que el condenado a la flagelación no debía recibir más que cuarenta azotes menos uno.
[19] Véase más adelante, sobre las rarezas de la jurisprudencia sabática, pág. 464.

hombre en peligro de muerte, y aun un animal: Jesús alude a ese permiso[20]. Pero los más rigoristas rechazaban esas suavizaciones de la Ley; hasta era un sujeto permanente de discusión entre las diferentes escuelas de los doctores de la Ley: en la *Regla de la Comunidad* esenia se decía formalmente que valía más dejar que un animal y aun un hombre se ahogara antes que violar el Sabat[21]. En la época de Cristo se inició una reacción contra esa rigidez sin matices a cuyo frente se colocó en cierto modo; los rabíes liberales decían: "El Sabat te ha sido dado a ti, pero no tú al Sabat."[22] Jesús, más formalmente, dando su verdadero sentido espiritual al día consagrado, exclama: "El Sabat ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el Sabat."[23]

Por más discutible que pueda parecer, en ciertos aspectos, el formalismo de la legislación sabática, no es menos cierto que ese alto obligatorio de plegaria en el curso de la semana, ese cara a cara semanal con Dios, señalaba con un sello muy particular al Pueblo de Dios. "Ese día de santo reino —como decía el *Libro de los Jubileos*— en que se descansaba de toda la pena que da el trabajo de los hombres", los judíos tenían el orgullo de ser los únicos en usarlo. El hecho era tan patente, que los romanos mismos debieron reconocerlo. Eso les parecía, evidentemente, absurdo. Tácito se burlaba, refiriendo que en honor de Saturno esa extraña raza "pierde la séptima parte de la vida" pasando un día por semana sin hacer nada, lo que, agrega, está ampliamente probado por el hecho que, ese día, comen cosas frías debido a la frialdad de ese cuerpo celeste[24]. Pero, si creemos a Flavio Josefo, fue a causa del precepto sabático que el Imperio renunció a alistar a los judíos en sus ejércitos, por el temor de verlos tirar el escudo y la espada al primer toque de la trompeta del hazán.

IV. El año consagrado por las fiestas

Si el día estaba santificado por la triple oración, la semana por el Sabat, también el año lo era por fiestas, que se celebraban en

[20] Lc., XIV, 5.
[21] Véase Daniélou: *Les Manuscrits de la Mer Morte et les origines du Christianisme*, pág. 34.
[22] Citado por Stapfer, pág. 344.
[23] Mc., II, 27.
[24] Tácito: *Historia*, V, 2-4.

fechas fijadas por la Ley. Eran numerosas, hasta muy numerosas. En ciertos momentos se sucedían sin interrupción durante tres semanas, por ejemplo, en otoño, al principio del mes de *tisri*, en que el Año Nuevo, la Expiación y los Tabernáculos se enlazaban. Al contrario de lo que ocurría con el Sabat —acabamos de verlo en el *Libro de los Jubileos*—, ningún texto indica que el legislador religioso, al establecer las fiestas, haya pensado en el reposo de los hombres; pero, en realidad, el calendario litúrgico desembocaba en la creación de las vacaciones legales, como ocurría en nuestra Edad Media. Sin embargo, cae de su peso que primero estaba la intención religiosa: en Pascua o en la Siembra, en Purim o en Kipur, siempre era al Eterno, al Único, al Santo de los Santos a quien se glorificaba, agradecía, imploraba.

Algunas de esas fiestas se celebraban en casa, en esa célula religiosa de base que era la familia; o entre amigos en el círculo de un maestro con sus discípulos, como veremos que hace Jesús rodeado de los doce Apóstoles. Pero todas tenían un carácter comunitario muy neto, como tantos rasgos de la vida judía. Más que el individuo, era el pueblo el que se dirigía a Dios, a Su Dios. Ceremonias públicas, de ritos minuciosamente regulados, correspondían a las intenciones de cada una de las fiestas. Varias de ellas eran la oportunidad de peregrinaciones, en las que ningún judío fiel dejaba de participar tan a menudo como podía.

Peregrinaciones de Israel... La Meca o Benarés, Lourdes en pleno mes de agosto dan la idea de lo que podía ser Jerusalén los días de las fiestas principales, cuando un pueblo innumerable convergía hacia sus muros. Llegaban peregrinos de todas partes. De todos los cantones de Palestina, y también de los países lejanos en que la Diáspora había afincado comunidades que seguían fieles; en los puertos de Cesárea y sobre todo de Jopé —pues el primero era demasiado pagano— donde empresas especializadas descargaban barcos repletos de peregrinos, como en nuestros días vemos en Djeda, puerto de La Meca. Se iba en peregrinación en pequeños grupos de parientes y amigos. La fraternidad reinaba entre los viajeros, y si los peregrinos ricos se daban maña para rodearse de todo el confort posible, nadie se hubiera atrevido a decir al andrajoso con quien se codeaba en el puente del barco o en los caminos: "¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo estás aquí?" Todos los caminos que llevaban a las puertas santas eran pronto un rosario casi ininterrumpido de caravanas que se encontraban, se saludaban

alegremente antes de seguir caminando juntas. Entonado por centenares de pechos se elevaba un canto, repetido sin cesar: el aire era el de las canciones populares, las letras las de los famosos "Salmos de peregrinación" o "Cántico de las subidas" de los cuales la Biblia nos conservó el texto, y en especial los Salmos LXXXIV y CXX a CXXXIV que todo israelita debe tener "grabados en el corazón". Uno decía el gran llamado a la peregrinación: "Anhela mi alma y ardientemente desea los atrios de Yavé; mi corazón y mi carne saltan de júbilo por el Dios vivo." Otros gritaban la alegre esperanza, la dicha del camino sagrado: "Alegréme de lo que me decía: Vamos a la casa de Yavé." Cuando llegaban a la vista de la Ciudad Santa —cuando alcanzaban el "valle de Bacá" [25]—, bendecían a Yavé, exaltaban la gloria de la Ciudad, "la ciudad tan bien construida, donde todo se agrupa en un conjunto perfecto". Y en el instante en que "pisaban el umbral de las puertas", muchos se prosternaban, echándose de bruces para besar el suelo sagrado.

¿Cuántos eran esos peregrinos de las grandes festividades? Flavio Josefo [26] refiere que como el rey Herodes Agripa ordenó un año, por Pascua, que se tomara para su uso un riñón por cordero inmolado, recibió 600.000, lo que, agrega imperturbable el historiador, a diez peregrinos término medio por cordero, permite estimar en seis millones el número de visitantes. ¡Más tarde, el Talmud llevará esa cifra hasta doce millones! Calculando la cantidad de participantes que podían caber en el Templo algunos han creído poder reducir esa cifra a 160.000, lo que es notoriamente demasiado poco, pues el tratado *Pesahim* (Pascua) decía que debido a la afluencia había que repetir los oficios tres veces. De modo que sería alrededor de medio millón de peregrinos los que Jerusalén habría visto afluir en las grandes fiestas, el quíntuplo de su población.

Éste es uno de los rasgos característicos de la vida judía, cuya importancia no debe desconocerse. Esa oración en común de todo un pueblo aseguraba su cohesión, exaltaba en él el sentimiento de su unidad. Jornaleros en andrajos, eremitas con taparrabos, ricos traficantes de Alejandría y de Babilonia vestidos con fino lino, todos, en los patios del Templo, sentíanse hermanos por unos días. En las ceremonias litúrgicas se amontonaban codo con codo.

[25] Sal., LXXXIV, 6-8.
[26] Flavio Josefo: *Guerra de los judíos*, II, 14, y VI, 9.

Luego, en las calles, repletas hasta desbordar, deambulaban, "daban la vuelta de Sión, caminaban alrededor de su muralla, contaban sus torres; iban hasta los muros exteriores para examinarlos, y se detenían admirados delante de los palacios" [27], para referir todo lo que vieran a los que se habían quedado en casa, y alabar con ellos al Todopoderoso que había ordenado todas esas cosas.

Esas fiestas, que ocupaban tan gran lugar en la existencia de Israel, remontaban a los tiempos más remotos de su historia. En el origen fueron sin duda fiestas de la naturaleza, copiadas de las civilizaciones más antiguas de Babilonia o de Canán, fiestas de la primavera, de la siega, o de la siembra. Pero el carácter histórico de la religión del Pueblo elegido se había impuesto a ellas desde hacía muchos siglos, y se celebraban como recuerdo de los grandes acontecimientos de la Historia Santa. Muchas de ellas tenían señalados caracteres penitenciales, que también procedían de la Historia Sagrada. Todos sabemos que Israel pecó a menudo contra su Dios y mereció los justos castigos que su diestra le había infligido: nada era mejor, ni tan necesario, como implorar su misericordia. La "convocatoria de otoño" que, en el momento en que empezaba al año legal, llamaba al pueblo a la penitencia, no tenía otra finalidad [28].

A lo largo de un calendario sobrecargado —incluyendo los ayunos públicos que recordaban dolorosos acontecimientos del pasado, no había un solo mes sin manifestación religiosa—, se distinguían las fiestas grandes y las pequeñas. Entre estas últimas, las había simplemente populares, como la de la esquila de las ovejas, de que ya habla el Génesis [29]: se celebraba al principio del verano, consistía en una consagración de los rebaños y era la ocasión de una alegre comida. La de Purim, que se realizaba el 14 de adar, también daba lugar a gran regocijo, hasta un verdadero carnaval con carros y disfraces; y aun hoy sigue siendo así en el Estado de Israel: en efecto, ¿no recordaba ésta un acontecimiento visiblemente providencial, el gran peligro que corrió el Pueblo de Dios cuando el horroroso ministro de Asuero, Amán, pensó en destruirlo y que, siguiendo el consejo del sabio Mardoqueo, la hermosa Ester consiguió seducir al rey y que colgaran al perseguidor? Cuando, en la sinagoga, durante la fiesta, se leía el libro

[27] Sal., XLVIII, 13, 14.
[28] Cf. *La Convocation d'Automne* por Daniel Barouki, París, 1960.
[29] Gén., XXXI, 19, y XXXVIII, 12.

de Ester en que están narrados esos acontecimientos, infaltablemente la asistencia estallaba en frenéticos bravos. La víspera, 13 de adar, los judíos verdaderamente piadosos celebraban otra fiesta, Nicanor, que recordaba otra victoria, la que Judas Macabeo obtuvo contra el general sirio de aquel nombre [30]; se encendía un fuego en Modín, patria de los asmoneos, que unos corredores llevaban a los cuatro rincones de la Tierra Prometida [31]. Otra fiesta, en invierno, conmemoraba otro acontecimiento de la historia de la Guerra libertadora —que ocupaba decididamente un lugar muy grande en la memoria de Israel—, la fiesta de la Dedicatoria. Para conmemorar la purificación por Judas Macabeo del Templo, hollado por Antíoco IV, Epifanes, se iluminaban las casas, se cantaba, se bailaba en las calles, tocaban el arpa y los címbalos; como el profeta Ageo, en el capítulo segundo de su libro, había anunciado para el vigésimo cuarto día del noveno mes una purificación especial, en esa fecha se fijó la fiesta; lo que correspondería, poco más o menos, al 24 de diciembre, víspera de la Natividad...

Las grandes fiestas daban lugar a ceremonias mucho más imponentes, sobre todo las "tres mayores", las *shalosh regalim*, Pascua, Pentecostés y el Gran Perdón. La más antigua era la de las Primicias, o de la Siega, que llamaban la fiesta de las Semanas, porque, dice el Deuteronomio, se contaban siete semanas "desde el día en que comienza a meterse la hoz en el trigo, y se celebraba a Yavé", que daba todos los bienes [32]. Pero no únicamente los bienes temporales. Pues celebraban también —ningún lector de Racine puede ignorarlo— "la famosa jornada en que sobre el monte Sinaí nos fue dada la Ley" [33]. Como la Ley fue dictada a Moisés cincuenta días después de la salida de Egipto [34], es decir, unas siete semanas, la identificación de ambas conmemoraciones caía de su peso, y ese número cincuenta, en griego, dio el término Pentecostés con que se designaba a menudo la fiesta, cuando no se le daba su nombre judío *Hasartha* o "concentración". Pues era una de esas en que las concentraciones en Jerusalén eran enormes. Eminentemente alegre, consistía sobre todo en ofrendas de pan

[30] I Mac., VII, y II Mac., XV.
[31] Hoy se enciende un inmenso candelabro de siete ramas formado por siete tubos donde surge el petróleo del campo de Heletz.
[32] Deut., XVI, 9.
[33] Primeros versos de *Athalie*.
[34] Ex., XIX, 1-16.

y en sacrificios, pero llevaba a las almas fervientes a meditar el gran acontecimiento de la revelación mosaica. El día de Pentecostés será cuando, reunidos para hablar de otra revelación, más elevada todavía, los Apóstoles de Jesús serán testigos de un prodigio en el que reconocerán la obra del Espíritu Santo mismo: viento violento, ruido terrible, aparición de lenguas de fuego por encima de cada uno de ellos; Pentecostés será desde ese momento la fiesta del nacimiento de la Iglesia de Cristo [35].

Las Semanas eran la gran fiesta primaveral; en otoño se desarrollaba sin interrupción una trilogía de fiestas durante los veintidós primeros días de tisri. Es verosímil que el orden cambiara en el curso de los tiempos; en la época de Jesús era el siguiente: el primer día del mes, fiesta de Año Nuevo, pues el año religioso empezaba, como ya hemos visto [36], en ese momento. El 10, fiesta de las Expiaciones o del Gran Perdón; luego, a partir del 15, fiesta de los Tabernáculos. La primera, que duraba diez días, comportaba ceremonias majestuosas, sobre todo el primer día: la Biblia lo llamaba "el día del sonido estrepitoso de las trompetas" [37]. Se desarrollaba una procesión solemne, que debía recordar las que hacían los antepasados cuando seguían al Arca de la Alianza cantando himnos al Altísimo; se ofrecían al Señor un novillo, un carnero y siete corderos de un año sin defecto, a lo que agregaban un macho cabrío, como arrepentimiento de los pecados de todos.

El arrepentimiento: éste era el que debía dejar impresa su señal los días que seguían, a partir del 10 de tisri. Numerosos judíos piadosos se preparaban a sus patéticas ceremonias ayunando, rezando, multiplicando las abluciones, llegando hasta el retiro. El sumo sacerdote tenía que retirarse a una sala especial del Templo, para santificarse rogando. Tan importante era esta fiesta de la Expiación, este "día del gran perdón", Yom Kipur, que, cuando se decía simplemente "el día", cada cual comprendía que se trataba de ella. Naturalmente, había que suspender todo trabajo y ayunar, so pena de muerte; el libro de los Hechos designa esta fiesta con el nombre de "época de gran ayuno" [38]. Pero sobre todo temían que "mortificarse las almas", es decir, tomar conciencia de

[35] Act., capítulo II.
[36] Sobre el año, véase más arriba, pág. 202.
[37] Núm., XXVIII, 26.
[38] Act., XXVII, 9.

su miseria, del peso enorme de sus pecados. Los ritos de esa fiesta, que la muchedumbre de peregrinos seguía con profundo recogimiento, eran hermosos y misteriosos. Por única vez en el año, el sumo sacerdote penetraba en el Santo de los Santos del Templo, para purificarlo con la sangre mezclada de un macho cabrío y de un toro. Luego se procedía a la extraña ceremonia del "chivo emisario". Un macho cabrío había sido designado por suerte, al que, según el capítulo XVI del Levítico, le llamaban "Azazel", que era el nombre de un ángel malo. El sumo sacerdote, colocando las manos en la cabeza del animal, "confesaba todas las impurezas, todas las desobediencias, todos los pecados de los hijos de Israel". Los presentes repetían una oración que llega a hacer pensar en un acto de contrición: "Dios mío, tu pueblo ha cometido ante Ti muchos pecados, muchos crímenes, pero, como está escrito en la Ley de tu servidor Moisés, concede el perdón, por misericordia de todas las faltas, en este día de expiación." Luego un hombre, elegido para ese efecto, echaba al macho cabrío persiguiéndolo a latigazos, en el desierto, es decir, a unos kilómetros de Jerusalén, hasta un precipicio donde quedaba abandonado a su desgraciada suerte, sin que se permitiera a nadie cuidarlo o alimentarlo. Tras lo cual, el sumo sacerdote hacía una ablución solemne, y el pueblo de Dios quedaba purificado.

A esos días de amargura sucedían otros, de aspecto muy distinto. Era la fiesta de los Tabernáculos, o de las cabañas, "la fiesta", la fiesta por excelencia, decía el pueblo de los campos, que recordaba que en tiempos pasados era aquella en que se recogían las aceitunas y se vendimiaba. Ya hemos visto que mientras duraba la cosecha [39] era costumbre irse a vivir a la huerta o al viñedo, bajo la tienda o en chozas de ramas; de modo que los alrededores de Jerusalén se cubrían igualmente de chozas y tiendas bajo las cuales los peregrinos y hasta los ciudadanos de la ciudad se alojaban durante ocho días. El sentido de ese rito era claro: recordaba a los judíos la época en que eran "viajeros en la tierra", errantes en el desierto a la espera de la Tierra prometida. Cada día las ceremonias reunían en el Templo a los habitantes de los Tabernáculos. Se hacían sacrificios, se desarrollaban procesiones en el atrio: el pueblo cantaba en alta voz el admirable Salmo CXVIII, ese himno de acción de gracias a Yavé, "el que de la piedra rechazada por los constructores hizo la piedra an-

[39] Sobre la cosecha y las vendimias, véase más arriba, págs. 262 y 264.

gular". ¡Hosanna, hosanna! El sumo sacerdote iba cada día, seguido por el pueblo, a sacar agua con un cántaro de oro de la fuente de Siloe, y volvía para hacer con ella una libación al occidente del altar. Y por la noche se desarrollaba una asombrosa fiesta en el "patio de las mujeres" del Templo: se encendían cuatro candelabros; los levitas músicos se instalaban con sus laúdes y sus címbalos en los quince peldaños que llevaban al atrio de los hombres. Cuando las trompetas daban la señal se llevaba a cabo una danza con antorchas, mientras que el pueblo cantaba: "Nuestros padres adoraron al Sol en este lugar, pero nosotros dirigimos nuestras caras hacia el Único."[40] Quizá fuera en el curso de esa fiesta nocturna cuando, mostrando la llama de los candelabros, Jesús exclamó: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida."[41]

Pero de todas las fiestas que jalonaban el año israelita, la más santa, la más ferviente, era Pascua. Era seguramente una fiesta muy antigua, la heredera de aquellas en que los antepasados ofrecían a Dios las primicias de su ganado y el pan sin levadura hecho con las primeras espigas de su cosecha. Pero, desde Moisés, tenía otro sentido: era la fiesta de la liberación, de la milagrosa liberación, la fiesta de la salida de Egipto. El pueblo decía que su nombre, *Pesah, Pesahim,* significaba "pasaje"; la etimología de la palabra era quizás egipcia y correspondía a la idea de "recuerdo".

La Pascua, en tiempo de Cristo, se celebraba el 14 de nisán[42], lo que correspondía a la luna llena del equinoccio de primavera; la fecha era, pues, fija, al contrario de la fecha de la Pascua cristiana, pues los meses judíos eran lunares[43]. Las ceremonias duraban una semana, pero las más importantes se celebraban el primero y el último día. Los ritos eran, en principio, los que estaban indicados en el capítulo XII del Éxodo, los que Moisés reveló a su pueblo para evitar el castigo del Ángel exterminador, y permitirle que huyera de la tierra de persecución. Seguían, pues, inmolando el cordero "pascual", rociando con su sangre, con una rama de hisopo, el dintel y las jambas de las puertas y de las casas, y comiendo la carne del animal, con panes ácimos. Pero no

[40] *Succah,* consagrada a la festividad de los Tabernáculos.
[41] Jn., VIII, 12.
[42] Núm., XXVIII, 16.
[43] Véase *Jésus en son temps,* capítulo IX, parágrafo "La Semaine sainte", nota terminal.

es seguro que todos observaran estrictamente la regla por la cual se debía comer de pie, la túnica levantada por encima de la cintura, en sandalias de camino y un báculo en la mano.

Pero no por eso el ceremonial dejaba de estar rigurosamente regulado. La tarde del 14 de nisán, todo se desarrollaba en el Templo. Se había elegido y pagado el cordero sin defecto y sin mancha que la Ley exigía; lo presentaban a los sacrificadores que estaban en la entrada del patio de los Sacerdotes; un trompetazo daba la señal de cada sacrificio; el sacerdote echaba la sangre recogida delante del altar, de donde corría, por canalizaciones, hacia el Cedrón; esta gigantesca carnicería se llamaba "preparar la Pascua"[44]. Las entrañas y la grasa se arrojaban al fuego; de modo que un olor bastante atroz de carne quemada se cernía sobre la ciudad toda la semana de Pascua. Luego los donantes se llevaban el cordero inmolado para la comida ritual que tenía lugar en la cámara alta de la casa.

El tratado *Pesahim* nos ha conservado el detalle muy minucioso de esa comida. Ninguno de los huesos del cordero debía romperse; había que asarlo, pero no hervirlo. Cuando estaba a punto, primero humedecían pan ácimo en una salsa colorada, llamada *haroseth,* y luego bebían una primera copa pronunciando una bendición, recitando después el Salmo CXIV que refiere la salida de Egipto del Pueblo elegido. Luego sorbían unas gotas de agua salada, en recuerdo de las lágrimas derramadas por los antepasados. Tras lo cual comenzaban a comerse el cordero, acompañado de los "hierbas amargas", rábano silvestre, laurel, tomillo, orégano y albahaca. Seguían otras dos copas, que se pasaban de mano en mano; la tercera, solemne, se llamaba "copa de bendición". Entonces los concurrentes entonaban el *Hallel,* el cántico de gracias, formado por los cuatro Salmos CXV a CXVIII: "No por nosotros, ¡oh Yavé! no por nosotros, hazlo por la gloria de tu nombre, por tu misericordia y tu fidelidad." En el momento en que retumbaba el versículo: "Bendito quien viene en el nombre de Yavé" se pasaban la cuarta copa, en principio la última. Todo eso era obligatorio, tan obligatorio, que los pobres, si no tenían con qué comprar el cordero, el vino, y las hierbas, los recibían de la comunidad. Pero los ricos podían seguir comiendo y bebiendo, ¡con tal de no ir más allá de la quinta copa!

Pascua era una fiesta alegre. "Es sabrosa como la aceituna

[44] Lc., XXII, 13 y paral.

—dice el Talmud—, y el *Hallel* debe quebrar el techo de las casas." Un apócrifo gnóstico, llamado *Hechos de Juan*, nos muestra a los discípulos de Jesús haciendo un corro a su alrededor, cogidos de las manos, y bailando en cadencia, cantando. Pero también era una fiesta ferviente, una fiesta meditativa, en que cada fiel podía sentirse místicamente atado al destino de su pueblo, llamado a la liberación, la única liberación que cuenta, la que libra el alma de la servidumbre del pecado. No es por casualidad que Cristo, utilizando el pan y el vino del rito tradicional, durante la comida de la última Pascua, dará a los suyos la prenda de la suprema liberación diciendo: "Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre..."

V. Años sabáticos. Años de Jubileo

Marcar con el sello de Dios el día, la semana y cada mes del año, no era todavía bastante. El desarrollo del tiempo también debía llevar la marca de paradas santas. Algunas estaban previstas, que, para satisfacer el gusto de los judíos por la ciencia de los números [45], se hallaban en relación con la cifra *siete*, considerada como sagrada. Una de esas paradas santas caía cada siete años, al final de una "semana de años", y otra cada siete semanas de años: pues siete veces siete o setenta veces siete, sugería la idea de infinito. Hecho muy importante y que subraya con un rasgo simpático los preceptos de la Ley judía: esos dos sistemas de fiestas estaban uno y otro marcados de intenciones profundamente generosas y caritativas.

Cada siete años, pues, se celebraba el *Año sabático*, un año que no era como los demás. No tanto por las ceremonias que en él se desarrollaban, sino por las medidas sociales, humanitarias y hasta económicas que se aplicaban. Ese año, en efecto, la Ley ordenaba que se diera libertad a los esclavos de raza israelita, sobre todo a los que debieron venderse para pagar sus deudas [46]. También mandaba, en ese año de remisión: "Abrirás ampliamente la mano a tu hermano", lo que ciertos rabíes interpretaban como creando la obligación de remitir todas las deudas, y otros opinaban que sólo los intereses. En fin, más asombroso todavía, la tierra misma había de beneficiarse esos doce meses, con un

45 Véase más arriba, pág. 332.
46 Véase lo que se dijo más arriba de los esclavos, pág. 159. Cf. Ex., XXI, 7-11 y Deut., XV, 12.

descanso total: no se araba, ni se sembraba, ni se cosechaba; sólo debía tomarse lo indispensable para vivir [47]. Los propietarios dejaban en los árboles los frutos de la vid y del olivo, pero los pobres tenían el derecho de comérselos, y los animales de los campos [48], lo cual correspondía a una doble intención de caridad y de previsión agrícola. Por lo demás, el Libro santo prometía que el sexto año, el que precedía al sabático, sería fecundo y que nadie carecería de nada... Esta obligación, que parecería tan extraña al hombre moderno, era respetada: desde Nehemías, el Pueblo elegido había prometido formalmente someterse a ella [49]; hasta en circunstancias difíciles, puesto que, durante el asedio de Jerusalén por los sirios, la guarnición de Betsur debió solicitar una tregua al enemigo "porque era el año sabático" [50]. Esta costumbre tan excepcional, a la verdad única en la historia, era el orgullo de los judíos: Flavio Josefo lo dice, y aun asegura que el Emperador debió renunciar al cobro de los impuestos ese año, lo que, por lo demás, es muy dudoso. Los romanos se burlaban: prueba, según Tácito, de la pereza inveterada de esa raza. Que la aplicación no provocara conflictos, es harina de otro costal; y la jurisprudencia abundante del Talmud en esa materia prueba bastante que no era sencillo. Pero ya era algo hermoso que se afirmara el principio de la remisión de los hombres y de la tierra.

En cuanto al año del *Jubileo*, es decir, el que duraba siete semanas de años, era todavía más radical en sus disposiciones. Cada cincuenta años habían de ser manumitidos todos los esclavos sin excepción; todas las propiedades que los pobres debieron vender a los ricos para pagar sus deudas debían devolvérseles, a un precio que la Ley fijaba muy estrictamente. La intención era hermosa: aplicado, ese reglamento hubiera colocado a Israel a la cabeza de todos los pueblos de su tiempo en cuanto al problema de la esclavitud y también en cuanto al acaparamiento de las tierras, que, en Roma, se planteaba tan cruelmente por los latifundios [51]. Pero las dificultades económicas y sociales que hubiese provocado su aplicación hubieran sido considerables; tan considerables, que, según lo que deja entender el Talmud, no se obedecía al precepto del Levítico. Se limitaban, cuando llegaba el cuadragésimo noveno

47 Lev., XXV, 4.
48 Ex., XXIII, 10, 11.
49 Neh., X, 32.
50 I Mac., VI, 49.
51 Lev., XXV, 8-17.

año, "el décimo día del séptimo mes, con hacer retumbar en todo el país las estrepitosas trompetas". Pero al menos la exhortación de Yavé no quedaba en el olvido: "No os perjudiquéis uno a otro, entre hermanos, si no temed a Dios."

CAPÍTULO II

LAS MORADAS DE DIOS

I. El Templo, "lugar en que se asienta tu majestad"

Ahora sigamos a los peregrinos fervientes. Penetremos con ellos en Jerusalén y acompañémosles hasta ese punto de la Ciudad que es la meta de su largo viaje. Sus cantos han designado esa meta. "¡Oh Yavé, yo amo la morada de tu casa, el lugar en que se asienta tu majestad! ... Un día en tus atrios vale más que mil otros ... Una cosa pido a Yavé, y ésa procuro: habitar en la casa de Yavé todos los días de mi vida." Así, veinte veces y aun más, el Salmista ha dicho la belleza del Templo, y el amor que le tiene todo judío fiel. En el corazón de las exigencias espirituales de Israel se yergue el prestigioso edificio, como en el más sagrado corazón de la Ciudad santa. De todos modos, es una de las realidades esenciales del Pueblo de Dios.

Es único. "Sólo hay un Templo único para el Dios único —dice Flavio Josefo—, un Templo común a todos, como Dios es común a todos." [1] El que los samaritanos han levantado en el Monte Garizim no es más que una obra herética, que el cielo abomina [2], y el pobre santuario que Onías edificó antaño en Leontópolis [3] —quedará en pie hasta 73— es una ruin imitación, tolerada a disgusto para no herir a la poderosa Diáspora de Egipto. Los únicos sacrificios válidos son los que se ofrecen a Dios en la roca de la Moria.

Hace mil años que ahí se levanta el Templo del Único, en el lugar mismo en que David y Salomón quisieron glorificar a Aquel

[1] Flavio Josefo: *Antigüedades judías*, III, 6.
[2] Véase sobre los samaritanos, pág. 49.
[3] Véase sobre el Templo de Egipto, pág. 55.

que les permitió hacer de Jerusalén la capital de su joven reino [4]. Desde entonces se ha visto mezclado tan íntimamente con los acontecimientos, afortunados o desdichados, vividos por Israel, que escribir la historia del Pueblo de Dios es casi escribir la historia de su Templo. En tiempos remotos, cuando se trató de construir una morada a Yavé, hubo resistencias. No valía la pena, pensaron algunos, haber destruido, por orden divina, los santuarios de los paganos [5] para imitarlos; el profeta Natán llegó a poner en guardia a David contra ese error [6]. Mucho más tarde todavía, Isaías el profeta preguntó qué casa podría construirse "al Dios cuyo trono es el Cielo y la tierra su escabel" [7]. Pero esa corriente ultra-rigorista, ya no tiene importancia después de diez siglos que el Templo está ahí, institución nacional, símbolo de la grandeza del Pueblo elegido. ¿Hay todavía recabitas, esos reaccionarios fanáticos que lo rechazaban, como rechazaban todo lo que fuera ciudad? [8] Los esenios quizá se muestren algo desdeñosos. Pero serán los más audaces cristianos quienes dirán: "No habita el Altísimo en casas hechas por mano de hombre." [9] Mientras tanto, el propio Jesús, respetuoso de las tradiciones de su pueblo, va al Templo para rogar a su Padre, como cualquier judío fiel.

II. El Templo que Jesús conoció

El Templo al que Jesús iba a rezar no era el que edificó Salomón, cuya construcción y esplendores ha narrado minuciosamente el libro de los Reyes [10]. Ése, desgraciadamente, fue saqueado por Nabucodonosor durante el primer sitio de Jerusalén [11], y once años después, en 586, lo destruyeron de arriba abajo [12]. Tampoco es el "segundo Templo", aquel cuya reconstrucción pidieron los profetas Ageo y Zacarías al gobernador Zorobabel, después del retorno del Exilio. Más modesto que la obra maestra salomónica, lo querían de todo corazón, como señal de la resurrección nacional

[4] Véase nuestro capítulo sobre Jerusalén, pág. 93.
[5] Deut., XII, 2, 9.
[6] II Sam., VII, 5-7.
[7] Is., LVI, 1.
[8] Jer., XXXV, 2.
[9] Act., VII, 48: palabras del diácono Esteban.
[10] I Rey., V, VI, VII, VIII.
[11] II Rey., XXIV.
[12] II Rey., XXV.

y también como centro de la resistencia a los paganos: Judas Macabeo lo purificó de las mancillas de Antíoco Epifanes, y luego lo restauró lo mejor que pudo, pero sin conseguir ocultar su vetustez y su relativa pobreza. No: el Templo de que se trata en el Evangelio era muy reciente, tan reciente que todavía estaba en construcción y sólo quedaría terminado mucho después de la muerte de Jesús, el año 64, muy pocos meses antes de que lo destruyeran para siempre...

Era el Templo de Heroles, el "tercer Templo", aquel que el déspota idumeo quiso que fuera el afortunado rival del de Salomón, duplicando casi la superficie de la explanada de la Moria, rellenando con tierra audazmente contenida por gigantescos cimientos, movilizando millares de obreros —entre diez y dieciocho mil—, acarreando toneladas y toneladas de materiales sin retroceder ante ningun gasto para que por él se realizara la profecía de Ageo: "La gloria de esta postrera casa será más grande que la de la primera." [13] Los judíos, que primero consideraban con desconfianza esa empresa del tirano, acabaron por admitirla: pues para trabajar en las partes sagradas mandó que se enseñaran los oficios de la construcción a mil sacerdotes. El orden de los trabajos fue tan bien regulado por sus arquitectos, que el servicio de Yavé jamás fue interrumpido, ni siquiera un solo día. A medida que derribaban una parte del antiguo edificio se procedía a su reconstrucción [14].

La impresión que da ese prodigioso edificio es bastante compleja: las descripciones entusiastas de Flavio Josefo y las del Talmud permiten representárselo. Con sus bases ciclópeas, sus muros imbricados uno en otro, sus mesetas superpuestas, y también la fortaleza Antonia en un costado, tiene algo de babilónico. Pero el santuario propiamente dicho es de estilo greco-romano, a decir verdad más romano que griego, apuntando a lo colosal que, algo más tarde, triunfará en Baalbek y en Palmira. Columnata, capiteles, frontón triangular, es un Heraclión tratado al estilo oriental, con un lujo algo ostentativo. Es manifiesta la influencia de Asia, la de las realezas helenísticas, de las capitales de Siria y de Anatolia. Una balaustrada de mármol blanco finamente esculpida da la vuelta al techo; le recubren chapas de metal dorado; y está sembrado de agujas y de puntas resplandecientes, para que

[13] Ag., II, 9.
[14] Sobre Herodes y el Templo, véase más arriba, págs. 76 y 100.

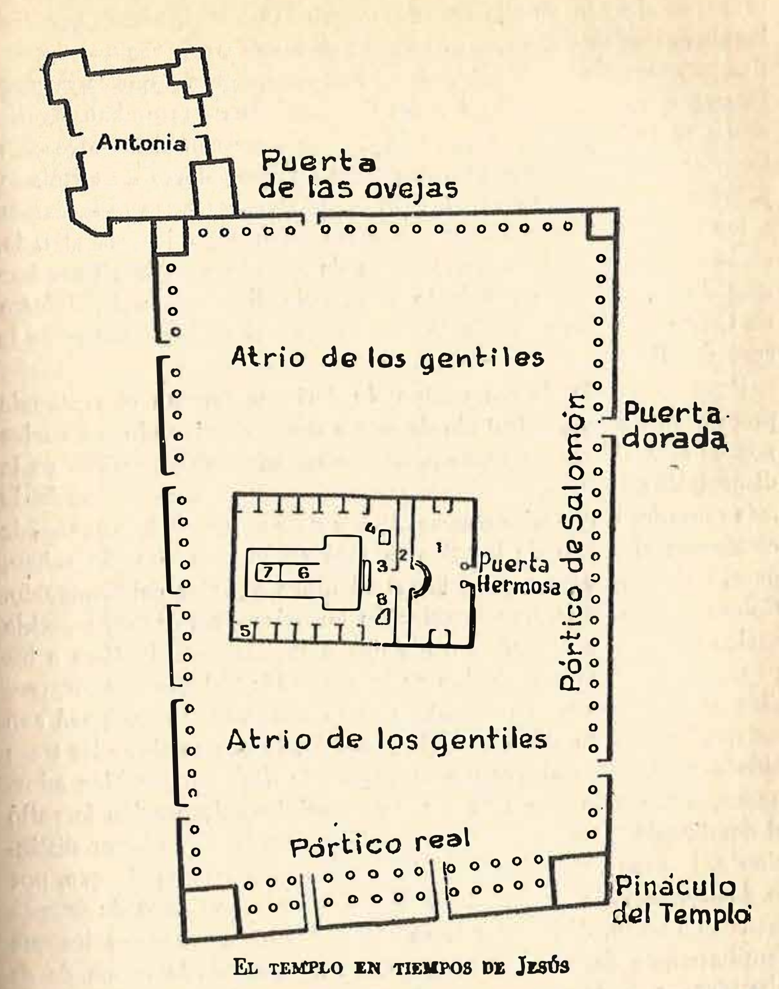
no se pose ningún pájaro. "Cuando el sol saliente lo hiere —dice Josefo—, creeríase ver brillar nieve." [15]

En cuanto al plano, se ha guardado en conjunto el de Salomón, pero el arquitecto mayor, por orden del Señor, tuvo que volver a leer los capítulos XL y XLII del libro de Ezequiel donde el profeta ha descrito, con extraordinaria precisión, el templo futuro, el templo de Israel restituido en gloria, tal como se lo hizo visitar en éxtasis el misterioso mensajero, "el hombre de aspecto de bronce, que llevaba en la mano la cuerda de lino y la caña de medir" [16].

Se entra por vanos abiertos en la poderosa muralla, pasajes profundos, cubiertos, cerrados por puertas en los dos extremos: cuatro al oeste del lado de la ciudad (una da al puente del Tiropeón), dos al sur, una al norte, muy fortificada, y dos hacia el este, una de las cuales, llamada Puerta dorada, muestra todavía sus restos, fustes de pilares, capiteles de hojas de acanto, encerrados en las murallas de la ciudad vieja. Por ésta, o por la puerta de Susa, es por donde Jesús debió salir del Templo, durante la Semana Santa, para ir al monte de los Olivos.

Una vez traspuesto el umbral se llega a una vasta explanada rectangular —hoy la de la mezquita de Omar— cuyo lado más largo no tiene menos de quinientos codos, o sea 225 metros. Es el "Atrio de los gentiles", llamado así porque todos los *goyims* pueden entrar en él, hombres y mujeres, hasta los herejes y los excomulgados, las personas que guardan luto y los que son legalmente impuros [17]. A decir verdad, es una plaza pública ese "templo exterior", como lo llama Flavio Josefo, el equivalente de lo que en Roma es el Foro, en Atenas el Ágora. Ahí se va para hablar de todo y de nada, pasar el tiempo, charlar, hacer negocios: sin embargo, está prohibido entrar con báculo, calzado sucio, llevar consigo moneda "impura", y escupir en el suelo. A lo largo de los muros corren pórticos, pasillos, resguardos contra la lluvia y el sol. Sus columnas tienen generalmente once metros de altura; los techos están hechos de madera de cedro, y el suelo está enlosado con piedras de color. ¡Qué hermosos son esos pórticos! El que se llama de Salomón, al este, triple hilera de doscientas sesenta y ocho columnas, da al magnífico pano-

[15] Flavio Josefo: véase sobre todo el capítulo V de la *Guerra de los judíos.*
[16] Ez., XL, 3.
[17] Act., III, 2.



EL TEMPLO EN TIEMPOS DE JESÚS

1, *Atrio de las mujeres;* 2, *Patio de los Israelitas;* 3, *Atrio de los Sacerdotes;* 4, *Altar;* 5, *Sala del Sanedrín·* 6, *Santo;* 7, *Santo de los Santos;* 8, *Pila de abluciones*

rama del monte de los Olivos y del valle del Cedrón; el otro, el del sur, llamado Pórtico real, con sus tres naves, de las cuales la mediana se eleva a veintiocho metros, sus fustes gigantes "que tres hombres —dice Josefo— no podían abarcar", sus capiteles corintios, nuevamente esculpidos, es digno del arte griego que lo inspiró. Éstos son los famosos "atrios del Templo" donde retumban las discusiones de los doctores de la Ley, donde los cambistas ofrecen a los peregrinos la moneda pura, donde los vendedores de tórtolas y pájaros para mujeres repuestas del parto y leprosos curados, llaman a los compradores. Reina permanente alboroto, mientras al lado, cerca de las puertas, los vendedores de ganado para sacrificar han alistado su mugiente y balante mercancía. Se comprende el furor de Cristo ante ese espectáculo expuesto en el umbral mismo de la casa de Dios.

Pues en medio de ese campo de feria se levanta el santuario propiamente dicho, orientado de este a oeste, dominando por varios metros el Atrio de los gentiles. Una idea admirable presidió en la disposición: la de una subida progresiva, una ascensión hacia lo más sagrado. Hay varios descansillos y de uno a otro hay que subir escalones: el Santo de los Santos está en lo más alto. Se suben, pues, quince escalones para llegar al muro exterior del Santuario. Colocada en pilares, una inscripción en griego y en latín, repetida varias veces —se han encontrado dos ejemplares—, significa a los paganos la formal prohibición de ir más allá: "El que sea sorprendido será único responsable hacia él mismo, pues se castigará con muerte." De modo, pues, que sólo ante los judíos se abren las trece puertas que llevan al Templo propiamente dicho, todas bien adornadas, sobre todo una a la cual su prestigiosa decoración le valió el nombre de "Puerta Hermosa"[18]. Pero aún hay que hacer distinciones. Las mujeres sólo llegan hasta el primer recinto, lo que, por lo demás, les deja lugar, pues este patio no tiene menos de sesenta metros de largo. Ahí es donde se hallan los trece cepos —a los que familiarmente llaman "las trompetas", a causa de la forma de su abertura—; se invita a los visitantes a depositar sus siclos para los gastos del Templo, madera e incienso, por ejemplo, o por las gracias recibidas. La pobre viuda que daba "no de lo superfluo, sino de lo necesario" y que Jesús pone como ejemplo, había de hallarse ahí [19]... En los cuatro rincones del Atrio de las mujeres,

[18] Flavio Josefo: *Guerra de los judíos*, V, 14.
[19] Mc., XII, 41.

cuatro "habitaciones", en realidad cuatro patinillos, servían para los nazareos[20], los leprosos curados, la madera para el altar, el vino y el aceite.

Una nueva escalera, de quince gradas, bajas éstas, dibujando una escalinata de hermoso aspecto, y se llega al atrio de los hombres o "Atrio de los israelitas". La puerta que a él lleva es magnífica: es la ilustre puerta Nicanor, que el riquísimo judío alejandrino ofreció al Templo luego de una promesa que hizo durante un naufragio; es de bronce, tan pesada que se necesitan veinte hombres para manejarla; y su tañido es, para los habitantes de Jerusalén, la señal del día que comienza. Larga franja de 5 metros por 60, ese atrio —en que la gente está terriblemente apretada en los momentos de afluencia— sólo tiene, en suma, la finalidad de aislar a los hombres de las mujeres durante las ceremonias y de señalar de ese modo la superioridad de su sexo en materia religiosa. Dominándolo apenas por tres escalones, separado de él por una delgada balaustrada, comienza el lugar sagrado verdadero, con el "Atrio de los sacerdotes". De la escalinata colocada en el centro de la balaustrada el Sumo Sacerdote imparte la bendición al pueblo.

Llegamos al último recinto: vasto, unos 60 metros por 80. El edificio sagrado ocupa el fondo, levantando su prestigiosa columnata, su frontón, las agujas doradas de su techo. Al norte y al sur dan salas cubiertas, principalmente la famosa "Sala de piedras labradas" donde se reúne el Sanedrín[21], y también la de "la Fuente" de donde se saca el agua de las purificaciones rituales; otras más que sirven de almacenes para la madera y el incienso, establos para los animales de sacrificio; hasta hay una que lleva un nombre significativo: "casa del matadero". El aspecto de esa explanada es singular. Como en el templo salomónico, se ven en ella dos de los muebles sagrados del culto, pila de las abluciones y altar de los sacrificios. Éste es un bloque cuadrado enorme, 14 metros de largo, 4 metros de alto, hecho de piedras no pulidas con los ángulos levantados en cuernos y con todo un sistema de regueras para evacuar la sangre de los animales. Ahí están las bestias ofrecidas a Yavé, atadas a los ocho postes de cedro, esperando que las empujen por una suave pendiente a la altura del cuchillo del sacrificador. Mugen, balan, se atropellan, resisten a veces: una vez inmoladas las colocan sobre las mesas de mármol, donde las descuartizan, en tanto

[20] Sobre los *nazareos*, véase más adelante, pág. 438.
[21] Sobre el *Sanhedrin*, véase más arriba, pág. 64.

que arrojan sus entrañas al brasero que nunca se apaga. En nuestros días se imagina mal una ceremonia religiosa acompañada de semejante espectáculo de carnicería, una liturgia en que el perfume del incienso se mezclara con el olor desagradable de las tripas frescas y con el olor infecto de la manteca quemada...

Pero, con la baraúnda sangrienta del atrio sacerdotal, el Templo propiamente dicho forma un contraste total. Se yergue, más alto aún, con doce escalones, de modo que entre su pavimento y el del patio de los paganos hay cerca de quince metros de desnivel. Su columnata tiene treinta metros de alto y cuarenta y cinco de ancho, o sea cien codos. No tiene puerta, sino un pórtico: el mismo sobre el cual Herodes quiso colocar un águila de oro, lo que desencadenó un violento motín [22]. En cuanto se llega ahí, en el vestíbulo, parecen cesar los ruidos de afuera. Acercarse a lo divino es sensible. Se llega a la puerta del Santuario, la puerta de cedro revestida de oro, que domina la famosa viña de oro, símbolo de la creación divina, que hace decir a los romanos, riéndose, que el verdadero dios de Israel es Baco. Esa puerta está abierta todo el día, pero una cortina magnífica, bordada al estilo babilónico, oculta la entrada: esa cortina fue sin duda la que, según San Mateo [23], se rasgó en el instante en que Jesús entregó el alma: al menos así pensaron San Jerónimo y Orígenes. Únicamente las sacerdotes en funciones, aquellos a quienes les toca celebrar, tienen el derecho de apartarla y penetrar en "el Santo".

¡El Santo! Tal es, pues, el lugar hacia el cual convergen todas las piadosas esperas, todos los pensamientos de los fieles. Es muy simple. Encuadrado por treinta y ocho cámaras, en tres pisos, que sirven de alojamiento y de oficinas, es una especie de galería larga, de paredes cubiertas de maderas incorruptibles. Está dividida en dos por otra cortina, un segundo "velo del Templo", o más bien un sistema de varias cortinas entrecruzadas que vedan toda mirada indiscreta. La primera sala, bien alumbrada por ventanas de marcos enrejados, es el *Hechal*, el Santo propiamente dicho: ahí están la mesa de los panes de proposición, el célebre candelabro de siete ramas —el que las legiones de Tito se llevarán como botín y se ve representado en el arco de triunfo de Roma— y el altar de los perfumes, todo cubierto de oro, donde, dos veces por día, depositan el incienso. Más obscura, sumida en perpetuo silencio, la

[22] Sobre el águila de Herodes, véase más arriba, pág. 75.
[23] Mt., XXVII, 51.

segunda es el *Debir*, el lugar Muy Santo, que tradicionalmente se llama el "Santo de los Santos", el *Qadosh haqedoshim*. Totalmente vacío, como es sabido, sin que contenga estatua alguna, ningún símbolo, nada más que la simple piedra bruta, "ombligo del mundo", donde, una vez por año, latiéndole el corazón al hallarse solo frente a la invisible presencia, el Sumo Sacerdote deposita el incienso el día del Gran Perdón.

Tal cual es —seguramente uno de los más majestuosos que pudieran verse en su tiempo— el Templo del Único provoca en los judíos una admiración sin límites. Los mismos discípulos de Jesús lo testimonian [24]. Flavio Josefo no se cansa de hablar de él. La *Carta de Aristeo*, apócrifo judío contemporáneo de Jesús, al referir una supuesta embajada enviada por el faraón al Sumo Sacerdote, concluye que el Templo es más hermoso que los mismos monumentos de Egipto. "El que no ha visto el Templo de Herodes —dirá un rabí en Babilonia—, jamás vio lo que es un edificio verdaderamente hermoso [25]." Pero, ¿qué decir más de lo que el Libro Santo mismo ha dicho, y que sigue siendo una verdad eterna? [26] "Pero, en verdad, ¿morará Dios sobre la tierra?" Aquel que "el cielo de los cielos no puede contener" ha querido residir, invisible, en esa morada construida por su pueblo. Sí; casa de Dios entre los hombres: ¿qué más puede decirse del Templo de Jerusalén?

III. Liturgia y mística del templo

¿Qué vienen a hacer, pues, en ese admirable edificio, los millares de sacerdotes que se ven, las decenas de millares de fieles que se encuentran en los atrios? Abramos el Libro de los Salmos: ahí está la contestación. "Entraré en tu casa con holocausto —dice el Salmo LXVI—, te cumpliré mis votos. Te ofreceré pingüe holocausto con perfume de carneros." Mientras que el Salmo CXXXVIII dice: "Me prosternaré ante tu santo templo, y cantaré tu nombre por tu misericordia y tu fidelidad. Cumpla Yavé en mí su obra. Eterna es, ¡oh Yavé! tu misericordia; no dejes sin acabar la obra de tus manos." Sacrificar y rogar, eso es lo que vienen a hacer en el Templo: la misa cristiana conservará esos dos elementos fun-

[24] Mc., XIII, 1, 2.
[25] *Succah*, LI, 6.
[26] I Rey., VIII, 27.

damentales, pero espiritualizando, sobrenaturalizando lo que, en el sacrificio sagrado de Israel, es todavía material.

El sacrificio sangriento, el holocausto, es lo que da al culto del Templo su aspecto más asombroso, y, hay que decirlo, el menos satisfactorio para nosotros, el de una gigantesca carnicería en que la sangre de innumerables bestias corre inagotable. En él se disciernen dos intenciones muy antiguas: se agradece a Dios ofreciéndole una parte de los bienes que su bondad nos ha concedido; o bien se rescata una falta privándose voluntariamente de una parte de esos bienes. Pero, al mismo tiempo, el fiel —o el pueblo fiel, puesto que hay sacrificios colectivos y otros personales— testimonia su deseo de unirse a la divinidad: con un sacrificio fue sellada la Alianza de Dios con Abraham. Por eso no hay fiesta grande sin sacrificio, y en innumerables ocasiones de la vida, para lavarse de una falta o de una impureza legal, o para agradecer una merced recibida, es obligatorio venir a hacerlo. Se ha establecido toda una clasificación de los sacrificios. Hay los sangrientos y los incruentos. Entre los primeros señálase una gradación según el valor comercial del animal ofrecido, palomos o tórtolas, corderos, carneros y machos cabríos, toros. En el caso de sacrificio expiatorio, la mayor parte de la carne del animal se deja a los sacerdotes y levitas. Entre los sacrificios incruentos, ordinariamente asociados a los demás, los dos principales son el de la flor de harina —una especie de torta amasada con aceite— y el de los perfumes, mezcla de incienso, ónice, estoraque y gálbano, que cada día queman en el altar apropiado. Como es de esperar, un ritual de extraordinaria minucia regula en sus menores detalles los sacrificios, la elección de los animales ofrecidos, sus características, la fabricación de los "panes de proposición", la receta del incienso. Una mancha parda en la cabeza del cordero lo hace impropio para el holocausto, y la pasta de flor de harina debe ser escrupulosamente ácima. Sobre todas esas reglas, que se encuentran en el Libro Santo, los rabíes han glosado inmensamente.

¿Eso quiere decir que la piedad judía se contenta con ese formalismo? Sería juzgar de modo muy superficial y falto de equidad la religión de Israel, reducirla a una suerte de negocio con Dios. Es indudable que hay judíos capaces de considerar que su ofrenda les concede en cierto modo derechos sobre la Providencia, como también hay cristianos. Pero la verdadera significación del sacrificio es una imploración, una plegaria. Los más grandes profetas

han repetido, desde hace siglos, que la materialidad del holocausto deja a Dios indiferente: Isaías, en el terrible capítulo LVIII, ha llegado a proclamar que le tiene horror. El hombre a quien Dios mira es "el humilde, el corazón destrozado, el que tiembla ante la palabra divina". ¿Son los sacrificios de Jacob los que le valieron que fuera salvado, o su contrición, su dolorosa plegaria? La religión interior que, desde hace siglos, no dejó de prosperar en el alma de Israel, es inseparable de los aspectos sacrificiales del culto: ella les da su verdadero sentido. Los rabíes insisten en eso. Uno de ellos hasta gritará: "La rectitud y la justicia son más caros para mí que el Templo [27]."

Pues son numerosos los fieles que llegan a los atrios, no sólo para ofrecer sacrificios sino también para rogar. Y Renan se equivoca cuando asegura que el Templo no tenía nada de oratorio. Por extraño que pueda parecer, hay que representarse, a diez pasos de las mesas de los cambistas o de los vendedores de corderos sin mancha, piadosos fieles sumidos en la meditación y la oración, indiferente a la vecindad, con los labios murmurantes, los brazos levantados y el cuerpo encorvado en la prosternación. El fariseo y el publicano de que habla San Lucas [28], el anciano Simeón que José y María encuentran en el patio del Templo cuando a él llegan para la purificación de la joven mujer, son de ésos, como tantos otros. De madrugada, en cuanto retumba el tañido que produce la puerta Nicanor al abrirse, afluyen numerosos creyentes, para recitar el *Schema* frente al Santo del Único. Cuando llegue la noche, aún habrá muchos para "la ofrenda de la noche". Por lo demás, el propio clero asocia al pueblo a las ceremonias del culto: por la mañana, después del sacrificio cotidiano del cordero, un sacerdote se adelanta en el descansillo que domina al atrio de los hombres, recita en voz alta el *Schema* y luego lee un pasaje de la Ley. Por la tarde, a las tres, se desarrolla un breve oficio, en el mismo lugar, donde un sacerdote imparte al pueblo una fórmula de bendición, corta y hermosa, tomada de los Números (VI, 24). "Que Yavé te bendiga y te guarde. Que haga resplandecer su faz sobre ti y te otorgue su gracia. Que vuelva a ti su rostro y te dé la paz."

A un tiempo lugar de sacrificios públicos y privados del Pueblo

27 Sobre esta idea de la religión interior superior a todos los sacrificios, numerosos pasajes en el Antiguo Testamento, por ejemplo: Is., XLIII y LXVI; Jer., VI. El texto rabínico se halla en el comentario talmúdico al Deuteronomio, V, 3.

28 Lc., XVIII, 10.

de Dios, centro de oración, el Templo es algo más todavía. Es el asiento del Sanedrín[29], esa administración a la vez religiosa, política y judicial, el cual desempeña también el papel de un conservatorio de la tradición, de una Academia de teología. Es también la sede de una administración financiera que determina la utilización de las enormes sumas provistas a un tiempo por el impuesto religioso [30] y por las limosnas. Un tratado talmúdico asegura que el oro del "Corbán", el tesoro sagrado, "llena después de cada colecta tres inmensas cubas labradas en los sótanos del Templo" [31].

Pero esa importancia, ¿sigue siendo, en tiempo de Jesús, lo que fue antaño? Puede que no. Ciertamente, se venera el Templo: Cristo mismo, al expulsar a los mercaderes de sus pórticos, muestra bastante el respeto que le tiene a "la casa del Padre". Hay toda una teología del Templo, que los rabíes han profundizado, lugar de la presencia divina, prueba de la elección del Pueblo de Yavé. Hasta hay un simbolismo del Templo, cuyos datos recogerán los apócrifos, y luego Flavio Josefo y Filón. Él es el centro del mundo, y también la imagen, y su mobiliario designa los atributos de Dios; las visiones cósmicas de Ezequiel ayudan a fundar esas teorías. El "Signo del Templo", del que se ha notado [32] justamente que es, "con la Alianza, una de las realidades esenciales de la Escritura, uno de los sentidos según los cuales se la descifra", lo reconocen los judíos del tiempo de Cristo: le dan una importancia capital. La prueba está en que uno de los cargos más graves impuestos a Jesús era el haberse atrevido a decir: "Destruid ese Templo y yo lo reconstruiré en tres días [33]." Frase que, en su boca, tendía a trascender la idea misma que se hacían del Templo, y a asimilar al prestigioso edificio su propio cuerpo, lugar de una más evidente presencia divina, pero que sus jueces sólo podrán considerar como blasfemia.

Sin embargo, ha surgido la pregunta de si ese afecto reverente al Templo no conoció, en tiempo de Jesús, hasta en los medios judíos más ortodoxos, cierta declinación. Se conservan todas las formas del culto; ¿tienen todavía mucho sentido? Cuando el Templo se vea amenazado, serán muchos los fieles que se harán

[29] Sobre el *Sanhedrin*, véase más arriba, pág. 64.
[30] Véase más arriba, pág. 185.
[31] *Schekalim*, VI, a.
[32] Jean Daniélou: *Le Signe du Temple* (París, 1943).
[33] Véase sobre esta frase el profundo comentario del R. P. Dubarle en la *Revue Biblique* de enero 1939.

matar por defenderlo. Pero ¿no representa éste un pasado que se va? Llegará día en que el Templo será destruido y sin embargo la religíon israelita seguirá, sin culto o casi, centrada en la práctica de la Ley y no en holocaustos, porque se ha creado otro organismo religioso, durante los últimos siglos, no contra el Templo, sino a su lado, y cuya importancia es ya determinante. Está plena de significación la manifestación sobrenatural que Flavio Josefo refiere, a la cual alude Tácito [34]: poco antes de la destrucción del Templo por los romanos, "en la fiesta que se llama Pentecostés, los sacerdotes que acababan de entrar en el interior del Templo, para cumplir con las tareas litúrgicas acostumbradas, percibieron —así lo afirmaron— una sacudida y un choque, y una voz inefable que gritaba: "Nos vamos de aquí." Así el Dios de Israel, al anunciar su partida, significaba a su pueblo que en lo sucesivo se negaría a dejarse encerrar entre paredes construidas con piedras."

IV. La sinagoga, que no es un Templo

El organismo religioso que ha tomado una importancia de primer plano es esa reunión de hombres, esa asamblea —tal es el sentido del vocablo que lo designa habitualmente— que ya hemos visto desempeñar un papel considerable en la vida administrativa y judicial de los judíos y hasta en su pedagogía, la *beth-hakeneseth*, la *sinagoga*[35]. Pero ésas son, para ella, funciones secundarias: si la sinagoga controla la vida material, designa los jueces locales, asegura la instrucción de los niños y aun constituye una pequeña universidad popular, en primer lugar se debe a que es una *beth-ha-tefila*, una "casa de oración" donde se reúnen para oir hablar a Dios a través de su Ley.

¿De dónde procede? La opinión más corriente es que la institución nació en Babilonia, durante el Exilio, para reemplazar el servicio del Templo: Esdras la habría introducido en Palestina después del retorno. Otros piensan más bien que fue inventada por Esdras y Nehemías para apuntalar su régimen. Ciertos rabíes —y algunos sabios recientes—, sin embargo, hacen remontar la sinagoga más allá, antes de la ruina del Templo por Nabucodo-

[34] *Guerra de los judíos*, VI, e *Historias* de Tácito, V, 13.
[35] Sobre la Sinagoga y su papel en la educación, pág. 126.

nosor, a la reforma de Josías y aun a esas misiones "de laicos y levitas", de que habla la Biblia [36], que, en tiempo del rey Josafat, iban a enseñar la Ley a todas las ciudades de Judá. En todo caso, ciertos papiros han probado que había sinagogas en Egipto en el siglo III antes de nuestra era, y Flavio Josefo dice que existía una en Antioquía en la época de los descendientes de Antíoco Epifanes [37]. Es, pues, más que probable que en el momento en que Jesús penetraba en la sinagoga de Cafarnaún para participar en las oraciones y en las lecturas tradicionales, hacía ya varios siglos que, tanto en Palestina como en toda la Diáspora, se conocía esta institución que, hasta nuestros días, dará al judaísmo un aspecto particular.

Cada pueblo tiene la suya, cada ciudad tiene varias. Cualquier judío tiene el derecho de crear una, o de transformar su propia morada en sinagoga. Las agrupaciones profesionales tienen las suyas, como en la Edad Media las corporaciones tendrán sus iglesias o sus capillas. Los judíos de la Diáspora las crearon en Jerusalén; ahí se reunían cuando iban en peregrinación. El libro de los Hechos de los Apóstoles cita algunas, sinagogas de los libertos, de los helenistas, de los cireneos, de los alejandrinos, de los cilicios, de los asiáticos [38]. Piénsese en las iglesias que los extranjeros mandaron construir en Roma, San Luis de los franceses o Santiago de los españoles, por ejemplo. Se asegura que en Jerusalén había entre 400 y 500 sinagogas: varias por calle. Así, en el Islam, el número de mezquitas está a menudo fuera de proporción con la importancia de la población.

El edificio que recibe a la asamblea se designa con el mismo nombre que ella: así la Iglesia, la *Ecclesia*, la asamblea, ocupa a la iglesia, monumento religioso. En cuanto es posible lo plantan en una parte alta de la aglomeración, pues, dicen los rabíes, "nadie debe habitar más arriba"; al mismo tiempo tratan de colocarla cerca de un agua viva, para facilitar las abluciones rituales. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos muestra a San Pablo, en Filipos de Macedonia, "saliendo de las puertas de la ciudad y yendo hacia el río, donde se encuentra por lo general la sinagoga" [39]. La arquitectura es simple y se adapta al estilo del

36 II Par., XVII, 7-9.
37 *Guerra de los judíos*, VII, 3.
38 Act., VI, 9.
39 Act., XVI, 13.

país. Esencialmente se trata de una sala rectangular, dividida en tres naves por columnas, sobre las cuales descansa, en la periferia, una tribuna, sin duda reservada a las mujeres. Tres puertas llevan a ella, precedidas por una gradería que corre a lo largo de la fachada. Las más importantes —por ejemplo, la de Cafarnaún, cuyas ruinas han sido descubiertas, pero que es posterior a Jesús en unos doscientos años—, tienen en el flanco un atrio de columnas, en medio del cual el agua para las abluciones surge en una pila. Al muro exterior se apoyan unas habitaciones que sirven de salas de estudio o de alojamiento para los peregrinos. La decoración, pintada sobre yeso o estuco, es también muy sencilla: palmas, estrellas de cinco o de seis puntas, candelabros de siete ramas; en la época de Jesús, la interdicción mosaica de representar animales u hombres, que más tarde caerá en desuso, se observa todavía.

Como no es un lugar de culto, la sinagoga carece de altar, como la mezquita. En una especie de minúscula capilla cerrada con una cortina, se halla el Armario sagrado, la *Teba*, a la cual dan el antiguo nombre bíblico de arca, *arón* [40]. En él se guardan, conservados en tela de lino y en un estuche de cuero, los preciosos rollos de la Sagrada Escritura, la Tora y los Sefarim. Al lado están colocadas las trompetas y las trompas que anuncian los ayunos y las fiestas. Delante del arca arden lámparas permanentemente. Un estrado o una cátedra sirven al lector, que, dando la cara a Jerusalén, comentará el texto sagrado. Hay bancos o taburetes para los concurrentes; los de la primera fila son muy disputados, y Jesús se burlará de los fariseos vanidosos que "gustan de los primeros asientos en los banquetes y de las primeras sillas en las sinagogas" [41]. Se llega temprano para ocuparlos; hasta ocurre que se dé una coima al hazán para que los reserve. Antes del oficio, se riega el piso con agua de menta para purificar el aire.

Una pequeña administración tiene a su cargo la vigilancia de las asambleas y el funcionamiento de los servicios anexos. Es totalmente democrática. Un consejo de diez ancianos, tradicionalmente llamados "los fundadores", designa un —o quizá tres a veces— "jefe de sinagoga" [42]. En todo caso, hay un presidente,

40 Sobre la Sinagoga, los tratados del Talmud *Megillah* y *Taanith* proporcionan todos los detalles.
41 Mt., XXIII, 7.
42 Act., XIII, 15; Mc., V, 22.

un jefe por excelencia, como lo era Jairo en Cafarnaún. Es el sistema que adoptará la Iglesia primitiva. El jefe y el consejo deciden sobre la admisión de los prosélitos, administran los bienes de la comunidad, designan los jueces locales y los maestros de escuela, zanjan los diferendos que pueden surgir entre los miembros. Al lado de éstos, el hazán es el hombre para todo: sirviente, sacristán, suizo y guardián, ejecutor de las sentencias, y también, si no hay maestro de escuela titular, institutor. Este hombre es indispensable, y él lo sabe; es un personaje dentro de la comunidad. Las sinagogas ricas tienen empleados inferiores, pasantes, limosneros, trompeteros. Pero, por lo general, los miembros mismos de la comunidad desempeñan esas funciones, del mismo modo que asumen las tareas del servicio religioso.

V. El oficio de la sinagoga

El oficio también es sencillo. La sinagoga abre sus puertas tres veces por día a todos los que quieren ir a rezar; se recita el *Schema* y el *Schemone Esre.* El segundo y el quinto día de la semana (correspondientes al lunes y al jueves), que son días de mercado y de audiencia judicial, hay una reunión más importante, pues la ocasión es buena para recordar las verdades de la Ley a los campesinos reunidos. Pero sobre todo el Sabat es cuando tiene lugar la principal ceremonia, a la que asisten todos los miembros válidos de la Comunidad. Mientras que los demás días bastan tres hombres, y hasta uno, para el Sabat, se exige que el servicio lo hagan siete personas diferentes, que el hazán llama sucesivamente. De todos modos, para que una asamblea esté legalmente constituida, diez hombres de Israel tienen que estar presentes.

Nada, absolutamente nada, en el servicio, recuerda el del Templo; no hay sacrificios. El orden está fijado por la costumbre y jamás se modifica. Comienza con oraciones: en pie, vuelta la cara hacia Jerusalén, los concurrentes recitan el *Schema* y el *Schemone Esre,* o más bien uno de los asistentes, colocado delante del armario de los rollos de la Ley, los recita en voz alta, mientras la asamblea reza en silencio y le responde, con voz fuerte, el *Amen* que compromete la adhesión del alma a las palabras sagradas. Esa importante función puede desempeñarla cualquier fiel luego de cumplida la edad religiosa legal, o sea, trece años [43]: puede pensarse que muy a menudo Jesús rogó así en medio de los suyos. Luego llega la parte fundamental del oficio: la lectura de la Ley. El hazán abre el armario, saca de sus dos envolturas el rollo sagrado, y lo alarga al primero de los siete lectores. Debe leerse realmente; está prohibido pronunciar de memoria más de un versículo. El texto ha sido repartido en secciones, exactamente 153, de modo que en poco menos de tres años se haya leído todo el Pentateuco. (Sólo más tarde, en Babilonia, triplicarían el largo de las secciones para que toda la Ley sea leída en un año.) El hazán está cerca del lector; si éste comete una falta, la corrige; si llega a un pasaje que pudiera contrariar a la asamblea o hacerla reír, lo detiene. Cada versículo, leído en hebreo, se traduce al arameo, para que todos lo comprendan. Todo lector está autorizado a comentar el texto que acaba de leer; por lo general se sienta para eso. Y desarrolla una homilía, una exégesis, un *midrash,* cuya extensión varía según sea el orador [44]. Existen comentadores cuya reputación es grande, como la de algún predicador de nuestras iglesias; en las sinagogas los piden gustosos: Jesús, y más tarde San Pablo, figuran seguramente en el número.

A esa parte central se han agregado algunos elementos que pueden variar de una sinagoga a otra; son lecturas y oraciones, del mismo modo que la misa aumentó en el correr de los tiempos con el último Evangelio y oraciones al pie del altar. Uno de los lectores vuelve a tomar la palabra para la "lección final", que siempre se extrae de los Profetas. Entonces se dice que es, o que hace, *maftir*: así, en la sinagoga de Nazaret, Jesús, un día, hizo *maftir* [45]. El lector cita como máximo tres versículos elegidos por él de antemano y meditados —Jesús toma dos—; y luego los comenta. Es lo que hacen los predicadores de los púlpitos cristianos, que comienzan un sermón con una cita del Evangelio, sobre la cual glosan. El comentario de los profetas se hace obligatoriamente en arameo.

Por último, el fiel que ha recitado las primeras oraciones vuelve frente a la teba y nuevamente toma la palabra para una última plegaria. Ésta termina con una bendición que debe decirse de corrido, sin respirar. En ciertas sinagogas parece que en ese mo-

43 Véase más arriba, pág. 129.
44 Lc., IV, 20.
45 Lc., IV, 16.

mento cantan Salmos, pues la célebre colección bíblica se ha convertido en la recopilación de los cánticos de las comunidades judías, lo que seguirá siendo en la Iglesia. Al salir, cada cual hace una ofrenda a los colectores que están a cargo de los pobres, y como las donaciones en especie se reciben tanto como el dinero, ocurre que cerca de la puerta de la sinagoga o en el atrio, se amontonen mercaderías heteróclitas. El todo ha durado alrededor de una hora.

No se puede sobrestimar la importancia de la sinagoga y de su culto en la vida de Israel en tiempo de Jesús. Lo que a la vez serán para las ciudades medievales la municipalidad y la iglesia, la sinagoga es para los judíos. Son sumamente concurridas. Todos van a ellas, sin excepción, tanto para los oficios como para los asuntos administrativos y judiciales. Ser expulsado es una vergüenza; por eso, anota San Juan, cuando la propaganda cristiana comenzó a inquietar a los judíos, se entendieron "para que todo el que reconociera a Jesús como el Mesías fuera expulsado de la sinagoga" [46]. En la Diáspora, la sinagoga es la que asegura la unidad de la comunidad judía, mantiene vivos los lazos de fidelidad, e impide que los creyentes se dejen absorber en la masa pagana.

¿Es, como se ha dicho, opuesta al Templo? ¿Es su rival? En tiempo de Jesús, parece que no; es más bien su antecámara; lo reemplaza para los que no pueden ir a Jerusalén. Pero no es menos cierto que el espíritu de las dos instituciones no es el mismo: por un lado, una liturgia solemne, ritos, sacrificios, todo un ceremonial; por el otro, simples lecturas, oraciones. La misa cristiana será en cierto sentido la fusión de ambas; la eucaristía va espiritualmente unida a la noción de sacrificio, y el resto del oficio está formado de oraciones y lecturas, como el oficio de la sinagoga.

En realidad, desde el momento en que la sinagoga toma en la vida judía ese lugar de primer plano, Israel ya no necesita su Templo. Y también está asegurado el porvenir de su religión. Esta religión podrá vivir independientemente de todo sacrificio sagrado, y de todo culto. Se ha convertido en religión de la Palabra, una religión puramente doctrinal: por lo demás, en gran parte, es en el seno de las sinagogas, por los innumerables comentarios de la Tora, donde se forma la tradición que el Talmud recogerá. Los romanos podrán destruir el Templo: no estará en su poder conseguir que comunidades judías dispersas en todo el Imperio dejen

[46] Jn., IX, 22 (véase también XII, 42; XIX, 38).

de reunirse, el día del Sabat, para rogar a Dios y leer su Ley. Vencido, disperso, el judaísmo sobrevivirá, porque todo judío, en lo sucesivo, lleva con él lo que le sirve de culto: doquier se reúnen diez fieles del Único está Israel, y Dios lo asiste. La verdadera vida religiosa se ha hecho espiritual.

¿Había previsto esta prodigiosa consecuencia el escriba Esdras cuando, al volver del cautiverio babilónico, acostumbraba a su pueblo a reunirse regularmente para rogar?

CAPÍTULO III

LOS HOMBRES DE DIOS

I. Sacerdotes y levitas al servicio del Templo

Un dicho era corriente en Jerusalén: hay tantos sacerdotes y levitas en el Templo como piedras en sus murallas. Era evidentemente un decir, pero no es menos cierto que, organismo enorme y complicado, el Templo exigía un personal considerable, que puede razonablemente calcularse en 20.000 hombres [1]. Nacido en tiempo de Moisés, mientras que en la época patriarcal era desconocido, el sacerdote tomó considerable importancia en tiempos de los reyes, cuando el Templo se convirtió en institución nacional: intermediario indispensable para presentar las ofrendas a Yavé, guardián del culto, ya no se podía prescindir de él. Y su papel aumentó aún más, después del retorno del Exilio, puesto que en adelante la religión daba a Israel sus cuadros, sus instituciones, su razón de ser. Pero al mismo tiempo se produjo en su seno una separación, una jerarquización. En la organización de Moisés, una de las tribus, la de Leví, había sido afectada al servicio religioso [2]; de modo que se trataba de sacerdotes-levitas; en tanto que Aarón, hermano del guía, y su parentela se reservaban las tareas sacerdotales superiores. Más tarde, uno de sus descendientes, Sadoc, fue confirmado en ese papel por el rey David. En tiempo de Jesús la separación era radical; los verdaderos sacerdotes, que pretendían ser todos "sadoquitas", aseguraban el servicio sagrado; los levitas eran sus servidores.

Sin embargo, toda la descendencia, verdadera o supuesta, de Aarón, el primer sacrificador, no servía en el Templo. Muchos sa-

[1] Jeremías, en su libro Jerusalén propone 18.000; Buchler, 25.000 en *Die Priester und der Cultur im letzen Jahrzheit des jerusalemischen Tempels.*
[2] Remitimos a *Histoire sainte*, pág. 133.

doquitas no eran sino unos pobres rústicos e ignorantes, que hubiesen representado un singular papel en los atrios sagrados. Los poderosos funcionarios del Templo se guardaban muy bien de repartir con ellos el producto de los diezmos y el dinero de las colectas. El Sanedrín, al que incumbía el cuidado de elegir entre los sadoquitas los sacerdotes "sin tacha", sólo designaba a la gente bien, a los ricos, y prácticamente en un pequeño número de familias, siempre las mismas. Así el sacerdote llegó a constituir una casta cerrada, engreída y que despreciaba a los demás, a la cual, ya lo hemos visto [3], había que estar emparentado para jactarse, dice Flavio Josefo, de ilustre linaje, y que, además, era a menudo detestada por la gente del pueblo y por el clero bajo [4].

Los sacerdotes habían de estar absolutamente sanos de cuerpo, "sin ninguna enfermedad física" [5]; el pobre Hircano perdió el soberano pontificado el día en que le cortaron las orejas [6]. Una vez elegidos habían de ser "apartados", en el curso de una ceremonia de consagración, de ritos minuciosos [7]; después de un baño purificador, se vestían de lino blanco, recibían unciones de aceite, y hacían tres sacrificios, un toro y dos machos cabríos, a los cuales imponían las manos antes de inmolarlos. Con la sangre del tercer animal, mezclada con aceite, el sacerdote consagrante hacía al consagrado unciones en la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha, el pie derecho, y luego le colocaba en las manos y en los muslos manteca de macho cabrío, pan ázimo, una torta de aceite, que después quemaban en el altar. Ritos cuyo origen era inmemorial, evidentemente destinados a comunicar un poder sobrenatural al futuro celebrante. Consagrados, los sacerdotes gozaban de privilegios de todo orden, el menor de los cuales no era el de vivir del Templo, alimentarse con la carne de las víctimas y con los panes de proposición. Sus esposas y su descendencia tenían ese privilegio: Herodías, de cuna sacerdotal, no dejaba de emplearlo. Pero la Ley preveía penas especiales para los sacerdotes que cometieran ciertos delitos, y, aún más, impurezas legales; sus hijas y sus mujeres, si observaban mala conducta, eran severamente castigadas [8].

[3] Sobre la nobleza, véase más arriba, pág. 157.
[4] Sobre el odio a la clase sacerdotal, véase más arriba, pág. 175.
[5] Lev., XXI, 16, etc.
[6] Más arriba, pág. 71.
[7] Lev., VIII, y Ex., XXIX.
[8] Véase más arriba, la pena del fuego para las hijas del sumo sacerdote que se prostituían, pág. 199.

Al frente del colegio sacerdotal se hallaba el sumo sacerdote. Hemos visto en qué estado de relajamiento real había caído esa carga, que los romanos utilizaban como uno de los medios de su política, y también cuánta importancia y prestigio tenía la función para el pueblo [9]. Por lo demás, todo estaba hecho para manifestar la grandeza y la ritual "santidad" de ese personaje. Las ceremonias de su consagración eran infinitamente más solemnes que las de un simple sacerdote. El aceite que servía para ungirlo estaba hecho con frutas de olivos escogidos, perfumado con las más caras materias olorosas. Los sacrificios legales quizá duraran siete días. Primer guardián de la pureza legal, el sumo sacerdote debía someterse a reglas muy estrictas, no casarse con viuda, ni con divorciada, ni con antigua prostituta; no comer animales de caza menor, ni bestia alguna encontrada muerta (por consiguiente, no inmolada ritualmente); no beber jamás vino antes de los oficios; no acercarse nunca a un cadáver; no recortarse "las puntas de la barba"... ¡Y qué hermosa vestimenta llevaba!

El Libro Santo fijaba rigurosamente el traje sacerdotal, que no había cambiado desde tiempos remotos. El del sacerdote, en la vida corriente, era sencillo: pantalón corto o taparrabo, túnica blanca apretada a la cintura por una faja que daba tres vueltas, y gorro cónico; mas, para oficiar, era más complicado. Se componía de cuatro piezas: pantalón largo, probablemente ancho, una túnica tejida de una sola pieza, de amplio escote, sujeta por cordones en los hombros; un cinturón de cuatro dedos de ancho, bordado, y un turbante. El sumo sacerdote tenía la misma indumentaria, pero más lujosa; además, llevaba las insignias de su función. Así, su turbante tenía dos bandas, una de ellas de color violeta. Sobre la túnica se ponía una sobrepelliz sin mangas, igualmente de color violeta, adornada en la parte baja con granadas bordadas, entre las cuales colgaban campanillas de oro, encargadas al mismo tiempo de ahuyentar a los demonios y de avisar a la muchedumbre de la proximidad del personaje. Por encima de éste, el *efod*, especie de casulla, más corta, hecha con hilos de oro y carmesí, sujeta en los hombros por hombreras de oro, adornadas con dos piedras de ónice, sobre las que estaban grabados los nombres de las doce tribus de Israel [10]. En fin, del pecho, sujeto al efod por

[9] Sobre la función del sumo sacerdote, véase más arriba, pág. 66; sobre los diversos sumos sacerdotes en tiempo de Jesús, pág. 67.
[10] Ex., XXVIII.

anillos de oro, colgaba el *pectoral*, una bolsa de género adornada exteriormente con doce piedras preciosas, conteniendo el *urim* y el *tumim*, las suertes sagradas, quizá dados de carácter profético o insignias simbólicas [11] de las que, por lo demás, se ignora el uso y el significado. En una gran ceremonia en vez del turbante llevaba una tiara, rematada por una diadema de oro en que estaban grabadas las palabras: "Gloria a Yavé", salvo el día de las Expiaciones, en que oficiaba vestido con sólo una túnica blanca. Los romanos se habían apoderado de esos suntuosos vestidos y los conservaban en la fortaleza Antonia; los entregaban sólo en las grandes fiestas: el emperador Claudio se hizo muy popular entre los judíos por haber abandonado momentáneamente esa práctica. Agreguemos que los vestidos de lino que llevaban los sacerdotes en los oficios no se lavaban nunca, sino que se quemaban. Y que, en el interior del Santuario propiamente dicho todos los sacerdotes tenían que caminar descalzos, por el piso siempre mojado por el agua de las abluciones y la que limpiaba la sangre de las víctimas; de ahí que contraían enfermedades profesionales, y que hubiera en el Templo ese "médico de las tripas" que hemos visto [12]...

El clero estaba dividido en veinticuatro clases: esa división databa del rey David [13]. Cada una oficiaba, turnándose, durante una semana. El día señalado, todos aquellos a quienes les tocaba el turno llegaban a Jerusalén, de todos los lugares de Palestina donde vivían el resto del tiempo —de preferencia en ciudades tradicionalmente llamadas "levíticas". Pasaban la primera noche, que era siempre la de un Sabat, en el patio del Templo, y luego se reunían para sortear los "trece oficios", saber quién inmolaría, quién prepararía, quién limpiaría, quién quemaría los perfumes, quién tocaría las trompetas, quién bendeciría al pueblo... Durante esa semana, la vigilancia de los atrios incumbía a la clase que estaba de servicio, así como la administración de los bienes del santuario, y aun hacer justicia en el caso de flagrante delito en el recinto sagrado. Cae de su peso que la clase cuyo turno coincidía con una gran fiesta, salía favorecida: las ofrendas de los cepillos y los animales inmolados aumentaban enormemente: de modo que, de las veinticuatro, había clases distinguidas y otras menos... San Lucas, en el capítulo primero de su Evangelio, alude a todas esas

[11] Ex., XXVIII, 30.
[12] Médico del Templo, más arriba, pág. 364.
[13] I Par., XXIV, 7-19.

costumbres cuando muestra a Zacarías, futuro padre de San Juan Bautista, designado por la suerte para ofrecer el incienso, que de pronto se encontró frente a un ángel mientras oficiaba en el altar de los perfumes: pertenecía a la octava clase, la de Abia, una de las más estimadas. Naturalmente, si una fiesta grande caía durante su semana, los sacerdotes aseguraban los sacrificios y las ceremonias correspondientes. No se sabe si aún había, como en tiempo de los reyes, sacerdotes especializados, que estaban siempre de servicio en el Templo, como músicos por ejemplo, como oficiales de policía, o como esos "tres guardianes del umbral" de que habla la Biblia [14], cuyo papel es, además, bastante enigmático. No está probado que aún fuera así en tiempo de Jesús.

En todo caso, esas funciones estaban aseguradas por los levitas. Y también muchas otras: asistentes de los sacerdotes en los sacrificios, encargados de descuartizar los animales y desollarlos, panaderos a quienes incumbía el cuidado de hacer los panes de proposición, vigilantes de los almacenes, guardianes de los vasos sagrados; en suma, eran los bedeles y sacristanes del culto, al mismo tiempo que secretarios de la administración del Templo y escribanos y alguaciles del Sanedrín. La situación era bastante lucrativa: se aseguraba que los levitas absorbían la parte media de los diezmos, y además estaban exentos de todos los impuestos. Ordinariamente eran levitas de veinticinco a cincuenta años, tras lo cual se retiraban; una vez hecha su fortuna, decían las malas lenguas. Pero su posición social era netamente inferior. Aun cuando eran verdaderamente hombres de Dios, los "entregados a Dios", en suma, los reemplazantes de los primogénitos que todas las familias hubieran debido, según la Ley, ofrecer al servicio de Dios, eran bastante menospreciados. Les estaba prohibido, so pena de muerte, entrar en el santuario o tocar el altar. ¡Prueba de que ya no eran gran cosa, esos descendientes de la tribu de Leví! El Talmud hasta asegura que los sacerdotes encargados de la vigilancia de los atrios, y especialmente los "jefes o prefectos del Templo", como existían en tiempo de Jesús [15], trataban a los levitas sin indulgencia. "Cuando el prefecto del Templo hace su ronda de inspección, escoltado por antorchas, si encuentra dormido a uno de los levitas de guardia, le da de palos y hasta puede prender fuego a las ropas del culpable. Cierto día en que se oían alaridos en el atrio, alguien

14 II Rey., XXIII, 4; XXV, 18; Jer., LII, 24.
15 Act., IV, 1.

preguntó: "¿Qué es eso?" Y los demás contestaron: "No es nada: no es más que un levita a quien apalean [16]..."

II. Los doctores al servicio de la Ley

Había otra categoría de hombres que, de modo distinto a los del sacerdocio, pertenecían a Dios. No tomaban ninguna parte en el culto, no se distinguían de los demás israelitas por el traje, no comían ni carnes de sacrificio ni pan de proposición y, aun cuando constituían una casta, no tenían ninguna pretensión de ser de la sangre de Aarón o de Leví. Eran "escribas", descendientes directos de los que, al día siguiente del Exilio, aparecieron en la comunidad de Israel, desempeñando un papel creciente, y consagrándose cada vez más al estudio de las cuestiones religiosas, a tal punto que, hacia el tiempo de Jesús, los dos términos "escribas" y "doctores de la Ley" iban generalmente unidos, sin que sea obligatorio admitir que todos los escribas eran doctores de la Ley. Formaban a un tiempo "una santa liga", dice el Padre de Grandmaison, y una aristocracia intelectual y piadosa. El tipo es único en la historia [17].

Si se les preguntaba de dónde venían, y por qué se consideraban a sí mismos como muy importantes en Israel, respondían citando los versículos de Nehemías [18] que refería su fundación por Esdras, uno de los suyos. Ante la "gran asamblea" de todo el pueblo, fueron sus mayores quienes "leyeron en el libro de la Tora de Dios, interpretaron el texto y enseñaron el sentido a todos". Uno de ellos hasta decía: "La Ley fue recibida por Moisés en el Sinaí, transmitida por él a Josué, por Josué a los Ancianos, por éstos a los profetas, quienes los confiaron a los hombres de la Gran Asamblea [19]." En realidad, su lugar en la comunidad judía había llegado a ser primordial, sobre todo desde la lucha nacional contra los griegos, desde la guerra de los macabeos. "Levantando una cerca alrededor de la Ley", según una fórmula que les era familiar [20], contribuyeron enormemente a la defensa dogmática contra el paganismo, levantando contra él "una frontera de fuego". Ellos mis-

16 *Middoth*, I, 2.
17 Sobre los escribas como clase social, véase pág. 173.
18 Neh., VIII.
19 *Pirké Abboth*, I, 1.
20 Se la encuentra con mucha frecuencia en el Talmud, especialmente en *Pirké Abboth*, I, 1.

mos se consideraban, y el pueblo los consideraba, como los guardianes del depósito sagrado para cuya defensa tenían que luchar. En una nación cuyas instituciones eran religiosas, como ha quedado más que demostrado, esos eminentes especialistas de la religión desempeñaban forzosamente un papel determinante. Dejando a los sacerdotes los prestigios y las ventajas del Templo, abandonando al alto sacerdocio la política, por cuyas intrigas tenían demasiado gusto, los doctores de la Ley ejercían su acción de manera menos espectacular, pero más eficaz. Ya lo hemos visto: eran ellos quienes elaboraban el pensamiento y animaban la vida intelectual; ellos quienes tenían en sus manos la enseñanza, y sobre todo lo que llamaríamos enseñanza superior; eran ellos quienes fiscalizaban la justicia, haciendo nombrar los jueces y fijando la jurisprudencia; eran ellos, en las sinagogas, quienes comentaban la Ley, y el desarrollo del culto sinagogal corría parejo con la extensión de su papel. Llegados al gran Sanedrín, ejercían la influencia que siempre tienen, en las asambleas, las competencias. Gracias a ellos, el célebre consejo no era sólo un gobierno y un tribunal supremo, sino una academia de las cuestiones religiosas[21], donde se estudiaban los más elevados problemas teológicos, y también, a menudo, la aplicación más humilde y trivial de los preceptos. En verdad, intervenían en todo.

¿Cómo se hacían "doctor de la Ley"? Algo así como en nuestros días se llega a profesor de universidad. Cualquier israelita podía pretender alcanzar ese título, tanto los pobres como los ricos, los hombres de ilustre cuna como los hijos de obreros y de campesinos. Ha de recordarse que la mayoría de los rabíes trabajaba con sus manos[22]. Todo el que tenía la vocación de consagrarse al estudio de la Ley iba a inscribirse en una de esas "escuelas" que tenían los más célebres doctores. Pues enseñar era una obligación a menudo recordada a los maestros: tenían que "reunir discípulos". Muchos enseñaban en los atrios del Templo, bajo uno de los pórticos. Varios años seguidos, sentados en derredor del rabí, los estudiantes escuchaban sus lecciones, esforzándose por retener, por los medios mnemotécnicos ya sabidos[23], las menores de sus palabras, rodeando al maestro con sus cuidados

[21] Büchler, en su libro sobre el *Sanhedrin* (citado más arriba, pág. 66, nota 15) insiste mucho sobre ese papel y sus ideas han sido retomadas por Lauterbach y Bickermann.
[22] Véase más arriba, pág. 165.
[23] Sobre los medios mnemotécnicos, véase más arriba pág. 301.

muy respetuosos, escoltándolo, poniéndose de su parte en las discusiones con los otros jefes de escuelas. No se sabe que hubiera un "doctorado" oficial que señalara el coronamiento de esos estudios: en cierto momento el rabí tenía que estimar que su alumno podía volar con sus propias alas y, a su vez, predicar y comentar. Pero luego, aun cuando el texto santo no imponía a los doctores ninguna servidumbre o restricción, era menester vivir públicamente, según los preceptos de esa Ley que se enseñaba. Los rabíes se reconocían por la austeridad de su indumentaria, porque llevaban casi constantemente, en la frente y en las manos, "filacterias", que para ellos eran más grandes que para el común de la gente, por el tono recogido y sentencioso de su lenguaje, y, en principio, por la pureza y honestidad de sus costumbres. Algunos llevaban el celo muy lejos: se han conocido que ayunaban trescientos días por año, y cada día recitaban cien "bendiciones".

Vivían en la Ley, para la Ley. Es poco decir que estudiaban el texto sagrado; lo escudriñaban, lo detallaban, lo analizaban, apasionados por hacerle entregar todos los mensajes que contenía, porque esos mensajes eran mensajes de vida. No se trataba en modo alguno de curiosidad científica. El prodigioso conocimiento de los libros santos que poseían los doctores no tenía nada en común con lo que entendemos por erudición. Si estudiaban la Ley, era para que el pueblo de que eran los guías sometiera toda su vida a los preceptos del código mosaico; que hasta en los más humildes detalles, los más fútiles en apariencia, fuese específicamente judío, es decir, impermeable a toda influencia pagana. He ahí por qué los doctores proclamaban que "el estudio de la Tora es una cosa más grande que la construcción del Templo", que amar el texto sagrado era aún más importante que venerar a padre y madre[24]. La Tora, en sus perspectivas —y la historia les da la razón—, aseguraba a Israel en el ser. ¿Qué más decir para justificar la obra de los doctores que a ella se entregaban? [25]

Esa obra parece, sin duda, a un espíritu occidental, discutible, hasta extravagante e incomprensible. Los métodos de los rabíes para escudriñar el texto sagrado están tan lejos como es posible del análisis lógico y de la exégesis racional. Hay que renunciar

[24] *Megillah*, XVI, 6.
[25] Nuestra época conoce algo análogo en el mundo comunista; el pensamiento marxista debe penetrar, regir toda la vida; todo, en el comportamiento humano, debe ser específicamente marxista.

deliberadamente a todo cartesianismo para entrar en el juego de mentes para quienes el sentido inmediato y concreto de un texto era mucho menos importante y revelador que el sentido metafórico y sobrenatural, para quienes un acontecimiento, una palabra sólo tenían verdaderamente alcance como manifestación de lo divino.

Las glosas a menudo acrobáticas del *Midrash*, las argumentaciones locamente dialécticas de los *pilpuls*, las exégesis por "la letra, la alegoría, la homilía y el misterio", llamadas "exégesis del Paraíso", los comentarios según las "siete operaciones" expuestas por rabí Hillel, y lo demás, no se comprende sino en esa perspectiva. Y lo mismo cierta minucia a veces sorprendente. En un universo en que todo es sagrado, nada se sustrae a la voluntad de Dios; por eso los doctores de la Ley se interesaban en detalles de comportamiento humano de los que no se habla en los tratados de teología [26].

Esa enseñanza de los doctores es bien conocida: ha constituido la materia del Talmud —"la instrucción", "la Recitación"—. Es sabido que esa prodigiosa obra, prodigiosa tanto por su tamaño cuanto por su contenido, se compone de dos grandes partes, la *Mishna*, escrita en hebreo clásico, código fundamental, jurídico y canónico, cuyos sesenta y tres tratados cubren el campo de todas las actividades humanas, y la *Gemara*, vasto comentario de la Mishna, en lengua aramea, que se hizo necesario por las modificaciones de tiempo y lugar y que existe en dos cotejos, el de Jerusalén y el de Babilonia. También se incluye en la literatura talmúdica la *Midrash*, comentario homilítico de la Biblia, elaborado según el método tan particular que ya hemos visto [27]. Formalmente el Talmud es muy posterior a Jesucristo, pues la Mishna fue codificada por Yehuda Hanasi en la segunda mitad del siglo II; la Gemara es del siglo IV, y el Midrash se escalona en un período que va de 350 a 1200. Pero es seguro que los elementos constitutivos del Talmud son muy anteriores a su codificación... La Mishna ha recogido las enseñanzas del gran rabí Hillel, que Jesús, siendo niño, pudo encontrar en Jerusalén, puesto que ahí murió, más que centenario, el año 10 de nuestra era. La Gemara llamada de Jerusalén se constituyó inmediatamente después de la ruina de la Ciudad Santa en 70, entre los doctores de la Ley refugiados

[26] Por ejemplo detalles sobre salud e higiene, véanse arriba págs. 359 y sigts.
[27] Sobre el *Midrash*, véase más arriba, pág. 318.

en los alrededores del lago Tiberíades. Las dos grandes divisiones de método que los talmudistas aún admiten se disciernen en la enseñanza de los rabíes contemporáneos de Jesús —y aun en la suya: la enseñanza dogmática o *Halaja*, y la enseñanza figurada por parábolas, anécdotas, referencias a la historia o al folklore, o *Hagada*. Si recordamos el papel que desempeñaba la memoria en la vida judía [28], puede admitirse sin gran riesgo de error que todas las instrucciones proporcionadas por el Talmud —con la excepción quizá, de las que están estrechamente vinculadas con rasgos de costumbres— nos dan a conocer el pensamiento de los doctores de la Ley, tal como la tradición oral la transmitía desde más de dos siglos antes de Jesús y aún seguirá conservándola mucho después.

¿Pueden nombrarse algunos de esos doctores de la Ley contemporáneos de Jesús? Aun cuando los dos muy grandes del último siglo antes de la era cristiana, Hillel y Schammai, los dos feroces adversarios, estaban muertos cuando comenzó la misión pública de Cristo, muchos de sus discípulos y émulos hablaban de ellos. El nieto de Hillel, Gamaliel, enseñaba seguramente cuando Jesús fue al Templo: un hombre dulce, moderado, cuya débil constitución no perjudicaba al fervor sagrado. El devorador rabí Johanán ben Zakkai le hacía competencia: de setenta años, había de vivir medio siglo más, haciendo estremecer a sus auditores de entusiasmo y de santa pasión. También había el rabí Eleazar ben Azaria, un descendiente de Esdras, sacerdote llegado a escriba, de quien se aseguraba que, sobre el mismo tema de la Escritura, podía improvisar trescientos desarrollos. Y rabí Josué ben Hanania, quien, siendo muy niño, llevó su cuna a la sinagoga para oir la santa palabra... Y también, en una montaña encima del lago Tiberíades, rabí Yosi, el galileo, famoso intérprete de los profetas.

Una lectura algo rápida del Evangelio llevaría gustosos a los cristianos a juzgar con severidad a esos doctores de la Ley. Se tiende a confundirlos a todos con la peor especie de esos fariseos que Jesús critica tan a menudo, lo que no es muy legítimo, pues un doctor de la Ley no era necesariamente fariseo. Si puede pensarse que en el proceso de Cristo la mayoría de ellos fueron adversarios suyos porque su actitud espiritual estaba en los antípodas de la suya, no es seguro que eso fuera verdad de todos: el

[28] Sobre la memoria, véase más arriba, pág. 301.

sanedrita Nicodemo, que San Juan nos muestra tan honesto y bien intencionado, parece haber sido un doctor de la Ley [29]. Y aun entre los doctores fariseos hay un Gamaliel... Virtuosos, profundamente religiosos, constituyeron una "élite" sin la cual el Pueblo elegido no hubiera sido, entonces y en la continuidad de los tiempos, lo que fue.

Pues su papel, en la historia de Israel, había de ser capital. Su enseñanza estableció una verdadera "Palestina espiritual" donde en lo sucesivo todo judío, aun arrancado de Tierra Santa, estuviese seguro de poder hundir sus raíces. Nacido de sus obras, lo que el Talmud "ha realizado de más grande para el pueblo judío, ha sido hacerle sentir que el fin del Templo no acarreaba el fin de su religión" [30].

III. Dos clanes religiosos: fariseos y saduceos

Si los sacerdotes del Templo y los doctores de la Ley eran, de manera diferente, pero unos y otros en el sentido cabal del vocablo, hombres de Dios, todos los israelitas, del más alto al más pequeño, se consideraban también, en cierto modo, como hombres de Dios. Porque todos pertenecían al Pueblo de Dios, todos eran los beneficiarios de la Alianza y sus guardianes. De ahí que esa concepción religiosa de toda la vida sea la única que permita comprender la división, célebre, de los judíos del tiempo de Jesús, en dos grupos, los *fariseos* y los *saduceos.*

¿Trátase de sectas? Sí, en un sentido, pues los miembros de cada uno de los grupos se sostenían fuertemente unos y otros, oponiéndose violentamente, en "sectarios", a los del otro; sin embargo, no estaban apartados de la comunidad, lo que es lo propio de la secta. ¿Trátase de partido? Sí, igualmente, en cierto sentido, pues sus actitudes políticas estaban netamente divididas, aun cuando lo fundamental no eran los intereses políticos, ni para unos ni para otros, como ocurría con los "herodianos", cuya conducta estaba toda dictada por la colaboración con los romanos y sus agentes. ¿Trátase de escuelas teológicas? Si se quiere, puesto que en la raíz de su oposición hay una diferencia en el modo de concebir la religión y su defensa; pero esas escuelas tenían, fuera de los medios

[29] Jn., III.
[30] Rabino A. Cohen: *op. cit.,* pág. 210.

de teólogos, prolongaciones en la masa del pueblo, donde fariseos y saduceos representaban dos grandes corrientes. Sectas, partidos, movimientos religiosos: ambos clanes eran todo eso a un tiempo.

Traslademónos al siglo II, en el momento en que los judíos hicieron frente, bajo la dirección de los macabeos, a la amenaza de paganización representada por los seleucidas. Todos estuvieron de acuerdo para no dejar que los griegos impusieran su idolatría al Pueblo de Yavé. Pero una vez conseguida la victoria, se dibujan dos corrientes. Aun cuando nacidos de la "Resistencia", los sumos sacerdotes y reyes asmoneos, descendientes de los macabeos, sintiendo que el mundo greco-romano asediaba y acosaba por todas partes a su pequeña comunidad, pensaron que era más hábil mantener relaciones con ellos, a la par que se negaban a ceder en nada sobre lo esencial, y manteniendo firmes los principios que aseguran la salvaguardia de Israel. Esta actitud, que apunta esencialmente a salvaguardar a la comunidad judía, cuya existencia comprometería un nuevo conflicto, pareció inadmisible a la masa del pueblo, que proporcionó el grueso de los combatientes de la guerra de liberación, a los que, desde el tiempo de los macabeos, se llamaban a sí mismos los "piadosos", los *hasidim.* Es imposible, decían, defender la fe si se acepta el menor contacto con los paganos; hay que vivir en judío, entre judíos, rechazar como impuro e irreligioso todo lo que no es judaico. Actitud que no carece de lógica ni de nobleza. El verdadero fiel debe "separarse" de todo pagano y de todo sospechoso de dejarse contaminar por el paganismo. *Separados, perushîn, fariseos*; así se designa a los que sostienen esa negativa feroz. Los adversarios se llaman *saduceos,* lo que al principio fue un mote, significando quizá "los justos", o también los "hijos de Sadoc" en recuerdo del sumo sacerdote de Salomón, porque el alto sacerdocio era de esa tendencia, mote que pasó al uso.

La diferencia entre los dos clanes se debe, pues, esencialmente a la contestación que dan a la cuestión vital: ¿cómo salvaguardar al Pueblo de Dios en medio de un mundo pagano? Siendo hábil, diplomático y prudente —dicen los saduceos. Siendo categórico, inflexible, dispuesto a exponerse a todo —responden los fariseos. Pero eso no es todo. Sobre el contenido mismo del depósito sagrado que debe salvaguardarse, tampoco están de acuerdo. Los saduceos dicen: "Atengámonos a lo esencial, a la Ley escrita dada por Moisés, y a sus 613 grandes principios; en lo que está muda,

obremos según las exigencias del tiempo." A lo cual los fariseos contestan: "De ningún modo. Hay que hacer penetrar las reglas religiosas en toda la vida humana, completando la Ley escrita con la tradición, con la "Ley oral" nacida de ella, que precisamente los escribas no han dejado de elaborar desde el retorno del Exilio." Actitud que explica que la mayoría de los doctores de la Ley sean fariseos. Puede decirse, pues, que los saduceos son, en materia religiosa, más conservadores que los fariseos, puesto que rechazan todo agregado a la Ley escrita, mientras que no lo son en política, y que caracterizar a los fariseos, como se hace a menudo, con el término "tradicionalistas", exige que se explique esa palabra.

En la época de Jesús, los saduceos se reclutaban, al parecer, en la clase pudiente, altos funcionarios, comerciantes ricos, propietarios, sacerdotes; ocupaban el Templo, controlaban el culto, los sacrificios, y de rebote, por los diezmos, el sistema financiero. Entre ellos se reclutaban los hombres de Estado y diplomáticos, los que mantenían con los ocupantes las relaciones indispensables para la marcha del país. ¿Puede, legítimamente, tratárselos de "judíos asimilados"? Algunos, sin duda, se dejaban conquistar, poco más o menos, por la influencia pagana, sobre todo los más ricos, los de las muy poderosas familias reales, pero nada permite pensar que era la mayoría. Políticamente sería tan falto de equidad confundirlos con vulgares "colaboradores", traidores, a lo cual estaban demasiado inclinados sus adversarios: en el alma eran hostiles a los paganos, pero querían sacar el mejor partido de la situación creada por la ocupación, para bien de la nación. Así, en tiempo de Judas Macabeo sostuvieron a éste cuando propuso pedir, contra los griegos, ayuda a los romanos, a lo que se opusieron los hasidín [31]. Por lo demás, debe observarse que su actitud estaba fundada teológicamente en la corriente de universalismo judío, cuyo origen se halla en libros bíblicos como Jonás o Tobías. ¿Acaso la expansión de la Diáspora no llevaba necesariamente a hacer admitir una coexistencia pacífica con los paganos?

En el plano estrictamente religioso, los saduceos, para atenerse sólo a la Ley escrita —algunos hasta decían: sólo al Pentateuco—, rechazaban todo lo que no se hallaba en ella formalmente y que les parecía sobreañadido. La resurrección, ya lo hemos visto [32], la

[31] I Mac., VIII.
[32] Sobre la resurrección, véase más arriba, pág. 374.

angelología y la demonología, que habían tomado gran importancia en la religión, cierto mesianismo fanático con que se embriagaban tantos espíritus, todo eso era para ellos otras tantas innovaciones peligrosas. Flavio Josefo, en pasajes muy curiosos, asegura que no creían en la intervención de Dios en los asuntos de los hombres, es decir, rechazaban la Gracia, que para ellos "la elección del bien y del mal depende de la libre decisión del hombre", y que, según la decisión de cada cual, el alma sobrevive, recompensada, o desaparece, castigada [33]; serían, pues, a la vez los antepasados de los herejes pelagianos y de los racionalistas. Digamos: ortodoxos muy poco místicos, hasta algo indiferentes.

Su comportamiento en la vida social era generalmente bastante mal juzgado. No porque fuesen más "reaccionarios y conservadores" que sus adversarios, en el sentido que damos a esos vocablos. Al contrario; por ejemplo, defendiendo el antiguo Yavismo, reclamaban la aplicación estricta de la reglas del "año sabático" [34], liberación de los esclavos, remisión de las deudas, mientras que los rabíes fariseos, hasta el gran Hillel, sensibles a las dificultades que eso podía provocar, aceptaban acomodos con los principios. Pero se les reprochaba, según Flavio Josefo, llevar "un comportamiento más bien rudo", altaneros con los pequeños, hasta brutales, si hemos de creer la voz popular [35]; no querían su sabiduría despreciativa y desilusionada. Quizá se habían hecho cada vez más duros desde que su influencia había bajado; todopoderosos mientras el Estado judío se expandía, bajo un Juan Hircano, un Alejandro Jáneo, no dejaron de perder terreno desde la conquista de Palestina por Pompeyo. El odio al romano reforzaba a sus adversarios. Frente a Jesús, estarán sin duda de acuerdo con los fariseos para tomar una actitud hostil, a un tiempo porque su mensaje rompe con la inmutable Ley escrita, porque su mesianismo les parece inadmisible, porque su movimiento corre el peligro de enturbiar las relaciones con Roma; pero luego perderán toda influencia, y ya no podrán sino asistir, impotentes, a una marcha de su pueblo hacia la catástrofe, que su política sutil hubiese podido, sin duda, evitar.

En tiempo de Jesús, la importancia de los fariseos era ya mucho

[33] *Guerra de los judíos*, II, 162-166; *Antigüedades judías*, XIII, XVII, XVIII.
[34] Véase el año sabático, más arriba, pág. 398.
[35] Véase el estribillo contra las familias sacerdotales, pág. 176.

mayor que la de sus rivales. Habían pasado los tiempos en que los príncipes asmoneos trataron de destruirlos, en que Alejandro Jáneo crucificó a ochocientos de golpe [36]. Su influencia no dejó de crecer. Puede compararse bastante bien su organización con la de un partido político en una democracia moderna. Los verdaderos "separados" —diríamos: los miembros del partido— no eran muy numerosos; quizá entre cinco mil y diez mil: Flavio Josefo calcula en seis mil los que se negaron a prestar juramento al Emperador [37]. Pero gran parte del pueblo judío, sobre todo los elementos pobres, la clase obrera, compartía su modo de ver, y, como diríamos, "votaba por los fariseos"; lo que permitía que el clan proclamara, no sin cierta exageración, que representaba al pueblo todo. Los cabecillas se reclutaban entre los escribas y doctores de la Ley, lo cual no quiere decir, como pudiera caerse en la tentación de creerlo leyendo el Evangelio, que todos los escribas y doctores eran fariseos. Hasta había sacerdotes entre los dirigentes. Naturalmente, no todos los fariseos eran escribas y doctores de la Ley, pues la gran mayoría no tenía la cultura religiosa necesaria. Pero todos estaban convencidos de que representaban a la "élite" del pueblo elegido, que eran los depositarios exclusivos de la verdad, los únicos fieles de la Alianza. De ahí un orgullo extremo; de ahí el desprecio que manifestaban por todo el que no estaba "en la línea", y más aún por los desgraciados, los *am-ha-arez*, que no poseían la verdadera fe [38].

En política se oponían ferozmente a los ocupantes paganos y a los reyezuelos que aquéllos colocaban al frente del Pueblo de Dios, Herodes y su familia. Pero su oposición era de esencia religiosa, no tomaba una actitud violenta sino cuando la religión estaba amenazada. Por ejemplo, cuando Herodes mandó colocar en el Templo su águila impía, los fariseos, para quitarla, desencadenaron una rebelión contra él. En varias oportunidades enviaron delegaciones a Roma para pedir a los vencedores una administración directa, antes que tener que sufrir el yugo de los asmoneos afiliados a la tendencia saducea o de los reyezuelos idumeos mal circuncisos. Sería falso imaginarlos so forma de una "resistencia" organizada, dispuesta a recurrir a la acción violenta. Esa tendencia existía; era la de los *zelotas* [39], que pudiéramos llamar la extrema izquierda del

[36] Véase la lucha de los asmoneos contra los fariseos, más arriba, pág. 68.
[37] *Antigüedades judías*, XVII, 2.
[38] Sobre los *Am-ha-arez*, véase más arriba, pág. 168.
[39] Sobre los zelotas y sicarios, véase más arriba, pág. 90.

fariseísmo, y que, después de la muerte de Cristo, dominados por los fanáticos del puñal, los *sicarios*, conducirá cada vez más a la ruptura violenta. En tiempo de Jesús, esa corriente era mínima, estaba muy lejos de arrastrar a toda la masa farisea. No se combatía a los romanos: los ignoraban. Exactamente como en nuestros días hacen, en Israel, "los guardianes de las Puertas", *Naturci Karla*, y los *Shomre Hahomoth* que no reconocen al Estado judío, sospechoso de ser complaciente con los goyim, no tienen tarjeta de identidad y no salen del barrio *Mea Shearim*, donde viven entre ellos [40]. Por lo demás, bajo Herodes y bajo los procuradores romanos, la oposición no podía ser sino platónica; sólo más tarde tomará amplitud el movimiento y llegará a las rebeliones en que la comunidad judía consagrará su perdición. Pero ya en tiempo de Cristo, si a un fariseo se le hubiese dado a elegir entre la salvación del Estado y la de la religión de Israel, es más que probable que escogería ésta y no aquélla.

La fe religiosa de los fariseos era ciertamente profunda, sólida y exigente. No transigía. Y es un error completo hacer de la palabra *fariseo* un sinónimo de *Tartufo*, como ocurre a menudo. Su doctrina, la que los doctores les habían enseñado, era que la religión debía animar y controlar todo en la vida judía, para que esta vida permaneciera íntegramente judía. De la Ley se sacaba una jurisprudencia a la que había que someterse en todos los casos, tanto en la práctica cotidiana como en las relaciones civiles, jurídicas y sociales. Los fariseos admitían, pues, un desarrollo continuo de la Ley religiosa: terriblemente estrictos en cuanto al dogma, eran al mismo tiempo progresistas en cuanto a su aplicación. Por eso llegaban hasta decir que la Tradición, nacida del pensamiento de los doctores, era más importante que el sacerdocio y que la realeza, tan santa como el texto mismo de la Tora. En esa Tradición se hallaban naturalmente incluidos los aportes recientes de la evolución dogmática: la resurrección de la carne, las sanciones de ultratumba, la intervención de los ángeles, buenos y malos, en la vida humana, un mesianismo ferviente y sin duda, para muchos, estrechamente temporal. Flavio Josefo dice que "se remitían a la Providencia"; diríamos que admitían el papel de la Gracia divina en la conducta humana. Les reconoce también "sentimientos afectuosos, un deseo de buen entendimiento", por decirlo todo, una real caridad.

[40] Véase el libro de Henri Amoroux (pág. 240) *J'ai vu vivre Israël*.

Sin embargo, debe señalarse que, en el fariseísmo del tiempo de Jesús, se notaban tendencias netamente antagónicas. Como ocurre con todos los movimientos que alcanzan gran desarrollo, se había constituido una derecha y una izquierda, unos interpretando los principios del clan de modo rígido, y los otros más liberalmente. Los jefes de ambas escuelas eran, en el momento en que Jesús llegó al mundo, los dos célebres doctores Hillel y Schammai. No estaban de acuerdo en nada, en cuanto se trataba de aplicar la Ley: hasta llegó a contarse trescientos puntos en que eran opuestos. En la *Beth Hillel* se daba prueba de espíritu amplio, en la *Beth Schammai*, el integrismo era la regla. Una anécdota hace comprender la diferencia de sus métodos. Un día un pagano llegó a ver al rabí Schammai y le dijo, no sin ironía: "Me hago judío si eres capaz de explicarme la Ley en el tiempo en que puedo mantenerme en equilibrio en un solo pie." El austero doctor respondió a ese extraño pedido dándole un vigoroso golpe con la regla. Pero rabí Hillel, solicitado en los mismos términos, contestó: "No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti: ésa es toda la Ley." [41] Parece que ya en la época de Cristo, como después será más seguramente, según el Talmud, la tendencia Hillel ganaba terreno a la otra.

Sin embargo, el fariseísmo, por más importante que fuese, atravesaba una crisis. O mejor dicho, porque había llegado a ser un partido numeroso tenía en su seno elementos dudosos, llegados a él por razones muy diferentes de la fe. En un apócrifo judío del siglo I, llamado *Testamento* o *Asunción de Moisés* [42], un fariseo rígido y desengañado denuncia a "esos hombres pestilentes e impuros que pretenden ser los únicos justos y los únicos puros, y no son más que monstruos de orgullo"; evidentemente apuntaba a los que llamaban "fariseos teñidos". Un apólogo, recogido por el Talmud, dice: "Hay siete clases de fariseos: el fariseo ¿dónde está mi interés?, el fariseo bien lo parezco, el fariseo me sangra la cabeza, que camina por la calle con los ojos bajos para no ver a las mujeres y tropieza con las paredes, el fariseo majadero, que camina tan encorvado que parece una mano de almirez en un mortero, el fariseo ¿cuál es mi deber para cumplirlo?, el fariseo hago una buena acción cada día, y por último, el único, el verdadero fariseo, el que lo es por temor y amor de Dios [43]. La sátira es graciosa; pinta bien a los personajes. Hace que se comprendan mejor las críticas de Jesús.

[41] *Schabbath*, XXX, a.
[42] *Bible apocryphe*, obra citada, pág. 224.

Sabido es que los fariseos ocupan un lugar considerable en el Evangelio. Cristo tiene contactos frecuentes con ellos; a menudo habla de ellos. Todo cristiano tiene en los oídos las terribles invectivas del capítulo XXIII de San Mateo. "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! ¡Ay de vosotros, guías ciegos, serpientes, raza de víboras!, ¿cómo escaparéis al juicio de la gehenna?" Hay dos páginas en ese tono. ¿Qué reprocha a la gente de ese clan? Esencialmente tres cosas: ser mentirosos, "sepulcros blanqueados", "echar a cuestas de otros cargas que ellos no llevan"; pero honestamente puede admitirse que esa crítica apuntaba a los "fariseos teñidos", a los de las seis primeras variedades del apólogo, y no a los de la última. Más grave, el otro reproche de Cristo se dirige al orgullo de los fariseos —y parece que ese defecto era común a todos los miembros del clan—, su amor por los primeros lugares, su pretensión de ser los guías y los maestros espirituales de Israel. En fin y sobre todo, Jesús los acusa de ser ritualistas, de ocuparse de pequeñeces, como el diezmo al eneldo y al comino, descuidando lo esencial, la fe viva, el amor de Dios y del prójimo, de ser, en suma, lo que eran en realidad, los hombres de la Tradición, preferida al Espíritu. Y esa crítica iba al fondo de las cosas, a lo que había de provocar inevitablemente, entre los fariseos de las seis primeras categorías y Jesús, un antagonismo inexpiable.

Sin embargo, las relaciones de Cristo con los "separados" no se limitan a ese antagonismo. Él mismo reconoce la ciencia de los doctores fariseos [44]; acepta discutir con ellos, aun cuando sabe que sus preguntas ocultan añagazas [45]. Aún más: le ocurre hallarse en contacto amistoso con algunos de ellos [46], y acepta sus invitaciones a compartir sus comidas [47]. Fariseo eminente, miembro del Sanedrín, es ese Nicodemo que se porta como partidario secreto de Jesús [48]. Aún hay más: cuando Herodes Antipas, inquieto por la propaganda de Jesús en sus tierras, piensa librarse de él,

[43] *Sotah*, XII, b, Bar.
[44] Mt., XV, 5.
[45] Mc., XII, 28; Lc., X, 25; Jn., XXIII, 2.
[46] Lc., XX, 59.
[47] Lc., VII, 36; XI, 37.
[48] Jn., III, 1, y VII, 50.

son fariseos los que le ponen sobre aviso del peligro [49], lo que, por lo demás, está conforme con su actitud general de oposición a los romanos y a sus agentes. Si, con toda evidencia, los fariseos, en el momento del proceso de Cristo, serán sus adversarios encarnizados, una vez muerto, varios manifestarán simpatía por la nueva doctrina. Nadie ignora que el más grande, con los Apóstoles, de los porta-Evangelio, San Pablo, es un fariseo, hijo de fariseo, como él mismo se proclama [50]; y no puede olvidarse la conmovedora página del libro de los Hechos [51] en que el rabí Gamaliel, "doctor de la Ley entre los más respetados", antiguo maestro del futuro apóstol Pablo, toma, con notable coraje, la defensa de los cristianos en el Sanedrín.

Las relaciones del fariseísmo con el cristianismo son, pues, mucho más complejas de lo que generalmente se cree. No puede sacarse ningún argumento del hecho que el Talmud trae numerosas sentencias de rabíes fariseos, sobre todo de la tendencia "hillelista", que se parecen singularmente a algunas del Evangelio, pues nadie puede demostrar que no son posteriores a la enseñanza de Jesús. Y no puede ignorarse que entre los fariseos había hombres para quienes la vida espiritual era algo más que una sumisión mecánica a preceptos. Y además, que, aun entre los otros —dejando a un lado los "fariseos teñidos" y otros "sepulcros blanqueados"—, muchos eran ciertamente creyentes sinceros, cuya piedad es respetable, aun cuando no supieron comprender a tiempo el gran mensaje que desmentía su estrecho tradicionalismo, su formalismo, su ritualismo [52]: "La letra mata, el espíritu es lo que da vida."

IV. Votos de nazareos y retiros al desierto

La piedad profunda, el deseo de entregarse a Dios, se traducía también de modo distinto que por la adhesión al clan fariseo o por una vocación sacerdotal. Numerosos israelitas, hombres y mujeres, hacían votos, exactamente como los cristianos los hacen hoy, para obtener un favor o agradecer una merced. Ordinariamente, esos votos, de intenciones mucho menos que desinteresadas, consistían en la promesa de alguna ofrenda, de algún sacrificio. El

[49] Lc., XIII, 31.
[50] Act., XXIII y XXVI; Flp., III.
[51] Act., V, 36-40.
[52] Sobre el ritualismo farisaico, véase más adelante, pág. 483.

voto del *corbán* de que se trata en el Evangelio [53], obligaba a dar al Templo un objeto, una casa, lo que prohibía que se le empleara para su propio uso, o se le diera a otro, aun a sus propios padres si lo necesitaban; por lo demás, se admitía que se podía "rescatar el voto del corbán". La Ley había reglamentado los votos, y los doctores habían previsto todos los casos en que podían ser o no ser válidos: una hija, un mozo menor o una mujer casada, por ejemplo, no podían pronunciar ningún voto sin el permiso expreso del padre de familia.

Otros votos comprometían más las realidades espirituales. El que los pronunciaba prometía conformar su conducta a ciertas exigencias, al menos por cierto tiempo. El libro de los Números [54] había previsto el caso de aquellos, hombres o mujeres, que "pronunciaban formalmente votos para consagrarse al Eterno". Éstos llevaban un nombre especial: los llamaban *nazareos*, de una raíz hebraica que significaba a la vez abstenerse y consagrarse. Muy antiguo en Israel —el profeta Amós habla ya de él [55]—, el nazareato existía seguramente en tiempo de Jesús, puesto que en el Templo, uno de los patinillos angulares del atrio grande estaba reservado a los nazareos [56]. Un tratado entero de la *Mishna* les está consagrado. Ordinariamente, los nazareos se comprometían por un tiempo limitado: un mes como mínimo, decían los doctores. Tenían que pronunciar un triple voto: abstenerse de vino y de bebida embriagadora, hasta de vinagre de vino, de zumo de uva, y aun de uva fresca o pasas, sin poder comer ni siquiera "las pepitas y la piel"; no rasurarse la cabeza, es decir, dejarse crecer la cabellera, prueba de santidad; por último, no acercarse a ningún cadáver "ni siquiera al de su padre, de su madre, de su hermano, de su hermana". La consagración del nazareo a Dios comprendía, pues, a un tiempo prácticas de abstinencia y compromisos de pureza ritual, curiosa mezcla que muestra el origen remoto de la costumbre: así, la fuerza de Sansón estaba en su cabellera, signo también de su fidelidad a Yavé; que Dalila se la cortara, y quedaba desarmado [57]. En tiempo de Jesús, los rabíes hillelistas admitían que un nazareo podía enterrar un muerto, si no había quien lo hiciera, en caso de obligación legal, por ejemplo, para

[53] Mc., VII, 11; cf. Mt., XV, 5.
[54] Núm., VI, 2.
[55] Am., II, 11.
[56] Sobre el patio de los nazareos en el Templo, véase más arriba, pág. 403.
[57] Jue., XVI, 17.

no dejar a un supliciado en la cruz durante una noche [58]. ¿Por qué los nazareos pronunciaban votos? ¿Para obtener una gracia, un favor? Quizá. ¿Para conservar al cuerpo su integridad en vista del servicio de Dios? También puede ser. Pero a veces, con intenciones ascéticas y auténticos propósitos espirituales. Así, el tratado *Nedarim* [59] refiere la conmovedora historia de un joven pastor, de maravillosa belleza, que, luego de mirarse, como Narciso, en el espejo de una fuente, sintió que le atormentaban las pasiones, y, "no queriendo enorgullecerse de una carne destinada a ser gusanos y larvas", corrió al Templo para que le cortaran la cabellera y pronunciar sus votos.

Las mujeres podían pronunciar los tres votos del nazareato; el texto de los Números es formal sobre este punto. Así, vemos a la reina Berenice, el año 66, en el momento en que el drama de la gran rebelión estaba a punto de estallar, permanecer en Jerusalén, con los cabellos cortados, absteniéndose de vino y rezando mucho en el Templo, porque entonces había hecho, por una razón que se ignora, un voto de nazareo [60]. Es probable que algunas doncellas hasta llegaran a pronunciar, por un tiempo o por toda la vida, un voto de virginidad. La contestación de la virgencita María al Ángel del Señor [61] fue muy a menudo interpretada como significando que la futura madre de Jesús había tomado un compromiso de esa clase. Y una tradición cristiana, que los Evangelios apócrifos registran, muestra a María, Virgen consagrada, permaneciendo en el Templo como una pequeña religiosa, hilando, tejiendo, bordando las vestimentas litúrgicas [62].

Sin pronunciar tales votos, hombres y mujeres podían entregarse a otra práctica de gran devoción, por razones profundamente espirituales, haciendo retiros en el desierto. La palabra desierto no designaba forzosamente un Sahara o una Arabia Pétrea, sino un lugar de profunda soledad, propicio al recogimiento. En la famosa fórmula de San Lucas: "fue dirigida la palabra de Dios a Juan en el desierto" [63], muchos creen que se trata de un lugar más espiritualmente vacío que concretamente desértico. Según las indi-

[58] *Sifié* Núm., XXVI, 9, a.
[59] *Nedarim*, IX, 6.
[60] Cf., Mireaux: *La Reine Bérénice*, pág. 127.
[61] Lc., I, 34.
[62] Véase *Evangiles apocryphes* de R. Tamisier, y D. R.: *Les Evangiles de la Vierge.*
[63] Lc., III, 2.

caciones que también da el Evangelio, el "retiro al desierto" tenía que durar cuarenta días; sin duda en memoria de los cuarenta días de Moisés en el Sinaí, o de los de Elías yendo hacia el Horeb; es la duración del que Jesús hizo antes de emprender la misión pública, y el lugar que, tradicionalmente, habría sido el de su permanencia, lleva todavía el nombre de Djebel Qarantal, "monte de la Cuarentena" [64]. ¿Qué hacían durante ese tiempo? Ayunaban y rezaban, vivían bajo la mirada de Dios. La práctica había de estar bastante difundida. Así, veremos a San Pablo, luego de sus aventuras en Damasco y antes de dedicarse al apostolado, marchar al desierto [65]. ¿Esas estadas en el desierto se presentarían, pues, como retiros "en un centro de oración"? [66] Puede que así fuera, y quizá también, en ese caso, esos retiros habrían de relacionarse con la existencia, en Israel, de un grupo de hombres de Dios que no se parecía a ningún otro, el de los *Esenios.*

V. Los monjes del mar Muerto

Flavio Josefo y Filón de Alejandría hablaron, uno y otro, no sin entusiasmo, de un grupo religioso judío de un tipo particular, y el romano Plinio el Antiguo, ya sea porque leyó a Filón, o porque recogió él mismo informes en Palestina hizo a esos judíos el honor de consagrarles un largo párrafo, en el capítulo V de su *Historia Natural.* Se sabía, pues, que esa agrupación, esa "tercera escuela filosófica judía", decía Josefo —las primeras eran la saducea y la farisea—, tenía su centro geográfico en la región de Engadi, cerca del mar Muerto, y que ahí vivían, en comunidades de oración, "sin mujer, sin amor, sin dinero, en la única sociedad de las palmeras", hombres que se sometían a una disciplina sumamente estricta, que se reclutaban por cooptación según una selección severa, y que sólo se interesaban en las cosas de Dios.

El vocablo con que los designaban nuestros autores era variable, *Esaioi,* escribía Filón, que veía en ese término un equivalente de *Osioi,* santos; *Esenoi, Esenios,* decía Josefo, y los etimologistas se preguntaban si el vocablo venía de *esah,* partido, o de *hasid,*

[64] Véase el capítulo IV de *Jésus en son temps.*
[65] Sobre la estada de San Pablo en el desierto, véase *Saint Paul* por D. R., capítulo II.
[66] R. P. Daniélou: *Les Manuscrits de la Mer Morte,* obra citada, pág. 25.

hasidín, piadoso, palabra, esta última, que no era otra sino la de los antepasados de los fariseos. Prevaleció el término esenio: Renan lo adoptó, después de Federico II y Voltaire. Pero no estaban muy informados sobre aquellos a quienes designaba.

Todo ha cambiado desde 1947, y los esenios se han hecho el más célebre de los grupos, clanes o sectas que componían la comunidad judía. En la primavera de ese año, un beduino de la tribu de los Ta'amires mientras buscaba una cabra descarriada —esto es muy evangélico—, entró por casualidad en una de las numerosas grutas que hay en el acantilado encima del mar Muerto, la gruta llamada Ain Fechka. Mucho le sorprendió encontrar unas tinajas, once exactamente, rotas o no, y mucho más todavía el comprobar que en esas tinajas había unos rollos de cuero envueltos en tela, sobre los cuales se veían incomprensibles escrituras. Comprados por anticuarios, que volvieron a venderlos a diversos clientes, luego de negociaciones tan complejas que han podido compararse con las intrigas de una novela policial, esos rollos se revelaron del más alto interés científico. Se trataba de una verdadera biblioteca religiosa, que contenía, en copias sumamente antiguas, ciertos libros bíblicos, y también obras ignoradas del canon del Antiguo Testamento. Un registro sistemático de todas las grutas del acantilado, llevado a cabo en 1951, confirmó el eminente interés del hallazgo. En 1948 se adelantó la hipótesis de que bien podría tratarse de una biblioteca que perteneció a los esenios.

Ahora bien: en la estrecha planicie, cortada por temibles barrancos, que se extiende entre el pie del acantilado y la siniestra capa de agua, mejor dicho en un espolón, se levantaba un montón de ruinas, conocido desde hacía mucho con el nombre de Jirbet Qumran, pero que sólo había sido registrado con negligencia. Creíase que se trataba de un fortín romano sin interés. Excavaciones más cuidadosas, en 1951, revelaron, bajo el puesto de guardia militar, un conjunto de edificios considerables, uno de los cuales tenía 37 metros por 30, otro contenía todavía una mesa de escribir de 5 metros de largo y otros eran visiblemente almacenes y talleres, principalmente un taller de alfarero, con horno. También había vastas piscinas. La sola descripción de semejante conjunto imponía a la mente la idea de un convento, de una comunidad de oración. No se dudó más de que el Qumran fue un monasterio cuando se descubrió un cementerio de un millar de tumbas con esqueletos cuidadosamente alineados. Caía de su peso la creencia de que se trataba de la comunidad de Engadi de que hablaron Filón y Josefo. Hoy son pocos los que se niegan a admitir [67] que los descubrimientos sensacionales de las cercanías del mar Muerto nos han llevado a tocar con el dedo a los esenios.

El interés de esos descubrimientos es evidentemente de primer orden: ha podido decirse que superaba el de la lectura de los jeroglíficos por Champollion o el de Troya por Schliemann. Los manuscritos del mar Muerto, al dar copias de varios libros bíblicos que no pueden ser, como veremos, posteriores a 68 de nuestra era, traen informes de valor insigne para el estudio textual. Por otra parte, revelan elementos ignorados hasta ahora de la literatura judía, algunos muy cercanos a los de la Biblia, Salmos, por ejemplo, otros muy diferentes. Agreguemos además que ciertos textos ya conocidos, que parecían erráticos en la tradición judía, han ocupado su lugar en un contexto lógico, como el *Escrito de Damasco*, encontrado en 1896 en la "Geniza", el cementerio de manuscritos de una sinagoga del antiguo El Cairo. Pero los descubrimientos han permitido, sobre todo, reconstituir la historia de los esenios, representarse mejor su modo de vida, descubrir su propia espiritualidad y adivinar su papel en la comunidad judía.

En los alrededores de 150 antes de nuestra era, cuando fue evidente que la resistencia al helenismo, que había levantado al Pueblo elegido contra los seleucidas ya no tenía el carácter de una guerra santa, y que los descendientes de los macabeos, los reyes sumos sacerdotes asmoneos, se deslizaban hacia los compromisos, cierto número de *hasidín*, de "piadosos" no se conformaron con la oposición doctrinal y casi pasiva en que iban a encerrarse los fariseos. Decidieron romper todo vínculo con el régimen y volver "al desierto", es decir, a los santos orígenes de Israel. Esa "élite" ferviente, compuesta originalmente por sacerdotes, "los hijos de Sadoc, los guardianes de la Alianza", invocaban a un personaje misterioso, llamado "el Señor de Justicia". Refugiados en las soledades del mar Muerto, los "elegidos de Dios" dedicaban toda su vida a estudiar, observar y defender Su Ley. Su sola existencia, cae de su peso, condenaba al sacerdocio del Templo y a su gobierno. Por eso, en una fecha que no puede fijarse estalló una violenta crisis entre el judaísmo oficial y los monjes esenios: un Señor de Justicia fue ejecutado —quizá por Juan Hircano, quizá más tarde— y miembros de la agrupación se refugiaron en

[67] Cf. del Medico: obras citadas, nota 70.

Damasco. Volvieron al Qumran, cuando la ocupación de Palestina por los romanos de Pompeyo, en 63 antes de Jesucristo, les hizo perder el temor a sus adversarios. Habían de permanecer ahí, alrededor de ciento treinta años, hasta el momento en que la revuelta judía de 66-70 —exactamente en la primavera del 68— llevó a los galos y germanos de la 10ª Legión de Tito a hacer, en la región del mar Muerto, una terrible limpieza. El monasterio fue parcialmente destruido y ocupado por los soldados; los monjes huyeron o fueron degollados. No sin haberse tomado el tiempo de ocultar en las grutas del acantilado cercano sus más preciosos tesoros, sus libros sagrados. Por consiguiente, en el momento en que Jesús estaba en la tierra y desarrollaba su mensaje, los esenios existían en el Qumran y sin duda también en otras partes.

Manteniéndose resueltamente al margen del resto del Pueblo elegido, totalmente indiferentes a las cosas de la política, formaban comunidades monásticas que no querían saber nada del mundo exterior. El Qumran era, verosímilmente, la "casa matriz" de esa suerte de orden religiosa, pero había en muchos otros puntos de Palestina y quizá fuera de Palestina grupos más pequeños, de por lo menos diez hombres —diez: el número necesario también para la constitución de una sinagoga—, dirigidos por un sacerdote.

Se entraba en la "Comunidad" —tal era la palabra empleada por los esenios mismos— luego de un examen y después de un doble tiempo de prueba de uno y dos años. El nuevo miembro abandonaba todos sus bienes a la Comunidad, juraba obediencia a "la Regla y a sus superiores", declaraba "separarse de los hombres de iniquidad" y vivir en la verdad, la justicia y la caridad. Recibido entonces miembro, debía practicar abluciones varias veces por día, llevar un manto de lino blanco, no comer sino legumbres, observar los ritos de pureza legal con un escrúpulo mayor aún que el de los fariseos, quizá expresarse en hebreo, y no en arameo, y, en fin, enterrar sus excrementos. Pero, por encima de todo tenía que participar en las comidas en común de todos los hermanos y, con ellos, rezar en horas regulares y en días de fiesta sagrados.

Divididas en tres categorías, sacerdotes, levitas y laicos, las comunidades esenias eran dirigidas por un jefe, un presidente, el *Mebager,* por debajo del cual un Consejo central, una especie de capítulo de doce miembros, tenía a su cargo todos los asuntos importantes, principalmente las sanciones a los miembros que faltaban a la regla; el Señor de Justicia era el jefe supremo. No se admitían

mujeres —"no había nacimientos entre los esenios"— pero verosímilmente había comunidades femeninas sometidas a la misma regla: se han encontrado esqueletos femeninos en el Qumran. Los hijos de los postulantes eran admitidos y recibían una formación especial. Fuera de las comunidades propiamente dichas, había con verosimilitud solitarios que llevaban más lejos el ascetismo, como en el monte Athos, en Grecia, aún en nuestros días vemos ermitaños instalados hasta la muerte en grutas no lejos de los monasterios cenobíticos. Flavio Josefo habla de uno de ellos, Banus, que "vivía en el desierto, vestido de taparrabos que obtenía de los árboles y se alimentaba con lo que recogía" [68]. San Juan Bautista, en quien esta descripción hace pensar irresistiblemente, cuyo campo de apostolado, el vado de Betábara en el bajo Jordán, se halla a unas horas de marcha del Qumran, quizá fuera también uno de esos francotiradores del esenismo. Más lejos del mar Muerto había seguramente simpatizantes, quizá algo así como "terciarios" esenios, que vivían en el mundo lo más cerca posible de la regla. En Egipto, la secta de los "terapeutas", a la cual alude Filón, parece haber sido formada por imitadores del esenismo, o por afiliados.

La espiritualidad esenia era elevada. La conocemos por varios de los libros encontrados entre los manuscritos. Si la *Regla de la Comunidad* o *Manual de Disciplina* fija sobre todo las observancias de la agrupación, los *Salmos de la Nueva Alianza,* el extraño y admirable *Guerra de los Hijos de la Luz y de los Hijos de las Tinieblas,* y comentarios de ciertos pasajes de la Biblia, principalmente de los profetas Habacuc y Miqueas, permiten comprender la doctrina de la agrupación. Ésta se coloca en la línea del más rígido mosaísmo: para buscar a Dios no hay más que un medio, "la Ley". A seguir totalmente la Tora llama Dios a los miembros de la Comunidad, en virtud de una "Nueva Alianza", que es una gracia. El deber de los Hijos de la Luz es, pues, luchar contra los malvados, los partidarios del mal, los Hijos de las Tinieblas, puesto que, asimismo, dos espíritus antagónicos se reparten desde siempre a la humanidad pervertida por la falta. El alma, para ellos, es inmortal, pues, preexistente al cuerpo, después de la muerte vuelve al lugar trascendente de donde vino. Al fin de los tiempos se pronunciará un Juicio final, los hombres de perdición serán anonadados y los predestinados —en primer lugar los fieles de la Comunidad— tomarán parte en la Gloria de Dios.

[68] *Vida* de Flavio Josefo, por él mismo, XI.

Es difícil darse cuenta del lugar exacto que los esenios ocupaban en la vida religiosa judía. Muy mínima, dicen unos; considerable, piensan otros. Desarrollado en un cuadro específicamente judío, en un medio sacerdotal que quería ser el guardián de las verdaderas tradiciones de Israel, es evidente que el esenismo llegó a absorber elementos religiosos no judíos. Josefo decía que el esenismo había sido influido por el pitagorismo y la doctrina de los "dos espíritus", que es exactamente la del dualismo iranio, de la lucha del dios del Bien, Ormuz, contra el dios del Mal, Arimán.

Rehusaban muchos de los ritos oficiales y del sistema sacerdotal, principalmente los sacrificios sangrientos, limitándose a ofrendas de harina. Enviaban representantes al Templo en ocasión de las grandes festividades, pero se mantenían ostensiblemente aparte, probablemente en el patinillo reservado a los "puros" nazareos. Su modo de vivir era, sin discusión, opuesto a los principios mismos del judaísmo. "Hay que seguir los caminos de la Tierra", decía un axioma rabínico a menudo citado en el Talmud: los esenios no seguían los caminos de la tierra; no participaban en el destino colectivo de su pueblo; su pretensión de ser los únicos, el verdadero Israel, el de la Gracia, rompía con la idea fundamental de la tradición judía de que es en el cuadro del Pueblo elegido, por él, con él, que cada fiel se salva. El "Señor de Justicia" aparece ciertamente como una de las grandes figuras religiosas de la historia de la humanidad, y la doctrina esenia una de las más nobles que hayan nacido del pensamiento judío. Pero cabe preguntarse si esos aislados, esos solitarios, pudieron ejercer una acción profunda sobre sus contemporáneos y sobre los destinos del mundo.

A menos que... No puede pasarse en silencio una hipótesis, que, si fuese confirmada por los textos y los hechos, mostraría que los esenios eran el grupo religioso más importante, el que tenía por delante todo el porvenir. Los esenios, ¿no serían cristianos antes de que se les diera ese nombre? O bien ¿serían los cristianos una variedad de esenios? En el siglo XVIII, Federico II ya se declaraba convencido; más tarde, Renan definía el cristianismo como "un esenismo que ha tenido éxito". Después de los descubrimientos de las grutas y del Qumran, esa hipótesis ha sido expuesta a menudo, transformada a veces en afirmación perentoria. El Señor de Justicia sería un predecesor de Jesús, a menos que Jesús haya sido un "Señor de Justicia", ejecutado por los sacerdotes como su predecesor.

Esa hipótesis se basa en primer lugar en parecidos textuales que nadie piensa negar. Cuando San Juan Bautista grita: "Soy la voz que grita: —En el desierto..." trae una cita de Isaías corriente entre los esenios. En los propios labios de Cristo se hallan fórmulas que suenan netamente a esenio, por ejemplo "la Nueva Alianza", "los Hijos de la Luz". En los textos evangélicos, principalmente en San Juan, la idea del Verbo creador está cerca de una indicación del *Manual de Disciplina* sobre el pensamiento de Dios que saca al mundo de la nada. En San Pablo se hallan palabra por palabra frases esenias [69]. La doctrina misma del dualismo se encuentra, cristianizada, en dos escritos de la primitiva Iglesia cristiana: el *Didaqué* y la *Epístola de Bernabé* (sin hablar de San Agustín y más tarde de Ignacio de Loyola). Otros argumentos pueden aún reforzar esa tesis. Ni Juan Bautista ni Jesús atacan jamás a los esenios, mientras que tratan severamente a fariseos y saduceos. Aún más: los evangelistas ni siquiera los citan, como si fueran de los suyos, si hablaran en su nombre. En fin, después de la tormenta de 66-70, los esenios desaparecen totalmente de la escena de la historia. ¿No se habrían hecho, sencillamente, cristianos? Cristianos fieles o quizá heréticos, como los ebionitas —esos herejes cristianos que San Ireneo combatió— que se llamaban a sí mismo "los pobres" y que lo explicaban todo por la lucha de las dos "partes de Dios", el Cristo y el Diablo.

En realidad esa hipótesis es inadmisible. Choca con evidencias. El esenismo es esencialmente una agrupación sacerdotal, creada y dirigida por sacerdotes; nada tiene que ver con el gran movimiento popular que, desde el comienzo, y cada vez más, es el cristianismo. El esenismo se funda en la práctica rigurosa de la Ley: hasta se presenta, por lo escricto y minucioso en sus observancias, como una puja del fariseísmo; podemos estar seguros que un esenio no hubiese podido estar de acuerdo con Jesús ni sobre la observación del Sabat, ni sobre las reglas de pureza legal. Cierto es que el esenismo esperaba un Mesías, pero un Mesías sacerdotal, un Mesías de Aarón, un sumo sacerdote que sería santo: la concepción cristiana del Mesías está en los antípodas. Como está en los antípodas de cuanto puede parecerse a una secta cerrada la Iglesia de Cristo, abierta en seguida a todos, aun a los impuros y a los pecadores, la Iglesia para la cual el beneficio de la "Nueva Alian-

[69] Véase Daniélou: *op. cit.*, pág. 95.

za" no está reservado a un pequeño lote de religiosos y de terciarios, sino a todos los hombres de buena conducta.

El esenismo constituye, pues, uno de los guiones entre el judaísmo y el cristianismo, pero no es el único. Existen otros, como es normal, puesto que Jesús nació judío, vivió en judío y habló en judío. Pero ninguno de esos signos manifiestos de religión prevalece contra el hecho de una superación decisiva, a lo cual lleva la aparición de Jesús en el mundo [70].

[70] En la enorme bibliografía de la cuestión de los manuscritos del mar Muerto, nos limitaremos a algunas indicaciones. Los trabajos son tan numerosos que la *Bibliographie zu den Handschriften von Totem Meer* de Ch. Burchard, aparecida en Berlín en 1957 ya está superada. Géza Vermès, *Les Manuscrits du désert de Juda*, París, 1953. A. Dupont-Sommer: *Les écrits Esséniens découverts près de la Mer Morte*, París, 1960; Millar Burrows: *Les Manuscrits de la Mer Morte* y *Lumières nouvelles sur les Manuscrits de la Mer Morte*, traducción francesa, París, 1957 y 1959; A. Vincent: *Les Manuscrits hébreux du désert de Juda*, París, 1953 (con textos escogidos); Jean Daniélou: *Les Manuscrits de la Mer Morte et les origines du Christianisme*, París, 1957; señalemos, en fin, los dos libros en los que H. E. del Medico toma posición contra la "tesis esenia": *L'Enigme des Manuscrits de la Mer Morte* y *Le Mythe des Esséniens*, París, 1957 y 1958.

CAPÍTULO IV

LA FE DE ISRAEL Y LA LLEGADA DEL MESÍAS

I. El primero de todos los mandamientos

Ese era, pues, el cuadro en que se situaba la vida religiosa judía en el momento en que la llegada de Jesús a la tierra había de ponerla en discusión. Queda por saber qué era esa vida religiosa, es decir, cómo las almas vivían la religión. Y también, puesto que toda religión evoluciona con la sociedad en la cual está injertada y, de generación en generación, ve planteársele nuevos problemas, qué problemas se planteaban a los judíos del siglo I, determinando nuevas actitudes.

Se recordará el diálogo evangélico, "Maestro, ¿cuál es el primero de todos los mandamientos?", preguntaba un escriba a Jesús. Y éste le contestó, citando el versículo con el cual principia el *Schema*, la oración diaria: "Escucha, Israel; el Señor, nuestro Dios, es el único Señor [1]." Cita que luego comenta en un admirable desarrollo. La respuesta era pertinente: ningún judío hubiera podido dar otra. Casi en la misma época, el apócrifo *Carta de Aristeo* decía: "La primera de las enseñanzas es que Dios es único [2]." Un monoteísmo absoluto, intransigente, que rechazaba hasta las menores apariencias de la idolatría, era el fundamento de la fe de Israel: en resumidas cuentas, toda la religión dimanaba de este axioma: "Dios es uno."

Esa fe monoteísta estaba, en el umbral de la nueva era, tan fuertemente arraigada en las conciencias como en el tiempo en que Judit la proclamaba, ante los ancianos de su ciudad sitiada, antes de emprender la audaz gestión que había de arriesgar cerca de

[1] Mc., XII, 28; Mt., XXII, 61; Lc., X, 25.
[2] *Carta de Aristeo*, 132.

Holofernes: "...no hay en nuestra generación ni se conoce en nuestros días tribu, ni familia, ni religión, ni ciudad que adore dioses fabricados..." [3]

Los rabíes lo afirmaban en todas las circunstancias. "La condenación de la idolatría —decía uno—, supera por sí sola en importancia todos los preceptos de la Tora[4]." Otro anotaba: "La idolatría que se quita de la nuca el yugo de Dios niega al mismo tiempo todos los Mandamientos[5]." Ningún judío tenía el derecho de transigir sobre ese principio; el tratado *Sanhedrín* admite que podían transgredirse las ordenanzas formales de la Tora, en caso de peligro mortal, pero en ningún caso podía cederse ante la idolatría[6]. Y algo más tarde se referirá la muerte sublime del rabí Akiba, quien, desgarrada la carne por los garfios de hierro, sintiendo llegar el instante supremo, recitó el *Schema* alargando la última palabra, *chad, Único,* hasta que el alma se le fue del cuerpo[7].

¿Estaban todos los judíos dispuestos a testimoniar parecido heroísmo y a imitar a los hermanos macabeos que prefirieron morir antes que ceder, por poco que fuese, a la idolatría? En todo caso, parece que las infidelidades formales fueron muy raras, aun en los medios ricos y elegantes, donde las costumbres eran paganas en más de sus tres cuartas partes. Una Berenice, un Herodes Agripa, cuando esté en juego la unicidad de Dios, sabrán tomar sus responsabilidades y hablar claro a Roma. Entre el pueblo, bastaba con agitar el espectro de la idolatría para que en seguida se produjera un estremecimiento de horror sagrado: contra Herodes el Grande, por ejemplo, cuando mandó colocar el águila de oro en el frontispicio del Templo, o contra Pilato, cuando sus tropas entraron en Jerusalén con sus insignias desplegadas. Ser el pueblo de Dios único, los judíos sabían que ésa era su propia originalidad, su razón de ser: a tal punto, que los doctores enseñaban: "Todo el que repudia la idolatría es considerado judío" [8]. Y los paganos les rendían homenaje —los Juvenal, los Tácito, los Plinio— cuando, viéndolos tan poco favorables a las divinidades de sus diversos panteones, los trataban de ateos.

[3] Jds., VIII, 18.
[4] *Horayoth,* VIII, 9.
[5] *Comentario a Números,* CXI.
[6] *Sanhedrin,* LXXIV, a.
[7] *Berakhoth,* LXI, b.
[8] *Megillah,* XIII, a.

En ese Dios único, invisible e inmaterial, que era a la vez el Creador y el Señor del mundo, el Todopoderoso, el Omnisciente, el judío creía, no por un razonamiento de la mente, una deducción lógica, sino en virtud de una revelación. Para él era lo contrario del "Dios de los filósofos y de los sabios" de que habla Pascal. Se imponía a él con la misma fuerza de evidencia que un ser viviente o un objeto que puede tocarse. Tanto el Antiguo Testamento, los Apócrifos como los Evangelios están llenos de fórmulas en que se afirma esa fe imperiosa, para quien la doctrina monoteísta es tan evidente que a nadie se le ocurre demostrar la verdad. Ahí está el Eterno, presente en todas partes, en el corazón del Templo en el Santo de los Santos vacío, y también manifestado en la naturaleza que es su obra y "el escabel de sus pies", e igualmente en el corazón del hombre justo que cree en él. No reconocer esa evidencia era —el Libro Santo lo repetía muchas veces— literalmente ser un *nabal,* un insensato[9]. Eso no quiere decir que no haya habido individuos corrompidos que se condujeran como si Dios no existiera, pero nadie profesaba el ateísmo, en cuanto negación dogmática: en todo caso, ningún texto lo muestra.

Esa gran idea de un Dios omnipotente, imponiéndose al espíritu como la más irrecusable de las evidencias, es la que da su verdadero sentido a todo ese inmenso aparato de preceptos y reglamentos que tan estrechamente encuadraban la vida judía. En una existencia consagrada todo es santo, puesto que todo obedece a Dios. Y, copiando una de las más bellas fórmulas de León Bloy, "todo lo que sucede es adorable" [10]. La entrega a Dios y a la Providencia, tan a menudo enseñada en el Evangelio, era también uno de los axiomas de la enseñanza rabínica, a tal punto, que decir de alguno "Es un hombre de fe" significaba que en todas las circunstancias ponía toda su confianza en Dios. La fórmula contraria "gente de poca fe" tanto en el Talmud como en el Evangelio estigmatiza a los que se preocupaban exageradamente del mañana. El célebre adverbio hebreo *amén* que los cristianos repiten maquinalmente cada día, expresaba a un tiempo un acto de fe y un acto de sumisión a Dios y a sus designios. Por lo demás, las dos traducciones que los cristianos le dan hoy ¿no corresponden a esos dos sentidos? "Así sea", traducimos al terminar una oración, y en la fórmula de Cristo *"amen dico vobis"*, "en verdad os digo".

[9] Sal., XIV y LIII. Véase también Sal., X y Jer., V, 13.
[10] Léon Bloy: *La Femme Pauvre,* 1897.

Una piedad profunda, sincera, parece haber animado a muy numerosas almas israelitas: la reglamentación estricta fijaba el cuadro de la vida, pero no impedía forzosamente el impulso espiritual. No era sólo para obedecer los preceptos legales que rogaban tres veces por día, subían con frecuencia al Templo, ayunaban regularmente. Basta con abrir el Evangelio para comprobar esa presencia constante de la oración: en varias oportunidades Jesús "se aparta para orar"; sus discípulos le dicen: "Maestro, enseñadnos a rogar"; su madre, la Virgen María, ante el misterio que va a trastornar su vida, deja salir de sus labios una plegaria sublime... Los Apócrifos judíos de los últimos tiempos y los tratados talmúdicos no presentan menos pruebas de esa universalidad de la oración. "El Santo Único —decían los rabíes— aspira a recibir las plegarias de los Justos." Y agregaban sabiamente "aun el que se siente indigno y pecador debe orar", y también "hasta el que no se siente satisfecho debe rogar". Pues "la oración es superior a los sacrificios, hasta es superior a las buenas acciones [11].

Plegaria que podía ser —y a menudo lo era— interesada. Rogaban para obtener de Dios y de Su Providencia mercedes muy tangibles, curaciones, éxitos, protección en un viaje, y otras. Sin embargo, el *Pirké Aboth*, la "doctrina de los Padres", decía: "No seáis como esos lacayos que siempre esperan una propina; servid a Dios gratuitamente [12]." La más profunda oración de Israel, aquella en que mejor se afirma una fe totalmente desinteresada, es la que acudía a los labios de sus santos y de sus sabios: "Bendita sea la Gloria de Dios." La misma que repite Cristo: "No a mí, Señor, sino a Ti Solo la gloria."

II. ¿Aléjase Dios del hombre?

En esa religión judía en la época de Jesús, que sería totalmente injusto reducir a un legalismo sin alma, un rasgo asombra, sin embargo: nunca nombraban a Dios. ¿Imagínase un cristiano que jamás dijera Jesús ni Cristo? ¿Un musulmán que nunca invocara a Alá? Sin embargo, así era. El nombre personal de Dios, el que reveló a Moisés en el Sinaí, como prenda de su misericordia, era *Yavé*, o mejor dicho, puesto que las vocales no existen en hebreo,

[11] Estas citas han sido tomadas de diversas partes del tratado *Berakhoth.*
[12] *Pirké Aboth*, I, 3.

era el tetragrama sagrado de las cuatro consonantes J H W H. Pero poco a poco, desde hacía unos tres siglos, se había impuesto la costumbre de no pronunciarlo. Primero lo sustituyeron por la palabra *Adonai*, que los Setenta tradujeron en griego por *Kirios*, "Señor", pero aun éste sólo se utilizaba muy raramente en algunas oraciones tradicionales. Los vocablos El, Elohim, que significaban Dios en el Génesis, también se evitaban. El nombre sagrado entre todos, Yavé, estaba prácticamente reservado al sumo sacerdote oficiando en el Templo. Pero rabí Tarfón refería que durante una ceremonia se había escurrido entre los sacerdotes y, aguzando el oído, comprobó que el sumo sacerdote se "lo tragaba" [13]. Tan lejos iban en este camino, que un rabí enseñará: "Todo el que pronuncia el Nombre es pasible de muerte" [14].

Entonces, ¿cómo llamaban a aquel a quien no debían nombrar? En la fiesta de Kipur, el sumo sacerdote decía: "¡Oh, *Nombre*, he pecado ante Ti!" A menudo substituían —y seguimos haciéndolo— los nombres divinos por *Cielo*: "El Cielo os bendiga", "El Cielo sea con vosotros." Ciertas fórmulas eran más extrañas: el *Lugar*, la *Estancia*, la *Morada*; por lo demás el término *Chejina* tenía un hermoso sentido espiritual, algo así como la *Presencia*. También se decía la *Gloria*, la *Majestad*, la *Potencia*. Muy a menudo: el *Altísimo*, el *Santo Único*, el *Misericordioso*, y, naturalmente, el *Eterno*.

Semejante uso se explica evidentemente por la intransigencia de la fe monoteísta de los judíos. En contacto cotidiano con los paganos, ¿podía el pueblo fiel "nombrar" a su Dios como si se tratara de un hombre, al modo de algún Júpiter, de algún Adonis, de algún Mitra? Pero eso no dejaba de traducir una modificación en las relaciones entre Dios y el hombre. Estaban evidentemente muy lejos de las antiguas costumbres: Abraham no conocía todavía el sagrado nombre de Dios, pero invitaba a almorzar al Eterno y a sus ángeles. Moisés, y los reyes, y los profetas, tenían con él asombrosos cara a cara: ¡ya no estaban en eso!

Saber que las relaciones de Dios con los hombres estaban reguladas por la *Alianza* [15], el pacto establecido entre el Eterno y Abraham, confirmado en el Sinaí, era un precepto de fe para los judíos. Pueblo elegido por Dios, investido por Él con la misión

[13] *Jer-Yoma*, VII, 40, d.
[14] *Pesikta*, CXLVIII, a.
[15] Sobre la importancia de la Alianza, véase más arriba, pág. 38.

de llevar la antorcha de la verdad monoteísta, Israel sabía, y creía, con todas sus fuerzas, que gozaba de relaciones muy especiales con él, que la diestra del Todopoderoso estaba colocada en su cabeza. En esta convicción resolvía la contradicción aparente entre dos atributos que reconocía a Dios: la justicia y la misericordia. Era el Dios de toda justicia, el Juez que pesaba según su peso exacto las acciones de los hombres, pero al mismo tiempo era el Dios de la Misericordia... Afortunadamente, pues si hubiese juzgado siempre en estricta justicia "¿quién se hubiera mantenido ante Él?" —decía el Salmista. Considerando su historia, el Pueblo elegido encontraba en ella la prueba de que Dios jamás había ejercido su justicia hasta el final, que siempre llegó a perdonar.

No por eso deja de ser difícil concertar el temor y el amor de Dios, el miedo a su justicia y la esperanza en su misericordiosa bondad. Los judíos del tiempo de Jesús se planteaban este problema de modo tanto más urgente cuanto que se sentían oprimidos, amenazados, en lo más bajo de una de las olas de su historia. Tenemos la impresión de que entonces existían dos corrientes, una que llevaba al alma a acercarse a Dios en un movimiento de confianza, la otra imponiéndole un temor reverencial. Una y otra se disciernen en la fe judía del tiempo de Jesús, y es simplificar mucho las cosas decir, como se hace a menudo, que la religión del Antiguo Testamento es una religión de temor, y la del Nuevo, una religión de amor.

En virtud de la Alianza, los israelitas se consideraron siempre como los hijos de Dios, los hijos de Yavé. La expresión "Nuestro Padre" se repite a menudo en el Antiguo Testamento, pero en un sentido colectivo. Dios es el Padre de Israel, porque ha creado al pueblo de Israel, lo ha elegido y colmado de beneficios. Los gritos confiantes de Isaías, en los capítulos LXIII y LXIV, estaban en todas las memorias. La mayoría de los doctores permanecía en esa perspectiva: así, rabí ben Zakkai hablaba "de las piedras del altar que produjeron la paz entre Israel y su padre que está en el cielo". Sin embargo, se desarrollaba otro sentido más personal. En el libro de la Sabiduría, el justo "se gloría de tener a Dios por padre" [16]. El rabí ben Cheta decía, con bastante gracia, que "no hay que portarse con Dios Padre como niño mimado", y el rabí ben Azaria aconsejará "hágase la Voluntad de Nuestro Padre que está en el cielo". Hasta hay apólogos talmúdicos en que se ve a

[16] Sab., II, 16; V, 5; XIV, 3, etc.

Dios mandando en busca de su hijo pecador con estas palabras: "¿Puede un hijo avergonzarse de volver a su padre?" Puede decirse, pues, que existía una corriente que llevaba a las almas a acercarse a Dios, a sentirlo infinitamente bueno, compartiendo su amor, dispuesto sin cesar a responder al llamado del hombre. Pero esa corriente no era la más fuerte; los textos que la señalan son poco numerosos —y no es seguro que algunos no sean posteriores al cristianismo. La otra era seguramente más importante.

Era la del temor, la que traducía, en una intención de respeto excesivo, el abandono de los nombres inefables. Cierto es que, en el Antiguo Testamento, el temor de Dios ocupa un lugar considerable, más vasto que su amor. El profeta Isaías había ido sumamente lejos proclamando que "su profunda alegría era el temor de Yavé" [17]. Un proverbio célebre decía que es "el principio de la sabiduría" [18] y el Salmista exclamó: "Bienaventurado el varón que teme a Yavé [19]." Ese sentimiento dominaba ciertamente la religión judía del tiempo de Jesús. Los paganos que simpatizaban con la fe judía y vivían según la Ley se llamaban "temerosos de Dios". En numerosos apócrifos y en innumerables textos talmúdicos el vocablo es sinónimo de "justo". Mucho antes de Jesucristo, el rabí Antígono de Soco abordaba a sus amigos y terminaba sus discursos con estas palabras: "Y que el temor de Dios esté con vosotros [20]." Aun cuando algunos rabíes enseñaban que "el amor de Dios vale más que el temor", puede pensarse que ese amor se presentaba más como un ideal supremo que como una realidad inmediata. El escriba que, en el Evangelio, se declara de acuerdo con Jesús cuando comenta el primero de todos los Mandamientos, no era indudablemente una excepción, pero la mayoría de los doctores no hubiese, sin duda, comentado el versículo del Deuteronomio (VI, 5) citado en el Schema, por la fórmula célebre y admirable: "Amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder" [21]; es indudable que hubiesen dicho: "Temerás al Todopoderoso."

¿No había una reacción entre las almas creyentes contra ese alejamiento de Dios? Algunos signos parecen indicarlo. Varios

[17] Is., XI, 2.
[18] Prov., I, 7.
[19] Sal., CXII, 1.
[20] *Aboth*, I, 3.
[21] Véase referencia nota 1 y Deut., VI, 5.

libros del Antiguo Testamento hablaron de "la Sabiduría" [22] haciendo de ella una manifestación de la fe. Los doctores reaccionaron violentamente: para ellos la Sabiduría se confundía con la Ley, la santa Tora y su tradición [23]. Pero también había una escuela que se negaba a identificar la Sabiduría, conocimiento místico de Dios y confiada sumisión a su voluntad, con un texto escrito y preceptos formales; hacía casi una "hipóstasis" de Dios. El libro de la Sabiduría, que figura en la Biblia de los Setenta, dependía de esa escuela, y por eso los rabíes estrictos se negaban a admitirlo en el Canon. Varios apócrifos traducen la misma tendencia, principalmente el *Libro de Enoc*, que, personificando a la Sabiduría, hacía de ella una suerte de intermediario entre el Eterno y los hombres, y agregaba que, al no encontrar morada en la tierra, fue a alojarse entre los ángeles.

Con esa misma tendencia se vinculaba el desarrollo considerable de la creencia en los ángeles. Esa creencia databa de los orígenes del Pueblo elegido: recuérdese a Abraham recibiendo a los ángeles, o a Jacob combatiendo a uno en el vado del Yaboc. Pero después del retorno del Exilio había tomado, quizá por influencias iranias, enorme importancia en la fe popular. El libro de los Hechos de los Apóstoles asegura que, al contrario de los fariseos, los saduceos se negaban a creer [24]; Flavio Josefo pretende que los esenios colocaban la angelología entre las ciencias secretas que estaba prohibido comunicar [25]. En los Apócrifos, en los textos talmúdicos, los ángeles ocupan un lugar enorme; y los evangelistas —San Lucas sobre todo— les conceden visiblemente un gran papel, asociándolos de cerca a la maravillosa aventura del Dios hecho hombre. Analizaban sus caracteres, fijaban sus jerarquías, enumeraban sus ejércitos. El pueblo hablaba mucho de ellos. A menudo los llamaban "los guardianes", porque protegen a la humanidad; hasta sabían sus nombres: Miguel, Gabriel, Rafael, Raguel, Fanuel, Saraquiel... Y naturalmente, no ignoraban que si los había buenos también existían malos, cuyo jefe era Satanás. Ese rasgo de costumbre es ciertamente típico de la vida religiosa judía: si Dios parece alejarse, son necesarios mediadores. El Mesianismo encontrará también ahí uno de sus alimentos.

[22] Sobre *La Sabiduría*, véase especialmente Ecl., I, 1.
[23] Cf., *Aboth*, III.
[24] Act., XXIII, 8.
[25] *Guerra de los judíos*, II, 8.

III. El segundo mandamiento, semejante al primero

Si la fe monoteísta constituía uno de los polos de la religión judía, había otro, sin embargo: la sumisión a una ley moral. Radicalmente distinta, también sobre este punto, del paganismo greco-romano, para el cual las divinidades del Olimpo eran modelos de intachable conducta, la religión de Israel imponía al hombre tanto una ética como una metafísica. Ése fue el aporte decisivo de Moisés cuando, en el humeante Sinaí, oyó la voz inefable ordenarle que escribiera los diez mandamientos. Después de él, y a pesar de innumerables traiciones, resultados del pecado original del hombre, las generaciones fieles no dejaron de estrechar y multiplicar los lazos entre la moral y la fe. Los profetas en particular, en un admirable esfuerzo por hacer más interior la vida religiosa, fueron mucho más allá de los preceptos de la ley moral natural a que se reducía la revelación mosaica. Y, desde el retorno del Exilio, el trabajo de los doctores de la Ley consistió, en muy amplia medida, en establecer una jurisprudencia fundada en la Tora, que permitiera al hombre conducirse en todas las circunstancias según la voluntad de Dios. Esta enseñanza rabínica puede juzgarse exageradamente minuciosa y quisquillosa: no por eso deja de ser admirable ver a todo un pueblo —y no sólo a una escuela filosófica, como entre los griegos— proclamar la primacía de la ley moral y, al menos oficialmente, su voluntad de conformarle su conducta.

En la época en que aparece Jesús es indiscutible que el monoteísmo moral de su pueblo había alcanzado un nivel muy alto. Todos los rabíes planteaban en principio que el primer homenaje reclamado por Dios era el de la santidad de vida. "...y seréis santos, porque yo soy santo", leíase en el Libro [26]. Imitar la santidad divina era, pues, el ideal propuesto a todo hombre deseoso de ser fiel a su fe. De ese principio derivaba una moral de la que ha podido decirse que era "la parte más elevada y bella de toda la doctrina judía, superior a todas las doctrinas morales de la Antigüedad" [27].

Los preceptos de esa moral no tienen por qué ser expuestos aquí detalladamente: por lo demás, son los de la moral cristiana. No

[26] Lev., XI, 44; XIX, 2; XX, 26; XXI, 6, etc.
[27] Bonsirven: *op. cit.*, pág. 134.

se limitaban a prohibiciones: no matar, no robar, no mentir. Honradez, sinceridad, castidad, humildad, eran las virtudes que los rabíes exaltaban en todas las circunstancias. No se trataba sólo, al menos para los mejores, de someterse a las reglamentaciones de la Ley y de sus intérpretes, sino de vivir verdaderamente bajo la mirada de Dios, de conformarse a Él. Hasta es seguro que varios rabíes enseñaban ya la doctrina a la cual Jesús dará su formulación definitiva: que no sólo había que someter sus actos a los imperativos morales, sino purificar el interior del alma. La famosa frase de Cristo: "El que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón" [28], formula de modo asombroso una idea que rabí Simeón ben Yohai expresaba cuando hablaba de los "pecados de la mirada", de los "pensamientos impuros que llevan a la fornicación" [29].

Entre los rasgos más originales de la moral judía deben destacarse dos. Primeramente el lugar dado a la virtud de castidad. Partiendo del mandamiento mosaico que prohibe el adulterio, los redactores inspirados de la Biblia y los rabíes comentaristas habían extraído toda una moral de la sexualidad, a la cual —salvo en el asunto del casamiento, como ya lo hemos visto [30]— el cristianismo nada tiene que agregar. Todo lo que la teología moral prohibe hoy, estaba ya prohibido, con precisión, por los rabíes, tanto las relaciones conyugales irregulares como la homesexualidad. Los desórdenes sexuales eran reprobados, los más graves castigados con sanciones penales. Flavio Josefo da testimonio de ese ideal de pureza cuando escribe: "Nosotros, los hijos de los hebreos, obedecemos a leyes excelentes. Mientras las otras naciones permiten que los mozos de catorce años se sirvan de prostitutas y otras personas que comercian con su cuerpo, entre nosotros no dejamos vivir a una hetaira; se condena a muerte a la que ejerce esa profesión. Antes de las relaciones legítimas no tenemos comercio con ninguna mujer; llegamos al casamiento vírgenes, no proponiéndonos el deleite, sino la generación de hijos." [31] Es probable que ese testigo poco seguro hermosee; ya hemos visto [32] que la prostitución existía en Israel... Pero ya es gran cosa proclamar un

[28] Mt., V, 28.
[29] *Mekhilta* sobre Ex., XX, 4, pág. 110.
[30] Sobre el matrimonio, véase más arriba, pág. 131.
[31] Flavio Josefo, su vida, por él mismo, IX, 42 y sigts.
[32] Véase más arriba, pág. 354.

ideal de pureza y castidad, sobre todo en un tiempo en que todo el mundo pagano y singularmente la sociedad romana —la del *Satiricón* de Petronio—, daba tantos enojosos ejemplos de desborde sexual.

El otro rasgo, quizá más asombroso todavía, de la moral judía era su insistencia sobre las virtudes de bondad, fraternidad, caridad. Si volvemos al diálogo evangélico entre Jesús y el escriba, encontramos esas virtudes colocadas tan alto, que su práctica está en un pie de igualdad con la virtud monoteísta. "El segundo [mandamiento], semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a ti mismo." [33] La fórmula provenía del *Levítico* (XIX-18). Mas, para hablar así, y ser aprobado por su interlocutor fariseo, era menester que Cristo fuese bien el intérprete de los sentimientos más aceptados por su pueblo.

Ha podido observarse que, en los preceptos mosaicos, la intención moral es exclusivamente altruista: apunta menos al perfeccionamiento personal del individuo cuanto a eliminar todo lo que puede dañar las relaciones entre los seres. La Ley prohibe que se perjudique a otro robándole sus bienes o su mujer, engañándolo, quitándole la vida. De esas prohibiciones, la enseñanza de los redactores inspirados, las de Job, de los Salmos y del Eclesiástico principalmente, y los profetas, y tras ellos los rabíes, sacaron una multitud de preceptos positivos que tendían a que reinara en el seno del Pueblo elegido un clima fraternal. Son innumerables, en el texto santo, los mandamientos cuya intención caritativa es evidente: hemos visto buen número de ellos en el correr del presente libro, por ejemplo, el que obligaba al acreedor que tenía como prenda el manto de un deudor a devolvérselo durante la noche, o el que prohibía la siega de las espigas que estaban en las orillas o en las esquinas de los sembrados para que los pobres pudiesen llegar en busca de subsistencia. El año sabático también correspondía a intenciones generosas del mismo orden.

La limosna era legal, obligatoria. "Rescata tus pecados dando a los pobres", repetían los doctores de la Ley. "Da al mísero lo que le pertenece —decían también— pues todo lo que posees viene de Dios y pertenece a todos." Todo el mundo debía dar limosna, "hasta el mendigo que de ella vive". Ser generoso era adquirir méritos ante Dios, pues "el pobre hace más por el rico, que el rico por el pobre". La creencia popular hasta admitía que para

[33] Mt., XXII, 39, y paral. citados nota 1.

conseguir hijos había que distribuir liberalmente su dinero a los pobres. Y se refería la parábola de los dos borregos que quisieron cruzar un río a nado; uno, que acababa de entregar su lana, pasó sin daño alguno, pero el otro, que la había guardado, estaba tan pesado que se fue a pique [34]... Flavio Josefo dice que negar la limosna a quien la pide es una falta muy grave; "aún más grave que la idolatría" asegurará el rabí Josué ben Gorba. Y varios textos talmúdicos muestran que los doctores de Israel, al ordenar la limosna, querían que fuese discreta, humana, y que evitara herir a los pobres. "Más vale —decía rabí Simeón ben Yohai— echarse en una hoguera que hacer a un prójimo mísero una afrenta pública" [35]. ¿Exageraría el publicano Zaqueo, del Evangelio, cuando aseguraba que daba a los pobres la mitad de sus bienes? [36] Quizá no...

Se tiene la impresión que, en el judaísmo del tiempo de Cristo, también existían dos corrientes en el plano moral: una, tradicionalista, fiel estrictamente a la letra de la Ley, haciendo prevalecer el principio del derecho estricto, de la justicia conmutativa, que, ya hemos visto, era rigurosa [37]. Y otra, opuesta, templando el derecho estricto por la bondad, la caridad, el amor fraternal. Hasta parece que, después de los sufrimientos del Exilio y los de la servidumbre que soportaba Israel, ocupado desde entonces por los paganos, ese sentimiento de fraternidad fue más poderoso en la comunidad judía. El segundo mandamiento, "semejante al primero", el gran rabí Hillel lo enseñaba incansablemente, y su discípulo Akiba lo seguirá en términos exactamente semejantes a los de Cristo. Eso no quiere decir, evidentemente, que entre los judíos no había ni violencias, ni injusticias, ni crueldades, ni iniquidades sociales: basta con abrir el Evangelio para hallar ricos malos, patronos injustos y ricos sin entrañas; pero el principio estaba planteado, y ya era mucho, el principio de la caridad que Jesús llevará a su plenitud.

[34] Diversas citas de *Gittim*, VII.
[35] *Ketouboth*, LVII, b.
[36] Lc., XIX, 8.
[37] Sobre el derecho, véase más arriba, pág. 192.

IV. Pueblo elegido o universalismo

En el cuadro de la comunidad es donde se ejercía ese espíritu de fraternidad. El deber de caridad estaba definido así: "Asistir al israelita desdichado o mísero, con su dinero o su persona, consolándolo en sus aflicciones." [38] Hay que subrayar la palabra *israelita*. ¿Acaso debía limitarse la práctica de la bondad sólo a los miembros del Pueblo elegido? El "prójimo" a quien debía amarse "como a sí mismo" ¿era también el pagano, o sólo el hermano de raza? Jesús resume la moral judía sobre este punto con estas palabras: "Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo." [39] En innumerables fórmulas talmúdicas muestran la razón de la fórmula.

Aquí tocamos el segundo problema que se planteaba a la Comunidad judía. El dogma de la Alianza, que ya hemos visto era tan fundamental en la concepción que Israel tenía de sí y de su papel, determinaba cierta actitud hacia los paganos, hacia todos cuantos no compartían la fe monoteísta del Pueblo de Dios. El hecho de haber sido elegido por el Único exaltaba, ya lo hemos visto [40], un orgullo nacional extraordinario. Podemos estar seguros que en la época en que Jesús se levantaba, ese orgullo no había cedido una pulgada. Al contrario: hasta había aumentado por el complejo de humillación y de resentimiento. Cuando somos un pueblo vencido, ocupado por el extranjero, qué consuelo leer en el Libro de los Libros frases como éstas: "¿Qué potencia es como tú, Pueblo de Israel?" —¿Hay sobre la tierra una sola nación que sea como tu pueblo, Israel?— "Tú eres nuestra gloria y nuestra potencia."— "... en ti seré glorificado." [41] Hasta llegaban a pretender, en ciertos medios rabínicos, que no fue Dios quien eligió a Israel, sino Israel quien, por haber sabido elegir a Dios, se había hecho naturalmente protegido suyo... Una tradición, de una teología menos arriesgada pero no menos modesta, refería que antes de elegir a su pueblo Dios pasó revista a todos los demás, que halló a uno criminal, a otro impúdico, al tercero mentiroso... Lo que era, de paso, reconocer a Israel virtudes muy eminentes, que sólo él poseía.

[38] *Peaah*, I, 1.
[39] Mt., V, 43.
[40] Sobre el orgullo nacional judío, véase más arriba, pág. 38.
[41] Innumerables citas bíblicas, por ejemplo: I Par., XVII, 21; Sal., LXXXIX, 17; Is., XLIX, 3, e innumerables comentarios talmúdicos.

La consecuencia de ese orgullo nacional era llevar a Israel al exclusivismo. Un exclusivismo, hay que reconocerlo, que parecía justificado por las circunstancias históricas en las cuales había vivido. Para ese pueblo minúsculo, rodeado de paganos en masas enormes, que, por definición, amenazaban lo más sagrado de su tesoro, su fe, era natural que tomara hacia todo extranjero una actitud de desconfianza, aun de hostilidad. Todo judío tenía razón de ver en cualquier pagano un enemigo en potencia. Una fórmula que se repetía a menudo en la enseñanza de los rabíes ponía en boca de Dios: "Sólo a vosotros he unido mi nombre; no soy el dios de los idólatras, sino el Dios del solo Israel." De numerosos versículos de la Escritura sacaban fácilmente comentarios afirmando que los paganos eran orgullosos, lujuriosos, poseedores de vicios contranaturales, violentos, criminales, y que, por consiguiente, ninguno tendría parte en el reino de Dios. Hasta referían historias horribles sobre las costumbres de los idólatras, por ejemplo, la del pagano que, para librarse de su anciano padre, lo ató y soltó un perro contra él [42]. En tiempo de Jesús, la atroz palabra del rabí ben Zakkai: "El mejor de los goyim, ¡mátalo!" no había sido pronunciada todavía; no lo será sino durante la persecución de Adriano, cuando rabí ben Zakkai vio a su maestro amado, el rabí Akiba, morir mártir bajo los ganchos de los verdugos de Roma. Aun cuando no refleja toda la ética rabínica, esa máxima traduce ciertamente los sentimientos de los más violentos de los judíos, pues los otros no intentaban matar a los *goyim*, sino alejarse de ellos como de la peste, y a escupir delante de sus ídolos, cuando se les presentaba la oportunidad.

Sin embargo, desde hacía tiempo se distinguía una corriente de sentido opuesto en la conciencia judía. "Dios ama también a los pueblos", decían algunos: ése era el principio de un universalismo israelita sobre el cual el Libro de los Libros daba también numerosas indicaciones. Había creyentes que no tomaban a la ligera la promesa hecha a Abraham: "En ti serán benditas todas las familias de la tierra." El anciano Tobías ¿no había dicho que los israelitas habían sido encargados por Dios de la misión de llevar su gloria a todas las naciones? [43] Jonás, estupefacto, ¿no había oído a Dios perdonar aun a los infames ninivitas? ¿No había

[42] Véanse citas y referencias en Bonsirven: *Les Idées Juives*, pág. 77.
[43] Véase más arriba sobre todo este desarrollo lo que se dijo a propósito de la Diáspora, pág. 54.

anunciado Jeremías que, en la era mesiánica, todos los pueblos serían hermanos, y Malaquías que toda la tierra participaría en la salvación? Y en los Salmos, el judío piadoso ¿no oía cantar "la infinita misericordia abarcando a todas las criaturas", el amor, "cuyas alas cubren a los hijos de todos los hombres?" Una corriente de universalismo existía, pues, de la que Hillel fue uno de los protagonistas: "Amad a vuestros compañeros sobre la tierra, amad a todas las criaturas —decía— y llevadlos con vosotros cerca de la Tora." [44]

Llevadlos con vosotros ... Ahí ponía el dedo sobre el problema que se planteaba a la comunidad judía de su tiempo —el tiempo de Jesús también, recordémoslo. La pequeña nación fiel ya no estaba sólo rodeada de paganos por todos lados, estaba mezclada con ellos; estaban mezclados con ella. En la misma Palestina había paganos con quienes los judíos se veían obligados a mantener relaciones; ¿y qué decir de los judíos de la Diáspora, diseminados en plenos medios paganos? ¿Era posible el exclusivismo sistemático? Difícilmente. Tanto más cuanto que algunos de esos paganos manifestaban hacia el judaísmo una real simpatía, vivían "a la judía", aceptaban los "siete principales mandamientos" llamados también "mandamientos de los hijos de Noé", es decir, que podían engrosar el pequeño rebaño fiel. Los prosélitos, los "temerosos de Dios", por su sola existencia, daban razón a los partidarios del universalismo en contra de los que sostenían el exclusivismo. Eran numerosos, muy numerosos, si juzgamos por lo que refiere San Lucas en el libro II de los Hechos [45].

Tal era, pues, uno de los más graves problemas que se plantearan a Israel en tiempo de Jesús. ¿Había que decidirse por la concepción "cerrada" de la religión, o por la concepción "abierta"? ¿Debía correrse el riesgo de dejar que se contaminara la fe de Israel aceptando contactos con los paganos con el fin de atraerlos? Los doctores de la Ley lo discutían mucho, a propósito del versículo XXXIII, 3 del Deuteronomio. La mayoría pensaba que el texto santo sólo designaba con ello a los pueblos de Dios, es decir, a las doce tribus. Pero otros comentaban este otro versículo del Libro, Levítico, XVIII, 5. "El hombre que pone en práctica mis leyes vivirá con ellas", lo que, evidentemente, no cerraba "la puerta de Yavé" ante nadie. Rabí Meir hasta llegará a decir: "El goy que

[44] *Aboth*, I, 12.
[45] Act., II, 9-11.

practica la Ley es el igual del sumo sacerdote." [46] ¿Cómo resolver ese problema? Hay sin duda un acento de angustia en la pregunta del escriba a Jesús: "Y ¿quién es mi prójimo?" [47] Numerosos judíos de entonces habían de planteársela.

V. ¿Matará la letra al espíritu?

Planteábase una tercera pregunta, más grave aún que las otras dos, puesto que ponía en discusión la autenticidad misma de la vida religiosa. Se debía al enorme lugar tomado por la Tora, no sólo la Ley escrita, contenida en las Escrituras, sino la Ley oral, es decir, el conjunto de los comentarios explicativos y de las decisiones de jurisprudencia agregados por los rabíes al texto santo. Se justificaba esa intrusión de la reglamentación religiosa en todos los detalles más pequeños del comportamiento cotidiano, con el argumento de la salvaguardia de la fe y de la moral. Los doctores, al multiplicar reglamentos y preceptos, prohibiciones y observancias, sólo quisieron "levantar una valla alrededor de la Ley" [48], proteger la verdad revelada imponiendo una fiscalización religiosa sobre todo. Pero, ¿no se corría el riesgo que al proliferar el vallado llegase a ahogar la planta que había de proteger?

Esto no quiere decir que esa sumisión a todos los preceptos de la Tora no tenga grandeza. Obedecer a la Tora es cumplir la voluntad de Dios, que en ella está claramente formulada. Y la razón de ser de todo hombre, de todo israelita sobre todo, ¿no es acaso cumplir la voluntad de Dios? Un judío piadoso, al obedecer escrupulosamente a todos los preceptos que los maestros le enseñaban, tenía la certeza de lograr su salvación. Hubiera rechazado con horror el parecer del hombre moderno, apasionado por la autonomía, a quien le duele toda disciplina espiritual impuesta por vía autoritaria. Para él, la obediencia era el primer acto de fe.

Debemos reconocer que esos preceptos impuestos por la Tora eran numerosos, ¡y los rabíes aún los aumentaban! No se referían sólo a los deberes de la moral natural, ni a las exigencias de la vida del alma; eran innumerables las observancias a las

[46] *Siphra*, LVI, 6.
[47] Lc., X, 29.
[48] *Aboth*, I, 1.

cuales hubiera sido dificultoso encontrar una verdadera significación religiosa. En el curso del presente libro se han visto muchas. Los doctores pretendían exigir una obediencia tan estricta a su minuciosa legislación cuanto a los mandamientos de la ley divina y natural. "Sólo Satanás —decían— y la mala naturaleza del hombre levantan objeciones contra las enseñanzas de los sabios." Violar el menor de los preceptos era, según ellos, "rechazar la Ley, resistir el yugo de Dios, renegar su fundamento" [49].

Los grandes defensores de esos preceptos minuciosos eran los fariseos, especialistas, ya lo hemos visto [50], de la Tora y partidarios de su estricta interpretación. Quizá no existiera un solo punto del comportamiento del hombre, para el que no encontraran algún texto bíblico que decidiera. Eso no dejaba de plantearles problemas, pero los resolvían con un virtuosismo dialéctico que obligaba a la admiración. Por lo demás, como es sabido, no todos estaban de acuerdo sobre la manera de interpretar los textos santos; de ahí resultaban divergencias singulares en la jurisprudencia: el Talmud recogerá, sobre una cuestión, opiniones opuestas, puesto que la gigantesca masa de la enseñanza rabínica es la que constituirá la base de sus tratados. Los sujetos a los cuales se dirigía principalmente la atención de los doctores eran el descanso del Sabat, la pureza legal, las restricciones alimentarias y la circuncisión. Una casuística vertiginosa había sido elaborada sobre cada uno de esos temas, y cuesta trabajo admitir que la tomara en serio todo un pueblo.

Los ejemplos de absurdos en esa materia han sido citados tan a menudo, que parece inútil repetirlos en detalle. Para hacer un florilegio basta con leer el tratado *Sabbat* [51], pero muchos otros proporcionarían cosechas tan amplias. Todo el mundo sabe que algunos fariseos, glosando sobre la interdicción de todo trabajo el día del Sabat, llegaron a meterse en pormenores burlescos. ¿Estaba permitido comerse un huevo puesto ese día, ya que la gallina había violado la Ley trabajando? Estaba prohibido matar a un animal, pero si se trataba de un piojo, ¿se le podía matar? Los doctores rigurosos se oponían a esa horrorosa profanación del día del Señor; pero los más liberales permitían ¡que se le cortaran las

[49] Numerosos textos en la literatura talmúdica desarrollan esta idea, por ejemplo, *Siphra Números*, XV, 22.
[50] Sobre los fariseos, véase más arriba, pág. 430.
[51] El tratado *Sabbat* existe en francés, separado: cf. bibliografía.

patas! Los mismos escrúpulos en cuanto a las oblaciones y a las purificaciones. Un campesino que había depositado en un granero trigo de oblación, ¿tenía el derecho de poner luego trigo "profano"? ¿Cuántos escobazos había de dar para que eso fuese legal? Otro, que llevando espárragos del diezmo había dejado caer algunos al suelo, ¿tendría el derecho de comer los que hubieran producido al germinar? El piadoso nazareo que, entre sus votos, había hecho el de no comer cocido, ¿tendría el derecho de consumir las cebollas que, por descuido, hubiera aplastado? Se citarían millares de casos como esos, gravemente regulados por los sabios, ocasiones de sabias disputas entre la escuela de Schammai y la de Hillel.

El peligro de semejante actitud es evidente: tiene por nombre formalismo, ritualismo. Corre el riesgo de vaciar a la religión de su substancia, reduciéndola a una observancia mecánica de preceptos formales. Es, según el célebre dicho de San Pablo, la "letra que mata" [52], opuesta al "espíritu que da la vida". Los pensadores y teólogos judíos sostuvieron posteriormente que "jamás hubo judíos gozando de alguna autoridad que declararan que satisfacer la letra de la Ley era suficiente" [53]; es indudable. Pero no es menos cierto que, siendo la naturaleza humana lo que es, esa argolla de preceptos e interdictos incitaba a los fieles a tomarla al sesgo. Los más grandes daban el ejemplo: tal el propio Hillel que, para sortear el mandamiento sobre la abolición de las deudas cada siete años, inventó el *prosbol*, documento que aseguraba el reembolso de toda deuda [54]. El pueblo seguía. Por ejemplo, puesto que el día de Sabat no debía caminarse más allá de la "distancia sabática" se constituía un domicilio ficticio, el *erub*, del que era legal volver a partir para recorrer de nuevo los seis estadios. Para gastar astucias con los preceptos, el fiel judío tenía ciertamente disculpas: San Pedro, aun cuando era humilde creyente, confiesa que el "yugo era insoportable" [55]. Y eso permite comprender las vehementes críticas dirigidas por Jesús a los fariseos "hipócritas", que "diezman la yerbabuena, el anís y el comino, pero abandonan las prescripciones graves de la Ley, la justicia, la misericordia, la buena fe", y que "purificando el exterior de la copa, están en lo interior llenos de impurezas" [56].

[52] II Cor., III, 16.
[53] W. Baron: *op. cit.*, pág. 305.
[54] *Sibiith*, X, 3.
[55] Act., XV, 10.
[56] Mt., XXIII, 23-25.

En eso había, pues, un problema de suma gravedad. No cabe duda de que ciertos rabíes se dieron cuenta. Algunos repetían que si parecían emplear ardides con los preceptos de la Ley era sólo para hacerlos más llevaderos al pueblo, para que los observara mejor. Pero otros se daban seguramente cuenta del peligro que un legalismo excesivo podía hacer correr a la vida profunda de las almas. Así se vio [57] que algunos llegaron a admitir que "el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado", fórmula análoga a la del propio Cristo [58]. ¿Estaba difundida esa actitud comprensiva? La gran mayoría de los maestros ¿no eran partidarios de la obediencia estricta? ¿Quién puede decirlo? Si todo el pensamiento de los rabíes hubiese estado fijado en el ritualismo, el literalismo, se comprendería mal cómo la religión judía pudo sobrevivir luego del advenimiento del cristianismo, en lugar de marchitarse y perecer, y por qué, hasta nuestros días, ha podido seguir alimentando de savia espiritual almas muy elevadas. Pero todo indica que la sumisión pura y simple a los preceptos y a las observancias era la actitud más corriente. El problema de la letra y el espíritu estaba lejos de haber recibido la solución que le dará Jesús.

VI. El Mesías: ¿Quién? ¿Cuándo?

Otro problema, sin embargo, preocupaba mucho más al pueblo judío, un problema en el que cada cual presentía que su destino estaba comprometido: el del *Mesías*. Éste era también uno de los datos de base de la religión de Israel, tan característico como el monoteísmo y el dogma de la Alianza, al que, por lo demás, estaba estrechamente unido, uno de los rasgos más originales que la distinguen de todas las religiones antiguas. En lugar de colocar la edad de oro en la noche de un pasado remoto, los judíos la esperaban del porvenir. Esa esperanza de una era más feliz que el tiempo presente estaba cristalizada alrededor de la imagen grandiosa de un ser providencial investido del cargo de promoverla. En la cercanía de la era cristiana se designaba a ese ser con el título que la Escritura santa aplicaba a hombres providenciales que Dios había utilizado especialmente para servir sus designios, reyes

[57] A propósito del Sabbat, pág. 385.
[58] Mc., II, 23-28.

de Israel, sumos sacerdotes, hasta soberanos extranjeros que habían hecho bien al Pueblo elegido, como Ciro, rey de los persas: *ungido* del Señor, *meshiah* en arameo, *christos*, en griego. Una poderosa corriente de fervor desembocaba en esa misteriosa figura, una inmensa esperanza que, desde generaciones y generaciones, henchía el pecho de los creyentes [59].

Esa esperanza jamás fue tan viva, tan apremiante la espera, como en ese período de tristeza y de sorda angustia. Que el Todopoderoso había de asegurar el triunfo de su causa, vengarse de la maldad de sus enemigos y al mismo tiempo devolver a Israel sus derechos y su gloria, ¿cómo no había de creerlo, con todas sus fuerzas, ese pueblo que desde hacía siglos vivía de la Promesa divina? Precisamente porque estaba humillado, sometido al yugo romano, la salvación estaba cerca. Mil signos prueban cuán viva estaba, en el momento en que nacía Jesús, esa espera mesiánica. "La redención de Israel", como dice San Lucas [60], ¿era para mañana?

El Evangelio, en numerosos pasajes, atestigua el fervor de esa espera. La esperanza común se nota en la pregunta planteada a Juan Bautista. "Tú, ¿quién eres?", es decir "¿Eres tú el Mesías? [61]" En la sencilla afirmación de la samaritana: "Yo sé que el Mesías está por venir" [62], en el mensaje que el Bautista manda transmitir a Jesús: "¿Eres tú el que viene o esperamos a otro? [63]", en la pregunta impaciente planteada a Jesús por unos peregrinos del Templo: "¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si eres el Mesías, dínoslo claramente" [64], como en las aclamaciones de la muchedumbre cuando la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, el domingo de Ramos [65]. Ese sentimiento llega a ser tan imperioso, que Jesús se ve obligado a moderar el excesivo entusiasmo de la multitud, dispuesta a proclamarlo rey, Mesías de Israel [66].

La lectura de los Apócrifos, los cuales se recordará que constituían la literatura judía fuera de la Escritura, no es menos reveladora. *Libro de Enoc, Testamento de los Doce Patriarcas, Salmos de Salomón,* todos hablan de él, casi siempre matizando su historia con muchas maravillas, para señalar mejor sus caracteres sobrehumanos [67]. En los *Apocalipsis,* esos tratados misteriosos que revelaban lo que sería el fin del mundo, intervenía el Mesías; por lo demás, no se distinguía muy bien la diferencia entre su reinado y "el siglo por venir" que vería el triunfo de Dios, pues algunos pensaban que el reinado mesiánico tendría una duración de tiempo limitada —de sesenta a mil años según unos u otros—, y otros admitían que se confundiría con la eternidad o con el Paraíso. Un vasto conjunto de nociones complejas, hasta contradictorias, habíase amontonado, pues, alrededor de la figura del Mesías, de donde surgían algunas certidumbres; la era mesiánica inauguraría una felicidad perfecta; Israel volvería encontrar la plenitud de su gloria; la Justicia de Dios regiría al mundo.

[59] Sobre los orígenes y el desenvolvimiento del mesianismo, remitimos al último capítulo de nuestra *Histoire sainte* y también el capítulo del P. Bonsirven en sus *Idées Juives.*
[60] Lc., I, 68; II, 38; XXIV, 21.
[61] Jn., I, 19.
[62] Jn., IV, 25.
[63] Lc., VII, 19.
[64] Jn., X, 24.
[65] Mc., XI, 10.
[66] Jn., VI, 15.

Sin embargo, había escépticos. Algunos se mofaban de las fábulas populares según las cuales, en el reinado mesiánico, ni siquiera habría necesidad de cosechar ni vendimiar para tener siempre trigo y vino a montones, donde los granos de trigo alcanzarían el tamaño de riñones de buey. Una locución usual decía "a la llegada del Mesías" (o también "al regreso de Elías") para expresar la idea que traduce nuestra fórmula irónica "para la semana que no traiga viernes". Un fariseo desengañado aseguraba: "Si estás preparando una estaca y en ese momento te anuncian el Mesías, termina tu estaca: ya tendrás tiempo de ir a su encuentro". No obstante, eran más bien los saduceos quienes pasaban por no tener la esperanza mesiánica bien metida en el corazón. De un modo general, parece que la espera del Mesías era mucho más viva en el común del pueblo que entre los sabios y los ricos; no hay en el Talmud una sola sentencia rabínica sobre el Mesías que se pueda fechar con certeza en el momento en que vivía Jesús: todas son posteriores al año 70.

Pero, en el pueblo, era una verdadera fiebre. Desde hacía siglos Dios parecía callar. "El tiempo se alarga —había dicho Ezequiel—; toda visión queda sin efecto." Quinientos años habían transcurrido desde que, muerto Zacarías, no se había oído una gran voz inspirada anunciar la Palabra divina. Se repetían las palabras del Salmista: "Ya no hay ningún profeta, ni nadie entre nosotros que sepa hasta cuándo [68]." ¿En qué fecha llegaría, pues, el Salvador,

[67] Véase la palabra *Mesías* en el Índice de la *Bible apocryphe.*
[68] Sal., LXXIV, 9.

el Redentor de Israel? Escrutaban ansiosamente los textos para obtener una respuesta. Les aplicaban cálculos complicados, jugando con la significación numérica de las palabras, por el estilo de los que hoy hacen los intérpretes del Apocalipsis que quieren demostrar que el fin del mundo está cerca. Flavio Josefo, a la par que se guardaba de exponer las doctrinas mesiánicas, temiendo chocar con sus amigos romanos, habla en varias oportunidades de los aventureros que hallaron crédito entre el pueblo judío haciéndose pasar por el Mesías. Y anota que "una profecía ambigua, hallada en las santas Escrituras, anunciaba a los judíos que en ese tiempo un hombre de su nación sería el señor del universo" [69].

Tanto como sobre las condiciones de la llegada del Mesías, se interrogaban sobre sus caracteres. Se alcanzaba la unanimidad cuando se hablaba del teatro de su retorno en gloria: no podía ser sino Jerusalén, la Ciudad santa entre todas, y una Tierra prometida, maravillosamente renovada, donde, como decía el apócrifo de *Baruc,* un maná inagotable alimentaría a los hombres hasta el fin de los tiempos. Pero cuando se trataba de representarse los episodios sobrenaturales de la llegada del Ungido, o lo que era casi lo mismo, su personalidad, estaban lejos de ver claro. Se sabían muchas cosas, ciertamente, sobre él, porque la Escritura santa proporcionaba precisiones. Nacería en la posteridad de David: Isaías lo había dicho en ese capítulo XI en que habló tan bien del futuro rey. Otros precisaban —la tradición ha sido recogida en la literatura talmúdica [70]— que sería "hijo de José", pues "la casa de José era una llama". "Hijo de Dios", también sería un "hijo del hombre". Todo el que había leído a Daniel estaba seguro de ello. ¿Se le llamaría *Emmanuel,* según Isaías, o bien, según Jeremías, *Yavé sidqenu* contraído en *Yesua,* es decir, "Dios con nosotros" o "Yavé nos salva"? ¡Cuántas preguntas apasionantes para un pueblo al que tanto gustaba discutir ese género de problemas! Leyendo la Biblia en el griego de los Setenta, algunos quizá se preguntaran si el versículo decimocuarto de Isaías, en el capítulo VII, no significaba que nacería milagrosamente del seno de una Virgen...

Pero, ¿cómo establecería su reino? En ese punto, hay que reconocerlo, la gran mayoría de los documentos dibujaba una imagen singularmente distinta de aquella en la cual los cristianos tienen la costumbre de reconocer al Mesías. Uno de los Salmos apócrifos

[69] *Guerra de los judíos,* VI, 5.
[70] *Soukka,* LII, a, y *Baba Bathra,* LXXIII, 6.

llamados de *Salomón,* el XVII, trazaba el retrato completo: ese rey, hijo de David, suscitado por Dios para "purificar de paganos a Jerusalén", puro de todo pecado, rico de toda sabiduría, depositario de la Omnipotencia, "quebraría el orgullo de los pecadores como cacharros de alfarería", en tanto que "reuniría al pueblo santo y lo conduciría con justicia, en la paz y la igualdad". Figura noble, es cierto, aunque en ella se ve la huella del orgullo nacional. Pero otros pasajes de los apócrifos eran más terribles. Insistían sobre el carácter guerrero del rey Mesías, sobre el aplastamiento de las naciones paganas, sobre las cabezas destrozadas, los cadáveres acumulados, las agudas flechas clavadas en el corazón de los enemigos. El cuarto libro de Esdras lo asimilaba con un león devorador; el apócrifo de *Baruc* comparaba su llegada con un terremoto, seguido de incendio y luego de hambruna, para todas las naciones excepto el Pueblo elegido. Reacciones que no dejan de ser sino muy comprensibles: Israel humillado esperaba un vengador o en todo caso un libertador que le devolvería su lugar en la tierra. Era lo natural. A tal punto que los mismos discípulos permanecían fieles a esa imagen y en varias oportunidades le preguntarán si no llegará, por fin, a establecer su reino en la tierra, si no los asociará a su reinado glorioso...

Y sin embargo, quien leía más de cerca las Escrituras discernía otra imagen, infinitamente más conmovedora. Era la de un Mesías doloroso, tomando sobre sí la pena de los hombres y su angustia, ofreciendo su vida para la expiación de sus pecados. Isaías lo había mostrado a ese "despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos..." "Fue traspasado por nuestras iniquidades...", y dejándose, inocente cordero, llevar al matadero [71]... También Zacarías había hablado del "traspasado por quien habría gran duelo en Israel [72]" y el libro de la Sabiduría, ese último libro bíblico, rechazado por los rabíes, donde se expresaba una de las corrientes más vivas de la espiritualidad judía, mostraba "el sacrificio del justo y su vergonzosa muerte consiguiendo la victoria sobre el mal, sobre el demonio por quien la muerte vino al mundo" [73]. Pero seguramente eran muy poco numerosos los judíos que pensaban en esos versículos proféticos de los Libros en la hora en que, como lo había

[71] Is., LIII, 2-10 (véase también L, 4-9, y LII, 13).
[72] Zac., XII, 10.
[73] Sab., II, 10, 27.

anunciado Miqueas, en Belén, "tan pequeña entre las aldeas de Judá"[74] nacía el niño errante de un humilde artesano de la madera...

[74] Miq., V, 1 (Adolphe Lods escribe: "La idea de un Mesías sufriente parece haber sido totalmente extraña al judaísmo de las proximidades de la era cristiana." *La Bible*, París, 1937, pág. 41). Misma opinión del R. P. Lagrange y de muchos exegetas cristianos.

FINAL

JESÚS, EN SU PUEBLO, EN SU TIEMPO

I. Ese hombre judío que fue Jesús

AQUEL cuya llegada a la tierra señalará en la historia la fecha capital, renovando de modo decisivo la revelación de Israel, ¿quién es? ¿Cómo su personaje se sitúa en ese pueblo cuyos rasgos hemos tratado de fijar? ¿Qué razones, vinculadas a la vez a lo que él es y a lo que es su pueblo, provocarán entre ellos la ruptura, determinando el drama sangriento en que se entregará en su plenitud el mensaje de que es portador? Un libro sobre la vida en Palestina en tiempo de Jesús no puede terminar sin que se planteen esas preguntas.

La respuesta cabe en una frase, la que Péguy dirigía al "pueblo de los judíos": "Era un judío, un simple judío, un judío como vosotros, un judío entre vosotros..."[1] Tal es el hecho incontestable, que demasiados cristianos, durante mucho tiempo, tuvieron la tendencia de olvidar, pero que los más recientes trabajos de la historia y de la exégesis no dejan de poner cada vez más en claro. "Jesucristo, a quien los cristianos adoran como a Dios, pero también verdaderamente hombre", es un judío, un judío palestino de la época de Augusto y de Herodes; no sólo es judío por sus orígenes, sus costumbres cotidianas, su comportamiento intelectual, sino que su mensaje espiritual hunde sus raíces profundamente en la tierra de Israel, "lo que, para nosotros —escribe

[1] Péguy: *Le Mystère de la Charité de Jeanne d'Arc*, en *Cahiers de la Quinzaine*, enero 1910. El emocionante libro de Jules Isaac, *Jésus et Israël* (París, 1948), desarrolla esta proposición con gran lujo de argumentos y referencias.

el P. Lagrange— no perjudica en modo alguno su divina originalidad" [2].

Los textos del Nuevo Testamento no pueden ser más formales. San Pablo proclama con altivez que sus propios padres son israelitas, recuerda como verdad evidente que también es de israelitas "de quienes según la carne procede Cristo" [3]. "Pues notorio es —agrega la epístola a los Hebreos— que Nuestro Señor nació de la tribu de Judá" [4], aserto que San Juan repite, en la forma simbólica que le es habitual, en el Apocalipsis [5]. La expresión "hijo de David", aplicada a Jesús, vuelve sin cesar bajo la pluma de los evangelistas, y dos, Mateo y Lucas, hasta dan la genealogía del lejano descendiente de los reyes que hicieron la gloria del Pueblo de Dios [6].

"Nacido bajo la Ley" [7], Jesús es incluido en seguida en la comunidad judía según las reglas que hemos visto [8]. El octavo día lo circuncidan [9], y ese rito, característico del judío como el que más, sigue conmemorándolo la liturgia cristiana, el 1º de enero. Sus padres se someten y lo someten a todas las prescripciones legales; su madre cumple con la observancia de la Tora en cuanto a la purificación después del parto; lo presentan en el Templo, es "consagrado al Señor" y debidamente "rescatado" al precio de dos tórtolas, como cualquier niño primogénito de familia israelita [10].

El nombre que se le pone, *Yesuá*, Jesús, que se transcribe también por Josué, es un nombre judío muy antiguo, un nombre portador de Dios —Yavé es salud, Yavé salva— que se halla muchas veces en la Biblia, no sólo el del célebre juez que detuvo al sol en su carrera, sino aquel con que el autor del Eclesiástico firma su libro en el último versículo, "Jesús hijo de Sirac", un nombre que de — 37 a 70 llevarán cuatro sumos sacerdotes, y que, según San Lucas, ya había llevado un antepasado de Jesús [11], Del mismo modo que son judíos los nombres de sus padres, José, el del ilustre patriarca que fue visir del faraón e instaló a Israel

[2] M. J. Lagrange: *Le Judaïsme avant Jésus-Christ,* pág. IX.
[3] Rom., IX, 3-6.
[4] Heb., VII, 14.
[5] Ap., V, 5.
[6] Mt., I, 1-17, y Lc., III, 23-38.
[7] Col., IV, 4.
[8] Sobre los ritos que acompañaban el nacimiento, véase más arriba, pág. 115.
[9] Lc., II, 21.
[10] Lc., II, 22-24.
[11] Jesús, hijo de Eliezer, Lc., II, 29.

en Egipto; María, uno de los más usuales entre los nombres femeninos judíos de aquel tiempo [12]; como también son judíos todos los nombres de su parentela, Juan —Johanán—, su primo, que será el Bautista, los padres de éste, Zacarías e Isabel, y aquellos, ignorados por el Evangelio pero conocidos por los Apócrifos y retenidos por la tradición de la Iglesia, de sus propios abuelos maternos, Ana y Joaquín.

Niño, seguramente crían a Jesús "a lo judío", es decir, recibe una educación religiosa, aprende a leer en la santa Escritura, en la *bet hasefer,* la casa de escuela de su villorrio; sus padres lo forman para que sea un israelita piadoso llevándolo, muy joven, a Jesusalén, en sus peregrinaciones. El episodio del Niño entre los doctores de la Ley, dicutiendo con ellos en el Templo, es revelador de la instrucción bíblica que recibió: por sobrenaturales que hayan sido sus dones en el dominio de las ciencias divinas, puede pensarse que un niño de doce años, para "maravillar" a los rabíes por su ciencia, debió haber sido formado [13].

Ya adulto, luego de aprender seguramente el oficio de su padre, el de obrero en madera [14], Jesús, como la mayoría de los judíos de su tiempo, trabaja con sus manos, fabricando arados y yugos para los bueyes; una tradición, recogida en el siglo II, por San Justino, mártir, conservará el recuerdo de sus labores. Sus contemporáneos lo vieron, pues, con la viruta en la oreja, que era el signo distintivo de los artesanos en madera, manejando la garlopa y empleando el martillo. La casa en que vive, en Nazaret, antes de que, echándose por los caminos, ya "no tenga una piedra donde descansar la cabeza", es seguramente una de esas humildes casas cúbicas, tales como las que los palestinos construyeron hasta nuestros días, quizá semi troglodita. Y, para dormir, llegada la noche, tiende las esteras que sirven de lecho a la gente del pueblo y se envuelve en una frazada o en su manto.

Su aspecto físico, con el cual soñarán millares de artistas en el curso de los siglos, es el de un judío piadoso de su tiempo. Lleva cabellos largos, no forzosamente barba, sino en todo caso esas patillas rizadas que prolongan la cabellera por encima de las sienes, que la Ley hace obligatorias [15]. Su indumentaria es la de

[12] Sobre el nombre de María, véase más arriba, pág. 123.
[13] Lc., II, 41-50.
[14] Mt., XIII, 54-57.
[15] Sobre la cabellera, véase más arriba, pág. 340.

todos: el Evangelio habla de su "túnica sin costura"[16] y revela, en el episodio de la mujer hemorroisa, que no se olvida de colocar en las puntas de su manto las cuatro borlas de lana que el Deuteronomio exige, los *tsitsit* que recuerdan simbólicamente los mandamientos del Altísimo[17]. Si hace mucho calor se cubre la cabeza con un faldón de su vestido. Y sus pies van calzados con sandalias, como los de la mayoría de sus compañeros.

Su comida, según nos la dan a conocer los textos, es característica de la costumbre de su país. No ha de comer carne a menudo; en el Evangelio es excepcional que maten terneros, y el cordero sólo aparece en la mesa durante la cena de Pascuas. En cambio, el pescado, que —ya lo hemos visto— ocupa un gran lugar en la alimentación judía, se cita varias veces en los textos: para probar a sus discípulos que no es un fantasma, Cristo resucitado comerá con ellos pescado asado, a orillas del lago de Genesaret[18]. El pan, alimento también de base para los judíos, es muy frecuentemente evocado en el Evangelio, el pan que Cristo llevará a la jerarquía de signo sacramental. Y el episodio único de las bodas de Caná bastaría para demostrar que Jesús bebió seguramente ese vino negro, espeso y colorido que debía cortarse con agua antes de servirlo, vino que también irá asociado a la revelación eucarística. Sobrias costumbres culinarias son aquellas a que alude el Evangelio. Hemos visto que la mesa judía ignoraba, al menos entre los pobres, las complicaciones de la mesa romana; pero no se privaba, los días de fiestas familiares, algún banquete de copiosos platos; por lo demás, vemos varias veces, en el Evangelio, a Jesús participando en casa de amigos.

Por todas esas costumbres, como las encontramos en los cuatro libros santos, Jesús se nos presenta como un hombre judío, a quien nada diferencia de los de su raza. La lengua que habla es la que utilizan sus compatriotas, ese arameo del que San Marcos no se abstiene de citar algunas palabras en su texto griego, algunas de los cuales pone en labios de Cristo[19]. En cuanto al hebreo, la lengua litúrgica, la del Libro, también lo practicó seguramente Jesús, puesto que, en las sinagogas, está en condiciones de leer en alta voz un pasaje de la Escritura y de comentarlo al auditorio.

[16] Sobre la túnica sin costura, véase más arriba, pág. 240.
[17] Deut., XXII, 1. Cf. Mt., IX, 20; Lc., VIII, 43.
[18] Lc., XXIV, 42; Jn., XXI, 9-14.
[19] Sobre el arameo de Jesús, véase más arriba, pág. 299.

Cuando se decide a llevar su mensaje, ¿en qué cuadro, con qué colaboradores actúa Jesús? En el cuadro del país judío, de esa Palestina de la que casi no se le ve salir durante sus numerosos viajes. Sus discípulos, los doce Apóstoles, son todos judíos, campesinos, pescadores de Galilea en su mayoría: sus nombres lo muestran bastante, Simón, Juan, Judas, Leví, que será Mateo, y los demás. Cuando habla, su estilo lleva tan fuertemente marcadas costumbres de expresión judías, que aun en el griego evangélico se adivinan los ritmos, las repeticiones en cadencia, las aliteraciones de la poesía hebraica[20], del mismo modo que en sus Parábolas encontramos la inspiración en que se alimenta la *midrash* de Israel. Es poco decir que posee admirablemente la Biblia; el texto sagrado forma literalmente cuerpo con su pensamiento; las citas le acuden sin cesar a los labios, y hasta cuando no cita exactamente la Escritura, ¿cuántas veces alude a ella, establece contactos con ella mediante concordancias? Algunas de sus originales máximas no son sino citas bíblicas colocadas en otra luz[21]. Hábito de pensamiento que debe seguramente a su educación judía, si recordamos que su madre María, al improvisar su *Magnificat,* lo teje, casi de cabo a cabo, con reminiscencias del Libro, hasta el punto que ese admirable cántico parece recapitular todos los grandes temas de la esperanza judía.

Pero no es sólo por el nacimiento, la educación, los modos de vida, las amistades, las maneras de expresarse, que el hombre Jesús es judío, totalmente judío, de tal suerte que todo lo que se ha dicho de la vida cotidiana de su pueblo se aplica a él y permite representárselo concretamente en su tiempo, en su país. Judío, reconoce a su pueblo una misión particular, un destino único. Es, como todos sus compatriotas, un hijo de la Alianza. Y también sobre este punto es segura la influencia de la educación materna: todo el final del *Magnificat* exalta "las promesas hechas a Abraham y a su raza, para la eternidad". "La salud viene de los judíos", dice Jesús a la samaritana, como algo que cae de su peso[22], hasta parece que, al menos al comienzo de su misión, desea limitar "a las ovejas perdidas de la casa de Israel"[23] la revelación de su

[20] Sobre los modos de expresión, véase más arriba, pág. 302.
[21] Por ejemplo, el famoso "Si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra" (Mt., V, 39) es salido de las Lamentaciones de Jeremías (III, 30).
[22] Jn., IV, 21-27.
[23] Mt., X, 6.

mensaje, no "tomar el pan de los hijos y echarlos a los cachorrillos" [24], como si quisiera arraigar bien su doctrina en la tierra judía antes de darle el carácter universalista que tendrá en los últimos tiempos, cuando ordena a los suyos "que vayan a evangelizar a todas las naciones".

Hijo de la Alianza, Jesús se porta exactamente como judío piadoso, practicando asiduamente su religión. En varias oportunidades se habla, en el Evangelio, de las sinagogas a donde va a enseñar y a rezar: se siente que le es habitual. Cuando está en Jerusalén sube al Templo para rogar al Padre. Su indignación ante "los mercaderes del Templo" que hacen de "la casa de oraciones" una "caverna de ladrones" [25] muestra bastante qué respeto le tiene al monumento sagrado, centro de la vida religiosa judía. No deja de celebrar las grandes fiestas que jalonan y santifican el año, fiestas del Tabernáculo, fiesta de la Dedicatoria [26]: pocos días antes de su muerte ordena a dos de sus discípulos que tomen todas las disposiciones para que pueda celebrar la Pascua con ellos [27]. Contrariamente a lo que demasiado a menudo se cree, no condena ni rechaza todas las observancias de la Ley mosaica. Un pasaje bien conocido de San Mateo es formal sobre ese punto: "Porque en verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que falte una jota o una tilde de la Ley... Si, pues, alguno descuidase uno de esos preceptos menores y enseñare así a los hombres, será el menor en el reino de los cielos [28]." Del Sabat, esa piedra de toque de la observancia judía, habla con gran respeto; por ejemplo, en el discurso apocalíptico sobre el fin del mundo, dice: "Orad para que vuestra huida no tenga lugar en invierno ni en sábado" [29], porque ese día os estará prohibido recorrer una distancia superior a la "distancia sabática" y llevar vuestros bienes. Un "agrafon" hallado en un papiro hasta hace decir a Jesús: "Si no observáis el Sabat no veréis al Padre [30]." Si, en realidad, toma posición contra las observancias, contra el Sabat, será en razón del lugar excesivo acordado a esas prácticas ritualistas por los doctores; no es contra el principio. La palabra que define su actitud es aquella,

[24] Mc., VII.
[25] Mc., XI, 15-17.
[26] Por ejemplo Jn., VII, 14; Jn., X, 12, etc.
[27] Mc., XIV, 13; Lc., XXII, 7; Mt., XXVI, 17.
[28] Mt., V, 17-19.
[29] Mt., XXIV, 20.
[30] H. Pernot: *Pages choisies des Evangiles*, pág. 11

célebre, en que proclama: "No penséis que he venido a abrogar la Ley y los Profetas; no he venido a abrogarla, sino a consumarla [31]".

En la enseñanza de Cristo se encuentran todos los grandes datos de la fe judía. Y en primer lugar ese monoteísmo absoluto, imperioso, ese impulso hacia el Único que era todo el orgullo de Israel. Para Jesús, Dios es siempre "el primer servido", como dirá Juana de Arco. "El primer mandamiento", recordémoslo, es para él amar a Dios y no es por casualidad que a la pregunta del escriba contesta recitando el *Schema*: "Escucha, Israel, el Eterno es nuestro Dios, el Eterno es Uno [32]." Y hemos visto que el gran principio evangélico "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", "el segundo mandamiento" [33], tiene también sus raíces en la tradición judía. La moral misma que Jesús enseña procede de aquella cuyos cimientos echó Moisés, y que los profetas, y Job, y el salmista, y el siracida desarrollaron, hasta en su intención de hacer más interior la vida moral, de no reducirla a una sumisión mecánica a preceptos: de Isaías a Joel, ¿cuántos profetas habían dicho ya que los ayunos y las penitencias espectaculares no bastaban? El mismo universalismo cristiano se vincula con una corriente del pensamiento judío que, aun cuando no era la más popular, no dejaba de tener fuerza [34].

Si es cierto que a Jesús no puede formalmente vinculársele con ninguno de los clanes religiosos entre los cuales se divide la comunidad judía, está fuera de duda que, en muchos puntos, su pensamiento se enlaza con las doctrinas de tal o cual grupo. Hasta con la de los fariseos, que una lectura rápida de los evangelios haría que se tomaran por adversarios, rechazados sin forma de proceso por Cristo. Renan exagera cuando dice que "el rabí Hillel fue el verdadero maestro de Jesús", pero, en muchos puntos fundamentales, el papel de la Providencia en el mundo y de la Gracia en el hombre, el Juicio en el más allá y la resurrección de la carne, por ejemplo, el pensamiento de Jesús se enlaza con el pensamiento fariseo. Así como hemos visto [35] cuántos puntos de contacto han podido señalarse entre su doctrina, la expresión que de ella da, y la de los esenios, tal cual nos la revelan los manuscritos del mar Muerto. Hasta ciertos ritos típicos del cristianismo pueden —en una

[31] Mt., V, 17-20.
[32] Véase más arriba, pág. 449.
[33] Véase más arriba, pág. 457.
[34] Véase más arriba, pág. 462.
[35] Veéase el parágrafo sobre los esenios, pág. 441.

medida que, por lo demás, debe precisarse bien— ponerse en relación con las costumbres de los monjes del Qumran: las abluciones, en las cuales hace pensar el bautismo que Juan Bautista dará a Jesús, las comidas comunitarias, prefiguración de la Cena, respecto de los cuales los textos esenios hablan de pan y de vino [36]. Todo eso coloca a Jesús y su mensaje en un cuadro judío tan evidente, que cortarlo de sus raíces israelitas es condenarse a comprender mal su personalidad y su pensamiento.

Al llegar al mundo, el hijo de María asumirá el papel de ese Mesías que la esperanza judía llevaba en sí desde hacía siglos. La salvación que dará al mundo, la hará conocer primero en las perspectivas de la "redención de Israel" [37]. Esa idea sublime del Redentor, ¿hubiera podido imponerse a los espíritus, si una larga tradición no la hubiese hecho germinar y crecer en la conciencia del pueblo que tenía el depósito de las voluntades divinas? Hay que sentir profundamente los lazos de toda clase que unen Jesús a su pueblo, haber tenido perfecta conciencia de su pertenencia étnica, intelectual, moral, espiritual, a la raza de la Promesa, para ponderar por qué trasciende los datos, y por qué no es el Mesías que Israel esperaba.

II. "El fin de la Ley es Cristo"

Pues no lo es; Israel en su conjunto no ha reconocido en Jesús al Mesías que esperaba: sólo un pequeño grupo lo ha seguido. Y de esa negativa resultó el drama sangriento en que terminó la breve misión en la tierra del joven galileo que enseñó a los suyos un modo más perfecto de sentir y servir a Dios.

Las razones que pueden encontrarse a esa negativa, a ese drama, se deben igualmente a los antecedentes profundos del pueblo judío, a sus costumbres de pensamiento, a sus pasiones, tanto como a la originalidad radical del mensaje de Jesús. Tal cual era Israel en el tiempo en que Jesús apareció en su seno, ¿era posible que aceptara una doctrina que, aun cuando tenía en sus tradiciones profundas raíces, superaba la expresión habitual, y hasta, en materias que podía legítimamente considerar como vitales, chocaba de frente con sus convicciones?

[36] Daniélou: *op. cit.*, pág. 28.
[37] Lc., I, 68; II, 38; XXIV, 21.

Acabamos de ver a Jesús, en muchas partes de su enseñanza, heredero del pensamiento religioso judío. ¿De todo ese pensamiento? No. Pero de cuanto tenía de más puro, de más elevado, de lo que mejor respondía a una exigencia espiritual. Y ¿qué representaban esos elementos superiores en la masa de la enseñanza rabínica, en las maneras de pensar del pueblo? Había doctores de la Ley que oponían la gran idea de la Paternidad divina a la concepción del Todopoderoso perdido en sus arcanos, del Juez temible y terrorífico, lo que Jesús hará plenamente: ¿cuántos eran? Había rabíes fariseos y teólogos de la secta esenia para insistir sobre los dones de la Gracia, aquello a lo cual "repugnaba el alma judía" [38], y lo que será uno de los temas mayores de la enseñanza de Jesús y de San Pablo, su intérprete: no parecen haber sido muy numerosos. Se conocen hermosos textos, recogidos por el Talmud, sobre la caridad, el amor al prójimo, el perdón fraternal de las ofensas: ¿prevalecían contra la dureza del "pueblo cuellierguido", contra el famoso "ojo por ojo, diente por diente"? Y aun cuando es verdad que textos bíblicos y preceptos rabínicos enseñaban una moral más interior, en que no bastaba "purificar el borde de la copa", consonante con la de Jesús, muchos signos prueban que hallaban menos crédito en los fieles, que los que exigían la sumisión mecánica a preceptos formales. Si Jesús se coloca bien en la serie de los maestros espirituales de su pueblo, pertenece visiblemente a la pequeña minoría que constituía la aristocracia espiritual, la vanguardia, la cual está raramente de acuerdo con el resto del rebaño.

Pero aun en ese grupo limitado, tiene cara de no conformista. Yendo hasta el cabo de la dirección indicada por ciertas tradiciones judías, Jesús las supera infinitamente. ¿Qué rabí se hubiera atrevido a decir, respecto del Templo, ese polo de la vida religiosa, que podía haber "más grande que el Templo" [39], y que "es llegada la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad"? [40] ¿Qué maestro espiritual judío, por más generoso que fuese, ni siquiera Hillel, se hubiese atrevido, al formular la regla del amor al prójimo, lanzar la sublime paradoja que es la base de la doctrina cristiana: "Y yo os digo: amaréis a vuestros enemigos?" [41] En eso hay no sólo un perfeccionamiento, sino

[38] J. Bonsirven: *op. cit.*, pág. 211.
[39] Mt., XII, 6.
[40] Jn., IV, 21-23.
[41] "Amaréis a vuestros enemigos", cf., pág. 436.

una superación. Superación que por lo demás se observa en muchos otros dominios: por ejemplo el de los ritos. Ha podido comprobarse que los dos principales del cristianismo, el bautismo y la eucaristía, parecen emparentarse con ciertos ritos judíos; pero la semejanza es totalmente exterior. Los sacerdotes del Templo o los monjes del Qumran practicaban numerosos baños rituales, y Juan Bautista hacía entrar en el agua del río a los penitentes que iban a él: pero el bautismo cristiano será algo muy distinto de una ablución, aun cargada de una intención simbólica de purificación; ni siquiera será, precisa el libro de los Hechos [42], un "bautismo de penitencia" como el de Juan. También había entre los esenios comidas comunitarias, en que se bendecían el pan y el vino, pero ningún texto sugiere la idea de que en eso hubiera otra intención que la de estrechar lazos fraternos. Al rito lo substituye el sacramento, que hace participar el alma en la vida divina. Aquí ya no estamos en las perspectivas de las tradiciones de Israel.

¿Qué significa, pues, la frase de Jesús que hemos citado: "No penséis que he venido a abrogar la Ley y los Profetas; no he venido a abrogarla sino a consumarla"? Se ha discutido mucho el segundo término: consumar. En ausencia del vocablo arameo que seguramente utilizó Jesús, nos vemos obligados a escrutar el verbo griego de San Mateo, *plerosai*, que tanto puede significar llenar, colmar, acabar, como realizar, terminar. Según la traducción con que se queden, exegetas e historiadores concluyen, unos, que el mensaje de Jesús no hace más que continuar la tradición de Israel, y otros, que le pone un término [43]. En realidad, ¿no serían ciertos ambos sentidos a la vez en el pensamiento de Jesús? "Acaba" la Ley, es decir, va hasta el cabo de las virtualidades que contenía, pero al mismo tiempo el papel de esa Ley se ha "cumplido", terminado. También San Pablo usará un juego de palabras de sentido análogo, al escribir: "El fin de la Ley es Cristo [44]."

Es incontestable que sobre ciertas cuestiones, precisamente las que hemos visto eran las más importantes para los suyos, Jesús, abandonando las tradiciones de su pueblo, tomaba posiciones que sólo podían chocar. Ahí es donde tocamos las razones profundas del drama.

He aquí un pueblo que desde hace siglos lucha por defender su fe —la cual es también su razón de ser— contra todos los que la

[42] Act., XIII, 24.
[43] Cf. J. Isaac: *op. cit.*, págs. 118-119.
[44] Rom., X, 4.

atacan o la desconocen; un pueblo que se halla precisamente ocupado por paganos idólatras, de los cuales sabe muy bien, por experiencia, que pueden ser adversarios, persecutores. Asegurar la defensa de su fe es, pues, para él, una cuestión vital, y por eso dicho pueblo rechaza de su seno, con horror, a los heréticos y a los cismáticos, y trata con desprecio a los que son infieles con los preceptos religiosos. Ahora bien: ¿cuál es la actitud de Jesús? Yendo mucho más lejos que los más universalistas rabíes, reconoce un hermano en el pagano incircunciso, en el pecador público, en el infiel. No comparte en nada los sentimientos antirromanos de los más violentos de su nación, significa claramente, en la célebre respuesta "Dad al César lo que es del César", que esas cuestiones políticas no le interesan absolutamente; llega hasta proponer como ejemplo de fe al centurión pagano de Cafarnaún [45]. Y lo mismo hace con los samaritanos, esos herejes cuyo "pan es peor que la carne de cerdo", con quienes acepta estar en relaciones y a quienes cita como ejemplos de piedad y de caridad [46]. Los pecadores públicos, los publicanos infames, las mujeres de mala vida, los "am-ha-arez" que pasan por ignorar la Ley, no tienen menos derecho a su indulgencia. Hay en eso un trastrueque tan radical de las costumbres, que sólo puede aparecer como un escándalo.

Para defender mejor su religión, he aquí un pueblo que no ha dejado, desde hace siglos, de llenarla de preceptos formales que deben garantizar, en toda circunstancia, la observancia de los grandes principios religiosos. Toda la enseñanza de los maestros tiende a hacer de modo que, en todas las circunstancias de la vida, el hombre tenga un mandamiento que aplicar para estar en regla con su religión. La letra de la Ley, ésa es verdaderamente la "valla" que la protege, como dicen los fariseos. Pero Jesús se opone a ese sistema rígido. Dos cuestiones preocuparon sobre todo a los rabíes, la de la observancia del descanso sabático, la de las impurezas legales. Sobre una y otra Jesús toma posiciones que desafían a la opinión. Vaya y pase cuando declara que "el Sabat ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el Sabat"; algunos doctores pensaban lo mismo. Pero aun proclamando que debe respetárselo, se dice "señor del Sabat"; aprueba a sus discípulos que no tienen en cuenta las prohibiciones rabínicas [47]; hasta declara, si hemos

[45] "No encontré tan gran fe en Israel..."
[46] Sobre Jesús y los samaritanos, cf. pág. 483.
[47] Mc., II, 23-28; Mt., XII, 1-8; Lc., VI, 1-5.

de creer el *Codex Bezae* [48], a un hombre que está trabajando el día santo: "Si sabes lo que haces, bienaventurado eres". La misma actitud frente a las impurezas legales: Jesús, al afirmar que "No es lo que entra por la boca lo que hace impuro al hombre" [49], coloca en su justo lugar esos preceptos a los cuales los doctores conceden importancia capital. Va más lejos aún. Al proclamar, según la fórmula de San Pablo "La letra mata, es el espíritu el que da la vida", declara vanas todas las observancias. Es romper tanto con la enseñanza oficial como con la opinión, siempre conformista. Es provocar la ruptura.

Pero aun cuando no hubiera esas dos graves causas de conflicto, Jesús, tal cual es, no hubiese tenido posibilidades de ser reconocido como Mesías. Ya lo hemos visto: la inmensa mayoría de los judíos, como es natural en todo pueblo humillado, esperaba del hombre providencial que le asegurara un desquite. De ahí las imágenes, muy difundidas, de un Mesías, jefe guerrero, rey glorioso y temible para los enemigos, vengador de Israel. El hijo del carpintero de Nazaret, ¿era según esas descripciones? Es significativo que el propio Jesús refiriera a los suyos las tentaciones que había sufrido y apartado, durante su retiro al desierto —¿quién sino él hubiera podido darlas a conocer?—, como para señalar, a simple vista, que su "reino no sería de este mundo". Pero la idea de un mecanismo temporal está tan arraigada en los espíritus, que sus mismos discípulos se refieren a él con inocencia, y le plantean ingenuamente la pregunta: "¿Es acaso en este tiempo cuando vais a restablecer la realeza para Israel?", y quedan muy sorprendidos cuando fracasa. En cuanto a la imagen del Mesías dolorido, sacrificado por la salvación del mundo, que algunos breves pasajes del Libro Santo podían permitir formarse, hay que repetir que era "totalmente extraña al judaísmo de los alrededores de la era cristiana". Aún más: tenía para la opinión de ese pueblo altivo algo escandaloso, pues la derrota jamás le pareció una señal de Dios. Por eso, ante el hombre flagelado, chorreando sangre y escupitajos, ningún movimiento de piedad se levantará entre los concurrentes. Ese Mesías irrisorio estaba destinado a la Cruz.

No cabe duda de que el propio Jesús se dio perfectamente cuenta de que tanto él como su mensaje se oponían a la opinión de su

[48] El que Théodore de Bèze envió a Cambridge, cf. *Jésus en son temps*, Introducción, y parágrafo "Les éléments d'opposition" en el capítulo VIII.
[49] Mt., XV, 11; Mc., VII, 5.

pueblo. Fórmulas como "y los suyos no lo han recibido", o como "signo de contradicción" o "piedra de choque" son reveladoras de sus sentimientos. El "vino nuevo" que él trae, sabe muy bien, y lo dice, que no debe ponerse en "odres viejos". Es verdaderamente una doctrina nueva la que él entiende traer, aunque corra el riesgo de romper con los sostenedores de la doctrina antigua.

La negativa de Israel procede de una lógica que la historia debe reconocer. Nuestro objeto aquí no es decir que ese rechazo, desde el punto de vista cristiano, sólo tiene sentido providencial, puesto que está relacionado, por una suerte de necesidad, al misterio del sacrificio redentor de la Cruz. Pero es menestar subrayar que pone el sello a otro misterio: el del singular destino entre todos, del pueblo al que fue confiado el depósito de la revelación divina, del pueblo portador de Dios.

III. El pueblo judío y Jesús

Queda por plantearse una última pregunta: ¿esa negativa de Israel es la de todo el pueblo? Es decir, ¿todos los compatriotas de Jesús se dieron cuenta de su misión, de su mensaje, supieron que se proclamaba el Mesías, estuvieron en condiciones de discernir lo que podía hacer de él un "signo de contradicción"? Para contestar sería preciso darse cuenta exactamente del lugar que tuvo la aventura humana de Jesús en la vida de su pueblo, de la repercusión de su enseñanza y de sus milagros, del número de aquellos que le tuvieron confianza. La cosa es muy difícil. A falta de todo documento no cristiano —Flavio Josefo no dice una palabra del "asunto Jesús" [50]—, los únicos elementos nos los proporcionan los cuatro evangelios. Pero es sabido que la preocupación de documentación histórica no es la de los redactores inspirados; en esas preguntas, que un historiador se plantearía en el acto, ni siquiera piensan. Por eso los informes que proporcionan son poco claros, y a veces hasta contradictorios.

Sin embargo, la impresión que se saca de su lectura es que la repercusión inmediata de la prédica de Jesús fue limitada. Según las indicaciones concordantes de los tres Evangelios sinópticos, fue en Galilea donde se desarrolló la parte principal de su prédica [51], y

[50] Véase en la Introducción de *Jésus en son temps*, el parágrafo "Le silence de Flavius Josèphe" especialmente lo que se dice del pasaje interpolado.
[51] Por ejemplo: Mt., IV; Mc., I; Lc., VIII.

sobre todo en la región del lago de Tiberíades, en los alrededores de Cafarnaún. Pero la Galilea era una provincia excéntrica, a la cual los judíos de Judea, verdaderos defensores de las tradiciones de Israel, no concedían gran consideración. En la misma Galilea, a partir del momento en que la policía de Herodes Antipas estuvo alerta, la acción de Jesús se hizo más discreta; cuando se movía "no quería que se supiera" [52]. Sin duda a los galileos se mezclaban en sus auditorios gentes llegadas de otras partes [53]; ¿constituían muy vastas agrupaciones? Cuando se produjeron los dos milagros de la multiplicación de los panes, se habla de cuatro a cinco mil: es ciertamente mucho, pero no es todo un pueblo, lejos de eso; y el reclutamiento local puede explicar semejantes cifras. A pesar de breves pasos por Judea —uno o dos en tres años, según los evangelistas sinópticos—, Jesús no fue conocido en el momento en que llegó a la última fase de su misión, según lo deja claramente entender San Mateo: el día de la entrada mesiánica, el "domingo de Ramos", los espectadores se preguntaban "¿Quién es?" [54] Y aun cuando el apostolado en Judea durara tanto como dice San Juan, no pudo ser muy notorio, puesto que, según el IV Evangelista mismo, Jesús se ocultaba muy a menudo [55].

De modo que parece cierto que la repercusión del mensaje de Jesús, bastante considerable en Galilea, debió ser, en el resto de Palestina, muy limitada. Sin hablar de los judíos de la Diáspora, que sólo incidentalmente pudieron oír hablar a peregrinos de retorno de Jerusalén, es probable que la prédica del profeta de Nazaret fue tan ignorada de la masa del pueblo judío como pudo serlo, en la Francia de la Edad Media, la acción de un oscuro agitador bretón o de Auvernia, llegado a París al final de su carrera para que lo colgaran al cabo de cinco días. La opinión no se conmovió mucho, seguramente. Aun aquellos que pudieron estar al corriente ¿tomaron todos en serio esa historia de profeta popular, de supuesto Mesías? Se conocía buen número de candidatos a Mesías: del nacimiento de Cristo a la caída de Jerusalén se cuentan media docena. Tampoco se había perdido el recuerdo del "Maestro de Justicia" esenio que estuvo en conflicto con el sacerdocio de Jerusalén; y aun menos el de Judas de Gamala, ejecutado el año 6.

[52] Mc., IX, 30.
[53] Mt., IV, 25; Mc., III, 9; Lc., VI, 17.
[54] Mt., XXI, 10.
[55] Jn., VII, 1, 10; XI, 54.

Esas crisis no perturbaron el orden en forma duradera. Más que un hecho de gacetilla, pero mucho menos que un acontecimiento nacional, así apareció sin duda a sus compatriotas mejor informados la aventura humana de Jesús.

Su mensaje ¿provocó oposiciones inmediatamente? Parece que en los medios populares halló simpatías durante mucho tiempo, y hasta suscitó entusiasmos. Cuando San Lucas asegura que "el pueblo estaba pendiente de Él escuchándolo" [56], quiere seguramente hablar de la muchedumbre, de las masas, por oposición a los dirigentes. Abundantes testimonios prueban que hasta el domingo de la gloriosa entrada en Jerusalén, incluso éste, los sentimientos del pueblo eran favorables a Jesús. Además, lo que en su enseñanza se presenta como una oposición a las más admitidas de las tradiciones judías, ¿podía chocar seriamente a sus auditorios? Que el joven profeta se mofara de las reglas rabínicas, tan pesadas y molestas, no podía indignar mucho a campesinos galileos o a pescadores del lago; y que se burlara de las minucias del diezmo, del que eran los primeros en sufrir, tampoco podía causarles mucha pena.

El punto mismo sobre el cual hubiera podido manifestarse rápidamente el desacuerdo, el carácter mesiánico de la persona de Jesús, tan diferente del que se representaban, parece que hizo cuanto pudo para no sacarlo a relucir. Sólo ante la Samaritana, una extraña sin importancia, se proclama el Mesías. A sus mismos Apóstoles, cada vez que, por su transfiguración por ejemplo, o por sus milagros, revela su divinidad, no deja de reclamar el silencio. La única excepción que hace a esta regla es aceptar el "triunfo" de su entrada en Jerusalén, el domingo de Ramos; y aun parece que ese triunfo fue modesto. En cuanto a sus milagros, el P. Lagrange ha anotado muy justamente que, por extraordinarios que fuesen, no probaban en modo alguno al pueblo que él fuera el Mesías, y aun menos que pretendiera serlo: algunos profetas como Elías y Eliseo ¿no habían resucitado muertos? [57]

No es ciertamente en la resistencia espontánea del pueblo donde deben buscarse las raíces del conflicto que desembocará en el drama de abril del año 30. ¿Quién lo provocó, pues? Santiago, el apóstol, que en su epístola aparece tan profundamente judío, no vacila en responder: los ricos, los poderosos [58]. De hecho, la clase

[56] Lc., XIX, 48.
[57] R. P. Lagrange: *L'Evangile de Jésus-Christ*, pág. 153.
[58] Sant., IV, 6.

dirigente de Israel. Desde el comienzo del despertar de Jesús vemos a los doctores de la Ley, a los fariseos, salvo algunas excepciones, desconfiar de él, plantearle preguntas que son otras tantas añagazas, tramar intrigas contra él; es muy evidente que han comprendido que la nueva revelación no podría concertar con las tradiciones de sus enseñanzas. Cuando Jesús, al final de su carrera, toma a Jerusalén y a Judea como campo de apostolado, los saduceos, por su parte, sólo pueden ser desconfiados y luego hostiles. Su política es la de "nada de líos", la del entendimiento con los ocupantes romanos, quienes tienen horror de esos agitadores que se dicen Mesías o rey de Israel y siembran la discordia. La conjunción de los dos grandes clanes religiosos se realizará fácilmente contra Jesús, y en el Sanedrín que lo juzgará, durante la noche trágica del Jueves al Viernes Santo, la gran mayoría estará contra él. En cuanto al populacho, bastará para que se dé vuelta —sabido es que las masas son versátiles— con provocar su indignación citando fórmulas de Jesús, truncas, apartadas de su sentido, por ejemplo aquella en que se dice Hijo de Dios, aquella en que habla del Templo "que podría reconstruir en tres días". El conformismo hará lo demás: el pueblo seguirá a sus autoridades.

Así, el viernes 7 de abril del año 30, en las calles de gradas de Jerusalén, bajando del pretorio de la Antonia, subiendo hacia la puerta de Efraim, verán a un hombre de aspecto lamentable, la cara sanguinolenta y mancillada, llevando a cuestas un pesado madero titubeando bajo el peso. Le da escolta un pelotón de tropas auxiliares romanas, y algunos fieles, mujeres sobre todo. ¿Prestará mucho cuidado a esa comitiva, la multitud de amas de casa que van al mercado de arriba, a comprar los alimentos para el gran Sabat de Pascuas, de fieles que suben hacia el Templo, de artesanos y arrieros? Un condenado que se lleva al campo de las ejecuciones capitales no era un espectáculo muy raro. Y cuando todo esté terminado, cuando, sobre el cerro pelado del Gólgota, lugar de predilección de los perros errantes y de los buitres, se levantan tres cruces, la de Jesús y las de los dos bandidos, quién, entre los viajeros en camino hacia Jafa, se detendrá para considerar esas pobres pingajos humanos, para leer una inscripción colocada en la cruz central, para preguntar a los soldados de guardia, ocupados en jugar a la taba: "¿Quién es?" En la vida cotidiana del pueblo judío, habrá pasado inadvertido el acontecimiento más importante de la historia.

INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS

Los documentos de base del presente libro son esencialmente de cuatro clases: la Biblia, los Apócrifos del Antiguo y del Nuevo Testamento, Flavio Josefo y el Talmud.

Entre las ediciones recientes del Libro santo, dos son particularmente útiles: *La Sainte Bible*, ed. Pirot y Clamer, cuyas notas están tan desarrolladas que algunas constituyen verdaderos artículos, y la Biblia llamada de Jerusalén, terminada en 1958, cuya edición "en fascículos" hormiguea también de preciosos informes. Aun queda mucho por tomar en la edición judía del Antiguo Testamento de Zadoc Kahn, que es de 1899. Como introducción sucinta véase: *Qu'est-ce que la Bible?*, por D.-R. (París, 1955).

Durante mucho tiempo difíciles de encontrar en francés, los *Apocryphes* (tomada esa palabra en la acepción que los católicos le dan en francés) son en adelante accesibles en la *Bible apocryphe:* I, *En marge de l'Ancien Testament*, por J. Bonsirven (París, 1953); II. *Évangiles apocryphes*, por F. Amiot (París, 1952).

Flavio Josefo, el historiador judío poco posterior a Jesús, proporciona numerosos informes. Desgraciadamente, *Les Antiquités juives* y *La Guerre juive* sólo existen en francés en los gruesos volúmenes poco accesibles de Th. Reinach; sus dos obras menores, el *Contre Apion* y la *Autobiographie* han sido recientemente reeditadas en la colección Guillaume Budé.

Trasladándose a lo que se dice en el texto, páginas 428 y 429, el lector verá por qué y en qué límites el Talmud puede ser utilizado como fuente. En francés, la edición cómoda es la de Maurice Schwab (recientemente reimpresa, 1960), que comprende todos los tratados del Talmud de Jerusalén y el tratado de las Bendiciones del Talmud de Babilonia. Una exposición sintética ha sido notablemente hecha por el rabí A. Cohen, traducción francesa de P. Marty (París, 1958). El tratado *Sabbat* ha sido editado en inglés por W. O. E. Oesterley, traducción francesa Jankélévich (París, 1953). La célebre serie de Strack und Billerbeck, *Kommentar zum N. T. aus Talmud und Midrash* (Munich, 1922-1928, reed. 1934) espera todavía su traducción francesa; pero puede hacerse una amplia cosecha en J. Bonsirven: *Textes rabbiniques des deux premiers siècles chrétiens* (París, 1955).

Diccionarios y manuales son sumamente útiles. En primera fila, admirablemente informado y presentado con perfecta claridad, el *Dictionnaire d'Archéologie biblique*, del protestante W. Corswant (Neuchatel y París, 1956). Los cinco gruesos volúmenes del *Dictionaire de la Bible* de Vigouroux (1895-1912) contienen una masa de informes; desde 1920 bajo la dirección de Pirot y Robert han aparecido fascículos de *Supplément*. En 1960 apareció el útil *Dictionnaire encyclopédique de la Bible*, Brepols. La enciclopedia *Christus* dirigida por J. Huby (París, 1916) y la que al presente dirige G. Jacquemet, *Catholicisme*, son útiles. Esencial para consultar en inglés, la *Jewish Ency-*

clopedia, cuya publicación está terminándose. *L'Initiation biblique* de Robert y Tricot, recientemente "modificada" (París, 1954) es un instrumento de trabajo indispensable. En fin, cuatro obras de arqueología, de amplitud muy diferente, pero las cuatro excelentes, son preciosas: A. G. Barrois, *Manuel d'Archéologie biblique* (París, 1953); W. P. Albrigth, *L'Archéologie de la Palestine* (París, 1958); M. du Buit, *Archéologie du Peuple d'Israël* (París, 1958) y R. de Vaux, *Les Institutions de L'Ancien Testament* (París, 1961).

El sujeto mismo de la presente obra ha sido abordado varias veces, con éxito desigual. El libro de A. C. Bouquet, *Every day Life in N. T. time*, traducido al francés (París, 1959) con el extraño título, *Les Travaux et les Jours au temps d'Hérode*, y, en italiano, con el de *La Vita quotidiana ai tempi di Cristo*, en realidad no habla sino muy poco de los usos y costumbres judíos, pero se refiere sin cesar a los de los romanos y griegos del tiempo. Se hallará una materia infinitamente más rica en dos obras ya antiguas, la del protestante Edmond Stapfer, *La Palestine au temps de Jésus-Christ* (3ª ed., París, 1885) y la del dominico M. B. Schwalm, *La vie privée du peuple juif à l'époque de Jésus-Christ* (París, 1916), este último particularmente documentado sobre las cuestiones sociales. El lector americano se remitirá a la obra de Edersheim, desgraciadamente no traducida en francés, sobre la vida y las costumbres en tiempo de Jesús. Señalemos, por último, que, en *Les années obscures de Jésus* (París, 1960), Robert Aron ha abordado ciertos aspectos de nuestro tema.

Las historias de Israel son evidentemente de consulta indispensable. Para el conjunto, la *Histoire d'Israël*, de G. Ricciotti, traducción francesa Auvray (reed. 1948) es clásica; muy reciente, he aquí una mina de informaciones, la *Histoire d'Israël, vie sociale et religieuse*, del profesor americano S. W. Baron, traducción francesa, V. Nikiprowetzky (París, 1956). Mucho más cursiva, nuestra *Histoire sainte, le Peuple de la Bible* (reed, revisada, París, 1957), puede prestar servicios como vista de conjunto. Sobre diversas cuestiones y partes de esa historia se consultará: A. Lods, *Les prophètes d'Israël et les Débuts du Judaïsme* (París, 1950); C. Guignebert, *Le Monde juif vers le temps de Jésus* (París, 1935); J. Bonsirven, *Les Idées juives au temps de Notre Seigneur* (París, 1934); M.-J. Lagrange, *Le Judaïsme avant Jésus-Christ* (París, 1931); Stewart Perowne, *Hérode le Grand et son époque* (trad. francesa, París, 1958); F. O. Busch, *Au temps du Christ* (el título es engañador: en realidad se trata de una historia de Herodes y de sus descendientes; traducción francesa por Diehl, París, 1957); J. Juster, *Les juifs dans l'Empire romain* (París, 1914); Marcel Simon, *Les Sectes juives au temps de Jésus* (París, 1960); H. Regnault, *Une province procuratorienne* (París, 1909); Paul Demann, *Les Juifs, foi et destinée* (París, 1960). Casi todos esos libros contienen bibliografías que completan la nuestra.

Los libros sobre Jesús son innumerables; sólo indicaremos los que son útiles para nuestro sujeto, es decir, que dejan una parte a los aspectos de la vida cotidiana. Obras católicas: G. Ricciotti, *Vie de Jésus-Christ*, traducción Vaussard (París, 1947); D.-R. *Jésus en son temps* (París, 1945, reed. puesta al día en 1961); F. M. William, *Le vie de Jesús dans le pays et le peuple d'Israël* (trad. del alemán por Gautier, Mulhouse, 1947); M. Marnas, *Quel est donc cet homme?* (París, 1927); M.-J. Lagrange, *L'Évangile de Jésus-Christ* (París, 1928); Jean Guitton, *Jésus* (París, 1956). Obras protestantes: H. Monnier, *La Mission historique de Jésus* (París, 1914); A. Réville, *Jésus de Nazareth* (París, 1906). Obras israelitas; J. Klausner, *Jésus de Nazareth* (París, 1933); Montefiore, *La Vie et l'Enseignement de Jésus Christ* (París, 1931). Obras agnósticas: C. Guignebert, *Jésus* (París, 1938), *Le Christ* (París, 1943); P.-L. Couchoud, *Le Dieu Jésus* (nueva ed., París, 1949). Debe citarse aparte la emocionante defensa de Jules Isaac, *Jésus*

et Israël (París, 1948, nueva ed. 1959) a quien nuestro "final" debe muchos elementos.

En fin, sobre cuestiones particulares hemos acudido a otras obras que han sido a menudo citadas en nota, por ejemplo sobre la Geografía de Palestina (cf. pág. 14, n. 18), sobre los descubrimientos del mar Muerto (cf. pág. 444, n. 66).

O también sobre Filón de Alejandría, el libro excelente de Jean Daniélou (París, 1958); sobre los *Pharisiens* (R. Travers Hereford, trad. francesa, París, 1928); sobre las *Langues sacrées* (Aufray, Poulain, Blaise, París, 1959); o, por último, sobre *Le Monde gréco-romain au temps de Notre-Seigneur*, el perfecto librito de A. Festugière y P. Fabvre (París, 1935).

LAS GRANDES FECHAS DE LA HISTORIA DE ISRAEL

Fechas antes de nuestra era	*Israel*	*Pueblos paganos*
2000 ?	Abraham.	En Babilonia, Hamurabi; en Egipto, XIII dinastía; en Creta, primer palacio de Cnosos.
1800?	Jacob.	Los hicsos en Egipto.
1700?-1600?	La aventura egipcia de José.	Liberación de Egipto por los faraones de la XVII dinastía (1580).
1440 ó 1225	El Éxodo.	Amenofis IV, el faraón revolucionario (1375-1360); Ramsés II (1290-1225).
1180	Josué penetra en el país de Canán.	La guerra de Troya, los viajes de Ulises.
Hacia 1100	Israel lucha contra los filisteos.	Los filisteos en la costa palestina.
Siglos XII y XI	Los Jueces (Débora, Gedeón, Jefté, Sansón). Samuel hacia 1080.	Comienzo del empuje de los arameos. En Fenicia, Tiro.
Fin del siglo XI		Terrible ola de invasión aria: los dorios.
1040-1012	Saúl, rey de Israel.	
1012-975	David, rey de Israel.	El imperio marítimo fenicio.
975-935	Salomón, el gran rey.	Hirán, rey de Tiro (979-946).
935	Escisión de Israel en dos reinos: Israel y Judá.	
Siglo IX	Omri reconstruye Samaria (hacia 880).	
Siglo VIII	Los profetas: Amós, Oseas, Isaías.	Fundación de Roma, 753.
	Caída de Samaria y del Reino del Norte en 722.	Sargón II, rey de Asiria (722-705).
Siglo VII	Ezequías (718-689), el profeta Miqueas, Josías; "descubrimiento" de la Ley (639-609). Los profetas Sofonías, Habacuc y Jeremías.	En Irán, Zoroastro. En Asiria, Asurbanipal (669-626). Invasiones medas y escitas; en Atenas, Dracón.
586	Caída de Jerusalén. Exilio de los israelitas a Babilonia.	Nabucodonosor (604-562). En la India, Buda. En Atenas, Solón.
Hacia 570	Tobías.	Imperios de Cartago, de Marsella, de los etruscos.
552		En Irán, Ciro funda su estado.

Fechas antes de nuestra era	*Israel*	*Pueblos paganos*
538	Ciro autoriza a los israelitas a volver a su país. Palestina es un cantón del Imperio Persa. Reconstrucción del Templo.	Toma de Babilonia por Ciro en 539. En Grecia, Pisístrato-Darío I (522-485). En Roma, los Tarquino y la Revolución de 509.
Siglo V	Judith?	Primera guerra Médica. Maratón, 490, Jerjes (485-465).
	El profeta Malaquías.	Segunda guerra Médica, Salamina 480.
445	Nehemías vuelve a levantar los muros de Jerusalén.	En Roma, la Ley de las Doce Tablas. En Atenas, el Partenón. Guerra del Peloponeso y ruina de Atenas (431-404).
Siglo IV	Esdras y la redacción de la Biblia.	Muerte de Sócrates, 399. Dominación de Esparta en Grecia. Filipo de Macedonia y luego Alejandro.
332	Alejandro ocupa Palestina.	Muerte de Alejandro, su imperio es repartido entre sus generales.
Siglo III	Palestina queda sometida a los lágidas de Egipto.	Primera guerra púnica (264-241).
200	Los seleucidas arrebatan Palestina a los lágidas.	Segunda guerra púnica (218-201). Roma derrota al seleucida Antíoco III.
	Revuelta de los macabeos.	Antíoco IV "Epifanes" (175-163).
166-165	Matatías.	Grecia, provincia romana (149-146).
165-160	Judas Macabeo.	Tercera guerra púnica, fin de Cartago, 146.
134-104	Juan Hircano.	En Roma, los graco (135-123).
103-76	Alejandro Jáneo.	Mario y Sila (82, Sila dictador).
76-67	Alejandra Salomé.	Pompeyo, vencedor de Mitrídates.
63	Toma de Jerusalén por Pompeyo.	Primer triunvirato, 60.
63-40	Hircano II.	César pasa el Rubicón, 50, y cae asesinado en 44.
40-37	Antígono.	
37	Comienzo del reinado de Herodes el Grande.	Batalla de Accio: Augusto emperador.

TABLA CRONOLOGICA II
DESDE EL ADVENIMIENTO DE HERODES A LA CAIDA DE JERUSALEN

Fechas	*Vida de Jesús y de la Iglesia*	*Roma*	*En Palestina*
— 37			Advenimiento de Herodes el Grande
— 27		Augusto emperador. Quirino legado de Siria (— 8, — 2) (primera legación).	
— 6	Nacimiento de Jesús		
— 4			Muerte de Herodes el Grande. Su reino es repartido entre sus hijos Arquelao, Antipas y Filipo.
0	Principio de la era cristiana.		
6	Jesús entre los doctores.		Simón, hijo de Boetos, sumo sacerdote. Arquelao depuesto. Coponio procurador. Anás sumo sacerdote (6-15).
9			Ambivio procurador.
12			Rufo procurador.
14		Muerte de Augusto. Advenimiento de Tiberio.	
15			Grato procurador.
18			Caifás sumo sacerdote (18-36).
26			Poncio Pilato procurador.
27	Principio de la misión de Jesús.		
28	Predicación de Jesús, sobre todo en Galilea.		
29	Martirio de San Juan Bautista. Venida de Jesús a Jerusalén.		
30	Proceso y Pasión de Jesús (en abril).		
33	Martirio de San Esteban.		
35	Conversión de San Pablo.		
36			Marcelo procurador.
37		Muerte de Tiberio. Advenimiento de Calígula.	Marulo procurador.
41		Muerte de Calígula. Advenimiento de Claudio.	Agripa I (41-44) reconstituye el reino palestiniano.
42	Principio de las Misiones de San Pablo		
44			Cuspio Fado procurador.
48			Cumano procurador.
50	San Mateo escribe su evangelio en arameo.		
52			Félix procurador.
54		Muerte de Claudio. Advenimiento de Nerón.	
59			Porcio Festo procurador.
62			Albino procurador.
63	San Lucas escribe los Hechos de los Apóstoles.		
64			Floro procurador.
67	Muerte de San Pablo y de San Pedro.	Muerte de Nerón.	La Gran Rebelión, la "Guerra de los Judíos".
68		Crisis de 68. Galba, Otón, Vitelio.	Toma de Jerusalén.

Nota: Para los Herodes, véase pág. 77.

En la presente traducción las citas bíblicas se han tomado de la *Sagrada Biblia* versión de Nácar-Colunga ("Biblioteca de Autores Cristianos"), salvo en algunos casos dudosos en que la palabra que se ha supuesto exacta se ha colocado entre corchetes *(N. del T.)*.

TABLA DE MATERIAS

PRIMERA PARTE

UNA TIERRA Y SU PUEBLO

PÁG.

SEGUNDA PARTE

LOS DIAS Y LAS NOCHES QUE ALABAN AL SEÑOR

Tercera parte

UN PUEBLO Y SU DIOS

MAPAS Y PLANOS

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 19 DE JULIO DE 1965 EN LOS
TALLERES GRÁFICOS DIDOT, S. C. A.
LUCA 2223, BUENOS AIRES